



**LA MÍSTICA
DE LA
FEMINIDAD**

Betty Friedan

Este libro de Betty Friedan no tiene nada que ver con los problemas del misticismo religioso. “La mística de la feminidad” es el conjunto de ideas que contribuyen a “divinizar” la mujer como esposa y madre, es decir, como animal hembra antes que ser humano.

Friedan nació en Peoria, Illinois, en cuya escuela pública hizo sus primeros estudios, graduándose *summa cum laude* en la Universidad Smith. Fue alumna del gran sicólogo de la Gestalt Kurt Koffka. Obtuvo una beca de psicología en la Universidad de Berkeley, en California. Colaboró en los experimentos de los grupos de dinámica de la Universidad de Iowa, bajo la dirección de Kurt Lewin y trabajó como psicóloga clínica en trabajos de investigación de ciencia social aplicada.

Después de su matrimonio y del nacimiento de sus hijos, volvió a su labor de escritora independiente. Sus artículos han aparecido en *Harper's*, *Good Housekeeping*, *Redbook*, *Parent's Magazine*, *Mademoiselle*, *McCall's* y otras revistas.

betty friedan

**LA
MÍSTICA DE LA
FEMINIDAD**



BETTY FRIEDAN

LA MÍSTICA DE LA FEMINIDAD

TÍTULO ORIGINAL: THE FEMININE MYSTIQUE

TRADUCCIÓN: CARLOS R. DE DAMPIERRE

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE DE CONTENIDO

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

PREFACIO Y AGRADECIMIENTOS

I. EL PROBLEMA QUE NO TIENE NOMBRE

II. LA FELIZ AMA DE CASA

III. LA CRISIS DE LA PERSONALIDAD DE LA MUJER

IV. EL VIAJE APASIONADO

V. EL SOLIPSISMO SEXUAL DE SIGMUND FREUD

VI. LA PROTESTA FEMENINA Y MARGARET MEAD

VII. LA PEDAGOGÍA SEXUAL DIRIGIDA

VIII. LA ELECCIÓN EQUIVOCADA

IX. LAS TÉCNICAS DE VENTA Y LA SEXUALIDAD FEMENINA

X. LAS FAENAS SE ALARGAN PARA LLENAR EL TIEMPO LIBRE

XI. LAS HAMBRIENTAS SEXUALES

XII. LOS CONFORTABLES CAMPOS DE CONCENTRACIÓN

XIII. LA ANULACIÓN DEL EGO

XIV. UN NUEVO PLAN DE VIDA PARA LAS MUJERES

A CARL FRIEDAN Y A NUESTROS HIJOS:
DANIEL, JONATHAN Y EMILY

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Creo que debí ser la primera en España en leer este libro sorprendente. Hará pronto un par de años me lo trajeron de los Estados Unidos. Era el libro del día. Además de ganar el premio Pulitzer, había armado un gran revuelo, lo que su lectura hace muy comprensible. Lo leí apasionadamente y, mira por donde –cosas de la vida– ahora me piden acepte el temible encargo de presentar al público español la pulcra traducción de esta obra excepcional.

Vaya por delante que nunca estuve en U. S. A., así que no sabría juzgar hasta qué punto el enfoque de esta obra puede ser unilateral o su descripción de la circunstancia exagerada. Lo cierto es que nos da una visión de la mujer norteamericana que difícilmente hubiéramos sospechado, empapados como estamos en todos los tópicos que circulan sobre ella. ¡Pensar que la norteamericana es hoy en día una víctima de la “mística de la feminidad” es algo para nosotros en grado sumo paradójico y poco concebible! Sin embargo, ahí está la enorme documentación que maneja la autora, catedrática de sicología

social; ahí están sus habilísimas e inteligentes interpretaciones de los diversos factores que componen la vida de aquel gran país, vanguardista en la tecnificación, para hacernos caer en la sospecha de que, acaso bajo formas que nos pueden parecer chocantes, se esconde el viejo fenómeno de siempre, sólo que revestido esta vez de unas características muy peculiares y de lo más aleccionadoras.

El talento y la ciencia de Betty Friedan son de primera magnitud y no tendría reparo alguno en equiparar y poner este libro suyo muy junto al de la pensadora existencialista Simone de Beauvoir, "Le Deuxième Sexe". No tiene el vuelo filosófico de éste, es mucho más práctico o pragmático, así como es natural al genio anglosajón, pero es de igual fuerza y penetración. Indudablemente son los dos grandes libros actuales escritos por mujeres acerca de la mujer. El de la francesa es más genérico: si bien en una circunstancia latina, nos habla de la mujer en general, de su relación y enfrentamiento con el hombre; en tanto que éste de la norteamericana, al hacer patente el trastorno oculto padecido por sus compatriotas, al hablarnos de su siquismo desbaratado por el fomento de una anticuada visión de la feminidad, nos descubre los gérmenes nocivos que trabajan al país y el fallo masivo del equilibrio síquico a que éste expone. Es, pues, a esta escala y en este ámbito de la vida de una nación en los que Betty Friedan inserta el problema de la mujer. Al describirlo, al tratar de desentrañarlo con la extraordinaria viveza de su pluma incisiva, mordiente, agilísima, ella nos revela el propio mecanismo vital de esta nación.

Por otra parte, yo diría que lo asombroso en esta autora es su talento para acuñar frases lapidarias, expresiones felices y

fuertísimas, hasta para descubrir símiles de una osadía desconocida, que ella además estudia luego en sus detalles paralelos (¿no llamó y definió a la vida femenina como un “confortable campo de concentración”?). Estas frases, expresiones e imágenes atrevidas irradian el acierto de una verdad que ya es imposible olvidar, se incrustan en la mente con una plasticidad imborrable. Pero no estamos aquí para dar siquiera un leve muestrario de esta sobrecogedora riqueza expresiva –habría que citar el libro por entero–, ni tampoco podemos seguir la trayectoria concreta de este pensamiento realista, así como la de sus extraordinarias indagaciones psicológicas. No. Modestamente, tan sólo puedo hacer el intento de brindar un par de “orientaciones”, tristemente incoloras y sosas en comparación –pero ahí está el propio libro para suplirme–, que puedan acaso facilitar la recta comprensión de este aluvión de hechos y fenómenos presentados por este ingente estudio clínico de la vida norteamericana, algunos de los cuales inevitablemente han de resultar engañosos para nuestra óptica lugareña.

* * *

En realidad, lo que Betty Friedan alcanza a través del examen de las consecuencias acarreadas por la “contrarrevolución sexual” de la “femenine mystique”, de su imposición de una cierta “vieja” imagen de la mujer, es el drama humano del existir. Es la revelación empírica de su secreto. La grandeza de este libro, sobre todo, según se avanza en su lectura, radica en que, a través de la relación concreta de hombres y mujeres en la vida de una sociedad determinada, nos plantea el problema existencial más profundo. La autora lo ve en términos del

crecimiento de la personalidad humana. El hombre, y lo mismo la mujer, deben poder realizarse según sean sus capacidades. No se pueden estancar por debajo de ellas. Únicamente el proyecto creativo personal de un quehacer en el mundo puede conseguir este crecimiento. Únicamente el que lucha por expresarse a sí mismo en la vida exterior puede cobrar el sentido liberador de identidad, de vida propia. Ese es el reto, el *challenge of life*, al que, en soledad responsable, cada uno debe exponerse, a menos de dimitir de su ser, de traicionarse a sí mismo. De anularse. En esto consiste toda la crítica de la mística de la feminidad, esa “bonita mentira” que pretende recluir a la mujer –con entera dedicación– dentro del círculo hogareño, reducida así a la rutina de sus faenas invariables y a participar en el avance del mundo, no por sí misma, sino tan sólo a través del marido y de los hijos. Por este dependiente y pasivo *vicarious living*, ella no puede romper con su infantilismo forzoso y a la larga nocivo, pues llega un momento en el desarrollo de la humanidad en que esta falta de madurez humana se hace insostenible, en que esta dulce y guarecida falta de ser –*the gentle nothingness*– se vuelve contra la propia mujer y la desquicia completamente, contaminando a la sociedad entera, que de este modo la ha querido. Ésta es como si dijéramos la columna vertebral dialéctica que sostiene todo el cuerpo de los análisis friedanos.

* * *

Lo extraño del caso es que son los propios intereses creados del país los primeros fomentadores de esta perniciosa imagen de la mujer: todo el tinglado comercial, toda la propaganda publicitaria están montados sobre la mentalidad “sexy” y doméstica, a la par, de las mujeres. Mentalidad que de este

modo es casi reductible a un enorme y vasto plan de venta, a una red múltiple y asfixiante de solicitudes de compra. “The sexual sell” lo califica certeramente Betty Friedan. Todas las compañías de neveras, de aspiradoras y lavadoras eléctricas, de cosméticos, de detergentes, de vestimenta, de automóviles, etc., viven de esta “feminidad” artificiosa, hoy día ya puramente exaltada por todos los medios de una civilización trepidante, vertida hacia la apariencia y de una percusión masiva avasalladora. Si no, ¿cómo iban estas compañías y trusts a vender sus incesantes modelos nuevos? Al hablar de las directrices dadas por esos todopoderosos sabios de la publicidad, los *advertising motivational researchers* –los verdaderos dictadores o “manipuladores” de la mentalidad norteamericana– la autora llega a la pasmosa conclusión de que “propiamente manipuladas, se les puede dar a las amas de casa norteamericanas el sentido de identidad, de finalidad, de creatividad, de realización de sí mismas, hasta la alegría sexual que les falta, por medio de la compra de objetos” (!). Ésa es su única “felicidad”. Siendo así que el 75% del poder de compra en los Estados Unidos está en manos de las mujeres, ello las convierte inevitablemente en “víctimas de este pavoroso don”. De esta forma, la “mística de la feminidad” parece más el producto de un sistema económico que propiamente el resultado del instintivo afán de dominio de un sexo sobre el otro. Además “la pasividad e inmadurez” del varón norteamericano, que denuncia la propia Betty Friedan, impediría semejante cosa. Ya en el siglo pasado Engels relacionó la acrecentada posición inferior de la mujer ocurrida por aquel entonces con el auge del sistema capitalista, los dos impulsos, el sexual y el económico, reforzándose entre sí. Pero aquí, en la

Norteamérica del presente, se trata de una causa predominantemente... comercial.

Así es como, sin saberlo, una nación paga el éxito de su economía con el fracaso y el desasosiego de sus mujeres. Y así es igualmente como el poder secreto de los grandes intereses comerciales anula y se aprovecha de una legislación, toda ella a favor de la mujer.

Yo diría que el capítulo más original y estremecedor de todos es el que trata del fenómeno de la deshumanización. El grande, el enorme mérito de Betty Friedan ha sido el de detectar las consecuencias *totales* a que conduce la represión del crecimiento de la personalidad de la mujer. Nadie, que yo sepa, ha llevado tan lejos y tan hondo el examen de los daños causados por una errada *elección* de destino (the mistaken choice) –de un mismo errado dilema– por parte de la mujer. Las nuevas circunstancias de civilización han traído a la mujer una cierta libertad de conciencia; ella ya no es la sometida de antes que no podía determinarse a sí misma, sino que ha alcanzado la posibilidad de elegir, de optar por lo que ella realmente desee *ser*; así, en lugar de mantenerla simplemente sujeta, o de acentuar esa sujeción, lo que se ha hecho es engañarla con falsas convicciones, es despistarla a través de un falso y trasnochado ideal.

Ella misma es la que ahora se recluye voluntariamente en su

pasivo papel “infantil” y “servil” de siempre. Pero nuestra sicóloga va más allá de lo que le pueda suceder a esta nueva seducida –transformada por las cortapisas de la “mística” en agresiva e insaciable *sex-seeker* o en *mom* (madre, mamá) frustrada y absorbente–, ella muestra como esta inmadurez de las madres, por falta de saber ganarse una existencia más personal, afecta y repercute directamente en los hijos: ellos también quedan inmaturos, enmadrados. No consiguen liberarse del “vientre” materno, de modo que, al hallarse solos ante las dificultades exteriores, no saben enfrentarse con ellas y, entonces, se deshumanizan. El reblandecimiento del carácter es, pues, el primer paso hacia la deshumanización. Ese es el eslabón final, el resultado postrero a que lleva el fallo de origen acaecido en la mujer.

Aparte de las indisciplinadas pandillas de los *beatneakers*, los Teddy-boys norteamericanos, así como de la promiscuidad existente entre chicos y chicas en muchos casos, los primeros síntomas alarmantes de esta descomposición general se registraron en la última guerra. La autora yanqui nos escalofría con los siguientes datos: de los quince millones de hombres que se presentaron a las armas en la última guerra, tres millones fueron desechados por “desórdenes síquicos”. ¡Un hombre de cada cinco era síquicamente inútil!

Si a este dato aterrador se añade el informe del médico del ejército estadounidense que inspeccionó oficialmente un campo de prisioneros en Corea del Norte, ello nos delata lo que sucede a los “útiles” cuando les falta el auxilio de sus latas de conserva y sus botes de leche condensada. Este relato es algo tan espeluznante y dantesco que prefiero no comentarlo. La

blandura proveniente del alto nivel de vida de la “sagrada” *american way of life*, junto con el “devorante mimo” de la *mom*, son los dos factores que, aunados, han venido a ser el mayor peligro para la salud de un pueblo entero. De un vasto y “joven” pueblo moderno.

Estos devastadores efectos muestran la perentoria necesidad de conocer a fondo el inicial desasosiego disolvente de las mujeres.

Así como Simone de Beauvoir interpretó el caso de la mujer a la luz de la teoría sartriana de “l’*autre*” y la convertía en “la otra”, achacando además las características deficiencias del sexo a esta situación lateral propia de la “otredad”, Betty Friedan, por el contrario, no hace ninguna teoría para aplicar luego la rejilla de su clave a los distintos campos de la realidad, sino que se enfrenta directa y concretamente con “algo” inquietante y difuso que ella ha intuido en la vida de las mujeres de su país, “algo” dentro de lo cual se debaten inconscientemente y que ella llama “el problema que no tiene nombre”. Todo el esfuerzo de la autora de la “*Feminine mystique*” consiste en seguirle la pista a este multiforme e inexpresado problema, en indagar en él. En definitiva, en obligarle a presentarse. Este “problema que no tiene nombre” es su gran hallazgo, su descubrimiento realmente original. Todo arranca de él. Es el malestar desconocido, es la desesperación inexplicable –por innominada– que se apodera de tantas mujeres a pesar de ellas,

y que no saben confesarse a sí mismas porque –según es la íntima convicción que ha sido inoculada en ellas–, poseen todo aquello que representa la felicidad, el “fulfillment” o cumplimiento del destino de una mujer. Son unas contentas descontentas que no se entienden a sí mismas. Innumerables son las que tienen la suerte de tener un marido con porvenir, unos hijos sanos, una casa agradable, dinero suficiente y, sin embargo, experimentan una asfixia interior tan misteriosa como intolerable. No saben lo que les pasa y se sienten culpables. Como lo señala muy bien Betty Friedan, no se trata de un problema sexual, sino de algo mucho más hondo y difícil de expresar con palabras: se trata, en verdad, de un problema del *ser*, de una “agonía” ontológica, o sea, de la propia “identidad”. “Todo lo que yo deseaba era casarme y tener cuatro hijos”, escribe una de las interrogadas. “Amo a los niños, a Bob y a mi hogar. No hay un problema al que se pueda dar siquiera un nombre. Pero estoy desesperada. Empiezo a sentir que no tengo personalidad. Soy una servidora de alimentos, una vestidora de pantalones y una hacedora de camas, alguien a quien se puede llamar cuando se necesita algo, pero ¿quién soy yo?” Este es el drama hamletiano que padece la *trapped house-wife*, el ama de casa atrapada, al percibir su vida sin horizontes, apresada en la monotonía del quehacer doméstico. A esto la ha reducido el espejuelo del ideal propuesto a la mujer de “*one virtue, one passion, one occupation*”.

Esta desesperanza enigmática, que alguna ha llamado el “dolor de muelas del espíritu”, es tanto más agobiante por cuanto no se la entiende al no disponer de los conceptos adecuados para captarla. Lo llamativo del caso es que son precisamente las mujeres “femeninas”, las modeladas por la

“feminine mystique”, las atacadas de este mal. De repente las avasalla el vacío; perciben con la conciencia atormentada la insuficiencia de la motivación de sus vidas. Y se les descubre la apetencia insólita de un “algo más” necesario. Como escribe muy bien Betty Friedan, ya no pueden ignorar esa secreta voz interior que les dice: “Necesito algo más que mi marido, y mis hijos, y mi hogar”.

Este problema anónimo, levantado por este mal que tampoco “tiene nombre”, es el fenómeno que delata la ignorada crisis de crecimiento de un sexo entero. Sin duda, cuando una civilización alcanza un determinado grado de progreso técnico, la persona se encuentra forzada a desarrollarse, a expresarse en ella para poder “sentirse vivir”. Si no, se despersonaliza y se ahoga. De este modo, la rutina cerrada de la “home career” del ama de casa se vuelve insuficiente y puede incluso hacerse patológicamente insoportable. Es el propio mecanismo de los hechos de civilización el que se encarga de empujarnos en la dirección de una más evolucionada –y más difícil– plenitud de ser. De ahí esos extraños desajustes y desconciertos en la sique de las que se han quedado atrás. O, lo que es peor, se han vuelto para atrás después de haber conocido una primera época de empuje y desarrollo, como les ha ocurrido a las norteamericanas.

Por eso es tan inteligente la distinción que Betty Friedan hace entre la neurosis de la mujer victoriana, que ignoraba el sexo, y esta otra de la mujer moderna que ignora su desarrollo más humano y personalizados. Estamos tan obnubilados por Freud que no hemos concebido que la falta de cumplimiento para con la vida más alta y consciente pudiese ocasionar los mismos

trastornos que aquella para con la vida más elemental o animal. En la medida en que la sociedad se tecnifica, esto es, se deshumaniza, reclama, sin escape posible, el contraesfuerzo de una mayor humanización. Es la placa sensitiva y ultradelicada del alma femenina el primer exponente, o el primer paciente, de este insobornable requisito vital, tanto más dramático en ella debido a su propia situación tradicional.

No es extraño, por lo mismo, que la libertad estrepitosa de la *sex-seeker* no sea ninguna liberación. Los ejemplos, por desgracia, abundan y, a veces, son muy sonados. Así semeja un frenético *hundimiento* de la persona.

* * *

En efecto, ahora podemos vislumbrar y discernir en la evolución de la mujer dos procesos o formas de liberación, esto es, de la tradicional dependencia del varón y su directa consecuencia: la reducción al marco hogareño y su *half life*.

El primer movimiento de emancipación, que es el que hemos conocido en Europa desde fines del siglo pasado –y que de ahí saltó a Norteamérica– consiste en un sano *despertar* a la necesidad de adquirir la madurez de la propia personalidad (p. e., la Nora de “Casa de Muñecas” de Ibsen), junto con la ambición a una participación creciente en la vida social y pública (p. e., la incorporación al trabajo y las sufragistas).

Era la mujer ella misma la que descubría estas nuevas metas en su existencia y aspiraba a ellas. Ello fue el principio de “la

apasionada jornada” de las *New Womens*, de las Mujeres Nuevas.

Pero en los recientes años hace su aparición –lo vemos a través de la adivinación de Betty Friedan– un segundo proceso, superpuesto al primero, el único del que teníamos conciencia. Este último proceso posee todas las características de una liberación siquiátrica.

Acaece cuando la mujer, después de haber experimentado una inicial aurora de gozosa, y casi siempre dramática, expansión y afirmación de sí misma, recula de nuevo artificialmente a su estadio anterior y ya no encaja realmente en él. Es lo ocurrido en U. S. A. Entre los años 20 y 30 surge el período en que las mujeres norteamericanas se lanzaron a los estudios superiores, se graduaban y luego ejercían emprendedoramente en la sociedad sus distintas vocaciones o profesiones, y ello aún después de casadas. Pero, con la postguerra, renace el viejo ideal, ahora ya ficticio, de la única y entregada dedicación al hogar, al marido, a los hijos, propio de la “feminine mystique”, y, ante este “complot” nacional, ante esta conspiración general, el primer movimiento de conquista “feminista” cede o, mejor dicho, retrocede. La mujer otra vez ya no desea sino dejarse apresar en los estrechos e idealizados límites de la casa, del hogar, rodeada, eso sí, por el brillo relumbrante –y deslumbrante– de todos los modernísimos utensilios ideados por la industria norteamericana. Las mujeres renuncian a sus carreras, los matrimonios se hacen cada vez más prematuros, hasta alcanzar el nivel de los países subdesarrollados, en tanto que el número de hijos aumenta. 1950 es la época del “*baby boom*”. “Es más fácil tener un niño

que obtener el «A»” (es decir, una licenciatura). El amor es la gran escapatoria de la facilidad, esto es, de la inmadurez. La joven es así reducida a coleccionadora de “dates” y la mujer a “home-maker” o fabricante de hogar, según es la expresión norteamericana. Pero ahora el saludable, esforzado y vitalmente necesario afán por el propio progreso o desarrollo, al que la mujer, después de haber sido suyo, ha renunciado, se venga de ella. Esta vez hace su reaparición en forma negativa y a escondidas: se manifiesta a través de una presión neurótica insufrible y disolvente en su propio interior. Son los males de la “evasión del crecimiento”, de la respuesta personal que la vida impone. Y acontece el “síndrome del ama de casa”. Así es como este segundo proceso de liberación femenina concuerda en su primer estadio con el de la técnica psicoanalítica: consiste, no ya en una toma de conciencia extrovertida de nuevos afanes y horizontes de vida, tras cuya conquista efectiva es menester lanzarse, sino en un mero e introvertido “reconocer” aquello que mudamente nos atribula el alma.

Para salir de este padecimiento fantasmal y solitario hace falta poderlo “nombrar” y esto no se consigue sin recuperar la visión perdida de la mujer, aquella que hacía tan poco tiempo todavía la había propulsado hacia su realización plena como persona humana. Se trata, por lo mismo, de una auto-liberación síquica y no, como antes en Europa, de una liberación obtenida por la transformación activa de la propia existencia, o sea en la espesura de la lucha concreta. Así, repito, las dos liberaciones presuponen la posesión de la imagen completa y renovada de la mujer, o cuando menos de su intuición anticipada.

Es emocionante la descripción que hace Betty Friedan del

alivio que sintieron unas pocas mujeres cuando, a principios del 59, se confesaron unas a otras el extraño padecer que era el suyo y descubrieron que no eran ninguna excepción desquiciada y culpable, sino que se trataba de un mal que las acechaba a todas. Por eso estoy segura que, aparte del escándalo que haya suscitado, este libro tiene que haber suscitado una descarga y un desahogo potentísimos para la mente de innumerables mujeres. Se habrán sentido “explicadas” a través de él. Sólo resta el que esta “explicación” las impulse a recuperar nuevamente el terreno perdido o, en otras, a conquistar el terreno aún no ganado –para ser del todo “salvadas”.

* * *

Toda esta serie de etapas y vicisitudes por las que atraviesa la fragua evolutiva de la personalidad de la mujer nos hace comprender como hoy día existen, y coexisten, por lo menos tres clases o tipos de mujeres, los cuales se hallan repartidos en distintos ambientes sociales y nacionales. Para empezar, tenemos el tipo que podríamos llamar originario o conformista de las que están todavía inmersas en formas de vida tradicionales y que se encuentran perfectamente a gusto y encajadas. Estas mujeres son las representantes y sacerdotisas del viejo orden de la mística de la feminidad. Mas luego viene el tipo de las que se despiertan del letargo multiseccular, se dan cuenta de su situación desaventajada y aspiran por todos los medios a cambiarla.

Esto es aproximadamente lo ocurrido en los países más

modernos del mundo occidental europeo. En tercer lugar, y por fin, aparece este otro tipo de las mujeres que empezaron a liberarse, pero que, ante determinadas presiones contrarias, se replegaron a su punto de partida. Entonces es cuando la vida muy modernizada de su país las oprime de tal manera que el tradicional esquema de la vida femenina las desbarata y neurotiza ¹.

Es de gran importancia el conservar presentes estos distintos estratos de desarrollo porque nos ayudan para la recta apreciación del sentido real encerrado en las diferentes reacciones. Precisamente una de las comparaciones que más puede chocar y despistar a nuestra mentalidad ibérica es el hecho de que el solo ocuparse de la casa, el tener una prole numerosa, o sea el llevar una existencia exclusivamente al socaire del amparo varonil, algo tan “natural”, pueda originar consecuencias tan catastróficas en las “suburbanas” de la clase media que nos describe Betty Friedan, y ello cuando la inmensa mayoría de nuestras mujeres la soportan tan bien, más aún, se sienten enraizadas en ella con tanta satisfacción (hasta el punto de no poder imaginar otra cualquiera, a pesar de la falta creciente de servidumbre y la sobra, también creciente, de dificultades económicas). Este incesante contraste que, página tras página, tiene que asaltar a todo lector español, y que a mí me dejaba muy pensativa, podría inducirnos a darle una interpretación en demasía superficial, en demasía favorable para nosotros –sobre todo con esa clásica propensión a

1 Habría que añadir un cuarto grupo de mujeres: ésas que viven en países en donde la “igualdad” entre los sexos es plenamente reconocida –tales como Israel, Rusia y, supongo la China de Mao–Tse–Tung–, en los cuales, por lo tanto, pueden realizar libremente sus talentos. Pero esto es un capítulo en cierto modo aparte.

autoglorificarnos en cuanto hablamos de “nuestras mujeres”–, que podría hacernos creer en la posesión por nuestra parte de una dosis mayor de salud, de vida armónica general, cuando este encaje complacido –o simplemente plácido– debería llevarnos a la sospecha de que acaso fuese la señal de que andamos retrasadas, pacíficas “Bellas Durmientes” del sueño de una forma de ser no más lograda, sino más primitiva. De que aún para nosotras no ha amanecido la hora difícil y arriesgada del despertar más consciente y humano. Entendido de esta manera este encaje significaría que no hemos empezado a crecer, a desear tener una personalidad propia, a “tener el valor de ser un individuo”... y a la par que el mundo moderno no nos ha apresado en sus tenebrosas y sofocantes garras. Ésta es la advertencia muy principal que yo quería hacer. Ya que lo que puede resultar normal y muy saludable en un esquema de vida sin desarrollar, trasvasado a otro más avanzado, viene a ser causa de una “patológica deshumanización progresiva”.

No debemos olvidar que nosotras estamos *de ida* y las otras *de vuelta*, falsamente de regreso a su estación de origen. ¡De ahí el enorme interés del caso de las norteamericanas para la dilucidación final del “misterio” de la mujer!

¿Quién iba a pensar que el concepto tradicional de la feminidad y de lo femenino, aquello que considerábamos como lo más exquisito y peculiar de la mujer, iba, andando el tiempo,

a desatar este oleaje de perturbaciones maléficas, este deterioro en cadena? No cabe duda de que la historia, así como el desarrollo humano que lleva consigo, es un proceso irreversible y acumulativo. No me canso de repetir que para conservar los valores primigenios intactos es menester engastarlos incesantemente en nuevas formas, adaptadas a la nueva madurez de ser necesitada. Es menester hacerlos más ricos y complejos. Y también más puros. Ésta es la razón por la que Betty Friedan, con su perspicacia genial, se ha revelado como una gran destructora de mitos. Al desmontar el de la feminidad –o arrancarle el velo– desmonta igualmente el del amor materno, cuyo parasitismo “femenino” vive del hijo, y este hijo, a su vez, retenido en una “simbiosis emocional” con la madre es “castrado” de su facultad de volverse hombre completo. Y aquí, al analizar la tendencia general al matrimonio prematuro –ese mágico atajo al estado de adulto–, Betty Friedan se enfrenta con el mito supremo del amor. El amor viene a ser en esta ocasión el recurso o subterfugio para evadirse de la soledad y fortaleza requeridas para la realización objetiva y humana de la persona. El amor es parodiado en el fenómeno de la “togetherness”, del “estar-juntos” protector. El casarse significa entonces el mero y degradante amparo contra la dureza de la vida y su reto. Una *pathological retreat*. En contraste, y aunque no del todo ortodoxa, la autora acaba con una preciosa exaltación de la capacidad amorosa del ser que de verdad se ha emancipado de todos estos falsos mitos.

* * *

En tiempos de transición, de mutación rapidísima, incluso de crisis, cuáles son los nuestros, es la realidad misma la que nos interpela, la que juzga del acierto o desacierto de nuestras ideas o convicciones. Lo malo es que pagamos con nuestra propia persona el precio de esta interpelación. De haber o no ajustado nuestras verdades a la verdad de lo real. Así, estos descalabros ocultos y generales padecidos por todos y ocasionados por el anquilosado concepto que se tenía de lo propiamente femenino son el *test* de la falsedad o cuando menos de la insuficiencia de este concepto. Es, pues, experimentalmente, vitalmente, como se verifica esta prueba.

Por una extraña coincidencia, he glosado recientísimamente, y sacado las consecuencias, de otro libro que trataba de la misma lección infligida por la realidad histórica de nuestros días, sólo que en un sector completamente distinto de la vida femenina². Se trata del libro del Cardenal Suenens “La promoción apostólica de la religiosa”. Aquí también la idea tradicional de la feminidad acarrea una pobreza apostólica en países muy evolucionados y hacía periclitarse la vida de este tipo de congregaciones. Estos dos *ejemplos* tangibles, el de la mujer norteamericana y el de la religiosa apostólica de corte clásico, sacuden completamente por sus bases nuestros viejos esquemas instintivos acerca de la mujer y sus atribuciones. Por eso nuestro primer deber de seres modernos es el de dejarnos de... ideas, sobre todo de las preconcebidas, y ponernos *a la escucha*. Es el de captar la enseñanza que nos da la propia vida

² Ver mi libro *Feminismo y Espiritualidad*, Ed. Taurus.

moderna. Nada más iluminador, nada mejor para ello que leer esta obra escalofriante de Betty Friedan, que no es, claro está, especialmente “apta para menores de 18 años”. Ella no es ninguna “antiburguesa” iconoclasta –no se salta a la torera el matrimonio y la maternidad como Simone de Beauvoir– y, si bien no debe ser creyente, sus manifestaciones, sin embargo, están dentro de una neta ética familiar de mujer casada con tres hijos –de lo cual se precia mucho– que les confiere un sentido inequívocadamente positivo.

Digamos, para remachar bien el clavo terminal, que, del mismo modo como la autora norteamericana fue llevada a hacer, a través del drama nacional producido por el “problema que no tiene nombre”, “la acusación más condenatoria” (*the most damning indictment*) a la mística de la feminidad, yo también, paralelamente, tuve que decir ante la probada incapacidad evangelizadora actual de la religiosa concebida según la vieja visión que se tenía de la mujer, que esta visión... ¡no era cristiana! Si Betty Friedan la maldijo, yo la excomulgé. Es así como lo anímico y lo espiritual, la neurosis y la carencia de poder evangelizador, se conjugan para ser los detectores de un inmenso fallo femenino.

El cual es de nuestro urgente deber subsanar cuanto antes, renovando por completo nuestro concepto de la mujer.

* * *

¿Cuándo nos daremos cuenta de que la mujer es una parte integrante de la Humanidad con “H” mayúscula? ¿Más aún, de que ella es su delicado centro magnético, en el que se reconcentran todas las periféricas actuaciones masculinas y del cual rebotan después inagotables y repercutivas ondas “secretas”? ¿Cuándo nos daremos cuenta de que el tema de la mujer es un tema tanto para hombres como para mujeres, pues estamos todos enlazados en una misma y orgánica Unidad?

LILÍ ÁLVAREZ

Madrid, febrero 1965

PREFACIO Y AGRADECIMIENTOS

Paulatinamente, sin llegar a verlo de una forma clara durante mucho tiempo, llegué a darme cuenta de que existe algo equivocado en la manera en que las mujeres norteamericanas intentan vivir hoy día sus vidas. Percibí esto primeramente como interrogación que me hacía a mí misma, como esposa y madre de tres niños y luego valiéndome de mis facultades y de mi información, que me habían llevado a trabajar fuera de casa. Fue precisamente esta íntima interrogación la que me indujo en 1957 a invertir una buena parte de mi tiempo en someter un cuestionario a mis antiguas compañeras de colegio, quince años después de habernos graduado en la Universidad Smith. Las respuestas dadas por 200 mujeres a aquellas preguntas íntimas, hicieron que me percatara de que el error no podía ser achacado a la educación, como hasta entonces se creía. Los problemas y la realización de sus vidas y de la mía y la forma en que nuestra educación había contribuido a ello, sencillamente no se acomodaban a la imagen de la mujer contemporánea norteamericana tal como se la describía en las revistas femeninas, según se la estudiaba y se la analizaba en aulas y clínicas y se alababa o se la condenaba en un incesante fárrago

de palabras, a partir de la segunda Guerra Mundial. Existía una extraña discrepancia entre la realidad de nuestras vidas como mujeres y la imagen que se da de nosotras en lo que se ha llegado a llamar “La Mística de la Feminidad”. Me preguntaba si otras mujeres se enfrentaban con esta terrible disyuntiva y qué sentido tenía.

De esta forma empecé a seguirle el rastro a la mística de la feminidad y sus efectos sobre la mujer que ha vivido o se ha educado bajo su influencia. Mis métodos eran simplemente los de una periodista buscando la pista de un suceso; pero pronto descubrí que éste no era un suceso ordinario, puesto que el alarmante modelo que hicieron emerger me llevó, como una pista, a otro modelo situado en zonas más vastas del pensamiento y la vida modernos, que se oponía no sólo al modelo convencional, sino los supuestos psicológicos básicos acerca de la mujer. Encontré algunas claves del enigma en anteriores estudios sobre la mujer; pero no muchas, ya que la mujer en el pasado ha sido estudiada a partir de los supuestos de la mística de la feminidad. El trabajo de Mellon de Vassar fue estimulante; los estudios sobre la mujer de Simone de Beauvoir y de Mirra Komarovsky, A. H. Maslow³ y Alva Myrdal me interesaron. Encontré aún más estimulador el creciente desarrollo del nuevo pensamiento psicológico sobre la identidad del hombre, de cuyas implicaciones con respecto a la mujer parece que nadie se ha dado cuenta. Hallé nuevos testimonios demostrativos interrogando a los que se ocupan de las enfermedades y los problemas de la mujer. Y seguí la pista al desarrollo de esta mística hablando con los directores de las

3 A. H. Maslow, *Motivación y Personalidad*, Ed. Sagitario, Barcelona, 1963.

revistas femeninas, los investigadores de los fundamentos de la publicidad, y los que estudian la situación de la mujer en el campo de la sociología, el psicoanálisis, la antropología, la psicología y la educación de la vida familiar. Pero el enigma no empezó a aclararse hasta que interrogué con alguna profundidad, desde dos horas hasta dos días en cada interrogatorio, a ochenta mujeres que se hallaban en ciertos puntos cruciales de sus vidas, muchachas que estudiaban en colegios y Universidades y que se enfrentaban o trataban de eludir el problema de su propia personalidad; jóvenes amas de casa y madres para las que, si esta mística de la feminidad hubiera sido auténtica, no habría tal cuestión, ni existiría el problema que las preocupa. Estas mujeres, algunas torturadas, otras serenas, me dieron la respuesta definitiva y la más grave acusación contra la mística de la feminidad.

No obstante, yo no hubiera podido escribir este libro sin la ayuda de muchos expertos, eminentes investigadores, tanto teóricos como prácticos, ni tampoco sin la colaboración de muchos que creían y me han ayudado a penetrar en la mística de la feminidad. Me ayudaron muchos directores, actuales y antiguos, de revistas femeninas, incluyendo a Peggy Bell, John English, Bruce Gould, Mary Ann Guitar, James Skardon, Nancy Lynch, Geraldine Rhoads, Robert Stein, Neal Stuart y Polly Weaver; Ernest Dichter y el personal del Instituto de Investigaciones Motivacionales; y Marión Skedgell, antigua directora de la Viking Press, que me facilitó los datos que tenía recogidos para un estudio sin terminar sobre las heroínas en las novelas. Entre los psicólogos, teorizantes y terapeutas, tengo una gran deuda con William Menaker y John Landgraf, de la Universidad de Nueva York; A. H. Maslow, de la de Brandéis;

John Dollard, de la de Yale; William J. Goode, de la de Columbia; Margaret Mead; Paul Vahamian, del Teachers College; Elsa Siipola, Israel y Elias Chinoy, de la Universidad Smith; el doctor Andra Angyal, sicoanalista de Boston; el doctor Nathan Ackerman, de Nueva York; el doctor Louis English y la doctora Margaret Lawrence, del Centro de Enfermedades Mentales de Rockland, y otros especialistas de enfermedades mentales del distrito de Westchester, incluyendo a la señora Emily Gould, el doctor Gerald Fountain, la doctora Henrietta Glatzer y Marjorie Ilgenfritz, del Centro de New Rochelle y el Rev. Edgar Jackson; el doctor Richard Gordon y su esposa Katherine, del distrito de Bergen, Nueva Jersey; el doctor Abraham Stone, los doctores Lena Levine y Fred Jaffe, de la Asociación de Paternidad Dirigida; el personal del Jackson Putnam Center de Boston; la doctora Doris Menzer y el doctor Somers Sturges, del Hospital Peter Bent Brigham; Alice King, del Centro de Orientación del Estudiante, y el doctor Lester Evans, de la Commonwealth Fund. Estoy también agradecida a aquellos educadores que luchan valientemente contra la mística de la feminidad, los que me prestaron una gran ayuda: Laura Bornholdt, de la Universidad de Wellesley; Mary Bunting, de la de Radcliffe; Marjorie Nicolson, de la de Columbia; Esther Lloyd-Jones, del Colegio de Profesores; Millicent McIntosh, del Colegio Barnard; Esther Raushenbush, del Sarah Lawrence; Thomas Mendenhall, de la Universidad Smith. Y guardo sobre todo una gratitud inmensa a las mujeres que compartieron sus problemas y sentimientos conmigo, empezando por las 200 mujeres de la Universidad Smith a las que sometimos al cuestionario de 1942, y a Marión Ingersoll Howell y Anne Mather Montero, que colaboraron conmigo en aquel cuestionario que fue el punto de arranque de mi investigación.

Sin aquella magnífica institución, la Sala Frederick Lewis Alien de la Biblioteca Pública de Nueva York, que le permitió un acceso continuo sin límites de tiempo a las fuentes de investigación, esta autora, madre de tres hijos, nunca hubiera podido comenzar el presente libro y, desde luego, no lo hubiera terminado.

Lo mismo puede decirse del apoyo eficaz de mi editor, George P. Brockway, y de mi director, Burton Beals de W. W. Norton & Company. En un estudio más amplio, este libro no hubiera nunca podido ser escrito si yo no hubiese tenido una preparación excepcional en Psicología, gracias a las lecciones de Kurt Lewin, Tamara Dembo y demás profesores de la Universidad de Iowa; de E. C. Tolman, Jean Macfarlane, Nevitt Sanford y Erikson, de la de Berkeley, de una educación liberal en el mejor sentido de la palabra, que ha sido utilizada, aunque no en la forma en que originalmente se había previsto.

Los puntos de vista, la interpretación, tanto de las teorías como de los hechos, así como las consecuencias que se sacan en este libro, son, naturalmente, de mi cosecha.

Pero sean o no definitivas las soluciones que yo presento aquí (y hay muchas que los sociólogos deberán verificar más tarde), el dilema que se les plantea a las mujeres es real. En la actualidad, muchos expertos, obligados finalmente a reconocer la existencia del problema, están redoblando sus esfuerzos para que la mujer se ajuste a él sin salirse de la mística de la feminidad.

Mis respuestas pueden inquietar tanto a los sociólogos como

a la mujer, ya que suponen un cambio social. Pero no tendría ningún sentido que yo hubiera escrito este libro si no creyese que la mujer puede influir en la sociedad, de la misma forma que puede ser influida por ella; que, en definitiva, la mujer, lo mismo que el hombre, tiene la facultad de elegir y de crear su propio cielo o su propio infierno.

B. F.

Grandview, Nueva York, junio 1957–julio 1962.

I. EL PROBLEMA QUE NO TIENE NOMBRE

El problema permaneció latente durante muchos años en la mente de las mujeres norteamericanas. Era una inquietud extraña, una sensación de disgusto, una ansiedad que ya se sentía en los Estados Unidos a mediados del siglo actual. Todas las esposas luchaban contra ella. Cuando hacían las camas, iban a la compra, comían emparedados con sus hijos o los llevaban en coche al cine los días de asueto, incluso cuando descansaban por la noche al lado de sus maridos, se hacían, con temor, esta pregunta: ¿Esto es todo?

Durante más de quince años no se dijo una palabra sobre esta ansiedad entre los millones de palabras que se escribieron acerca de la mujer en artículos de periódico, libros y revistas especializados, cuyo objeto era sólo buscar la perfección de la mujer como esposa y madre. Repetidamente la mujer oyó la voz de la tradición y el sofisma de Freud de que una mujer no puede desear un mejor destino que la sublimación de su propia feminidad. Los especialistas en temas femeninos le explicaron la forma de atrapar a un hombre y conservarlo, cómo amamantar y vestir a un niño, cómo luchar contra las rebeldías de los

adolescentes; cómo comprar una máquina lavaplatos, amasar el pan, guisar unos caracoles y construir una piscina con sus propias manos; cómo vestirse, mirar, ser más femenina y dar más atractivo a la vida conyugal; cómo prolongar lo más posible la vida de su marido y evitar que sus hijos lleguen a ser unos delincuentes. A la mujer se le enseñó a compadecer a aquellas mujeres neuróticas, desgraciadas y carentes de feminidad que pretendían ser poetas, médicos o políticos. Aprendió que las mujeres verdaderamente femeninas no aspiran a seguir una carrera, a recibir una educación superior, a obtener los derechos políticos, la independencia y las oportunidades por las que habían luchado las antiguas sufragistas. Algunas mujeres, entre los cuarenta a los cincuenta años, aún recordaban con pena su renuncia a aquellos sueños, pero la mayoría de las jóvenes ya no pensaban en ellos. Miles de voces autorizadas aplaudían su feminidad, su compostura, su nueva madurez. Todo lo que tenían que hacer era dedicarse desde su más temprana edad a encontrar marido y a tener y criar hijos.

Hacia el final de la década 1950–1960, el promedio de la edad en que contraía matrimonio la mujer en los Estados Unidos descendió a veinte años y aún continuó bajando. Catorce millones de muchachas estaban prometidas a los diecisiete años. La proporción de mujeres que iban a la Universidad, en comparación con los hombres, descendió de un 47 por 100 en 1920 a un 35 por 100 en 1958. Un siglo antes, la mujer había luchado por obtener una educación superior; ahora las muchachas iban a la Universidad a “pescar” marido. En 1955, un 60 por ciento salió de la Escuela Superior para casarse, o porque temían que una educación excesiva constituiría una barrera para el matrimonio. En las residencias escolares se establecieron

dormitorios para matrimonios de estudiantes, pero los estudiantes eran casi siempre los maridos. Se creó un nuevo grado para las esposas (P.H.T., Putting Husband Through): ayudar al marido a estudiar.

Las chicas norteamericanas comenzaron a casarse durante el Bachillerato. Y las revistas femeninas deploraron las alarmantes estadísticas que resultaban de estos jóvenes matrimonios e influyeron para que se creasen cursos y consejeros matrimoniales en las escuelas de enseñanza media. Las chicas empezaron a tener novio formal a los doce y a los trece años. Los confeccionistas de ropa interior femenina lanzaron sostenes con falsos senos de espuma de goma para niñas de diez años. Y en un anuncio tamaño 3X6 cm. de ropa para niña, en el *New York Times* del otoño de 1960, se leía: "También pueden incorporarse *ellas* a la caza del hombre."

Hacia 1960 la natalidad en los Estados Unidos estaba alcanzando el nivel de la India. Se pidió al movimiento de control de natalidad, rebautizado con el nombre de Paternidad Dirigida, que buscara un método que permitiera seguir teniendo hijos a las mujeres a las que antes se les había aconsejado evitar el nacimiento de un tercero o cuarto hijo porque podían nacer muertos o defectuosos.

Los estadistas estaban particularmente alarmados por el fantástico aumento del número de hijos que tenían las estudiantes. Así como anteriormente solían tener dos hijos, ahora tenían cuatro, cinco o seis. Las muchachas que en otro tiempo estudiaban para seguir una carrera, iban a la Universidad para tener hijos; esto dio motivo a que la revista *Life* entonase

en 1956 un canto de alegría por el triunfo del movimiento en favor del regreso al hogar de la mujer norteamericana.

En un hospital de Nueva York, una mujer sufrió un ataque de histerismo cuando le dijeron que no podría amamantar a su hijo. En otros hospitales hubo mujeres enfermas de cáncer que se negaron a tomar un medicamento en cuya experimentación se había comprobado que podía salvar sus vidas, pero cuyos efectos secundarios, se decía, provocaban la esterilidad. “Si sólo tengo una vida, déjenme vivirla de rubia”, exclamaba una hermosa e inexpresiva mujer desde un anuncio a toda plana en periódicos y revistas y en enormes carteles en los escaparates y, como consecuencia, a través de todo el territorio de los Estados Unidos, tres de cada diez mujeres se tiñeron el pelo de rubio. Las mujeres comían una especie de yeso llamado metrecal como todo alimento, para amoldar su talla a la de las jóvenes y delgadas modelos. Los fabricantes de ropa femenina informaron que la talla de la mujer norteamericana había disminuido en tres y cuatro puntos. “Las mujeres tratan de adaptarse al tamaño de los vestidos, cuando debía ser al revés”, dijo un comprador de modelos femeninos.

Los decoradores de interiores diseñaban cocinas con mosaicos y pinturas murales, ya que la cocina había vuelto a ser el centro de la vida de la mujer. Coser en casa se convirtió en una industria poderosa. Muchas mujeres no salían de sus casas si no era para ir de compras, llevar a pasear a sus hijos o acompañar a sus maridos a alguna fiesta social ineludible. Las mujeres fueron educadas para ocuparse exclusivamente de su hogar. Hacia el año 1960 se observó un súbito viraje sociológico; una tercera parte de las mujeres trabajaban, pero en su mayoría no eran

jóvenes y muy pocas habían seguido una carrera. Eran mujeres casadas que tenían empleos durante parte del día, como vendedoras o secretarias, para ayudar a contribuir al pago de una hipoteca. O bien se trataba de viudas que tenían que mantener una familia. Cada vez había menos mujeres que efectuasen un trabajo profesional. La escasez de enfermeras especialistas en asistencia social y profesoras ocasionó serios problemas en casi todas las ciudades de los Estados Unidos.

Preocupados por la supremacía de la Unión Soviética en la carrera del espacio, los sabios norteamericanos observaron que la mayor fuente no utilizada de potencia intelectual era femenina.

Pero las jóvenes no querían estudiar Física: “no era *femenino*”. Una muchacha rechazó una beca en el Hospital Johns Hopkins para colocarse en una agencia inmobiliaria. Lo único que deseaba, dijo, era lo mismo que cualquier otra chica norteamericana: casarse, tener cuatro hijos y vivir en una bonita casa de un barrio residencial.

Ser ama de casa en un barrio residencial era el sueño dorado de todas las jóvenes norteamericanas y la envidia, se decía, de las mujeres de todo el mundo. Las amas de casa norteamericanas, liberadas gracias a la Ciencia y a los aparatos electrodomésticos de sus duras faenas, de los peligros del parto y de las enfermedades de sus abuelas, eran sanas, hermosas y bien preparadas; se ocupaban sólo de sus maridos, de sus hijos y de sus casas. Habían encontrado la verdadera ocupación femenina. Como amas de casa y madres eran respetadas en la misma forma que lo eran sus maridos en su mundo. Podían

elegir libremente sus automóviles, sus trajes, sus aparatos electrodomésticos, sus supermercados; tenían todo lo que la mujer había soñado siempre.

Quince años después de la segunda Guerra Mundial, esta mística de la perfección femenina se convirtió en el centro de la cultura contemporánea norteamericana. Millones de mujeres vivieron sus vidas según la imagen que sugerían aquellas fotografías de las amas de casa norteamericanas despidiendo con besos a sus maridos desde la ventana, conduciendo su furgoneta atestada de niños a la escuela y sonriendo mientras hacían funcionar su nueva enceradora eléctrica sobre el immaculado suelo de la cocina. Amasaban su propio pan, cosían sus vestidos y los de sus hijos, tenían sus máquinas de lavar y secar funcionando todo el día. Cambiaban las sábanas de las camas dos veces por semana en lugar de una, aprendían a hacer ganchillo y se compadecían de sus pobres madres, mujeres frustradas que habían soñado con estudiar una carrera. Su único sueño era ser perfectas esposas y madres; tener cinco hijos y una hermosa casa; su única lucha, “pescar” y conservar un marido. No tenían ninguna opinión sobre los problemas no femeninos del mundo: deseaban que fuese el hombre el que tomara las decisiones importantes. Se glorificaban de su papel de mujeres y escribían orgullosamente en la hoja de empadronamientos: “profesión, ama de casa”.

Durante más de quince años la literatura destinada a las mujeres, los temas de conversación de las amas de casa, mientras sus maridos sentados en el extremo opuesto de la habitación hablaban de sus negocios, de política y de fosas sépticas, giraban en torno a los problemas de sus hijos, al modo

de hacer felices a sus maridos, de mejorar la educación de los niños, de cómo solucionar la escasez de servicio, o de la manera de asar un pollo o hacer fundas para los muebles. Nadie discutía si la mujer era superior o inferior al hombre; simplemente, eran diferentes. Palabras como “emancipación” y “carrera”, sonaban de forma extraña y embarazosa; nadie las había utilizado durante muchos años. Cuando una escritora francesa llamada Simone de Beauvoir publicó un libro titulado “El Segundo Sexo”, un crítico norteamericano opinó que era evidente que aquella mujer “no sabía lo que era la vida”. Además, se trataba de la mujer francesa: el “problema de la mujer” en los Estados Unidos ya no existía.

Cuando durante la década de 1950 a 1960 una mujer tenía un problema, era porque algo iba mal en su matrimonio o en ella misma. “Otras mujeres están satisfechas con la vida que llevan –pensaba–. ¿Qué clase de mujer soy yo, si no soy capaz de comprender esa misteriosa satisfacción de encerar el suelo de mi cocina?” Se sentía tan avergonzada de tener que admitir su descontento, que no llegaba a darse cuenta de que otras mujeres lo compartían. Si se decidiera a decírselo a su marido, éste no comprendería de qué le hablaba. Ni ella misma verdaderamente lo entendía. Durante más de quince años a la mujer, en los Estados Unidos, le resultaba más embarazoso hablar de esta cuestión que de los problemas sexuales. Ni siquiera los psicoanalistas tenían un nombre para definirlo. Cuando una mujer recurría a un psiquiatra, cosa que ocurría con frecuencia, decía “me siento avergonzada”, o “debo tener una neurosis terrible”. “No sé qué es lo que va mal en la mujer de hoy –afirmó un psiquiatra–. Sólo sé que hay algo que no va bien en la vida femenina, ya que la mayoría de mis pacientes son mujeres. Y su

problema no es sexual.” No obstante, la gran mayoría de las mujeres no iban a consultar a los psicoanalistas. Realmente no me ocurre nada, se decían a sí mismas, no tengo ningún problema.

Pero una mañana de abril de 1959 oí decir a una madre de cuatro hijos, cuando estaba tomando café en compañía de otras cuatro madres, en un barrio residencial a quince millas de Nueva York, en un tono de desesperación: “El problema.” Y las otras cuatro sabían que no estaban hablando de un problema relacionado con su marido, sus hijos o sus casas. Súbitamente se dieron cuenta de que todas tenían el mismo problema, *el problema que no tenía nombre*. Comenzaron, con cierta vacilación, a hablar de él. Más tarde, después de haber ido a recoger a sus hijos a la guardería infantil, de haberlos llevado a casa y de acostarlos, dos de ellas, al darse por fin cuenta de su soledad, tuvieron una crisis nerviosa.

Poco a poco llegué a comprender que el problema que no tenía nombre era compartido por innumerables mujeres de los Estados Unidos. Como redactora de una revista, entrevistaba a menudo a las mujeres sobre los problemas que tenían con sus hijos, con sus maridos, en sus hogares o con sus vecinos. Pero al cabo de algún tiempo empecé a reconocer los signos delatores de este otro problema. Vi iguales síntomas en las casas de los barrios residenciales y en las de la clase media, en Long Island, en Nueva Jersey y en Westchester; en las casas coloniales de una pequeña ciudad de Massachusetts; en las casas de vecindad de Memphis, en los chalets de las afueras y en los apartamentos de la ciudad. Algunas veces sentía el problema no desde el punto de vista del periodista, sino desde el de ama de casa de un barrio residencial, ya que durante este tiempo también yo eduqué a

mis hijos en Rockland County, en el estado de Nueva York. Percibí ecos del problema en los dormitorios de los colegios y en las guarderías infantiles, en las reuniones de la P.T.A.⁴ y en los almuerzos de la Liga de Mujeres Electoras, en las reuniones elegantes, en las salas de las estaciones y en las conversaciones que escuchaba por casualidad en el restaurante. Todas estas frases que oía decir a otras mujeres, en las tardes apacibles, mientras los niños estaban en la escuela, o en las veladas tranquilas, mientras los maridos trabajaban hasta muy tarde, creo que las comprendí como mujer mucho antes de darme cuenta de la gran importancia de sus implicaciones sociales y psicológicas.

¿En qué consistía exactamente este problema que no tiene nombre? ¿Cuáles eran las palabras que empleaban las mujeres cuando intentaban expresarlo? Algunas veces, una mujer lo describiría así: “me encuentro vacía... en cierto modo incompleta”. O “me parece como si no existiese”.

Unas veces lograba eliminar esta sensación con un tranquilizante. Otras pensaba que el problema era originado por su marido o por sus hijos, o que lo que realmente necesitaba era volver a decorar la casa, mudarse de barrio, adquirir un determinado aparato doméstico o tener otro hijo. A veces acudía al médico quejándose de vagos síntomas que apenas podía explicar: “Un sentimiento de cansancio... me enfado tanto con los niños que me asusto... siento ganas de gritar sin ningún motivo” (un doctor de Cleveland lo llamó “el síndrome del ama de casa”). Ciertas mujeres dijeron que se les formaban ampollas

4 Parents and Teachers Association (Asociación de Padres y Maestros).

sanguinolentas en brazos y piernas. “Yo lo llamo la epidemia de las amas de casa –dijo el médico de una familia de Pensilvania–. Últimamente lo encuentro a menudo en esas esposas jóvenes con cuatro, cinco y seis hijos que limitan su vida a las cuatro paredes de su cocina. Pero no se trata de una alergia producida por los detergentes, ni se cura con cortisona.”

A veces se trataba de una mujer que me decía que aquel sentimiento se hacía tan fuerte que la obligaba a salir corriendo de su casa y a pasearse por las calles. O bien se quedaba en casa, llorando. O sus hijos le contaban un chiste y no se reía porque ni siquiera lo había oído. Hablé con mujeres que durante años habían recurrido al psicoanalista echándose en el sofá de la consulta para conseguir su adaptación a su papel femenino, para “cumplir como esposa y como madre”. Pero el tono desesperado de sus voces y la expresión de sus ojos eran el mismo tono y la misma mirada de otras mujeres que estaban seguras de no tener ningún problema, aun cuando experimentaban un extraño sentimiento de desesperación.

Una madre de cuatro hijos, que había salido del colegio a los diecinueve años para casarse, me contó: “He intentado hacer todo lo que se supone que hacen las mujeres: *hobbies*, jardinería, hacer amistad con mis vecinas, formar parte de comités, organizar reuniones de la P.T.A. en mi casa. Puedo hacerlo todo y me gusta, pero no deja tiempo para pensar en lo que una es realmente. Nunca he sentido el deseo de seguir una carrera. Todo lo que deseé fue casarme y tener cuatro hijos. Quiero a mis hijos, a Bob y a mi hogar. No tengo un problema al que pueda dársele un nombre determinado. Pero estoy desesperada. Empiezo a sentir que no tengo personalidad. Soy

la que sirve la comida; la que viste a los niños y hace las camas; alguien a quien puede llamarse cuando se desea algo. Pero ¿quién soy realmente?” Otra madre de veintitrés años, con pantalones azules de vaquero, me dijo: “Tengo salud, hijos sanos, una encantadora casa nueva, bastante dinero. Mi marido tiene un gran porvenir como ingeniero electrónico. Él no experimenta ninguna de estas sensaciones. Dice que quizá lo que yo necesito son unas vacaciones y que debemos ir a pasar un fin de semana a Nueva York, pero no es eso. Siempre he tenido la idea de que las cosas debíamos hacerlas juntos. No puedo ponerme a leer un libro yo sola. Si los niños están durmiendo y si tengo una hora libre, me la paso andando por la casa, esperando a que despierten. No doy un paso hasta que no sé hacia dónde va el resto de la gente. Es como si, desde que era niña, hubiese habido siempre alguien o algo que dirigiese mi vida: mis padres, el colegio o algún novio, el nacimiento de un hijo o el mudarse a una nueva casa. Luego una despierta una buena mañana y no hay nada cuya llegada se esté deseando.”

Una joven esposa de Long Island se explicaba así: “Parece que duermo mucho. No sé por qué tengo que estar tan cansada. Esta casa no es tan difícil de limpiar como lo era el piso que teníamos cuando trabajaba. Los niños están todo el día en la escuela; no es el trabajo. Sólo que no me siento viva.”

En 1960, el problema que no tiene nombre reventó como un forúnculo oculto bajo la imagen de la feliz ama de casa norteamericana. En los anuncios de la televisión, las lindas amas de casa seguían sonriendo entre sus cacerolas, y en un chiste en la primera página del *Times* sobre *Las Esposas del Barrio Residencial*, un fenómeno americano, se protestaba: “¡Lo pasan

demasiado bien... como para que nos creamos que son desgraciadas!” Pero la verdadera infelicidad del ama de casa norteamericana fue repentinamente puesta de manifiesto. Desde el *New York Times* y el *Newsweek* hasta el *Good Housekeeping* y la Televisión (“El Ama de Casa cogida en la trampa”), casi todo el mundo que hablaba de ello encontraba alguna razón superficial para no tomarlo en serio. Se atribuyó, por ejemplo, a la incompetencia de los técnicos en reparar los aparatos electrodomésticos (*New York Times*) o a las distancias a las que se tenía que llevar a los niños si se vivía en los barrios residenciales (*Times*), a demasiadas reuniones de la P.T.A. (*Redbook*). Algunos dijeron que se trataba del problema eterno: la educación. Cada vez había más mujeres con una gran cultura, lo que, naturalmente, las hacía sentirse desgraciadas en su papel de amas de casa: “Se ha encontrado que el camino desde Freud al refrigerador, desde Sófocles a Spock⁵, está lleno de baches”, informaba el *New York Times* (junio 28, 1960). “Muchas jóvenes –no todas, naturalmente–, sumergidas por su educación en un mar de ideas, se sienten asfixiadas en sus casas. Encuentran sus vidas rutinarias y sin relación con lo que han estudiado. Al igual que los reclusos, se sienten excluidas del mundo. En el año último, el problema del ama de casa con cultura fue el tema de múltiples conferencias dadas por los directores de colegios femeninos que, muy preocupados por la gran cantidad de quejas escuchadas, afirman que dieciséis años de enseñanza universitaria constituye una preparación realista para ser esposa y madre.”

Se sintió mucha compasión hacia el ama de casa cultivada (es

⁵ Famoso médico, autor de libros de pediatría.

como un esquizofrénico con dos cabezas... unas veces escribe un ensayo sobre los poetas fúnebres; otras escribe notas para el lechero. Hubo un tiempo que era capaz de determinar el punto de ebullición del ácido sulfúrico. Ahora calcula el punto de su propia ebullición por la tardanza del operario que ha llamado para reparar algo en su casa... El ama de casa se ve a menudo reducida a gritos y lágrimas... Nadie, al parecer, y ella menos que nadie, se da cuenta de la clase de persona en que se convierte durante el proceso de su evolución de poetisa a gruñona).

Los especialistas en economía doméstica sugirieron una preparación más realista de las amas de casa, tal como talleres para el aprendizaje de los menesteres caseros. Los profesores de los colegios propusieron reuniones más frecuentes en que se discutiera la manera de llevar la casa y la familia, a fin de preparar a la mujer para su adaptación a la vida doméstica. Aparecieron multitud de artículos en las revistas populares explicando “las cincuenta y ocho maneras de hacer más atractivo su matrimonio”. No pasaba un mes sin que apareciese un nuevo libro de un siquiatra o un sexólogo dando consejos técnicos para “conseguir una vida más completa atendiendo a la cuestión sexual”.

Un humorista afirmó en el *Harpers Bazaar* (julio 1960) que el problema podría resolverse retirando el voto a la mujer. (“En la época anterior a la enmienda 19, la mujer norteamericana era plácida, educada y se sentía segura de su papel en la sociedad norteamericana. Dejaba todas las decisiones políticas a su marido, y él, a su vez, le dejaba a ella todas las decisiones familiares. Hoy la mujer tiene que tomar tanto las decisiones familiares como las políticas y esto es demasiado para ella.”)

Varios educadores propusieron seriamente que no se admitiese a la mujer en los Colegios ni en las Universidades: con la creciente escasez de colegios, la enseñanza que se daba a las muchachas y que éstas no podían utilizar como amas de casa, podía ser aplicada a los muchachos que tienen que prepararse para la era atómica.

El problema fue siempre dado de lado con soluciones drásticas que nadie podía tomar en serio. (Una escritora propuso en el *Harpers* que se reclutara a las mujeres para un servicio obligatorio como auxiliares de enfermeras y niñeras.) O bien se le quitó importancia con las viejas panaceas “el amor es su solución”, “la única solución consiste en ayudarle moralmente”, “el secreto para que lleguen a un estado perfecto: los hijos”, “un medio particular de perfección intelectual”, “para curar este dolor de muelas del espíritu, la fórmula más sencilla consiste en entregarse uno mismo y su voluntad a Dios”⁶.

El problema fue dado de lado asegurando al ama de casa que no se da cuenta de lo feliz que es; ella es su propio jefe; sin horas de oficina, sin un colega más joven impaciente por ocupar su puesto. Si ella no es feliz... ¿cree acaso que el hombre lo es en ese mundo? ¿Desea aún, realmente, en su fuero interno, ser hombre? ¿Se da cuenta de la suerte que tiene de ser mujer?

Finalmente, el problema quedó olvidado, afirmando con un encogimiento de hombros que no tenía solución: esto es lo que significa ser mujer; ¿qué es lo que va mal en la mujer

⁶ Véase la publicación con motivo del setenta y cinco aniversario de *Good House-keeping*, mayo 1960, de “The Gift of Self”, recopilación de coloquios sobre el tema por Margaret Mead, Jessamyn West, y otros.

estadounidense para que no acepte de buena gana su papel? Como decía el *Newsweek* en su número del 7 de marzo de 1960.

“Está descontenta a pesar de poseer muchas cosas que las mujeres de otros países sólo pueden soñar. Su descontento es profundo, agudo e impermeable a los remedios superficiales que se le ofrecen en todas partes... un ejército de investigadores superficiales ha determinado ya las principales fuentes de ese descontento. Desde el principio de los tiempos, el ciclo sexual femenino ha definido y limitado el papel de la mujer..., se pensó, basándose en las afirmaciones de Freud, que... «el destino está predeterminado por la anatomía». Aunque ningún grupo femenino ha extendido tanto estas naturales restricciones como el de las esposas norteamericanas, parece que aún no ha aceptado estas pocas de buena gana... Una madre con muchos y hermosos hijos, con encanto y talento, se disculpa por despreciar su papel en la vida: «¿qué soy?», se la oye decir. «Nada, sólo una ama de casa.»”

Al parecer, una buena educación ha dado a este tipo de mujer, que debería ser el ideal de las mujeres, capacidad para comprender el valor de todo, a excepción de su propio mérito...

Y de esta suerte la mujer debe aceptar el hecho de que “la infelicidad de la mujer moderna es simplemente el tributo último que debe pagar por la conquista de sus derechos; se ajusta al tipo de ama de casa feliz descubierto por la revista *Newsweek*. “Debemos saludar a la maravillosa libertad que todos tenemos y estar orgullosos de nuestra vida actual. He ido al colegio y he trabajado; pero ser ama de casa es el papel más

satisfactorio y provechoso... mi madre nunca intervino en los asuntos y negocios de mi padre... estaba ligada a su casa y a sus hijos. Pero yo soy igual a mi marido, puedo acompañarle en sus viajes de negocios y tomar parte en los actos sociales.”

La alternativa ofrecida suponía una elección con la que pocas mujeres se decidieran a enfrentarse. Para decirlo con las compasivas palabras del *New York Times*: “Todas reconocen que se sienten profundamente frustradas, a veces por la falta de reposo, por el trabajo físico excesivo, lo rutinario de la vida familiar, su claustración. No obstante, ninguna renunciaría a su casa y a su familia si pudiera elegir de nuevo.” La revista afirmaba: “Pocas mujeres desearían abandonar a sus maridos, sus hijos y su hogar para vivir su vida. Las que lo hacen pueden ser personas de talento, pero raramente son auténticamente mujeres.”

El año en que hizo explosión el descontento de las mujeres norteamericanas, se demostró también (*Look*) que más de 21.000.000 de mujeres estadounidenses, solteras, viudas o divorciadas, no cesaban, incluso después de los cincuenta años, en su loca y desesperada búsqueda de un hombre. Y la búsqueda comienza temprano, ya que el 70 por 100 de las mujeres norteamericanas se casan actualmente antes de los veinticuatro años.

Una linda secretaria de veinticinco años cambió treinta y cinco veces de empleo, en seis meses, con la fútil esperanza de hallar marido. Las mujeres pasan de un club político a otro, asisten a cursos nocturnos de contabilidad o navegación, aprenden a jugar al golf o a esquiar, cambian de secta religiosa, frecuentan

solas los bares, todo ello en una incesante búsqueda del hombre.

De los miles de mujeres que actualmente consultan algún siquiatra en los Estados Unidos, las casadas están descontentas de sus maridos, las solteras empiezan padeciendo ansiedad y, finalmente, depresión. Es curioso que las pacientes solteras se sientan menos desgraciadas que las casadas. Así fue como en la puerta de todas aquellas lindas casas de los barrios residenciales se abrió una grieta que permitió echar una ojeada en la vida privada de miles de amas de casa que se enfrentaban a solas con un problema del que, repentinamente, todo el mundo comenzó a hablar, dando su existencia por sentada, al igual que esos otros y reales problemas de la vida norteamericana que nunca podrán ser resueltos, como el desarme atómico. En 1962, la angustia de la mujer norteamericana se había convertido ya en un juego de salón nacional. Ediciones enteras de revistas, secciones de periódicos, libros eruditos y frívolos, conferencias educativas y programas de televisión estaban dedicados al *problema*.

Aun así, la mayoría de los hombres y algunas mujeres seguían sin darse cuenta de que era auténtico. Pero aquellos que se habían enfrentado con él honradamente sabían que todos los remedios superficiales, los consejos compasivos, las palabras de reprimenda y las frases cariñosas eran algo que no atacaba al fondo del problema. Se empezó a oír la risa amargada de las mujeres norteamericanas. Eran admiradas, envidiadas, compadecidas hasta tal punto que sentían náuseas; se les ofrecían soluciones drásticas o alternativas necias que nadie tomaba en serio. Recibieron toda clase de consejos de los crecientes ejércitos de consejeros matrimoniales, puericultores, siquiatras

y sicólogos sobre la forma de adaptarse a su papel de amas de casa. Ningún otro camino de perfección se ofreció a la mujer norteamericana al mediar el siglo actual. La mayoría se adaptó a su papel y padeció o ignoró el problema que no tiene nombre. Puede ser menos doloroso, para una mujer, no escuchar la voz desconocida e insatisfecha que resuena en su interior.

No es posible ignorar por más tiempo aquella voz, no hacer caso de la desesperación de tantas mujeres norteamericanas. No se trata de algo inherente a la condición femenina, a pesar de lo que digan los especialistas. El sufrimiento humano siempre tiene un motivo; quizá este motivo no ha sido encontrado por no haber sabido hacer las preguntas exactas o no haber insistido bastante. No se acepta la respuesta de que no existe tal problema, ya que la mujer norteamericana tiene comodidades que las mujeres de otros tiempos y otros países jamás soñaron; pobreza, enfermedad, hambre, frío: la mujer que padece este problema tiene un hambre que el alimento material no puede satisfacer. El problema existe tanto en las mujeres de modestos ingresos de hospitales o pasantes, como en las de famosos médicos y abogados; en las esposas de trabajadores o directores con ingresos que van de los 5.000 a los 50.000 dólares anuales.

Su origen no está en la escasez de recursos materiales; puede ser, incluso, que mujeres preocupadas por los problemas de la comida, la pobreza o la enfermedad, no lo tengan. Una mujer que empiece creyendo que el problema puede resolverse con más dinero, con una casa más grande, un segundo automóvil, el traslado a un barrio residencial más lujoso, termina a menudo por descubrir que cualquiera de esos remedios es peor que la enfermedad.

Ya no es posible echar la culpa del problema a la pérdida de la feminidad; decir que la educación, la independencia y la igualdad con los hombres han hecho a la mujer norteamericana poco femenina. Sé de tantas mujeres que se esfuerzan en no oír esa voz interior de protesta, porque la realidad no se ajusta al lindo cuadro que de la feminidad les pintaron los expertos. Creo, realmente, que ésta es la primera clave del misterio: el problema no puede plantearse en los términos generalmente aceptados; en los que se han basado los científicos para estudiar a la mujer, los médicos para tratarla, los moralistas para aconsejarla y los escritores para describirla. Las mujeres a las que atormenta este problema, en las que esta voz resuena, han vivido siempre dedicadas a la persecución de la perfección femenina. No son mujeres que han estudiado una carrera (aunque esas mujeres pueden tener otros problemas); son mujeres cuya ambición ha sido el matrimonio y los hijos. Para sus padres, estas mujeres de la clase media no podían tener otro sueño. Las que ahora están entre los cuarenta y los cincuenta, que en su juventud tuvieron otros sueños, renunciaron a ellos y se consagraron con alegría a su vida de amas de casa. Para las más jóvenes, las que ahora empiezan a vivir su papel de esposas y madres, éste fue el único sueño. Son las que abandonaron el colegio para casarse o las que renunciaron a un trabajo que realizaban sin entusiasmo para casarse a su vez. Estas mujeres son muy “femeninas” en el sentido general de la palabra. También, sin embargo, las hace sufrir el mismo problema.

¿Son las mujeres que llegaron al término de sus estudios universitarios, las que una vez soñaron con ser algo más que amas de casa, las que más sufren? Según los expertos, sí. Pero oigamos lo que ellas dicen:

a) “Paso mis días atareada pero aburrida. Todo lo que tengo que hacer es preocuparme de la comida. Me levanto a las ocho, hago el desayuno, lavo los platos, almuerzo, vuelvo a lavar más platos y algo de ropa, y arreglo la casa por la tarde. Luego lavo los platos de la cena y me siento algunos minutos, antes de acostar a los niños... Así transcurre cualquier día de mi vida. Exactamente igual que el de cualquier otra esposa. Monótono. La mayor parte de mi tiempo lo paso vigilando a los niños.”

b) “Bueno, ¿en qué invierto mi tiempo? Me levanto a las seis, visto a mi hijo mayor y luego le preparo el desayuno. Después, lavo los platos y baño y doy de comer al bebé. Luego almuerzo y, mientras los niños duermen la siesta, coso, remiendo o plancho y hago otras cosas que no he tenido tiempo de hacer antes del mediodía. Luego hago la cena para toda la familia, cenamos y mi marido mira la televisión mientras friego los platos. Después, cuando los niños se han acostado, me arreglo el pelo y me voy a dormir.”

c) “Mis preocupaciones son siempre el cuidado de los niños, como las de cualquier esposa de cualquier pastor de cualquier parroquia; nunca las mías propias.”

d) “Si se filmase una típica mañana mía en casa, se parecería a una vieja película de los Hermanos Marx. Lavo los platos, meto prisa a los niños mayores para que vayan a la escuela, salgo al jardín a regar los crisantemos, vuelvo apresuradamente para hacer una llamada telefónica sobre una reunión de comité, ayudo a mis hijos pequeños a construir una casa de juguete, paso quince minutos hojeando los periódicos para estar bien informada, por fin me ocupo de la colada y la lavadora mecánica

lava la ropa sucia acumulada por tres mudas a la semana, lo que supone una cantidad de ropa como para tener a un pueblo primitivo lavando un año entero. A mediodía, puedo sentarme un ratito; muy poco de lo que he hecho ha sido realmente necesario o importante. Durante el día me siento como hostigada por un llamamiento del exterior. Me considero a mí misma como una de las amas de casa más descansadas de la vecindad. Muchas de mis amigas se sienten aún más inquietas que yo. Durante los últimos sesenta años se ha llegado a cerrar el círculo y el ama de casa norteamericana está otra vez encerrada en una jaula de ardilla. Si la jaula es ahora una bonita y estupenda villa o un moderno apartamento, la situación no es menos dolorosa que cuando nuestra abuela se sentaba a hacer ganchillo o a bordar en su dorado salón, refunfuñando malhumoradamente acerca de los derechos de la mujer.”

Las dos primeras mujeres de la encuesta, nunca habían ido al colegio. Viven en barrios industriales de Levittown (Nueva Jersey) y Tacoma (Washington), y fueron interrogadas por un grupo de sociólogos que estudiaban la situación de las esposas de los obreros⁷. La tercera, esposa de un pastor protestante, escribió en el cuestionario que nunca había deseado estudiar una carrera⁸. La cuarta, diplomada en antropología, es hoy ama

7 Lee Rainwater, Richard P. Coleman y Gerald Handel, *Workingmans Wife*, Nueva York, 1959.

8 Betty Friedan, “If One Generation Can Ever Tell Another”, *Smith Alumnae Quarterly*, Northampton, Mass., Invierno, 1961. Por primera vez me di cuenta del “problema que no tiene nombre” y de su posible relación con lo que finalmente llamé “mística de la feminidad” en 1957, cuando preparaba un cuestionario intensivo y dirigía un estudio de mis propias compañeras en el Smith College, quince años después de la licenciatura. Este cuestionario fue utilizado más tarde por las antiguas alumnas de la Universidad Radcliffe y otras universidades femeninas con resultados similares.

de casa de Nebraska y tiene tres hijos⁹. La respuesta de todas ellas parece indicar que las amas de casa de cualquier nivel escolar padecen el mismo sentimiento de desesperación.

El hecho es que ninguna mujer discute hoy día acaloradamente sobre los “derechos de la mujer”, aunque cada vez hay más mujeres que van a la Universidad. En un reciente estudio hecho sobre las promociones del Colegio Barnard¹⁰, una minoría significativa de las promociones más antiguas se lamentó de que su educación les hizo desear “derechos”, las promociones intermedias culparon a su educación de haberles hecho soñar con estudiar una carrera, en tanto que las más recientes achacaron al colegio el haberles hecho sentir que no era suficiente limitarse a ser ama de casa y madre; no querían sentirse culpables por no leer libros o por no participar en actividades sociales. Pero si la educación no es el origen del problema, el hecho de que la educación emponzoña a estas mujeres, puede constituir una de sus claves.

Si el secreto de la realización del destino de la mujer consiste en tener hijos, nunca tantas mujeres han tenido, con su libre consentimiento, tantos hijos en tan poco tiempo y de tan buen grado. Si consiste en el amor, nunca las mujeres lo buscaron con tanta decisión. Pero existe una creciente sospecha de que el problema puede no ser sexual, aunque en algún modo debe estar relacionado con el sexo. He oído a muchos médicos hablar de nuevos problemas sexuales entre el marido y la mujer: hambre sexual en las esposas, tan grande que sus maridos no

9 Jhan y June Robbins, “Why Young Mothers Feel Trapped”, Reedbook, septiembre 1960.

10 Marian Freda Poverman, “Alumnae on Parade”, Barnard Alumnae Magazine, julio 1957.

pueden satisfacerla. “Hemos hecho de la mujer una criatura sexual” –dijo un siquiatra en el consultorio matrimonial de Margaret Sanger–. La mujer sólo tiene personalidad como esposa y madre. No sabe lo que ella misma es. Espera todo el día a que el marido regrese a casa para que, por la noche, la haga sentirse “viva”. Pero ahora es el marido el que no está interesado. Es terrible para la mujer acostarse, cada noche, esperando que su marido la haga sentirse “viva”. ¿Por qué existe una tal demanda de libros y de artículos que ofrezcan asesoramiento sobre estos temas? El tipo de organización sexual que las estadísticas de Kinsey descubrieron en las últimas generaciones femeninas, no parece haber resuelto este problema.

Por el contrario, se descubren nuevas neurosis entre las mujeres: casos todavía sin denominación clínica que Freud y sus discípulos no previeron, con síntomas físicos, ansiedades y mecanismos de defensa semejantes a los provocados por la represión sexual. Aparecen también nuevos y extraños problemas en las generaciones actuales de niños cuyas madres siempre estuvieron a su lado, ayudándoles en sus tareas: incapacidad para soportar el dolor o la disciplina, o para llevar a término cualquier proyecto de bastarse a sí mismo, un hastío devastador frente a la vida. Los educadores están preocupados por la necesidad de apoyo, la falta de confianza en sí mismos, de los muchachos y muchachas que ingresan hoy día en los colegios. “Luchamos sin descanso para obligar a nuestros estudiantes a que asuman su propia personalidad”, dijo un decano de la Universidad de Columbia.

Se celebró una conferencia en la Casa Blanca para tratar del

mal estado físico y muscular de los muchachos norteamericanos; ¿estaba sobrecargada su educación? Los sociólogos se quedaron pasmados al ver la forma en que se distribuye el tiempo de los niños en los barrios residenciales; las lecciones, las fiestas, las diversiones, las agrupaciones para los juegos y los estudios, todo estaba previamente organizado. Una ama de casa de un barrio residencial de Portland (Oregón) se sorprendía de que los niños de otros barrios necesitaban alistarse en los “Boy Scouts” y asociaciones similares. “Éste no es un barrio pobre. Los chicos, en otros sitios, disfrutaban de libertad. Creo que la gente está aquí tan aburrida que se dedica a organizarles las diversiones a los niños y luego incluso intentan que todos les ayudemos a ello. Y los pobres niños no tienen tiempo ni para tumbarse en sus camas y soñar despiertos.”

¿Puede el problema que no tiene nombre estar relacionado en alguna forma con la rutina doméstica del ama de casa? Cuando una mujer intenta describir el problema con palabras, se limita casi siempre a relatar su vida ordinaria; ¿qué hay en esta narración detallada de su vida confortable y hogareña que pueda realmente causar una tal sensación de desesperación? ¿Está sencillamente agobiada por las enormes exigencias que se derivan de su papel de moderna ama de casa: esposa, madre, enfermera, encargada de ir a la compra, cocinera, chófer, experta en decoración de interiores, niñera, costurera, barnizadora de muebles, experta en dietética y educación? Su día está repartido entre la máquina de fregar la vajilla, la lavadora, el teléfono, el secador, la furgoneta, el supermercado, el llevar la hija mayor a la clase de baile, la segadora de césped, de ir a la estación al tren de las 6,45 para recoger a su marido. No puede dedicar más de quince minutos a cada cosa; no tiene

tiempo para leer libros, sólo revistas; y si tiene tiempo, ha perdido la facultad de concentrarse. Al final del día, está tan terriblemente cansada que a veces es su marido el que, dándose cuenta de ello, acuesta a los niños.

Este terrible cansancio hizo que tantas mujeres fueran a consultar al médico en la década de 1950 a 1960, que uno de ellos decidió efectuar una investigación. Descubrió, sorprendido, que sus pacientes sufrían de “la fatiga del ama de casa”; dormían más de lo que necesita un adulto, casi diez horas diarias, y además el esfuerzo que exigían sus trabajos caseros no agotaba sus reservas de energía. “El verdadero problema debe ser más hondo –pensó–, quizá hastío.” Algunos médicos aconsejaron a sus pacientes que salieran de casa durante el día para distraerse y fueran, por ejemplo, al cine. Otros les recetaron tranquilizantes. Muchas amas de casa de los barrios residenciales los tomaban como se toman pastillas para la tos. “Una se despierta por la mañana –decían– con la sensación de que nada va a ocurrir en todo el día. Te tomas un sedante y se te quita toda preocupación.”

Es fácil ver los detalles concretos que acongojan al ama de casa de los barrios residenciales, las continuas exigencias de su tiempo. Pero las cadenas que la atan a su “trampa” sólo existen en su propia mente y en su imaginación. Son cadenas forjadas con ideas erróneas y hechos mal interpretados, con verdades incompletas y decisiones falsas. No se ven ni se rompen fácilmente.

¿Cómo puede una mujer ver toda la verdad dentro de los límites de su propia vida? ¿Cómo puede dar crédito a aquella voz

interior, que niega las verdades convencionales y aceptadas por las que ha vivido? Y, sin embargo, aquellas mujeres con las que he hablado y que han acabado por decidirse a escuchar aquella voz interior, parece –de manera asombrosa– que avanzan a tientas hacia una verdad que ha desafiado a todos los especialistas y siquiátras.

Creo que los especialistas han tenido ante sus ojos durante mucho tiempo y en muy distintos campos pruebas de esta verdad, aunque no han sabido verlas. He descubierto algunas de estas pruebas en una investigación, y he estudiado el desarrollo de algunas teorías en el campo de las ciencias psicológicas, sociales y biológicas, cuyas consecuencias para la mujer parece que nunca han sido examinadas. He descubierto muchas claves hablando con médicos de los barrios residenciales, ginecólogos, tocólogos, pediatras, asesores de enseñanza media, profesores de colegios, consejeros matrimoniales, siquiátras y sacerdotes, preguntándoles no sobre sus teorías, sino sobre sus observaciones directas en su trato con las mujeres. Se ofreció ante mi vista un creciente campo de realidades, muchas de las cuales no habían salido a la luz pública porque no se ajustan al actual modo de pensar sobre la mujer: realidades que ponen en tela de juicio los tipos actualmente establecidos para determinar la normalidad femenina, la adaptación femenina, la realización completa de la feminidad y la madurez femenina, normas por las cuales la mayoría de las mujeres están todavía intentando vivir.

Comencé a ver bajo una nueva y extraña luz el retorno del pueblo norteamericano al matrimonio temprano y a las familias numerosas, que están causando el aumento vertiginoso de la

población; la reciente tendencia a no limitar el número de hijos, a que los amamante la madre; la mentalidad de los barrios residenciales y las nuevas neurosis, las personalidades patológicas y los problemas sexuales de que han dado cuenta los médicos. Comencé a ver nuevas facetas de los viejos problemas femeninos que se habían dado por solucionados: molestias de la menstruación, frigidez sexual, promiscuidad, miedos durante el embarazo, depresión después del parto, el alto porcentaje de crisis emocionales y suicidios entre las mujeres de veinte a treinta años, la crisis de la menopausia, la pasividad e inmadurez del hombre moderno norteamericano, la desproporción entre la capacidad intelectual de la mujer, mucho mayor en la niñez que en la madurez, lo variable de la edad en que empieza el organismo sexual adulto en las mujeres norteamericanas y los persistentes problemas en la sicoterapia y educación de la mujer.

Si estoy en lo cierto, el problema que no tiene nombre en la mente de tantísimas mujeres de hoy no es un asunto de pérdida de feminidad o de excesiva educación, o de exceso de trabajos domésticos. Es mucho más importante de lo que todos creen. Es la clave de estos otros nuevos y viejos problemas que han estado torturando a las mujeres y a sus maridos e hijos, intrigando a sus médicos y educadores durante muchos años. Puede muy bien ser la clave de nuestro futuro como nación y como cultura. No podemos dejar de escuchar por más tiempo aquella voz interior de las mujeres, que dice: "Necesito algo más que mi marido, que mis hijos y mi hogar."

II. LA FELIZ AMA DE CASA

¿Por qué tantas esposas norteamericanas soportaron esta dolorosa sensación de descontento, creyendo, cada una por su parte, que sólo ella la soportaba? “Tengo los ojos anegados en lágrimas de pura alegría al saber que mi inquietud interior es compartida por otras mujeres”, me escribió una joven esposa de Connecticut cuando comencé a tratar abiertamente este problema¹¹. Otra mujer me escribió desde una pequeña ciudad de Ohio: “Cuántas veces creí que la única solución era consultar a un siquiatra (momentos de cólera, resentimiento y frustración general demasiado numerosos para mencionarlos en detalles), sin tener idea de que cientos de mujeres estaban sintiendo lo mismo que yo. ¡Me encontraba tan completamente sola!” Otra me decía en su carta: “La sensación de encontrarme casi sola frente a mi problema, era que hacía que éste me pareciese aún más insoluble. Doy gracias a Dios por tener una familia, un hogar

11 Betty Friedan, “Women Are People Too!”, *Good Housekeeping*, septiembre 1960. Las cartas recibidas de mujeres de todos los Estados Unidos en respuesta a este artículo fueron de tal intensidad emocional que me convencí de que “el problema que no tiene nombre” no se limita en modo alguno a las graduadas de las universidades femeninas de la Ivy League.

y la posibilidad de ocuparme de ellos, pero mi vida no podía acabar ahí. Es como un despertar saber que no soy un caso único y que puedo dejar de sentirme avergonzada por desear algo más.”

Ese sufrimiento de tener que ocultar un sentimiento y esa tremenda sensación de alivio que se experimenta cuando finalmente se exterioriza, son signos psicológicos familiares. ¿Qué necesidades, qué parte de su propia personalidad estaban reprimiendo muchas mujeres hoy día? En esta época, posterior a Freud, se sospecha inmediatamente que esa represión tiene un origen sexual. Pero este nuevo despertar de la mujer no parece ser de origen sexual; es, de hecho, mucho más difícil para una mujer hablar de ello que de lo sexual. ¿Es posible que exista alguna otra necesidad, una ansiedad particular que las mujeres han enterrado tan profundamente como las mujeres de la época victoriana enterraron el problema sexual?

Si la hay, puede que la mujer no sepa en qué consiste, al igual que la mujer de la época victoriana desconocía sus necesidades sexuales. La imagen ideal de una mujer según las normas de aquella época era, sencillamente, la de la mujer que dejaba de lado el problema sexual. ¿Acaso el modelo ideal por el que se rigen las mujeres modernas en los Estados Unidos deja también algo de lado, ese modelo popular y satisfecho de la joven de la Escuela Superior avanzando segura de sí misma, de la joven universitaria enamorada, del ama de casa del barrio residencial con un marido emprendedor y una furgoneta llena de niños? Esa imagen –creada por las revistas femeninas, los anuncios, la televisión, las películas, las novelas y los libros escritos por expertos en temas matrimoniales y familiares, en psicología

infantil, en problemas sexuales y los divulgadores de la sicología y el psicoanálisis– informa hoy la vida de las mujeres y refleja sus aspiraciones. Puede ser un indicio del problema que no tiene nombre, así como un sueño es indicio de un deseo reprimido del que sueña. En el cerebro, la llamada censura inconsciente funciona como un contador Geiger cuando la imagen presenta un contraste demasiado en desacuerdo con la realidad. Un contador Geiger resonó dentro de mí cuando no conseguía acoplar la abnegada desesperación de tantas mujeres con la imagen de la moderna ama de casa norteamericana que yo misma estaba contribuyendo a crear, en mis colaboraciones en las revistas femeninas. ¿Qué falta en el modelo que refleja y crea la personalidad de las mujeres hoy día en los Estados Unidos?

A principios del año 1960, *McCalls* fue la revista femenina de mayor circulación. Sus artículos son un reflejo bastante exacto de la imagen de la mujer norteamericana ofrecida y hasta cierto punto creada por las revistas de gran circulación. Reseñamos a continuación el índice completo de un número típico de *McCalls* (julio 1960):

1. Un artículo sobre “el incremento de la calvicie en las mujeres” debido a cepillarse excesivamente el cabello y al abuso de los tintes.
2. Un largo poema sobre un niño, titulado “Un Niño es Un Niño”.
3. Una novela en la que se relata cómo una chica sin educación superior le quita el novio a una inteligente joven universitaria.

4. Una breve y minuciosa descripción sobre las sensaciones que experimenta un bebé en la cama al tirar su biberón al suelo.

5. La primera de las dos partes de un relato íntimo y reciente, escrito por el duque de Windsor sobre el tema “Cómo vivimos actualmente mi esposa y yo y en qué nos ocupamos. La influencia que tiene sobre mí la ropa y viceversa”.

6. Una breve narración sobre una joven de diecinueve años que es enviada a una escuela especial dedicada a fomentar los atractivos de la mujer y en la que aprende a parpadear y a dejarse ganar al tenis. “Tienes diecinueve años, y según las normas actuales de este país, ahora me corresponde dejar que te arranque de mis manos algún barbilindo que se haga cargo de ti legal y económicamente; un barbilampiño que te lleve en volandas a un pisito de Nueva York, mientras aprende las triquiñuelas de la venta de artículos con primas; y ningún jovenzuelo lo hará mientras devuelvas sus pelotazos en el tenis con un revés incontestable de la izquierda.”

7. Las aventuras de unos recién casados durante su luna de miel, en Las Vegas, hablándose a través del tabique de dos habitaciones contiguas después de una discusión en la mesa de juego.

8. Un artículo sobre “Cómo vencer el complejo de inferioridad”.

9. Un relato titulado “El día de la boda”.

10. La historia de una madre de menos de veinte años que aprende a bailar el *rock-and-roll*,

11. Seis páginas de fotografías bellísimas de modelos luciendo trajes especiales para embarazadas.

12. Cuatro sugestivas páginas sobre el tema “Adelgace como lo hacen las modelos”.

13. Un artículo acerca de las demoras en las líneas aéreas.

14. Patrones para hacer trajes en casa.

15. Patrones para hacer “Biombos –Algo Maravilloso”.

16. Un artículo llamado “Las mil y una maneras de entablar amistad con vistas a pescar un Segundo Marido”.

17. Un artículo titulado “La Barbacoa es un Filón”, dedicado “Al gran Señor norteamericano que tocado con su gorra de cocinero, tenedor en ristre, en la terraza o en el porche, en el jardín o en el patio, o en cualquier otro sitio, vigila el asado que gira en el asador. Y a su mujer, sin la cual (algunas veces) la barbacoa nunca hubiera alcanzado esa rotunda popularidad veraniega de que indudablemente disfruta...”

También había las habituales primeras páginas dedicadas a nuevos específicos y descubrimientos en el campo de la medicina, instrucciones sobre el cuidado de los niños, secciones fijas a cargo de Clara Luce y Eleanor Roosevelt y una sección titulada “Pucheros y Sartenes” en la que se publican las cartas

de las lectoras. El tipo de mujer que sugiere esta linda y popular revista es juvenil y frívola, casi adolescente, suave y femenina; pasiva; alegremente satisfecha en un mundo de alcoba y cocina, relaciones sexuales, niños y hogar. La revista, naturalmente, no deja de lado la cuestión sexual; la única pasión, la única aspiración, el único objetivo que se le permite a la mujer es la búsqueda del hombre. La revista está llena de recetas culinarias, ropas, cosméticos, muebles y de bellos y jóvenes cuerpos femeninos. ¿Pero dónde queda el mundo del pensamiento y las ideas, la vida de la mente y del espíritu? Según la imagen que de las mujeres nos da la revista, éstas no hacen otro trabajo que el doméstico y sólo se esfuerzan en conservar la belleza de sus cuerpos y en conquistar a un hombre y retenerlo.

Ésta era la imagen de la mujer norteamericana en el año en que Castro hacía estallar la revolución en Cuba y se adiestraba a los hombres para los viajes espaciales; el año en que nacían nuevas naciones en el continente africano y un avión cuya velocidad es superior a la del sonido provocaba la ruptura de una conferencia “en la cumbre”; el año en que los artistas se declaraban en huelga ante un gran museo, para protestar contra la hegemonía del arte abstracto; en que los físicos llegaban a la concepción de la antimateria; los astrónomos, a causa de los nuevos radiotelescopios, tenían que modificar su concepción de un universo expansivo; los biólogos lograban abrir una brecha en el misterio del origen químico de la vida, y los estudiantes de color en las escuelas del sur de los Estados Unidos se atrevían a enfrentarse por vez primera desde la guerra civil con la idea de la verdadera democracia. Pero esta revista, destinada a más de 5.000.000 de mujeres norteamericanas, casi todas con título de bachiller y casi la mitad de ellas con títulos universitarios, apenas

si hacía mención de nada que no estuviera relacionado con el hogar. En la segunda mitad del siglo XX, en los Estados Unidos, el mundo de las mujeres se limitaba al cuidado de su cuerpo y de su manera de hechizar a los hombres, de dar a luz y de cuidar y hacer la comida para su marido y sus hijos. Y esto no era un caso aislado, sino lo corriente en cualquier ejemplar de las revistas femeninas.

Una noche asistí a una reunión de redactores de revistas, en su mayoría hombres, que colaboraban en toda clase de publicaciones, incluso en revistas femeninas. El que presidía era uno de los cabecillas de la campaña antisegregacionista. Antes de que hablara, otro hombre describió las necesidades de la gran revista femenina que dirigía: “Nuestras lectoras son en su mayoría amas de casa, no les interesan los grandes problemas públicos de actualidad. No se preocupan por los asuntos nacionales o internacionales. Sólo les interesa la familia y el hogar. No les preocupan los temas políticos, a menos que se refieran a algo directamente relacionado con la casa, como, por ejemplo, el precio del café. ¿La ironía? Tiene que ser fácil; ellas no entienden la sátira. ¿Los viajes? Casi hemos prescindido de ellos. ¿La educación? He aquí el problema. Su propio nivel cultural está elevándose: casi todas son bachilleres y muchas universitarias. Están tremendamente interesadas en la educación de sus hijos (la aritmética de cuarto grado, por ejemplo).

No se puede escribir sobre ideas, ni temas generales para las mujeres. Ésa es la razón por la que dedicamos actualmente el 90% de nuestras páginas a cuestiones domésticas y sólo un 10% a temas de interés general.”

El editor de otra revista femenina se mostró de acuerdo con ese criterio, y añadió, lamentándose: “¿No pueden ustedes darnos nada más que seriales como el de «La mujer se encuentra en su botiquín»? ¿No puede ninguno de ustedes inventarse algo nuevo que pueda interesar a las mujeres? Seguimos estando interesados, desde luego, por el tema sexual.”

Al llegar a este punto, los colaboradores y directores de revistas invirtieron una hora en escuchar a Thurgood Marshall, que les relató los entresijos de la historia de la batalla contra la segregación y sus posibles repercusiones en las elecciones presidenciales. “Es una lástima que yo no pueda publicar esa historia –dijo uno de los directores–. Pero no se puede introducir ese tema en el mundo femenino.”

Mientras les escuchaba, un refrán alemán me bailaba por la cabeza: “*Kinder, Küche, Kirche*”, el *slogan* que utilizaron los nazis para decretar que la mujer debía confinarse una vez más a su papel biológico. Pero aquello no era la Alemania nazi, sino los Estados Unidos. El mundo entero está abierto para la mujer norteamericana. ¿Por qué, entonces, su prototipo lo rechaza? ¿Por qué limita a las mujeres a “una sola pasión, un solo papel, una sola ocupación”? No hace mucho las mujeres soñaban y luchaban por la igualdad, por conquistar su lugar propio en el mundo. ¿Qué se hizo de sus sueños? ¿Cuándo decidieron las mujeres renunciar al mundo y volver a sus hogares?

Un geólogo saca una muestra de cieno del fondo del mar y ve en ella capas de sedimentos tan delgadas como hojas de afeitar, depositadas a lo largo de los años, cada una de las cuales son

testimonios de un período tan vasto de la evolución geológica del mundo, que la vida entera de un hombre sería como un minuto de ese período. Pasé varios días en la biblioteca pública de Nueva York, consultando volúmenes encuadernados de las revistas femeninas norteamericanas de los últimos veinte años. Encontré una evolución en el prototipo de la mujer norteamericana y en los hitos del mundo femenino, tan profunda y enigmática como la que revelaron las capas de sedimentos en el océano.

En 1939, las heroínas de las novelas que publicaban las revistas femeninas no eran siempre jóvenes, pero en cierto sentido eran más jóvenes que las protagonistas de la novelística actual. Eran jóvenes en el mismo sentido en que el héroe norteamericano ha sido siempre joven. Eran mujeres nuevas, que creaban con un espíritu alegre y decidido una nueva realidad para las mujeres: una vida propia. Estaban nimbadas por una aureola de superación, de deseo de encaminarse hacia un futuro que iba a ser distinto del pasado. La mayoría de las heroínas de las cuatro principales revistas femeninas (*Ladies Home Journal*, *McCalls*, *Good House-keeping*, *Woman's Home Companion*) eran mujeres que habían estudiado una carrera: felices, orgullosas, arriesgadas, atractivas universitarias que amaban y eran amadas; y la alegría, el valor, la independencia, la decisión, la voluntad que demostraban en su trabajo como enfermeras, maestras, artistas, actrices, redactoras publicitarias y vendedoras, formaba parte de su encanto. Era totalmente evidente que su individualidad podía ser admirada por el hombre, que al hombre no le desagradaba, que los hombres se sentían atraídos hacia ellas tanto por su inteligencia y su personalidad como por sus encantos físicos.

Así eran las revistas populares femeninas en sus tiempos de esplendor. Los argumentos de sus novelas eran convencionales: chica–conoce–chico, o chica–pesca–chico. Pero con mucha frecuencia no era éste el tema principal de la novela; estas heroínas, generalmente, se proponían algún fin o ambición particular, se enfrentaban con algún problema de trabajo o con el mundo cuando se enamoraban y esta nueva mujer, menos empalagosamente femenina, tan independiente y resuelta a encontrar una nueva vida propia, era la heroína de un tipo distinto de novela amorosa. Era menos agresiva en la búsqueda del hombre. Su vínculo apasionado con el mundo, el concepto que tenía de sí misma, su confianza en su propio valer, daban un distinto cariz a sus relaciones con el hombre.

Los protagonistas de una de estas novelas se conocen y se enamoran en una agencia de publicidad en la que ambos trabajan. “No quiero recluirte en un jardín cercado por una tapia –dice él–. Quiero que camines a mi lado, dándonos la mano, y juntos podremos realizar cuanto deseemos.” (“Un sueño compartido”, *Redbook*, enero 1939.)

Estas mujeres nuevas eran rara vez amas de casa; en realidad, las novelas generalmente acababan antes de empezar a tener hijos. Eran jóvenes y el futuro estaba abierto ante ellas. Pero, en otro sentido, parecían mucho mayores, más maduras que las heroínas juguetonas y pueriles de hoy. Una, por ejemplo, es enfermera (“Suegra”, *Ladies Home Journal*, junio 1939). “Es –pensaba él– muy bonita. No tiene ni un ápice de hermosura clásica de un libro de estampas, pero hay fuerza en sus manos, orgullo en su porte y nobleza en su forma de alzar la barbilla y en sus ojos azules. Se las arregla ella sola desde que terminó su

instrucción, hace nueve años. Ella misma se costó sus estudios y no tiene necesidad de tener en cuenta más razones que las que le dicta su corazón.”

La heroína de otra novela huye de su casa cuando su madre insiste en que debe hacer su presentación en sociedad, en vez de tomar parte en una expedición como geólogo. Su rotunda determinación de vivir su vida no le impide enamorarse de un hombre, pero la hace rebelarse contra sus padres, al igual que el protagonista masculino de las novelas debe a menudo marcharse de su hogar para hacerse un hombre. “Tienes más valor que cualquier otra chica que haya conocido. Tienes lo que cautiva”, dice el joven que la ayuda a escapar. (“Diviértete, querida”, *Ladies Home Journal*, mayo 1939.) Con frecuencia existía un conflicto entre su trabajo y el hombre elegido. Pero la moraleja, en 1939, era que si cumplía con su obligación no perdía al hombre, si éste era el hombre indicado. Una joven viuda (“Entre la oscuridad y la luz”, *Ladies Home Journal*, febrero 1939) se debate en su oficina entre quedarse a rectificar el importante error que ha cometido en su trabajo o acudir a una cita. Recuerda su pasado, su matrimonio, su bebé, la muerte de su marido... “el tiempo que pasó luchando para ver con claridad lo que le convenía, para no temer aceptar nuevos y mejores empleos, para tener confianza en sus propias decisiones”. ¿Cómo puede esperar su jefe que anule su cita? ¡Pero ella se queda haciendo su trabajo! “El jefe lo ha puesto todo en esta campaña. Ella no puede abandonarle.” Además, también encuentra su hombre: ¡el jefe!

Estas novelas pueden no tener gran valor literario. Pero el carácter de sus heroínas parece indicar algo respecto a la

mentalidad de las amas de casa, que entonces, como ahora, leían revistas femeninas. Estas revistas no se escribían para mujeres universitarias. Las protagonistas representaban el tipo de mujer soñado por las amas de casa de ayer; reflejaban los sueños, los anhelos y las aspiraciones de aquellas mujeres. Y si aquellas mujeres no podían realizar ellas mismas esos sueños, querían que los realizaran sus hijas. Querían que sus hijas fuesen algo más que amas de casa, que saliesen al mundo que a ellas les había sido negado.

Es como recordar un sueño hace tiempo olvidado, volver a los tiempos en que la carrera significaba tanto para la mujer, cuando las palabras “mujer con una carrera” aún no se habían convertido en algo peyorativo en los Estados Unidos. Un empleo significaba dinero, naturalmente, al final de la época de depresión económica. Pero las lectoras de estas revistas no eran las mujeres que obtenían los empleos; una carrera significaba algo más que un modo de ganarse la vida. Parecía significar que se hacía algo notable, que se era alguien por sí mismo, no únicamente existir por y a través de otros.

Encontré la última prueba evidente de la apasionada búsqueda de la identidad personal que parece haber estado simbolizada en el estudio de una carrera durante las décadas anteriores a 1950, en una historia titulada “Sarah y el hidroavión” (*Ladies Home Journal*, febrero 1949). Sarah, que ha representado por espacio de diecinueve años el papel de una hija dócil, está aprendiendo a volar en secreto. Deja de acudir a su lección de vuelo para acompañar a su madre a hacer unas visitas. Un anciano médico de la familia le dice: “Mi querida Sarah, todos los días, a cada momento, te estás suicidando. Es

un crimen mayor que no complacer a los demás el no hacerte justicia a ti misma.” Presintiendo que tiene algún secreto, le pregunta si está enamorada. A ella le fue difícil responder. ¿Enamorada? ¿Enamorada del buenazo, del guapo Henry (el instructor de vuelos)? ¿Enamorada de la estela del agua y del elevarse de las olas en el instante del despegue y de la visión del mundo sonriente e iluminado? “Sí –contestó–. Creo que lo estoy.” A la mañana siguiente Sarah pilotaba sola. Henry salió de la cabina cerrando la puerta tras de sí y la dejó en el hidroavión que se mecía en las olas. Estaba sola. Hubo un momento de desorientación en el que olvidó todo cuanto había aprendido... pareció abandonarle en el momento que tuvo que hacerse a la idea de que estaba sola, completamente sola, en la cabina. Luego, respiró hondo y, de repente, la maravillosa sensación de que era capaz de hacerlo la hizo erguirse sonriente en su asiento. ¡Estaba sola! Había asumido para ella sola toda la responsabilidad y se sentía capacitada para ello. “Soy capaz de hacerlo”, se dijo a sí misma en voz alta... El viento rasgado por los flotadores, el hidroavión se elevó libremente a gran altura. “Ni su propia madre puede ahora hacerla desistir de obtener su título de piloto. No teme conocer mi forma de vida”, dice Henry. Aquella noche, en su cama, sonrío soñolienta, recordando el tono en que Henry le había dicho: “Eres mi chica.” “¡La chica de Henry! –pensó riendo–. No, ella no era la chica de Henry. Ella era Sarah. Y eso bastaba; y habiendo empezado tan tardíamente, aún pasaría algún tiempo antes de que llegase a conocerse a sí misma. Ya casi dormida, se preguntó si cuando pasase ese tiempo iba a necesitar a algún otro hombre y quién sería.”

Entonces la visión se vuelve de repente confusa. La mujer nueva vuela libremente, a gran altura vacila en la mitad del

vuelo, se estremece envuelta en aquella luz azulada y vuelve rápidamente a los confortables muros de su hogar. El mismo año en que Sarah aprendió a volar sola, el *Ladies Home Journal* publicaba el prototipo de los innumerables cánticos sobre el tema: “Profesión: Ama de casa”, que empezaron a aparecer en las revistas femeninas, cánticos que resonaron durante los años cincuenta. Generalmente, esos relatos comienzan con una mujer que se queja de que cuando tiene que escribir “ama de casa” en el encasillado del censo, experimenta un complejo de inferioridad (“Cuando lo escribo, me doy cuenta de que ésa soy yo, una mujer de mediana edad, con educación universitaria, y que he malogrado mi vida. Sólo soy una ama de casa”). Entonces el autor del cántico, que da la casualidad de que nunca es una ama de casa (en esta ocasión se trata de Dorothy Thompson, periodista, corresponsal en el extranjero y articulista famosa en el *Ladies Home Journal*, marzo 1949), se ríe a carcajadas. “Lo que le pasa a usted –la regaña– es que no se da cuenta de que es experta en una docena de carreras. Usted puede poner en la casilla: gerente de empresa, cocinera, enfermera, chófer, modista, decorador, contable, proveedora, profesor, secretaria particular... o bien escriba sencillamente: filántropo... Toda su vida ha estado derrochando sus energías, sus habilidades, talentos y cualidades por amor.” “Pero aun así –se queja el ama de casa– tengo cerca de cincuenta años y nunca me he dedicado a la música, lo único que deseaba en mi juventud. He desperdiciado mi educación universitaria.”

“¡Oh! ¡Oh! –ríe la señorita Thompson–. ¿No tienen sus hijos un gran sentido de la música, gracias a usted? Y durante todos aquellos años de lucha, mientras su marido estaba acabando su gran obra, ¿no consiguió usted organizar un hogar atractivo, con

3.000 dólares anuales y confeccionar toda la ropa de sus hijos y la suya propia y empapelar la sala de estar y acechar, como un halcón de presa, las rebajas y las gangas en las tiendas? Y durante su tiempo libre, ¿no ha mecanografiado y corregido los manuscritos de su marido, planeado festivales para enjugar el déficit de la parroquia, ejecutando dúos al piano con los niños, para hacerles más agradable el estudio, y no ha leído sus libros de bachillerato superior para seguir de cerca sus estudios?” “¡Pero toda esa vida ha estado consagrada a los demás!”, suspira el ama de casa. “Lo mismo que la de Napoleón Bonaparte –se burla la señorita Thompson– o como la de una reina. Me niego rotundamente a compartir su autocompasión. Conozco pocas mujeres que hayan triunfado más que usted en la vida.”

En cuanto a esto de que no gana dinero –sigue el razonamiento–, dejemos al ama de casa que calcule lo que valen sus servicios. Las mujeres pueden ahorrar más dinero con su talento administrativo dentro del hogar que el que puedan aportar trabajando fuera de casa. En cuanto a que el talento de la mujer se embote por la monotonía de los quehaceres domésticos, tal vez el genio de algunas mujeres se haya frustrado; mas “un mundo lleno de mujeres geniales, pero escaso en niños, rápidamente llegaría a su fin... Los grandes hombres tienen grandes madres”.

Y se recuerda al ama de casa norteamericana que los países católicos, en la Edad Media, “elevaron a la dulce y recatada María a Reina de los Cielos y consagraron sus más bellas catedrales a «Notre Dame»”. El ama de casa, la encargada de la alimentación, la que crea el ambiente en que se desarrollan los

niños, es la constante recreadora de la cultura, de la civilización y de las virtudes familiares. Si cumple debidamente con esa gran tarea administrativa y esa actividad creadora, dejadla que escriba con orgullo su profesión: “ama de casa”.

En 1949, la revista femenina *Ladies Home Journal* también publicó la obra *Hombre y mujer* de Margaret Mead. Todas las revistas discutían el tipo de mujer moderna creado por Farnham y Lundberg en su libro *El sexo perdido*, que se publicó en 1942, con su mensaje de que las carreras y la educación superior estaban llevando a “la masculinización de la mujer, con gravísimas consecuencias para el hogar, para los niños que en él vivían y para la capacidad de la esposa, e incluso del marido, de disfrutar del placer sexual”.

Y de este modo la mística de la feminidad empezó a extenderse por toda la nación, injertada en los viejos prejuicios y en los cómodos convencionalismos que con tanta facilidad permiten que el pasado detenga el progreso. Detrás de la nueva mística había conceptos y teorías engañosas por su rebuscamiento y su pretensión de ser “verdades inconmovibles”. Estas teorías se suponían tan complejas, que sólo eran accesibles a unos cuantos iniciados y resultaban, por consiguiente, irrefutables. Será necesario abrirse paso por entre este muro de misterios y mirar más de cerca estos conceptos complejos, estas verdades inconclusas, para comprender enteramente lo que les ha ocurrido a las mujeres norteamericanas.

La mística de la feminidad afirma que el valor más alto y la única misión de las mujeres es la realización de su propia

feminidad. Asegura que esta feminidad es tan misteriosa e intuitiva y tan próxima a la creación y al origen de la vida, que la ciencia creada por el hombre tal vez nunca llegue a entenderla. Pero por muy especial y diferente que sea, no es en manera alguna inferior a la naturaleza del hombre; incluso puede que sea, en algunos aspectos, superior. El error, afirma esa mística, la raíz de los problemas de la mujer en el pasado, estriba en que las mujeres envidiaban a los hombres, intentaban ser iguales que ellos, en vez de aceptar su propia naturaleza, que sólo puede encontrar su total realización en la pasividad sexual, en el sometimiento al hombre y en consagrarse amorosamente a la crianza de los hijos.

Pero el nuevo modelo que esta mística ofrece a las mujeres es el mismo viejo modelo: “Profesión, ama de casa.” La nueva mística hace del ama-de-casa-madre-de-la-familia que nunca ha tenido ocasión de llegar a ser otra cosa, el modelo de todas las mujeres. Gracias a esa refinada trampa logra sencillamente convertir ciertas facetas domésticas, concretas y limitadas de la vida femenina –tal como era la vida para aquellas mujeres cuya existencia estaba limitada por necesidad a cocinar, limpiar, lavar y tener hijos–, en una religión, en un modelo por el cual todas las mujeres deben regirse de ahora en adelante, o renunciar a su feminidad.

La plena realización de una mujer como tal mujer sólo tuvo una definición para las mujeres norteamericanas a partir de 1949: ama de casa = madre de familia. Tan rápidamente como se desvanece un sueño, el modelo de la mujer norteamericana, como un ser que crece y evoluciona en un mundo que también evoluciona, fue hecho añicos. Su vuelo solitario para hallar su

propia identidad fue olvidado en la prisa por conseguir la seguridad de la vida en común. Su mundo ilimitado se fue encogiendo, hasta reducirse a los confortables muros del hogar.

La transformación, reflejada en las páginas de las revistas femeninas, era claramente visible en 1949 y siguió progresando durante los años cincuenta. He aquí los títulos de algunos artículos: “La feminidad comienza en el hogar”, “Tal vez el mundo es de los hombres”, “Tenga hijos mientras es joven”, “Cómo se pesca un hombre”, “¿Debo dejar mi empleo cuando nos casemos?”, “¿Prepara usted a su hija para que sea una buena esposa?”, “Carreras hogareñas”, “¿Es necesario que hablen tanto las mujeres?”, “¿Por qué los soldados prefieren a esas chicas alemanas?”, “Lo que las mujeres pueden aprender de la Madre Eva”, “La política, un mundo realmente masculino”, “¿Cómo afianzarse en un matrimonio feliz?”, “No tema casarse joven”, “El médico habla sobre la crianza a pecho”, “Nuestro hijo nació en casa”, “Guisar para mí es poesía”, “El negocio de gobernar un hogar”.

A finales de 1949, solamente una de cada tres protagonistas de las novelas de las revistas femeninas era mujer de carrera; y se la representaba en el acto de renunciar a su carrera y darse cuenta de que lo que realmente deseaba era convertirse en ama de casa. En 1958 y de nuevo en 1959, me dediqué a revisar, número por número, las tres revistas femeninas más populares (la cuarta, *Woman's Home Companion*, ya no existía) sin encontrar una sola protagonista que tuviese carrera, ni cometido alguno en el mundo de las finanzas, el arte o actividad profesional, ni ninguna otra misión sino la de “ama de casa”.

Solamente una de cada cien protagonistas tenía un empleo; incluso las jóvenes solteras habían dejado de trabajar, como no fuese en su intento por atrapar un marido.¹²

Estas nuevas protagonistas, felices amas de casa, parecían extrañamente más jóvenes que las fogosas chicas de carrera de los años treinta y cuarenta. Parecían volverse de aspecto cada vez más joven y con una sumisión un tanto infantil. No tienen ningún proyecto para el futuro, excepto el de tener un hijo. El único personaje que se desarrolla activamente en su mundo es el niño. Las protagonistas amas de casa son eternamente jóvenes, porque su propio modelo termina en el acto de dar a luz.

Como Peter Pan, tienen que permanecer siempre jóvenes, mientras sus hijos se desarrollan al mismo tiempo que el mundo. Deben seguir teniendo hijos, puesto que la mística de la feminidad afirma que no existe otra manera de realizarse para la mujer. He aquí el ejemplo típico de una novela titulada “La preparadora de bocadillos” (*Ladies Home Journal*, abril 1959). Estudió Economía Doméstica en la Universidad, aprendió a cocinar, nunca tuvo empleo y todavía juega a ser la esposa juvenil, a pesar de que ya tiene tres hijos. Su problema es el dinero. “Oh, no tan pesado como los impuestos, o los tratados de intercambio comercial, o de los programas de ayuda al

12 En los años sesenta, una heroína que no era el “ama de casa feliz” comenzó a aparecer de vez en cuando en las revistas femeninas. Uno de los directores de McCall's lo explicó así: “A veces publicamos un relato que se sale de lo corriente y teniendo en cuenta únicamente su interés novelesco”. Una de las novelitas de este tipo la escribió Noel Ciad por encargo de Good Housekeeping (enero 1960) bajo el título de “Men Against Women”. La heroína —una mujer de carrera satisfecha— está a punto de perder a su hijo y a su marido.

extranjero. Dejo todo ese «jazz económico» a mi representante, elegido constitucionalmente en Washington, ¡que el cielo le ayude!”

Su problema consiste en los 42,10 \$ de su asignación. Le desagrada tener que pedir dinero a su marido cada vez que precisa un par de zapatos, pues él no le permite tener una cuenta corriente. “¡Oh, cuánto deseaba tener algún dinero propio! No mucho realmente. Unos pocos cientos de dólares al año serían suficientes. Sólo lo bastante para ir a comer alguna que otra vez con una amiga, comprarme unas medias de un color de moda, algunas pequeñeces por el estilo, sin tener que recurrir a Charley. Pero, ¡ay!, Charley tenía razón. Nunca había ganado un dólar en mi vida, ni tenía idea de cómo se gana el dinero. Así que todo cuanto hice durante largo tiempo fue meditar tristemente, mientras continuaba cocinando, limpiando, lavando, planchando,”

Llega al fin la solución; ella se encargará de preparar bocadillos para los compañeros de su marido en la fábrica donde éste trabaja. Así procura ganar 52,20 dólares semanales; pero ha olvidado calcular el precio de coste y no se acuerda tampoco de a cuánto equivale una gruesa (doce docenas) y tiene que ocultar detrás del horno las 8.640 bolsas para bocadillos que le ha servido el proveedor (las 60 gruesas que le ha encargado). Charley le dice que está haciendo unos bocadillos demasiado suntuosos. Ella se disculpa: “Si los hiciera de jamón y pan de centeno, sólo sería una vulgar bocadillera, y eso no me interesa. Pero los «extra», los toques especiales... bueno, esto convierte mi trabajo en una creación.” Por consiguiente, pica, pela, unta el pan, envuelve, empaqueta desde el amanecer y sin acabar

nunca, para obtener una ganancia neta de 9,00 dólares, ¡hasta que le da náuseas el olor de la comida!, y al final acaba bajando las escaleras tambaleándose, después de pasar una noche sin lograr dormir, para cortar rodajas de embutido con que llenar las ocho insaciables fiambreras. “Era demasiado. Charley bajó en aquel momento, y después de echarme una rápida mirada, salió corriendo en busca de un vaso de agua.” Ella se da cuenta de que va a tener otro niño. “Las primeras palabras coherentes de Charley fueron: «Voy a cancelar tus pedidos de bocadillos. Eres madre. Ésa es tu profesión. No tienes por qué ganar también dinero».” ¡Todo era tan maravillosamente sencillo! “Sí, jefe, murmuré obediente, francamente aliviada.” Aquella noche él le entrega un libro de cheques; ha abierto una cuenta conjunta. Por consiguiente, ella decide silenciar lo de las 8.640 bolsas para bocadillos. De todas formas, ya las empleará en los bocadillos que se llevarán a la escuela sus cuatro hijos, para cuando el menor empiece a ir al instituto.

El camino desde “Sarah y el hidroavión” a “La preparadora de bocadillos” fue recorrido en sólo diez años. En aquellos diez años el tipo de la mujer norteamericana parece haber sufrido una fractura esquizofrénica y esta fractura alcanza mucho más que la cruel supresión de la carrera de entre las aspiraciones femeninas.

En tiempos anteriores el tipo de la mujer también había sido dividido en dos: la mujer buena, pura, sobre un pedestal, y la prostituta de los deseos carnales. La hendidura hecha en el nuevo tipo produce una visión diferente: la mujer femenina, cuya bondad no excluye el deseo sexual, y la mujer de carrera, cuya maldad incluye todos los deseos de su individualidad

aislada. La moraleja de las nuevas novelas feministas consiste en exorcisar el sueño de las carreras prohibidas, la victoria de la heroína sobre Mefistófeles: el demonio, primero, bajo la forma de una mujer de carrera, que amenaza con llevarse el marido o el hijo de la protagonista, y, finalmente, el demonio interior de la propia heroína, el sueño de independencia, el descontento del espíritu, e incluso la sensación de una personalidad aislada que deberá ser exorcisada para conseguir o conservar el amor del marido y del hijo.

En una novela publicada en *Redbook* (“Un hombre que se comporta como un marido”, noviembre 1957), la protagonista, la esposa–niña, “una morenita pecosa” a la que apodan “Júnior”, recibe la visita de su antigua compañera de cuarto en la Universidad. Kay, que así se llama la compañera, es lo que se dice una chica independiente, con gran capacidad para los negocios... Llevaba su cabello caoba recogido en un moño alto sujeto por dos largas agujas. Kay no sólo está divorciada, sino que ha dejado a su hijo con su abuela, mientras ella trabaja en la televisión.

Este diablo–mujer de carrera tienta a “Júnior” con el cebo de un empleo, para hacerla desistir de amamantar a su hija. Llega hasta disuadir a la joven madre de que acuda al lado de su hija cuando ésta llora a las dos de la madrugada. Pero ésta se encuentra con la horma de su zapato cuando George, su marido, encuentra a la niña destapada y llorando, expuesta al frío de una corriente a causa de una ventana abierta y con el rostro congestionado. Kay, contrita y arrepentida, hace novillos en su trabajo para estar más con su hijo y volver a empezar la vida, y “Júnior” piensa gozosa, mientras a las dos de la mañana

amamanta a su hija: “Me alegro mucho de no ser más que una ama de casa.” Y empieza a imaginar a su hija creciendo y convirtiéndose en ama de casa.

Ya descartada la mujer de carrera, el ama de casa que se preocupa por los asuntos de la ciudad se convierte en el diablo que debe ser exorcisado. Incluso la P.T.A. (Asociación de Padres y Profesores) tiene un aspecto sospechoso y no digamos si el ama de casa se interesa por alguna causa internacional (véase “Casi una intriga amorosa”, *McCalls*, noviembre 1955). El ama de casa con criterio propio está próxima a desaparecer. La protagonista de “No quería decírtelo” (*McCalls*, enero 1958) nos es mostrada manejando ella misma el talonario de cheques y discutiendo con su marido sobre un trivial detalle doméstico. Resulta que está a punto de perder a su marido por amor de “una viudita indefensa”, cuyo principal atractivo es que “no sabe decidir nada por sí sola” acerca de un seguro o una hipoteca. La esposa traicionada dice: “Debe tener *sex-appeal* y ¿de qué armas dispone una esposa contra eso?” Pero su mejor amiga le replica a ella: “La cuestión es más complicada. Te olvidas de lo incapaz que es Tania y lo agradecida que se muestra al hombre que la ayuda...” “Yo no podría ser una perra desvalida que necesita apoyo aunque lo intentase –dice la esposa–. Obtuve un empleo mejor de lo corriente cuando terminé mis estudios y siempre fui una persona bastante independiente. No soy una mujercita desvalida y no puedo fingir lo que no soy.” Pero aquella noche aprende algo. Oye un ruido que podría hacer creer que hay un ladrón y aunque ella sabe que sólo se trata de un ratón, llama asustada a su marido y lo recupera de nuevo. Mientras él trata de tranquilizar su fingido pánico, ella murmura que, naturalmente, él era el que tenía razón en la discusión que

habían tenido aquella mañana. Se queda echada en silencio, en la mullida cama, sonriendo con una dulce y secreta satisfacción, sin sentirse apenas culpable.

Al final de este camino, en un sentido casi literal, lo que se encuentra es la completa desaparición de la heroína como un ser individual y como heroína de su propia historia. En el final del camino se encuentra la fusión familiar en la cual la mujer no tiene una personalidad que ocultar, ni siquiera en caso de culpabilidad; existe sólo y a través de su marido y de sus hijos.

Acuñado por los editores de *McCalls* en 1954, el concepto de la “fusión familiar” fue adoptado ansiosamente, como un movimiento de carácter espiritual, por anunciantes, párrocos y directores de periódicos. Durante un tiempo fue elevado virtualmente a la categoría de objetivo nacional. Pero muy pronto surgió una mordaz crítica social y se hicieron chistes crueles sobre la “fusión familiar” como un sucedáneo de otros objetivos más importantes y humanos... para hombres. Se reprochó a las mujeres el obligar a sus maridos a hacer trabajos domésticos en vez de dejarles ocuparse de los intereses de la nación y de la humanidad. ¿Por qué –se preguntaban– los hombres con capacidad de estadistas, antropólogos, físicos, poetas, tienen que lavar platos y mudar los pañales de sus hijos durante las noches de los días laborables o en las mañanas de los sábados, cuando pudieran ocupar esas horas libres en actividades de mayor importancia para la sociedad?

Es significativo que los críticos sólo se refiriesen al hecho de que se exigiera a los hombres compartir el “mundo de las mujeres”. Muy pocos se refirieron a los límites de este mundo

de las mujeres. Nadie parecía recordar que, en otro tiempo, se consideró a las mujeres con la capacidad y visión para ser estadistas, poetas y físicos. Pocos se dieron cuenta de la gran mentira que la “fusión familiar” significaba para la mujer.

Consideremos el número de Pascua de Resurrección de 1954 de la revista *McCalls*, en el que anunciaba la nueva era de la “fusión familiar” y en el que se entonaba el réquiem por el fin de los días en que las mujeres luchaban victoriosamente por la igualdad política, y en que las revistas femeninas “os ayudaban a conquistar amplias zonas de actividad que antes estaban vedadas a vuestro sexo”. La nueva manera de vivir, en la que “hombres y mujeres”, siempre en proporción mayor, se casan más jóvenes, tienen hijos antes, constituyen familias más numerosas y obtienen sus más profundas satisfacciones de sus propios hogares es una manera de vivir, en la cual “hombres, mujeres y niños están realizando algo conjuntamente... no como mujeres solas, o como hombres solos, aislados unos de otros, sino como una familia, compartiendo una misma experiencia”.

El ensayo en que se describe esa forma de vida se llama “el lugar del hombre está en el hogar”. Presenta, como el nuevo modelo y el nuevo ideal, a un matrimonio de Nueva Jersey con tres hijos que viven en una casa con un tejado de pizarra de dos vertientes. Ed y Carol han centrado sus vidas casi completamente en sus hijos y en su hogar. Se les describe haciendo la compra en el supermercado, haciendo reparaciones caseras, vistiéndolo a los niños, preparando el desayuno juntos. Luego, Ed se reúne con los vecinos, con los que comparte el automóvil para ir a la ciudad y se va a la oficina.

Ed, el marido, elige las combinaciones de colores para pintar la casa y toma las decisiones más importantes referentes a la decoración. Las tareas que le agradan a Ed aparecen anotadas en una lista: hacer chapuzas en la casa, pintar, elegir los muebles, alfombras y cortinas, secar los platos, leer a los niños y acostarlos, trabajar en el jardín, dar de comer, bañar y vestir a los niños, acudir a las reuniones de la Asociación de Padres y Profesores, cocinar, comprar vestidos para su mujer, ir a la compra.

A Ed le desagradan estas tareas: limpiar el polvo, pasar la aspiradora, terminar las cosas que ha empezado, fregar las cacerolas, sartenes y platos, ir detrás de los niños recogiendo lo que han tirado, quitar la nieve o segar el césped, mudar los pañales, llevar a su casa a la niñera, lavar, planchar. Naturalmente, Ed no hace estos quehaceres.

Por el bien propio de cada miembro de la familia, ésta necesita un jefe. Un jefe significa un padre, no una madre... Los niños de uno y otro sexo deben aprender, reconocer y respetar las capacidades y funciones de cada sexo... El padre no es sólo el suplente de la madre, aunque esté dispuesto a ayudar a bañar a los niños, darles de comer, consolarlos, jugar con ellos. Es un eslabón con el mundo exterior en el que trabaja. Si en ese mundo muestra interés, es valiente, tolerante y emprendedor, transmitirá estos valores a sus hijos.

En aquellos días se celebraron en la revista *McCalls* muchas reuniones angustiosas entre los miembros de la redacción. “De repente, todo el mundo buscaba un significado espiritual a la fusión familiar y esperaba de nosotros que creásemos algo así

como un misterioso movimiento religioso inspirado en la vida que todo el mundo había estado llevando en los últimos cinco años –encerrándose en el hogar, volviendo la espalda al mundo–, pero nunca nos fue posible presentar esa clase de vida más que como algo monstruosamente aburrido”, rememora un antiguo director de la revista *McCalls*. Todo se reducía siempre a “qué bien, qué bien, qué bien, papá está en el jardín guisando en la barbacoa”. “Poníamos hombres en las ilustraciones de la sección de modas y en las de las recetas de cocina e incluso en las de los perfumes. Pero, editorialmente hablando, no conseguimos nada.”

Recibíamos artículos escritos por siquiabras, pero no los podíamos publicar, puesto que habrían echado a rodar todos aquellos matrimonios consagrados exclusivamente a sus hijos. Pero, ¿qué otra cosa podía sacarse de la fusión familiar que no fuera el cuidar niños? Nos sentíamos enormemente satisfechos cuando podíamos fotografiar al padre sentado al lado de la madre. Algunas veces nos preguntábamos qué iban a hacer las mujeres, puesto que los hombres se habían hecho cargo de la decoración, del cuidado de los niños, de la cocina, de tantas otras cosas que habían sido antes del dominio exclusivo de la mujer. Pero no podíamos mostrar a las mujeres dejando el hogar y dedicándose a una profesión. La ironía consistía en que lo que se esperaba de nosotros era que dejásemos de publicar para las mujeres como tales mujeres y que lo hiciésemos para los hombres y las mujeres juntos. Había que publicar para la gente en general, no para las mujeres en particular.

Pero si se les prohíbe a las mujeres salir, junto con los hombres, al mundo, ¿pueden las mujeres considerarse gente?

Al prohibírseles ser independientes, quedan finalmente reducidas a un tipo de dependencia pasiva tal, que desean que los hombres tomen todas las decisiones, aun en el hogar. La loca ilusión de que la fusión familiar puede crear una satisfacción espiritual en la monotonía de la vida doméstica, la necesidad de darle un sentido religioso para compensar la falta de personalidad, revelan hasta qué punto han salido perdiendo las mujeres en esta fusión y lo vacío de su concepción. ¿Podría el hecho de hacer participar a los hombres en los trabajos caseros, compensar a las mujeres de su pérdida del mundo exterior? ¿Podría el hecho de pasar juntos la aspiradora por el cuarto de estar, inspirar a la esposa algún nuevo y misterioso objetivo en la vida?

En 1956, en pleno apogeo de la “fusión familiar”, los hastiados directores de *McCalls* publicaron un breve artículo titulado “La madre que abandonó el hogar”. A su gran estupor, resultó ser el más leído de los que hasta entonces habían publicado. “Era nuestro momento de sinceridad –dijo un antiguo director–. Nos dimos cuenta de repente de que todas aquellas mujeres encerradas en sus casas, con sus tres hijos y medio, eran terriblemente desgraciadas.”

Mas para entonces, el nuevo modelo de la mujer norteamericana: “Profesión, ama de casa”, se había consolidado, convirtiéndose en una mística indiscutible que no admitía ninguna pregunta, conformando la misma realidad que había deformado.

Cuando yo me dediqué a escribir para las revistas femeninas, en los años 50, los editores daban por sentado y los autores

aceptaban como algo inconmovible que a las mujeres no les interesaba la política, la vida en otros países que no fuera el suyo, los problemas de envergadura nacional, el arte, la ciencia, las ideas, las aventuras, la educación; ni siquiera los asuntos de su propia ciudad, excepto cuando estos asuntos tuviesen alguna relación con su papel de esposas y madres.

La política, para las mujeres, se reducía a los vestidos de Mamie Eisenhower y la vida familiar de los Nixon. Como deber de conciencia, la revista femenina *Ladies Home Journal* publicó una serie de artículos titulados “El progreso político de los peregrinos”, mostrando cómo las mujeres intentaban mejorar las escuelas y campos de recreo de sus hijos. Pero –se consideró en el mundo editorial– ni siquiera tocando los temas políticos desde el punto de vista del amor maternal se conseguía interesar a las mujeres. Todo el mundo conocía el porcentaje de lecturas de esos artículos. Un editor de *Redbook* intentó una manera ingeniosa de hacer que las mujeres se interesasen por la bomba atómica, describiendo las angustias de una mujer cuyo marido navegaba en una zona contaminada de radiactividad.

“Las mujeres no pueden interesarse directamente por una idea, un problema –decían, acordes, los directores de las revistas femeninas–. Hay que traducirlos a términos que puedan comprender como mujeres.” Esto era tan evidente para los redactores de las revistas femeninas, que un especialista en partos naturales sometió un artículo a una de las principales revistas femeninas, titulado “Cómo dar a luz en un refugio atómico”. Uno de los editores me dijo: “El artículo no estaba bien escrito, pues de lo contrario lo hubiésemos publicado.” De acuerdo con la mística de la feminidad, las mujeres, con su

misterioso instinto, pueden interesarse por los detalles biológicos concretos sobre la manera de dar a luz en un refugio contra los bombardeos atómicos, pero nunca en una idea abstracta sobre la capacidad de la bomba para destruir a la humanidad.

Esta creencia, naturalmente, se convierte en una profecía que acaba por cumplirse. En el año 1960, un sicólogo social muy observador confeccionó unas descorazonadoras estadísticas que demostraban, sin ningún género de duda, que las mujeres norteamericanas menores de treinta y cinco años no se interesan por la política. “Pueden tener voto, pero no desean presentar su candidatura –me dijo–. Si alguna escribe una obra sobre política, no la leen. Tienes que expresarte por medio de fórmulas que puedan comprender: amor, embarazo, cuidado de los niños, cosas para la casa, vestidos. Publica un artículo sobre economía, sobre la cuestión racial o sobre los derechos civiles, y tendrás la impresión de que las mujeres no han oído hablar de esas cosas.”

Tal vez no hayan oído hablar de ellas. Las ideas no son como los instintos naturales, que brotan espontáneos en la mente. Las ideas se transmiten por la instrucción, por la palabra impresa. Las jóvenes amas de casa, que dejan la escuela superior o la Universidad para casarse, no leen libros, según aseguran los estudios psicológicos. Solamente leen revistas. Hoy día las revistas dan por sentado que las mujeres no se interesan por las ideas. Pero volviendo a las revistas encuadernadas de la biblioteca, encontré en los volúmenes correspondientes a los años 30 y 40, que las revistas de mayor circulación, como *Ladies Home Journal*, contenían cientos de artículos sobre el mundo

exterior. “El primer relato de las interioridades de las relaciones diplomáticas norteamericanas que precedieron a la guerra”; “¿Pueden tener paz los Estados Unidos después de esta guerra?”, por Walter Lippman; “Stalin a medianoche”, por Harold Stassen; “El general Stilwell informa sobre China”; artículos sobre los últimos días de Checoslovaquia, por Vincent Shean; la persecución de los judíos en Alemania, el New Deal; la relación del asesinato de Lincoln, por Carl Santburg; varios relatos sobre el Missisipí, por Faulkner, y la campaña de Margaret Sanger en favor del control de la natalidad.

En los años 50 y en la década posterior, apenas se publicaron otros artículos que los que se ocupaban de las mujeres como amas de casa, o presentaban a las mujeres en esa función o tenían una personalidad puramente femenina, como la duquesa de Windsor o la princesa Margarita. “Si publicamos un artículo sobre una mujer que se dedica a algún menester audaz, a algo fuera de lo corriente, algo realmente personal, suponemos que debe ser una persona de mal carácter, una neurótica”, me dijo un director de la revista *Ladies Home Journal*. Margaret Sanger no tendría hoy éxito.

En el año 1960 vi estadísticas que demostraban que las mujeres de menos de treinta y cinco años no podían sentirse identificadas con la protagonista de cierta novela, una mujer activa que trabaja en una Agencia de Publicidad y que persuade a su novio para que se quede en la gran ciudad y luche por su vocación, en lugar de volver a su pueblo a refugiarse en el seguro negocio familiar. Tampoco podían identificarse estas jóvenes amas de casa con un joven ministro que actúa de acuerdo con lo que cree justo y desafía el Congreso. Pero no tenían dificultad

alguna para comprender a un joven que se quedó paralítico a los dieciocho años. (“Cuando recobré el conocimiento me di cuenta que no podía moverme ni articular palabra. Sólo podía mover un dedo de una mano.” Con ayuda de la fe y de un siquiatra, ahora estoy encontrando motivos para vivir lo más plenamente posible.)

¿Dice algo sobre las nuevas amas de casa, lectoras de revistas el que, como puede testimoniar cualquier director, sean capaces de identificarse completamente con las víctimas de la ceguera, la sordera, cualquier mutilación física, la parálisis, el cáncer, o con los que se hallan amenazados de una muerte inminente? Los artículos sobre individuos que no pueden hablar ni moverse han sido tema constante de las revistas femeninas en la época de: “Profesión, ama de casa”. Se narran con infinitos detalles realistas, repetidos una y otra vez, suplantando a los artículos sobre temas nacionales, el mundo, las ideas, los acontecimientos importantes, el arte y la ciencia; reemplazando las historias sobre mujeres con espíritu aventurero; y aunque la víctima sea un hombre, una mujer o un niño, aunque la enfermedad sea el cáncer incurable o parálisis progresiva, la lectora ama de casa puede identificarse con esos personajes.

Como colaboradora de estas revistas, los directores me recordaban continuamente “que la mujer tiene que identificarse con lo que lee”. Una vez quise escribir un artículo sobre una artista; según estas premisas, traté sobre su manera de cocinar, de hacer la compra, cómo se enamoró de su marido y cómo pintó la cuna de su hijo. No hice mención de las horas que empleaba pintando cuadros, su verdadero trabajo, y de lo que experimentaba al hacerlo. A veces podía dar resultado escribir

sobre una mujer que no fuese verdaderamente un ama de casa, si se la hacía aparecer como tal, si se dejaban a un lado sus actividades fuera del hogar y su particular visión del mundo de las ideas. En febrero de 1949, la revista *Ladies Home Journal* publicó “La cocina del poeta”, un artículo en que presentaba guisando a Edna St. Vincent Millay. “De ahora en adelante espero no oír decir jamás que el trabajo doméstico es inferior a cualquier otro, puesto que si una de las mejores poetisas de todos los tiempos puede encontrar belleza en las simples labores domésticas, esto pone el punto final a la vieja discusión.”

La única “mujer de carrera” que tenía siempre una buena acogida en las páginas de las revistas femeninas era la actriz. Pero también su imagen sufrió un notable cambio: de un ser complejo con temperamento ardiente, con vida interior y una misteriosa mezcla de espiritualidad y sexualidad, pasó a ser un mero objeto sexual, una novia de cara infantil o un ama de casa. Piensen en Greta Garbo, por ejemplo, y en Marlene Dietrich, Bette Davis, Rosalind Russell, Katherine Hepburn. Después consideren a Marilyn Monroe, Debbie Reynolds, Brigitte Bardot y Lucille Ball.

Cuando se escribía sobre una actriz para una revista femenina, había que referirse a ella como ama de casa. Nunca se la mostraba trabajando o deleitándose en su labor artística, a menos que, al final, no pagase perdiendo a su marido o a su hijo a causa de ello o, en caso contrario, reconociese su fracaso como mujer. Una semblanza de Judy Holliday, publicada en *Redbook* (junio 1957), relata cómo “una mujer brillante empieza a encontrar en su trabajo la satisfacción que jamás encontró en la vida”.

En la pantalla, nos dicen, interpreta “con convicción y entusiasmo el papel de una esposa embarazada, mujer inteligente y sensata, un papel distinto de cuantos ha representado hasta ahora”. Necesariamente, tiene que tener la sensación de que se realiza a sí misma en su carrera; porque está divorciada, tiene “un marcado sentimiento de su inadecuación como mujer... Es una decepcionante ironía de la vida de Judy el que, como actriz, ha triunfado casi sin proponérselo; pero que, como mujer, ha fracasado...”

Es sorprendente que, mientras la mística de la feminidad se extendía oponiéndose a las carreras de las mujeres y a cualquier otra actividad fuera del hogar, la proporción de las mujeres que trabajan fuera de sus casas aumentaba de uno a tres. Es verdad que dos de cada tres mujeres seguían siendo amas de casa, pero ¿por qué en el momento en que las puertas del mundo estaban al fin abiertas a las mujeres, debía oponerse aquella mística, precisamente, a los sueños que las habían inquietado durante un siglo?

Di con una pista, una mañana, mientras me hallaba sentada en el despacho de la directora de una revista femenina, una mujer que, por ser mayor que yo, recuerda los días en que se estaba creando el antiguo modelo y que vio después cómo era desplazado. El antiguo tipo de la dinámica joven de carrera fue creado, en gran parte, por mujeres que eran escritoras y directoras de revistas, me dijo. El nuevo tipo de mujer ama de casa ha sido creado, en gran parte, por hombres que son escritores y directores de revistas.

“La mayor parte del material utilizado procedía generalmente

de mujeres escritoras –me dijo casi nostálgicamente–. A medida que volvían los jóvenes de la guerra, muchas escritoras abandonaron el campo de la literatura. Empezaron a tener muchos hijos y a dejar de escribir. Los nuevos escritores eran todos hombres que se habían pasado la guerra soñando en el hogar y en lo agradable que es la vida doméstica.” Una a una, las creaciones de las alegres heroínas, de la “chica de carrera” de los años treinta y cuarenta, empezaron a retirarse. Hacia finales de los años cuarenta, las escritoras que no se daban maña para escribir de acuerdo con el nuevo modelo del ama de casa, se habían ya retirado del campo de la revista femenina. Los nuevos colaboradores de las revistas eran hombres y un reducido número de mujeres que podían escribir sin esfuerzo según la fórmula del ama de casa. Otras personas empezaron a reunirse en torno a las revistas femeninas: había un nuevo equipo de escritoras que vivía de acuerdo con el modelo del ama de casa, o pretendía hacerlo; había un nuevo tipo de directora, menos interesada en que las ideas llegasen al corazón y la mente de las mujeres, que en vender a éstas las cosas que interesan a los anunciantes: aparatos electrodomésticos, detergentes, lápices de labios. Hoy, la voz cantante en estas revistas las llevan los hombres. Las mujeres se ocupan generalmente de las directrices recibidas, de redactar las diferentes secciones... pero las directrices en sí, las que han creado el nuevo modelo del ama de casa, son producto de la mente masculina.

Durante los años 40 y 50 también los novelistas sensatos de ambos sexos desaparecieron de las revistas femeninas de mayor circulación; en realidad, casi todos los tipos de relatos novelescos habían sido casi completamente reemplazados por un tipo distinto de literatura. Ya no se publican los antiguos

artículos sobre acontecimientos o ideas importantes, sino el nuevo tipo de artículo “utilitario”. A veces, estos artículos elogiaban el talento de una poetisa o la maña de un periodista para hacer pasteles, o para comprar lavadoras, o los milagros que se pueden conseguir pintando las paredes de un cuarto de estar, o los regímenes alimenticios, las drogas, los vestidos y los cosméticos para conservar la belleza física. A veces se ocupaban de temas muy elevados: los nuevos progresos de la siquiatria, la psicología infantil, las cuestiones relacionadas con el sexo y el matrimonio, la medicina. Se daba por descontado que las lectoras podían asimilar estas ideas que les interesaban como esposas y madres, pero solamente si se reducían a detalles materiales concretos, expresados con las palabras de la vida cotidiana de la mayoría de las amas de casa y diciendo claramente lo que debe y lo que no debe hacerse: cómo hacer que su marido siga siendo feliz; cómo evitar que su hijo se orine en la cama; cómo evitar los peligros que se encierran en su botiquín...

Pero he aquí algo muy curioso. Dentro de su alcance limitado, estos artículos de las revistas femeninas, ya contuviesen algo útil para el ama de casa o se tratase de un informe documental sobre las amas de casa, eran siempre superiores en calidad a los relatos novelescos de las revistas femeninas. Estaban mejor escritos, eran más sinceros, estaban más trabajados. Esta observación fue hecha repetidas veces por lectores inteligentes y por los propios redactores. “Los buenos escritores de temas novelescos se han vuelto demasiado obtusos. Son inaccesibles para nuestras lectoras y por eso nos hemos tenido que limitar a los escritores de temas concretos”, dijo un director de *Redbook*. Y, sin embargo, antaño, los buenos novelistas como Nancy Hale

e incluso William Faulkner, escribían para las revistas femeninas y no se les consideraba inaccesibles. Tal vez el nuevo tipo de mujer no permitiese la sinceridad interna, la profundidad de percepción y la humana verdad que son necesarias en toda buena novela.

Como mínimo, la novela precisa de un héroe o, naturalmente, tratándose de una revista femenina, de una heroína, con un “ego” en busca de algún fin o algún ideal humano. Es limitado el número de novelas que pueden escribirse sobre una chica que va en persecución de un muchacho, o de una ama de casa en persecución del polvo acumulado debajo del sofá. Y así ocupó su lugar el artículo “utilitario”, reemplazando la honradez interior y la verdad necesarias a toda novela por la abundancia de detalles domésticos, honrados objetivos, concretos y prácticos: el color conveniente para las paredes o barras de labios, la temperatura exacta del horno...

Si juzgásemos por las revistas femeninas de hoy, parecería que los detalles concretos de la vida de las mujeres son más interesantes que sus pensamientos, sus ideas, sus sueños. ¿O acaso, el realismo y la riqueza de detalles, la detenida descripción de los pequeños hechos ocultan la falta de sueños, la vacuidad de las ideas, el terrible tedio que se ha apoderado del ama de casa norteamericana?

Me encontraba sentada en la oficina de otra veterana, una de las pocas mujeres directivas que quedaba en el mundo de la revista femenina, ahora casi totalmente en poder de los hombres. Ella me explicó la parte que había tenido en la creación de la mística de feminidad. “Muchas de nosotras habíamos sido

sicoanalizadas –recordaba–. Y empezamos a sentirnos avergonzadas nosotras mismas de ser mujeres de carrera. Teníamos un tremendo temor a perder nuestra feminidad. Seguíamos buscando la forma de ayudar a las mujeres, a aceptar su misión femenina.”

Si las propias directoras no eran capaces en cierto modo de renunciar a su carrera, razón de más para que ayudasen a las demás mujeres a realizarse como esposas y madres. Las pocas mujeres que todavía forman parte de los consejos de las editoriales, no se someten a la mística de la feminidad de sus propias vidas. Pero es tal la fuerza del prototipo que han contribuido a crear, que muchas de ellas tienen un sentimiento de culpabilidad. Y si en algún momento han fracasado en el amor o con los hijos, se preguntan si no tendrá alguna culpa de ello su carrera.

Detrás de su revuelta mesa, una de las directoras de la revista *Mademoiselle*, me decía, preocupada: “Las jóvenes universitarias que traemos a las revistas para platicar con las directoras, parecen sentir compasión por nosotras. Supongo que se deberá al hecho de que somos mujeres de carrera. Durante un almuerzo ofrecido a la última hornada, les pedimos que nos comunicasen sus planes relacionados con sus carreras. Ninguna de las veinte muchachas contestó. Cuando recuerdo todo lo que me esforcé y la ilusión que tenía para aprender esta profesión, me pregunto: ¿acaso estábamos locas todas nosotras?”

Junto con las mujeres directoras de revistas vendiendo ellas mismas su propia mercancía, una nueva casta de escritoras

comenzó a escribir sobre ellas mismas, como si, efectivamente, fueran “únicamente amas de casa”, deleitándose en un gracioso mundo de travesuras infantiles, de lavadoras eléctricas y reuniones nocturnas de la Asociación de Padres y Profesores. “Después de hacer la cama de un muchacho de doce años, semana tras semana, la ascensión al monte Everest parecería algo irrisorio”, escribe Shirley Jackson (*McCalls*, abril 1956). Cuando Shirley Jackson, que siempre ha sido una escritora muy capaz, dedicada a una tarea mucho más exigente que la de hacer camas; Jean Kerr, que se dedica a escribir obras de teatro, y Phyllis McGinley, poetisa, se clasifican a sí mismas *amas de casa*, pueden o no hacer caso omiso del ama de llaves o de la sirvienta, que son las que, en realidad, hacen las camas. Pero niegan implícitamente el esfuerzo creador y el duro trabajo que suponen sus narraciones, poemas y obras teatrales. Niegan la vida que llevan, no como amas de casa, sino como individuos.

Las mejores entre estas amas de casa–escritoras son buenas, las mejores tal vez entre las escritoras artesanas. Y algunas de sus obras son divertidas.

Las cosas que pasan con los niños, el primer pitillo del muchacho de doce años, la pequeña liga y la banda de música de la escuela de párvulos son, frecuentemente, narraciones muy graciosas; ocurren en la vida real tanto a las mujeres escritoras como a las que son, sencillamente, amas de casa. Pero hay algo en las escritoras amas de casa que no es tan gracioso; como en “tío Tom” o en “Amos y Andy”: “reíos –dicen las escritoras–amas de casa a la verdadera ama de casa– si os sentís desesperadas, vacías, aburridas, condenadas a hacer camas, a servir de chófer familiar y a lavar platos. ¿Acaso la cosa no tiene

gracia? Todas nos encontramos cogidas en la misma ratonera”.

Las verdaderas amas de casa disipan entonces entre risas sus sueños y sus sentimientos de desesperación.

¿Creen acaso que sus frustradas capacidades y sus vidas limitadas son una broma? Shirley Jackson hace las camas, ama y se ríe con su hijo, pero escribe un nuevo libro. Las obras de Jean Kerr se representan en Broadway¹³. La broma no se refiere a *ellas*.

Algunas de las nuevas escritoras–amas de casa viven de acuerdo con ese modelo. La revista *Redbook* nos dice que la autora de un artículo sobre “La crianza a pecho”, una mujer llamada Betty Ann Country–woman, “había decidido ser médico.

Pero inmediatamente antes de graduarse en la Facultad de Radcliffe cum laude, se retiró ante el temor de que esa profesión le impidiese conseguir su mayor ambición: casarse y tener muchos hijos. Se inscribió en la Escuela de Enfermeras de la Universidad de Yale y allí conoció y se prometió a un joven siquiatra el día de su primera cita con él. Ahora es madre de seis hijos entre los dos y trece años, instructora sobre amamantamiento en la Liga de Maternidad de Indianápolis” (*Redbook*, junio 1960). Veamos lo que ella misma dice:

“Para la madre, la crianza a pecho se convierte en un

13 Recordamos su última comedia, *Mary, Mary*, representada con éxito en Barcelona y Madrid por la Compañía Teatral de Conchita Montes. Su marido, crítico teatral, ha escrito entre otras cosas, *El Rechazo del Placer*, publicado por Sagitario en esta misma colección, en mayo de 1964.

complemento del acto de la procreación. Le da un sentido sublimado de su realización como mujer y le permite llevar su relación con el hijo a un grado tan cercano de la perfección como jamás ninguna mujer puede esperar...

El simple hecho de dar a luz, sin embargo, no llena totalmente esta necesidad y este anhelo... La maternidad es una forma de vida. Permite a la mujer expresar totalmente su personalidad por medio de delicados sentimientos, actitudes protectoras y ese amor solícito de la mujer maternal.”

Cuando la maternidad, una condición que ha sido considerada sagrada desde los tiempos más remotos, es definida como una forma de vida completa, ¿deben las mujeres renunciar al mundo y al futuro que aparece abierto ante ellas? ¿O es, precisamente, la negación de ese mundo lo que las obliga a hacer de la maternidad una forma de vida completa? El límite entre mística y realidad se difumina; las verdaderas mujeres asumen el nuevo tipo femenino. En el sensacional número navideño de 1956 de la revista *Life*, dedicado por entero a la “nueva” mujer norteamericana, nos presenta no como *el malo* de las novelas de las revistas femeninas, sino como un dato documental, a la típica “mujer de carrera” –ese fatal error propagado por el feminismo–, solicitando la “ayuda” de un siquiatra. En realidad, es inteligente, bien educada, ambiciosa, atractiva; gana casi tanto como su marido; pero en el relato se la presenta “frustrada”, tan “masculinizada” por su carrera, que su castrado, impotente y pasivo marido le es indiferente sexualmente. Él se niega a asumir ninguna responsabilidad y ahoga su destrozada hombría en el alcohol.

Luego está la esposa descontenta que vive en las afueras de la ciudad y que arma la marimorena en la Asociación de Padres y Profesores; deprimida y morbosa, hace desgraciados a sus hijos y domina a su marido, al cual tiene envidia por poder salir al mundo de los negocios. “La esposa, que había trabajado antes de su matrimonio, o por lo menos había recibido la instrucción para realizar algún trabajo intelectual, se encuentra en la triste situación de ser sólo un ama de casa.” En su frustración, puede causar tanto daño en la vida de su marido e hijos (y en la suya propia) como si fuese una mujer de carrera, y algunas veces aún más.

Y, finalmente, en vivo y risueño contraste, están las nuevas amas de casa y madres, que saben apreciar su “diferenciación”, su “feminidad sin par”, “la receptividad y la pasividad implícitas en su naturaleza sexual”. Dedicadas al cuidado de su propia belleza y a la misión de tener y criar hijos, son “mujeres femeninas con gustos verdaderamente femeninos, admiradas por los hombres por su milagroso, congénito e inigualable don de saber llevar las faldas con todo lo que ese hecho supone”. Celebrando el “resurgimiento de la familia chapada a la antigua, con tres y hasta cinco hijos, que vivía en una asombrosa barriada, los barrios de las afueras habitados por la alta burguesía y la clase media acomodada, *Life* dice:

“Aquí, entre las mujeres que podrían estar mejor capacitadas para las «carreras», se da cada vez más importancia a la crianza de los niños y a los trabajos del hogar... Se podría pensar que, debido al hecho de que estas mujeres están mejor informadas y más maduras que la mayoría, han sido las primeras en comprender los

inconvenientes del «feminismo» y en reaccionar contra él... Las modas, tanto en las ideas como vestidos y decoración, tienden a derramarse desde arriba sobre la masa del pueblo. Ésta es la reacción que puede demoler con el tiempo la tendencia dominante y demoledora y hacer del matrimonio lo que en realidad debe ser: una verdadera sociedad en la cual... los hombres son hombres, las mujeres, mujeres, y los unos y los otros se encuentran satisfechos de ser quienes son y se sienten absolutamente encantados de formar pareja con alguien del sexo opuesto.”

Look decía con vehemencia, hacia la misma época (16 octubre 1956):

“La mujer norteamericana está ganando la batalla de los sexos. Como un adolescente, está creciendo y confundiendo a sus críticos... Al dejar de ser la inmigrante psicológica en un mundo masculino, trabaja más bien de manera eventual, formando una tercera parte de las fuerzas laborales de los Estados Unidos, y más con el propósito de adquirir una nueva nevera para el hogar o un ajuar de novia, que con miras a una carrera. La mujer de hoy cede graciosamente los puestos más elevados a los hombres.

Esta maravillosa criatura se casa ahora más joven que nunca, tiene mayor número de hijos y su apariencia y comportamiento es más femenino que el de la joven *emancipada* del año 1920 y aun del 1930. Tanto la mujer del obrero siderúrgico como la señora de la alta sociedad, todas hacen sus trabajos domésticos... Hoy día, si ella decide escoger el camino «chapado a la antigua» y se ocupa con

cariño de su jardín y de su abundante prole, es merecedora de mayores alabanzas que nunca.”

En los Estados Unidos la realidad tiene mayor importancia que lo novelesco. Las fotografías documentales de auténticas mujeres, el *Life* y *Look*, consagrando su vida a su hogar y a sus hijos, son reproducidas continuamente como tipo ideal al que deberían adaptarse las mujeres: éste es un testimonio importante, ante el cual no se puede uno encoger de hombros, como ante las heroínas novelescas de las revistas femeninas. Cuando una mística tiene fuerza, ésta crea su propia novelística con hechos reales, se alimenta de los propios hechos que podrían contradecirla y se infiltra en todos los rincones de la cultura, confundiendo incluso a los sociólogos.

Adlai Stevenson, en un discurso de fin de curso pronunciado en la Universidad Smith en 1955 y reimpresso en la revista *Woman's Home Companion* (septiembre 1955), criticó el deseo de las mujeres educadas de querer representar su propio papel político en “la crisis del siglo”. “La participación política de la mujer moderna se realiza a través de su papel de esposa y madre –afirmó el portavoz del liberalismo democrático–. Las mujeres, en particular las educadas, tienen una inigualable oportunidad de influir sobre nosotros, maridos e hijos.” El único problema consiste en la incapacidad de la mujer para comprender que su verdadero papel en la crisis política es el de esposa y madre.

“Una vez sumidas en los problemas particulares y urgentes de la vida doméstica, muchas mujeres se sienten frustradas y alejadas de los sucesos importantes y de los agitados debates, que podrían comprender y saborear plenamente debido a su

educación. En una época escribieron poesías. Ahora escriben la lista de la lavandería. Hubo un tiempo en que discutían hasta altas horas de la noche sobre arte y filosofía. Ahora se encuentran tan cansadas, que se van a dormir en cuanto terminan de fregar los platos. Tienen frecuentemente la sensación de que se reducen sus horizontes y se pierden oportunidades. Esperaron poder jugar su papel en la crisis del siglo, pero todo cuanto hacen es lavar pañales.

“El caso es que bien se trate de África, del Islam o Asia, «en ningún país han vivido las mujeres tan bien como vosotras». En resumen, que la vocación por el matrimonio y la maternidad, en vez de alejaros de los hechos importantes de nuestros días, os sitúan en su propio centro y os hacen asumir responsabilidades infinitamente más profundas e íntimas que las que afrontan la mayoría de las mujeres que aparecen en los titulares de los periódicos, crean la actualidad y viven en tal torbellino de sucesos importantes, que terminan por no poder distinguir cuáles son los asuntos de verdadera importancia.”

La obra política de la mujer es “crear en su hogar la visión del significado de la vida y de la libertad; ayudar a su marido a encontrar valores que den significado a su diaria y particular tarea... Enseñar a sus hijos la singularidad de cada ser humano”.

“Este papel que se os asigna como esposas y madres, podéis desempeñarlo en el cuarto de estar con un niño en el regazo, o en la cocina con un abrelatas en la mano. Si sois inteligentes, tal vez podáis incluso poner en práctica vuestros secretos encantos con ese hombre confiado,

mientras está mirando la televisión. Yo creo que podéis hacer mucho para solucionar nuestra crisis dentro de vuestro humilde papel de amas de casa. No podría desearos una vocación mejor que ésta.”

De este modo, la lógica de la mística de la feminidad volvió a constituir la verdadera naturaleza del problema de la mujer. Cuando se consideraba a la mujer como un ser humano con potencial humano ilimitado igual al hombre, cualquier cosa que impidiese el completo desarrollo de esa potencia se consideraba como un problema que debía ser solucionado: las barreras puestas a la instrucción superior y a la participación en la política, la discriminación o los prejuicios con respecto a la ley o la moral. Pero ahora, cuando sólo se ve a la mujer desde el punto de vista de su papel sexual, las barreras que se oponían al desarrollo de todas sus capacidades en potencia, los prejuicios que la privaban de participar en el mundo plenamente, ya no son tales problemas. Ahora, los únicos problemas son los que podrían entorpecer su acoplamiento como ama de casa. Así, pues, la carrera es un problema, la educación es un problema, el interés político e incluso el reconocimiento de la inteligencia y de la individualidad de las mujeres son problemas. Y, finalmente, existe el problema que no tiene nombre, un vago deseo indefinido de “algo más” que lavar platos, planchar y castigar o premiar a los niños.

En las revistas femeninas esto se soluciona bien tiñéndose el cabello de rubio o bien teniendo otro hijo. “¿Recordáis que, cuando niñas, todas hacíamos planes para llegar a ser *algo!*”, dice una joven ama de casa en la revista *Ladies Home Journal* (febrero 1960). Jactándose de que en siete años ha roto seis

ejemplares del libro del doctor Spock sobre cómo debe cuidarse a los niños pequeños, exclama: “¡Soy feliz! ¡Soy feliz! ¡ESTOY ENCANTADA DE SER MUJER!

En una de estas novelas (“Vacaciones”, publicada en *Mademoiselle*, agosto 1949), el médico de una joven ama de casa desesperada, le receta que salga de casa para distraerse un día a la semana. Sale de compras, se prueba vestidos mirándose al espejo y preguntándose cuál de ellos le gustará a Sam, su marido:

Siempre Sam, como un coro griego en lo recóndito de su pensamiento. ¡Como si ella no tuviese decisión propia, claridad de criterio indiscutiblemente suya! De pronto le fue imposible ver la diferencia entre una falda plisada y una sesgada. Se miró en el espejo de cuerpo entero, se vio alta, algo gruesa de caderas, con un rostro que empezaba a perder su tersura. Tenía solamente veintinueve años, pero se sentía en plena madurez, como si hubiesen pasado muchos años y no pudiesen esperar ya gran cosa del futuro... Cosa ridícula, puesto que Ellen sólo tenía tres años. Todavía podía hacer planes para el futuro y tal vez otro hijo. No era asunto que pudiese aplazarse por mucho tiempo...

Cuando la joven ama de casa en el “Hombre junto a mí” (*Redbook*, noviembre 1948) descubre que su esmerada cena no ha conseguido ayudar a su marido a ascender en su carrera, se desespera¹⁴: “Debieras decir que yo te he ayudado, que valgo para algo... La vida era como un rompecabezas en el que faltase

14 Ver *El Rechazo del Placer*, de W. Kerr, págs. 36 y sigs., Sagitario, 1964. *cama con la “nueva rubia”*, ella sintió nueva sensación de paz, “como si yo misma hubiese contestado a la pregunta que me formulaba en mi interior”.

una pieza, y esa pieza era yo, pero no podía imaginarme cuál era mi lugar en dicho rompecabezas.”

Reiterativamente, las novelas de las revistas femeninas insisten en que la mujer sólo puede sentirse en la plenitud de su feminidad en el momento de traer un hijo al mundo. Consideran nulos los años en que ya no puede tener la esperanza de engendrar, aunque siga practicando regularmente el acto carnal. De acuerdo con la mística de la feminidad, la mujer no tiene otra forma de crear y de soñar en el futuro. No puede considerarse a sí misma bajo ningún otro aspecto que no sea el de madre de sus hijos o esposa de su marido. Y los artículos documentales presentan reiterativamente a las nuevas amas de casa de la nueva generación que ha crecido bajo esta Mística, a las que ni siquiera se les plantea ese problema en su interior. En “Cómo vive América” (*Ladies Home Journal*, junio 1959), la protagonista se expresa así: “Si él no quiere que yo use un determinado color o un determinado vestido, entonces, realmente, yo tampoco lo deseo... La verdad es que todo lo que a él le gusta, también me gusta a mí... Yo no creo en los matrimonios a medias.” La mujer renuncia a sus estudios o deja su empleo a los dieciocho años para casarse y lo hace de buen grado; nunca “pretendió tomar parte en las conversaciones de los hombres; nunca llevó la contraria a su marido en nada... Se pasaba mucho tiempo asomada a la ventana, mirando caer la nieve, la lluvia y el lento apuntar de los primeros brotes. Un gran pasatiempo y consuelo era... el bordado; puntadas diminutas en hilo de oro o de seda, que exigían una gran concentración”.

No hay problema, en la lógica de la mística de la feminidad, para la mujer que no tiene deseos propios, que se define a sí

misma como esposa y madre. El problema, de existir alguno, sólo puede consistir en sus hijos o en su marido. Es el marido el que se queja al consejero matrimonial (*Redbook*, junio 1955): “Según mi punto de vista, el matrimonio consiste en coger a dos personas, cada una de las cuales está viviendo su propia vida, y ponerlas a vivir juntas. Mary parece creer que ambos debemos vivir una sola vida: la mía.” Mary insiste en acompañarle para comprar sus camisas y calcetines, y dice al dependiente la talla y el color que desea. Cuando, por la noche, retorna al hogar, le pregunta con quién ha almorzado, dónde y sobre qué conversó. Cuando él protesta, ella dice: “Pero, querido, quiero participar en tu vida, ser parte de cuanto haces, eso es todo... Quiero que seamos una sola persona, tal y como debe suceder en la vida matrimonial...” Al marido no le parece razonable que “dos personas se conviertan en sólo una” de la forma que lo desea Mary. La mera idea de ello es ridícula. “No quiero estar atado a otra persona de tal forma que no pueda pensar ni hacer algo exclusivamente mío.”

“La solución al problema Pete –dice la doctora Emily Mudd, la famosa consejera matrimonial–, consiste en hacer creer a Mary que está viviendo la vida de su marido: invitarla de vez en cuando a comer en el restaurante con los compañeros de oficina, pedir para ella su plato favorito de ternera, y hacer tal vez que se interese por alguna actividad física saludable, como la natación, para así consumir su exceso de energía. Para Mary no constituye un problema el hecho de no tener una vida propia.”

El máximo grado de felicidad doméstica lo alcanza finalmente una ama de casa de Texas, descrita en “Cómo vive América”

(*Ladies Home Journal*, octubre 1960), que contempla la calle a través del gran ventanal, sentada en un sofá forrado de satén pálido. Aunque es muy temprano (no son todavía las nueve de la mañana), se ha puesto colorete y polvos y lleva los labios pintados, y su traje de algodón está inmaculadamente limpio. Dice con orgullo: “A las ocho y media de la mañana, cuando mi hijo menor se va al colegio, toda la casa está ya limpia y ordenada, y yo ya estoy arreglada. Estoy dispuesta para jugar al *bridge*, asistir a las reuniones del club o quedarme en casa leyendo, oyendo a Beethoven o simplemente pasando el rato.” A veces se lava el pelo y se lo seca antes de sentarse ante la mesa de *bridge* a la una y media de la tarde. Las mañanas en que se juega al *bridge* en su casa son las de mayor ajetreo, puesto que tiene que preparar las mesas, las cartas, hacer café y organizar el almuerzo. Durante los meses de invierno juega incluso cuatro veces por semana, de nueve y media de la mañana a tres de la tarde. Janice tiene siempre especial cuidado en estar en casa antes de que sus hijos regresen del colegio, a las cuatro.

Esta nueva ama de casa no se siente frustrada. Se trata de una mujer que fue una buena alumna de la Escuela Superior; casada a los dieciocho años, se volvió a casar y tuvo un hijo a los veinte; hoy posee la casa que soñó y planeó detalladamente por espacio de siete años. Está orgullosa de su capacidad de ama de casa, de tener su trabajo terminado a las ocho y media de la mañana. Hace limpieza general los sábados, cuando su marido se va de pesca y sus hijos están ocupados con las actividades del Club de Exploradores. (“No tengo otra cosa que hacer. No tengo partidas de *bridge*. Ese día me resulta muy largo.”)

“Me gusta mi hogar”, dice. La pintura gris pálido de su

salón-comedor en forma de L tiene cinco años, pero aún está en perfectas condiciones. La tapicería de damasco color melocotón pálido, amarillo y aguamarina, parece nueva después de ocho años de uso. “A veces me parece que soy demasiado pasiva, que estoy demasiado contenta”, observa Janice mimosamente mientras contempla el brazalete en que están engarzados los diamantes familiares y que lleva siempre, incluso cuando el relojito que lo complementa está en reparación. El artículo de su propiedad que más estima es una cama con cuatro columnas torneadas que sustentan el dosel de tafetán rosa. “Me parece como si fuera la reina Isabel de Inglaterra cuando duermo en esa cama”, asegura, feliz. (Su marido duerme en otra habitación, porque ronca.) “Doy muchas gracias por todos los bienes y favores que recibo –dice ella–. Un marido magnífico, hijos hermosos e inteligentes, una casa grande, comfortable... Doy gracias a Dios por mi buena salud y mi fe en Él y por todos los bienes materiales de que disfruto: dos coches, dos televisores y dos chimeneas.”

Observando esta imagen con inquietud, me pregunto si unos cuantos problemas no serían mejor que esta pasividad sonriente y vacía. Si están contentas, estas mujeres que viven el ambiente de la mística de la feminidad, ¿significa esto acaso que hemos llegado al final del camino? ¿O son las semillas de algo peor que la frustración inherente a ese tipo de mujer? ¿Existe una divergencia creciente entre este tipo de mujer y la realidad humana?

Hay que considerar como un síntoma la creciente importancia que se da a la seducción femenina en las revistas femeninas: el ama de casa con los ojos pintados mientras pasa la aspiradora

por el suelo (“el honor de ser mujer”). ¿Por qué la profesión ama de casa tiene que recurrir año tras año a las armas de la cosmética? El embellecimiento forzoso no es por sí mismo más que un punto de interrogación: la señora protesta demasiado¹⁵.

El tipo de mujer de otras épocas exigía una mojigatería cada vez mayor para seguir negándose a reconocer el lado sexual de la vida. Este nuevo tipo parece requerir una insensatez creciente, dar cada vez una mayor importancia a las cosas materiales: dos coches, dos televisores, dos chimeneas. Páginas completas de las revistas femeninas están llenas de hortalizas suculentas; remolachas, pepinos, pimientos verdes, patatas, presentados como figuras de la pantalla. Incluso el tamaño a que se reproducen se agranda hasta parecer ilustraciones de una cartilla infantil. Los nuevos números de la revista *McCalls* dan francamente por sentado que las mujeres son garitas mimosas y sin cabeza; el *Ladies Home Journal*, en febril competencia, contrata al cantante de Rock-and-Roll, Pat Boone, como consejero de las adolescentes; también *Redbook* y las demás revistas agrandan su tipo de letra. ¿Acaso significa esto que las jóvenes de la nueva generación, a las que todas las revistas femeninas tratan de atraerse, tienen mentalidad de párvulos? ¿O tratan con ello de disimular la trivialidad de sus textos? Dentro de los confines de lo que hoy día se considera el mundo de la mujer, el director de una revista femenina puede que ya no sea capaz de pensar en publicar nada más importante que la ampliación a toda plana de una patata asada, o describir una cocina como si se tratase del Salón de los Espejos: le está naturalmente prohibido por la Mística de la Femenidad tratar de

15 *The lady doth protest too much*. Alusión a una frase de Otelo de Shakespeare. (N. del T.)

asuntos importantes. ¿Pero no se le ocurre a ninguno de estos hombres que dirigen las revistas femeninas que todas sus dificultades pueden provenir de la pequeñez del modelo con el cual están truncando la mente de las mujeres?

Todos tienen hoy dificultades: las revistas de gran circulación, rivalizando ferozmente unas con otras y con la televisión para conseguir atraerse a más millones de mujeres, que compraran los artículos que venden sus anunciantes. ¿Acaso esta carrera desenfrenada es la que obliga a los hombres que crean estos tipos a considerar a las mujeres sólo como compradoras de artículos? ¿Acaso les fuerza ello a competir en vaciar las mentes femeninas de cualquier pensamiento humano? El hecho es que los problemas de los creadores del tipo femenino parecen ir en aumento, en proporción directa con la estupidez creciente del tipo creado. Durante los años en que ese tipo ha reducido el mundo de la mujer al hogar y ha limitado su papel al de ama de casa, cinco de las revistas populares dedicadas a la mujer han dejado de existir; otras están a punto de desaparecer también.

El creciente cansancio que sienten las mujeres ante el tipo de mujer vacía y de mentalidad estrecha que presentan las revistas femeninas, pueden ser el síntoma más alentador del divorcio de este tipo con la realidad. Pero existen síntomas aún más acusados por parte de aquellas mujeres que están sometidas a ese tipo. En 1960, los directores de una revista especialmente dedicada a la feliz ama de casa, o más bien a los nuevos matrimonios jóvenes (a las esposas no se las considera por separado de sus maridos e hijos), preguntaban en un artículo: “¿Por qué tienen la sensación las jóvenes esposas de encontrarse dentro de una ratonera?” (*Redbook*, septiembre

1960). Como un truco para promover la venta de la revista, se invitó a las jóvenes madres que tuviesen ese problema a que escribiesen detallándolo; se les ofrecía un premio de 500 dólares. Los directores se quedaron pasmados de recibir 24.000 respuestas. ¿Puede un tipo de mujer ser reducido hasta el extremo que se sienta en el hogar como dentro de una ratonera?

En una de las revistas femeninas más importantes, la directora, creyendo que las amas de casa norteamericanas necesitaban perentoriamente que ensanchase su mundo, intentó durante algunos meses convencer a sus colegas masculinos para que introdujeran en la revista algunos temas sobre cosas no relacionadas con el hogar. “Nos pronunciamos en contra de ello –dijo el que tenía que tomar la decisión definitiva–. La vida actual de las mujeres está tan completamente divorciada del mundo de las ideas que no lo podrían resistir.” Tal vez no sea oportuno preguntar quién las ha divorciado. Puede ser que estos Frankenstein no tengan ya el poder de detener el monstruo femenino que han creado.

Yo contribuí a crear este modelo. He visto a las mujeres norteamericanas tratando durante quince años de conformarse a él. Pero ya no me es posible negar por más tiempo mi conocimiento de sus tremendas complicaciones. No es un modelo inofensivo. Puede que no existan términos psicológicos para expresar el daño que está haciendo. ¿Pero qué sucede cuando las mujeres tratan de vivir según un modelo que las obliga a negar su propia mente? ¿Qué sucede cuando las mujeres forman su mentalidad de acuerdo con un modelo que les hace negar la realidad de este mundo cambiante?

Los detalles materiales de la vida, la labor diaria de cocinar, limpiar, cuidar de las necesidades físicas del marido y los hijos, esto sí definió, sin duda, el mundo de la mujer hace un siglo, cuando los norteamericanos eran colonizadores y las fronteras del país se ensanchaban con la conquista de los nuevos territorios. Pero las mujeres que fueron al Oeste en los carromatos, también compartían las ideas de los pioneros. Ahora las fronteras de los Estados Unidos son la mente y el espíritu. El amor, los hijos y el hogar están también, pero no todo se reduce a eso, aunque la mayoría de las cosas que se escriben para las mujeres pretenden hacerlo creer. ¿Por qué deben aceptar las mujeres ese cuadro de una vida a medias, en vez de una participación total en el destino humano? ¿Por qué deben hacer las mujeres un “algo más” de las labores domésticas, en vez de avanzar hacia las fronteras de su propia época, igual que caminaban las mujeres norteamericanas al lado de sus maridos al ensanchar las antiguas fronteras?

Una patata asada no es tan importante como el mundo y el pasar la aspiradora por la sala de estar –con o sin maquillaje– no es un trabajo que precise de tanta reflexión ni energía como para poner a prueba la capacidad total de ninguna mujer. Las mujeres son seres humanos, no son muñecas de trapo, no son animales. El hombre ha sabido desde tiempo inmemorial que se diferencia de los animales por la capacidad de su mente para dar cuerpo a una idea o un proyecto y ajustar el futuro a ellos. Comparte con los demás animales la necesidad sexual y de alimento; pero cuando ama, ama como un hombre, y cuando inventa y crea y forja un porvenir distinto a su pasado, entonces es un hombre, un ser humano.

Éste es el verdadero misterio: ¿Por qué tantas mujeres norteamericanas con capacidad y preparación para descubrir y crear vuelven otra vez al hogar para buscar un “algo más” en las labores domésticas y en la crianza de los hijos? ¿Por qué, paradójicamente, durante los mismos quince años en que la dinámica Mujer Nueva fue reemplazada por la Feliz Ama de Casa, las fronteras de la Humanidad se ensancharon, se aceleró el progreso del mundo, y la propia naturaleza de la realidad humana se liberó cada vez en mayor grado de las necesidades materiales y biológicas? ¿Impide acaso la mística de la feminidad que la mujer progrese con el mundo? ¿La obliga tal vez a negar la realidad, como la mujer que está en un manicomio tiene que negar la realidad para poder creer que es una reina? ¿Condena a las mujeres a ser personas desplazadas, si no virtualmente esquizofrénicas, en nuestro mundo complejo y cambiante?

Es algo más que una rara paradoja el hecho de que ahora que, finalmente, están todas las profesiones al alcance de las mujeres, la expresión “mujer de carrera” se haya convertido en algo nefando; que a medida que la educación superior se ha puesto al alcance de cualquier mujer con capacidad para ello, la instrucción, para las mujeres, se ha convertido en una cosa tan sospechosa que cada vez hay más jóvenes que renuncian a la Escuela Superior y la Universidad para casarse y tener hijos; que a medida que tantas funciones en la Sociedad humana están fácilmente a su alcance, las mujeres se confinan a un solo papel.

¿Por qué, al desaparecer todas las barreras legales, políticas, económicas y educativas que en otro tiempo impedían a la mujer ponerse al nivel del hombre y ser persona por derecho propio, un ser con libertad para desarrollar su potencialidad,

debe aceptar la mujer este modelo que insiste en afirmar que no es una persona, sino una “mujer”, privada por su naturaleza de las libertades de la existencia humana y de hacer oír su voz en el destino humano?

La mística de la feminidad tiene tanta fuerza, que las mujeres crecen sin saber ya que tienen los deseos y capacidades que esa mística les prohíbe. Pero una mística semejante no se adueña de todo un país en unos pocos años, cambiando las tendencias de un siglo, sin alguna causa. ¿Qué es lo que le da a esa mística su fuerza? ¿Por qué volvieron otra vez las mujeres al hogar?

III. LA CRISIS DE LA PERSONALIDAD DE LA MUJER

Entrevistando a las mujeres de mi propia generación, durante los últimos diez años, descubrí algo extraño: que mientras crecíamos, muchas de nosotras no podíamos imaginarnos a nosotras mismas más allá de los veintiún años. No teníamos ningún modelo de nuestro propio futuro, de nosotras, convertidas en mujeres.

Recuerdo una tranquila tarde de primavera en el parque del Colegio Smith, en 1942, cuando llegué a un punto muerto aterrador en la visión de mi propio futuro. Unos días antes me habían comunicado la noticia de que había ganado una beca para continuar mis estudios hasta graduarme. Mientras recibía las felicitaciones sentí por debajo de mi emoción un extraño malestar; había una pregunta en la que no quería pensar.

“¿Es esto, en realidad, lo que quiero llegar a ser?” Tal pregunta me dejó aturdida, aislada de las muchachas que charlaban o estudiaban en la soleada ladera, detrás del Colegio. Pensé que iba a ser sicólogo. Pero ni yo misma estaba segura: ¿Qué quería ser? Sentí que el futuro se aproximaba, pero no podía verme a mí misma en él. No podía imaginarme a mí misma más allá de

los tiempos de colegio. A los diecisiete años, aún joven indecisa, había llegado de una ciudad del centro del país. Los anchos horizontes del mundo y de la vida intelectual se habían abierto para mí. Había comenzado a saber quién era y qué quería hacer. Ahora no podría retroceder. No podría volver a casa, a la vida de mi madre y de las mujeres de nuestra ciudad, sujetas al hogar, al *bridge*, a las compras, a los niños y el marido, a las reuniones benéficas, a los trajes. Pero ahora que había llegado la hora de decidir mi propio futuro, de dar el paso decisivo, repentinamente no sabía lo que quería ser.

Acepté la beca, pero la primavera siguiente, bajo el nuevo sol californiano, en el recinto de otra Universidad, la pregunta vino de nuevo a mi mente y no conseguí desecharla. Había ganado otra beca que me obligaría a doctorarme, a ganarme la vida como sicólogo. “¿Es esto, realmente, lo que quiero ser?” Ahora, tal decisión me aterrorizaba realmente. Viví sumida en la incertidumbre y la duda durante días enteros, incapaz de pensar en otra cosa.

El asunto no tenía importancia, me dije. Aquel año ninguno la tenía para mí, excepto el amor. Mientras paseábamos por las colinas de Berkeley, un muchacho me dijo: “Lo nuestro nunca saldrá bien. Yo jamás ganaré una beca como la tuya.” ¿Pensé acaso que si proseguía mis estudios, escogía irremisiblemente la fría soledad de aquella tarde? Rechacé la beca, con alivio, pero en los años siguientes fui incapaz de leer una sola palabra de la ciencia que una vez consideré como el trabajo de mi vida futura; el recuerdo de lo que había dejado me resultaba demasiado doloroso.

Nunca pude explicarme, ni yo misma apenas lo sabía, por qué dejé la carrera. Viví al día, trabajando en periódicos sin ningún plan particular; me casé, tuve niños, viví de acuerdo con la mística de la feminidad de una madre de la clase media. Pero la pregunta continuaba persiguiéndome. No podía ver objetivo alguno en mi vida, no podía encontrar la paz; finalmente me atreví a enfrentarme con la pregunta y me di la respuesta a mí misma.

Hablando en 1959 con las veteranas del Colegio Smith, descubrí que esta pregunta no es menos aterradora para las chicas de hoy. Sólo que ahora la contestan de una forma que mi generación había descubierto años antes que no era en realidad una respuesta. Estas muchachas, antiguas alumnas en su mayoría, estaban sentadas en la sala de la residencia escolar, tomando café. No era una escena muy diferente de las de mis tardes de estudiante, excepto en que había muchas más jóvenes que entonces con alianzas en la mano izquierda. Pregunté a las que estaban a mi alrededor qué pensaban ser. Las que estaban prometidas me hablaron de bodas, apartamentos, de conseguir un empleo como secretarias hasta que el novio acabara los estudios. Las otras, tras un silencio hostil, me dieron vagas respuestas acerca de tal o cual trabajo, de una licenciatura, pero ninguna tenía verdaderos planes.

Una rubia, con peinado de cola de caballo, me preguntó al día siguiente si había creído lo que me habían dicho. “Nada era verdad –me dijo–. No nos gusta que nos pregunten lo que queremos hacer. Ninguna de nosotras lo sabe. A ninguna nos gusta siquiera pensar en ello. Las que se van a casar son las que más suerte tienen. Ésas no tienen que pensar en este asunto.”

Pero aquella noche vi que muchas de las muchachas prometidas, que estaban sentadas en silencio alrededor del fuego, cuando yo preguntaba a las otras acerca de su futuro, parecían también estar disgustadas por algo. “No quieren pensar en que no van a continuar los estudios –me dijo mi informadora, la joven de la cola de caballo–. Saben que no van a tener oportunidad de utilizar su formación, su carrera. Serán esposas y madres. Puedes decirte que seguirás leyendo, que seguirás interesándote por los problemas de la comunidad, pero no es lo mismo. En realidad, una no continuará, y es descorazonador saber que una va a dejarlo ahora, que ya no seguirá ni utilizará lo que ha aprendido.”

Por otra parte, oí las palabras de una mujer, esposa de un médico y madre de tres hijos, quien quince años después de salir del colegio decía, ante una taza de café, en su cocina de Nueva Inglaterra:

“La tragedia fue que nadie nos dijo nunca, mirándonos a los ojos, que habíamos de decidir lo que íbamos a hacer en nuestras vidas, además de ser esposas de nuestros maridos y madres de nuestros hijos. Yo jamás pensé en ello hasta que cumplí treinta y seis años, cuando mi marido, demasiado ocupado por su profesión, no podía hacerme compañía todas las noches. Los tres niños se pasaban el día en la escuela. Yo quería tener más hijos a pesar de la discrepancia del factor Rh. Después de dos abortos, me dijeron que era imposible. Pensé que mi desarrollo y evolución habían llegado a su fin. Desde niña siempre supe que crecería, iría al colegio y después me casaría, y eso es todo lo que una niña necesita pensar. Después el marido determina y llena

tu vida. Hasta que no me encontré completamente sola como esposa de un médico y comencé a dar gritos a los chicos porque ellos no llenaban mi vida, no caí en la cuenta de que yo debía seguir mi propia vida. Aún había de resolver lo que quería ser. Tardé diez años en darme cuenta.”

La mística de la feminidad incluso anima a las mujeres a que ignoren el problema de su personalidad. La mística dice que se puede contestar a la pregunta “¿Quién soy?”, diciendo: “La mujer de Tomás...”, “La madre de Mary”. Pero no creo que la mística tuviese tal poder sobre las mujeres norteamericanas si éstas no temiesen enfrentarse con este vacío que las hace incapaces de imaginarse a sí mismas con más de veintiún años. La verdad es –yo no sé desde cuándo lo es, pero era verdad en mi generación y lo es entre las chicas de hoy– que la mujer norteamericana no tiene un modelo íntimo que le diga lo que es, lo que puede o lo que quiere ser.

El modelo divulgado, el que aparece en las revistas y en los anuncios de la televisión, ha sido creado para vender lavadoras, levaduras, desodorantes, detergentes, cremas rejuvenecedoras para el rostro, tintes para el cabello. Pero el poder de este modelo, en el cual las compañías gastan millones de dólares por su aparición unos minutos en la TV, procede de esto: Las mujeres ya no saben lo que son. Necesitan desesperadamente un nuevo modelo que las ayude a encontrar su personalidad. Como los especialistas en motivación dicen constantemente a los anunciantes, están tan poco seguras de lo que debían de ser, que tienen que mirar este satinado modelo para decidir todos los detalles de su vida. Buscan un modelo, ya no quieren copiar el que les ofrecen sus madres.

En mi generación, muchas de nosotras sabíamos que no queríamos ser como nuestras madres, aun cuando las adorábamos. Su desilusión era demasiado evidente para que no nos diéramos cuenta. ¿Llegamos a comprender, o sólo presentimos, la tristeza, el vacío, que las hacía apegarse a nosotras demasiado rápidamente, tratar de vivir nuestras vidas, dirigir las vidas de nuestros padres, pasar sus días comprando o suspirando por cosas que nunca parecían satisfacerlas, fuese cual fuera su precio? Por extraño que parezca, muchas madres que querían a sus hijas, y la mía era una de ellas, no querían tampoco que sus hijas crecieran como ellas. Sabían que necesitaban algo más.

Pero aunque ellas insistieron y lucharon para ayudarnos a educarnos, aunque hablaron fascinadas de caminos que no estaban abiertos para ellas, no podíamos trazar un modelo que no podíamos ser. Sólo nos podían decir que sus vidas estaban demasiado vacías, atadas al hogar; que los niños, la cocina, el *bridge*, los vestidos y la beneficencia no eran suficiente. Una madre puede decir a su hija, delectándose: “No seas sólo un ama de casa como yo.” Pero la hija, pensando que su madre está demasiado desilusionada para saborear el amor de su esposo y de sus hijos, quizá piense: “Triunfaré donde mi madre fracasó. Sabré ser totalmente mujer.” Y nunca aprenderá la lección que le da la vida de su madre.

Hace poco, cuando entrevistaba a universitarias que habían comenzado llenas de ilusiones y talento, pero que repentinamente habían abandonado sus estudios, comencé a ver nuevas facetas del problema de la feminidad. Parecía al principio que estas muchachas se limitaban a seguir

simplemente la curva de la realización de su feminidad. Si en un principio se habían preocupado de Geología o Poesía, ahora sólo querían ser chicas corrientes. Para gustar a los chicos, habían llegado a la conclusión de que era mejor ser como las demás. Examinando la cuestión más de cerca, comprendí que estas chicas estaban tan aterradas de llegar a ser como sus madres, que no podían en absoluto imaginarse a sí mismas. Tenían miedo de crecer. Tenían que copiar con todo detalle el modelo prefabricado de la chica corriente, renegando de lo que había mejor en ellas por miedo a la feminidad, como habían visto que había ocurrido a sus madres. Una de estas muchachas de diecisiete años, me dijo: “¡Deseo tan ardientemente sentirme como las demás chicas! Nunca logro vencer esta sensación de ser una neófita, una no iniciada. Cuando tengo que cruzar una habitación, me siento como una principianta o como si tuviera un defecto terrible, y nunca llegaré a sobreponerme. Al salir de clase voy a donde suelen ir las demás y allí permanezco durante horas enteras hablando de vestidos, de peinados y del twist; tengo que hacer un gran esfuerzo porque todo esto apenas me interesa. Pero me di cuenta de que podía gustar haciendo lo que ellas hacían, vistiendo como ellas, hablando como ellas, no haciendo cosas diferentes. Creo que incluso interiormente comencé a no ser diferente a ellas.

“Antes escribía poesías. El departamento de Orientación dice que tengo habilidad creadora, que debería ser la primera de la clase y tener un gran porvenir. Pero este tipo de cosas no es lo que se necesita para ser una chica corriente. Lo más importante para una chica es ser como las demás.

"Ahora salgo con un chico y luego con otro, lo que para mí es

un esfuerzo, porque no soy yo misma cuando estoy con ellos. Esto hace que una se sienta aún más sola. Y además, siento miedo al pensar adonde me conducirá esto. Todo lo que me diferencia de las demás no tardará en borrarse y seré el tipo de chica que puede convertirse en un ama de casa.

"No quiero pensar en crecer. Si tuviera niños, me gustaría que fuesen siempre pequeños. Si tuviera que verlos crecer, también me vería crecer a mí misma, hacerme más vieja, y es lo que no quiero. Mi madre dice que no puede dormir por la noche, que está terriblemente preocupada por lo que yo pudiera hacer. Cuando era pequeña, ella no me dejaba cruzar la calle sola, a la edad en que otros niños ya llevaban haciéndolo mucho tiempo.

"No me puedo imaginar a mí misma casada y con niños; es como si yo no tuviera personalidad propia. Mi madre es como una roca desgastada por las olas; es como algo vacío. Ha puesto tanto en su familia, que ya no le queda nada, y está ofendida con nosotros porque nada le damos en pago. Pero la verdad es que a veces nos parece como si no existiera. A mi madre no le preocupa otra cosa que la limpieza de la casa. No es feliz ni hace feliz a mi padre. Si no se preocupara en absoluto de sus hijos, daría el mismo resultado que si se preocupara demasiado. Te hace desear hacer lo contrario que ella. Yo no creo que eso sea realmente amor.

Cuando era pequeña y entraba en casa corriendo toda excitada para contarle que ya sabía tenerme sobre la cabeza, nunca me escuchaba. Últimamente, me miro en el espejo y tengo miedo de parecerme a mi madre. Me aterroriza sorprender en mí algún parecido con ella en los gestos, en la

manera de hablar, en cualquier cosa. Soy distinta a ella en muchos aspectos, pero si me parezco en uno solo, tal vez acabe por volverme como mi madre y esto me aterra.”

Y así fue como esta chica de diecisiete años estaba tan temerosa de llegar a ser una mujer como su madre, que volvió la espalda a todas las cosas que había en ella misma y a todas las oportunidades que la hubieran hecho una mujer diferente, para copiar a las chicas “populares”. Y, finalmente, ante el temor de perderse a sí misma, volvió la espalda a su propia “popularidad” y desafió el buen comportamiento convencional que le hubiera proporcionado una beca en la Universidad. Por carecer de un modelo que la ayudara a crecer como una mujer sincera consigo misma, se refugió en el vacío de los jovencitos de la “nueva ola”.

Otra chica, una principiante de la Universidad de Carolina del Sur, me dijo:

“Yo no quiero interesarme por una carrera que voy a tener que dejar. Mi madre quiso ser periodista desde que tenía veintiún años y yo he sido testigo durante veinte años de su desilusión. No quiero interesarme en problemas internacionales. No quiero interesarme en nada más que en mi casa y en ser una buena esposa y madre. Quizá la educación sea una desventaja. Hasta los muchachos más inteligentes, donde yo vivo, quieren casarse con una chica que sea sólo bonita y dulce. Algunas veces me pregunto lo que se sentiría luchando y luchando para aprender todo lo que uno quiere y sin tener que refrenarse.”

Su madre, casi todas nuestras madres, eran amas de casa, aunque muchas habían empezado, o deseado, o lamentado, renunciar a alguna carrera. Nos dijeran lo que nos dijeran, nosotras, que teníamos ojos, oídos, inteligencia y corazón, sabíamos que en cierto modo sus vidas estaban vacías. No queríamos ser como ellas y, sin embargo, ¿qué otro modelo teníamos delante? El otro tipo de mujer que yo conocí al crecer, fue el de las viejas maestras solteronas: la encargada de la biblioteca, la única mujer médico de nuestra ciudad, que se cortaba el pelo como un hombre, y algunas catedráticas de mi Universidad. Ninguna de ellas vivía con calor hogareño, como el que yo había visto en casa. Muchas no se habían casado o no habían tenido hijos. Yo temía ser como ellas, incluso como las que me enseñaron que tenía un cerebro y cómo debía usarlo; a sentir que yo era una parte del Mundo. No conocí una sola mujer, a medida que fui creciendo, que utilizara su cerebro, desempeñara su propio papel en el mundo y que al mismo tiempo amara y tuviera hijos.

Yo creo que éste ha sido el desconocido meollo del problema de la mujer norteamericana durante mucho tiempo: esta falta de un modelo individual. Esos modelos corrientes que desafían al sentido común y que, en realidad, tiene tan poco que ver en la mujer, han tenido el poder de modelar una parte demasiado grande de su vida. Esos modelos no tendrían tal fuerza si las mujeres no estuvieran atravesando por una crisis de su personalidad.

Ese extraño y aterrador hito que alcanza la mujer norteamericana –a los dieciocho, veintiuno, veinticinco y cuarenta y un años– ha sido observado durante muchos años

por los sicólogos, los psicoanalistas, los psiquiatras y los educadores. Pero no creo que lo hayan comprendido bien. Se le ha llamado una “discontinuidad” en la evolución cultural; se le ha llamado la “*crisis misionaria*” de la mujer. Se ha culpado a la educación, que hacía que las jóvenes norteamericanas crecieran sintiéndose libres e iguales a los muchachos, jugando al base-ball, montando en bicicleta, dominando la geometría y participando en los comités estudiantiles, yendo a la Universidad o por el mundo en busca de trabajo, viviendo solas en un apartamento en Nueva York, Chicago o San Francisco, ensayando y descubriendo su propia fuerza en el mundo. Todo esto –dijeron los críticos– daba a las chicas la impresión de que podían ser y hacer lo que quisieran, con la misma libertad que los muchachos. Esto no las preparaba para su papel de mujeres. La crisis aparece cuando tienen que ajustarse a este papel. El elevado número de casos de crisis emocionales y nerviosas en las mujeres comprendidas entre veinte y treinta años se atribuye generalmente a esta “*crisis misionaria*”. Si las mujeres hubieran sido educadas para representar su papel de mujeres, no sufrirían tales trastornos, dicen los críticos.

Pero yo creo que sólo han visto la mitad de la verdad. ¿Por qué el terror que una muchacha siente a los veintiún años, cuando tiene que decidir lo que ha de ser, no ha de ser simplemente el terror de crecer... de crecer como a las mujeres no se les permitía crecer antes? ¿Y si el terror que una chica pasa a los veintiún años, sin nadie que le indique el camino que ha de seguir, es el terror de la libertad de elegir y de la necesidad de escoger unos caminos que las mujeres no podían antes seguir? ¿Y si las que eligieron el camino del “reajuste femenino” y escaparon a este terror casándose a los dieciocho años, perdiéndose

a sí mismas, consagradas a tener hijos y a las menudencias del hogar, se están negando, simplemente, a crecer, a responder a la pregunta sobre su personalidad?

Mi generación estudiantil fue la primera que se lanzó de cabeza a la nueva mística de la total feminidad. Hasta entonces, aunque muchas mujeres acababan realmente como amas de casa y madres, el verdadero objeto de la enseñanza era descubrir la vida del intelecto, buscar la verdad y ocupar un puesto en el mundo.

Cuando yo estaba en la Universidad ya existía entre nosotras una sorda sensación de que seríamos las Mujeres Nuevas. Nuestro mundo sería mucho mayor que el hogar. El 40% de mis discípulas, en el Colegio Smith, proyectaban seguir una carrera. Pero recuerdo cómo incluso entonces algunas de las más antiguas, por miedo al futuro desconocido, envidiaban a las pocas que lograban escapar a ese terror casándose en seguida.

Aquellas a las que entonces envidiábamos están sufriendo ahora ese terror, a los cuarenta años. “Nunca he podido saber qué clase de mujer soy.

Demasiada vida personal en la Universidad. Ojalá hubiera estudiado más ciencia, historia, política, profundizado más en el estudio de la filosofía”, escribió una de ellas en un cuestionario para las exalumnas, quince años más tarde. “Todavía estoy tratando de encontrar la roca sobre la que pueda construir. ¡Ojalá hubiera desarrollado una vida más profunda y más creadora y no me hubiera prometido y casado cuando tenía diecinueve años! Esperando encontrar el ideal en la vida

matrimonial, incluyendo un esposo totalmente enamorado de mí, sufrí un terrible choque al darme cuenta de que no era así”, escribió una madre de seis hijos.

Muchas de las esposas de la nueva generación que se han casado jóvenes, nunca han sufrido este solitario terror. Creyeron que no tenían que elegir, que mirar hacia el futuro y planificar lo que querían hacer con sus vidas. Sólo tenían que esperar a ser elegidas, pasando el tiempo pasivamente hasta que el marido, los hijos, el nuevo hogar, decidieran lo que debía ser el resto de sus vidas. Empezaron sin dificultad a desempeñar su papel sexual de mujeres, antes de que supieran quiénes eran en realidad. Éstas son las mujeres que más sufren a causa del problema que no tiene nombre.

En mi opinión, el fondo del problema de la mujer de hoy no es sexual, sino de personalidad; una atrofia o interrupción de su desarrollo es perpetuada por la mística de la feminidad. Es mi tesis que, del mismo modo que en la época victoriana no se permitía a las mujeres aceptar o satisfacer sus necesidades sexuales básicas, tampoco nuestra época permite a la mujer satisfacer su necesidad básica de crecimiento y sus exigencias como ser humano, una necesidad que no se limita exclusivamente a su papel sexual.

Los biólogos han descubierto recientemente un “suero de juventud” que, administrado a las orugas en estado de larva, detiene su desarrollo impidiendo que lleguen a mariposas. Viven toda su vida como orugas. Las necesidades femeninas de satisfacción son cubiertas por las revistas, la televisión, las películas y los libros que hacen populares medias verdades

sicológicas y por padres, maestros o consejeros que aceptan la mística de la feminidad y hacen las veces de un “suero de juventud”, manteniendo a la mayoría de las mujeres en un estado de larva, impidiéndoles llegar a esa madurez de que son capaces. Y existen pruebas de sobra de que el fracaso de la mujer para desarrollarse hasta llegar a su total personalidad ha mutilado, más que enriquecido, su satisfacción sexual, condenándola a ser en cierto sentido castradora de su marido e hijos, produciendo neurosis o problemas que todavía no se llaman neurosis, parecidos a los provocados por la represión sexual.

Han existido crisis de personalidad para el hombre en todos los momentos cruciales de la historia de la Humanidad, aunque quienes los vivieron no les dieron ese nombre. Sólo hace pocos años los teóricos de la psicología, la sociología y la teología han aislado este problema y le han dado un nombre. Pero está considerado como un problema masculino. Se define, en el hombre, como la crisis del desarrollo, de la elección de personalidad. “La decisión de lo que uno es y lo que uno va a ser”, según palabras del gran psicoanalista Erik H. Erikson:

“He definido la gran crisis de la adolescencia, la «crisis de la personalidad»; se presenta en ese período del ciclo vital en el que cada joven debe forjarse por sí mismo una perspectiva central y una dirección, una unidad activa fuera de residuos de su niñez y de las esperanzas de su madurez; debe detectar algún parecido significativo entre lo que él ha llegado a ser en sí mismo y lo que su agudizada percepción le dice que los otros consideran y esperan que él llegue a ser... En algunas gentes, en algunas clases, en algunos

períodos de la historia, la crisis será mínima. En otras gentes, clases y períodos, la crisis quedará claramente marcada como un período crítico, una especie de «segundo nacimiento», susceptible de agravarse por extensas neurosis o por una inquietud ideológica profunda¹⁶.

En este sentido, la crisis de la personalidad en la vida de un hombre puede reflejar o provocar un renacimiento o una nueva etapa en la evolución de la Humanidad. “En algunos períodos de su historia y en algunas fases de su ciclo vital, el hombre necesita una nueva orientación ideológica, tan cierta y necesariamente como el aire y los alimentos”, dijo Erikson, proyectando una nueva luz sobre la crisis del joven Martin Lutero, que dejó un monasterio católico a fines de la Edad Media para forjarse una nueva personalidad y para dársela al hombre occidental.

La búsqueda de la personalidad no es algo nuevo, sin embargo, en el pensamiento norteamericano, aunque en cada generación cada hombre que escribe sobre ese tema lo descubre nuevamente. En los Estados Unidos, desde un principio se ha creído en cierto modo que los hombres deben proyectarse hacia el futuro; el ritmo ha sido siempre demasiado rápido para que la personalidad del hombre llegara a un proceso de fijación. En cada generación, muchos hombres han padecido miseria, infelicidad e incertidumbre, porque no podían encontrar en sus padres el modelo de la persona que ellos deseaban ser. La búsqueda de la personalidad por el joven que

16 Erik H. Erikson, *Young Man Luther, A Study in Psychoanalysis and History*, Nueva York, 1958, pp. 15 y ss. Véase también Erikson *Childhood and Society*, Nueva York, 1950, y Erikson, “The Problem of Ego Identity”, *Journal of the American Psychoanalytical Association*, vol. 4, 1956, pp. 56-121.

no puede regresar de nuevo a casa, ha sido siempre un tema importante entre los escritores norteamericanos. Y siempre se ha considerado bueno y justo en Norteamérica que los hombres sufrieran estas agonías de crecimiento, que buscaran y encontraran su propia personalidad. El joven campesino fue a la ciudad; el hijo del sastre se hizo médico; Abraham Lincoln aprendió él solo a leer. Todo esto era algo más que historias de pobres que se hacen ricos, eran parte integrante del ideal norteamericano. El problema consistía, para muchos, en el dinero, la raza, el color, la clase, circunstancias que les impedían elegir... y no simplemente en decidir lo que preferirían ser si hubieran podido hacerlo libremente. Aún hoy un joven aprende en seguida que debe decidir lo que quiere ser. Si no se decide antes del bachillerato, en el preuniversitario, o en la Universidad, debe de alguna forma tomar una decisión a los veinticinco o treinta años, o está perdido. Pero esta búsqueda de la personalidad se considera ahora un mayor problema, porque cada vez hay más y más jóvenes que no pueden encontrar modelos en nuestra civilización –fijándose en sus padres o en otros hombres– que les ayuden en su búsqueda. Las viejas fronteras han sido rebasadas y los límites de las nuevas no están claramente definidos.

Más y más jóvenes norteamericanos sufren hoy día una crisis de personalidad por falta de un modelo de hombre que imitar, por falta de un objetivo que realmente abarque todas sus posibilidades humanas. Pero ¿por qué los especialistas no han reconocido esta misma crisis de personalidad en las mujeres? Según las viejas conveniencias y la nueva mística de la feminidad, las mujeres no deben desarrollarse para descubrir lo que son, para escoger su personalidad humana. El destino de la

mujer está implícito en la anatomía, dicen los teóricos de la feminidad. La personalidad de la mujer está determinada por su biología.

¿Pero lo está en realidad? Hay cada vez más mujeres que se plantean esta pregunta. Como si volvieran de un coma, se preguntan: “¿Dónde estoy?... ¿Qué hago aquí?” Por primera vez en su historia, las mujeres se han dado cuenta de una crisis de personalidad en sus propias vidas, una crisis que comenzó hace muchas generaciones y se ha agravado en cada sucesiva generación y no terminará hasta que ellas o sus hijas doblen una esquina desconocida y construyan con ellas mismas y con sus vidas el nuevo modelo que tantas mujeres necesitan ahora tan dramáticamente.

En un sentido que sobrepasa la vida de cualquier mujer, creo que ésta es la crisis de desarrollo de la mujer, un cambio de aguja para seguir avanzando a partir de una inmadurez que ha sido llamada feminidad, hacia una completa personalidad humana. Creo que las mujeres tenían que sufrir esta crisis de personalidad que comenzó hace cien años y tienen que sufrirla todavía hoy, sencillamente, para llegar a ser completamente humanas.

IV. EL VIAJE APASIONADO

Fue la necesidad de una nueva personalidad lo que hizo que las mujeres, hace un siglo, iniciaran aquel viaje apasionado, aquel difamado e incomprendido viaje fuera de las fronteras del hogar.

Ha sido corriente, en los últimos años, burlarse del feminismo considerándolo como una de las bromas más tontas de la historia, y compadecer, con una sonrisa burlona, a esas feministas pasadas de moda que combatieron por el derecho de la mujer a la educación superior, a seguir una carrera, a votar. Hoy se dice que eran unas víctimas neuróticas de la ansiedad fálica, que deseaban ser hombres. En su lucha por el derecho de la mujer a participar en los trabajos principales y en las decisiones de la sociedad como iguales a los mismos hombres, negaban su verdadera naturaleza de mujeres, que sólo llega a realizarse en la pasividad sexual, en la aceptación del dominio del varón y en la maternidad.

Pero, si no me equivoco, es esta primera etapa la que encierra la clave de lo que ha sucedido a la mujer desde entonces. Es uno de los curiosos fallos de la psicología contemporánea el no querer

reconocer la autenticidad del entusiasmo que hizo a esas mujeres dejar su hogar en busca de una nueva personalidad, o a quedarse en el hogar suspirando amargamente por algo más. Fue el suyo un acto de rebelión, una negativa violenta a aceptar la personalidad que entonces se daba a la mujer. Fue la necesidad de una nueva personalidad lo que llevó a estas apasionadas feministas a trazar nuevas rutas para la mujer. Algunos de estos caminos eran inesperadamente ásperos; otros, callejones sin salida y otros quizá fueran falsos; pero era real la necesidad de las mujeres de encontrar nuevas rutas.

El problema de la personalidad era entonces nuevo para las mujeres, verdaderamente nuevo. Las feministas eran las pioneras en la línea de fuego de la batalla para la evolución de la mujer.

Tenían que demostrar que las mujeres eran seres humanos. Tenían que borrar, violentamente si era necesario, el ideal representativo de la mujer en el siglo pasado; una delicada y decorativa figurilla de porcelana de Sajonia. Tenían que demostrar que la mujer no es un espejo pasivo, vacío, ni una decoración frívola e inútil, un animal sin intelecto, una cosa de la que los demás podían disponer, incapaz de alzar la voz durante toda su existencia; antes de que pudieran luchar por sus derechos, las mujeres tenían que empezar por convertirse en seres humanos iguales a los hombres.

La mujer no cambia, la mujer es infantil, el sitio de una mujer está en el hogar –se les dijo. Pero el hombre cambiaba; su puesto estaba en el mundo y el mundo se agrandaba. La mujer iba quedándose atrás. Su destino estaba marcado por su

anatomía; podía morir dando a luz el primer hijo o vivir para tener treinta y cinco años y dar a luz doce hijos, mientras el hombre controlaba su destino con esa parte de anatomía que no tiene ningún otro animal: la mente.

Las mujeres también tenían mente. También tenían la necesidad humana de desarrollarse. Pero el trabajo que alimentaba la vida y la hacía avanzar ya no se hacía en el hogar, y las mujeres no estaban preparadas para comprender el mundo y trabajar en él. Encerrada en el hogar, como un niño más entre sus propios niños, pasiva, sin ninguna parte de su existencia bajo su propio control, la mujer sólo podía existir agradando al hombre. Dependía enteramente de su protección, en un mundo en el que ella no tenía arte ni parte: un mundo masculino. Nunca podría crecer para formularse la sencilla pregunta humana: “¿Quién soy yo? ¿Qué quiero?”

Incluso si el hombre la amaba como a una criatura, como a una decoración, como a una muñeca, si le regalaba rubíes, sedas y terciopelos, si estaba a gusto en su casa, segura, con sus hijos, ¿no suspiraría por algo más? En aquellos tiempos estaba tan perfectamente definida como objeto, no como sujeto, por el hombre, que ni siquiera se esperaba de ella que gozara o participara del acto sexual. “Gozó de ella”, “hizo lo que quiso con ella”, se decía entonces.

¿Es tan difícil de comprender que la emancipación, el derecho a la humanidad total, era lo suficientemente importante para generaciones de mujeres algunas vivas todavía hoy, otras muertas recientemente, que algunas de ellas lucharon con sus puños, fueron a prisión e incluso murieron por ello? Y por el

derecho a participar en la humana evolución, algunas mujeres renegaron de su propio sexo, del deseo de amar y de ser amadas por un hombre, de tener hijos.

Es una deformación de la historia sobre la que nadie se ha preguntado el que se diga que la pasión y el fuego del movimiento feminista procediera de solteronas, hambrientas sexuales, amargadas, llenas de odio hacia los hombres, de mujeres castradas o asexuales consumidas por una tal ansia del miembro viril que se lo querían arrancar a todos los hombres, o destruirlos y reclamaban sus derechos sólo porque carecían del don de amar como mujeres. Mary Wollstonecraft, Angelina Grimké, Ernestine Rose, Margaret Fuller, Elizabeth Cady Stanton, Julia Ward Howe, Margaret Sanger, todas amaron, fueron amadas y se casaron; muchas de ellas parecen haber sido tan apasionadas en sus relaciones con sus esposos y amantes –en una época en que el apasionamiento erótico en la mujer estaba tan prohibido como la inteligencia–, como lo fueron en su lucha para dar a la mujer la oportunidad de desarrollarse hasta alcanzar la estatura humana total. Pero si ellas y otras, como Susan Anthony, a quienes la suerte o amargos desengaños alejaron del matrimonio, lucharon por dar una oportunidad a la mujer de realizarse a sí misma, no en relación con el hombre, sino como individuo, fue a causa de una necesidad tan real y ardiente como la necesidad de amar. (“Lo que la mujer necesita –dijo Margaret Fuller– no es actuar o gobernar como mujer, sino como un ser que debe desarrollarse; como intelecto que debe discernir; como un alma que debe vivir libremente, y sin que se pongan trabas para que despliegue todas las facultades de que está dotada.”)

Las feministas sólo tenían un modelo, una imagen, una visión de un ser humano libre y completo: el hombre. Pues hasta hace muy poco, sólo los hombres (aunque no todos) disponían de la libertad y la formación necesarias para ejercitar todas sus facultades, para explorar, crear, descubrir, para trazar nuevos senderos para las generaciones futuras. Sólo los hombres tenían derecho al voto: la libertad de tomar las importantes decisiones de la sociedad. Sólo los hombres tenían la libertad de amar y gozar del amor y de decidir por sí mismos, ante los ojos de su Dios, los problemas del bien y del mal. ¿Es que las mujeres querían todas estas libertades porque querían ser hombres? ¿O las querían porque también eran seres humanos?... Que esto era lo que pretendía el feminismo, fue simbólicamente explicado por Henrik Ibsen. Cuando en su obra (*Casa de Muñecas*), en 1879, dijo que una mujer era sencillamente un ser humano, hizo sonar una nueva nota en la literatura. Miles de mujeres de la clase media europea y norteamericana, en aquellos tiempos victorianos, se reconocieron a sí mismas en Nora. Y en 1960 –casi un siglo más tarde– millones de amas de casa norteamericanas, viendo la obra en la televisión, se reconocieron también en Nora mientras le oían decir:

“Siempre has sido muy bueno conmigo. Pero nuestra casa no ha sido más que un cuarto de jugar. Yo he sido tu esposa–muñeca, como en mi casa, antes, fui la niña–muñeca de papá; y aquí los niños, a su vez, han sido mis muñecos. Me parecía muy divertido que jugaras conmigo, como a ellos les parecía muy divertido que yo jugara con ellos. Eso es lo que ha sido nuestro matrimonio, Torvald.

¿Sirvo yo para educar a nuestros hijos? Hay otra tarea que

debo realizar primero: tengo que intentar educarme a mí misma y tú no puedes ayudarme a hacerlo, tengo que hacerlo yo sola. Y por eso voy a dejarte. Tengo que quedarme completamente sola si quiero entenderme a mí misma y todo lo que me concierne. Ésta es la razón por lo que no puedo seguir más contigo...”

Su sorprendido esposo recuerda a Nora que “los más sagrados deberes” de la mujer son sus deberes para con su esposo y sus hijos. “Antes que nada, eres esposa y madre”, dice. Y Nora responde:

“Yo creo que antes que nada soy un ser humano que razona igual que tú; o que, por lo menos, debo intentar convertirme en uno de ellos.

“Sé perfectamente, Torvald, que la mayoría de la gente te daría la razón, e ideas de esa clase se encuentran en los libros; pero yo no puedo continuar contentándome con lo que la mayoría de la gente dice, o con lo que dicen los libros. Tengo que reflexionar por mí misma sobre las cosas y llegar a entenderlas...”

Es un tópico de nuestro tiempo el que las mujeres se pasen medio siglo luchando por unos “derechos” y otro medio preguntándose si después de todo los querían realmente. Los “derechos” suenan como algo raro en los oídos de aquellos que han crecido cuando ya han sido obtenidos. Pero como Nora, las feministas tenían que conquistar esos derechos antes de comenzar a vivir y a amar como seres humanos. No muchas mujeres de entonces, ni siquiera de ahora, se atreverían a

abandonar la única seguridad que les era conocida, a volver la espalda a sus hogares y a sus maridos para lanzarse a la búsqueda, como Nora. Pero muchas, entonces como ahora, han debido encontrar su existencia como amas de casa tan vacía, que no podrían continuar disfrutando del amor de su esposo y de los hijos.

Algunas de ellas e incluso algunos hombres, que se apercebieron de que a la mitad de la raza humana se le negaba el derecho a ser totalmente humana, se dispusieron a cambiar las condiciones que retenían cautivas a las mujeres.

Esas condiciones fueron resumidas por la primera Asamblea para los Derechos de la Mujer reunida en Séneca Falls, Nueva York, en 1848, así como las quejas de la mujer contra el hombre:

“La ha obligado a someterse a unas leyes en cuya redacción ella no tuvo parte... La ha hecho inexistente civilmente ante los ojos de la ley por medio del matrimonio. La ha despojado de todo derecho de propiedad, aun del sueldo que gana... En el contrato matrimonial está obligada a jurar obediencia a su marido, convirtiéndose él para todos los fines en su dueño y señor, investido por la ley del derecho a privarla de la libertad y administrarle castigo... Cierra para ella todos los caminos que pueden llevar a la riqueza o a la fama, que considera dignos para él. Se la ignora como profesora de Teología, Medicina o Derecho. Él le ha negado la oportunidad para conseguir una educación profunda cerrándole las universidades... Ha creado un falso sentimiento público dando al mundo un código moral diferente para el hombre y para la mujer, por el cual aquellos

delitos morales que excluyen a la mujer de la sociedad, no sólo son tolerados, sino que son considerados como poco importantes para el hombre. Ha usurpado las prerrogativas del mismo Jehovah reclamando para sí el derecho de asignar a la mujer una esfera de acción, cuando éste pertenece a su propia conciencia y a su dios. Ha tratado por todos los medios a su alcance de destruir la confianza de la mujer en sus propias fuerzas, de atrofiar su dignidad para hacerla aceptar una vida de dependencia y abyección.”

Fueron éstas las condiciones que las feministas trataron de abolir hace un siglo, las que convertían a las mujeres en lo que entonces eran –femeninas–, tal como entonces, y aún ahora, se entiende por esta palabra.

No es pura coincidencia que la lucha por la emancipación de la mujer comenzara en los Estados Unidos poco después de la Guerra de la Independencia y se hiciera más intensa cuando estalló el movimiento para la liberación de los esclavos¹⁷. Thomas Paine, el portavoz de la Revolución, fue de los primeros en condenar en 1775 la situación de las mujeres “incluso en los países donde puede considerarse que son más felices, privadas de su libertad y voluntad por la ley, imposibilitadas de disponer

17 Véase Eleanor Flexner, *Century of Struggle: The Woman's Rights Movement in the United States*, Cambridge, Mass., 1959. Esta historia del movimiento en favor de los derechos de la mujer en los Estados Unidos, publicada en 1959 en el momento culminante de la era de la mística de la feminidad, no obtuvo la atención que merecía, ni del público inteligente ni los intelectuales. En mi opinión, todas las chicas que ingresan en una Universidad de los Estados Unidos deberían leerlo. Una de las razones de que prevalezca la mística es la de que poquísimas mujeres menores de cuarenta años conocen los detalles del movimiento feminista. Tengo una gran deuda con Miss Flexner por las muchas pistas concretas, que de otra forma podría no haber advertido en mi intento de llegar a la verdad que se oculta tras la mística de la feminidad y su monstruosa descripción de las feministas.

de sus bienes, esclavas de la opinión...”. Durante la Revolución, unos diez años antes de que Mary se pusiese al frente del movimiento feminista en Inglaterra, una mujer norteamericana, Judith Sargent Murray, dijo que la mujer necesitaba instrucción para poder considerar sus nuevos objetivos y que crecería al intentar alcanzarlos. En 1837, año en que la Universidad femenina de Mount Holyoke fue inaugurada para dar a la mujer su primera posibilidad de recibir una educación análoga a la del hombre, las mujeres norteamericanas estaban celebrando en Nueva York su primera Convención Nacional contra la Esclavitud. Las mujeres que materialmente lanzaron el movimiento a favor de la mujer en Séneca Falls, se reconocieron cuando se les negó asiento en una convención antiesclavista en Londres. Aisladas tras una cortina, en el pasillo, Elizabeth Stanton, en su luna miel, y Lucretia Mott, recatada madre de cinco criaturas, pensaron que no sólo eran los esclavos los que debían ser liberados.

Cuando y dondequiera que haya habido en el mundo un resurgimiento de libertad humana, las mujeres han reclamado su participación. No fue el sexo el que luchó en la Revolución francesa, liberó los esclavos en América, destronó al zar de Rusia y expulsó a los ingleses de la India; pero cuando la idea de libertad humana excita el cerebro del hombre, excita también el de la mujer. Los ecos de la Declaración de Séneca Falls proceden directamente de la Declaración de Independencia:

“Cuando, en el curso de la historia, se hace necesario para una porción de la familia humana asumir entre la gente de la tierra una posición diferente de la que hasta entonces había ocupado... Creemos que estas verdades son evidentes

por sí mismas: que todo hombre y toda mujer han sido creados iguales.”

El feminismo no era un chiste de mal gusto. La Revolución feminista tenía que luchar, simplemente, porque las mujeres habían sido detenidas en un nivel de evolución inferior al de su capacidad humana. “La función doméstica de la mujer no agota sus energías”, predicó en Boston el reverendo Theodore Parker en 1853.

“Pretender que la mitad de la raza humana consume sus energías desempeñando las funciones de ama de casa, esposa y madre, es un desperdicio monstruoso del material más precioso jamás creado por Dios.” Y a través de la historia del movimiento feminista, como una línea brillante y a veces peligrosa, corría también la idea de que la igualdad era necesaria para la mujer a fin de liberar a ambos, hombre y mujer, para una verdadera realización sexual¹⁸.

Porque la degradación de la mujer también degradaba el matrimonio, el amor y todas las cosas relativas al hombre y la mujer.

Tras la revolución sexual, dijo Robert Dale Owen, “el

18 Véase Sidney Ditzion, *Marriage, Morals and Sex in America — A History of Ideas*, Nueva York, 1953. Este extenso ensayo bibliográfico escrito por el bibliotecario de la Universidad de Nueva York relata de manera documentada la continua interrelación entre los movimientos en favor de la reforma social y sexual en Norteamérica y, especialmente, entre el movimiento del hombre para una mayor autorrealización y plenitud sexual y el movimiento de la mujer para el logro de sus derechos. Los discursos y panfletos reunidos demuestran que el movimiento para la emancipación de la mujer fue considerado a menudo por los hombres, así como por las mujeres que lo dirigieron, como “la creación de un equilibrio equitativo de poder entre los dos sexos” para “una más satisfactoria expresión de la sexualidad en ambos sexos”.

monopolio del sexo desaparecía, como muchos otros monopolios injustos; y las mujeres no se verían limitadas a una sola virtud, a una pasión y a una ocupación”.¹⁹

Las mujeres y los hombres que empezaron esta revolución dieron por descontado una buena dosis de malas interpretaciones, falseamientos y ridiculización, y de todo ello hubo para las primeras en defender en público los derechos de la mujer en América. Fanny Wright, hija de un noble escocés, y Ernestine Rose, hija de un rabino, fueron llamadas, respectivamente, “ramera roja de infidelidad” y “mujer mil veces más baja que una prostituta”. La Declaración de Séneca Falls hizo lanzar gritos de “revolución”, “insurrección entre las mujeres”, “el reino de las enaguas”, “blasfemia”, a los periódicos pastores protestantes, hasta el punto que las más apocadas retiraron sus firmas. Espeluznantes informes sobre el “amor libre” y el “adulterio legalizado” competían con fantásticos relatos de sesiones en los tribunales, sermones en la iglesia y operaciones quirúrgicas interrumpidas, porque a una mujer abogado, pastor o médico, se le antojaba de pronto obsequiar a su marido con un bebé.

A cada paso, en su ruta, las feministas tenían que luchar contra la idea de que estaban violando la naturaleza que Dios había dado a las mujeres. Los predicadores interrumpían las reuniones sobre los derechos de la mujer, enarbolando biblias y citando párrafos de las Escrituras: “San Pablo dijo... y la cabeza de cada mujer es el hombre”... “Que vuestras mujeres guarden silencio en la Iglesia, pues a ellas no les está permitido hablar”... “Y si

19 Ibid., p. 107.

quieren aprender algo, que se lo pregunten en casa a su marido; porque es vergonzoso que las mujeres hablen en el templo.” “Pero yo no aguanto que una mujer enseñe, ni usurpe autoridad al hombre, sino que esté en silencio; pues Adán fue el primero creado y luego fue Eva” ... “San Pedro dijo: por lo tanto, vosotras, esposas, estaréis sujetas a vuestros maridos” ... Dar a las mujeres la igualdad de derechos destruiría aquella “suave y agradable naturaleza que no sólo las hace retroceder ante la vida, sino que también la incapacita para entrar en ese torbellino y esa lucha que es la vida pública”, entonó prudentemente un senador de Nueva Jersey en 1866. “Ellas tienen una misión más elevada y santa. La de formar en el recogimiento del hogar el carácter de los hombres del mañana. Su misión está en el hogar, para suavizar las pasiones de los hombres con sus caricias y su amor, cuando éstos regresan tras la batalla por la vida, y no la de acudir a la batalla añadiendo más leña al fuego.”

“No parecen contentarse con haberse castrado ellas mismas, sino que además pretenden castrar a todas las mujeres del país”, dijo un asambleísta de Nueva York que se oponía a una de las primeras peticiones al derecho de la mujer casada a la propiedad y al sueldo. Puesto que “Dios creó al hombre como representación de la raza”, y entonces “tomó de su costado la materia para crear a la mujer” y se la entregó en matrimonio como “una carne, un ser”, la Asamblea denegó la petición: “Un Poder más alto que Aquel del cual emana la legislación ha dado la orden de que el hombre y la mujer no sean iguales”²⁰.

20 Yuri Suhl, Ernestine L. Rose and the Battle for Human Rights, Nueva York, 1959, p. 158. Una brillante narración de la lucha en favor de los derechos de la mujer casada para la posesión de sus propios bienes y de sus ganancias.

El mito de que estas mujeres eran “monstruos antinaturales” se fundaba en la creencia de que al destruir la dependencia de la mujer, dada por Dios, se destruiría el hogar y se convertiría a los hombres en esclavos. Tales mitos surgen en cualquier clase de revolución que haga avanzar alguna parte de la familia humana hacia la igualdad. La imagen de las feministas como inhumanas, feroces devoradoras de hombres, bien sea expresada como una ofensa contra Dios o en los términos modernos de perversión sexual, no es distinta de la imagen del negro como un animal primitivo, o del sindicalista como un anarquista. Lo que la terminología sexual oculta es el hecho de que el movimiento feminista fue una revolución. Hubo excesos, naturalmente, como en toda revolución, pero los excesos en las feministas fueron en sí mismos una demostración de la necesidad de la revolución. Fueron provocados por una repulsa apasionada de las degradantes realidades de la vida de una mujer –una irrevocable esclavitud disimulada tras un suave respeto, que hacía a las mujeres objeto de un desprecio, tan ligeramente velado de los hombres que incluso ellas mismas se despreciaban. Evidentemente, el desprecio y el antidesprecio fueron más difíciles de borrar que las causas.

¡Claro que envidiaban a los hombres! Algunas de las primeras feministas se cortaban el cabello muy corto, usaban *blomers* (pantalones cortos y muy anchos) y trataban de imitar a los hombres. Por la vida que vieron llevar a sus madres, por su propia experiencia, esas apasionadas mujeres tenían buenas razones para rechazar la imagen convencional de la mujer. Algunas incluso renunciaron al matrimonio y a la maternidad. Pero al volver la espalda a la vieja imagen femenina, al luchar para liberarse a sí mismas y a todas las demás mujeres, algunas

de ellas se convirtieron en una clase diferente de mujer: en seres humanos completos.

El nombre de Lucy Stone trae hoy a la mente la idea de una feroz devoradora de hombres, vestida con pantalones y blandiendo un paraguas. Le costó mucho tiempo al hombre que la amaba convencerla de que se casara con él; aunque ella lo amaba a su vez y le amó durante, toda su larga vida, nunca usó su nombre. Cuando Lucy nació, su madre exclamó: “¡Oh, Dios mío! Cuánto siento que sea una niña... la vida de una mujer es tan dura...” Pocas horas antes de dar a luz, su madre, en aquella granja del oeste de Massachusetts, en 1818, tuvo que ordeñar ocho vacas, porque una tormenta repentina había obligado a todo el mundo a lanzarse al campo: era más importante salvar la cosecha de heno que a una madre a punto de dar a luz. Aunque esta bondadosa y cansada madre llevó sobre sus hombros el interminable trabajo de una granja y tuvo que criar nueve hijos, Lucy Stone creció con el convencimiento de que “sólo había una voluntad en nuestra casa, la de mi padre”.

Se revelaba contra el hecho de haber nacido mujer, si aquello significaba ser tan poco como decía la Biblia. Como decía su madre, se revelaba cuando levantaba la mano pidiendo la palabra en las reuniones parroquiales y, una y otra vez, nadie la hacía caso. En el círculo de costura de la parroquia, donde estaba haciendo una camisa para ayudar a un joven a entrar en el seminario teológico, oyó a Mary Lyon hablar de la educación de las mujeres. Dejó la camisa a medio acabar y a los dieciséis años comenzó a dar clases por un dólar a la semana, guardando sus ahorros durante nueve años, hasta que tuvo suficiente para pagarse la Universidad. Quería educarse para poder “abogar no

sólo en favor del esclavo, sino también por toda la humanidad doliente”. “Pretendo trabajar especialmente para elevar mi propio sexo.”

Pero en la Universidad Oberlin, donde fue una de las primeras mujeres en graduarse en el “curso normal”, tenía que practicar el arte de hablar en público en el bosque, a escondidas. Aun en Oberlin les estaba prohibido a las muchachas hablar en público.

“Lavando la ropa de los hombres, limpiando sus habitaciones, sirviéndoles a la mesa, escuchando sus discursos pero guardando ellas un respetuoso silencio en público, las coestudiantes de Oberlin eran preparadas para una inteligente maternidad y una adecuada sumisión en el matrimonio”²¹.

En apariencia, Lucy Stone era una mujercita con una voz amable y cristalina capaz de apaciguar una muchedumbre airada.

Dio conferencias sobre la abolición de la esclavitud los sábados y domingos, por cuenta de la Sociedad Anti-Esclavista, y por los derechos de la mujer el resto de la semana por su propia cuenta, encarándoles y ganándose a hombres que le amenazaban con bastones y le arrojaban libros de oraciones y huevos a la cabeza. Incluso una vez, en pleno invierno, metieron una manguera por una ventana y la ducharon con agua helada.

En cierta ciudad se hizo circular la noticia de que una mujer grandota, masculina, con botas, fumando un enorme puro y

21 Flexner, op. cit., p. 30.

hablando como un carretero, había llegado para dar una conferencia. Las mujeres que fueron a ver y escuchar a tal adefesio quedaron sorprendidas al encontrarse con Lucy Stone, pequeña, menuda y frágil, vestida con un largo traje negro de satén y un cuello de encaje blanco, “un prototipo de gracia femenina”... “Fresca y radiante como la mañana”²².

Su voz atacó tanto las fuerzas esclavistas, que el *Boston Post* publicó un tosco poema prometiendo que “La sonora trompeta de la fama sonaría para el hombre que con un beso de amor sellara los labios de Lucy Stone”.

Lucy Stone opinaba que el matrimonio era para la mujer “un estado de esclavitud”.

Aun después de que Henry Blackwell la hubiera seguido desde Cincinnati hasta Massachusetts (“Ha nacido locomotora”, se quejaba él), y prometía solemnemente “repudiar la supremacía tanto del hombre como de la mujer en el matrimonio”, y le escribiera: “Te conocí en las Cataratas del Niágara y me senté a tus pies junto al remolino, contemplando las negras aguas con una ansiedad apasionada, incompartida e insatisfecha en mi corazón, que nunca conocerás ni comprenderás”, e hiciera un discurso en público en favor de los derechos de la mujer; aun después de reconocer que le amaba, ella escribió: “Poco puedes decirme que yo ya no sepa sobre la soledad y el vacío de una vida solitaria”; aun después de todo esto, le costó unas terribles jaquecas tener que tomar la decisión de casarse con él.

En su boda, el pastor Thomas Higginson dijo que “la novia, la

²² Elinor Rice Hays, *Morning Star. A Biography of Lucy Stone*, Nueva York, 1961, p. 83.

heroica Lucy, lloraba como cualquier novia pueblerina”. El pastor dijo también: “Nunca celebré la ceremonia del matrimonio sin sentir de nuevo la iniquidad de un sistema en el que el hombre y la mujer forman un solo ser, y este ser es el hombre.” Y envió a los periódicos, para que otras parejas lo copiasen, el pacto que Lucy Stone y Henry Blackwell habían redactado juntos, antes de hacer sus votos matrimoniales:

“Aunque reconocemos nuestro mutuo afecto públicamente, asumiendo la relación de marido y esposa... sentimos que es nuestro deber declarar que este acto no supone sanción ni promesa de obediencia voluntaria a leyes matrimoniales como las actuales, que se niegan a reconocer a la esposa como un ser racional independiente y confieren al marido una injuriosa y no natural superioridad”²³.

Lucy Stone, su amiga, la linda reverenda Anttoinete Brown (que más tarde se casó con el hermano de Henry), Margaret Fuller, Angelina Grimké, Abbey Kelley Foster, todas se negaron a casarse muy jóvenes y de hecho no se casaron hasta que en su lucha por la abolición de la esclavitud y en favor de los derechos de la mujer, no empezaron a encontrar una personalidad como mujeres que sus madres nunca conocieron.

Algunas, como Susan Anthony y Elizabeth Blackwell, no se casaron; Lucy Stone conservó su nombre de soltera por el miedo más que simbólico de que convertirse en esposa era dejar de existir como persona. El concepto conocido como *femme couverte* estampado en la ley, dejaba en suspenso “el mismo ser o la existencia legal de la mujer”, después del matrimonio. “Para

23 Flexner, op. cit., p. 64.

una mujer, su nueva identidad es su superior; su compañero, su dueño.”

Si es cierto que las feministas fueron “mujeres desilusionadas”, como sus enemigos dijeron entonces, fue porque casi todas las mujeres que vivían en esas condiciones tenían razón para estar desilusionadas. En uno de los más emocionantes discursos de su vida, Lucy Stone dijo, en 1855:

“Desde los primeros años de mi infancia que alcanzo a recordar, he sido una mujer desilusionada. Cuando, con mis hermanos, traté de avanzar hacia las fuentes del conocimiento, fui rechazada con un «no es para ti. No es para las mujeres»... En la educación, en el matrimonio, en la religión, en todo, la desilusión es la parte de la mujer. El objeto de mi vida será clavar esta desilusión en el corazón de la mujer, hasta que deje de inclinarse ante ella”²⁴.

Durante su vida, Lucy Stone vio las leyes de casi todos los estados cambiar radicalmente con respecto a las mujeres; los colegios (High Schoos) se abrieron para ellas, así como las dos terceras partes de las universidades de los Estados Unidos. Su marido y su hija, Alice Stone Blackwell, consagraron sus vidas, cuando ella murió en 1893, a proseguir la batalla en favor del voto femenino.

Al final de su viaje apasionado, pudo decir que se alegraba de haber nacido mujer. Escribió a su hija, el día antes de cumplir ésta diecisiete años:

24 Hays, op. cit., p. 136.

“Confío en que mi madre ve y se da cuenta de lo contenta que estoy de haber nacido en una época en la que tanto había que hacer y yo podía echar una mano. ¡Querida mamá! Tuvo una vida dura y sentía haber dado a luz otra niña para compartir y soportar la dura vida de una mujer... Estoy totalmente contenta de haber nacido”²⁵.

En ciertos hombres, en ciertas épocas de la historia, la pasión por la libertad ha sido tan fuerte o más que las familiares pasiones sexuales. Que esto fue así en el caso de muchas de esas mujeres que lucharon para liberar a la mujer, parece ser un hecho, sin importar cómo se explique la fuerza de aquella otra pasión.

A pesar de los ceños fruncidos y de los gruñidos de la mayoría de sus maridos y padres, a pesar de la hostilidad, algunas veces abusiva, que recibieron por su comportamiento “antifemenino”, las feministas continuaron su cruzada.

Ellas mismas estaban torturadas por profundas dudas a cada paso. No era propio de una señorita, le escribían sus amistades a Mary Lyon, viajar por toda Nueva Inglaterra con una bolsa de terciopelo verde, recogiendo dinero para comenzar su Universidad de Mujeres. “¿Qué hago que esté mal hecho?”, preguntó. “Viajo en la diligencia o en coche sola... Mi corazón está enfermo. Mi alma está dolorida con esta vacía amabilidad, este “nada” amable”. “Estoy realizando un gran trabajo. No puedo retroceder.”

La encantadora Angelina Grimké casi se desmaya cuando,

25 Ibid., p. 285.

aceptando lo que creyó una broma, se presentó a hablar ante el parlamento del Estado de Massachusetts para exponer las peticiones de los abolicionistas.

Era la primera mujer que hablaba ante un cuerpo legislativo. Una carta pastoral denunció su comportamiento como “indigno de una mujer”.

“Llamamos vuestra atención sobre los peligros que en la actualidad parecen amenazar el carácter de la mujer causándole un extenso y permanente daño... La fuerza de la mujer radica en su dependencia, surgiendo de la conciencia de esa debilidad que Dios le dio para su protección... Pero cuando asume el puesto y el tono del hombre, como un reformador público... su carácter deja de ser natural. Si la vid, cuya fuerza y belleza consiste en apoyarse en el emparrado y mantener su fruto medio oculto, piensa asumir la independencia y la deslumbrante naturaleza del olmo, no sólo dejará de producir frutos, sino que caerá con vergüenza y deshonor en el polvo”²⁶.

Algo más que el desasosiego y la desilusión, la hicieron negarse a “someterse a la afrenta del silencio”, e hizo que las mujeres de Nueva Inglaterra caminaran dos, cuatro, seis, ocho millas en las tardes de invierno para oírla hablar.

El que las mujeres norteamericanas se identificaran sentimentalmente con los que luchaban para liberar a los esclavos, puede no testimoniar sobre el origen inconsciente de su propia rebelión. Pero es un hecho innegable que, mientras

26 Flexner, op. cit., p. 46.

organizaban, pedían y hablaban en favor de la liberación de los esclavos, las mujeres norteamericanas aprendieron la manera de liberarse a sí mismas. En el sur de los Estados Unidos, donde la esclavitud retenía a la mujer en el hogar y donde no tenían ejemplares sobre la educación y los trabajos preparatorios o las instructivas batallas contra la sociedad, el viejo modelo de la feminidad reinaba intacto y había pocas feministas. En el Norte, mujeres que tomaron parte en el *Ferrocarril Metropolitano*, o que trabajaron de otra manera para liberar a los esclavos, nunca volvieron a ser las mismas.

El feminismo también se extendió hacia el Oeste y en las fronteras cada vez más alejadas, las mujeres se hicieron las iguales del hombre casi desde un principio (Wyoming fue el primer estado que concedió a la mujer el derecho de voto). Individualmente, las feministas no parecen haber tenido mayor o menor razón que las demás mujeres de su tiempo para odiar o envidiar al hombre. Pero lo que sí tenían era amor propio, valor, fortaleza; amaran u odieran al hombre, se libraron o sufrieron sus humillaciones en sus propias vidas; se identificaron con las mujeres. Las mujeres que aceptaron las condiciones que las degradaban, sentían desprecio hacia ellas mismas y hacia todas las mujeres. Las feministas que combatieron contra estas condiciones se libraron de ese desprecio y tuvieron menos motivos de envidiar al hombre.

La convocatoria para aquella Convención de Derechos de la Mujer tuvo lugar porque una mujer educada, que ya había participado activamente en la modificación de la sociedad como abolicionista, se encontró cara a cara con la realidad del vacío y la soledad de una ama de casa de una pequeña ciudad. Al igual

que la graduada de Universidad de un barrio residencial de hoy, con seis hijos, Elizabeth Cady Stanton, trasladada por su marido a la pequeña ciudad de Séneca Falls, se sentía desasosegada en una vida de cocinar, amasar pan, coser y lavar y cuidar de cada crío. Su marido, un líder abolicionista, tenía que viajar a menudo por razón de sus negocios, ella escribió:

“Ahora entiendo las dificultades prácticas con que la mayoría de las mujeres tenían que enfrentarse en la soledad del hogar y la imposibilidad del mejor desarrollo de la mujer si se pasa la mayor parte de su vida en contacto con la servidumbre y los niños... El descontento general que sentía por el papel de la mujer... y la mirada cansada y ansiosa, mirada de la mayoría de las mujeres, imprimió en mí el fuerte sentimiento de que era necesario tomar algunas medidas activas... No sabía cómo ni por dónde empezar; mi único pensamiento era convocar un mitin público para protestar y discutir”²⁷.

Le basta poner un solo anuncio en los periódicos para que amas de casa e hijas suyas que nunca habían conocido otra clase de vida, acudieran en carromatos desde un radio de 50 millas para oírla hablar.

Aunque sus orígenes sociales y psicológicos fueran diferentes, todas las que dirigieron la batalla por los derechos de la mujer desde su principio gozaban de una más que mediana inteligencia, alimentada por una educación superior a la corriente en aquel tiempo. De otra forma, por grande que hubiera sido su entusiasmo, no hubieran sido capaces de ver a

²⁷ Ibid., p. 73.

través de los prejuicios que habían justificado la degradación de la mujer y verter en palabras sus pensamientos de disconformidad. Mary Wollstonecraft fue primero autodidacta y después recibió lecciones de un grupo de filósofos ingleses que predicaban en aquel entonces los derechos del hombre. A Margaret Fuller le enseñó su padre a leer los clásicos de seis idiomas diferentes y se unió al grupo de los trascendentalistas dirigidos por Emerson; el padre de Elizabeth Cady Stanton, que era juez, dio a su hija la mejor educación entonces posible y la completó permitiéndole escuchar la lectura de sus informes judiciales.

Ernestine Rose, hija de un rabino, que se rebeló contra la doctrina de su religión, que decretaba la inferioridad de la mujer con respecto al hombre, recibió su educación de “libertad de pensamiento” del gran filósofo utopista Robert Owen. También desafió las costumbres religiosas, casándose con el hombre que amaba. Siempre insistió, en los días amargos de la lucha por los derechos de la mujer, en que el enemigo de la mujer no era el hombre. “No luchamos contra el hombre en sí, sino contra las malas instituciones.”

Estas mujeres no eran devoradoras de hombres. Julia Ward Howe, una de las más inteligentes y bellas mujeres de la alta sociedad de Nueva York, que estudiaba intensamente todas aquellas materias que le interesaban, escribió el “Himno de Guerra de la República” conservando el anónimo, pues su marido opinaba que debía dedicar su vida a él y a sus hijos. No tomó parte en el movimiento sufragista hasta 1868, cuando conoció a Lucy Stone, a la que “durante mucho tiempo había odiado”. “Al mirar su rostro dulce y femenino y al oír su voz

impregnada de celo comprendí que el objeto de mi odio había sido sólo un fantasma evocado por unos necios e infundados prejuicios. *Estoy con usted*, fue lo único que pude decirle”²⁸.

La ironía que encerraba el mito de las devoradoras de hombres consistía en que precisamente los excesos de las feministas procedían de su propia debilidad. Cuando se considera que las mujeres no tienen ningún derecho ni merecen tenerlos, ¿qué pueden hacer? Al principio pareció que no podían hacer nada, excepto hablar. Todos los años a partir de 1848 celebraron asambleas sobre los derechos de la mujer en pequeñas y grandes ciudades; asambleas nacionales o de los estados, una y otra vez, en Ohio, Pensilvania, Indiana, Massachusetts. Podrían hablar hasta el día del juicio sobre unos derechos de los que carecían. Pero, ¿cómo iban las mujeres a conseguir que la ley les permitiera conservar sus sueldos o sus hijos después del divorcio, cuando no tenían ni un voto? ¿Cómo iban a financiar y organizar una campaña para conseguir los votos cuando no tenían dinero propio, ni siquiera derecho a poseer bienes propios?

El mismo temor a la opinión pública que una tan completa dependencia crea en las mujeres hizo que cada paso para escapar de su amable prisión fuera doloroso. Incluso cuando trataban de modificar algunas normas que estaba dentro de su poder cambiar, se ponían en ridículo. Los vestidos, terriblemente incómodos, que las mujeres usaban entonces, eran un símbolo de su sumisión: corsés tan apretados que apenas las dejaban respirar, media docena de enaguas y faldas

28 Hays, op. cit., p. 221.

que pesaban de cinco a seis kilos, tan largas que barrían la basura de las calles. El fantasma de las feministas quitándoles los pantalones a los hombres se deriva, en parte, del uso de los *bloomers*: una bata con falda hasta las rodillas, y pantalones por debajo, hasta los tobillos. Elizabeth Stanton los usaba, rabiosamente al principio, para realizar sus faenas caseras cómodamente, como una mujer de hoy puede llevar *shorts* o pantalones. Pero cuando las feministas usaban los *bloomers* en público, como símbolo de su emancipación, los chistes soeces en los artículos de los diarios, de los bromistas callejeros e incluso de los niños, resultaban insoportables para su sensibilidad femenina.

“Nos ponemos este traje para tener mayor libertad; pero ¿qué es la libertad material comparada con la esclavitud mental?”, dijo Elizabeth Stanton renunciando a sus *bloomers*. Muchas de ellas dejaron de usarlos por una razón femenina: favorecían muy poco, excepto a la diminuta y linda señora Bloomer.

Sin embargo, aquella débil terquedad tenía que imponerse en la mentalidad de los hombres, en la de las demás mujeres, en la suya propia. Cuando decidieron solicitar el derecho de la mujer casada a conservar sus propiedades, las propias mujeres les daban con las puertas en las narices, con el pretexto hipócrita de que tenían un marido y que, por lo tanto, no necesitaban leyes que las protegieran. Cuando Susan Anthony y sus jefes de grupo recogieron seis mil firmas en diez semanas, la Asamblea del Estado de Nueva York las recibió con un torrente de carcajadas. Burlonamente, la Asamblea hizo observar que “puesto que las damas obtienen siempre los más exquisitos bocados en las comidas, los mejores asientos en los vehículos y

el derecho de elegir en qué lado de la cama deseaban dormir, si hoy existe alguna desigualdad y alguna opresión, los caballeros son los que las soportan”.

Lo asombroso fue que las feministas lograron ganar algún terreno... que no fueran arpías amargadas, sino mujeres llenas de entusiasmo y convencidas de que estaban creando historia. Había más ánimo que amargura en Elizabeth Stanton, dando a luz a sus cuarenta años, cuando escribía a Susan Anthony que “este niño sería realmente el último y ahora era cuando empezaba lo bueno”. “Valor, Susan –decía–, no alcanzaremos nuestra edad madura hasta los cincuenta.”

Dolorosamente insegura de su valor y con poca confianza en su atractivo –no por la forma en que la trataban los hombres (tenía pretendientes), sino a causa de una hermana mayor hermosísima y de una madre que consideraba el ser bizca como una tragedia–, Susan Anthony, entre todas las líderes feministas del siglo XIX, fue la única con algo de semejanza con el mito. Se sintió traicionada cuando las demás empezaron a casarse y tener hijos. Pero a pesar de su carácter pendenciero, no fue la solterona amargada con un gato. Viajando sola de ciudad en ciudad, clavando ella misma los anuncios de sus reuniones, utilizando al máximo sus talentos de organizadora, de intrigante y de conferenciante, se abrió camino en un mundo cada vez mayor.

A lo largo de su vida, tales mujeres cambiaron el modelo femenino que había justificado la degradación de la mujer. En un mitin, cuando los hombres vociferaban contra el derecho al voto de las mujeres, tan inútiles que había que cogerlas en

brazos para pasar los charcos o subirlas a los coches, una orgullosa feminista de raza negra, llamada Sojourner Truth, levantó su oscuro brazo:

“¡Mirad mi brazo! He cavado, plantado y metido el grano en los graneros... Y, ¿no soy una mujer? Podía trabajar y comer tanto como un hombre –cuando conseguía trabajo– y he soportado el látigo... He criado trece hijos y he visto vender como esclavos a la mayoría de ellos, y cuando decía a gritos mi dolor maternal, nadie, excepto Jesús, vino a ayudarme... Y, ¿no soy una mujer?”

La alusión a las vanas cortesías del hombre hacia la mujer quedó muy desacreditada por los millares de mujeres que, cada vez más, trabajaban en las fábricas de rojos muros de ladrillos; las operarias de las factorías Lowell tenían que trabajar en terribles condiciones que, en parte como consecuencia de la supuesta inferioridad de la mujer, eran aún peores para ellas que para los hombres. Pero aquellas mujeres que tras doce o trece horas de trabajo en las fábricas tenían aún que realizar las tareas del hogar, no podían tomar la iniciativa del viaje apasionado. La mayoría de las líderes feministas eran mujeres de la clase media, arrastradas por un conjunto de razones a autoeducarse y a hacer añicos aquel nuevo modelo de mujer.

¿Qué las arrastraba a ello? “Tengo que buscar alguna válvula para mi energía acumulada”, escribió Louisa May Alcott en su diario, cuando decidió presentarse voluntariamente como enfermera durante la guerra civil. “Un viaje interesantísimo en un mundo nuevo, lleno de panoramas y sonidos impresionantes, nuevas aventuras y una cada vez mayor comprensión de la gran

tarea que he emprendido. Iba rezando mientras recorría apresuradamente el país, blanco de tiendas de campaña, todo palpitante de patriotismo y ya rojo de sangre. Una época dramática. Pero me alegro de vivir en esta época.”

¿Qué las arrastraba? Sola y torturada por sus propias dudas, Elizabeth Blackwell, en su decisión nunca vista, monstruosa, de ser médico, no hizo caso de risas burlonas –ni de insinuaciones procaces– para hacer sus disecciones anatómicas. Combatió por su derecho a presenciar la disección de los órganos genitales, pero renunció a formar parte en la comitiva de fin de carrera, porque hubiera sido impropio de una dama. Sus propios colegas la repudiaban y llegó a escribir:

“Soy tanto mujer como médico... ahora comprendo por qué esta clase de vida no ha sido vivida antes de ahora. Es dura, sin otro apoyo que un alto ideal. Hay que luchar contra todas las clases de oposición social. Me gustaría divertirme de vez en cuando. La vida es demasiado seria.”²⁹

Durante un siglo de lucha, la realidad dio un mentís al mito de que la mujer fuese a utilizar sus derechos para dominar vengativamente al hombre. A medida que fueron obteniendo el derecho a la igualdad de educación, a hablar en público, a tener bienes propios, a trabajar en un empleo o profesión y a controlar lo que ganaban, las feministas tuvieron menos motivos para estar amargadas contra los hombres. Pero aún quedaba una batalla que librar. Como dijo en 1908 M. Carey Thomas, el brillante primer presidente de la Universidad de Bryn Mawr:

29 Flexner, op. cit., p. 117.

“Las mujeres son la mitad de este mundo, pero hasta hace un siglo... las mujeres vivían en un mundo en penumbra, una media vida aparte y cuando miraban hacia fuera veían a los hombres como sombras errantes. Era un mundo masculino. Las leyes eran leyes para los hombres, el gobierno era un gobierno de hombres, la nación era una nación para los hombres. Ahora las mujeres han ganado el derecho a una educación superior y a la independencia económica. El derecho a convertirse en ciudadano del Estado es la próxima e inevitable consecuencia de la educación y del trabajo fuera del hogar. Hemos llegado hasta aquí; tenemos que continuar. No podemos retroceder.”³⁰

El problema consistía en que el movimiento en favor de los derechos de la mujer había llegado a ser casi demasiado respetable. Sin embargo, sin derecho al voto, las mujeres no podían conseguir que ningún partido político las tomara en serio. Cuando la hija de Elizabeth Stanton, Harriet Blanch, la viuda de un inglés, llegó al país en 1907, encontró el movimiento en el que su madre la había educado estancado en una serie de estériles reuniones de té con pastas. Había visto las tácticas que las mujeres utilizaban en Inglaterra para dar mayor dramatismo a sus campañas: interrumpir a los oradores en las reuniones públicas, provocar deliberadamente a la policía, huelgas de hambre en las prisiones; el tipo de resistencia pacífica que Gandhi utilizó dramáticamente en la India, o la que los *Freedom Riders*³¹ emplean ahora en los Estados Unidos cuando los procedimientos legales no bastan para combatir la segregación.

30 Ibid., p. 235.

31 Jinetes de la libertad. (N. del E.)

Las feministas norteamericanas nunca habían tenido que recurrir a los extremos de sus sufridas colegas inglesas. Pero plantearon la cuestión del voto en términos dramáticos, hasta provocar una oposición mucho más poderosa que la provocada por la cuestión sexual.

Del mismo modo que, en el siglo XIX, la batalla para conseguir la libertad de la mujer fue una consecuencia de la batalla antiesclavista, en el XX fue una consecuencia de las batallas por la reforma social de Jane Addams y Hull House, del movimiento sindicalista y las grandes huelgas contra las intolerables condiciones de trabajo en las fábricas. Para las operarias de la manufactura de ropa blanca *Triangle Shirtwaist*³², que sólo ganaban seis dólares por semana y tenían que trabajar hasta las diez de la noche, y eran multadas por hablar, reír o cantar durante el trabajo, la igualdad era más que una cuestión de educación o voto. Se hicieron cada vez más numerosos los grupos de huelguistas durante largos meses de hambre y frío; muchas de ellas fueron golpeadas por la policía y metidas en coches celulares. Las nuevas feministas recogieron dinero para pagar la fianza y la comida de las huelguistas, lo mismo como sus madres habían ayudado a los del Ferrocarril Subterráneo.

Tras los gritos de “¡Salvemos la feminidad!” y “¡Salvemos el hogar!”, podía verse ahora la influencia de la máquina política asustada ante la idea de lo que aquellas mujeres reformistas harían si conseguían el voto. Las mujeres, después de todo,

32 Esta fábrica es tristemente célebre en los anales de Nueva York. Incendiada en 1911, y careciendo de las más elementales medidas de seguridad, muchos de sus operarios murieron abrasados. Este incendio dio origen a una nueva legislación sobre medidas contra incendios en fábricas y almacenes. (N. del E.)

trataban de lograr el cierre de las tabernas; los fabricantes de licores y otros comerciantes, especialmente aquellos que explotaban el trabajo mal pagado de mujeres y niños, lucharon abiertamente en Washington contra la enmienda en favor del sufragio femenino. “Las camarillas políticas dudaban de su capacidad de controlar un aumento de la masa electoral, que les parecía inasequible al soborno, más militante e inclinado a llevar a cabo alarmantes reformas, desde el control de los alcantarillados hasta la supresión de la mano de obra infantil y, lo que era peor, «una limpieza» entre los políticos.”

Y, por su parte, los congresistas del Sur afirmaban que el sufragio de la mujer alcanzaría también a la mujer negra.

La batalla final por el voto tuvo lugar en el siglo XX por crecientes números de mujeres de carrera dirigidas por Carrie Chapman Catt, nacida en las praderas de Iowa, educada en la Universidad de Iowa, maestra y periodista, cuyo marido, un ingeniero de fama, apoyaba firmemente sus batallas. Un grupo que más tarde se llamó el Partido de las Mujeres, llenó frecuentemente las primeras planas de los periódicos, haciendo rodear la Casa Blanca por grupos de huelguistas. Después de estallar la Primera Guerra Mundial, hubo controversias casi histéricas a causa de las mujeres que se encadenaban a sí mismas a las verjas de la Casa Blanca. Maltratadas por la policía y por los tribunales, hicieron huelgas de hambre en las cárceles, donde se las torturó alimentándolas a la fuerza. Muchas de esas mujeres eran cuáqueras y pacifistas; pero la mayoría de las feministas apoyaron la guerra mientras continuaban su campaña en favor de los derechos de la mujer. No se les puede achacar el mito de devoradoras de hombres que aún prevalece

hoy, un mito que se ha sacado a la luz continuamente desde los días de Lucy Stone hasta la fecha, cada vez que alguien tiene algún motivo para oponerse a que las mujeres salgan del hogar.

En esta batalla final, las mujeres norteamericanas, durante un período de cincuenta años, organizaron 56 campañas de referéndum sobre el voto masculino; 480 campañas para hacer que la asamblea legislativa sometiera a votación la enmienda sobre el sufragio; 277 campañas para lograr que las convenciones de los partidos estatales adoptaran el sufragio de las mujeres y 19 campañas más ante 19 cámaras legislativas sucesivas³³. Alguien tenía que organizar todos estos desfiles, discursos, peticiones, mítines, asedio a legisladores y diputados. Las nuevas feministas ya no eran un puñado de delicadas mujeres: miles, millones de mujeres con maridos, hijos y hogares consagraron a la causa todo el tiempo que les fue posible.

La ridícula idea que se tenía de las feministas se parece menos hoy a las feministas mismas que a la imagen creada por los intereses que tan agriamente se opusieron en todos los Estados Unidos a que la mujer consiguiera el derecho al voto, adulando, amenazando a los legisladores con la ruina comercial o política, comprando votos e incluso robándolos, incluso después de que treinta y seis Estados hubiesen aprobado la enmienda. Aquellas que lucharon ganaron algo más que meros derechos sobre el papel. Borraron las sombras de desprecio y autocompasión que habían anonadado a las mujeres durante siglos.

El júbilo, la sensación de entusiasmo y de ver recompensados

33 Ibid., p. 173.

sus esfuerzos en aquella batalla están escritos bellamente por la feminista inglesa Ida Alexa Ross Wylie:

“Ante mi asombro, he visto que las mujeres, a pesar de la falta de entrenamiento y del hecho de que durante siglos no se podía hablar de las piernas de una mujer respetable, podían, en un momento dado, correr más que cualquier policía londinense. Su puntería, con un poco de práctica, llegó a ser lo bastante buena para hacer blanco con tomates podridos en los ojos de un ministro y su ingenio lo suficientemente agudo para tener a Scotland Yard en continua alarma y haciendo el ridículo. Su capacidad para improvisar, para guardar el secreto y ser leales, su iconoclasta desprecio de las clases sociales y del orden establecido, fueron una revelación para todos, pero especialmente para ellas mismas...

“El día en que, con un directo a la mandíbula, envié a un oficial de buen tamaño a la fosa de la orquesta del teatro donde estábamos sosteniendo uno de nuestros belicosos mítines, fue el día en que consideré alcanzada mi mayoría de edad... Como yo no era ningún genio, este episodio no podía convertirme en uno, pero me dio libertad para que, fuese yo lo que fuera, llegase a serlo plenamente.

“Durante dos años de locas y a veces peligrosas aventuras, trabajé y luché hombro con hombro con mujeres sensatas, vigorosas, felices, que reían a carcajadas en vez de reírse por lo bajo, que caminaban libremente en vez de contenerse, que podían ayunar más que Gandhi y salir del trance con una sonrisa y una broma. Dormí sobre el duro suelo entre viejas

duquesas, robustas cocineras y jóvenes dependientas. A menudo estábamos fatigadas, contusionadas o asustadas. Pero éramos tan felices como nunca lo habíamos sido. Compartíamos con júbilo una vida que nunca habíamos conocido. La mayoría de mis compañeras de lucha eran esposas y madres. Y ocurrieron cosas insólitas en su vida doméstica. Los esposos llegaban a su casa, por las noches, con una nueva ansiedad... Los hijos cambiaron rápidamente su actitud de condescendencia afectuosa hacia la «pobre y querida mamá», por una de admirado asombro. Al disiparse la humareda del amor maternal –ya que la madre estaba demasiado ocupada para poder preocuparse por ellos más que de vez en cuando, los hijos descubrieron que les era simpática, que «era un gran tipo». Que tenía agallas... Las mujeres que permanecieron lejos de la lucha –siento decir que la gran mayoría– y que estaban actuando tanto o más que nunca como «mujercitas corrientes», odiaban a las luchadoras con la venenosa rabia de la envidia.”³⁴

¿Regresó de nuevo la mujer al hogar como una reacción contra el feminismo? El hecho es que para las mujeres nacidas después de 1920, el feminismo era agua pasada. Finalizó como movimiento vital en los Estados Unidos al alcanzar ese último derecho: el voto. Durante los años treinta y los cuarenta, el tipo de mujer que luchaba por los derechos de la mujer se preocupaba de los derechos humanos y de la libertad: de los negros, los trabajadores oprimidos, por la guerra civil española y las víctimas de Hitler. Pero nadie se preocupaba ya de los derechos femeninos: todos se habían conseguido. Y, sin

34 Ida Alexis Ross Wylie, “The Little Woman”, Harpers Magazine, noviembre 1945.

embargo, el mito de traga-hombres prevalecía. Las mujeres que mostraban cualquier independencia o iniciativa eran llamadas “Lucy Stone”. Las palabras “feminista” y “mujer de carrera” se convirtieron en insultos. Las feministas habían destruido el antiguo tipo de mujer, pero no podían borrar la hostilidad, el prejuicio, la discriminación que aún existía. Tampoco podían dibujar el nuevo tipo de lo que llegaría a ser la mujer cuando creciera en condiciones que ya no la hicieran inferior al hombre, dependiente, pasiva, incapaz de pensar o decidir.

La mayoría de las muchachas que crecieron en los años en que las feministas iban eliminando las causas de aquella denigrante denominación “gentil inutilidad”, se formaron su idea de la mujer inspirándose en una madre que aún pertenecía a esa clasificación. Estas madres fueron probablemente el verdadero modelo para el mito de las “tragahombres”. La sombra del despecho y el autodesprecio que podía transformar a una dulce ama de casa en una arpía dominante también transformó a algunas de sus hijas en furiosas caricaturas de hombres. Las primeras mujeres que trabajaron o ejercieron una profesión fueron consideradas como fenómenos de feria. Inseguras de su nueva libertad, algunas temían que el ser blandas o amables, amar o tener hijos, les haría perder su preciosa independencia, quedar atrapadas de nuevo como lo estuvieron sus madres. Ellas fueron las que reforzaron el mito.

Pero las jóvenes que crecieron disfrutando de los derechos conquistados por las feministas, no podían volver a aquel tipo de “gentil inutilidad”, ni poseían las mismas razones de sus madres o sus tías para ser caricaturas furiosas del hombre o temer enamorarse de él. Habían llegado sin saberlo al punto

crucial en la personalidad de la mujer. Habían rebasado realmente el antiguo modelo; eran por fin libres de elegir lo que desearan ser. Pero ¿qué tenían para elegir? De un lado, las furibundas feministas “traga-hombres”, la mujer de carrera, sin amor, sola; del otro, la buena esposa y madre, amada y protegida por su marido, rodeada de hijos que la adoran. Aunque muchas muchachas continuaron el apasionado viaje que sus abuelas habían iniciado, otras miles fracasaron, víctimas de una elección equivocada.

Las razones para su elección fueron, naturalmente, más complejas que el mito feminista. ¿Cómo acabaron por descubrir las mujeres chinas, después de tener sus pies vendados durante muchas generaciones, que podían correr? Las primeras a las que les fueron quitadas las vendas de los pies debieron sentir tal dolor que algunas no se atrevían a ponerse en pie. Cuanto más andaban, menos les dolían los pies.

Pero, ¿qué hubiera sucedido si antes de que una generación de niñas chinas hubiera crecido con los pies sin vendar, los médicos, para ahorrarlas dolor y molestias, les hubieran dicho de nuevo que se los vendarían? ¿Y si los maestros les hubieran dicho que andar con los pies vendados era femenino, que era el único modo de andar si querían ser amadas por un hombre?

¿Y si los catedráticos les hubieran dicho que harían mejores madres si no podían alejarse demasiado de sus hijos? ¿Y si los vendedores ambulantes, descubriendo que las mujeres que no podían andar compraban más chucherías, inventaban fábulas sobre los riesgos que encierra el correr y las ventajas de tener los pies vendados? ¿Cuántas chinitas crecerían entonces con el

deseo de tener los pies debidamente vendados y sin sentir la tentación de andar o correr?

La verdadera broma que la historia ha gastado a la mujer norteamericana no es la que hace reírse a la gente, con un ligero barniz de conocimientos freudianos, de las desaparecidas feministas. Es la broma que el pensamiento freudiano gastó a las mujeres actuales, envolviendo el recuerdo de las feministas en el fantasma “traga-hombres” de la mística de la feminidad, temblando ante la nueva idea de ser algo más que esposa y madre.

Envalentonadas por tal mística para esquivar su crisis de personalidad, autorizadas a rehuir totalmente su personalidad en nombre del cumplimiento de la misión de su sexo, las mujeres, una vez más, están viviendo con los pies vendados el viejo modelo de la exaltación de lo femenino.

Y es este mismo y antiguo modelo, a pesar de sus nuevas y brillantes vestiduras, el que tuvo en su trampa a las mujeres durante siglos e hizo que las feministas se sublevaran.

V. EL SOLIPSISMO SEXUAL DE SIGMUND FREUD

Sería sólo a medias cierto decir que empezó con Sigmund Freud. En Norteamérica no comenzó realmente hasta los años cuarenta. Y, por otra parte, no fue comienzo, sino el intento de evitar que algo terminase. Los viejos prejuicios –las mujeres son animales, inferiores a los seres humanos, incapaces de pensar como los hombres, nacidas meramente para criar y servir al hombre– no fueron tan fácilmente desvanecidos por la campaña feminista, ni por la ciencia y la educación, ni siquiera por el espíritu democrático; lo que ocurrió, simplemente, es que reaparecieron hacia la década de 1940 bajo el disfraz freudiano. La mística de la feminidad sacó su fuerza del pensamiento freudiano, ya que fue una idea nacida de Freud la que llevó a las mujeres y a aquellos que se dedicaban a estudiarlas a hacer una interpretación errónea de las frustraciones de sus madres y de sus adecuaciones y resentimientos de sus padres, hermanos y esposos, y de sus propias emociones y de sus posibles determinaciones vitales. Es una idea freudiana, cristalizada en una aparente realidad, la que ha cogido en su trampa a tantas mujeres norteamericanas de hoy.

Para la mujer moderna es mucho más difícil discutir la nueva mística que los viejos prejuicios, en parte porque esta mística es difundida por los propios agentes de la educación social a los que se supone los principales enemigos de los prejuicios y, en parte, porque la propia naturaleza del pensamiento freudiano le hace ser virtualmente invulnerable a la discusión. ¿Cómo puede una mujer educada, si no es psicoanalista, tener la pretensión de discutir o poner en tela de juicio una afirmación freudiana? Sabe que el descubrimiento por Freud del inconsciente de la mente fue uno de los grandes pasos en la investigación del conocimiento humano. Sabe que la ciencia basada en este descubrimiento ha ayudado a muchos hombres y mujeres que sufrían. Se le ha dicho que sólo después de largos años de preparación psicoanalista se es capaz de comprender el pensamiento freudiano. Incluso puede saber que la mente humana se resiste a esta verdad de una manera inconsciente. ¿Cómo puede atreverse a penetrar en el terreno sagrado, donde sólo se admite a los psicoanalistas?

Nadie puede discutir la genialidad fundamental de los descubrimientos de Freud, ni la aportación que éste ha hecho a nuestra cultura. Tampoco yo discuto la efectividad del psicoanálisis tal como lo practican hoy los freudianos o los antifreudianos. Pero sí discuto, por mi propia experiencia como mujer y por mi conocimiento como periodista de otras mujeres, la aplicación actual de la teoría freudiana de la feminidad a las mujeres. Discuto su utilización, no como una terapia, sino en la forma en que se ha infiltrado en las vidas de las mujeres norteamericanas a través de revistas populares y de opiniones e interpretaciones de unos pseudoexpertos. Creo sinceramente que la teoría freudiana sobre las mujeres está anticuada, que es

un gran obstáculo para que las mujeres norteamericanas de hoy encuentren la verdad y que es una de las causas principales de ese agudo problema que no tiene nombre.

Hay muchas paradojas en todo esto. El concepto freudiano del “superego” ayudó a liberar al hombre de la tiranía de las “condiciones”, la tiranía del pasado que impide al niño hacerse adulto. Con todo, el pensamiento freudiano ayudó a crear un nuevo “superego”, que coarta a las modernas mujeres cultivadas; es una nueva tiranía de las “condiciones” la que encadena a las mujeres a un antiguo modelo, les prohíbe toda elección y desarrollo y les niega toda personalidad individualizada.

La sicología freudiana, al insistir en que hay que liberarse de una moralidad represiva para completar el desarrollo sexual, construyó una parte de la ideología de la emancipación femenina. La imagen que perdura en Norteamérica de la “mujer emancipada” es la de la jovencita de los años veinte: el molesto pelo largo cortado a lo *garçonne*, con las rodillas al aire, haciendo ostentación de su nueva libertad de vivir en un estudio de Greenwich Village o en los North Side de Chicago, de conducir un automóvil, beber, fumar y disfrutar libremente de su cuerpo sexualmente y hablar de ello sin recato. Y aún hoy, por razones sacadas por los pelos de la vida del propio Freud, el pensamiento freudiano se ha convertido en el baluarte ideológico de la contrarrevolución sexual en Norteamérica. No creo que sin la definición freudiana de la naturaleza sexual de la mujer, para dar nueva autoridad al modelo convencional de la feminidad, varias generaciones de mujeres norteamericanas, cultivadas y decididas, hubiesen sido desviadas tan fácilmente de la

incipiente comprensión de lo que ellas eran y de lo que podrían ser.

La calificación de “ansiedad fálica” que Freud acuñó para describir un fenómeno que observaba en las mujeres –es decir, en las mujeres de la clase media que eran sus pacientes en la Viena de la era victoriana–, fue interpretada en Norteamérica en los años cuarenta como la explicación literal de todo lo que no funcionaba bien en las mujeres norteamericanas. Muchos de los que practicaban la doctrina de la feminidad en peligro, en oposición al movimiento de las mujeres hacia su independencia y su personalidad, nunca sospecharon el origen freudiano de su actitud. Muchos de los que se aferraron a ella, no los escasos psicoanalistas, sino los numerosos vulgarizadores (sociólogos, pedagogos, directores de agencias de publicidad, escritores para revistas, puericultores, asesores matrimoniales, pastores protestantes, charlatanes de *cocktail-party*) no hubieran podido explicar lo que el propio Freud quiso decir al hablar de “ansiedad fálica”. Hay que conocer por lo menos lo que Freud estaba describiendo en aquellas mujeres de la era victoriana, para ver la falsedad en que se incurría al aplicar literalmente su teoría de la feminidad a las mujeres de hoy. Y basta con saber *por qué* lo describió de esta manera, para comprender que gran parte de esta teoría está anticuada y es rebatida por los conocimientos que hoy día posee cualquier sabio sociólogo, pero que no se tenían en los tiempos de Freud.

Generalmente se está de acuerdo en que Freud fue uno de los observadores más rigurosos de muchos importantes problemas de la personalidad humana. Pero al describir e interpretar estos problemas, era prisionero de su propia cultura. Estaba creando

una nueva estructuración para nuestra cultura, pero no pudo librarse de la estructura de la de su época. Incluso, su propio genio no pudo darle entonces el conocimiento de los procesos culturales que hoy día tienen hombres que no están a su altura intelectual.

La teoría de la relatividad, ideada por los que en los últimos años han cambiado totalmente nuestro acercamiento al conocimiento científico, es más profunda y, sin embargo, más fácil de entender que la relatividad ideada por los sociólogos. No es ningún lugar común, sino una verdad fundamental, decir que ningún sociólogo puede liberarse por completo de la prisión de su propia cultura; sólo puede interpretar lo que observa dentro de la estructura científica de su propio tiempo. Esto es cierto incluso para los grandes innovadores. Sólo pueden traducir sus revolucionarias observaciones al lenguaje y a las fórmulas que han sido determinados por los progresos de la ciencia en su propia época. Incluso aquellos descubrimientos que aportan nuevas fórmulas, no pueden rebasar los horizontes del que los hace.

El conocimiento de otras culturas y la comprensión de su relatividad, que es una parte de la base científica del sociólogo en nuestros tiempos, eran ignorados por Freud. Mucho de lo que Freud creía tener un carácter biológico, instintivo e inmutable, no era más que un resultado de causas culturales específicas, como ha sido demostrado por la investigación moderna³⁵. Mucho de lo que Freud describía como

35 Clara Thompson, *Psychoanalysis: Evolution and Development*, Nueva York, 1950, pp. 131 y ss. Freud no sólo dio más importancia a lo biológico que a lo cultural, sino que también desarrolló una teoría cultural propia basada en su teoría biológica. Había dos obstáculos que se oponían a su manera de comprender la importancia de los fenómenos

característico de la naturaleza humana universal, era meramente característico de ciertos hombres y mujeres europeos de la clase media a finales del siglo XIX.

Por ejemplo, la teoría freudiana del origen sexual de las neurosis, tuvo su origen en el hecho de que muchos de los pacientes que primeramente observó, sufrían de histeria y en aquellos casos encontró que la causa era la represión sexual.

Todavía hoy, los freudianos ortodoxos profesan la creencia del origen sexual de todas las neurosis; y como buscan en sus pacientes recuerdos sexuales inconscientes y convierten lo que les oyen decir en símbolos sexuales, siguen arreglándoselas para encontrar precisamente lo que desean hallar. Pero el hecho es que casos de histeria como los observados por Freud, son hoy bastante raros.

En tiempos de Freud, evidentemente, la hipocresía cultural obligaba a la represión sexual. (Algunos sociólogos sospechan incluso que la misma ausencia de otras inquietudes en aquel moribundo Imperio austro-húngaro, era el motivo de estas preocupaciones sexuales de los pacientes de Freud³⁶).

culturales que veía y analizaba. Estaba demasiado profundamente absorbido por el desarrollo de sus teorías biológicas para dedicar la atención suficiente a otros aspectos de los datos que recogía. Por consiguiente, estaba principalmente interesado en aplicar a la sociedad su teoría de los instintos. Basándose en el supuesto de la existencia de un instinto de la muerte, por ejemplo, desarrolló una explicación de los fenómenos culturales que observaba desde el punto de vista del instinto de la muerte. Como no tenía la perspectiva que se obtiene por el estudio comparativo de las culturas, no podía valorar los procesos culturales como tales... Mucho de lo que Freud creía ser biológico, la investigación moderna ha demostrado que era una reacción debida a un cierto tipo de cultura y no a algo característico de la naturaleza del hombre en general.

36 Richard La Piere, *The Freudian Ethic*, Nueva York, 1959, p. 62.

Indudablemente, el hecho de que su propia cultura fuera antisexual, hizo que Freud dirigiese principalmente su interés hacia este campo y entonces desarrolló su teoría describiendo como sexuales todas las fases del desarrollo, aplicando fórmulas sexuales a todos los fenómenos que observaba.

Su intento de traducir todos los fenómenos psicológicos en términos sexuales, y de ver todos los problemas de la personalidad del adulto como efectos de las fijaciones sexuales de la infancia, también provenían, en parte, de sus conocimientos médicos y del predominio de la causalidad en el pensamiento científico de su tiempo. Sentía el mismo miedo de tratar los fenómenos psicológicos en sus propios términos que el que a menudo atormenta a los que se ocupan de la conducta humana.

Todo lo que habría podido ser descrito en términos fisiológicos relacionados con un órgano anatómico, parecía más cómodo, más denso, real y científico que situándolo en el inexplorado mundo del subconsciente.

Como dijo su biógrafo Ernest Jones: “hizo un desesperado esfuerzo para asentarse firmemente en la anatomía del cerebro”³⁷. Tenía, verdaderamente, la habilidad de ver y descubrir los fenómenos psicológicos con tal viveza que, bien diese a sus conceptos nombres tomados de la fisiología, la filosofía o la literatura –ansiedad fálica, ego, complejo de Edipo–, parecían tener una realidad física concreta. Los hechos psicológicos, como decía Jones, eran “tan reales y concretos para

37 Ernest Jones, *The Life and Work of Sigmund Freud*, Nueva York, 1953, vol. I, p. 384.

él, como los metales lo son para el metalúrgico”³⁸. Esta habilidad fue causa de gran confusión cuando sus conceptos fueron utilizados por pensadores de menor talla.

Toda la superestructura de la teoría freudiana descansa en el estricto determinismo que impregnaba el pensamiento científico de la era victoriana. El determinismo ha sido reemplazado hoy día por una visión más compleja de la relación causa–efecto, en razón de procesos y fenómenos tanto físicos como psicológicos. En esta nueva visión, los tratadistas de la conducta no necesitan recurrir al vocabulario de la fisiología para explicar casos psicológicos o para darles una seudorrealidad. Los fenómenos sexuales son ni más ni menos que, por ejemplo, el fenómeno de Shakespeare escribiendo “Hamlet”, lo que no puede ser “explicado” exactamente reduciéndolo a términos sexuales. Incluso el mismo Freud no puede ser explicado por su sola obra escrita, determinista y fisiológica, aunque su biógrafo aplique o atribuya las huellas de su genio, su “divina ansia de saber”, a una insaciable curiosidad sexual, que ya existía en él antes de los tres años, sobre lo que pasaba entre su madre y su padre en la intimidad de la alcoba³⁹.

Hoy día, los biólogos, los sociólogos y un número creciente de psicoanalistas consideran la necesidad o el impulso hacia el desarrollo humano como una necesidad primaria, tan básica como el sexo. Los períodos “oral” y “anal”, que Freud consideró parte del desarrollo sexual –el niño adquiere su primer placer sexual por la boca al contacto con el pecho de la madre y después por los desahogos intestinales–, son ahora

38 Ibid., vol. II (1955), p. 432.

39 Ibid., vol. I, pp. 7-14, 294; vol. II, p. 483.

considerados como fases del desarrollo humano, influidos tanto por las circunstancias culturales y las actitudes paternas como por el sexo. Cuando los dientes crecen, la boca puede morder, así como chupar. El músculo y el cerebro también se desarrollan; el niño llega a ser capaz de controlarse, de dominarse y de entender. Y su necesidad de crecer y aprender a los cinco, a los veinticinco o a los cincuenta años, puede ser satisfecha, denegada, reprimida, atrofiada, evocada o disuadida por su cultura, como pueden serlo las necesidades sexuales. Los puericultores confirman hoy día la observación de Freud de que los problemas entre la madre y el niño, en las fases más tempranas, se limitan al terreno de la nutrición; más tarde, a la cuestión de acostumbrarlos a la limpieza. Y todavía en los Estados Unidos, en época reciente, se ha observado una gran disminución de los problemas “nutritivos” del niño. ¿Acaso ha cambiado el desarrollo instintivo del niño? Imposible si, por definición, la fase “oral” es instintiva. ¿Es que la cultura ha suprimido la comida como foco de los primeros problemas infantiles, ya sea por el énfasis que hoy día se da a la permisibilidad en el cuidado del niño, o, simplemente, por el hecho de que en nuestra opulenta sociedad el alimento haya dejado de ser una causa de angustia para la madre? A causa de la influencia de Freud en nuestra cultura, los padres cultivados tienen, generalmente, cuidado de no ejercer cualquier presión que pueda producir conflictos al educar a sus hijos en la cuestión del aseo personal. Es más probable que se presenten tales conflictos cuando el niño aprende a hablar o a leer⁴⁰.

En los años cuarenta, los sociólogos y los psicoanalistas

40 Bruno Bettelheim, *Love Is Not Enough: The Treatment of Emotionally Disturbed Children*, Glencoe, 111., 1950, pp. 7 y ss.

norteamericanos habían ya empezado a interpretar nuevamente los conceptos freudianos a la luz de su creciente cultura. Pero, y esto resulta raro, ello no impidió que siguiesen aplicando literalmente la teoría freudiana de la feminidad a las mujeres norteamericanas.

El hecho es que para Freud, aún en mayor medida que para el actual editor de revistas femeninas, las mujeres eran una especie extraña, inferior e infrahumana. Las concebía como muñecas de aspecto infantil, que existían sólo por el amor del hombre, para amar al hombre y atender sus necesidades. Era la misma clase de inconsciente solipsismo que hizo que, durante siglos, el hombre concibiese el sol como un objeto brillante que giraba alrededor de la tierra. Freud creció con esta actitud basada en su cultura, no sólo la cultura de la Europa victoriana, sino también aquella cultura semítica en la que los hombres rezan su oración diaria de este modo: “Gracias te doy, Señor, porque no me has hecho mujer”, y las mujeres rezaban en actitud sumisa: “Gracias te doy, Señor, porque me has creado de acuerdo con Tu voluntad.”

La madre de Freud fue la bella y dócil esposa de un hombre que la doblaba en edad; su padre gobernaba la familia con esa autocrática autoridad tradicional en las familias judías durante aquellos siglos de persecución, en los que los padres rara vez eran capaces de establecer su autoridad en el mundo exterior. Su madre adoraba al joven Sigmund, su primer hijo, y le creyó predestinado a la grandeza; parecía que su vida no tenía otro objeto que satisfacer todos los deseos de su hijo. Los propios recuerdos de Freud de los celos sexuales que sentía por su padre, al que la madre también complacía, fueron la base de su

teoría del complejo de Edipo. Para su esposa, igual que para su madre y sus hermanas, sus necesidades, deseos o anhelos, eran el sol alrededor del cual giraba toda la casa. Como el ruido que hacían sus hermanas aprendiendo a tocar el piano interrumpía sus estudios, “el piano desapareció” –recordaba años más tarde su hermana Anna Freud– y con él toda posibilidad para sus hermanas de terminar la carrera de música.

Freud no consideró esta actitud como un problema o como causa de ningún problema para las mujeres. La naturaleza de la mujer exigía que fuese regida por el hombre y el defecto de la mujer consistía en envidiar al hombre.

Las cartas de Freud a Martha, su futura esposa, escritas durante los cuatro años de noviazgo (1882–1886), tienen el tono cariñoso y protector del Torvald de “Casa de Muñecas”, riñendo a Nora por su pretensión de ser una criatura humana. Freud estaba empezando a sondear los secretos del cerebro humano en el laboratorio de Viena, y Martha, “su dulce niña”, debía esperar cuatro años bajo la custodia de su madre hasta que pudiera ir a buscarla. Por estas cartas, uno se da cuenta de que, para él, la personalidad de ella estaba definida como niña–ama de casa; incluso cuando ya no era una niña y todavía no era ama de casa.

“Mesas y sillas, camas, espejos, un reloj para recordar a la feliz pareja el paso del tiempo, un sillón para una hora de siesta placentera. Alfombras para ayudar al ama de casa a mantener limpio el suelo, ropa blanca atada con cintas bonitas en la cómoda, vestidos a la última moda y sombreros con flores artificiales, cuadros en las paredes, vajilla de

cristal para todos los días y vasos de vino para los días de fiesta, platos y fuentes, la mesa de costura y la agradable lámpara y todas las cosas, deben estar bien ordenadas, pues de otra manera el ama de casa que ha dividido su corazón en pequeñas porciones, una para cada uno de los muebles, empezará a irritarse. Y aquel objeto dará testimonio del trabajo constante que mantiene la unidad del hogar, y aquel otro de un sentido de la belleza de unos queridos amigos que uno gusta recordar, de ciudades que uno ha visitado, de horas que uno quiere revivir... ¿Debemos poner nuestros corazones en cosas tan pequeñas? Sí, sin la menor duda...

“Después de todo, yo sé lo dulce que tú eres; cómo puedes convertir una casa en un paraíso; el interés que puedes tomar en mis cosas, cuán alegre y, al mismo tiempo, cuán esforzada puedes ser. Te dejaré dirigir la casa tanto como quieras y tú me premiarás con tu dulce amor, elevándote por encima de todas esas debilidades por las cuales las mujeres son a menudo despreciadas. Hasta el límite que mi trabajo me lo permita, leeremos juntos lo que queramos aprender y yo te iniciaré en cosas que no interesarían a una muchacha que no está familiarizada con su futuro compañero y su profesión...”⁴¹

El 5 de julio de 1885 la reprende por haber seguido visitando a Elise, una amiga que, evidentemente, no era lo que se dice muy recatada en su actitud con los hombres:

“¿A qué viene eso de creer que eres ya una mujer tan

41 Ernest L. Freud, *Letters of Sigmund Freud*, Nueva York, 1960. Carta 10, p. 27; Carta 26, p. 71; Carta 65, p. 145.

madura que esa amistad no puede perjudicarte?... Tú eres demasiado influenciable y eso es algo que debo corregir en ti, pues lo que uno de nosotros hace será también cargado en la cuenta del otro. Tú eres mi preciosa mujercita, e incluso si cometes un error, no eres menos... Pero tú sabes todo esto, mi dulce niña...”⁴²

La mezcla victoriana de caballerosidad y de condescendencia que se encuentra en las teorías científicas de Freud sobre las mujeres, aparece explícita en una carta que escribió el 5 de noviembre de 1883, en la que se mofa de las opiniones de John Stuart Mill sobre “la emancipación femenina y los problemas generales”:

“De toda su argumentación nunca resulta que las mujeres son seres diferentes –no diré inferiores, sino lo contrario– de los hombres. Ve en la liberación de las mujeres una analogía con la de los negros. Cualquier muchacha, incluso sin sufragio o sin capacidad legal, cuya mano es besada por un hombre y por cuyo amor este hombre está dispuesto a arriesgarse a todo, podía haberle corregido. Realmente es un pensamiento condenado al fracaso ese de alentar a las mujeres a que luchen por la existencia lo mismo que hombres. Si, por ejemplo, viese en mi gentil y dulce novia a un competidor, la cosa terminaría diciéndole, como ya lo hice hace diecisiete meses, que estoy enamorado de ella y que le ruego que abandone la lucha para retirarse a la tranquila y pacífica actividad de mi hogar. Es muy posible que la evolución de la educación pueda llegar a suprimir

42 Ibid., Carta 74, p. 60; Carta 76, pp. 161 y ss.

todos los tiernos atributos de la mujer tan necesitada de protección y, sin embargo, tan victoriosa y que entonces pueda ganarse la vida como los hombres. También es posible que, en tales circunstancias, uno no tuviese razón de añorar la desaparición de la cosa más encantadora que el mundo puede ofrecernos: nuestro ideal de la feminidad. Creo que los que intentan modificar la ley y el sistema educativo, meditarán ante el hecho de que, bastante antes de la edad en que un hombre puede conquistar una posición en la sociedad, la Naturaleza ha determinado ya el destino de la mujer por medio de la belleza, el encanto y la dulzura. La ley y la costumbre tienen que dar a las mujeres muchas cosas que les fueron quitadas; pero la opinión de las mujeres será con seguridad la misma que ahora; ser, en la juventud, una novia adorada, y en la madurez, una amada esposa.”⁴³

Puesto que todas las teorías de Freud descansaban en un inacabable y penetrante autosicoanálisis y puesto que la sexualidad fue el foco de todas sus teorías, parecen pertinentes ciertas paradojas sobre su propia sexualidad. Sus escritos, como muchos comentaristas han observado, dan mucha más importancia a la sexualidad infantil que a su expresión en la edad madura. Su principal biógrafo, Jones, señalaba que incluso para su época, Freud fue excepcionalmente casto, puritano y moralista. En lo concerniente a él mismo, le interesaba relativamente lo sexual. Sólo hubo tres mujeres en su vida: la madre que le adoraba a él, en su infancia; una novela de amor, que sólo existió en su imaginación, con una muchacha llamada Gisela, a los dieciséis años, y su compromiso con Martha, a los

43 Jones, op. cit., vol. I, pp. 176 y s.

veintiséis. Los nueve meses que ambos vivieron en Viena no fueron muy felices, porque ella estaba, evidentemente, inquieta y temerosa de él. Pero separados por una confortable distancia durante cuatro años, hubo una “gran pasión” de novecientas cartas. Después de su matrimonio, la pasión parece haber desaparecido rápidamente, aunque sus biógrafos dicen que era un moralista demasiado rígido para buscar satisfacciones sexuales fuera del matrimonio.

La única mujer en la que, como adulto, centró todas las violentas pasiones de amor y de odio de que era capaz fue Martha, durante los primeros años de su compromiso. Después de esto, tales emociones se orientaron hacia los hombres. Como dice su respetuoso biógrafo Jones: “La desviación de Freud de lo normal en este sentido, así como su marcada bisexualidad mental, puede haber influido, en cierto modo, sobre sus teorías.”⁴⁴

Biógrafos menos respetuosos, e incluso el mismo Jones, observan que, cuando las teorías de Freud se consideran en relación con su propia vida, no se puede menos de pensar en la vieja solterona puritana, que en todo ve el pecado carnal⁴⁵. Es interesante notar que su principal queja contra su dócil “ama de casa” consistía en que no era lo suficientemente “dócil”, y, sin

44 Ibid., vol. II, p. 422.

45 Ibid., vol. I, p. 271. Sus descripciones de las actividades sexuales son tan despreocupadas, que a muchos lectores les han parecido secas y totalmente desprovistas de calor humano. Por todo lo que sé de él, diría que desplegó un interés inferior al interés medio en lo que con frecuencia es un tema apasionante. Nunca se observaba en él la menor fruición por aludir a algún tema sexual. Siempre dio la impresión de ser una persona excepcionalmente casta... — la palabra “puritano” no estaría fuera de lugar — y todo lo que sabemos de su evolución en sus primeros años confirma esta opinión.

embargo, con una curiosa contradicción, se lamentaba también de que no se “sintiese a gusto” con él, de que no fuese capaz de ser para él “un camarada, un compañero de armas”.

Pero como Freud habría dolorosamente de descubrir, ella no era dócil en el fondo y tenía una firmeza de carácter que no la inclinaba fácilmente a dejarse moldear. Su personalidad estaba totalmente desarrollada y completa: hubiera sido digna del calificativo de “normal”, el mejor elogio del psicoanalista⁴⁶.

Se vislumbraban las intenciones de Freud, que nunca pudo cumplir, de “moldearla a su imagen y semejanza”, cuando le escribió diciéndole que debía “hacerse enteramente joven, una novia de tan sólo una semana, que perderá rápidamente cualquier resto de acritud”. Pero entonces él se reprocha a sí mismo:

“La amada no ha de convertirse en una muñeca, sino en un buen camarada, que siempre tiene en reserva una palabra afectuosa cuando el estricto maestro haya llegado al fin de su sabiduría. Y yo he estado tratando de aplastar su franqueza, a fin de que se reserve su opinión hasta que esté segura de sí misma.”⁴⁷

Como Jones observó, Freud se lamentaba si ella no se sometía a su principal teoría, “la completa identificación con él, con sus opiniones, sus sentimientos y sus proyectos”. Ella no le pertenecía verdaderamente, a menos que percibiese su “marca” en ella. Freud incluso admitía “que si uno no encontraba nada

46 Ibid., vol I, p. 102.

47 Ibid., vol I, p. 110 y s.

que enderezar en la otra persona, la cosa resultaba aburrida”. E insistía otra vez, diciendo que el amor de Freud “solamente podía expansionarse libremente cuando estaba en condiciones muy favorables... Martha, probablemente, estaba asustada de su dominante enamorado y se refugiaba, generalmente, en su propio silencio”.⁴⁸

Así, finalmente, él le escribió: “Renuncio a lo que pedía. No necesito un compañero de armas, tal como esperé hacer de ti. Soy lo bastante fuerte para luchar solo... Tú continúas siendo para mí una criatura preciosa y amada”⁴⁹. Así terminó, evidentemente, “el único tiempo de su vida en que tales emociones (amor y odio) se centraron en una mujer”⁵⁰.

El matrimonio fue feliz, pero sin apasionamiento. Como Jones dice:

“Pocos matrimonios habrán resultado mejor. Martha, sin duda, fue una excelente esposa y una excelente madre; una admirable administradora –esa rara clase de mujeres que pueden conservar indefinidamente una criada–, pero nunca fue el tipo de ama de casa que antepone las cosas a las personas. La comodidad y conveniencia de su esposo fue siempre lo primero. No se le podía exigir que siguiese el vuelo variable de la imaginación de su marido, como tampoco podía hacerlo la mayoría de la gente”⁵¹.

48 Ibid., vol I, p. 124.

49 Ibid., vol I, p. 127.

50 Ibid., vol I, p. 138.

51 Ibid., vol I, p. 151.

Estaba tan consagrada a atender a su marido como la madre judía más cariñosa, preparando las comidas a un rígido horario ajustado a las conveniencias de “su papá”. Pero ella nunca soñó en compartir su vida como su igual. Ni tampoco creyó Freud que ella fuese el más delicado guardián de sus hijos, especialmente en lo referente a su educación, en caso de que él llegase a faltar. Él mismo menciona un sueño en el que se olvidaba de ir a recogerla al teatro. Estas asociaciones “quieren decir que los olvidos pueden ser permisibles en cuestiones de poca importancia”.⁵²

Este ilimitado servilismo de la mujer, que se consideraba como cosa natural en el ambiente en que vivía Freud, la absoluta imposibilidad de tener una personalidad o una actitud independiente, parecen haber sido frecuentemente las causas de esa inquietud o esa inhibición en la esposa y esa irritabilidad en el marido que fueron la característica del matrimonio Freud. Como Jones decía, en resumen, la actitud de Freud hacia las mujeres “podría, probablemente, calificarse como bastante pasada de moda y sería más fácil atribuirla al medio social del período en que se formó, que a cualquier factor personal”.

“Cualesquiera que hayan sido sus opiniones intelectuales sobre la cuestión, hay muchos indicios en sus obras y en su correspondencia de su posición emocional. Ciertamente sería exagerado decir que consideraba al sexo masculino como el señor de la creación, pues no había ningún matiz de arrogancia o superioridad en su naturaleza. Pero quizá sería justo decir que su opinión del sexo femenino era la de que

52 Helen Walker Puner, Freud, His Life and His Mind, Nueva York, 1947, p. 152.

su principal función consistía en ser ángeles encargados de satisfacer las necesidades y comodidades de los hombres. Sus cartas y su elección de esposa denotan bien a las claras que sólo concebía un tipo de complemento sexual del hombre: el de la mujer dulcemente femenina...

”No hay la menor duda de que Freud consideraba que la psicología de las mujeres era más enigmática que la de los hombres. En cierta ocasión dijo a Marie Bonaparte: «El gran interrogante que nunca ha sido respondido y al cual yo no he podido todavía responder, a pesar de mis treinta años de explorar el alma femenina, es el siguiente: ¿qué es lo que desea la mujer?»”⁵³

Jones comentaba también:

“Freud estuvo también interesado por otro tipo de mujer, de una apariencia más intelectual y quizá más masculina. Tales mujeres jugaron en varias ocasiones un papel en su vida complementario al de sus amigos varones, aunque de más fina calidad, pero no se sentía sexualmente atraído por ellas.”⁵⁴

53 Jones, op. cit., vol. II, p. 121.

54 Ibid., vol. I, pp. 301 y ss. Durante los años que Freud estuvo incubando su teoría de la sexualidad, antes de que su heroico autoanálisis lograra liberarlo de una dependencia apasionada hacia toda una serie de hombres, su emotividad estaba centrada en un rimbombante otorrinolaringólogo llamado Fliess. Esta coincidencia histórica fue fatal para las mujeres. Fliess había establecido, y consiguió que Freud se adhiriese a ella durante toda la vida, una fantástica “teoría científica” que reducía todos los fenómenos de la vida y de la muerte a la “bisexualidad”, expresada en términos matemáticos mediante una tabla de períodos basada en el número 28, el ciclo menstrual femenino. Freud esperaba sus entrevistas con Fliess “como se desea saciar el hambre y la sed”. Le escribió: “Nadie puede reemplazar el contacto directo con un amigo que una parte de mí mismo, quizá femenina,

Entre estas mujeres figura su cuñada, Minna Bernays, mucho más inteligente e independiente que Martha. Y más tarde otras mujeres sicoanalistas o simpatizantes con las teorías del psicoanálisis: Marie Bonaparte, Joan Rivière, Lou Andreas-Salomé. No obstante, no se ha hecho la menor insinuación tanto por unos seguidores entusiastas como por sus más hostiles biógrafos, de que haya buscado alguna vez la satisfacción sexual fuera del matrimonio. De esta suerte parece que el sexo no entraba a formar parte en absoluto de sus pasiones humanas, las cuales puso al descubierto durante los fecundos años postreros de su larga vida en sus obras, y en menor cuantía en sus amistades con hombres y con aquellas mujeres que consideraba sus iguales, y por lo tanto “masculinas”. En cierta ocasión dijo: “El llegar a comprender a alguien que no tenga algo de común conmigo, me parece una cosa «imposible».”⁵⁵

A pesar de la importancia de lo sexual en la teoría de Freud, uno saca de sus palabras la impresión de que el acto sexual le parecía degradante; si las mismas mujeres aparecían tan degradadas a los ojos del hombre, ¿cómo lo sexual podía aparecer bajo un aspecto diferente? Naturalmente, ésta no era su teoría. Para Freud era la idea del incesto con la madre o la hermana lo que hace que el hombre “conciba el acto sexual como algo degradante que mancha y contamina no solamente

exige”. Incluso después de su autoanálisis, Freud aún esperaba morir en el día predicho por la tabla de períodos de Fliess, en la que todo podía ser determinado de acuerdo con el número femenino 28, o el masculino 23, que estaba calculado partiendo del final de un período menstrual femenino y el principio del siguiente.

55 Ibid., vol. I, p. 320.

el cuerpo”⁵⁶. En cualquier circunstancia, Freud daba por sentada la degradación de la mujer y es la clave de su teoría de la feminidad. La fuerza matriz de la personalidad de la mujer, en la teoría de Freud, es su ansiedad fálica, que la hace sentirse tan despreciada a sus propios ojos, “como ante los ojos del adolescente, y más tarde quizá del hombre”. Y que conduce, en la feminidad normal, al deseo del falo de su esposo, un deseo que nunca se cumple totalmente hasta que posee uno al dar vida a un hijo. En resumen, ella es meramente *un homme manqué*, un hombre al que falta algo. Como lo expresa la eminente psicoanalista Clara Thompson, “Freud nunca se liberó de la actitud de las mujeres. Aceptaba como parte inevitable del destino de la mujer la limitación de perspectivas y de vida de la era victoriana... El complejo de castración y la ansiedad fálica, dos de las ideas básicas de su pensamiento, han sido formulados partiendo de la base de que las mujeres son biológicamente inferiores a los hombres.”⁵⁷

¿Qué quería expresar Freud con su concepto de “ansiedad fálica”? Incluso aquellos que se dan cuenta de que Freud no podía escapar del ambiente cultural de su época, no ponen en duda la veracidad con la que él narró lo que observaba en aquel ambiente. Freud encontró el fenómeno que llamó “ansiedad fálica” tan frecuente en las mujeres vienesas de la clase media, en la época victoriana, que basó toda su teoría de la feminidad en él. Él dijo, en una conferencia sobre “La psicología de las mujeres”:

56 Sigmund Freud, “Degradation in Erotic Life”, en *The Collected Papers of Sigmund Freud*, vol. IV.

57 Thompson, *op. cit.*, p. 133.

“En el muchacho, el complejo de castración se forma después de que ha comprendido, a la vista del organismo genital femenino, que ese miembro genital del que se enorgullece, no forma parte, necesariamente, del cuerpo de las mujeres... y, a partir de entonces, queda influido por el temor a la castración que llega a ser el más fuerte incentivo de su ulterior desarrollo. El complejo de castración en la muchacha empieza también a la vista de los órganos genitales del otro sexo. Ella se da cuenta inmediatamente de la diferencia y –debemos admitirlo– de su significación. Ella se siente en gran desventaja y a menudo declara que le gustaría tener también algo parecido. Y cae víctima de la «ansiedad fálica», lo que deja profundas huellas en su desarrollo y en la formación de su carácter, e incluso en los casos más favorables, no es superado sin un gran gasto de energía mental.

El hecho de que la muchacha reconozca su carencia de pene, no significa que lo acepte tranquilamente. Por el contrario, por un largo tiempo se aferra al deseo de tener algo similar y confía en esta posibilidad durante un gran número de años. E incluso, cuando el conocimiento de la realidad le hace renunciar a ver cumplido este deseo, por saber que es irrealizable, el psicoanálisis demuestra que aún persiste en el subconsciente reteniendo una importante carga de energía.

Después de todo, el deseo de poseer el falo, que tanto tiempo la ha atormentado, puede ser incluso uno de los motivos que impulsan a la mujer adulta a acudir a la consulta del psiquiatra; y lo que muy razonablemente espera

conseguir de ese psicoanálisis, como, por ejemplo, capacidad para seguir una carrera intelectual, puede ser reconocido con frecuencia como una sublimación de su reprimido deseo.”⁵⁸

“El descubrimiento de su castración es un punto crucial en la vida de la muchacha –continuaba diciendo–. Se siente herida en su amor propio por la desfavorable comparación con el muchacho, que está mucho mejor provisto.” Su madre, y todas las mujeres, quedan depreciadas ante sus ojos, como quedan depreciadas por la misma razón a los ojos del hombre. Esto puede desembocar o en una completa inhibición sexual y en una neurosis o en un “complejo de masculinidad”, que la hace negarse a renunciar a la actividad fálica (esto es, “a la actividad” que es generalmente característica del varón), en la cual los propios impulsos de la muchacha son reprimidos, y se vuelve hacia su padre en su deseo de poseer un pene.

No obstante, la verdadera feminidad sólo queda establecida cuando el “deseo de pene” es reemplazado por el “deseo de hijo”, “cuando el hijo sustituye al pene”. Cuando jugaba a las muñecas, esto no era realmente una expresión de su feminidad, puesto que el juego suponía actividad y no pasividad. La más poderosa “ansia de feminidad”, la “ansiedad fálica”, encuentra sólo su total cumplimiento “si la criatura es un niño que trae consigo el ansiado pene...”

La madre puede transferir a su hijo todos los anhelos que ha tenido que reprimir en sí misma, y puede esperar recibir de él la

58 Sigmund Freud, “The Psychology of Women” en *New Introductory Lectures on Psychoanalysis*, tr. de W. J. H. Sprott, Nueva York, 1933, pp. 170 y s.

satisfacción de todo lo que ha quedado en ella de su complejo de masculinidad”.⁵⁹

Pero su inherente deficiencia y la “ansiedad fálica” resultante son tan difíciles de superar que el superego de la mujer, su conciencia, sus ideales, nunca se forman tan completamente como los del hombre. “Las mujeres tienen muy poco sentido de la justicia y esto, indudablemente, está relacionado con la preponderancia que tiene la envidia en su vida mental.” Por la misma razón, el interés de la mujer por las cuestiones sociales es más débil que el de los hombres y “su capacidad de sublimar sus instintos, menor”. Freud, finalmente, no puede dejar de mencionar “esa impresión que se siente siempre que se hacen los estudios sicoanalíticos: la de que ni los propios sicoanalistas pueden hacer gran cosa por las mujeres, a causa de la deficiencia inherente a la feminidad”.

“Un hombre de unos treinta años da la impresión de ser joven y, en cierto modo, un individuo que aún no ha llegado a su completo desarrollo, del cual esperamos que será capaz de aprovechar sus posibilidades de desarrollo, posibilidades que el psicoanálisis le deja abiertas. Pero una mujer de la misma edad, aproximadamente, nos sorprende con frecuencia por la rigidez de su psicología y su inmutabilidad... No existen senderos abiertos ante ella para un posterior desarrollo; es como si todo el proceso hubiese llegado a su fin y quedase inaccesible a cualquier futura influencia; como si, en realidad, el difícil desarrollo que conduce a la feminidad hubiese agotado todas las posibilidades del

59 Ibid., p. 182.

individuo... incluso cuando conseguimos suprimir sus sufrimientos al encontrar solución a su neurosis.”⁶⁰

¿Qué es lo que Freud estaba denunciando en realidad? Si interpretamos la “ansiedad fálica” de la misma manera que han sido interpretados los demás conceptos freudianos a la luz de nuestro nuevo conocimiento, de que aquello que Freud creía ser de tipo biológico era frecuentemente una reacción de tipo cultural, vemos sencillamente que la cultura victoriana dio a las mujeres muchos motivos de envidiar a los hombres: las mismas situaciones contra las que lucharon los feministas. Si una mujer a la que se le ha negado la libertad, la situación en la sociedad y los placeres de que los hombres disfrutaban, deseara secretamente tener todas estas cosas, es probable que en la transposición subconsciente de sus sueños deseara ser un hombre y se viese provista de esa cosa que hace a los hombres inconfundiblemente diferentes: el falo. Tendría, desde luego, que aprender a tener ocultas su vida y envidia, su cólera; a presentar el papel de niño o de muñeca, o de un juguete, ya que su destino dependía de saber encantar a los hombres... Pero, por debajo de esto, su personalidad estaría ulcerada, incapacitándola para el amor. Si, secretamente, se desprecia y envidia al hombre por todo lo que ella no es, podrá llegar a experimentar todas las sensaciones del amor o incluso sentir adoración sumisa, pero... ¿será capaz de amar libre y gozosamente? No se puede uno contentar con dar por explicado el deseo que siente la mujer de ser hombre, o su desprecio de sí misma, como una mera negativa a aceptar su inferioridad sexual, a menos que se piense que una mujer es, por naturaleza,

60 Ibid., p. 184.

un ser inferior al hombre. Entonces, naturalmente, su deseo de ser igual al hombre es una neurosis.

Actualmente se reconoce que Freud nunca puso la necesaria atención, incluso en los hombres, al desarrollo del “ego” o el “yo”: “el impulso de dominar, controlar o de llegar a un entendimiento con el medio ambiente”⁶¹. Los sicoanalistas que han conseguido liberarse de los prejuicios freudianos y han aceptado los puntos de vista de los behavioristas sobre la necesidad de la criatura humana de un desarrollo continuo, empiezan a creer que éste es el impulso humano básico, y todo lo que trate de refrenarlo, en cualquier dimensión, es causa de trastornos síquicos. Lo sexual es solamente una de las dimensiones del potencial humano. Debe recordarse que Freud pensaba que todas las neurosis tenían un origen sexual; consideraba a las mujeres solamente bajo el aspecto de su relación sexual con el hombre. Pero en todas aquellas mujeres en las que descubrió conflictos sexuales, existían seguramente graves problemas de desarrollo reprimido, de un desarrollo en el que se ha interrumpido bruscamente la evolución de la personalidad, creando un ego inmaduro e incompleto. La sociedad, tal como era entonces, al negar a las mujeres la educación y la independencia, les impedía llegar a su total desarrollo, o alcanzar esos ideales o sentir aquel interés que lo hubieran estimulado. Freud se dio cuenta de estas deficiencias,

61 Thompson, op. cit., pp. 12 y s. La guerra de 1914-18 fijó aún más la atención sobre los impulsos del ego... Una nueva teoría empezó a ser analizada en este período... consistente en que la agresividad, lo mismo que la sexualidad, pueden ser un impulso importante reprimido... El problema consistía en cómo incluirlas en la teoría de los instintos... Con el tiempo Freud lo resolvió mediante su segunda teoría del instinto. La agresión encontró su sitio como una parte del instinto de la muerte. Es interesante observar que la autoafirmación normal, por ejemplo el impulso de dominar, controlar o llegar a la adaptación con el medio ambiente, no fue especialmente destacado por Freud.

pero sólo pudo explicarlas como las consecuencias inevitables de la “ansiedad fálica”. El deseo de masculinización de las mujeres, según él, sólo sería una enfermedad sexual. Comprendió que las mujeres que deseaban secretamente ser iguales al hombre, no podían disfrutar siendo un objeto pasivo y poseído por él. Y en esto no hacía más que dar constancia de un hecho; pero cuando se limitaba a calificar ese anhelo de igualdad de la mujer como una “ansiedad fálica”, ¿no estaba realmente confirmando su opinión de que la mujer nunca podría ser igual al hombre, del mismo modo que jamás podría estar provista de un miembro viril?

A Freud no le interesaban los cambios sociales, sino solamente el ayudar al hombre y a la mujer a adaptarse a ellos. Así nos cuenta el caso de una soltera de mediana edad a quien él consiguió liberar de un complejo sintomático que le había impedido toda actividad durante quince años.

Liberada de ese complejo, “se lanzó a un remolino de actividad para desarrollar sus talentos, que por cierto no eran pocos, y sacar así de la vida algo de estima, satisfacción y éxito antes de que fuese demasiado tarde”.

Pero renunció a todos sus intentos cuando se dio cuenta de que no había un lugar para ella en la vida. Puesto que ya no podía recaer en su neurosis, empezó a sufrir accidentes: se dislocaba un tobillo, un pie o una mano.

Cuando todo esto fue analizado, “empezó a contraer, en vez de accidentes y en las mismas circunstancias, ligeras enfermedades, tales como catarros, dolor de garganta, gripe o

inflamaciones de tipo reumático, hasta que, al fin, cuando se decidió a resignarse a la inactividad, desaparecieron todas aquellas molestias”.⁶²

Incluso si Freud y sus contemporáneos consideraron a las mujeres como seres inferiores por naturaleza, la ciencia no justifica hoy día este punto de vista. Ahora sabemos que esta inferioridad fue causada por su carencia de educación y su confinamiento en el hogar. Hoy día, cuando se ha probado científicamente que la inteligencia de la mujer es igual a la del hombre, cuando su capacidad en todas las esferas, excepto la mera fuerza muscular, ha sido demostrada, una teoría basada en la inferioridad natural de la mujer parecería tan ridícula como hipócrita. Pero ésta continúa siendo la base de la teoría freudiana sobre las mujeres, a pesar de la máscara de inalterable verdad sexual que oculta hoy día sus lucubraciones.

A causa de que los seguidores de Freud sólo podían ver a la mujer bajo el aspecto descrito por él –inferior, infantil, débil, sin la posibilidad de ser feliz, a menos que se sometiese a ser el objeto pasivo del hombre–, querían ayudar a las mujeres a desembarazarse de su reprimido deseo, de su neurótico deseo de ser iguales al hombre. Querían ayudar a las mujeres a encontrar su plenitud sexual como mujeres, haciéndoles aceptar su inferioridad natural.

Pero la sociedad causante de esa inferioridad había cambiado radicalmente en la época en que los seguidores de Freud trasplantaban a la Norteamérica del siglo XX las causas, así como

62 Sigmund Freud, “Anxiety and Instinctual Life”, en *New Introductory Lectures on Psychoanalysis*, p. 149.

los remedios, de la sicosis que Freud llamó “ansiedad fálica”. A la luz de nuestro nuevo conocimiento del proceso cultural y del desarrollo humano, se puede suponer que las mujeres que crecieron disfrutando de los derechos, las libertades y la educación que negaban a las mujeres de la era victoriana, han de ser diferentes de las mujeres que Freud trató de curar. Se puede suponer que ellas tendrán muchas menos razones para envidiar al hombre. Pero la interpretación que se ha hecho de las teorías de Freud aplicándolas a las mujeres norteamericanas ha sido tan literal, que el concepto de “ansiedad fálica” ha adquirido vida mística propia, como si este concepto existiese por sí mismo con independencia de las mujeres en las que había sido observado. Fue como si la imagen victoriana que Freud tenía de la mujer se hiciese más verdadera que la de las mujeres del siglo XX a las cuales se aplicaba. La teoría freudiana de la feminidad fue tomada tan literalmente en los Estados Unidos, que las mujeres de hoy no eran consideradas diferentes de las mujeres de la era victoriana. Las auténticas injusticias que la vida imponía a las mujeres hace un siglo, en comparación con los hombres, se las consideró como meras consecuencias de la “ansiedad fálica”. Y las auténticas posibilidades que la vida ofrece hoy a las mujeres, comparadas con las que les ofrecía entonces, les fueron prohibidas en nombre de la “ansiedad fálica”.

La aplicación literal de la teoría freudiana puede observarse en estos pasajes de *Modern Woman: the lost sex* (La mujer moderna: El sexo perdido), de la psicoanalista Marynys Farnham y el sociólogo Ferdinand Lundberg, pasajes repetidos hasta la saciedad en las revistas y en los cursos sobre el matrimonio, hasta que la mayoría de sus afirmaciones llegaron a formar parte

de la verdad aceptada y convencional de nuestro tiempo. Equiparando el feminismo con la “ansiedad fálica”, afirman categóricamente:

“El feminismo, a pesar de la validez externa de su programa político y de la mayor parte de su programa social, era en el fondo una enfermedad...

“La tendencia dominante hoy día en la formación y el desarrollo de la mujer... es contraria precisamente a esas características indispensables para el logro del placer sexual: la receptividad y la pasividad, una predisposición a aceptar la dependencia sin temor o resentimiento, una inclinación sincera y profunda hacia el objetivo final de la vida sexual: la fecundación...

“El organismo femenino no está capacitado para alcanzar la sensación de bienestar por el camino de una realización varonil... El error de los feministas consistió en pretender que las mujeres emprendieran un camino esencialmente masculino apartándoles del camino femenino de tener y criar hijos...

“La regla psicológica que empieza a tomar forma es, por lo tanto, ésta: Cuanto más cultivada está la mujer, más grandes son las posibilidades de desórdenes sexuales más o menos violentos. Cuanto mayor es el desarrollo sexual en un determinado grupo de mujeres, menor número de hijos tienen...

“El destino les ha otorgado el don que imploraba para sí lady Macbeth; han sido privadas de sexualidad, no sólo en la

cuestión de la procreación, sino en su sentimiento de placer...”⁶³

De esta manera, los divulgadores de Freud empotraron cada vez más profundamente en un cemento pseudocientífico los cimientos de su tradicional e inconfesado prejuicio contra las mujeres.

Freud se daba perfectamente cuenta de su tendencia a edificar un gigantesco sistema de deducciones basadas en un hecho aislado. Un método fértil y creador, pero, a la vez, una espada de dos filos si la significación de este hecho aislado era mal interpretada. Freud escribía a Jung en 1909:

“La suposición de que después de mi muerte mis errores pudieran ser adorados como reliquias sagradas, me ha divertido enormemente, pero yo no lo creo así. Por el contrario, creo que mis seguidores se darán prisa en demoler lo más rápidamente posible todo lo que no sea cierto y firme en lo que dejo detrás de mí.”⁶⁴

Pero en el tema de las mujeres, los seguidores de Freud no sólo aceptaron sus errores, sino que en su tortuosa tentativa de adaptar sus observaciones directas sobre las mujeres a su teoría, resolvieron problemas que el propio Freud se había limitado a plantear. Así, por ejemplo, Helene Deutsch, cuyo inapelable tratado en dos volúmenes, *The Psychology of Women y A Psychoanalytical Interpretation*, apareció en 1944, se siente

63 Marynia Farnham y Ferdinand Lundberg, *Modern Woman: The Lost Sex*, Nueva York y Londres, 1947, pp. 142 y ss.

64 Ernest Jones, op. cit., vol. II, p. 446.

incapaz de atribuir todos los desarreglos femeninos a la “ansiedad fálica” y hace lo que el mismo Freud consideraba una tontería: equiparar “feminidad” con “pasividad” y “masculinidad” con “actividad”, no sólo en la esfera sexual, sino en todas las esferas de la vida.

Aunque reconociendo plenamente que la mentalidad de las mujeres está sujeta a influencias externas, me aventuro a decir que las equivalencias fundamentales “feminidad–pasividad” y “masculinidad–actividad” aparecen siempre en todas las culturas y razas conocidas en formas y proporciones variables.

Muy a menudo, la mujer lucha contra esta característica que le ha sido dada por la naturaleza, y a pesar de ciertas ventajas que de ella saca, adopta muchas formas de conducta que indican que no está del todo satisfecha con su constitución física... La expresión de esta insatisfacción, combinada con sus intentos de remediarla, desembocan en el “complejo de masculinidad” de la mujer.⁶⁵

El “complejo de masculinidad”, como lo alambica la doctora Deutsch, proviene directamente del “complejo femenino de castración”.

De este modo, la anatomía sigue siendo el destino de la mujer, la mujer sigue siendo un *homme manqué*. Desde luego, la doctora Deutsch dice, de pasada, que “con respecto a la muchacha, no obstante, el medio ambiente juega una influencia inhibitoria con referencia a sus agresiones y a su actividad”. De

65 Helene Deutsch, *The Psychology of Women — A Psychoanalytical Interpretation*, Nueva York, 1944, vol. I, pp. 224 y ss.

este modo, la “ansiedad fálica”, la deficiencia anatómica de la mujer y la sociedad, “todo parece colaborar en la formación de la feminidad”.⁶⁶

No obstante, la feminidad “normal” sólo se realiza cuando finalmente la mujer renuncia a cualquier objetivo de actividad personal, a toda su “originalidad”, para identificarse y realizarse a través de las actividades y objetivos de su marido o de sus hijos. Este proceso puede sublimarse por caminos no sexuales: como, por ejemplo, la mujer que realiza las investigaciones preliminares para colaborar en los descubrimientos de su superior masculino. La hija que consagra su vida a su padre, realiza también una “sublimación” femenina satisfactoria. Solamente una actividad propiamente suya o la originalidad, en una base de igualdad con el hombre, la hace merecedora al oprobio del “complejo de masculinidad”. Esta brillante seguidora de Freud declara categóricamente que las mujeres que hacia 1944 habrán alcanzado puestos preeminentes en los Estados Unidos por sus propios méritos y en distintos campos, lo habían logrado a costa de su total evolución femenina. No menciona nombres, mas para ella todas sufren del “complejo de masculinidad”.

¿Cómo podría una muchacha o una mujer, que no fuese psicoanalista, no dejarse influenciar por las ominosas manifestaciones que en los años cuarenta empezaron a fluir de las bocas de los oráculos todos del pensamiento más refinado?

Sería ridículo sugerir que la manera en que las teorías freudianas eran utilizadas para hacer lavados de cerebro a dos

66 Ibid., vol. I, pp. 251 y ss.

generaciones de mujeres norteamericanas cultas, formaba parte de una conspiración sicoanalista. La conspiración fue hecha por divulgadores bien intencionados y por deformadores inadvertidos, por los ortodoxos convertidos y por los que se entusiasman por todo lo nuevo, por los que sufrían y por los que soñaban, y por aquellos que sacaban provecho del sufrimiento; y, sobre todo, de una conjunción de fuerzas y de necesidades peculiar al pueblo norteamericano en aquel preciso momento. De hecho, la aceptación literal por intelectualidad norteamericana de la teoría freudiana de la plena realización de la feminidad, formaba un tragicómico contraste con la lucha personal de muchos sicoanalistas para tratar de reconciliar lo que veían en sus propias pacientes con las teorías de Freud. La teoría afirmaba que las mujeres podrían realizarse plenamente como esposas y madres si pudiesen liberarles de sus esfuerzos por masculinizarse, de sus “ansiedades fálicas”. Pero la cosa no era tan fácil. “No sé por qué las mujeres norteamericanas están tan insatisfechas –afirmaba un sicoanalista de Westchester–. No sé a qué se debe que sea tan difícil extirpar de ellas la «ansiedad fálica».”

Un sicoanalista de Nueva York, uno de los últimos que practicaron con Freud en su Instituto de Sicoanálisis de Viena, me dijo:

“Durante los veinte años que llevo sicoanalizando a las mujeres norteamericanas, me he encontrado una y otra vez en la situación de tener que inculcar la teoría freudiana de la feminidad en la vida síquica de mis pacientes, de una manera que yo no hubiera deseado hacer. He llegado a la conclusión de que simplemente la «ansiedad fálica» no

existe. He visto mujeres que han llegado a su completa expresión sexual vaginalmente y que, sin embargo, no están maduras, integradas, realizadas. Tuve a una mujer haciéndola venir a echarse en el sofá sicoanalítico de mi consulta durante casi dos años, antes de poder adivinar su verdadero problema, el cual consistía en que para ella no era suficiente ser ama de casa y madre. Un día soñó que estaba enseñando en una clase. Me fue imposible diagnosticar el voluntarioso sueño de esta señora como simple «ansiedad fálica». Era la expresión de su necesidad de llegar a la madurez de su realizamiento. Le dije: «No puedo librarle de este sueño sicoanalizándolo. Debe hacer usted algo de lo que sugiere.»”

Este mismo hombre enseña a los jóvenes sicoanalistas en su clínica para postgraduados de una de las más importantes universidades del este de los Estados Unidos: “Si el caso de su paciente no se adapta al libro, tiren el libro y escuchen al paciente.”

Pero muchos sicoanalistas tiraron el libro a la cara de sus pacientes y las teorías freudianas se convirtieron en un hecho aceptado incluso entre mujeres que nunca se habían tumbado en el sofá de un sicoanalista y que solamente sabían lo que leían u oían. Hasta ahora no ha llegado a penetrar en la cultura popular que el cada vez más extendido complejo de frustración de las mujeres norteamericanas puede no ser de origen sexual. Algunos sicoanalistas, es cierto, modificaron de raíz esas teorías para adaptarlas a sus pacientes, e incluso las descartaron por completo. Pero estos hechos nunca llegan al conocimiento del público. Las teorías de Freud fueron aceptadas tan rápida y

completamente a finales de los años cuarenta, que durante más de una década nadie se atrevió a discutir la necesidad de hacer que las mujeres cultivadas norteamericanas se reintegrasen al hogar. Cuando al fin se hizo necesario hacer algunas preguntas, porque evidentemente algo iba mal, las preguntas se formularon tan dentro del marco freudiano, que sólo una respuesta era posible: la educación, la libertad y el reconocimiento de sus derechos son perjudiciales a la mujer.

La aceptación indiscutida de la doctrina freudiana en los Estados Unidos fue debida, al menos en parte, a que suponía una verdadera liberación de algunas incómodas preguntas acerca de realidades objetivas. Después de la depresión y de la guerra, la psicología freudiana se convirtió, más que en una ciencia de la conducta humana, en una terapia del sufrimiento, en una ideología que todo lo abarcaba, en una nueva religión. Llenó el vacío del pensamiento y de intención que se había formado en el interior de muchos para quienes Dios, la bandera o la cuenta corriente ya no eran suficientes y que, sin embargo, estaban hartos de sentirse responsables de los linchamientos, los campos de concentración, los niños hambrientos de la India o de África. Facilitaba una excelente evasión de los temores de la bomba atómica, de McCarthy y de todos los problemas desconcertantes que podían estropear el sabor de los bistecs, el disfrute de los automóviles, la TV en colores y la piscina en el jardín. Nos permitió no escuchar las torturantes preguntas del mundo exterior y seguir gozando de nuestros placeres particulares. Y si la nueva religión psicológica –que hizo de lo sexual una virtud, que hizo considerar como no pecaminosos los vicios privados y sospechosas las más elevadas aspiraciones del alma y la mente–, tuvo un efecto más devastador en las mujeres

que en los hombres, nadie lo consideró desde ese punto de vista.

La psicología, que por largo tiempo estuvo preocupada por su propio complejo de inferioridad científica y obsesionada por los minuciosos y pequeños experimentos de laboratorio que daban la ilusión de reducir la complejidad humana a la simple y mensurable conducta de las ratas en un laberinto, fue transformada en una cruzada vivificadora que se extendió por todos los campos estériles del pensamiento norteamericano.

Freud fue el líder espiritual y sus teorías se consideraron como la Biblia. ¡Y qué conmovedor, auténtico e importante era todo! Su misteriosa complejidad era una parte de su encanto, a los ojos de los hastiados norteamericanos. Y si parte de estas teorías estaban rodeadas de un misterio impenetrable, ¿quién admitiría que no las entendía? Los Estados Unidos se transformaron en el centro del movimiento psicoanalítico, cuando los psicoanalistas seguidores de Freud, de Jung o de Adler llegaron de Viena o de Berlín y florecieron nuevas escuelas sobre las abundantes neurosis y los abundantes dólares de los norteamericanos.

Pero la práctica del psicoanálisis, como terapéutica, no fue originariamente la causante de la mística de la feminidad. Fue la obra de escritores y directores de revistas para las masas, promotores de temas y slogans publicitarios y, tras ellos, los divulgadores y traductores del pensamiento freudiano en las universidades. Las teorías freudianas y pseudo-freudianas se extendieron por todas partes como una impalpable ceniza volcánica. La sociología, la antropología, la pedagogía e incluso el estudio de la historia y la literatura, quedaron impregnados y

desfigurados por el pensamiento freudiano. Los más celosos propagandistas de la mística de la feminidad fueron los funcionalistas, que tragaron apresurados bocados de un freudismo predigerido para poder empezar sus nuevos departamentos de “Educación para el Matrimonio y la Vida Familiar”. Los cursos funcionales sobre el matrimonio enseñaron a las muchachas universitarias norteamericanas cómo hay que “representar el papel” de mujer; el viejo papel se convirtió en una ciencia nueva. Movimientos similares fuera de la Universidad –educación de los padres, seminarios para el estudio de la infancia, del embarazo y de la educación de la salud mental– extendieron el nuevo “superego” sicológico a través del país, reemplazando al *bridge* y a la canasta como entretenimiento para las esposas jóvenes cultivadas. Y este “superego” freudiano fue actuando sobre grupos cada vez mayores de jóvenes norteamericanas impresionables, tal como Freud había dicho que actúa el “superego”:

“La humanidad nunca vive completamente en el presente; las ideas del «superego» perpetúan el pasado, las tradiciones de la raza y de la gente que sólo muy lentamente ceden a la influencia del presente y del progreso. Y al actuar a través del «superego», juegan un papel importante en la vida del hombre, con completa independencia de las condiciones económicas.”⁶⁷

La mística de la feminidad, elevada a la religión científica por la teoría freudiana, hizo sonar para las mujeres una sola nota, induciéndolas a dejarse proteger por el hombre, a restringir su vida al hogar, a renunciar al futuro. A las muchachas que crecían

⁶⁷Sigmund Freud, “The Anatomy of the Mental Personality”, en *New Introductory Lectures on Psychoanalysis*, p. 96.

jugando al béisbol, haciendo de niñeras por horas, dominando la geometría –casi lo bastante independientes, casi lo bastante dispuestas a enfrentarse con los problemas de la era nuclear–, se les dijo, por boca de los más avanzados pensadores de nuestro tiempo, que debían volver a vivir sus vidas como si fueran Noras encerradas en la casa de muñecas por los prejuicios de la era victoriana. Y el propio respeto y el temor reverencial que les inspiraba la autoridad de la ciencia –la antropología, la sociología y la sicología comparten esta autoridad– hizo que no se atrevieran a discutir la mística de la feminidad.

VI. EL FRIO LETARGO DEL FUNCIONALISMO, LA PROTESTA FEMENINA Y MARGARET MEAD

En vez de destruir los viejos prejuicios que restringían la vida de las mujeres, la sociología norteamericana reforzó su autoridad. Por un curioso proceso cíclico, las conquistas de la psicología, la antropología y la sociología, que debían haber sido armas poderosas para la liberación de las mujeres, se neutralizaron recíprocamente, encerrando a las mujeres en un punto muerto.

Durante los últimos veinte años, bajo el impacto catalizador del pensamiento freudiano, los psicoanalistas, antropólogos, sociólogos y otros estudiosos de las ciencias behavioristas, se han reunido en seminarios profesionales y conferencias financiadas por fundaciones, en muchos centros universitarios. Esta interfertilización parecía hacer florecer a todas ellas, pero produjo algunos extraños híbridos. En vista de que los psicoanalistas habían empezado a reinterpretar algunos conceptos freudianos, como los de la personalidad “oral” o “anal”, a la luz de un convencimiento tomado de la antropología de que los procesos culturales de la Viena de los tiempos de Freud debían

haber influido sus teorías, los antropólogos partieron hacia las islas de los mares del Sur para determinar la personalidad tribal, de acuerdo con el valor literal de los conceptos de “oral” y “anal”. Armados de sugerencias psicológicas para investigadores del campo etnológico, los antropólogos encontraron a menudo lo que deseaban encontrar. En vez de pasar por un tamiz las teorías freudianas, para dejar aislado el prejuicio cultural, Margaret Mead y los demás pioneros del campo de la cultura y de la personalidad, reforzaron el error al pretender encajar sus propias observaciones antropológicas en las teorías freudianas. Pero nada de esto hubiese tenido el mismo efecto paralizante en las mujeres si no hubiese sido por una simultánea aberración, debida a los sociólogos norteamericanos, llamada funcionalismo.

Centrándose principalmente en la antropología y la sociología cultural y extendiendo sus extremidades hasta el campo de la educación y la vida familiar, el funcionalismo empezó como una tentativa para hacer la ciencia social más “científica”, tomando prestada de la biología la idea de estudiar las instituciones como si se tratase de músculos o huesos en razón de su “estructura” y su “función” en el cuerpo social. Al estudiar una institución solamente en razón de su función dentro de su propia sociedad, los sociólogos intentaron evitar los juicios sin valor científico. En la práctica, el funcionalismo era menos un movimiento científico que un juego de palabras científico. La “función es” se traducía a menudo por “la función debería ser”; los sociólogos no reconocieron sus propios prejuicios ocultos bajo la máscara funcional, como tampoco los psicoanalistas reconocieron los suyos bajo la máscara freudiana. Al dar un significado absoluto y un valor intangible al término genérico “papel de la Mujer”, el

funcionalismo colocó a las mujeres norteamericanas en una especie de profunda hibernación, como Bellas Durmientes en espera de un Príncipe Encantado que venga a despertarlas, mientras que a su alrededor el mundo sigue su curso.

Los sociólogos, hombres y mujeres, que en nombre del funcionalismo trazaron este apretado círculo alrededor de las mujeres norteamericanas, también parecieron compartir una cierta actitud que yo llamaré “la protesta femenina”. Si existe una cosa llamada “protesta masculina” (el concepto sicoanalístico de que se apoderaron los funcionalistas para describir a las mujeres que envidiaban a los hombres y que deseaban ser hombres y que por tanto negaban que eran mujeres y se hacían más masculinas que ningún hombre), su contrapartida puede ser vista hoy en la protesta femenina, hecha tanto por hombres como por mujeres, que niegan lo que las mujeres son en realidad y atribuyen la importancia de “ser mujer” a lo que nunca se le pudo referir. La protesta femenina, en su mayor franqueza, es simplemente un medio de proteger a las mujeres de los peligros inherentes a asumir la verdadera igualdad con los hombres. Pero, ¿por qué un sociólogo, arrogándose una superioridad casi divina, se cree autorizado –o autorizada– para evitarles a las mujeres los dolores inherentes a su propio desarrollo?

El proteccionismo ha servido a menudo para amortiguar el ruido de las puertas que se les cierra a las mujeres, frecuentemente ha encubierto un perjuicio que se les causa, incluso cuando esta protección se les ofrece en nombre de la ciencia. Si un abuelo anticuado frunciere el ceño ante Nora, que está estudiando cálculo para hacerse licenciada en física y

murmurase “el sitio de las mujeres está en el hogar”, Nora, riendo, le diría: “Abuelo, estamos en 1964.” Pero Nora no puede reírse del cortés profesor de sociología con su pipa y todo, ni del libro de Margaret Mead, ni del sesudo ensayo, en dos tomos, sobre la sexualidad femenina, cuando todos ellos le afirman la misma cosa. El lenguaje complejo y misterioso del funcionalismo, la sicología freudiana y la antropología cultural, le ocultan el hecho de que dicen esto sin mucha más base que el abuelo.

Así nuestra Nora se reiría de la carta que en 1870 escribía la reina Victoria: “La Reina desea que se unan a ella todos los que sepan hablar o escribir para contener esta loca y perversa tontería de los «Derechos de la Mujer», con todas sus horribles secuelas, ante la cual el sexo débil se inclina, olvidado de todo sentido del decoro y de la feminidad.

Este tema enfurece a la Reina hasta el punto de que no sabe contenerse. Dios creó diferentes a los hombres y a las mujeres; por lo tanto, dejemos que cada uno permanezca en el puesto que le corresponde.” Pero Nora no sonrío cuando lee en *Marriage for Moderns*:

Los sexos son complementarios. La maquinaria de mi reloj es la que mueve a las agujas y me permite así saber la hora. ¿Es, por lo tanto, más importante la maquinaria que la caja?... Ni lo uno ni lo otro es superior o inferior. Cada uno debe ser juzgado en razón de su propia función. Juntos forman una unidad de función y cada uno, aislado, es en cierto modo incompleto. Ambos son complementarios. Cuando los hombres y las mujeres se emplean en las mismas

ocupaciones o realizan funciones comunes, la relación de complementariedad puede descomponerse.⁶⁸

Este libro fue publicado en 1942. Las muchachas lo han estudiado como texto universitario durante los últimos años. Bajo la capa de la sociología o de “matrimonio” y “vida familiar”, o “reajuste de la Vida”, se le ofrecen consejos de este tipo:

No obstante, persiste el hecho de que vivimos en un mundo de realidades, un mundo del presente y del futuro inmediato sobre el cual descansa la pesada mano del pasado, un mundo en el cual la tradición aún mantiene su dominio y las costumbres ejercen una influencia más fuerte que la de los pensadores... un mundo en el cual la mayoría de los hombres y de las mujeres se casan y en el que la mayoría de las mujeres casadas son creadoras del hogar. Hablar de lo que podría hacerse si la tradición y los usos cambiasen radicalmente o de lo que ocurriría en el año 2000, puede interesar a los aficionados a la gimnasia mental, pero no ayuda a que los jóvenes de hoy se adapten a lo inevitable de la vida o a que sitúen sus matrimonios en un plano más elevado de realización.⁶⁹

Desde luego, este “adaptarse a lo inevitable de la vida” niega la velocidad con que cambian las condiciones de vida en nuestro tiempo, así como el hecho de que muchas de estas muchachas, que así se adaptan a la edad de veinte años, todavía vivirán en el año 2000. Este funcionalista pone específicamente en guardia contra cualquier acortamiento de “las diferencias entre

68 Henry A. Bowman, *Marriage for Moderns*, Nueva York, 1942, p. 21.

69 *Ibid.*, pp. 22 y ss.

hombres y mujeres”, y sólo aconseja la adaptación a esas diferencias tal y como ahora existen. Y si, como nuestra Nora, una mujer considera la posibilidad de estudiar una carrera, el funcionalista meneaba un dedo, avisándola del peligro.

Por primera vez en la historia, numerosas jóvenes norteamericanas se enfrentan con estas interrogantes: ¿debo prepararme voluntariamente para una carrera definitiva que me confine al celibato? ¿O debo prepararme para una vocación provisional, que dejaré cuando me case y asuma las responsabilidades de ama de casa y de madre? ¿O quizá deba intentar combinar las dos cosas, carrera y hogar?... La gran mayoría de las mujeres casadas son amas de casa...

Si una mujer puede encontrar la adecuada expresión de su propia personalidad en una carrera, más bien que en el matrimonio, justo y bueno. Muchas jóvenes, no obstante, se olvidan de que hay numerosas carreras que no ofrecen ninguna oportunidad de expresar la propia personalidad. Además, no se dan cuenta de que sólo la minoría de las mujeres, como la minoría de los hombres, tienen algo particularmente digno de ser expresado.⁷⁰

De esta manera, se deja a Nora con la optimista impresión de que, si elige una carrera, elige también el celibato. Si se hace algunas ilusiones acerca de la posibilidad de hacer compatibles matrimonio y carrera, el funcionalista la amonesta:

¿Cuántas personas... pueden seguir simultáneamente dos carreras con éxito? No muchas. Una persona excepcional

70 Ibid., pp. 62 y ss.

puede hacerlo, pero no una persona corriente. El problema de combinar matrimonio y hogar con otra carrera es particularmente difícil, puesto que, probablemente, ambas ocupaciones exigirán cualidades de tipo diferente. La primera exige la renuncia a la personalidad para triunfar, la última su exaltación. La primera, exige saber cooperar; la segunda, competir. Hay más probabilidades de ser feliz cuando el esposo y la esposa se complementan el uno al otro, cuando existe una duplicidad de funciones.⁷¹

Y por si acaso le quedan a Nora algunas dudas sobre la conveniencia de renunciar a su aspiración de tener una carrera, se le ofrece este razonamiento confortador:

Una mujer que sea ama de casa debe saber algo de pedagogía, decoración de interiores, cocina, dietética, consumo, sicología, fisiología, relaciones sociales, recursos de la comunidad, ropas, cosas necesarias para la casa, vivienda, higiene y otra infinidad de cosas... Debe saber de todo un poco sin necesidad de ser una especialista.

La joven que se decide por la carrera del hogar no debe sentir ningún complejo de inferioridad... Puede decirse, como algunos lo afirman, que “los hombres pueden tener carreras porque las mujeres hacen los hogares”. Se puede afirmar que las mujeres se ven relevadas de la necesidad de ganar un salario y disponen así de todo su tiempo para dedicarse a la importantísima tarea del hogar, porque los hombres se dedican únicamente a la tarea de ganar el sustento. O también se puede sostener que el que gana el

71 Ibid., pp. 74-76.

sustento y la que cuida del hogar, se complementan, sin que ninguno de los dos tenga un papel secundario.⁷²

Este libro de texto sobre el matrimonio no es el más sutil de su escuela; es casi demasiado fácil ver que sus argumentos orientados por el funcionalismo no están basados en una serie de hechos científicos (no es muy científico decir: “esto es así, por lo tanto, esto es lo que debería ser”). Pero ésta es la esencia del funcionalismo tal como llegó a invadir la sociología norteamericana de ese período, tanto si los sociólogos se denominasen a sí mismos “funcionalistas”, como si no. En universidades que nunca se rebajarían a dar clases de “comportamiento” del llamado curso funcional familiar, se hizo seguir a los alumnos un curso basado en el intransigente análisis de Talcott Parsons, “sobre el papel de los sexos en la estructura social de los Estados Unidos”, en el cual no se ofrece a la mujer otra alternativa que la de “ama de casa”, y en el que se da más o menos importancia a los matices de “domesticidad”, “fascinación” y “buen compañerismo”:

No exageramos al opinar que, salvo casos excepcionales, un hombre adulto no está legítimamente satisfecho de sí mismo y no es digno de la estimación de los demás si no “se gana la vida” de una manera considerada como digna. En el caso de la mujer, la situación es radicalmente diferente... La situación fundamental de la mujer consiste en ser la esposa de un marido y la madre de sus hijos...⁷³

72 Ibid., pp. 66 y ss.

73 Talcott Parsons, “Age and Sex in the Social Structure of the United States”, en *Essays in Sociological Theory*, Glencoe, 1949, pp. 223 y ss.

Parsons, un sociólogo muy respetado y el principal teórico del funcionalismo, describe de una manera precisa y penetrante los orígenes de la tensión existente en esta “segregación” de los papeles de cada sexo. Señala que el aspecto “doméstico” del papel de ama de casa “ha disminuido en importancia hasta el punto que apenas llega a representar una ocupación total para una persona capaz de desarrollar una actividad normal”, que la “fascinación” va asociada inevitablemente a una edad más bien temprana, y que así, “a medida que aumenta la edad, el problema de la adaptación presenta mayores dificultades”; que el “buen compañerismo”, que exige un cultivo humanístico de las artes y conocimientos de asistencia social, tiene el inconveniente de no poder aplicarse a la generalidad de los casos. Sólo aquellos que tienen gran iniciativa e inteligencia pueden llegar a adaptarse satisfactoriamente en este sentido. Declara que “queda patente que en el papel de la mujer adulta existen suficientes motivos de ansiedad e inseguridad, como para que puedan esperarse frecuentes y variados casos de conducta neurótica”. Pero Parsons advierte:

Desde luego, es posible para la mujer adulta seguir el modelo masculino de conducta y buscar una carrera en el campo de las ocupaciones profesionales en competencia con los hombres de su propia clase. No obstante, es de notar que a pesar de los grandes progresos que ha hecho la emancipación de la mujer a partir del modelo doméstico tradicional, sólo una muy pequeña parte de las mujeres ha avanzado mucho en esa dirección. Es también evidente que su generalización sólo sería posible con una alteración profunda de la estructura de la familia.

La verdadera igualdad entre hombres y mujeres no sería “funcional”; el equilibrio actual sólo puede mantenerse si la esposa y madre se limita exclusivamente a ser “ama de casa” o, a lo más, si tiene un “empleo” más bien que una “carrera”, lo que le daría una situación social equivalente a la de su marido. De este modo, Parsons encuentra “funcional” una segregación de los sexos que mantenga la actual estructura social, lo que parece ser el interés primordial de los funcionalistas.

La igualdad absoluta de oportunidades es claramente incompatible con cualquier solidaridad positiva de la familia... Cuando las mujeres casadas trabajan fuera de casa es, en la mayoría de los casos, en empleos en que no existe competencia para conseguir la misma condición social que tienen las actividades de los hombres de su misma clase. Las cosas que deben interesar a las mujeres y las que, en general, se considera que les corresponden, se refieren especialmente, en nuestra sociedad, a su adorno personal. Se sugiere que esta diferencia está funcionalmente relacionada con el matrimonio y la solidaridad familiar en nuestra estructura clasista.⁷⁴

Incluso eminentes sociólogos como Mirra Komarovsky, cuyo análisis funcional sobre la forma de aprender las muchachas a “representar su papel de mujer” en nuestra sociedad es realmente brillante, no puede escapar del todo al molde rígido impuesto por el Funcionalismo: la adaptación al actual “statu quo”. Pues el limitar el campo de la encuesta a inquirir sobre la

74 Talcott Parsons, “An Analytical Approach to the Theory of Social Stratification”, op. cit., pp. 174 y ss.

función de una institución en un sistema social dado, sin considerar ninguna otra alternativa, obliga a buscar un número infinito de excusas para todas las desigualdades e injusticias de este sistema. No es de extrañar que los sociólogos comenzaran por confundirse creyendo que su misión consiste en ayudar al individuo a “adaptarse a su papel” en ese sistema social:

Un orden social sólo puede funcionar cuando la inmensa mayoría se ha adaptado, en cierto modo, al lugar que le corresponde en la sociedad y realiza las funciones que de ella se esperan... Las diferencias en la educación de los sexos... están en evidente relación con los papeles que les corresponderán al llegar a la mayoría de edad. La futura ama de casa aprende el papel que tendrá dentro del hogar, mientras que el muchacho se prepara el suyo viajando por sus propios medios o ganándose la vida con un empleo, durante las vacaciones. Aquel que más tarde tendrá que proveer a las necesidades del hogar, debe adquirir condiciones de independencia, dominio, iniciativa y emulación.⁷⁵

El riesgo de la “educación tradicional” de las jóvenes, según opina este sociólogo, consiste en su “probable incapacidad para desarrollar en las muchachas el sentido de independencia, los recursos internos y ese grado de decisión que la vida le va a exigir...” en su papel de esposa. La advertencia funcionalista sigue así:

Incluso si un padre piensa *correctamente* que ciertos

75 Mirra Komarovsky, *Women in the Modern World, Their Education and Their Dilemmas*, Boston, 1953, pp. 52-61.

atributos convencionales del papel de la mujer carecen de valor, hace correr un riesgo a la muchacha al forzarla a alejarse demasiado de las costumbres de su tiempo... Las mismas cosas que los padres deben dar a fin de preparar a sus hijas a enfrentarse con las exigencias económicas y las responsabilidades familiares de la vida moderna, pueden despertar en ellas aspiraciones y crear hábitos susceptibles de entrar en conflicto con ciertas características de sus papeles femeninos, tal y como éstos se entienden hoy. La misma educación que va a hacer de estas amas de casa universitarias una especie de levadura cultural de sus familias y de su comunidad, puede despertar en ellas aspiraciones que se verían frustradas en otras fases de su actividad doméstica... Corremos el riesgo de despertar en ellas aspiraciones y capacidades que, nuevamente, irían a contrapelo del actual concepto de la feminidad.⁷⁶

Continúa citando el caso reciente de una muchacha que quería ser sociólogo. Estaba prometida a un soldado norteamericano que no quería que su esposa trabajase. La propia muchacha confiaba en que no encontraría un buen empleo en el campo de la sociología:

Ella misma creía que un empleo poco satisfactorio le haría más fácil conformarse con los deseos de su futuro esposo. Sin embargo, las necesidades del país de trabajadores especializados, la incertidumbre de su propio futuro, sus propios intereses del momento hicieron que aceptase un empleo. Sólo el futuro dirá si su decisión fue sensata. Si su

76 Ibid., p. 66.

prometido vuelve del frente, si se casan, si él es capaz de ganar lo suficiente para toda la familia, sin la ayuda de su esposa, si sus deseos frustrados no resurgen, entonces no se arrepentirá de su decisión...

En la actualidad, la muchacha mejor adaptada es probablemente aquella que es lo bastante inteligente para aprobar en su escuela, pero sin ser tan brillante que todas sus notas sean sobresalientes, que sea capaz, pero no en campos relativamente nuevos para la mujer, que sepa pisar firme en ellos y ganarse la vida, pero que no sea capaz de ganársela tan bien como para competir con los hombres; capaz de realizar bien algún trabajo (para el caso de que no se llegue a casar o de que tenga necesidad de trabajar) pero sin identificarse tanto con su profesión que ésta sea necesaria para su felicidad.⁷⁷

De este modo, y a fin de ajustarse a la forzada definición de la feminidad –en la cual esta brillante socióloga no cree evidentemente (la palabra “correctamente” la ha traicionado)–, termina por dar su aprobación virtualmente a la continua infantilización de la mujer norteamericana, excepto en cuanto esto trae como natural consecuencia hacer “que la transición del papel de hija al de esposa sea más difícil para ella que lo es para el hijo la transición de su papel al de padre”.

Esencialmente, se da por supuesto que cuanto más infantil sigue siendo la mujer, menos capaz de tomar sus propias decisiones, más dependiente de sus padres para iniciar y canalizar su conducta y su actitud frente a la vida, más

⁷⁷ Ibid., pp. 72-74.

estrechamente unida a ellos, hasta el punto de hacérsele difícil separarse de ellos o enfrentarse a su desaprobación... o muestra cualquier otro síntoma de carecer de capacidad para una emancipación sentimental, en esa misma proporción le será más difícil que al hombre acoplarse a la norma cultural de lealtad primaria para con la familia que más adelante constituirá. Desde luego, es probable que el único efecto de esa mayor sensación de sentirse protegida sea crear en la mujer una necesidad general de depender de alguien, que más tarde se verterá hacia el marido; lo que hará que esté más dispuesta a aceptar el papel de esposa en una familia que todavía conserva muchas características patriarcales.⁷⁸

Encuentra una prueba de lo que afirma en una serie de estudios hechos con chicas universitarias, que demuestran que éstas son más infantiles y están más atadas y dependientes de los padres que los muchachos, y que no crecen, como los muchachos, aprendiendo a valerse por sí mismos. Pero no puede encontrar pruebas –en veinte textos de siquiatria– de que haya, por consiguiente, más problemas entre el marido y los padres de la esposa que entre la esposa y los padres del marido. Evidentemente, sólo con tales pruebas podría un funcionalista criticar a sus anchas la infantilización deliberada de las muchachas norteamericanas.

El funcionalismo fue una salida cómoda para los sociólogos. No cabe la menor duda de que ellos describían las cosas “tal como eran”, pero al hacerlo así se les relevaba de la

78 Mirra Komarovsky, “Functional Analysis of Sex Roles”, *American Sociological Review*, agosto 1950. Véase también “Cultural Contradictions and Sex Roles”, *American Journal of Sociology*, noviembre 1946.

responsabilidad de construir una teoría basada en hechos, de indagar más profundamente la verdad. También se les relevaba de la necesidad de plantear preguntas y dar respuestas que traerían inevitablemente aparejada una controversia (en un tiempo en que en los círculos universitarios, así como en los Estados Unidos en general, la controversia no estaba bien vista). Adoptaron la postura de un presente invariable y basaron su razonamiento en la negación de la posibilidad de un futuro diferente del pasado.

Claro está, este razonamiento sólo podría sostenerse mientras el futuro no cambiase. Como ha señalado C. P. Snow, la ciencia y los sabios miran hacia el futuro. Los sociólogos alistados bajo la bandera funcionalista estaban tan rígidamente apegados al presente, que negaban el futuro; sus teorías reforzaban los prejuicios del pasado y, efectivamente, impedían todo cambio.

Recientemente, los propios sociólogos han llegado a la conclusión de que el funcionalismo era “bastante desconcertante”, y que realmente no decía nada nuevo. Como hizo observar Kingsley Davis en su discurso presidencial del año 1959, en la Asociación Americana de Sociología, sobre el tema “El mito del análisis funcional como método especial de la Sociología y la Antropología”:

El análisis funcional ha sido discutido por los sociólogos y los antropólogos desde hace más de treinta años... Aunque haya sido de gran utilidad en el pasado, hoy se ha convertido en un impedimento, más bien que en un apoyo del progreso científico... La afirmación de que el funcionalismo no puede ayudar a la evolución de la sociedad, ya que se basa en el

principio de que la sociedad es estática, es cierta de toda evidencia.⁷⁹

Desgraciadamente, los sujetos femeninos del análisis funcional fueron profundamente afectados por él. En un tiempo de grandes cambios para las mujeres, en el que la educación, la ciencia y la sociología debían haber ayudado a las mujeres a efectuar este cambio, el funcionalismo transformó lo “que es” o lo “que era” para las mujeres en lo “que debiera ser”. Aquellos que perpetraron la exaltación de la feminidad y dieron tan grande importancia al hecho de ser mujer en nombre del funcionalismo o de cualquier otra serie de razones personales e intelectuales, cerraron la puerta al futuro de la mujer. En el planteamiento de la adaptación, una verdad fue olvidada: las mujeres estaban siendo inscritas en un estado inferior al de la plenitud de sus capacidades. Los funcionalistas no aceptaban completamente el argumento freudiano de que “la anatomía es el destino”, pero acogieron con entusiasmo una definición de las

79 Kingsley Davis, “The Myth of Functional Analysis as a Special Method in Sociology and Anthropology”, *American Sociological Review*, vol. 24, núm. 6, diciembre 1959, pp. 757-772. Davis observa que el funcionalismo se ha identificado más o menos con la propia sociología. Existen pruebas de que el estudio de la sociología, en años recientes, ha inducido a las universitarias a limitarse a su papel sexual “funcional” y tradicional. Un informe sobre “La situación de la mujer en la Sociología Profesional” (Sylvia Fiéis Fava, *American Sociological Review*, vol. 25, núm. 2, abril 1960) demuestra que mientras la mayoría de los estudiantes de sociología en los primeros años de estudios universitarios son mujeres, desde 1949 a 1958 ha habido una fuerte baja tanto en el número como en la proporción de graduaciones de sociología otorgadas a mujeres. (De 4.143 graduados en sociología en 1949 pasaron a 3.200 en 1955, y a 3.606 en 1958.) Y mientras que de una mitad a dos tercios de graduados en sociología fueron mujeres, éstas obtuvieron después sólo de un 25 a un 43 por ciento de licenciaturas, y solamente de un 8 a un 19 por ciento de doctorados en Sociología. En tanto que el número de mujeres que se licenciaban y doctoraban en todas las demás disciplinas disminuyó extraordinariamente en la era de la mística de la feminidad, el campo de la sociología mostró, en comparación con otros, un gran número de “bajas”.

mujeres igualmente restrictiva: *la mujer es lo que la sociedad dice que es*. Y la mayoría de los antropólogos funcionalistas se dedicaron al estudio de las sociedades en las que el destino de la mujer estaba determinado por la anatomía.

La influencia más poderosa sobre las mujeres modernas, tanto en los términos del funcionalismo como en los de la exaltación de la feminidad, fue la de Margaret Mead. Sus continuos trabajos, libros y estudios sobre la cultura y la personalidad, han tenido una influencia muy profunda sobre las mujeres en mi generación, en la generación anterior y en la que actualmente está madurando.

Ella ha sido y aún es el símbolo de la mujer norteamericana que piensa. Ha escrito millones de palabras en los treinta y pico de años transcurridos desde la publicación de su libro *Coming of Age in Samoa* ("Mayoría de edad en las islas Samoa") en 1928, hasta sus últimos artículos sobre las mujeres norteamericanas publicados en el *New York Times Magazine* o en *Redbook*. Es leída en las aulas universitarias por muchachas que estudian Antropología, Sociología, Psicología, Pedagogía y Vida Matrimonial y Familiar; también es estudiada en las escuelas normales por las muchachas que un día enseñarán a las nuevas generaciones y aconsejarán a las mujeres; en las Escuelas de Medicina por los futuros pediatras y siquiátras. Incluso la estudian en las Escuelas de Teología los jóvenes pastores progresistas.

Y también muchachas y mujeres de todas las edades en las revistas dedicadas a la mujer, en los suplementos dominicales de los periódicos, donde publica con tanta frecuencia como en

los periódicos especializados. Su mejor divulgador es ella misma, y su influencia se ha hecho sentir en casi todos los estratos del pensamiento norteamericano.

Pero su influencia en las mujeres ha sido paradójica. Cada mística toma de los pensadores de su tiempo lo que necesita. La mística de la feminidad podría haber tomado de Margaret Mead su visión de la infinita variedad de tipos sexuales y la enorme plasticidad de la naturaleza humana, una visión basada en las diferencias del sexo y del temperamento que encontró en tres sociedades primitivas: la de Arapesh, en la que tanto el hombre como la mujer eran de personalidad “femenina” y “maternal” y sexualmente pasivos, porque ambos eran educados para trabajar en cooperación y se les enseñaba a ser pacíficos y sensibles a las necesidades y las demandas de los demás; la de Mundugumor, en la que tanto el esposo como la esposa eran violentos, agresivos, de tendencia sexual positiva, “masculinos”; y la de Tchambuli, en la que la mujer era la única que dominaba y dirigía y el hombre tenía un papel sin responsabilidad y era emocionalmente pasivo:

Si esas actitudes temperamentales que hemos considerado tradicionalmente como femeninas –tales como la pasividad, la responsabilidad y la tendencia a cuidar a los hijos– pueden ser convertidas tan fácilmente en masculinas en una tribu, mientras que en otra pueden ser desarraigadas tanto de la mayoría de las mujeres como de la mayoría de los hombres, la deducción que podemos sacar es que la mayor parte de los rasgos de la personalidad que hemos llamado masculinos o femeninos, por no decir todos ellos, tienen tan poca conexión con el sexo como el vestido, los

modales y la forma de peinarse que la sociedad impone a cada sexo en un período determinado, no pueden ya ser considerados como relacionados con el sexo.⁸⁰

De tales observaciones antropológicas, la autora pudo haber transmitido a la cultura popular una visión verdaderamente revolucionaria de la mujer finalmente libre para desarrollar plenamente todas sus capacidades, en una sociedad que sustituyese las definiciones sexuales arbitrarias por un reconocimiento de los dones individuales característicos, tal y como se presentan en ambos sexos. Más de una vez tuvo esta visión:

Allí donde se considere que la profesión de escritor puede ser ejercida por individuos educados de ambos sexos, las personas que tienen condiciones de escritor no tienen que ser excluidas de la profesión a causa de su sexo; ni tienen que dudar, si la ejercen, de su masculinidad o su feminidad esenciales... y en esto es en lo que podemos encontrar una base para edificar una sociedad que sustituya las diferencias arbitrarias por las reales. Debemos reconocer que por debajo de las superficiales clasificaciones de sexo y raza, existen las mismas posibilidades, que se transmiten de una a otra generación y que sólo perecen cuando la sociedad les niega un sitio en su seno.

Del mismo modo que la sociedad permite hoy día el ejercicio del arte a individuos de uno u otro sexo, también debería permitir el desarrollo de muchas aptitudes

80 Margaret Mead, *Sex and Temperament in Three Primitive Societies*, Nueva York, 1935, pp. 279 y s.

marcadamente temperamentales en cada sexo. Esto haría que las sociedades renunciasen a su continuo objetivo de hacer que los muchachos luchen y las muchachas permanezcan pasivas, o a hacer que ellos y ellas luchen... Ningún niño sería implacablemente formado de acuerdo con una determinada forma de conducta. Por el contrario, habría muchos modelos de conducta, en un mundo que habría aprendido a permitir que cada individuo se adaptase al modelo más apropiado a sus propias dotes.⁸¹

Pero ésta no es la visión que la mística tomó de Margaret Mead, ni tampoco la que ella misma continúa ofreciéndonos. En sus propias páginas, su interpretación queda cada vez más velada y es transformada sutilmente en una exaltación de la mujer en su papel femenino, tal como viene predeterminado por sus funciones biológicas sexuales. A veces parece olvidarse de sus propios conocimientos antropológicos de la ductilidad de la naturaleza humana y considera los datos antropológicos desde un punto de vista freudiano: todo está predeterminado por la biología sexual, la anatomía es el destino. Otras veces parece luchar con argumentos funcionalistas, diciendo que aunque el potencial de la mujer es tan grande y variado como el ilimitado potencial humano, es preferible respetar las limitaciones biológicas del sexo establecidas por la civilización. A veces dice ambas cosas en la misma página e incluso da un toque de atención, previniendo contra los peligros con que la mujer se enfrenta si intenta utilizar un potencial humano que la sociedad ha clasificado como masculino:

81 Margaret Mead, *From the South Seas*, Nueva York, 1939, p. 321.

La diferencia entre los dos sexos es una de las condiciones importantes sobre las que hemos construido las múltiples variedades de la cultura humana que dan a los seres dignidad y talla... Una determinada cualidad ha sido atribuida a veces a un sexo y otras veces al otro. Unas veces se piensa que son los muchachos los verdaderamente vulnerables y necesitados de un especialísimo cuidado y otras veces se cree que lo son las muchachas. Algunas gentes piensan que las mujeres son demasiado débiles para trabajar fuera del hogar; otras opinan que son las más apropiadas para “cargar bultos pesados”, porque sus cabezas son más fuertes que las de los hombres... Ciertas religiones, incluyendo muchas confesiones europeas tradicionales, han asignado a la mujer un papel inferior en la jerarquía religiosa. Otras han construido toda su simbólica relación con el mundo sobrenatural sobre imitaciones masculinas de las funciones naturales de la mujer... Ya se trate de cuestiones pueriles o trascendentales, de las frivolidades, del ornamento y la cosmética, o de la santidad de la misión del hombre en el universo, encontramos esta variedad de maneras, a veces totalmente contradictorias, en los papeles que han sido adjudicados a cada sexo.

Pero siempre tropezamos con la diferenciación. No conocemos ninguna cultura que haya afirmado claramente que no existe diferencia entre hombres y mujeres, excepto en la manera en que contribuyen a la creación de la siguiente generación y que, en todo lo demás y en todos los aspectos, son simplemente seres humanos con aptitudes variadas, ninguna de las cuales puede así ganarse exclusivamente a uno de los dos sexos.

¿Es que estamos tratando con un sedimento del que no nos atrevemos a burlarnos porque está enraizado en nuestra naturaleza biológica de mamíferos, y burlarse de él es un síntoma de estar enfermos social o individualmente? ¿O se trata de un sedimento que, aunque no esté profundamente enraizado es, no obstante, tan conveniente y está tan acreditado socialmente que sería antieconómico ridiculizarlo? Un sedimento que, por ejemplo, afirma que es más fácil tener y criar hijos si diferenciamos mucho el comportamiento de cada sexo enseñando a los niños a caminar, a vestirse y a actuar de manera diferente y especializándolos en diferentes clases de trabajo⁸². Debemos preguntarnos también: ¿Cuáles son las posibilidades en potencia de las diferencias de sexo?... Si los niños tienen que enfrentarse desde muy temprano, y asimilar la idea de que nunca podrán engendrar un hijo, con la certidumbre indiscutible que constituye uno de los derechos innatos de la mujer, ¿en qué contribuye esto a hacerles más deseosos de crear y más preocupados por sus creaciones? Y si las niñas tienen unas fases de desarrollo que implican que su propio sexo les parece inicialmente como menos seguro que el de sus hermanos, y así les da un leve y falso impulso hacia actividades compensadoras que casi siempre desaparecen ante la certidumbre de la maternidad, ¿significa esto, probablemente, una limitación de su capacidad de ambicionar? ¿Pero qué potencialidades positivas existen también? ⁸³

82 Margaret Mead, *Male and Female*, Nueva York. 1955, pp. 16-18.

83 *Ibid.*, p. 26.

En estos párrafos de *Male and Female* (varón y hembra), libro que llegó a convertirse en la piedra angular de la mística de la feminidad, Margaret Mead deja entrever su orientación freudiana, a pesar de que, cautelosamente, haga preceder cada una de sus exposiciones de hechos aparentemente científicos de la breve palabra “sí”. Pero este “sí” es muy significativo. Porque cuando las diferencias sexuales se convierten en la base para abordar el tema de la cultura y la personalidad, y cuando se da por sentado que la sexualidad es la fuerza que arrastra la personalidad humana (un supuesto tomado de Freud) y además, como antropólogo, se sabe que no hay diferencias sexuales verdaderas aplicables a todas las culturas, excepto las que conciernen al acto de la procreación, inevitablemente se dará a esta única diferencia biológica –la diferencia de papel en la reproducción– una importancia cada vez mayor para la determinación de la personalidad de la mujer.

Margaret Mead no disimuló el hecho de que, después de 1931, los estudios freudianos, basados en las diferentes partes del cuerpo, formaron parte del equipo que llevó consigo en sus viajes de estudios antropológicos.⁸⁴ De este modo empezó a equiparar los aspectos positivos, creadores y productivos de la vida, sobre los que se apoya la estructura de una civilización con

84 Ibid., notas al pie, p. 289 y s. No empecé a experimentar seriamente con las zonas del cuerpo hasta que fue al Arapesh en 1931. Aunque tenía un conocimiento general del trabajo básico de Freud sobre la materia, no había visto la forma en que podría aplicarse a aquel caso hasta que leí el primer informe de Geza Roheim “Sicoanálisis de los Tipos Primitivos de la Cultura”... Envié a buscar a mi país los extractos de la obra de K. Abraham. Después de familiarizarme con el manejo sistemático que de estas ideas hace Erik Homburger Erikson, se convirtieron en una parte integral de mi material teórico.

el pene y a equiparar la creatividad femenina con la “receptividad pasiva” del útero:

Al tratar de hombres y mujeres me ocuparé de las diferencias primarias entre ellos, la diferencia que hay en sus funciones reproductoras. Dejando aparte la forma diferente en que han sido moldeados sus cuerpos para cumplir sus papeles complementarios para la perpetuación de la raza, ¿qué otras diferencias presentan con respecto a sus actividades, capacidad, sensibilidad y vulnerabilidad? ¿Qué pueden hacer los hombres con respecto al hecho de que su papel reproductor se cumpla con el solo acto? ¿Y qué pueden hacer las mujeres con respecto al hecho de que su papel reproductor dure nueve meses de gestación y el hecho de que, hasta hace poco, tuviera que dar de mamar al hijo durante varios meses? ¿Cuál es la contribución de cada sexo, considerado aisladamente, y no como una mera versión imperfecta del otro?

Al vivir en el mundo moderno, vestidos y aislados de la intemperie, obligados a percibir las sensaciones de nuestros cuerpos a través de símbolos ancestrales, tales como bastones, paraguas, bolsos, es fácil olvidarse de la inmediatez de las sensaciones del cuerpo humano. Pero cuando se vive entre los pueblos primitivos, en los que las mujeres sólo se tapan con un par de pequeños delantales que incluso se quitan para pelearse entre ellas o para bañarse en grupo y donde los hombres llevan sólo un pequeño taparrabos de corteza de árbol macerada... y donde los niños van completamente desnudos, las comunicaciones básicas que se efectúan entre los cuerpos

son muy auténticas. En nuestra sociedad se ha inventado actualmente un método terapéutico que permite deducir laboriosamente, de rememoraciones del individuo neurótico o de las fantasías no represadas del sicópata, como fue el cuerpo humano, con sus conductos receptores y expulsores, el que en un principio fue dando forma a la comprensión que el hombre iba teniendo del mundo.⁸⁵

En realidad, la lente de que “la anatomía es el destino” parecía ser la más adecuada para la observación de las culturas y los individuos de Samoa, Manus, Arapesh, Mundugumor, Tchambuli, Iatmul y Bali; tan adecuada como quizá no lo fue nunca para la observación de la Viena de fines del siglo XIX, o para los Estados Unidos en el siglo XX.

En las civilizaciones primitivas de las islas de los mares del Sur, la anatomía seguía siendo el destino cuando Margaret Mead las visitó por primera vez. La teoría freudiana de que los instintos primitivos del cuerpo determinan la personalidad adulta, podían encontrar allí una demostración convincente. Los objetivos más complejos de civilizaciones más avanzadas, en las cuales el instinto y el medio ambiente son cada vez más controlados y transformados por la mente humana, no formaban la matriz irreversible de cada vida humana. Debe haber sido mucho más fácil ver en las diferencias biológicas entre los hombres y las mujeres las fuerzas básicas de la vida en aquellos pueblos primitivos y desnudos. Pero sólo si se va a aquellas islas llevando ante los ojos las lentes freudianas de observación, aceptando antes de comenzar lo que ciertos irreverentes antropólogos

85 Ibid., pp. 50 y s.

llaman la “visión de la historia a través del papel higiénico”, se sacará, de la observación del papel del cuerpo desnudo en las civilizaciones primitivas, una lección para las mujeres modernas, que afirman que el cuerpo desnudo puede determinar de una manera similar la evolución de la vida humana y de la personalidad de una compleja civilización moderna.

Los antropólogos se sienten menos propensos hoy día a ver en las civilizaciones primitivas un laboratorio para la observación de nuestra civilización, un modelo a escala reducida, en el que se ha suprimido todo lo que no concuerda entre ambas civilizaciones; la civilización consiste, precisamente, en esa falta de concordancia.

Por causa de que el cuerpo humano es el mismo en las tribus primitivas del Pacífico y en las ciudades modernas, el antropólogo que comienza con una teoría psicológica que reduce la personalidad humana y la civilización a las analogías de los cuerpos, puede finalizar aconsejando a las mujeres modernas vivir según sus reacciones corporales, igual que las mujeres de los mares del Sur. Lo malo es que Margaret Mead no podía recrear para nosotros un mundo de los mares del Sur; un mundo en el que tener un hijo es el colmo de la realización humana. (Si el reproducirse fuese el hecho principal y único de la vida humana, ¿no sufrirían hoy día todos los hombres de “ansiedad vaginal”?)

En Bali, las niñas de dos y tres años caminan casi siempre echando sus barriguitas hacia fuera deliberadamente, y cuando pasan ante las mujeres adultas, éstas les dan palmaditas en la barriga y les dicen bromeando “Preñada”. De esta manera las

niñas aprenden que aunque los signos de que pertenecen a la comunidad femenina son aún incipientes, y sus pechos dos botoncitos no más marcados que los de su hermanito, y su sexo un pequeño pliegue, algún día estarán preñadas, algún día tendrán un niño, y el tener un niño es, en resumen, una de las más exaltadoras e importantes realizaciones que pueden ponerse ante los ojos de las niñas en esos sencillos mundos, en algunos de los cuales los edificios más grandes no pasan de los 15 pies de altura y donde la canoa más larga tiene unos 20 pies de largo. Además, la niña sabe que tendrá un niño, no porque sea fuerte, enérgica o con iniciativa, ni porque trabaja, lucha y ensaya y al final triunfa, sino simplemente porque es una muchacha y no un muchacho, y las muchachas se convierten en mujeres y, al fin, si saben defender su feminidad, acaban teniendo hijos.⁸⁶

Para una mujer norteamericana del siglo XX, que compite en un campo que exige iniciativa, energía y trabajo, y en el cual los hombres están celosos de su triunfo, qué tentadora debe ser la visión del mundo de los mares del Sur para una mujer con menos voluntad y habilidad para competir que Margaret Mead, donde la mujer triunfa y es envidiada por el hombre sólo por el hecho de ser mujer:

Según nuestra visión occidental de la vida, la mujer, creada de la costilla del hombre, puede, a lo sumo, esforzarse sin grandes posibilidades de triunfo en imitar las capacidades superiores del hombre y sus más altas vocaciones. El tema principal del culto iniciatorio, no obstante, consiste en que

86 Ibid., pp. 72 y ss.

las mujeres, en virtud de su capacidad de tener hijos, tienen en su poder el secreto de la vida. El papel del hombre es incierto, indefinido y quizá innecesario. Haciendo un gran esfuerzo, el hombre ha dado con un método para compensar su inferioridad básica. Provisto de varios instrumentos misteriosos y retumbantes, cuyo poder mágico se basa en que su verdadera forma no debe ser nunca conocida de aquellos que oyen su sonido (es decir, que las mujeres y los niños no deben saber nunca que sólo son flautas de bambú o troncos huecos), pueden quitarles los niños varones a las mujeres, criarlos tan incompletos como ellos mismos y convertirlos en hombres. Las mujeres, es cierto, crean a los seres humanos, pero sólo los hombres pueden hacer hombres.⁸⁷

Es cierto que esta sociedad primitiva era una tambaleante estructura defendida por tabús y coerciones, por la vergüenza de las mujeres, por el temor a toda alteración y por el fomento de la vanidad masculina, y ha sobrevivido solamente mientras todos respetaban las reglas. “El misionero que enseña las flautas a las mujeres, ha logrado destruir esa cultura”⁸⁸. Pero Margaret Mead, que pudo haber mostrado a las mujeres y a los hombres norteamericanos “las flautas” de sus propios, arbitrarios y vacilantes tabús, coerciones, vergüenzas, temores y fomento de la vanidad masculina, no utilizó sus conocimientos en esta forma. De la vida tal y como es –en Samoa, Bali, etc., en donde todos los hombres envidiaban a las mujeres–, ella creó un ideal para las mujeres norteamericanas que dio nueva realidad a la

87 Ibid., pp. 84 y ss.

88 Ibid., p. 85.

vacilante estructura del prejuicio sexual, de la mística de la feminidad.

El vocabulario es antropológico, la teoría presentada como cierta es freudiana; pero lo que se anhela es un retorno al Paraíso Terrenal; un paraíso donde a las mujeres les basta con olvidar “el divino descontento” nacido de la educación, para volver a un mundo en el cual el realizarse como varón se convierte, meramente, en una pobre sustitución de la facultad de engendrar.

El reiterado problema de la civilización consiste en definir el papel del varón de una forma lo suficientemente satisfactoria –ya sea el de hacer jardines, criar ganado, matar animales o enemigos, construir puentes o especular en bolsa– para que el varón pueda llegar a tener en el transcurso de su vida un arraigado sentido de lo inconmovible del destino, de lo que ya le dio una ligera idea su conocimiento infantil de las satisfacciones que da el parto a la mujer. En el caso de las mujeres, sólo es necesario que les sea permitido por las normas sociales de conducta cumplir su papel biológico para alcanzar este sentido de lo irreversible de su destino. Si las mujeres están intranquilas y curiosas, incluso en lo referente al parto, debe ser a causa de la educación.⁸⁹

Lo que la mística de la feminidad tomó de Margaret Mead no fue su visión del gran potencial humano no valorado de la mujer, sino esa glorificación de la función sexual de la mujer, que ha sido indudablemente valorado en todas las culturas, pero rara vez en culturas muy evolucionadas, tan altamente como la

89 Ibid., pp. 125 y ss.

ilimitada facultad creadora de la humanidad, hasta ahora desplegada principalmente por el hombre. La visión que la mística de la feminidad tomó de Margaret Mead fue la de un mundo donde las mujeres, por el mero hecho de serlo y de engendrar, serán acreedoras al mismo respeto otorgado a los hombres por sus facultades creadoras, como si la posesión de un útero y de unos pechos confiriese a las mujeres una gloria que los hombres nunca podrán conocer, aunque consagren toda su vida a crear. En un mundo así, las demás cosas que una mujer puede ser o hacer son meramente unos pálidos sucedáneos del acto de engendrar. La feminidad se convierte en algo más importante que la definición que de ella hace la sociedad, se convierte en un valor que debe ser protegido por esa sociedad de la embestida destructora de la civilización, como se hace con esos rebaños de búfalos a punto de extinguirse.

Las elocuentes páginas de Margaret Mead hicieron que un gran número de mujeres norteamericanas envidiasen la serena feminidad de una samoana de pechos desnudos, y trataran de convertirse en lánguidas salvajes, con los pechos liberados del sostén de la civilización y con las mentes no perturbadas por el vago conocimiento prefabricado por el hombre de los objetivos del progreso humano:

El curso de la carrera biológica de una mujer tiene un “climax” natural que puede ser ahogado, ocultado, silenciado, camuflado y públicamente denegado, pero que permanece como un elemento esencial en la visión que ambos sexos tienen desde sí mismos... La muchacha balinesa a la que uno pregunta “¿te llamas *I Tewa*?” y que se endereza con dignidad respondiendo, “yo me llamo *Men Bawa*” (madre de Bawa), está contestando

con orgullosa sinceridad. Ella es la madre de Bawa; aunque Bawa muriese mañana, ella seguiría siendo la madre de Bawa; sólo si el niño hubiese muerto sin nombre la llamarían los vecinos *men Belasin* (madre despojada). Jornada tras jornada, la vida de esas mujeres se va alzando irrevocablemente, indiscutiblemente realizada. Esto sirve de base natural para que el interés de la muchacha consista en ser, más que en hacer. El muchacho aprende que debe actuar como un muchacho, hacer cosas, demostrar que es un hombre, y demostrarlo una y otra vez, mientras que la muchacha aprende que es una muchacha, y que lo único que debe hacer es procurar no comportarse como un muchacho.⁹⁰

Y así sigue, interminablemente, hasta que nos sentimos tentados de hacerle esta pregunta: ¿Y entonces qué? La mujer nace, crece, queda embarazada, da a luz un niño, éste crece a su vez. Todo esto es cierto en todas las culturas, conocidas o desconocidas, la cultura que conocemos por vivirla y aquellas que sólo conocen los antropólogos que han viajado mucho. ¿Pero es esto todo lo que la vida ofrece hoy a una mujer?

No es negar la importancia de la biología poner en tela de juicio una definición de la naturaleza de la mujer que se basa tan completamente en su diferencia biológica con el hombre. La biología femenina, la línea de la “carrera biológica” de la mujer, puede ser inmutable: la misma para las mujeres de la Edad de Piedra, hace 20.000 años, para las mujeres de las remotas islas de Samoa y para las mujeres del siglo XX.

Pero la naturaleza de las relaciones humanas con la biología

90 Ibid., pp. 135 y ss.

ha cambiado. Nuestro conocimiento cada vez mayor, la creciente potencia de la inteligencia humana, nos han dado una conciencia de los propósitos y objetivos que va más allá de las simples necesidades biológicas del hombre: la sed y el apetito sexual. Incluso estas simples necesidades, en las mujeres y los hombres de hoy, no son las mismas que en la Edad de Piedra o en las culturas de los mares del Sur, porque ahora forman parte de un tipo más complejo de vida.

Como antropólogo, Margaret Mead sabía esto, naturalmente; a cada una de las palabras exaltando el papel femenino, corresponde otra describiendo las maravillas de un mundo en el que las mujeres serán capaces de llegar a la plena realización de todas sus capacidades. Pero este cuadro es casi invariablemente anulado por la prudencia terapéutica y la superioridad intransigente, típicas de muchos sociólogos norteamericanos. Cuando esta prudencia se combina con una estimación tal vez excesiva de la capacidad de la sociología, no sólo para interpretar la cultura y la personalidad, sino para ordenar nuestras vidas, entonces sus palabras adquieren la aureola de una cruzada justa, una cruzada contra la evolución. La autora se une a los demás sociólogos funcionalistas en su insistencia en que hay que adaptarse a la sociedad tal y como la hemos encontrado, en que debemos vivir nuestras vidas dentro del marco de las definiciones culturales convencionales de los papeles masculinos y femeninos. Esta actitud es evidente en las últimas páginas de su obra *Male and Female*:

El dar a cada sexo lo que le corresponde, es decir, un pleno reconocimiento de sus debilidades específicas y la necesidad de protección, significa mirar más allá de las superficiales

semejanzas que aparecen durante el último período de la infancia, cuando muchachos y muchachas, habiéndose olvidado de muchos de los problemas de la adaptación sexual, parecen tan ávidos y capaces de aprender las mismas cosas... Pero toda adaptación que quita importancia a una diferencia, una vulnerabilidad en un sexo, una fuerza diferenciadora en otro, disminuye las posibilidades de que se complemente el uno al otro, y equivale –simbólicamente– a cerrar herméticamente la receptividad constructiva de la hembra y la vigorosa iniciativa y la actividad constructiva del varón, convirtiéndolos a ambos al fin en una versión más triste de la vida, en la que se les niega a los dos la completa realización que cada uno de ellos pudo haber alcanzado.⁹¹

Ningún don humano es lo suficientemente fuerte para florecer plenamente en una persona amenazada con dejar de pertenecer a su sexo... Sea cual fuere la buena voluntad con que nos hacemos a la tarea de educar efectivamente a ambos, hombres y mujeres, para que aporten su plena y total contribución al complejo proceso de la civilización –medicina y derecho, educación y religión, artes y ciencias– la tarea será más fácil...

Es de muy dudosa conveniencia hacer que la capacidad de la mujer contribuya a esta tarea, si el llevar a las mujeres a practicar actividades que han sido clasificadas como propias de los hombres, asusta a los hombres, hace asexuadas a las mujeres, camufla y deforma la contribución que las mujeres

91 Ibid., pp. 274 y ss.

podrían aportar al progreso, bien porque su presencia aleja a los hombres de esas actividades, bien porque hace que se dediquen a ellas hombres de menos calidad... Es locura no querer ver las señales que nos advierten que las actuales condiciones que hacen que las mujeres se dejen seducir por sus propias curiosidades e inclinaciones desarrolladas bajo el mismo sistema educativo que los muchachos... son perjudiciales tanto para los hombres como para las mujeres.⁹²

El papel de Margaret Mead como portavoz profesional de la feminidad hubiese sido más importante si las mujeres norteamericanas hubieran seguido el ejemplo que les ofrecía con su vida, en vez de leer lo que decía en sus libros. Margaret Mead ha llevado una existencia de franco desafío a todos y la ha vivido orgullosamente, aunque a veces con cierta timidez, como mujer.

Se ha movido dentro de las fronteras del pensamiento, y ha contribuido al aumento de nuestros conocimientos. Ha demostrado que la capacidad femenina va mucho más allá del parto. Se abrió camino en lo que todavía era entonces, en gran parte, “el mundo del hombre” sin renunciar a su personalidad de mujer; en realidad, demostró en sus obras un conocimiento exhaustivo de la mujer, con el cual ningún antropólogo varón podía competir. Después de tantos siglos de un predominio masculino indiscutido, es natural que alguien proclame el predominio de la mujer. Pero los grandes ideales de la humanidad, suprimir las guerras, abatir las enfermedades, enseñar a las

92 Ibid., pp. 278 y ss.

razas la convivencia, crear nuevos y bellos modos de vida son algo más que meros sucedáneos de “tener hijos”.

No es fácil combatir viejos prejuicios. Como sociólogo y como mujer, ella asestó algunos golpes a la masa de prejuicios en que estaba basada la imagen de la mujer, golpes que sobrevivirían a su propia existencia. Al insistir en que las mujeres son criaturas humanas –criaturas completas y no hombres a los que les falta algo– fue un paso más allá que Freud.

Y, no obstante, a causa de que sus observaciones estaban basadas en la teoría freudiana de las analogías corporales, anuló su propia visión de las mujeres al exaltar el misterioso milagro de la feminidad que una mujer realiza por el simple hecho de ser una hembra, limitándose a dejar que se desarrollen sus pechos, a dejar fluir la sangre de la menstruación y a dejar que el niño mame de sus pechos rebosantes.

Al hacer sus advertencias de que las mujeres que buscan su realización más allá de su papel biológico corren el riesgo de convertirse en brujas asexuadas, volvió a insistir en lo innecesario de una elección. Persuadió a las mujeres de la nueva generación a que debían renunciar a una parte de su tan costosamente conquistada personalidad, antes que perder su feminidad. Al final hizo precisamente aquello contra lo que prevenía a los demás, al rehacer en su obra el círculo vicioso que había roto en su propia vida:

Podemos remontar la escala desde las simples diferencias físicas pasando por las distinciones complementarias que supervaloran el papel de la diferenciación de los sexos, y la

extienden inadecuadamente a otros aspectos de la vida, hasta llegar a modelos de tan complejas actividades como los que suponen el uso de la inteligencia en el arte, el gobierno y la religión.

En todas estas complejas realizaciones de la civilización, en todas aquellas actividades que son el mejor timbre de gloria de la humanidad y en las que se basa nuestra esperanza de supervivencia en este mundo que hemos construido, ha existido esa tendencia a establecer definiciones artificiales que restringen cada actividad a un determinado sexo, y, al negar las verdaderas posibilidades de los seres humanos, limitan no sólo a las mujeres y a los hombres, sino que limitan también el desarrollo de cualquier actividad.

Aquí existe un círculo vicioso al que no es posible señalar un principio ni un fin, en el que la sobreestimación por el hombre del papel de la mujer o la sobreestimación por la mujer del papel del hombre conduce a uno u otro sexo a arrogarse, descuidar o, incluso, a renunciar a una parte de nuestra tan costosamente conquistada humanidad.

Los mismos que podrían romper el círculo son un producto de él, expresan algunos de sus defectos en cada uno de sus ademanes, pueden ser lo suficientemente fuertes para atacarlo, pero no son capaces, realmente, de romperlo.

No obstante, una vez analizado, una vez identificado, sería posible crear un estado de opinión en el cual otros que serían un poco menos el producto del oscuro pasado, porque habrían sido creados con una luz en la mano que

puede alumbrar lo mismo hacia atrás que hacia delante, darán a su vez el paso siguiente.⁹³

La reclamación al derecho a la feminidad fue, quizá, una etapa necesaria después de la reclamación al derecho a la masculinidad hecha por algunas de las feministas. Margaret Mead fue una de las primeras mujeres que empezaron a destacarse en la vida norteamericana, después de la conquista de los derechos de la mujer. Su madre era sociólogo y su abuela maestra; tuvo en su vida privada modelos de mujeres que eran verdaderos y completos seres humanos y tuvo una educación igual a la de cualquier hombre. Y fue capaz de decir con plena convicción que es bueno ser mujer: “no necesitáis copiar a los hombres, podéis sentir estimación hacia vosotras mismas, como mujeres”.

Hizo una resonante afirmación de feminidad, tanto en su vida como en su obra. Y fue un verdadero paso adelante el que dio al animar a las mujeres emancipadas norteamericanas a que se decidiesen libremente a tener hijos, a parirlos con una orgullosa conciencia que anulaba el dolor, alimentarlos con sus pechos y a dedicarse a cuidarlos en cuerpo y alma. Fue un paso hacia delante en la jornada apasionante que hizo posible que las mujeres educadas dijese “sí” a la maternidad, como un propósito humano consciente y no como una carga impuesta por la fisiología. Porque, naturalmente, el movimiento en favor del parto natural y de la crianza por la madre que Margaret Mead contribuyó a inspirar, no era en absoluto un retroceso a la primitiva maternidad instintiva. Apelaba a la mujer

93 Ibid., pp. 276-285.

norteamericana, independiente, educada y decidida –y a la mujer de la Europa Occidental y Rusia–, porque le permitía considerar la experiencia del parto no como un animal hembra estúpido, como un objeto manipulado por el tocólogo, sino como una persona, con posibilidad de controlar su propio cuerpo con una mente consciente. Quizá menos importante que el control de los nacimientos y los demás derechos que hacen a la mujer más igual al hombre, la obra de Margaret Mead contribuyó a la humanización del sexo. Correspondió a esta sabia y persuasiva mujer recrear en la vida moderna de los Estados Unidos una mentalidad parecida a la que hace que los hombres de las tribus primitivas imiten celosamente los movimientos del parto y se hieran a sí mismos para sangrar. (El esposo moderno realiza los ejercicios respiratorios con su esposa cuando ésta se prepara para el parto natural.) ¿Pero acaso no supervaloró el papel de las mujeres?

Quizá no fue culpa suya el que sus teorías se tomaran tan al pie de la letra que la procreación se convirtió en culto, en una carrera que excluía cualquier otro tipo de esfuerzo creador, hasta hacer que las mujeres continuasen dedicándose a tener hijos, porque no conocían ninguna otra manera de crear. Sus textos fueron citados a menudo de manera fragmentaria por funcionalistas de poca talla y en las revistas femeninas. Aquellos que encontraban en su obra la confirmación de sus propios e inadmisibles prejuicios y temores, no sólo desconocían la complejidad de su obra total, sino también el ejemplo de su vida.

A pesar de todas las dificultades con que debió tropezar al ser una pionera en el reino del pensamiento puro, que era entonces dominio del hombre (una crítica de *Sexo y Temperamento*

demuestra el resentimiento que a menudo encontró: “Margaret Mead, ¿has encontrado alguna vez una cultura en la que sean los hombres los que tienen los hijos?”), nunca se apartó del duro camino hacia la autorrealización que tan pocas mujeres han recorrido desde entonces. Aconsejó a las mujeres con bastante frecuencia a que permaneciesen en este camino. Si ellas sólo escucharon las otras advertencias de la feminidad, fue quizá porque no estaban tan seguras de sí mismas y de su capacidad de ser seres humanos completos, como lo estaba ella.

Margaret Mead y los otros funcionalistas menos importantes conocieron las penalidades y los riesgos de abrirse paso por entre las censuras de la sociedad, tan viejas como el mundo⁹⁴. Este conocimiento fue su justificación para armonizar sus afirmaciones de la potencialidad de las mujeres con su consejo de que las mujeres no deben competir con los hombres, sino hacer que se respete su condición única de mujeres. Este consejo era apenas revolucionario; no alteraba la imagen tradicional de las mujeres más de lo que la alteraba el pensamiento freudiano. Quizá la intención de ellos fue subvertir la vieja imagen; pero en vez de esto dieron a la nueva mística de la feminidad un fundamento científico.

Irónicamente en los años sesenta, Margaret Mead comenzó a dar la voz de alarma ante “el retorno” de la mujer de las cavernas: la retirada de las mujeres norteamericanas al reducido campo doméstico, mientras el mundo temblaba al borde del

94 Margaret Mead, Introducción a *From the South Seas*, Nueva York, 1939, p. XIII. “De nada servía dejar que los niños adquiriesen conceptos de valor diferentes a los admitidos por su sociedad...”

holocausto provocado por los progresos de la técnica.

En una selección de un libro titulado *American Women: The Changing Image*, que apareció en el *Saturday Evening Post* del 3 de marzo de 1962, preguntaba:

¿Por qué hemos vuelto a la imagen femenina de la Edad de Piedra, a pesar de nuestro avance técnico? Las mujeres han retornado cada una a su aislada caverna, esperando ansiosamente el regreso de su compañero y de sus hijos, defendiendo celosamente a su compañero de las demás mujeres, casi totalmente desconocedora de toda la vida que transcurre al otro lado de su puerta... De esto, no es a la mujer, individualmente, a la que hay que culpar. Es al estado de opinión que se ha desarrollado en este país...

Aparentemente, Margaret Mead no admite, o quizá no reconoce, su propio papel como artífice principal de este “estado de opinión”. Aparentemente se ha olvidado de gran parte de su propia obra, que ayudó a convertir a varias generaciones de sanas mujeres norteamericanas modernas “en desesperadas mujeres de las cavernas, a consagrar la totalidad de sus vidas al reducido campo de lo doméstico: primeramente como colegialas soñadoras en la búsqueda de un papel que las hace ser descorazonadoramente ignorantes, luego como madres y después como abuelas... restringiendo sus actividades a la salvaguarda de su propia y a veces tediosa vida privada”.

Aunque podría parecer que Margaret Mead está tratando ahora de que las mujeres salgan del hogar, sigue en realidad atribuyendo a todo lo que hace la mujer un sentido sexual. Al

tratar de atraerlas hacia el mundo moderno de la ciencia, como “madres–maestras” de los futuros sabios, sigue trasponiendo a términos sexuales las nuevas posibilidades que se abren a las mujeres y los nuevos problemas a que tendrán que hacer frente como miembros de la raza humana.

Pero ahora, “aquellos papeles que han pertenecido históricamente a las mujeres” se han ampliado para incluir la responsabilidad política del desarme nuclear, “para proteger, no solamente a sus propios hijos, sino también los del enemigo”. Puesto que, al empezar por las mismas premisas y al examinar el mismo conjunto de pruebas antropológicas, Margaret Mead llega a atribuir a la mujer un papel sexual apenas diferente, podemos preguntarnos seriamente cuáles son las bases en que se funda para decidir los papeles que las mujeres han de representar... y cómo encuentra tan fácil cambiar las reglas del juego de una década a otra.

Otros sociólogos han llegado a la asombrosa conclusión de que “ser una mujer no es más, ni es menos, que ser una criatura humana”⁹⁵. ¿Pero se ha formado una rémora cultural dentro de la mística de la feminidad?

Al mismo tiempo que algunos sociólogos descubrían las imperfecciones del “papel de la mujer”, los educadores norteamericanos se habían apoderado de él como de un sésamo mágico.

95 Marie Jahoda y Joan Havel, “Psychological Problems of Women in Different Social Roles — A Case History of Problem Formulation in Research”, *Educational Record*, vol. 36, 1955, pp. 325-333.

En lugar de educar a las mujeres para una mayor madurez, necesaria para poder participar en las tareas de la sociedad moderna –con todos los problemas, los conflictos y la ardua labor que eso lleva consigo, lo mismo para los educadores que para las mujeres–, se dedicaron a educarlas para “representar el papel de la mujer”.

VII. LA PEDAGOGIA SEXUAL DIRIGIDA

La cosa duraba ya diez o quince años cuando los educadores empezaron a darse cuenta, me refiero a los educadores a la antigua usanza. Los que aplicaban el nuevo método de una educación basada en el sexo, se sorprendieron de que alguien pudiera sorprenderse; se escandalizaron de que alguien pudiera escandalizarse.

El escándalo, lo que resultaba incomprensible para los ingenuos que habían puesto grandes esperanzas en la educación superior de la mujer, consistía en que iban al colegio y a la Universidad más mujeres que nunca... pero que muy pocas de ellas proseguían sus estudios para hacerse físicos, filósofos, poetas, médicos, estadistas, especialistas en ciencia social o incluso profesoras de las universidades. Últimamente muchas menos mujeres se han destacado en una carrera o en una profesión al salir de la Universidad, que entre las que terminaron sus estudios antes de la segunda guerra mundial, la gran línea divisora. Cada vez menos y menos mujeres universitarias se preparan para cualquier carrera o profesión que exija algo más

que una preparación superficial. Dos de cada tres muchachas matriculadas en la Universidad salían de ella incluso antes de terminar sus estudios. En los años cincuenta, la mayoría de las que seguían estudiando, incluso las más destacadas, no demostraban el menor interés en llegar a ser algo más que amas de casa y madres en un barrio residencial. En realidad, a los profesores de las universidades de Vassar, Smith y Barnard, que habían hecho todo lo posible por despertar el interés de sus discípulas en cualquiera de las cosas que la Universidad pudiese enseñarles, las chicas les parecían de pronto incapaces de cualquier ambición, cualquier proyecto, cualquier interés que no fuese persecución de un anillo de boda. Parecían emprender esta persecución casi desesperadamente y ya desde el primer año.

Aparte la lealtad hacia esa estéril ilusión –la importancia de la educación superior para la mujer–, los profesores tradicionalistas, al principio, guardaron silencio. Pero la resistencia de la mujer norteamericana a recibir una educación superior, comenzó finalmente a transparentarse en las estadísticas⁹⁶: en la salida de los colegios femeninos de rectores,

96 Mabel Newcomer, *A Century of Higher Education for Women*, Nueva York, 1959, pp. 45 y ss. La proporción de mujeres entre los estudiantes universitarios en los Estados Unidos aumentó de un 21 por ciento en 1870 a un 47 por ciento en 1920; bajó al 35,2 por ciento en 1958. Cinco universidades femeninas se habían cerrado; veintiuna se habían hecho mixtas; dos se habían convertido en centros docentes en que sólo se cursaban los dos primeros años universitarios. En 1956, tres de cada cinco mujeres en las universidades mixtas seguían cursos de secretariado, enfermera, economía doméstica o pedagogía. Menos de uno por cada diez doctorados era obtenido por mujeres en comparación de uno cada seis en 1920, 13 por ciento en 1940. Nunca desde la Primera Guerra Mundial el porcentaje de mujeres que obtenían títulos profesionales fue tan constantemente bajo como en este período. La magnitud del retroceso de las mujeres norteamericanas puede medirse también desde el punto de vista de su incapacidad para desarrollar al máximo sus aptitudes. Según la revista *Woman-power*, de todas las mujeres jóvenes capaces de realizar estudios universitarios, sólo una de cada cuatro va a la Universidad, mientras va uno de cada dos

profesores y educadores varones; en la perpleja desilusión, o en el frío cinismo de los que se quedaban; y, finalmente, en el escepticismo, reinante en los colegios y universidades, acerca de si valía la pena invertir tiempo y dinero en la educación de una chica o una mujer cualesquiera, por muy capaz y aplicada que fuese. Algunos colegios femeninos cerraron sus puertas; algunos profesores de las universidades mixtas dijeron que una de cada tres plazas no debería ser desperdiciada en dar enseñanza a una mujer; el presidente de un colegio femenino –el Sarah Lawrence– con altos valores intelectuales, habló de dedicarse a la enseñanza de varones; el rector de la Universidad predijo el fin de todos los grandes colegios femeninos norteamericanos que se dedicasen a la enseñanza superior para mujeres.

Cuando leí las primeras cautas alusiones a lo que estaba ocurriendo en el informe preliminar del estudio psico-socio-antropológico de la Fundación Mellon sobre las alumnas de la Universidad Vassar, en 1956, pensé: “¡Dios mío, qué mal debe andar la enseñanza en esa Universidad!”

Es muy rara la dedicación en serio a una actividad o carrera

hombres; sólo una de cada 300 mujeres capaces de conseguir un doctorado en filosofía lo obtiene, en tanto que hay uno de cada 30 hombres. Si continúa la actual situación, la mujer norteamericana quizá figure muy pronto entre las más “atrasadas” del mundo. Los Estados Unidos es probablemente el único país donde la proporción de mujeres que alcanzan una educación superior ha disminuido en los últimos veinte años: ha aumentado constantemente en Suecia, Gran Bretaña y Francia, así como en las resurgentes naciones de Asia y en los países comunistas. En los años cincuenta, la proporción de mujeres que siguieron estudios superiores en Francia fue superior a la de las mujeres norteamericanas; la proporción de mujeres en puestos profesionales se duplicó con exceso en cincuenta años. La proporción de mujeres francesas que ejercen la medicina es cinco veces superior a la de mujeres norteamericanas: el 70 por ciento de los médicos en la Unión Soviética son mujeres, mientras que en los Estados Unidos sólo hay un 5 por ciento. Véase el libro de Alva Myrdal y Viola Klein, *Women’s Two Roles — Home and Work*, Londres, 1956, pp. 33-64.

que no sea la de ama de casa. Muchas estudiantes –quizá la tercera parte– están interesadas en graduarse en determinadas carreras, por ejemplo, en enseñanza. Muy pocas, sin embargo, están dispuestas a continuar una carrera si ello supone alguna dificultad económica para su familia... Si la comparamos con las épocas anteriores –por ejemplo, la “era feminista”–, hay pocas estudiantes interesadas en proseguir carreras difíciles, como leyes o medicina, sin hacer caso de las presiones de la familia o la sociedad. Asimismo, se encuentran pocos ejemplos de personas como Edna St. Vincent Millay, dedicada completamente a su arte durante toda su adolescencia y resistiendo todos los intentos de desviarla...⁹⁷

Un informe posterior decía:

Las estudiantes de la Universidad de Vassar... están convencidas además de que los errores de la sociedad se irán corrigiendo gradualmente por sí mismos, casi sin ninguna intervención o sólo con una intervención indirecta de las estudiantes de los colegios femeninos... Las chicas de Vassar, en conjunto, no esperan llegar a ser famosas, aportar una contribución duradera a la sociedad, explorar las fronteras de cualquier ciencia y ni siquiera producir la menor ondulación en el plácido orden de las cosas... No solamente se considera el celibato femenino como una tragedia personal, sino que el tener descendencia se considera algo esencial para alcanzar la plenitud de la vida, y las estudiantes de Vassar opinan que estarían dispuestas a adoptar niños, si eso fuese necesario, para

97 Mervin B. Freedman, “The Passage Through College”, en *Personality Development During the College Years*, ed. por Nevitt Sanford, *Journal of Social Issues*, vol. XII, núm. 4, 1956, pp. 15 y s.

crear una familia. En resumen, su futura personalidad está ampliamente influida por la proyección de su futuro papel de esposa–madre... Al detallar las cualidades que ha de poseer un marido ideal, la mayoría de las chicas de Vassar declaran, sin embargo, sus preferencias por el hombre que asuma el papel más importante, es decir, que desempeñe su propia carrera y tome la mayoría de las decisiones que afectan a los asuntos de fuera de casa... En su opinión, que la mujer intente usurpar al varón sus prerrogativas es una idea desagradable que acabaría por destruir su proyectado papel de ser una ayuda y un fiel complemento del jefe del hogar.⁹⁸

Me di cuenta del cambio experimentado, un cambio realmente auténtico, cuando volví al colegio en que me había educado, en 1959, para convivir con las estudiantes en uno de los pabellones de la Universidad Smith y luego me dediqué a interrogar a las chicas de los colegios y las universidades por todos los Estados Unidos.

Un profesor de sicología muy querido de todos, en vísperas de ser jubilado, se quejaba:

Son muy inteligentes y despiertas. Tienen que serlo ahora para poder ser admitidas aquí. Pero no quieren interesarse en absoluto en lo que estudian. Al parecer, temen que lo que aprendan pueda interponerse entre ellas y sus maridos cuando se casen con un joven empleado y se dediquen a cuidar en sus casas todos los hijos que piensan tener. No podría predecir hasta dónde llegarán mis alumnas más

⁹⁸ John Bushnel, “Student Culture at Vassar”, en *The American College*, ed. por Nevitt Sanford, Nueva York y Londres, 1962, pp. 509 y s.

destacadas de los últimos cursos. Hay demasiadas cocinas y fregaderos que se interponen... Y ninguna de mis alumnas considera el título universitario lo suficientemente importante como para anteponerlo a las cocinas y fregaderos.

Está exagerando, pensé.

Y recogí un ejemplar del periódico del colegio, que en otros tiempos yo misma había dirigido. La directora actual describía una clase de Historia, en la cual quince de las veinte chicas que la componían se dedicaban a hacer punto “con el gesto concentrado e insensible de Madame Defrage”. El instructor, más bien como un gesto de desafío que como una afirmación en serio, anunció patéticamente que la civilización occidental estaba agonizando. Las alumnas cogieron todas a una sus cuadernos de notas y escribieron: “Civ. agoniza”..., sin que se les soltara un solo punto.

¿Para qué necesitan ese acicate?, me pregunté, recordando cómo acostumbrábamos a reunirnos, después de clase, para discutir sobre lo que el profesor había dicho... Economía, Filosofía, Política, Historia de la Civilización Occidental, Sociología, Ciencia y literatura de imaginación, incluso Chaucer. “¿Cuáles son las materias que os interesan ahora?” –pregunté a una alumna rubia del último curso, con birrete y toga–. “¿Física nuclear? ¿Arte moderno? ¿Las civilizaciones de África?...” Y mirándome como si yo fuera algún dinosaurio prehistórico, replicó:

“A las de hoy ya no les gustan esas cosas. No queremos

estudiar ninguna carrera. Nuestros padres pretenden que vayamos al colegio. Todas vamos. Porque si una no va al colegio, la consideran en casa a una algo así como un desecho social... Pero una chica que se toma en serio los estudios –y que quiere seguir estudiando e investigando– sería un bicho raro, poco femenina. Apuesto a que todas deseamos graduarnos llevando un anillo con diamante en el dedo. Esto es lo que realmente importa.”

Descubrí una regla no escrita que prohibía tener conversaciones sobre las asignaturas estudiadas, conversaciones de carácter intelectual, en algunas universidades.

En los recintos universitarios las chicas parecían tener siempre prisa corriendo de aquí para allá. Nadie, excepto algunos profesores, se sentaban a charlar en los divanes del café o en un rincón del bar. En mi tiempo solíamos sentarnos a discutir sobre la verdad, sobre el arte por el arte, sobre la religión, sobre el sexo, sobre la guerra y la paz, sobre Freud y Marx, y sobre todas las cosas que no marchaban bien en el mundo. Una estudiante de primer año, de aspecto indiferente, me dijo:

Nunca perderemos el tiempo en esas cosas, jamás nos preocupamos de las cosas abstractas. La mayoría, hablamos de nuestros pretendientes. Paso tres días a la semana fuera de la Universidad. Hay un chico que me interesa. Me gusta estar con él.

Una alumna del último curso, de ojos negros, con una trinchera, reconoció, como si se tratara de un vicio nefando, que

le agradaba curiosear en las estanterías de la biblioteca y “coger los libros que me interesan”:

El primer año se aprende a mirar con desprecio la biblioteca. Más tarde, sin embargo... bueno, una empieza a pensar que el año que viene una ya no estará en la Universidad. De pronto una quisiera haber leído más, haber hablado más, haber seguido cursos más difíciles que una eludió. Así una sabría qué cosas son realmente las que a una le interesan. Pero me figuro que todas esas cosas ya no interesan, cuando una está casada. Entonces, lo que a una le interesa es su hogar y enseñar a los hijos a nadar y a patinar, y charlar por la noche con su marido. Creo que seremos mucho más felices de lo que solían ser las universitarias...

Esas chicas se comportaban como si la Universidad fuese una especie de intervalo por el que había que pasar impacientemente, eficientemente, como si fuera un aburrido negocio hasta que la “verdadera” vida comenzase. Y esa vida verdadera empezaba cuando se casaban y se iban a vivir a una casa de un barrio residencial con su marido y sus hijos. Era completamente natural esa prisa por terminar ese negocio aburrido. ¿Era auténtica esa preocupación por el matrimonio? He podido comprobar que las chicas se negaban con volubilidad a interesarse seriamente por su educación intelectual, hablando continuamente de “cuando esté casada”; en general, tampoco estaban seriamente interesadas por un hombre determinado. Aquellas que se apresuraban a acabar sus tareas en la Universidad para poder pasar tres días fuera, ni siquiera tenían una verdadera cita a la que no quisiesen faltar.

En mis tiempos las chicas de moda, que pasaban los fines de semana en Yale, tomaban tan en serio su trabajo en la Universidad como las mismas “empollonas”. Aunque alguna de ellas estuviera temporalmente –o, muy seriamente– enamorada, durante la semana de estudio en la Universidad vivían la vida de la inteligencia... y la hallaban absorbente, exigente, a veces apasionante y siempre verdadera. ¿Podían estas chicas que ahora tienen que trabajar más duramente y tener más capacidad para ser admitidas en la Universidad a causa de competencia, sentir tanto desprecio por la vida intelectual?

Yo percibía gradualmente la tensión, la casi hosca protesta, el deliberado esfuerzo –o el esfuerzo soslayado deliberadamente– detrás de sus máscaras impasibles. Su hastío no era lo que parecía, sino una negativa, una resistencia a verse comprometidas. Así como una mujer que piensa inconscientemente que hablar del sexo es pecado está como ausente de una conversación tal, se va con la imaginación a otra parte, así les ocurre a estas chicas: están en otra parte. Siguen el ritmo marcado, pero se defienden contra las sollicitaciones abstractas de la mente y del espíritu que el colegio podría imbuir en ellas... las peligrosas sollicitaciones del intelecto que nada tienen que ver con el sexo.

Una preciosa estudiante de segundo año me explicó:

Se trata de aparentar indiferencia, con mucha afectación. No hay que demostrar demasiado entusiasmo por el trabajo ni por nada. La gente que toma las cosas demasiado en serio, acaba por inspirar risa o lástima a los demás. Como cuando

se tienen ganas de cantar, si se insiste demasiado en hacerlo, se acaba por hacer que los demás se sientan molestos. Se la tiene a una por una excéntrica.

Otra muchacha siguió dando detalles:

Podrían compadecerse de una... Yo creo que se puede tomar en serio el trabajo sin ser despreciada como una intelectual de cuerpo entero, si una deja de estudiar de vez en cuando y piensa que la cosa no es para tanto. Si se hace sin darle importancia, como si se tratara de un juego, entonces se tolera.

Otra, con el emblema de un club estudiantil en su elegante jersey, dijo:

Quizá deberíamos tomarlo más en serio... pero nadie desea graduarse y conseguir un título que nunca podrá utilizar en la vida. Si el marido de una va a ser hombre de negocios, una no puede ser demasiado culta. La esposa es de una gran importancia en la carrera del marido. Una no puede interesarse demasiado por el arte o por cosas por el estilo.

Una muchacha que había sido dada de baja en la lista de las mejores en Historia, me dijo:

Me gustaba. Me apasionaba hasta tal punto por mi trabajo, que a veces iba a la biblioteca a las ocho de la mañana y no salía hasta pasadas las diez de la noche. Incluso pensé que podía continuar mis estudios en una escuela superior o en la facultad de derecho, y utilizar de verdad mi

inteligencia. Pero, de repente, tuve miedo de lo que pudiera ocurrir: necesitaba vivir plenamente la vida, deseaba casarme, tener hijos, tener una bonita casa. De pronto pensé: ¿para qué estoy haciéndome los sesos agua? Por eso este año estoy tratando de llevar una vida más sensata. Sigo estudiando, pero ya no leo ocho libros a la vez y me quedo con ganas de leer otro. Estudio menos y voy más al cine... La vida que llevaba antes era más dura, pero más apasionante. No sé por qué la he dejado. Tal vez se me acabó el entusiasmo.

El fenómeno no parece limitado a un colegio determinado; se encuentra entre todas las chicas de todos los colegios. Se le puede observar entre las alumnas de cualquier Universidad o sección de Universidad en que todavía se haga trabajar la mente de las estudiantes. Una estudiante de primer año de una Universidad sureña me dijo:

Siempre, desde que era una niña, la ciencia ha ejercido sobre mí una profunda fascinación. Pensaba hacer el doctorado en bacteriología y dedicarme a la investigación del cáncer; ahora estudio economía doméstica. Me di cuenta de que no me interesa dedicarme a algo tan profundo. Si hubiese continuado, me habría convertido en una de esas personas consagradas a su profesión. Durante los dos primeros años me sentí tan profundamente fascinada, que no salía nunca del laboratorio. Lo amaba..., pero me estaba perdiendo tantas cosas. Si las demás chicas se iban a nadar por la tarde, yo me quedaba trabajando con mis portaobjetos. No hay aquí ninguna chica que se dedique a la bacteriología: sesenta chicos y yo sola en el laboratorio.

No podría entenderme ya con chicas que no entienden de ciencia. No me interesa la economía doméstica tanto como me interesaba la bacteriología, pero comprendo que me convenía cambiar y tratar gente. Me di cuenta de que no debía tomar las cosas tan en serio. Volveré a mi casa y trabajaré en unos grandes almacenes, hasta que me case.

Lo incomprendible para mí no es que esas chicas se resistan a ser captadas por la vida intelectual, sino que los educadores sean mixtificadas por esa resistencia, o que le echen la culpa a la “cultura estudiantil”, como hacen algunos... La única lección que una chica no podía dejar de aprender si fue al colegio entre 1945 y 1960, era la de *no* interesarse por otra cosa que no fuera el casarse y tener hijos, si deseaba ser normal, feliz, adaptada, femenina, tener un marido y unos hijos que triunfasen en la vida y llevar una vida sexual normal, femenina, adaptada a su tiempo y provechosa. Podía haber aprendido alguna de esas lecciones en casa, y algunas otras de las demás chicas de la Universidad; pero también las aprendió, indiscutiblemente, de aquellos a quienes se les había encargado de desarrollar su inteligencia crítica y creadora: sus profesores.

Un cambio sutil y apenas perceptible, se había producido en la cultura académica de la mujer norteamericana durante los últimos quince años: el nuevo método, basado en la sexualidad, empleado por sus educadores. Bajo la influencia de la mística de la feminidad, algunos directores de colegios y profesores encargados de la educación intelectual de las mujeres se habían preocupado más a fondo de la futura capacidad de sus alumnas para el orgasmo sexual, que por la futura utilización de su inteligencia allí cultivada. De hecho, algunos educadores

destacados de la mujer comenzaron a ocuparse concienzudamente en proteger a sus alumnas contra la tentación de utilizar su inteligencia creadora crítica... por el ingenioso método de enseñarle a no ser crítica ni creadora. De esta suerte, la educación superior vino a reforzar con todo su peso el proceso por el cual las mujeres norteamericanas de ese período fueron formadas, cada vez más, para cumplir su misión biológica, y cada vez menos para poner en práctica sus talentos personales. Las chicas que iban al colegio no podían apenas eludir aquellos fragmentos de Freud y Margaret Mead, o librarse de un curso sobre “Matrimonio y vida de familia”, con sus doctrinas funcionales sobre “la manera de desempeñar el papel de la mujer”.

La nueva educación de las mujeres, basada en lo sexual, no estaba limitada, sin embargo, a una sección determinada de la Universidad. Estaba implícita en todas las ciencias sociales; pero más que eso, formaba parte de la educación misma, no solamente porque el catedrático de literatura inglesa, o el asesor para la elección de carrera, o el director de la Universidad leían a Freud y a la Mead, sino porque la educación era lo primero que pretendía modificar la nueva mística; la educación de las muchachas norteamericanas con –o como– los muchachos. Si los freudianos y los funcionalistas tenían razón, los educadores eran culpables de desfeminizar a las mujeres norteamericanas, de condenarlas a fracasar como amas de casa y como madres, o a dedicarse a carreras en que se quedarían solteras, es decir, a vivir sin orgasmo. Era una grave acusación: muchos directores de universidades y especialistas en cuestiones docentes confesaron su culpabilidad sin un murmullo de protesta y se pasaron al campo de la educación basada en lo

sexual... Hubo algunos gritos de protesta, por supuesto, por parte de los educadores aferrados a viejos métodos, que seguían pensando todavía que la inteligencia era más importante que el lecho conyugal, pero éstos estaban a menudo a punto de ser jubilados y serían reemplazados por otros maestros más jóvenes, profundamente adoctrinados en la educación basada en lo sexual, o estaban tan absorbidos por sus propias asignaturas que apenas tenían algo que decir sobre los asuntos generales de la Universidad.

El clima educativo general estaba ya en sazón para adoptar el nuevo método de educación basada en lo sexual, que daba una importancia capital a la adaptación. El viejo objetivo de la educación –el desarrollo de la inteligencia por medio de un vigoroso dominio de las principales disciplinas intelectuales– había caído ya en desgracia entre los educadores de la infancia. El colegio para la formación de profesores en la Universidad de Columbia eran el campo de cultivo ideal para el funcionalismo pedagógico. Al mismo tiempo que la psicología, la antropología y la sociología impregnaban toda la atmósfera escolar, la educación de la feminidad se extendió desde las universidades de Mills y Stephens a las *Finishing Schools* (colegios donde las jóvenes aprenden cultura general y trato social) –cuyo sistema educativo se basaba más en la tradición que en lo científico– hasta los más orgullosos bastiones en las universidades femeninas más importantes, las universidades que iban a la cabeza en la educación superior femenina en los Estados Unidos, y eran famosas por el alto nivel intelectual, que no transigía en nada.

En lugar de abrir nuevos horizontes y mundos más anchos a las mujeres dotadas, los pedagogos adictos a la educación

basada en el sexo comenzaron a enseñarles a adaptarse partiendo del hogar y de los hijos. En lugar de instruir las en la verdad para contrarrestar los prejuicios populares del pasado, o de enseñarles las maneras de hacer una crítica sincera de las cosas, contra la que los prejuicios no pueden sobrevivir, los partidarios de la educación basada en el sexo sirvieron a las chicas un enrevesado continuo de recetas y presentimientos sin auténtica base científica, mucho más opresores del intelecto y perjudiciales para el futuro que todos los tabús tradicionales. Y todo ello realizado conscientemente y con la mejor intención del mundo por los educadores, que creían realmente en la mística de la feminidad tal como era explicada por los sociólogos. Si un profesor o un director de colegio o Universidad no encontraba en esta mística apoyo real, una confirmación de sus propios prejuicios, no tenía, sin embargo, ninguna razón para *no creer* en ella.

Las pocas profesoras o directoras de colegios o universidades, o bien cayeron en la nueva línea de conducta, o bien su autoridad quedó en entredicho tanto como profesoras que como mujeres. Si eran solteras, o si no habían tenido hijos, la mística les prohibía hablar como mujeres. (En *La mujer moderna: el sexo perdido* se les prohibía, incluso, enseñar.) La famosa intelectual, que no se casó, pero que incitó, en cambio, a muchas generaciones de mujeres universitarias a buscar la verdad, fue despreciada como educadora de la mujer. No fue reelegida presidente de la universidad femenina, cuya tradición intelectual había elevado a lo más alto; la educación de aquellas muchachas fue confiada a un hombre apuesto y muy casero, más apropiado para que las chicas se adaptaran con gusto al papel femenino que les corresponde. El verdadero intelectual

dejaba generalmente la universidad femenina para dirigir un departamento en una gran universidad, donde los que aspiraban a doctorarse en filosofía eran afortunadamente hombres para los cuales el espejuelo del título universitario, la búsqueda de la verdad, no eran consideradas como un impedimento para la completa realización sexual.

De acuerdo con la nueva mística, sencillamente por el hecho de ser mujer, la mujer intelectual era sospechosa.

No estaba trabajando sólo para sostener su propio hogar; era culpable de una actitud antifemenina, por haber seguido trabajando tantos años en su especialidad agotadora y sin esperanza de lucro, para licenciarse en filosofía.

Como autodefensa, adoptaba a veces blusas vaporosas, llenas de volantes y encajes, como una inocua versión de la tendencia a la feminidad: en los congresos de psicoanálisis, un observador dijo una vez que las mujeres siquiatras se camuflaban con sombreros delicados, llenos de flores, elegantemente femeninos, al lado de los cuales las amas de casa algo descuidadas hubieran parecido casi masculinas. Llevados por doctoras en medicina o en filosofía, aquellos sombreros floridos y aquellas blusas de gasa querían decir: *que nadie ponga en tela de juicio nuestra feminidad.*

Pero el hecho es que su feminidad era puesta en tela de juicio... Un famoso colegio femenino adoptó como propaganda el siguiente *slogan*: “No estamos educando mujeres para intelectuales; las educamos para que sean buenas esposas y madres.” (Las mismas chicas, con el tiempo, se cansaron tanto

de repetir la frase completa, que acabaron por abreviarla, reduciéndola a las iniciales “WAM”)⁹⁹.

En el desarrollo del programa de educación sexual dirigida, nadie fue tan lejos como Lynn White, antiguo director del colegio Mills; pero cuando se ha partido de la premisa de que las mujeres no deben ser educadas como hombres, sino para cumplir su misión de mujeres, hay que aceptar su programa... que llegaba incluso a reemplazar las clases de química por un curso superior de arte culinario.

El pedagogo de la escuela sexual empieza por reconocer la culpa que tiene la educación en el complejo de frustración general y sexual de la mujer norteamericana. Sobre mi mesa de trabajo hay una carta de una joven madre, que salió del colegio hace pocos años: “He llegado a darme cuenta de que fui educada para ser un hombre de provecho, y ahora tengo que aprender a ser una mujer de provecho.” La básica falta de sentido de lo que se considera en los Estados Unidos como educación de la mujer no podía ser más clara y brevemente expresada... El fracaso de nuestro sistema pedagógico, al no saber tomar en consideración esas básicas y sencillas diferencias que existen entre el modo de vida de la mayoría de los hombres y de las mujeres, es responsable, por lo menos en parte, del profundo descontento y desazón que afectan a millones de mujeres:

Es evidente que si las mujeres deben recuperar el respeto hacia su propio sexo, tienen que invertir las tácticas del antiguo feminismo, que niegan con indignación la existencia

⁹⁹ Wives and mothers (esposas y madres). (N. del T.)

de diferencias en las tendencias intelectuales y emocionales del hombre y de la mujer. Sólo reconociendo e insistiendo en la importancia de tales diferencias pueden las mujeres salvarse, ante sus propios ojos, de esa convicción de ser seres inferiores.¹⁰⁰

El pedagogo de la tendencia sexual considera masculinas “nuestra supervalorada creatividad cultural”, “nuestra aceptación a ciegas de que el progreso es bueno en sí mismo”, “nuestro individualismo egoísta”, “la tendencia a innovar”, “la constitución abstracta”, “el pensamiento cuantitativo”..., del cual, naturalmente, el símbolo terrible es o bien el comunismo o bien la bomba atómica. Contra todo eso, están considerados como atributos femeninos, el sentido de lo individual, de las relaciones directas, intangibles y cualitativas, una aversión por las estadísticas y los números, “lo intuitivo”, “lo emocional” y todas las fuerzas que “miman” y “conservan” todo aquello que es bueno, sincero, hermoso, útil y *sagrado*.

Una educación superior feminizada puede comprender el estudio de la sociología, la antropología y la psicología. (“Estos estudios que apenas están relacionados con el genio coronado de laurel del sexo fuerte –elogia el profesor deseoso de salvaguardar la feminidad– están consagrados a explorar las tranquilas y poco espectaculares fuerzas de la sociedad y del intelecto... abarcan la tendencia femenina de conservar y mimar.”) Apenas incluye, en cambio, ni la ciencia pura (puesto que la ciencia abstracta y el pensamiento cuantitativo son antifemeninos), ni las bellas artes, que son masculinas,

100 Lynn White, *Educating our Daughters*, Nueva York, 1950, pp. 18-48.

“rimbombantes y abstractas”. Las artes aplicadas o artes menores, sin embargo, son femeninas: la cerámica, el arte textil, el trabajo realizado más por la mano que con la cabeza. “Las mujeres aman la belleza tanto como los hombres, pero ellas prefieren una belleza relacionada con el proceso vital... la mano es tan importante y tan merecedora de respeto como el cerebro.”

El pedagogo de la escuela sexual cita aprobadoramente al cardenal Tisserant, cuando dice: “Las mujeres deberían ser educadas de tal manera que pudieran discutir con sus maridos.” Dejemos de educar de una manera completamente profesional a la mujer, insiste: “Todas las mujeres deben ser educadas para amas de casa. Incluso la economía y la ciencia del hogar, tal y como se enseña actualmente en los colegios, son masculinas porque «han sido elevadas al nivel de la enseñanza profesional».” ¹⁰¹

He aquí una verdadera educación femenina:

Se puede profetizar con confianza que puesto que las mujeres comienzan a manifestar sus deseos distintivos en forma de programa, las universidades femeninas y las instituciones coeducativas no se limitarán a ofrecer un curso general sobre la familia, sino, probablemente, de él irradiará una serie de cursos monográficos sobre dietética y alimentos textiles y vestimenta, salud, enfermería, planeamiento de la casa y decoración de interiores, jardinería y botánica aplicada, crecimiento del niño y... ¿sería imposible presentar un curso sobre alimentación que fuese tan apasionante y tan difícil de poner en práctica, después

101 Ibid., p. 76.

de terminados los estudios, como lo sería un curso sobre filosofía postkantiana? Renunciemos a hablar de proteínas, hidratos de carbono y cosas por el estilo, salvo de pasada, como, por ejemplo, cuando decimos que una col de Bruselas británica que ha hervido demasiado, no sólo pierde gusto y sabor, sino también riqueza vitamínica. ¿Por qué no estudiar la teoría y preparación de una paella, o de una buena zarzuela de pescado, o de unos riñones de cordero salteados con jerez, un picante curry, el uso de hierbas aromáticas, o incluso tan sencillos refinamientos como el servir alcachofas frías con leche fresca?¹⁰²

El educador que sigue el método sexual apenas se deja impresionar por la observación de que el plan de estudios de una universidad no debe contaminarse o diluirse con temas tales como el arte culinario o el aprendizaje de labores manuales, que pueden enseñarse provechosamente en las escuelas de segunda enseñanza. Debe enseñárseles esas disciplinas a las chicas en las escuelas de segunda enseñanza y luego, “todavía con mayor intensidad y riqueza”, en la Universidad. En cuanto a los chicos, debe dárseles también una educación “pensando en la familia”, pero no durante sus horas de estudio; el aprendizaje de trabajos manuales en la segunda enseñanza es suficiente para “permitirles, en el futuro, trabajar satisfechos en el taller montado en el garaje o en el jardín, rodeados por un círculo admirativo de niños” ...¹⁰³

Este tipo de educación, en nombre de la adaptación a la vida, llegó a ser una realidad en muchas universidades, escuelas de

102 Ibid., pp. 77 y ss.

103 Ibid., p. 79.

segunda enseñanza y colegios de enseñanza superior. No se pensaba en hacer retroceder el desarrollo de la mujer, pero seguramente se ayudaba a ello cuando los pedagogos norteamericanos comenzaron por fin a investigar las causas de la pérdida de la riqueza natural de inteligencia creadora, descubrieron que los abortados Einsteins, Schwitzers, Roosevelts, Edisons, Fords, Fermis, Frosts, etc., hubieran sido mujeres. Del cuarenta por ciento más brillante de graduados en las escuelas de segunda enseñanza de los Estados Unidos, sólo la mitad pasó a la enseñanza superior, y de la otra mitad que no siguió estudiando, *dos de cada tres eran mujeres*¹⁰⁴. Cuando el doctor James B. Conant recorrió toda la nación para ver qué era lo que estaba fallando en la segunda enseñanza norteamericana, comprobó que eran muchísimos los estudiantes que se dedicaban a seguir fáciles cursos prácticos que en nada favorecían el desarrollo de su inteligencia. Aquí también la mayoría de los que debían haber estado estudiando física, álgebra superior, geometría analítica y cuatro cursos de filología, pero que no lo hacían, eran mujeres. Tenían inteligencia suficiente para ello, el don especial que no se educa según el sexo, pero tenían también una mentalidad formada por la educación basada en el sexo, que les hacía creer que tales estudios “eran poco femeninos”.

Ocurría a veces que una chica deseaba estudiar una carrera difícil, pero un orientador de vocaciones o un profesor le decía que era una pérdida de tiempo como, por ejemplo, el caso de una chica que estudiaba en una buena escuela superior del Este que quiso ser arquitecto: su orientador de vocaciones le advirtió

104 Véase Dael Wolfle, *Americas Resources of Specialized Talent*, Nueva York, 1954.

firmemente que no solicitara ser admitida en ninguna escuela de arquitectura basándose en que hay muy pocas mujeres que eligen tal carrera y que, por lo tanto, no la admitirían en ninguna. Ella, tercamente, solicitó ingresar en dos universidades que otorgaban el título de arquitecto: las dos, con gran extrañeza por su parte, la aceptaron. Entonces el orientador le dijo que aunque había sido aceptada, no había realmente porvenir para una mujer en arquitectura; se pasaría la vida en una sala de dibujo. Y le aconsejó que fuese a una escuela de enseñanza superior, donde el trabajo le sería mucho más fácil que en arquitectura y donde aprendería todo lo que necesitaba saber cuando se casase.¹⁰⁵

La influencia de la educación sexual dirigida era quizás todavía más penetrante en las escuelas de segunda enseñanza que en las universidades, porque muchas de las chicas sujetas a la disciplina de aquéllas no iban a la Universidad. Escogí al azar un “plan de estudios” para uno de estos cursos preparatorios para la vida, en una escuela del barrio en que vivo. Se titula “la chica que sabe agradar” y da consejos prácticos sobre “lo que se debe hacer y lo que no se debe hacer con los novios” a las niñas de once, doce y trece años...; una especie de reconocimiento precoz o forzado de su función sexual. Aunque muchas de ellas carecen todavía de algo con qué llenar un sostén, se les aconseja picarescamente que jamás lleven un jersey sin ponerse antes el sostén, y que no dejen nunca de usar bragas, para que los chicos no vean nada a través de sus faldas... No es pues sorprendente que, ya en el primero o en el segundo año del bachillerato, estas

105 Citada en un discurso de la juez Mary H. Donlon en las actas de la “Conference on the Present Status and Prospective Trends of Research on the Education of Women”, 1957, American Council on Education, Washington, D. C.

chicas estén completamente al tanto de su función sexual, les aburran y contraríen todas las asignaturas y no tengan otra ambición que casarse y tener hijos. No podemos dejar de preguntarnos (especialmente cuando algunas de estas chicas –casi unas niñas– quedan embarazadas durante la segunda enseñanza y se casan a los quince o a los dieciséis años), si no habrán sido educadas para sus funciones sexuales prematuramente, cuando sus demás capacidades aún no han sido reconocidas.

Esta atrofia de las capacidades no sexuales de las chicas es un mal que alcanza a toda la nación. En las escuelas superiores de Indiana, en 1955, sólo un 15% de los muchachos más capacitados no prosiguió sus estudios, contra un 36% de las chicas¹⁰⁶. Precisamente en estos años en que la educación superior se ha convertido en una necesidad para todo el que desea desempeñar una función provechosa en nuestra sociedad en expansión, *la proporción de mujeres entre los estudiantes ha decrecido año tras año*. En los años cincuenta, también las mujeres abandonaban las universidades y colegios en mayor proporción que los hombres; sólo el 37% de las mujeres se graduaron, frente a un 55% de hombres¹⁰⁷. Pero en esta época de dura competencia para conseguir ser admitido en las universidades y en que suele conseguirlo una sola muchacha por cada dos chicos, hay que considerar que esta muchacha ha sido seleccionada más exigentemente y, por lo tanto, es menos probable que no pueda proseguir sus estudios por falta de

106 Véase “The Bright Girl: A Major Source of Untapped Talent”, Guidance News- letter, Science Research Associates Inc., Chicago, 111., mayo 1959.

107 Véase Dael Wolfle, op. cit.

capacidad intelectual¹⁰⁸. Las mujeres renuncian a estudiar, como dice David Riesman, bien para casarse o porque temen que un exceso de instrucción sea un obstáculo para el matrimonio. El promedio de la edad en que se casan por primera vez ha decrecido hasta ser la más juvenil en los últimos quince años, la más baja en la historia de los Estados Unidos, más baja incluso que la de los demás países de Occidente, casi tan baja como solía ser la de los llamados países subdesarrollados. En las nuevas naciones de Asia y África, con la llegada de la ciencia y la instrucción pública, la edad a que las mujeres suelen casarse se va elevando paulatinamente. En la actualidad, en parte gracias a la educación sexual dirigida de la mujer, el índice del aumento anual de población de los Estados Unidos está entre los más elevados del mundo, siendo casi tres veces el de las naciones de la Europa occidental, casi el doble que el del Japón y va pisándole los talones al de África y la India.¹⁰⁹

Los pedagogos que aplican la educación sexual dirigida, han desempeñado un doble papel en esta tendencia: intensificando la educación sexual de las jóvenes (que tal vez tendrían también necesidad de ser educadas en una forma que no impidiese tanto su desarrollo en otros aspectos) y abdicando su responsabilidad en lo que respecta a la educación de las mujeres en el estricto

108 John Summerskill, "Dropouts from College", en *The American College*, p. 631.

109 Joseph M. Jones, "Does Overpopulation Mean Poverty?", Center for International Economic Growth, Washington, 1962. Ver también *United Nations Demographic Yearbook*, Nueva York, 1960, pp. 580 y ss. En 1958, en los Estados Unidos se casaban más jóvenes entre los quince y los diecinueve años que a cualquier otra edad. En todas las demás naciones avanzadas y muchas de las subdesarrolladas que empiezan a resurgir, la mayoría de las mujeres se casaban de veinte a veinticuatro años o después de los veinticinco. El ejemplo de los Estados Unidos de matrimonios de menores de veinte años sólo podía encontrarse en países como el Paraguay, Venezuela, Honduras, Guatemala, Méjico, Egipto, Irak e Islas Fiji.

sentido intelectual. Con o sin estudios, las mujeres tienden naturalmente al cumplimiento de su función sexual, y son capaces de experimentar el amor físico y la maternidad. Pero sin estudiar tanto, las mujeres, como los hombres, no son capaces de interesarse en cuestiones superiores a las biológicas.

La educación debería y puede dotar a una persona de “amplias perspectivas” y hacerla “abierta a nuevas experiencias, independiente y disciplinada en sus ideas, profundamente entregada a alguna actividad productiva, provista de convicciones basadas en la comprensión del mundo y en la propia integración de su personalidad”.¹¹⁰ La barrera principal que se opone al desarrollo de las jóvenes consiste en su propia y rígida idea preconcebida del papel de la mujer, que los pedagogos de la educación sexual dirigida se encargan de reforzar, bien explícitamente o bien no empleando su propio talento y su propia responsabilidad para derribarla.

Este callejón sin salida de la educación sexual dirigida se nos muestra en el exhaustivo ensayo de mil páginas titulado *The American College*, en el que los factores motivacionales que deciden la entrada en la Universidad se analizan sobre los datos de una investigación hecha entre 1.045 chicos y 1.925 muchachas. El ensayo reconoce que es la necesidad de ser independiente y de descubrir su propia identidad dentro de la sociedad, no primordialmente por su papel sexual, sino por medio del trabajo, lo que hace que los chicos se formen en la Universidad. El hecho de que las chicas no se formen en la universidad se explica por el hecho de que para una chica el

110 Navitt Sanford, “Higher Education as a Social Problem”, en *The American College*, p. 23.

logro de la identidad es exclusivamente sexual; para las chicas, la universidad en sí misma es considerada, incluso para las más inteligentes, no como una llave que les abrirá el camino a una ampliación de su personalidad, sino como una válvula de escape de sus impulsos sexuales:

Lo que el joven busca en la formación de su personalidad es primordialmente una orientación profesional y vocacional, mientras que para la joven, la formación de su propia personalidad depende más directamente del matrimonio. Un cierto número de diferencias son la consecuencia de esta primera. La personalidad de la joven se centra más exclusivamente en su papel sexual –¿De quién voy a ser la esposa?, ¿qué clase de familia voy a tener?–, mientras que la personalidad del joven se forma alrededor de dos núcleos: será marido y padre (su personalidad en cuanto a su papel sexual), pero será también y principalmente un trabajador. Una marcada diferencia se produce en la adolescencia y tiene en ella una especial importancia: la personalidad en lo que respecta a actividad profesional es, en general, cuestión de elección personal que puede comenzar tempranamente y a la que pueden aplicarse todos los recursos de un planeamiento natural e intelectual. El joven puede empezar a pensar y a planear sobre aspectos de su personalidad muy precozmente...

La personalidad sexual, tan importante para el desarrollo de la mujer, no permite un esfuerzo tan consciente u ordenado. Es un misterioso y romántico impulso, con una gran carga de fantasía, idealismo e ilusión. Una niña puede aprender ciertas habilidades y actividades superficiales correspondientes al papel femenino,

pero se la considerará carente de gracia y de feminidad si se nota demasiado que sus esfuerzos para ser femenina son calculados y conscientes. El verdadero centro de la realización femenina –vivir en la intimidad con un hombre amado– es un proyecto futuro y para el cual no existe aprendizaje. Encontramos que las chicas y los chicos, en su adolescencia, tienen muy diferentes maneras de enfocar el futuro: los niños están continuamente planeando y tanteando en busca de su futura actividad profesional, cambiando aparentemente de dirección, en un esfuerzo para encontrar el papel que se ajusta más adecuadamente a sus particulares talentos e intereses característicos temperamentales y necesidades. Las niñas, en cambio, están mucho más absorbidas por la imaginación, especialmente en lo que concierne a chicos y éxito social, matrimonio y amor.

La idea de ir a la Universidad sirve aparentemente de sucedáneo a una preocupación más directa por el matrimonio: las chicas que no se proponen ir a la Universidad, hablan más claramente de sus deseos de casarse y tienen un sentido más desarrollado de su propio papel sexual. Se dan más cuenta y con más franqueza de todo lo concerniente a la sexualidad... La opinión de que la imaginación es una válvula de escape para los impulsos sexuales reprimidos está de acuerdo con la teoría general sicoanalítica de que los instintos a los que no se les permite manifestarse, buscan una manera disfrazada de expresión.¹¹¹

Por esto no se sorprendieron de que el 70% de las mujeres

111 Elizabeth Douvan y Carol Kaye, “Motivational Factors in College Entrance”, en *The American College*, pp. 202-206.

estudiantes de primer año en cierta Universidad del Oeste medio de los Estados Unidos, respondiera a la pregunta: “¿Qué esperáis conseguir al salir de la Universidad?”, de este modo: “Encontrar al hombre soñado.” También hallaron otras respuestas que demostraban un deseo de “marcharse de casa” o de “viajar”, y otras relativas al deseo de dedicarse a ciertas ocupaciones que fueron dadas por la mitad de las chicas, y que se interpretaron como un símbolo de su “curiosidad acerca de los misterios sexuales”:

El ir a la Universidad y el viajar son los derivados de un interés muy vivo por lo sexual. Las chicas que terminan su período escolar en la escuela superior, están más prontas a asumir un papel sexual de adulto contrayendo un matrimonio prematuro y tienen un concepto más claro de sus impulsos y papel sexuales. Las chicas que van a ir a la Universidad, por otra parte, tardarán más en darse cuenta directamente de su personalidad sexual. En el ínterin, la energía sexual es dirigida por medio de un mecanismo de la imaginación hacia la Universidad, los atractivos de la vida estudiantil y sensualidad general.¹¹²

¿Por qué los educadores ven a las chicas, y solamente a las chicas, bajo ese aspecto completamente sexual? Los adolescentes tienen impulsos sexuales cuya satisfacción puede verse moderada por la Universidad. Pero en lo que respecta a los chicos, los pedagogos no se preocupan de la “fantasía” sexual; se preocupan de la “realidad”, y esperan de los muchachos que completen su autonomía y su identidad

112 Ibid., pp. 208 y s.

personales “integrándose en aquella esfera de nuestra cultura que más lo merece moralmente –el mundo del trabajo–, en la cual serán admitidos como personas con títulos y aptitudes reconocidas”. Incluso si las tendencias vocacionales y los objetivos de los muchachos no son, al principio, realistas –y dicho estudio demostró que no lo eran–, los pedagogos partidarios de la educación sexual dirigida reconocen que los motivos, objetivos, intereses y preconcepciones infantiles pueden cambiar. También reconocen que, para la mayoría, la última oportunidad decisiva para cambiar está en la Universidad. Pero, por lo visto, no se espera que las chicas cambien, ni se les da la oportunidad. Incluso en las universidades mixtas, muy pocas chicas reciben la misma educación que los muchachos. En lugar de estimular lo que los sicólogos han sugerido que puede ser un deseo “latente” de autonomía en las muchachas, pedagogos partidarios de la educación sexual dirigida favorecieron la tendencia de su imaginación sexual a que todos sus deseos de realización, posición social y personalidad se efectuasen a través de un hombre. En lugar de combatir la preconcepción de las muchachas, infantil, rígida y limitada del papel de mujer, se le fomentaron, ofreciéndoles un revoltillo de cursos de artes aplicadas, sólo convenientes para darles la apariencia de esposas, o asignaturas de bajo nivel intelectual, como las denominadas “dietética institucional”, muy por debajo de sus capacidades y sólo convenientes como una ocupación provisional entre la Universidad y el matrimonio.

Según admiten los propios pedagogos, la preparación universitaria de las mujeres no les sirve para entrar en el mundo de los negocios o en el mundo profesional con un nivel aceptable, bien al graduarse o más adelante; no está pensado

para que adquieran todos los conocimientos que justificarían el plan de estudios y el trabajo requeridos para obtener una preparación profesional de alta calidad. Para las mujeres –afirman los educadores con la aprobación general–, la Universidad es el lugar adecuado para encontrar un hombre. Verosímilmente, si el recinto universitario es “el mejor mercado matrimonial” –en frase gráfica de un *educador*–, ambos están afectados por ello. En los recintos universitarios –y en ello están de acuerdo profesores y alumnos–, las chicas son las que atacan en esta cacería matrimonial. Los chicos, casados o solteros, tienen que estrujarse el cerebro, buscar su propia personalidad, redondear su plan de vida; las chicas sólo van allí para cumplir su función sexual.

Las estadísticas demuestran que en el 90%, o más, del creciente número de matrimonios dentro de la Universidad, cuyos motivos fueron “la imaginación y la necesidad de conformarse al ambiente”, las esposas están ayudando literalmente a sus maridos a terminar sus estudios universitarios¹¹³. La chica que abandona la Universidad o la escuela superior para casarse y tener un hijo, o para obtener un empleo con objeto de ayudar a su marido a terminar sus estudios, queda atrofiada para esa clase de desarrollo mental y capacidad intelectual que se supone que proporciona la educación superior, como el trabajo infantil en las fábricas decimonónicas solía atrofiar el desarrollo físico de los niños. También se ve

113 Esther Lloyd-Jones, “Women Today and Their Education”, *Teachers College Record*, vol. 57, núm. 1, octubre 1955; y núm. 7, abril 1956. Ver también el libro de Opal David, *The Education of Women— Signs for the Future*, American Council on Education, Washington, D. C., 1957.

privada de la preparación realista para una carrera o una profesión, que permitiría utilizar sus facultades y sería de alguna importancia para la sociedad y para ella misma.

Durante el período en que los pedagogos partidarios de la educación sexual dirigida se dedicaron a la adaptación sexual de la mujer, los economistas lanzaron un nuevo y revolucionario cambio, revolucionario en el trabajo norteamericano: por debajo del flujo y reflujo de la prosperidad o la depresión, encontraron una absoluta disminución, en espiral, de las posibilidades de empleo para las personas sin instrucción o sin alto nivel intelectual. Pero cuando los economistas del gobierno realizaron su estudio sobre las capacidades de la mujer, visitaron las universidades y encontraron a las chicas muy poco afectadas por la probabilidad de que pudieran tener que pasar veinticinco años más de su vida adulta realizando trabajos fuera de casa. Incluso cuando es virtualmente cierto que la mayoría de las mujeres ya no se pasarán la vida dedicando todo su tiempo a sus quehaceres de esposas, los pedagogos de la educación sexual dirigida les han aconsejado que no se preparen para una carrera o profesión, por temor a perjudicar su adaptación sexual.

Hace unos cuantos años, la educación sexual dirigida consiguió infiltrarse al fin en un colegio femenino que en el pasado había estado orgulloso de que un elevado tanto por ciento de sus graduadas salían para ir a ocupar los puestos más preeminentes en la educación, el derecho, la medicina, las artes y las ciencias, el gobierno y la beneficencia. Esta Universidad tenía como presidenta a una antigua feminista que tal vez empezaba a sentirse un poco culpable, al pensar que todas aquellas mujeres iban a ser educadas como hombres. Un cuestionario que se

envió a las alumnas de todas las edades demostró que la gran mayoría estaba satisfecha con su educación no sexual; pero una minoría se quejaba de que su educación las había hecho demasiado conscientes de sus derechos y de su igualdad con los hombres, demasiado preocupadas de seguir una carrera, dominadas por un obstinado sentimiento de que debían hacer algo en la comunidad, de que debían, por lo menos, seguir leyendo, estudiando, desarrollando sus propias facultades y tendencias. ¿Por qué no se les había educado para ser felices amas de casa y madres de familia?

La culpable directora de aquella Universidad (personalmente culpable de ser directora de una Universidad y de tener además muchos hijos y un marido que había triunfado en la vida, culpable también de haber sido en sus tiempos una ardiente feminista y de haber hecho considerables progresos en su carrera antes de casarse; boicoteada por los sociólogos, que la acusaban de tratar de modelar a todas aquellas niñas a su propia imagen insoportable, irreal, pasada de moda, autoritaria, autoexigente, visionaria y antifemenina...) creó un curso funcional sobre el matrimonio y la familia, obligatorio para todas las alumnas de primero y segundo año.

Las circunstancias que condujeron a que el colegio tomara la decisión, dos años más tarde, de *suprimir* ese curso funcional, se mantuvieron en secreto. Nadie oficialmente relacionado con el colegio las dirá. Pero un profesor de la vecindad, también defensor del funcionalismo, dijo, con un cierto desdén hacia las ingenuas opiniones erróneas, que la gente estaba evidentemente escandalizada en la región de que todas las chicas que habían seguido el curso funcional se casasen tan

pronto. (La promoción de 1959 en aquella Universidad incluía un número record de 75 casadas, casi la cuarta parte de las chicas inscritas.) Me dijo tranquilamente:

¿Por qué se preocupa tanto por aquí de que las chicas se casen un poco antes? Yo no creo que tenga nada de malo casarse a una edad temprana, cuando se hace con la preparación adecuada. Me imagino que ello es debido a que no pueden desprenderse de la anticuada teoría de que las mujeres deberían ser educadas para desarrollar su inteligencia. Lo niegan, pero no se puede menos de sospechar que siguen creyendo que las mujeres deben seguir una carrera. Desgraciadamente, la idea de que las mujeres puedan ir a las universidades a buscar marido es anatema para algunos educadores.

En la Universidad en cuestión se enseña “Matrimonio y Familia”, esta vez como un curso de sociología, enfocándola hacia el análisis crítico de estas instituciones sociales tan cambiantes y no hacia su acción funcional, o sea hacia la terapia de grupo. Pero en la institución vecina, el profesor que me dio la información anterior es el segundo de a bordo de un departamento en pleno auge dedicado a la “Educación para la Vida Familiar”, en el que se prepara a un centenar de estudiantes graduadas para que puedan dar cursos sobre matrimonio funcional en las universidades, en las escuelas de magisterio, en las universidades del municipio o en las de grado superior de todos los Estados Unidos. Uno tiene la impresión de que estos nuevos pedagogos de la educación sexual dirigida se consideran realmente como unos cruzados, cruzados que combaten contra los antiguos valores del intelecto, antifuncionales

y antiterapéuticos, contra la antigua educación tan exigente para todos los estudiantes sin distinción de sexo, que se consagraba a la vida del espíritu y a la persecución de la verdad y nunca se le pasó por la imaginación ayudar a las chicas a pescar un marido, a gozar sexualmente o a adaptarse. Como mi informante siguió diciéndome:

“Estas chicas sólo están preocupadas por tener éxito con los hombres y por las cuestiones sexuales, por cómo deben comportarse con los muchachos y si está permitido tener relaciones sexuales antes del matrimonio. Quizá una chica está tratando de decidir sobre lo que hará cuando sea mayor; piensa en seguir una carrera y piensa también en el matrimonio. Se le plantea un esquema de la evolución de ambas soluciones para ayudarla a ver claro, de forma que vea las consecuencias de ambas sobre los hijos. Entonces ve que no tiene que sentirse culpable por limitarse a ser nada más que ama de casa...”

A veces se observa un gesto como a la defensiva, cuando se le pide a un pedagogo de la educación sexual dirigida que explique, para los no iniciados, la definición de la educación funcional. Uno de ellos respondió a una periodista:

“Está muy bien hablar de las cosas sublimes, generaciones intelectuales, conceptos abstractos, las Naciones Unidas...; pero en cierto modo tenemos que empezar enfrentándonos con esos problemas de las relaciones personales en una escala más modesta. Basta ya de centrar nuestra atención en el maestro; es necesario empezar a centrarla en los estudiantes. No hay que pensar en lo que nosotros creemos

que necesitan, sino en lo que ellos creen necesitar. Ésa es la educación funcional. Cuando entramos en una clase, ya no es nuestro objetivo cumplir un cometido, sino una atmósfera agradable en la que nuestros alumnos se sientan a gusto y hablen libremente de las relaciones interpersonales, en términos sencillos y no utilizando ampulosas generalizaciones.

Las chicas tienden, en la adolescencia, a ser muy idealistas. Creen que pueden tener una escala de valores diferente cada una de ellas, casarse con un muchacho de distinto nivel social y que eso no tendrá importancia más adelante. Nosotros les hacemos comprender que sí, que tiene importancia, y así no caerán tan a la ligera en un matrimonio desigual, ni en trampas por el estilo.¹¹⁴

La periodista preguntó cómo pueden enseñarse en una Universidad temas como: “Elección del cónyuge”, “Adaptación a la vida conyugal” y “Preparación a la vida familiar”, si lo que debe hacer el maestro no es enseñar, si no existe un texto que enseñar o sobre el que basarse y si el único objetivo consiste en ayudar a los alumnos a comprender sus propios problemas y sus emociones personales. Después de revisar un cierto número de lecciones sobre el matrimonio redactadas para la revista *Mademoiselle*, aquella periodista opinó: Sólo en los Estados Unidos se puede llegar a oír decir a una alumna, dirigiéndose a otra, con toda ingenuidad: “Debías haber venido hoy a clase. Se trató de representar el papel del varón y dos de las alumnas se soltaron el pelo y lo representaron a lo vivo.” La cuestión de

114 Mary Ann Guitar, “College Marriage Courses — Fun or Fraud?”, *Mademoiselle*, febrero 1961.

representar el papel correspondiente a un caso determinado, una técnica típica tomada de la terapia de grupo, tiene por objeto hacer comprender a los estudiantes los diferentes problemas bajo el punto de vista de la sensibilidad. Unas emociones más excitantes que las habituales en el aula de una Universidad, son provocadas indudablemente cuando el profesor invita a las chicas a “representar lo que sienten un chico y una chica en su noche de bodas”.

Flota una atmósfera pseudoterapéutica mientras el profesor escucha pacientemente las interminables explicaciones de las abochornadas alumnas acerca de sus emociones personales, con la esperanza de provocar una “sensación de grupo”. Pero, aunque el curso funcional no corresponda a la terapia de grupo, es indudablemente una inculcación en las alumnas de opiniones y valores por medio del manejo de sus emociones; y gracias a esta disimulada “manipulación” las alumnas ya no están sometidas al pensamiento crítico, que se exige en otras disciplinas pedagógicas.

Las alumnas creen como en el evangelio en las citas fragmentarias puestas en los libros de texto que hablan de Freud o comentan a Margaret Mead; carecen de la base crítica que se tiene cuando se conocen a fondo la psicología y la antropología. En realidad, al desterrar explícitamente las actitudes críticas habituales en los estudios universitarios, estos cursos pseudocientíficos sobre el matrimonio enseñan lo que no es, a menudo, más que una opinión corriente, una vulgarización de las leyes científicas. Dicha opinión puede ser la que está de moda en el momento o algo ya superado en los círculos psiquiátricos, pero a menudo es meramente un prejuicio, autorizado por

medio de una jerga del lenguaje psicológico o sociológico y por estadísticas escogidas a propósito, para darle la apariencia de una verdad científica indiscutible.

Las discusiones sobre la cohabitación prematrimonial conducen generalmente a la conclusión científica de que no es aconsejable. Un profesor expone su posición oponiéndose a las relaciones sexuales antes del matrimonio, citando estadísticas escogidas para demostrar que las experiencias sexuales prematrimoniales hacen más difícil la adaptación al matrimonio. La alumna se entera de las otras estadísticas que refutan este punto; y si el profesor las conoce, está libre de no tomarlas en consideración en el curso funcional sobre el matrimonio, por considerarlas antifuncionales. (“Nuestra sociedad está enferma. Hay que dar a las alumnas unos conocimientos definitivos y exactos.”) Es funcional el conocimiento de que “sólo las mujeres excepcionales pueden tener éxito dedicándose a una carrera”. Naturalmente, puesto que la mayoría de las mujeres no tenían carrera antiguamente, las pocas que la tenían eran “excepcionales” –lo mismo que son “excepcionales” para una chica un matrimonio con quien no es de su clase social, o unas relaciones sexuales antes del matrimonio–. Todo esto son casos que ocurren a menos de un 51% de la población. El punto de vista de la educación funcional parece ser a menudo éste: lo que hace hoy el 51% de la población, lo hará mañana el cien por cien.

Así pues, el profesor sigue las teorías de la educación sexual dirigida, determina la adaptación de sus alumnas disuadiéndolas de todo aquello que no sea la “normal dedicación” al matrimonio y la familia. Alguna de estas profesoras va más allá de la representación de papeles; trae a su clase a madres que

antes habían trabajado, para que éstas les expongan su culpabilidad por haber dejado a sus hijos solos por las mañanas. En cierto modo, las alumnas rara vez oyen hablar de una mujer que haya roto los convencionalismos y haya triunfado: la joven doctora, cuya hermana se ocupaba de la consulta cuando iba a dar a luz; la madre que adaptaba sin dificultad las horas de sueño de sus hijos a las de su trabajo; la chica protestante que fue feliz casándose con un católico; la esposa con una sexualidad equilibrada y cuya experiencia prematrimonial no parecía perjudicar su matrimonio. Los casos excepcionales no interesan prácticamente a los funcionalistas, aunque reconocen a menudo que *hay* excepciones. (El niño excepcional, en la jerga pedagógica, comporta siempre un *handicap*; el ciego, el lisiado, el retrasado mental, el genio, el que desafía las normas, todo aquel que es diferente de la mayoría, que es único en algún aspecto, comporta una vergüenza común: es “excepcional”.) De este modo la alumna saca la conclusión de que no le conviene ser una “mujer excepcional”.

El conformismo se incrusta en la educación para la adaptación a la vida de muchas maneras. Hay muy poca o ninguna disciplina o suscitación intelectual en aprender meramente a adaptarse. El curso sobre el matrimonio es el curso más fácil de todos los que se siguen en las universidades, por mucho que los profesores se esfuercen en complicarlo introduciendo en él densas lecturas y resúmenes semanales. Nadie espera que los casos clínicos (que cuando se leen sin tomarlos en serio no son mucho más que seriales radiofónicos con pretensiones de psicoanálisis), la representación de casos por los alumnos al hablar sobre temas sexuales en clase o escribir ensayos sobre experiencias personales, puedan conducir al pensamiento crítico: no es esto

lo que pretende obtener la preparación funcional al matrimonio.

Esto no quiere decir que el estudio de una ciencia social como tal, provoque el conformismo de la mujer o del hombre. No es éste su efecto cuando se estudia con sentido crítico y se persiguen los objetivos habituales de la disciplina intelectual, o cuando se estudia a fondo por motivos profesionales. Pero para las chicas a las que la nueva mística les prohíbe tanto la dedicación profesional como la intelectual, el estudio de la sociología, la antropología y la psicología es, con frecuencia, meramente "funcional". Y dentro del mismo curso funcional, las chicas toman aquellas citas parciales de Freud y Margaret Mead, las estadísticas sobre cuestiones sexuales, las deducciones sacadas de la representación de casos por los propios alumnos, no sólo literalmente y fuera del conjunto de la obra, sino personalmente, para ser aplicadas a sus casos particulares. Esto, después de todo, es lo que pretende conseguir la educación basada en la adaptación a la vida. Puede ocurrir entre las adolescentes en casi todos sus cursos, que sus estudios contengan temas pedagógicos basados en lo emocional. Ocurrirá indefectiblemente cuando estos temas se utilicen, no para darles un conocimiento crítico, sino para provocar en las alumnas emociones personales. La terapia según la tradición ortodoxa del psicoanálisis, exige la supresión del pensamiento crítico (resistencia intelectual) para que emerjan las emociones naturales y se pueda influir en ellas. Esto puede dar resultado cuando se trata de una terapia. Pero ¿da también resultado cuando la educación se mezcla con un tratamiento terapéutico? Un curso puede difícilmente tener una influencia crucial en la vida de un hombre o de una mujer, pero cuando se ha decidido que el verdadero objetivo de la educación de la mujer no debe

ser su desarrollo intelectual, sino su adaptación sexual, ciertas cuestiones pueden ser realmente de una importancia crucial.

Podríamos preguntarnos si una educación encaminada al desarrollo del intelecto humano debilita la feminidad. ¿Una adaptación del intelecto a la feminidad, debilitará el desarrollo del intelecto? ¿Qué es la feminidad, si puede ser destruida por una educación que favorezca el desarrollo del intelecto, o fomentada por otra que no lo favorezca?

También podríamos formular una pregunta en términos freudianos: ¿qué ocurre cuando el sexo se convierte no solamente en *id* para la mujer, sino también en *ego* y en *super-ego*; cuando la educación, en vez de desarrollar la feminidad, trata únicamente de desarrollar las funciones sexuales? ¿Qué ocurre cuando la educación da nueva autoridad a las “limitaciones” de la mujer –que están ya autorizadas por la tradición, las leyes, los prejuicios y de la opinión popular– en vez de darle la facultad del pensamiento crítico, la independencia y la autonomía necesarias para poner en tela de juicio la autoridad ciega, antigua o nueva? Recientemente una psicoanalista femenina de la Universidad Brown, en Providence, Rhode Island, fue invitada a Pembroke para dar una conferencia seguida de controversia sobre el tema “¿Qué significa ser mujer?”

Las alumnas parecían desconcertadas cuando la psicoanalista, doctora Margaret Lawrence, dijo, en un lenguaje llano y antifreudiano, que es de idiotas decir hoy a las mujeres que su puesto principal está en el hogar, cuando la mayor parte de los trabajos que las mujeres solían hacer en casa se hacen hoy fuera y que todos y cada uno de los miembros de la familia pasan la

mayor parte de su tiempo fuera de casa. ¿No sería mejor educarlas para que se reunieran con el resto de la familia en el mundo exterior?

Esto, en cierto modo, no era lo que las chicas esperaban oír de los labios de una psicoanalista. Al contrario de la habitual lección funcional de sexualidad dirigida, venía a perturbar uno de los convencionales prejuicios femeninos. También significaba que las mujeres debían comenzar a tomar ciertas decisiones por sí mismas con respecto a su educación y a su porvenir.

La lección funcional es mucho menos inquietante para la alumna de primer grado, todavía insegura de sí misma y que aún no ha llegado a la pubertad. No desafía los cómodos y seguros convencionalismos sociales; autoriza con palabras alambicadas el criterio de sus padres y la opinión general, sin incitarle a que cree su propio criterio. También le confirma que no necesita trabajar en el colegio, que puede ser perezosa, seguir sus propios impulsos. No necesita posponer el placer del presente a un objetivo para el futuro; no necesita leer ocho libros para redactar un tema de historia, ni seguir un curso de física superior. Todo esto podría producir un complejo de masculinidad. Después de todo, ¿no lo afirma un libro de texto?

El desarrollo intelectual de la mujer se consigue en gran parte a costa de la pérdida de valiosas cualidades femeninas... Todas las observaciones señalan el hecho de que la mujer intelectual se masculiniza; en su conocimiento intuitivo y cálido se ha introducido la fría y estéril inteligencia.¹¹⁵

115 Helene Deutsch, op. cit., vol. I, p. 290.

Una chica, no necesita ser muy vaga, estar muy insegura de sí misma para tomar esto en serio. Después de todo, el pensar es ardua tarea. De hecho tendría que utilizar intensamente su fría inteligencia en contra de su cálido e intuitivo conocimiento para contrarrestar esta afirmación tan autoritaria.

No es extraño que varias generaciones de colegialas norteamericanas de fina percepción y ardiente espíritu aceptasen el mensaje de los pedagogos de la educación sexual dirigida y abandonasen la Universidad y la carrera, para casarse y tener hijos antes de volverse tan “intelectuales” que no fuesen capaces de disfrutar del sexo “de una manera femenina”.

Incluso sin la ayuda de los pedagogos de la sexualidad dirigida, las chicas que nacen y se desarrollan con inteligencia y espíritu aprenden demasiado pronto a no salirse de las normas, “a ser como las demás”, no a ser ellas mismas; aprenden a no trabajar demasiado, a no pensar demasiado y a no hacer demasiadas preguntas. En las escuelas de grado superior y en las universidades de ambos sexos, las chicas se muestran reacias a levantar la voz en clase por temor a ser calificadas de “intelectuales”. Este fenómeno ha sido confirmado por muchos estudios¹¹⁶: cualquier chica o mujer un poco perspicaz puede comprobarlo por su experiencia personal. Las chicas de la Universidad Bryn Mawr poseen un término especial para nombrar la manera que tienen de hablar cuando los chicos están presentes, en relación a cuando no están y no tienen miedo de

116 Mirra Komarovsky, op. cit., p. 70. “La investigación demuestra que el 40 por ciento de las universitarias «presumen de tontas» con los hombres. Puesto que entre aquellas que no «presumen de tontas» se encuentran muchas no demasiado bien dotadas de inteligencia, se deduce que la gran mayoría de jóvenes norteamericanas dotadas de una alta inteligencia aprenden evidentemente a disimularla.”

mostrar su inteligencia. En los colegios mixtos las chicas son consideradas por los chicos –ellas mismas se consideran – principalmente por su función sexual, como novias y como futuras esposas. Ellas “buscan su seguridad en él”, en lugar de buscarse a sí mismas; y cada vez que traicionan su auténtica misión, hacen que la balanza se incline más a favor de su pasividad despectiva y en contra de su personalización.

Hay excepciones, por supuesto. El informe Mellon descubrió, que algunas alumnas del último curso de la Universidad de Vassar, comparadas con las de primer año, demostraban haber hecho enormes progresos en cuatro años de estudios, el progreso hacia la personalidad y la autorrealización que los científicos dicen ahora que tiene lugar de los veinte a los treinta, de los treinta a los cuarenta, de los cuarenta a los cincuenta y tantos años, mucho después que el período de desarrollo físico ha terminado. Pero muchas chicas no mostraban señales de desarrollo. Eran las que se resistían victoriosamente a la asimilación de las ideas, al esfuerzo pedagógico de la Universidad, a las disciplinas intelectuales, a la amplia visión de los temas trascendentales. Se resistían al desarrollo intelectual, al desarrollo de su personalidad, a fin de conservarse “femeninas”, no demasiado cerebrales, no demasiado interesadas por temas intelectuales, no demasiado diferentes de las demás chicas. No era que se interpusiesen sus verdaderos intereses sexuales; en realidad los sicólogos sacaron la impresión de que en muchas de esas chicas “el interés por los hombres y por el matrimonio no era más que una especie de defensa contra el desarrollo intelectual”. Para estas chicas incluso la sexualidad no es auténtica, sino una especie de conformismo. Los pedagogos de la educación sexual dirigida no encontrarían ninguna falta en

esta clase de adaptación. Pero si consideramos otros aspectos del problema, podemos hacernos esta pregunta: ¿no ocultará esta adaptación un fallo de desarrollo que acaba por convertirse, finalmente, en una deformidad?

Hace varios años, un equipo de psicólogos de California que habían estado observando el desarrollo de ciento cuarenta estudiantes de trece a dieciocho años de uno y otro sexo seleccionados por su inteligencia, observó un descenso repentino y pronunciado en las curvas de inteligencia de algunos de ellos. Cuando investigaron la causa de ese descenso, pudieron comprobar que mientras que las curvas de los demás jóvenes permanecían en el mismo alto nivel año tras año, aquellas curvas que descendían correspondían siempre a las chicas. El descenso no tenía nada que ver con los cambios fisiológicos de la adolescencia; no aparecía en las curvas de todas las chicas. Pero en los ejercicios de aquellas chicas cuya inteligencia descendía, se encontraron repetidas manifestaciones que venían a significar que “no le favorece demasiado a una chica el ser inteligente”. En un sentido muy auténtico, aquellas chicas se habían plantado en su desarrollo intelectual de los catorce a los quince años, para adaptarse a su idea de la femineidad.¹¹⁷

El hecho es que las chicas de hoy y los responsables de su educación se encuentran ante un dilema: la evitación de conflictos, la terapia... o la individualidad, la personalidad y la educación en su sentido más verdadero, con todos los dolores

117 Informe de la investigación efectuada por Jean Macfarlane y Lester Sontag, entregado a la Comisión sobre la Educación de las Mujeres, Washington, D. C., 1954 (ms. en ciclostil).)

del desarrollo. Pero no tienen que enfrentarse con la elección equivocada que proponen los pedagogos de la educación sexual dirigida, con sus terribles advertencias sobre los peligros de la pérdida de la feminidad y la frustración sexual. Porque el inteligente sicólogo que hizo el análisis de las chicas de la Universidad de Vassar descubrió algunas pruebas asombrosas referentes a las estudiantes que prefieren dejarse influir por su educación. Parece ser que aquellas estudiantes avanzadas que daban más signos de desarrollo eran más “masculinas”, en el sentido de ser menos pasivas y convencionales; pero eran, en cambio, más femeninas en su vida emocional interior y en su capacidad para satisfacerla. Presentaban unos índices superiores, muy superiores, a los que tenían al empezar sus estudios, especialmente en ciertas escalas que generalmente suelen medir neurosis. El sicólogo comentaba: “Hemos llegado a considerar la elevación en esas escalas como una prueba de que la educación está surtiendo sus efectos”¹¹⁸. Observó que las chicas con problemas acusaban más desarrollo que las adaptadas, las que no habían mostrado deseo de ser independientes. Las menos adaptadas eran también las más desarrolladas, “ya preparadas para futuros cambios y mayor independencia”. Al resumir el estudio realizado en la Universidad de Vassar, el director del mismo no pudo evitar esta paradoja psicológica: la educación de las mujeres las hace menos femeninas, menos adaptadas... pero favorece su desarrollo:

Ser menos “femeninas” está íntimamente relacionado con el haber logrado más instrucción y más madurez... Es

118 Harold Webster, “Some Quantitative Results”, en *Personality Development During the College Years*, ed. por Nevitt Sanford, *Journal of Social Issues*, 1956, vol. 12, núm. 4, p. 36.

interesante observar, sin embargo, que la sensibilidad femenina, que puede muy bien tener sus raíces en la fisiología y en las manifestaciones precoces de la personalidad, no decrece durante los cuatro años: los intereses “femeninos” y el comportamiento femenino, por ejemplo, el convencionalismo y la pasividad, pueden ser entendidos como adquisiciones posteriores y más superficiales y, por ende, más susceptibles de disminuir a medida que el individuo va alcanzando una más elevada madurez e instrucción...

Podría decirse que si nos interesase solamente la estabilidad, haríamos bien en planear un programa que conservase a las principiantes tal y como son, en lugar de tratar de aumentar su instrucción, su madurez y su flexibilidad con respecto a su comportamiento sexual. Las estudiantes de los últimos cursos se muestran más inseguras porque tienen más cosas que estabilizar, menos seguras de su personalidad, porque se abren ante sus ojos más posibilidades.¹¹⁹

En el momento de graduarse, estas jóvenes se hallaban, no obstante, sólo a la “mitad” de su desarrollo para la autonomía. Su suerte dependía, bien de encontrar una ocupación en la que pudieran continuar desarrollándose, o de encontrar un medio, rápido pero progresivo, que las liberase de ese esfuerzo. La huida hacia el matrimonio es el camino más fácil y más rápido para librarse de ese esfuerzo. Para el pedagogo que se inclina al desarrollo de la mujer hacia la autonomía, tal matrimonio es una

119 Nevitt Sanford, *Personality Development During the College Years*, *Journal of Social Issues*, 1956, vol. 12, núm. 4.

solución “regresiva”. Para el profesor partidario de la educación sexual dirigida, es la realización de la feminidad.

Un terapeuta de otra Universidad me habló de ciertas chicas que nunca se habían dedicado ni a su propio trabajo ni a ninguna otra actividad de la Universidad, y pensaba que se iban a sentir terriblemente desgraciadas cuando sus padres se negasen a dejarlas salir del colegio para casarse con los muchachos en quienes habían encontrado la “seguridad”. Cuando las chicas debidamente ayudadas se aplicaron al fin al trabajo, o empezaron a sentirse con una personalidad suficiente para tomar parte en cualquier actividad, como la administración del alumnado, o el periódico del colegio, perdieron su angustiada necesidad de seguridad. Acabaron sus estudios, trabajaron, salieron del colegio, empezaron a salir con hombres más maduros y ahora, al casarse, lo hacen sobre unas bases emocionales totalmente distintas.

Contrariamente a los profesores partidarios de la educación sexual dirigida profesional, se dio cuenta de que la chica que sufre casi hasta el punto de derrumbarse al llegar al último año de sus estudios y que se enfrenta con una decisión personal acerca de su propio futuro, enfrentándose incluso con un conflicto insoluble entre los valores y los intereses y las capacidades que le dio su educación y el papel convencional de mujer de su casa, está más “sana” que la chica adaptada, tranquila, segura, cuya educación no “prendió” en absoluto y que pasa sin cambios bruscos de su papel de hija de familia al de esposa convencionalmente femenina, sin llegar a sentir despertarse en ella la dolorosa individualidad.

Y, sin embargo, el caso es que, actualmente, la mayoría de las chicas no permiten que “prenda en ellas” la educación: se estancan antes de aproximarse siquiera a descubrir su personalidad. Pude observar esto en las chicas de la Universidad Smith y en las de otras universidades que también interrogué. Esto era evidente en la investigación realizada en la Universidad Vassar, cuyo estudio demostró que, precisamente, cuando las chicas comienzan a sentir los conflictos y los crecientes sufrimientos de la formación de su personalidad, interrumpen su desarrollo más o menos conscientemente, para representar su papel femenino. O dicho de otra manera, rehúyen pasar por más experiencias que conducen al desarrollo. Hasta ahora, este debilitamiento o evasión del desarrollo ha sido considerado como consecuencia de una adaptación femenina normal. Pero cuando el estudio hecho en la Universidad de Vassar pasó a ocuparse de las mujeres que habían terminado sus estudios cuando se hallaban a punto de dar ese paso doloroso y definitivo de su desarrollo personal, y habían penetrado en la vida, en donde la mayoría de ellas estaban representando su papel femenino convencional, se observaban estos hechos:

1. A los veinte o veinticinco años de su salida del colegio, estas mujeres estaban por debajo de las alumnas de último año en la “escala de desarrollo” que abarca toda la gama de desarrollo vital, emocional y personal. No habían perdido todo el desarrollo adquirido en la Universidad (las que se habían graduado daban una puntuación más alta que las que no habían terminado sus estudios). Pero a pesar de la predisposición psicológica que se tiene a los veintiún años para seguir desarrollándose, su desarrollo se había detenido.

2. Estas mujeres se habían adaptado en su inmensa mayoría a su papel de amas de casa de la burguesía, de madres conscientes y con actividades adaptadas a su comodidad. Pero, con la excepción de aquellas que habían seguido una carrera y la ejercían, no habían seguido interesándose profundamente en cosas privativas suyas. Parecía existir alguna razón para creer que la interrupción del desarrollo estaba relacionada con la falta de interés por cosas privativas, con la carencia de una entrega individual.

3. Las mujeres que veinte años más tarde causaron más quebraderos de cabeza a los sicólogos, fueron las que eran más convencionalmente femeninas, aquellas que no estaban interesadas, ni siquiera durante los años de Universidad, en nada que no fuera la búsqueda de un marido.¹²⁰

En la encuesta de la Universidad de Vassar había un grupo de estudiantes que en el último año de estudios ni habían sufrido un conflicto que llegase a derrumbarles ni habían interrumpido su desarrollo para refugiarse en el matrimonio. Éstas eran estudiantes que se preparaban para ejercer una profesión; habían adquirido en la Universidad intereses lo suficientemente profundos para estudiar una carrera. La encuesta reveló que casi todas estas estudiantes con ambiciones profesionales piensan casarse, pero el matrimonio es para ellas una actividad en la cual han decidido participar voluntariamente, más bien que algo necesario para tener una sensación de identidad personal. Ese tipo de estudiantes tiene un claro sentido de responsabilidad y un mayor grado de independencia y más confianza en sí mismas

120 Mervin B. Freedman, "Studies of College Alumni", en *The American College*, p. 878.

que la mayoría. Pueden estar prometidas o profundamente enamoradas, pero no creen que deben sacrificar su propia individualidad o sus ambiciones profesionales para casarse. De estas chicas, los sicólogos no sacaron la impresión que les produjeron tantas otras, de que el interés por los hombres y por el matrimonio era una especie de autodefensa contra el desarrollo intelectual. Su interés por un hombre determinado era auténtico. Pero, al mismo tiempo, ese interés no se interponía a su educación intelectual; pero hasta qué grado la mística de la feminidad ha “alabado los cerebros” de los educadores norteamericanos, se puso de manifiesto cuando la directora de la encuesta hecha en la Universidad Vassar explicó a un grupo de colegas el caso de una de esas chicas que “no solamente alcanzan los grados más elevados, sino que tienen un tanto por ciento muy alto de posibilidades de doctorarse o de seguir una carrera”.

La madre de Julia B. es profesora erudita y la que lleva los pantalones en la casa... La madre regaña al padre por tener tan poco interés por las cosas intelectuales. Al padre le tiene sin cuidado que su mujer y su hija tengan elevados gustos e ideas, pues esas cosas no se han hecho para él... Julia se convierte, poco a poco, en una chica que practica el deporte insatisfecha, y que domina a su hermano mayor, pero que siente remordimientos si no estudia lo suficiente o si bajan sus notas. Se aferra a su intención de graduarse y hacerse profesora. Su hermano mayor es ahora profesor en una Universidad y Julia se ha graduado y se casa con un licenciado en ciencias naturales.

Cuando era alumna de primer grado, presentamos los datos de su cuestionario, sin ninguna interpretación, a un grupo de

siquiatras, sicólogos y sociólogos. En nuestra opinión, se trataba de una chica verdaderamente prometedora. Preguntamos a todos: “¿qué es lo que falla en esta chica?” La opinión general fue: necesita un tratamiento sicoterápico. La verdad es que se prometió a su sabio por agradecimiento en el primer año de Universidad y se volvió cada vez más consciente de que era una intelectual y una intrusa, pero a pesar de ello no se resignaba a descuidar su trabajo. “Si por lo menos consiguiera que me suspendieran en alguna asignatura”, solía decir.

Se necesitaba ser un profesor verdaderamente osado para atreverse con la educación sexual dirigida, porque tiene que desafiar en su esencia la idea convencional de la feminidad. Esa idea afirma que las mujeres son pasivas, subordinadas, conformistas, incapaces de pensamiento crítico o de contribuir de una manera original al progreso de la sociedad y de acuerdo con las mejores tradiciones de la doctrina del automatismo instintivo; la educación sexual dirigida continúa haciendo que sean así, como en una época lejana hizo que fueran así por falta de educación. Nadie se pregunta si una mujer pasivamente femenina, sencilla, que depende de los demás –en una aldea primitiva o en un barrio burgués– disfruta realmente de mayor felicidad y de mayor satisfacción sexual que una mujer que se preocupa en la Universidad de cosas importantes no relacionadas con el hogar. Nadie, hasta muy recientemente, cuando los rusos pusieron satélites en órbita y hombres en el espacio, preguntó si la adaptación podía constituir el objetivo de la educación. En realidad, los profesores de la sexualidad dirigida, tan inclinados a la adaptación de las mujeres a su feminidad, podrían citar alegremente los datos más vergonzosos de las amas de casa norteamericanas –su vacuidad, su

holgazanería, su aburrimiento, su alcoholismo y su afición a las drogas, su desmoralización como consecuencia de la obesidad, las enfermedades y la desesperación de los cuarenta años, cuando su función sexual ha terminado, sin renunciar un ápice a su campaña en favor de que se eduque a todas las mujeres con ese único fin.

De esta suerte, el pedagogo partidario de la educación sexual dirigida condena a las mujeres de treinta años a que cuando cumplan los cuarenta tengan probablemente esta triple y alegre perspectiva:

1. Seguir un curso sobre “La ley y el orden al alcance del Ama de Casa”, lo que le permitirá, si es viuda, a manejarse en cuestiones relacionadas con seguros, impuestos, testamentos e inversiones de capital.

2. Los hombres podrían jubilarse antes para poder hacer compañía a sus esposas.

3. Un breve curso sobre “servicios voluntarios a la comunidad, política, artes o algo por el estilo”...; aunque, como la mujer no estará preparada, lo más importante será la terapéutica personal. “Para citar sólo un ejemplo, una mujer que desee tener una experiencia verdaderamente nueva puede comenzar una campaña para librar a su ciudad o a su país de ese repulsivo eczema del mundo moderno: los anuncios.”

Las carteleras permanecerán y se multiplicarán como las bacterias, infestando el paisaje, pero, por lo menos, ella habrá seguido un importante curso de educación para adultos sobre política local. Luego puede descansar y dedicarse a las

actividades en que se graduó. Muchas mujeres, al aproximarse a la edad crítica, adquieren un nuevo vigor y entusiasmo identificándose con la vida de su Universidad y extendiendo sus maternales instintos, ahora que sus hijos han crecido, para abarcar a las nuevas generaciones de alumnos que alberga su recinto.¹²¹

Podría también buscarse cualquier trabajo de media jornada –dijo–, pero sin privar de su trabajo a los hombres, que tienen que alimentar a sus familias y además no tiene el talento ni la capacidad para efectuar un trabajo que sea realmente apasionante.

Hay una gran demanda de mujeres con experiencia y dignas de confianza que sean capaces de aliviar a las jóvenes madres de familia de sus responsabilidades por la mañana o por la tarde, para que éstas puedan dedicarse a otros trabajos en interés de la comunidad o emplearse a su vez en trabajos de media jornada... No existe razón alguna para que las mujeres de cultura y educación, que de todos modos han realizado probablemente durante muchos años sus quehaceres caseros, retrocedan ante esta sugerencia.¹²²

Si la mística de la feminidad no ha destruido su sentido del humor, una mujer podrá reírse de esa cándida descripción de la vida que su costosa educación sexual dirigida le ha preparado; alguna reunión con las antiguas compañeras graduadas y realizar trabajos domésticos en casa ajena. La triste realidad es que, en la era de Freud y del funcionalismo y de la mística de la

121 Lynn White, *op. cit.*, p. 117.

122 *Ibid.*, pp. 119 y s.

feminidad, pocos educadores se han librado de semejante deformación sexual de sus propios valores. Max Lerner¹²³ e incluso Riesman, en su libro *The Lonely Crowd* (La Multitud Solitaria), sugirieron que las mujeres no necesitaban buscar su propia independencia por medio de un trabajo remunerador y beneficioso para la sociedad; es mejor que ayuden a sus maridos a defenderla de ambos, haciéndole agradables sus horas de descanso. Y así los profesores de la pedagogía sexual segregaron las últimas generaciones de mujeres norteamericanas con capacidad para el estudio y el trabajo, como la educación igual, pero separada, para los negros; segregó a los negros norteamericanos capacitados privándoles de la oportunidad de aportar al río de la vida norteamericana el flujo de su plena actividad y talento.

Nada explica el decir que en esta época de conformismo las universidades no educan en realidad a nadie. El informe

123 Max Lerner, *America as a Civilization*, Nueva York, 1957, pp. 608-611: El quid del problema no estriba ni en las incapacidades biológicas ni en las económicas de las mujeres, sino en su sensación de estar atrapadas entre un mundo masculino, que no tienen realmente deseo de contribuir a realizar y un mundo propio de ellas en el que les es difícil realizarse plenamente... Cuando Walt Whitman exhortó a las mujeres “a renunciar a los juguetes y a las imaginaciones y lanzarse, como hacen los hombres, en medio de una vida tormentosa, independiente y real” pensaba — como hacían muchos de sus contemporáneos — en un tipo equivocado de igualitarismo... Si la mujer ha de descubrir su personalidad, debe empezar por basar su creencia en sí misma, en su propia condición de mujer más que en el movimiento feminista. Margaret Mead ha observado que el ciclo biológico de la vida de la mujer tiene ciertas fases bien marcadas, desde la pubertad, a lo largo del nacimiento de sus hijos, hasta su menopausia; que en estas etapas de su ciclo vital, lo mismo que en sus evoluciones corporales básicas, se siente segura de su naturaleza de mujer y no tiene que afirmar su personalidad como hace el hombre. Igualmente, aunque los múltiples papeles que tiene que desempeñar en su vida son desconcertantes, puede realizarlos sin aturdirse si sabe que su papel central es el de mujer... No obstante, su función esencial sigue siendo la de crear un estilo de vida para ella y para el hogar en el que ella es creadora y sostenedora de la vida.

Jacob¹²⁴, que acusó a las universidades norteamericanas en general, e incluso la más detallada acusación de Sandford y su grupo, no reconoce que el fracaso de las universidades en educar a las mujeres para la consecución de una personalidad independiente de su papel sexual fue un factor crucial en la perpetuación, cuando no en la creación, de ese conformismo contra el que ahora despotrican. Pues es imposible educar a las mujeres para que se consagren tan prematura y completamente a su papel sexual que, como dijo Freud, pueden ser muy activas en la consecución de un fin pasivo –sin arrojarse también a esa misma y cómoda trampa–. En efecto, la educación sexual dirigida ha llegado a una falta absoluta de personalidad en la mujer, que se resuelve muy fácilmente por medio del matrimonio prematuro. Y una prematura dedicación a cualquier papel –matrimonio o vocación hacia alguna actividad– pone fin a las experiencias, los intentos, los fracasos y los aciertos en las distintas esferas de la actividad que son necesarias para que una persona alcance la plena madurez y la plena personalidad.

El peligro de entorpecer el desarrollo de los chicos permitiéndoles fundar un hogar demasiado pronto, ha sido reconocido por los profesores de la sexualidad dirigida. Como dijo Margaret Mead recientemente:

La formación prematura del hogar ha sido siempre la característica de casi todos los salvajes, de casi todos los campesinos y de los pobres de las ciudades. Si hay niños de pecho, eso significa –ya se sabe– que los libros de texto del padre estudiante se verán mezclados con los biberones del

124 Ver Philip E. Jacob, *Changing Values in College*, Nueva York, 1957.

hijo... El matrimonio precoz entre estudiantes equivale a imponerles la vida doméstica tan prematuramente, que apenas si les queda tiempo para terminar su propio desarrollo intelectual. No les es posible disponer de todo su tiempo no sólo para estudiar en el sentido de pasar largas horas en la biblioteca, sino en el sentido de que los estudiantes casados no tienen tiempo para hacer experiencias, para pensar, para pasarse toda una noche discutiendo con los compañeros, para desarrollarse como individuo. Esto es importantísimo, no solamente para los intelectuales, sino también para los muchachos que serán futuros hombres de estado y los abogados, doctores y demás profesionales de todas clases.¹²⁵

Pero ¿qué diremos de las muchachas que nunca podrán hacer sus deberes escolares por culpa del biberón de su hijo? Gracias a la mística de la feminidad, muy pocas han considerado como una tragedia el verse cogidas en la trampa de una sola pasión, una sola ocupación, un único papel para toda la vida... Algunos educadores progresistas, al iniciarse la nueva década de 1960, acarician la alegre fantasía de posponer la educación de la mujer hasta después de haber tenido descendencia; con lo cual vienen a reconocer paladinamente que se han resignado, casi unánimemente, a esos matrimonios prematuros que continúan en aumento.

Pero al preferir la feminidad al penoso desarrollo de la plena personalidad, al no acabar de realizar esa difícil personalidad que no se alcanza por medio de la fantasía, sino dominando la

¹²⁵ Margaret Mead, "New Look at Early Marriages", entrevista publicada en U.S. News and World Report, junio 6, 1960.

realidad, estas chicas están condenadas a soportar mientras vivan esa tediosa, difusa sensación de falta de iniciativa, de inexistencia, de falta de interés por el mundo que las rodea que podríamos llamar anemia (es decir, carencia de personalidad), o sentirlo solamente como el problema que no tiene nombre.

Sin embargo, es demasiado fácil tomar a la educación como “cabeza de turco”. Sean cuales fueren los errores cometidos por los profesores de la educación sexual dirigida, otros pedagogos han dado una fútil y decepcionante batalla en la retaguardia para hacer que las mujeres capaces “tengan nuevos objetivos y crezcan tratando de conseguirlos”. En la última instancia, millones de mujeres capacitadas en este país de la libertad, escogieron no utilizar la puerta que la educación pudo haberles abierto. La elección y la responsabilidad de la carrera de retorno al hogar fueron tomadas por ellas mismas.

VIII. LA ELECCIÓN EQUIVOCADA

Una doctrina no tiene que ser necesariamente aceptada. Para que la mística de la feminidad haya “lavado el cerebro” de las mujeres norteamericanas, suprimiendo en ellas cualquier fin humano no sexual durante más de quince años, tiene que haber satisfecho verdaderas necesidades en quienes la utilizaron para inculcarla en otras personas y en las personas que la aceptaron para ellas mismas. Esas necesidades pueden no haber sido las mismas en todas las mujeres o en todos los que fomentaron esa mística; pero había muchas necesidades en aquel preciso momento, en los Estados Unidos, que hacían que los norteamericanos fuéramos terreno abonado para que arraigase esa mística; necesidades tan apremiantes que anulaban nuestro pensamiento crítico, como ocurre siempre cuando uno se enfrenta con una verdad intuitiva. Lo malo es que, cuando la necesidad es muy imperiosa, la intuición puede también equivocarse.

Poco antes de que la mística de la feminidad se apoderase del país, había habido una guerra, que siguió a una depresión y terminó con la explosión de una bomba atómica. Después de la

soledad de la guerra y del indecible horror de la bomba, frente a la sobrecogedora incertidumbre y la fría inmensidad del mundo, tanto las mujeres como los hombres buscaron la tranquilizadora realidad del hogar y de los hijos. En los muros de las trincheras, los combatientes habían clavado postales de Betty Grable, pero las canciones que ansiaban escuchar eran canciones de cuna. Pero cuando se licenciaron, eran ya demasiado grandes para volver a casa con sus madres.

Las necesidades sexuales y sentimentales son indiscutiblemente ciertas, lo mismo en los hombres que en las mujeres, en los muchachos que en las muchachas, pero ¿por qué en aquel particular momento les parecieron a tantos que eran las únicas necesidades?

Todos nos sentíamos vulnerables, nostálgicos, solitarios, asustados. Un hambre avasalladora de matrimonio, hogar e hijos invadió simultáneamente a varias generaciones diferentes; un hambre que, gracias a la prosperidad de la postguerra, todos pudieron satisfacer de repente.

El joven ex combatiente, precozmente madurado por la guerra, pudo en efecto satisfacer su exclusiva necesidad de cariño y de madre, recreando el hogar de su infancia. En lugar de flirtear con varias chicas sucesivamente mientras cursaba sus estudios universitarios y terminaba su carrera, podía casarse gracias a la ley en favor de los ex combatientes y dar a sus hijos aquel tierno amor maternal que él era ya demasiado mayor para buscar para sí mismo.

Luego estaban los hombres algo mayores: hombres de

veinticinco años, cuyos matrimonios habían sido aplazados por la guerra y que ahora tenían la sensación de que había que recuperar el tiempo perdido; los de treinta o cuarenta años que no habían podido casarse antes, a causa de la crisis económica primero, y luego a causa de la guerra, o que, si se habían casado, se habían visto privados de los goces del hogar.

En cuanto a las muchachas, aquellos años de soledad hicieron más perentoria su búsqueda del amor. Las que se habían casado entre 1930 y 1940 habían tenido que decir adiós a sus maridos que se iban a la guerra; las que se hicieron mujeres entre 1940 y 1950 temían con razón que ya nunca conocerían el amor, el hogar y los hijos, a los que pocas mujeres renunciarían de buen grado. Cuando los hombres regresaron de la guerra, hubo una frenética carrera hacia el matrimonio. Los años de soledad, en que los maridos y los prometidos estaban lejos luchando o podían ser muertos por una bomba, hicieron a las mujeres especialmente vulnerables a la mística de la feminidad. Les hicieron creer que la tristeza de la soledad que la guerra había añadido a sus vidas era el precio inevitable que tendrían que pagar por una carrera, por cualquier actividad que las obligase a salir del hogar. La mística les planteaba claramente un dilema: amor, hogar, hijos, o bien cualquier otro objetivo o actividad. Ante este dilema, ¿es de extrañar que tantas mujeres norteamericanas escogieran el amor como único objetivo de sus vidas?

El incremento vertical de la natalidad en la inmediata postguerra fue un fenómeno general en todos los países. Pero no estaba influido en la mayoría de los demás países por la mística de la feminidad. No condujo en ellos a aquel aún mayor

incremento de nacimientos de los años cincuenta, muy superior al de la inmediata postguerra, en concordancia con la proliferación de matrimonios entre jóvenes menores de veinte años, el aumento de embarazos y el consiguiente de familias numerosas. El número de mujeres norteamericanas con tres o más hijos se duplicó en veinte años. Y las mujeres con estudios universitarios, después de la guerra, iban en cabeza en la carrera hacia un mayor número de ellos¹²⁶. (La generación anterior a la mía, es decir, las mujeres nacidas entre 1910 y 1919, acusó el cambio más violentamente. Cuando estaban entre los veinte y los treinta años, su bajo índice de fecundidad hizo temer que la educación acabaría por extinguir el género humano; cuando estaban entre los treinta y los cuarenta años, se produjo un *aumento* repentino de su fecundidad, a pesar de que la disminución de las capacidades biológicas hace que el índice de embarazos baje con la edad.)

Siempre han nacido más niños después de las guerras. Pero

126 Ver el *United Nations Demographic Yearbook*, Nueva York, 1960, pp. 99-118 y pp. 476-490; p. 580. La proporción anual de aumento de población en los Estados Unidos en los años 1955-59 fue mucho más elevada que la de las otras naciones occidentales, y más elevada que la de la India, Japón, Birmania y Pakistán. De hecho, la proporción para Norteamérica (1,8) excedía la media mundial (1,7). La proporción para Europa era 0,8; para la URSS, 1,7; para Asia, 1,8; para África, 1,9, y para Sudamérica, 2,3. El aumento en los países subdesarrollados fue, desde luego, debido en gran parte a los progresos sanitarios y al descenso de la mortalidad; en Norteamérica fue principalmente debido a un aumento de la natalidad, a los matrimonios en una edad más temprana, y a las familias más numerosas. Pues la proporción de nacimientos continuó aumentando en los Estados Unidos desde 1950 a 1959, mientras que descendía en países como Francia, Noruega, Suecia, la URSS, India y Japón. Estados Unidos era la única nación “avanzada” y una de las pocas naciones del mundo en la que en 1958 se casaron más muchachas entre los quince y los diecinueve años que de ninguna otra edad. Incluso las otras naciones en que hubo aumento en la proporción de nacimientos — Alemania, Canadá, Gran Bretaña, Chile, Nueva Zelanda, Perú — no presentan este fenómeno de los matrimonios entre personas menores de veinte años.

actualmente el desbordamiento de la natalidad en los Estados Unidos procede, en gran parte, de los matrimonios menores de veinte años. El número de hijos nacidos de estos matrimonios se elevó en un 165% entre 1940 y 1957, según cifras de la *Metropolitan Life Insurance*. Las chicas que deberían estar normalmente en la Universidad, pero que la abandonan o sólo van para casarse (la edad más frecuente para contraer matrimonio entre las jóvenes norteamericanas es en la actualidad la de dieciocho o diecinueve años y la mitad de las mujeres norteamericanas están ya casadas a los veinte años), lo hacen influidas por esa mística. Renuncian a su educación intelectual sin el menor escrúpulo, creyendo sinceramente que encontrarán su realización siendo únicamente esposas y madres. Comprendo perfectamente que una chica de hoy día, que sabe por las estadísticas, o simplemente por observación personal, que si espera para casarse a salir de la Universidad o a prepararse para ejercer una profesión, se encontrará con que la mayoría de los hombres se habrán casado ya, tiene muchísima razón en temer que no llegue a realizarse plenamente como mujer, como lo temieron las muchachas de los años cuarenta, a consecuencia de la guerra. Pero esto no explica por qué las chicas abandonan la Universidad para ayudar a estudiar a sus maridos, mientras que los chicos no renuncian a estudiar.

Esto no ha ocurrido en otros países. Incluso en aquellos en los que durante la guerra murieron muchos más hombres y muchas más mujeres tuvieron que renunciar para siempre al matrimonio, las mujeres no han corrido, presas de pánico, hacia el hogar. Y en estos países, actualmente, las jóvenes están tan ansiosas como los muchachos de obtener una educación que es la clave de su porvenir.

La guerra hizo a las mujeres particularmente vulnerables a la mística, pero la guerra, con todos los renunciamentos que implicaba, no fue la única razón de que pensasen en el hogar como única posibilidad. Ni tampoco lo explica el problema del servicio doméstico, que es la excusa que las mujeres cultivadas se dan a menudo a ellas mismas. Durante la guerra, cuando las cocineras y las doncellas se fueron a trabajar en las fábricas de armamentos, el problema del servicio doméstico era mucho más acuciante que en estos últimos años. Pero en aquel entonces las mujeres animosas idearon arreglos ingeniosos para combinar sus obligaciones domésticas con el cumplimiento de su trabajo profesional. Conocí a dos jóvenes madres de la época de la guerra, que aunaron sus fuerzas mientras sus maridos estaban lejos de la patria. Una de ellas, actriz, se encargaba de los niños de ambas por la mañana, mientras su amiga estudiaba en la Universidad; ésta la reemplazaba por la tarde, mientras la actriz iba a los ensayos o actuaba. También conocí a otra que cambió las horas de dormir de su único niño para que durmiese en casa de una vecina durante el tiempo que ella iba a la Facultad de Medicina. En las ciudades se comprendió entonces la necesidad de guarderías infantiles para los hijos de las madres trabajadoras y se hizo lo necesario.

Pero en los años de la postguerra, en que se exaltó la feminidad, incluso las mujeres que podían permitirse una niñera fija o un ama de casa y hubieran podido encontrarla, preferían ocuparse ellas mismas de su hogar y de sus hijos. Y en las ciudades, durante los años cincuenta, las guarderías infantiles y demás centros para el cuidado diurno de los hijos de mujeres que trabajan fuera del hogar desaparecieron casi por completo; la mera sugestión de su necesidad hacía prorrumpir en un grito

histórico a las madres de familia que habían cursado estudios universitarios, así como a los propagandistas de la mística de la feminidad¹²⁷.

Cuando acabó la guerra, naturalmente, los soldados volvieron a ocupar en las universidades los puestos que durante algún tiempo habían sido ocupados principalmente por mujeres. Durante algún tiempo, la competencia fue muy dura y resurgieron los viejos prejuicios antifeministas en los negocios, haciendo difícil que una chica conservase o ascendiese en su trabajo. Esto, indudablemente, hizo que muchas mujeres se precipitasen hacia el refugio del matrimonio y el hogar.

La sutil discriminación en contra de las mujeres, sin contar las diferencias de salario entre hombres y mujeres, es todavía hoy una ley tácita, y sus efectos son casi tan devastadores y la oposición contra las mujeres es tan enorme como lo fue en su tiempo la que se hizo contra las sufragistas.

Una auxiliar de redacción de la revista *Time*, por ejemplo, no puede, por mucha que sea su capacidad, aspirar a ser redactora; la ley tácita permite que los hombres puedan llegar a ser redactores y directores, pero las mujeres no pueden pasar de auxiliares de redacción.

La mujer no se enfada por eso, le gusta su trabajo y aprecia a su jefe. No va a lanzarse a una cruzada en defensa de los derechos de la mujer; no se trata de un caso que haya que llevar

127 Ver “The Woman with Brains (continued)”, *New York Times Magazine*, enero 17, 1960, para las indignadas cartas en respuesta a un artículo de Marya Mannes, “Female Intelligence. Who Wants It?”, *New York Times Magazine*, enero 3, 1960.

ante el Sindicato de la Prensa. Pero es de todos modos descorazonador. Si no va a llegar nunca a ser nada, ¿para qué seguir trabajando?

Las mujeres renunciaron a menudo con amargura a las actividades que hubieran preferido al ver que, a pesar de estar capacitadas para ejercer un empleo de más categoría, se veían pospuestas en favor de un hombre. En algunos empleos la mujer tenía que conformarse con hacer todo el trabajo mientras veía que el mérito se le atribuía al hombre. Aunque la carrera para escalar los puestos principales de cualquier gran empresa, en todas las profesiones de los Estados Unidos, es ya tan dura y hay ya tanta competencia entre los hombres, la competencia que éstos hacen a las mujeres ha llegado al colmo y éstas tienen que abandonar el campo a los hombres, a los que les basta con evocar esa ley tácita para desplazarlas. Durante la guerra la capacidad de trabajo de las mujeres, y la inevitable competencia, fueron bien acogidas; después de la guerra las mujeres tuvieron que enfrentarse con una amable pero infranqueable cortina de hostilidad. Era mucho más sencillo para una mujer amar y ser amada, y tener así una excusa para no competir con los hombres.

Sin embargo, durante la depresión, algunas chicas competentes y decididas se sacrificaron y lucharon contra los prejuicios, desafiando la competencia a fin de poder ejercer sus carreras a pesar de que cada vez había menos puestos por los que competir. Tampoco vieron muchas de ellas que hubiera incompatibilidad entre la carrera y el amor. En los prósperos años de la postguerra, había infinidad de empleos, infinidad de puestos en todas las profesiones; no había una verdadera

necesidad de abandonarlo todo por el amor y el matrimonio. Las chicas menos cultas, después de todo, no abandonaron las fábricas para volver a trabajar como criadas.

La proporción de mujeres que trabajan en la industria ha aumentado continuamente desde la guerra; pero no la de mujeres con carreras o profesiones que requieren preparación, esfuerzo, dedicación personal¹²⁸. “Vivo para mi marido y para mis hijos”, me dijo una mujer sincera de mi misma generación. Y prosiguió: “Esto resulta más fácil. En el mundo actual es más

128 Ver la revista *Womanpower* del National Manpower Council, Nueva York, 1957. En 1940, más de la mitad de las mujeres que trabajaban en los Estados Unidos eran menores de veinticinco años, y una quinta parte mayores de cuarenta y cinco. En los años cincuenta, la más alta participación en empleos retribuidos corresponde a mujeres de dieciocho y diecinueve años y mujeres de más de cuarenta y cinco, la gran mayoría de las cuales desempeña empleos para los que se precisa escasa preparación. La nueva preponderancia de mujeres casadas de cierta edad en el mundo del trabajo retribuido es debida parcialmente al hecho de que pocas mujeres entre los veinte y los treinta años trabajan actualmente en los Estados Unidos. Dos de cada cinco mujeres empleadas tienen en la actualidad más de cuarenta y cinco años; la mayoría de ellas, esposas y madres que trabajan medias jornadas en tareas que exigen poca preparación. Esos informes de que millones de esposas norteamericanas trabajan fuera de sus casas se prestan a interpretaciones erróneas en más de un sentido: de todas las mujeres empleadas, sólo una tercera parte tiene empleos de una jornada total; otra tercera parte trabaja la jornada completa sólo durante una parte del año — por ejemplo, las vendedoras extra en los grandes almacenes, durante las Navidades — y el tercio restante realiza trabajos parciales sólo durante una parte del año. Las mujeres que ocupan de manera fija los empleos corresponden en su mayor parte a esa decreciente minoría de mujeres solteras; las esposas y madres de más edad sin preparación, lo mismo que las de dieciocho años, también sin preparación, están concentradas en los puntos más bajos de la escala de capacidades y salarios, en fábricas, servicios de todas clases, tiendas y oficinas. Considerando el aumento de población y la creciente profesionalización del trabajo en los Estados Unidos, el alarmante fenómeno no consiste en el relativamente insignificante aumento del número de mujeres norteamericanas que trabajan actualmente fuera de casa, sino en el hecho de que dos de cada tres mujeres adultas norteamericanas no trabajan actualmente fuera de casa y en el creciente número de millones de chicas jóvenes que no están adiestradas o educadas para trabajar en cualquier profesión. Véase también el libro de Theodore Caplow, *The Sociology of Work*, 1954, y el de Alva Myrdal y Viola Klein, *Women's Two Roles, Home and Work*, Londres, 1956.

fácil ser mujer, si se sabe aprovechar las ventajas que ello ofrece”.

En este sentido lo que les sucedió a las mujeres es una parte de lo que nos ocurrió a todos en los años que siguieron a la guerra.

Las mujeres retornaron al hogar precisamente cuando los hombres empezaban a despreocuparse de la bomba atómica, se olvidaban de los campos de concentración, hacían la vista gorda ante la corrupción y se abandonaban a un conformismo resignado, de la misma manera que los intelectuales se negaban a afrontar los enormes y complejos problemas del mundo de la postguerra. Era más fácil y más seguro reflexionar sobre el amor y el sexo que sobre el comunismo, el caso de McCarthy y el control atómico. Era más fácil buscar las raíces de la sexualidad freudiana en la conducta del hombre, en sus ideas y en sus guerras, que mirar con ojo crítico la sociedad y actuar de una manera constructiva para corregir sus errores. Había una especie de retraimiento, incluso entre los más sagaces y los más emprendedores; apartábamos los ojos del horizonte y contemplábamos fijamente nuestros ombligos.

Hoy podemos ver todo eso retrospectivamente. Entonces era más fácil incluir el amor y la sexualidad dentro del esquema general de las necesidades vitales, evitando así la formación de una interpretación personal dentro de la amplia concepción del “hogar” y la “familia”. Para los sociólogos, psicoanalistas y los numerosos asesores “familiares” resultaba mucho más fácil, segura y lucrativa una terapia orientada hacia el psicoanálisis individual de sus pacientes, estudiando sus problemas

particulares sobre sexualidad, personalidad y trato, que escudriñar profundamente las causas generales del sufrimiento del hombre. Si ya no deseaban ocuparse de toda la humanidad, podían al menos “ayudar” a individuos aislados y sin meterse en líos. Irvin Shaw, que supo un día aguijonear la conciencia norteamericana tratando los grandes temas de la guerra y la paz y los prejuicios raciales, ahora escribía sobre la sexualidad y el adulterio; Norman Mailer y los jóvenes escritores de la “nueva ola” limitaron sus ímpetus revolucionarios a la sexualidad, el gamberrismo y las drogas y a hablar de sí mismos empleando los términos más soeces. Era más fácil para los escritores y hasta de mejor tono hablar de sicología que de política, de motivos particulares que de temas de interés público. Los pintores se refugiaron en un expresionismo abstracto que desafiaba orgullosamente toda disciplina y despreciaba lo representativo. Los dramaturgos redujeron los objetivos de la humanidad a un amargo y pretencioso despropósito: “el teatro del absurdo”¹²⁹. El pensamiento freudiano dio al conjunto de este proceso de evasión sus dimensiones de misterio inacabable, torturador y cerebral: un argumento dentro de otro argumento, un significado dentro de otro significado hasta que el mismo significado llegaba a desaparecer y el mundo exterior, triste y sin esperanza, apenas si existía. Como dijo un crítico teatral, con una poco frecuente actitud de repulsión ante el mundo representado en las obras de Tennessee Williams se tenía la impresión de que la única realidad que le quedaba al hombre eran sus perversiones sexuales y el hecho de que, al mismo tiempo, amaba y odiaba a su madre.

129 Ver *El Rechazo del Placer*, págs. 94 y sigs. (Sagitario, 1964). así los problemas más elevados, lo que auténticamente preocupa al hombre?

La moda de lo freudiano en la cultura norteamericana, aparte de la sicoterapia propiamente dicha, vino a llenar también una auténtica necesidad en las décadas de 1940 y 1950: la necesidad de una ideología, de un objetivo nacional, de que la inteligencia se preocupase de los problemas del individuo. Los propios sicoanalistas han indicado recientemente que la falta de una ideología o de un objetivo nacional pueden ser parcialmente responsables de ese íntimo vacío que lleva a tantos hombres y a tantas mujeres a la consulta del siquiatra; están buscando realmente una identidad que la sola terapia no puede darles. El renacimiento religioso en Norteamérica coincidió con la moda del sicoanálisis y quizás por la misma razón: detrás de la búsqueda de la identidad, o la búsqueda de la seguridad, lo que había era un vacío, una carencia de propósitos elevados. Es muy significativo que muchos pastores protestantes de varias sectas dediquen mucho tiempo a dar tratamiento sicoterápico –consejos pastorales– a sus feligreses.

Cuando a fines de los años cincuenta estaba ocupada en hacer entrevistas en las universidades, tanto los capellanes como los sociólogos certificaron el “individualismo” de la generación más joven. Una de las razones principales de la tendencia hacia el matrimonio precoz, opinaban, era que los jóvenes no veían otro valor auténtico en la sociedad contemporánea. Es muy cómodo, para los sociólogos profesionales, acusar a la generación más joven de preocuparse cínicamente de su placer particular, de su seguridad material... o acusar a la “nueva ola” de su vacío negativismo. Pero si sus padres, sus maestros y sus capellanes han dejado de lado objetivos más importantes, para preocuparse únicamente de sus propias emociones, de la adaptación al medio emocional, del éxito material, de la

seguridad... ¿qué cosas más importantes que éstas pueden aprender los jóvenes?

El tener cinco hijos, por lo menos, el poder ir a vivir a los barrios residenciales de las afueras, la afición a hacerse uno mismo los muebles y las reparaciones de la casa, e incluso el seguir la corriente de la “nueva ola” llenaron las necesidades domésticas, reemplazando incluso aquellas otras, infinitamente más importantes, que apasionaban anteriormente a la gente más emprendedora del país. “Estoy harto de la política... nada se puede hacer en ese campo.” Cuando el dinero tenía al mismo tiempo tanta y tan poca importancia que no valía la pena sacrificarle la vida, y cuando parecía que la sociedad toda apenas si se interesaba por otra cosa que la familia, las satisfacciones que producía y los problemas que planteaba, eso, por lo menos, era algo bueno y verdadero. Pero el tragarse, sin digerirlas, las teorías freudianas, producía la ilusión de que aquello era más importante de lo que era realmente para el conjunto de la sociedad enferma, lo mismo que el repetir como papagayos los aforismos freudianos engañaba a los pacientes, haciéndoles creer que estaban curados cuando interiormente ni siquiera habían llegado a enfrentarse con su verdadera dolencia.

Bajo el microscopio del psicoanálisis, sin embargo, comenzó a emerger un concepto totalmente diferente de la familia. Los complejos –el de Edipo, el de la rivalidad entre hermanos– se convirtieron en palabras familiares. El complejo de frustración llegó a ser un peligro tan grande para la infancia como la escarlatina. Y había algo a lo que convenía prestar una atención especial: “la madre”. Se descubrió de pronto que todo podía ser achacado a la madre. En el historial clínico de todos los hijos

tarados: en los adultos alcohólicos, obsesos del suicidio, esquizofrénicos, sicópatas y neuróticos; hombres impotentes u homosexuales; mujeres frías o lesbianas; enfermos ulcerosos o asmáticos y en los atacados de cualquier otra enfermedad se podía encontrar como responsable a una madre: una mujer frustrada, de instintos reprimidos, inquieta, atormentada, insatisfecha, desgraciada. Una esposa exigente, de mal carácter, gruñona. Una madre repulsiva, acaparadora y dominante... La segunda guerra mundial puso en evidencia que millones de norteamericanos eran psicológicamente incapaces de resistir el “shock” de la entrada en combate, de hacer frente a la vida si se les apartaba de sus “mamás”. Indudablemente había algo que faltaba en las mujeres norteamericanas.

Por una desgraciada coincidencia, este ataque contra las madres se produjo casi al mismo tiempo que las mujeres norteamericanas habían empezado a poner en práctica los derechos de su emancipación, a acudir, cada vez en mayor número, a los colegios y a las escuelas especiales, a plantear una inevitable competencia con los hombres en la industria y en las profesiones. Las mujeres apenas empezaban a representar un papel en la sociedad norteamericana que no dependía de su sexo, sino de sus capacidades individuales. Se veía a simple vista, era evidente para los ex combatientes que regresaban del frente que aquellas mujeres norteamericanas eran sin duda más independientes, más seguras de sí, con más criterio propio y más voluntad, menos pasivas y femeninas que, por ejemplo, las muchachas alemanas y japonesas que, según se vanagloriaban los ex combatientes, “incluso nos enjabonaban la espalda” ... Era menos evidente, sin embargo, que esas chicas norteamericanas fueran diferentes de sus madres. Quizás esté ahí la razón de que

por algún extraño falseamiento de la lógica todas las neurosis de los niños, pasados y presentes, fueron atribuidas a la independencia e individualismo de esta nueva generación de muchachas norteamericanas, independencia e individualismo que las madres de las generaciones anteriores, que nunca habían salido del hogar, no habían tenido nunca.

La demostración parecía irrefutable: el número de inútiles para la guerra por taras síquicas, la madre como culpable de ello en sus historiales clínicos, las primeras cifras en el informe Kinsey sobre la incapacidad de las mujeres americanas para el goce sexual, especialmente entre las mujeres cultivadas; el hecho de que tantas mujeres se sintieran frustradas y se lo hicieran pagar a sus maridos y a sus hijos. Más y más hombres norteamericanos se sentían incapaces, impotentes. Muchas de esas primeras generaciones de mujeres con carrera no lograron el amor y sus hijos odiaron y fueron odiadas por los hombres con quienes competían. Más y más hombres, mujeres y niños norteamericanos empezaron a acudir a las clínicas para enfermos mentales, a los hospitales y a las consultas de los siquiátras. Y de todo ello se echó la culpa a la madre norteamericana, “masculinizada” por su educación, privada, a causa de su insistencia en lograr la igualdad y la independencia, de encontrar la satisfacción sexual como mujer.

Se adaptaba todo tan perfectamente con los fundamentos de las teorías freudianas, que nadie se detuvo a investigar cómo eran realmente aquellas madres de la preguerra. Eran, indudablemente, frustradas. Pero las madres de esos soldados mal adaptados, aquellos hombres inseguros e impotentes de la postguerra, no eran mujeres con una profesión, cultas e

independientes, sino “mamás” sacrificadas, consagradas únicamente a sus maridos y a sus hijos.

En 1940, menos de la cuarta parte de las mujeres norteamericanas trabajaban fuera del hogar, y las que trabajaban eran, en su mayor parte, solteras. Sólo un insignificante 2,5% de madres tenían una profesión. Las madres de los soldados que en 1940 tenían de 18 a 30 años habían nacido en el siglo XIX o en los primeros años del siglo XX, y habían llegado a la mayoría de edad antes de que la mujer norteamericana hubiese conquistado su derecho al voto, o gozase de independencia, de libertad sexual, de las oportunidades profesionales de los años veinte. En conjunto esas “mamás” no eran feministas ni producto del feminismo, sino mujeres norteamericanas que llevaban la vida femenina tradicional de las esposas y de las madres. ¿Fue realmente la educación intelectual, los deseos de seguir una carrera, el ansia de independencia, lo que hizo que las “mamás” se sintieran defraudadas e hiciesen pagar las consecuencias a sus hijos? Incluso un libro que ayudó a echar los cimientos de la nueva mística –*Their Mothers Sons* (Los hijos de sus madres) de Edward Strecker– confirma el hecho de que las “mamás” no eran feministas, ni tenían una carrera, ni sacaban provecho de su cultura intelectual si alguna tenían; vivían para sus hijos, no se interesaban por nada que no fuera el hogar, los hijos, la familia o su propia belleza. En realidad, se ajustaban exactamente al tipo de mujer propugnado por la mística de la feminidad.

Este es el tipo de “mamá” a que el Dr. Strecker, asesor del inspector general de Sanidad del Ejército y la Marina, halló culpable en el historial clínico de la inmensa mayoría de los

1.825.000 hombres declarados inútiles para el servicio militar, a causa de sus desórdenes síquicos; de los 600.000 rechazados por la Marina por motivos de neurosis y sicosis y de los 500.000 más que trataron de eludir el servicio militar... casi 3.000.000 de hombres de los 15.000.000 de movilizados; 3.000.000 sufrieron de siconeurosis, a menudo sólo unos pocos días después de haber ingresado en filas, a causa de su falta de madurez, de su incapacidad para enfrentarse con la vida, para vivir en comunidad con sus compañeros, para pensar por sí mismos y actuar con independencia.

Una “mamá” es una mujer cuya conducta maternal está motivada por la búsqueda de una recompensa emocional por las adversidades con que la vida ha castigado su propio ego. En sus relaciones con sus hijos, todos sus actos y casi todos sus alientos están encaminados inconsciente pero exclusivamente a absorber emocionalmente a sus hijos y a ligarlos firmemente a ella. Con objeto de conseguir su propósito, tienen que imprimir en sus hijos una huella de comportamiento inmaduro... Las madres de hombres y mujeres capaces de hacer frente a la vida con madurez, no son aptas para constituir el tipo tradicional de “mamá”. Porque ésta es generalmente dulce, mimosa y sacrificada; no escatima molestias ni tiempo para escoger los trajes de sus hijos ya adultos. Vigila las ondas de su pelo, la elección de amigos y compañeros, los deportes que les conviene practicar y sus opiniones y conducta en sociedad. Por regla general, es la “mamá” la que piensa por ellos. Este dominio es a veces duro y arbitrario, las más de las veces suave, persuasivo y un tanto tortuoso. El método más frecuente es el indirecto, por el que en cierto modo se hace sentir al niño que “mamá” está dolida, aunque trata por todos los medios de ocultárselo. El

método suave es infinitamente más eficaz para anular cualquier veleidad de manifestarse del pensamiento y la acción juveniles.

La “mamá sacrificada”, si se la aprieta convenientemente, puede llegar a reconocer, con remilgos que quizá parezca actualmente “agotada” y que, efectivamente, se siente un poco fatigada, pero acabará gorjeando jovialmente: “¿Y eso qué importa?”... La cuestión es que ella no se preocupa de lo que aparenta ni de cómo se siente, porque su corazón está lleno de la desinteresada alegría de cumplir con su deber. Desde que amanece hasta altas horas de la noche, toda su felicidad consiste en cuidar de sus hijos. La casa les pertenece. Tiene que ser así “exactamente”: las comidas puntuales, calientes y apetitosas. Y siempre hay algo de comer dispuesto a cualquier hora. En su ordenada casa no le falta un botón a ninguna prenda. Todo está siempre en su sitio: “mamá” sabe cuál es. Sin una sola queja, alegremente, va poniendo las cosas donde deben estar cuando los niños las han revuelto todas, dejándolas esparcidas aquí y allá... Todo cuanto sus hijos necesiten o deseen, se lo buscará su mamá. He aquí el perfecto hogar... Como les será imposible encontrar un oasis de paz comparable en el mundo exterior, lo más probable es que uno o más de los polluelos se queden en casa siempre, o vuelvan a aquel feliz hogar, al regazo maternal¹³⁰.

La “mamá” puede ser también “la bonita inepta” consagrada a su belleza, a los “trapos”, a la cosmética, a los perfumes, al cuidado del cabello, al régimen y al ejercicio, o “la seudointelectual”, que está siempre asistiendo a cursos y a conferencias, sin estudiar seriamente ningún tema ni informarse

130 Edward Strecker, *Their Mothers' Sons*, Filadelfia y Nueva York, 1946, pp. 52-59.

detenidamente de él, sino dedicándole un mes, por ejemplo, a la higiene mental, el mes siguiente a ciencias económicas, el otro a la arquitectura griega y luego a las guarderías infantiles. Éstas eran las “mamás” de los hijos que no podían llegar a ser hombres ni en el frente ni en el hogar, dentro o fuera de la cama, porque lo único que verdaderamente ansiaban era ser niños. Todas estas “mamás” tenían una cosa en común:

... La satisfacción emocional –casi la plenitud– que ella obtiene haciendo que sus hijos sigan chapoteando en una especie de placenta psicológica en lugar de permitirles nadar con las brazadas osadas y decisivas de la madurez, alejándose del claustro materno... No habiendo llegado a la madurez, cría a sus hijos también inmaduros, y en su inmensa mayoría, éstos están predestinados a arrastrar una vida desgraciada y de insuficiencia personal y social...¹³¹

Cito extensamente al Dr. Strecker porque fue, por extraño que pueda parecer, una de las autoridades psiquiátricas más frecuentemente citadas en la barahúnda de artículos y discursos de la postguerra condenando a las mujeres norteamericanas por su pérdida feminidad... y aconsejándolas volver al hogar y dedicar su vida a sus hijos. Realmente, la moral de los casos clínicos de Strecker fue precisamente la contraria: esos hijos inmaduros sin desarrollar, carentes de madurez para afrontar la vida, tenían madres que consagraban una parte demasiado grande de sus vidas a sus hijos, madres que tenían la necesidad de que sus hijos fuesen siempre niños, porque de otra manera sus vidas habrían carecido de objeto, madres que nunca

131 Ibid., pp. 31 y ss.

alcanzaron una verdadera madurez, a las que, sin embargo, animó a alcanzar la madurez “el estado o la condición de estar maduro; madurez, pleno y total desarrollo, independencia de pensamiento y de acción”, la cualidad de ser plenamente humano. Que no es precisamente lo mismo que la feminidad.

Los hechos son absorbidos por una mística de una forma parecida, me figuro, al extraño fenómeno que hace una hamburguesa devorada por un perro se convierta en perro, y una hamburguesa devorada por un hombre, en hombre. Los hechos que provocaron la neurosis de los combatientes se convirtieron en los años cuarenta en la “prueba” de que la mujer americana había sido apartada de su vocación femenina por una educación sistemática encaminada a lograr la profesionalidad, la independencia, la igualdad con el hombre, “realización de su propia personalidad” a cualquier precio a pesar de que la inmensa mayoría de estas mujeres frustradas eran sencillamente amas de casa. Por alguna deslumbrante paradoja las pruebas masivas del perjuicio psicológico causado a los chicos y a las chicas por las madres frustradas que consagraban todos los días de su vida a satisfacer sus necesidades, fueron desviadas por la mística de la feminidad hacia una invitación a las muchachas de la nueva generación a volver al hogar y dedicar todos *sus* días a satisfacer las necesidades de *sus* hijos.

Nada hizo tan sabrosa la hamburguesa como los primeros datos del informe Kinsey, que demostraban que la frustración sexual de la mujer está relacionada con su educación intelectual.

Mascado y vuelto a mascar fue el hecho espantoso de que, entre las mujeres universitarias sobre las que se había hecho la

encuesta en las universidades, el 50 o el 85% jamás habían gozado fisiológicamente del sexo, mientras que menos de la quinta parte de las que sólo habían cursado la segunda enseñanza tenían el mismo problema. En el libro *Modern Woman: The Lost Sex*, se interpretaban así estos primeros datos del informe Kinsey:

Entre las mujeres que poseían sólo un grado de educación escolar, o menos aún, el fracaso del goce sexual completo disminuía hasta casi desaparecer. El doctor Kinsey y sus colegas informaron que en el 100% de las mujeres negras incultas se había observado el goce sexual completo...

La regla sicosexual que comienza a tomar forma es, por consiguiente, ésta: cuanto más culta sea la mujer, mayores probabilidades hay de que se le produzcan desórdenes sexuales más o menos graves...¹³²

Casi una década transcurrió antes de la publicación del informe total de Kinsey sobre las mujeres, el cual contradecía por completo estas observaciones preliminares. Cuántas mujeres comprenden, incluso ahora, que los 5.940 casos clínicos de mujeres norteamericanas estudiados por Kinsey demostraban que el número de mujeres cuyo goce sexual era

132 Farnham y Lundberg, *Modern Women, The Lost Sex*, p. 271. Ver también el libro de Lynn White, *Educating Our Daughters*, p. 90. Los resultados preliminares del cuidadoso estudio de las costumbres sexuales en Norteamérica dirigido en la Universidad de Indiana por el doctor A. C. Kinsey indican que existe una correlación inversa entre la educación y la capacidad de la mujer para la plena satisfacción sexual habitual en el matrimonio. De acuerdo con las pruebas actuales, no definitivas, casi el 65 por ciento del acto sexual realizado por mujeres con cultura universitaria se efectúa sin que ellas lleguen al orgasmo, comparado con el 15 por ciento correspondiente a las mujeres casadas que sólo han llegado a la segunda enseñanza.

total en el matrimonio, y el número de las que lo conseguían casi el 100% de las veces, estaba relacionado con su educación intelectual, pero en el sentido de que cuanto más cultas eran, mayores probabilidades tenían de conseguir una plena satisfacción sexual.

La mujer que sólo había estudiado el bachillerato no llegaría probablemente al goce sexual completo, mientras que la que terminaba su educación universitaria y que se doctoraba o ampliaba estudios en escuelas especiales tenía un 100% de probabilidades de conseguir un goce sexual completo.

Dicho con las palabras de Kinsey:

Encontramos en nuestras observaciones, que abarcan un período de cinco años, que el número de mujeres que gozaban con plenitud del acto sexual era notablemente superior entre las que tenían una base cultural más elevada... En cada ciclo matrimonial, desde el primero hasta por lo menos el decimoquinto año de vida marital, un mayor número de mujeres del grupo que tenía una base educativa más limitada habían fracasado por completo en llegar al orgasmo en el coito conyugal, mientras que era menor el número del grupo de las más cultas que habían fracasado tan completamente...

Estas cifras no están de acuerdo con los cálculos provisionales, no publicados, que hicimos hace algunos años. Sobre una base menos amplia de casos analizados, y empleando un método de cálculo menos adecuado, nos pareció observar que un número mayor de mujeres con

niveles culturales bajos llegaban al orgasmo en sus coitos conyugales. Estas estadísticas necesitan ahora ser corregidas...¹³³

Pero la mística basada en esas inexactas cifras provisionales no podía corregirse tan fácilmente. Y había, además, las aterradoras estadísticas y casos clínicos de los niños abandonados o repudiados porque sus madres tenían que trabajar. Qué pocas mujeres se dan cuenta, incluso actualmente, que los niños a que se referían los casos publicados, cuyas vidas se frustraron por falta de cariño maternal, no eran los hijos de madres intelectualmente educadas de la clase media, que los entregaban al cuidado de manos extrañas durante algunas horas del día para ejercitar su profesión o escribir un poema o emprender una lucha electoral..., sino niños realmente desamparados, expósitos, a menudo abandonados al nacer por madres solteras y padres borrachos, niños que jamás habían tenido un hogar ni conocido la ternura y el cariño maternal... Se escribieron titulares en las primeras planas de los periódicos para comentar cualquier ensayo en que se atribuyese a las madres que trabajan la responsabilidad de la delincuencia juvenil y de los fracasos escolares y los trastornos emocionales de sus hijos. Una sicóloga, la doctora Lois Meek Stolz, de la Universidad de Stanford, verificó recientemente los datos en que se basaban esos estudios y observó que actualmente todo se puede decir –bueno o malo– de los hijos de madres que trabajan, y sostener lo que se diga con la aportación de algunas pruebas. Pero no

133 Alfred C. Kinsey, y otros, Miembros del Instituto de Investigación Sexual, Universidad de Indiana. *Sexual Behavior in the Human Female*, Filadelfia y Londres, 1953, pp. 378 y ss.

existe ninguna prueba definitiva de que los niños sean menos felices, menos saludables o menos normales, *por el hecho* de que sus madres trabajen¹³⁴.

Los ensayos que demuestran que las mujeres que trabajan son madres más felices, mejores y más sensatas no tienen mucha difusión. Como la delincuencia juvenil aumenta y hay más mujeres que trabajan, o “están preparadas para cualquier clase de trabajo intelectual”, uno se dice que debe haber seguramente alguna relación de causa a efecto. Pero la realidad demuestra que no existe esta relación. Hace varios años, se dio mucha publicidad a un ensayo en que se comparaban grupos de muchachos delincuentes y no delincuentes, de la misma edad y condición y se llegaba a la conclusión, entre otras cosas de que había menos delincuencia o mal comportamiento escolar cuando las madres trabajaban regularmente, que cuando se dedicaban por entero a sus quehaceres domésticos. Pero unos titulares sensacionalistas advertían en los artículos periodísticos que comentaban este ensayo, que era muy significativo que muchos de los delincuentes juveniles tuvieran madres que trabajaban esporádicamente. Este descubrimiento arrojó toda la responsabilidad sobre las madres educadas intelectualmente que habían renunciado a la práctica de sus carreras, pero que se las arreglaban para no abandonarlas del todo, dedicándoles parte de su tiempo, trabajando por su cuenta o aceptando empleos temporales que les permitían pasar temporadas en casa entre uno y otro empleo. “Durante muchos años he venido aceptando intencionadamente algunos trabajos temporales o de media jornada, tratando de acomodar mi trabajo con el

134 Lois Meek Stolz, “Effects of Maternal Employment on Children: Evidence from Research”, *Child Development*, vol. 31, n.º 4, 1960, pp. 749-782.

mejor interés de mis hijos –escribía el *New York Times*, citando textualmente a una de esas madres– ¡y ahora parece como si hubiese estado haciendo la peor de todas las cosas!”¹³⁵

Realmente, esta madre, una mujer educada profesionalmente que vivía en un barrio de la clase media acomodada, figuraba en aquel ensayo entre las madres que, según se comprobó después, no solamente vivían en un medio social y económico muy bajo, sino que incluso habían sido ellas mismas en muchos casos delincuentes juveniles. Y muchas de ellas estaban casadas frecuentemente con hombres que padecían trastornos emocionales.

Los investigadores que realizaron este trabajo sugirieron que los hijos de estas mujeres padecían trastornos emocionales, porque la madre había buscado trabajo esporádico “no tanto para incrementar los ingresos familiares, como para eludir sus responsabilidades domésticas y maternas”. Pero otro especialista, analizando los mismos datos, opinó que la causa básica, tanto del trabajo esporádico de la madre, como de la delincuencia de los hijos, radicaba en la inestabilidad emocional del padre y la madre: fuese la causa la que fuese, la situación no era de ningún modo comparable con la de las mujeres educadas intelectualmente que encontraban implicadas en ello. En realidad, como lo demuestra la doctora Stolz, el que en muchas estadísticas se interprete erróneamente como “prueba” el que las mujeres no pueden combinar una carrera con la maternidad, indica realmente que, en igualdad de condiciones, los hijos de madres que trabajan porque les apetece, corren menos riesgo

135 H. F. Southard, “Mothers’ Dilemma: To Work or Not?”, *New York Times Magazine*, julio 17, 1960.

de sufrir trastornos emocionales, fracasar en sus estudios, carecer del sentido de la dignidad, que aquellos cuyas madres sólo son amas de casa.

Los primeros estudios sobre los hijos de madres que trabajan fueron realizados en una época en que muy pocas mujeres casadas trabajaban, y en guarderías infantiles, donde se cuidaba a los hijos de madres que trabajaban, pero que no tenían marido, bien por defunción, divorcio o abandono. Estas estadísticas fueron hechas por funcionarios de la previsión social y por economistas, a fin de apresurar ciertas reformas sociales tales como las pensiones a las madres que se hallaban en esas circunstancias. Las perturbaciones mentales y el elevado índice de mortalidad de esos niños no aparecían en las estadísticas hechas en la última década, en la que, de varios millones de mujeres casadas que trabajaban, sólo una de cada ocho no vivía con su marido.

En uno de estos recientes estudios, basado en el examen de 2.000 madres, las únicas diferencias significativas consistían en que había más madres amas de casa que madres, trabajadoras que declaraban que “los niños me ponen nerviosa”; y que las amas de casa parecían tener “más hijos”. Un famoso estudio realizado en Chicago, que parecía demostrar que había más hijos delincuentes entre las madres que trabajaban fuera de su hogar, vino a demostrar que había más delincuentes por culpa de los hogares deshechos. Otra encuesta realizada entre 400 niños con graves perturbaciones mentales (entre una población escolar de 16.000) demostró que, dejando aparte los niños que vivían en un hogar deshecho, el número de amas de casa madres

de hijos anormales era tres veces superior al de madres trabajadoras.

Otros estudios demostraron también que era menos probable que los hijos de madres trabajadoras fuesen extremadamente inhibidos, atrasados en sus estudios o “carentes de dignidad personal” que los hijos de las amas de casa, y que era más frecuente que las madres que trabajaban se alegrasen al saberse embarazadas, y menos frecuente que considerasen un problema el desempeñar su “papel de madre” que las amas de casa.

Parecía asimismo existir una relación más íntima y positiva con los hijos entre las mujeres que trabajaban y les agradaba su trabajo, que entre las mujeres amas de casa y las que trabajaban a disgusto. Y una investigación llevada a cabo en los años treinta, entre las madres educadas intelectualmente y que pueden, por lo tanto, elegir el trabajo que más les agrada, demostró que su ocupación personal no ejerce una influencia adversa sobre su adaptación conyugal y emocional, ni lo ejerce tampoco sobre el número de hijos o la importancia de sus problemas.

En general, estas mujeres tenían sólo dos particularidades en común: tenían casi todas ellas una elevada formación intelectual y vivían casi todas en las ciudades¹³⁶.

En nuestra época, sin embargo, como una multitud de mujeres intelectualmente educadas se han convertido en amas de casa que viven en barrios residenciales, ¿cuál es la que no se preocupa del hecho de que sus hijos se orinen en la cama, que

136 Stolz, op. cit. Ver también Myrdal y Klein, op. cit., pp. 125 y ss.

se chupen el dedo gordo, que coman demasiado o sean inapetentes, que sean retraídos, que carezcan de amigos, que no soporten la soledad, que sean agresivos, tímidos, que odien la lectura, que lean demasiado, que sean desobedientes, insociables, inhibidos, que tengan tendencia exhibicionista, precocidad o indiferencia sexual, sea un síntoma de una incipiente neurosis? Si no son signos de una anomalía o una delincuencia reales, deben ser, por lo menos, signos de un fallo paternal, presagio de futuras neurosis, y a veces lo son. La paternidad, y especialmente la maternidad, según el punto de vista freudiano, debería ser algo así como una profesión o una ocupación que llenase todo el tiempo, e incluso un culto religioso. Un paso en falso puede significar un desastre. Sin una profesión, sin otra ocupación que la de su propio hogar, la madre podría consagrar todo su tiempo a sus hijos, dedicar toda su atención a investigar los síntomas de cualquier neurosis incipiente... y quizá ya declarada.

En todos los casos clínicos, naturalmente, siempre se pueden encontrar datos significativos respecto a la madre, especialmente si se anda buscando los hechos acaecidos o los recuerdos de esos primeros cinco años supuestamente cruciales. En los Estados Unidos, después de todo, la madre está siempre con sus hijos o *se supone* que debe estar con ellos. El hecho de que estén siempre con ellos, y lo estén sólo como madres, ¿está relacionado de alguna manera con las neurosis de sus hijos? Muchas culturas transfieren sus conflictos a los hijos a través de las madres, pero entre las varias culturas del mundo moderno, son pocas las que educan a sus mujeres más fuertes y capaces para dedicarse únicamente, como si fuese una profesión, a sus propios hijos.

No hace mucho tiempo confesaba el doctor Spock, un poco a pesar suyo, que los niños rusos, cuyas madres tienen ordinariamente alguna ocupación en sus vidas aparte de la maternidad, como la medicina, la ciencia, la pedagogía, la industria, cargos del gobierno, arte, parecían mucho más equilibrados, conscientes, juiciosos y formados que los niños norteamericanos, cuyas madres, que disponen de todo su tiempo, no hacen otra cosa que ocuparse de ellos. ¿Quiere esto decir que las mujeres rusas son en cierto sentido mejores madres porque tienen algo importante en que ocuparse? Por lo menos –afirmaba el bueno del doctor Spock–, las madres rusas están más seguras de sí mismas como madres. No están pendientes, como les ocurre a las madres norteamericanas, de la última palabra de los especialistas, ni se preocupan tanto como éstas de cuál es la última chifladura sobre el cuidado de los niños¹³⁷.

Es una terrible responsabilidad la que pesa sobre el doctor Spock, esa de tener 13.500.000 madres tan poco seguras de sí mismas, que crían a sus hijos siguiendo al pie de la letra lo que dice su libro... y acuden todas compungidas a él cuando su libro no resuelve su problema.

Ningún titular en los periódicos señaló la creciente intervención de los siquiátras en el problema de la “dependencia” en los niños y en los adultos retrasados norteamericanos. El siquiátra David Levy, en un ensayo muy famoso sobre la “excesiva protección maternal”, analizó exhaustivamente los casos de veinte madres que habían

137 Benjamín Spock, “Russian Children Don’t Whine, Squabble or Break Things. Why?”, *Ladies Home Journal*, octubre, 1960.

perjudicado a sus hijos, hasta un extremo patológico, con “infantilización, mimos y exceso de protección maternales”¹³⁸. Un caso típico fue el de un chico de doce años que “cogía verdaderas rabietas infantiles a los once años cuando su madre se negaba a untarle mantequilla en el pan; todavía seguía pidiéndole a su madre que lo vistiera... Resumió muy claramente lo que esperaba de todas sus exigencias en la vida diciendo que su madre tendría que untarle la mantequilla en el pan hasta que se casase; después, lo haría su mujer...”.

Todas estas madres, de acuerdo con los índices fisiológicos tales como la menstruación, abundancia de leche y síntomas precoces de “tendencia al comportamiento maternal”, tenían una base excepcionalmente fuerte para el desarrollo de sus instintos femeninos o maternales, si puede decirse así. Todas menos dos –según explicó el propio doctor Levy– eran perfectamente responsables, estables y decididas: el aspecto activo, la iniciativa del comportamiento, era considerado como un síntoma evidente de inclinación maternal que caracterizaba la personalidad de dieciocho de las veinte madres excesivamente protectoras desde su infancia. En ninguna de ellas se observó el menor indicio de una inconsciente repugnancia hacia los niños o la maternidad.

¿Qué hizo entonces que esas veinte mujeres fuertemente maternales (evidentemente la fuerza, e incluso la iniciativa no deben ser cualidades masculinas cuando un siquiatra considera que forman parte del instinto maternal) produjesen unos hijos tan patológicamente infantiles? El hijo fue utilizado como medio

138 David Levy, *Maternal Overprotection*, Nueva York, 1943.

de satisfacer una ansiedad anormal de amor. Estas madres se acicalaban y se pintaban los labios a la hora de volver su hijo de la escuela, como una esposa lo hace para su marido, o una chica para su novio, porque no tenían otra vida aparte de su hijo. La mayoría –continúa Levy– tenían ambiciones profesionales frustradas. El “exceso de protección maternal” era causado realmente por la misma fuerza de estas madres, por su energía femenina básica –responsable, estable, activa y agresiva–, causante de los trastornos patológicos del niño cuando la madre se encontraba privada de “otros canales de expresión”.

La mayoría de estas madres habían tenido también madres dominantes y padres mansos y sumisos, y sus maridos habían sido también hijos obedientes de sus madres dominantes...; en términos freudianos, habían vivido en un ambiente de castración. Los hijos y las madres habían sido sometidos a una terapia intensiva sicoanalítica durante años y años, de la cual se esperaba que rompiera el ciclo patológico. Pero cuando, algunos años después de haberse hecho el primer estudio, los investigadores volvieron a observar a estas mujeres y a los niños que ellas habían mimado excesivamente y de una manera patológica, los resultados no fueron exactamente los que se esperaban. En la inmensa mayoría de los casos, la sicoterapia no había sido eficaz. Sin embargo, algunos de los niños, milagrosamente, no se convirtieron en adultos patológicos; no gracias a la terapia, sino porque la madre había adquirido un interés o una actividad en su propia vida y había dejado simplemente de vivir la vida de su propio hijo. En otros pocos casos el niño se salvó porque, por su propia voluntad, había logrado acotar una zona de independencia a la que su madre no tenía acceso.

Otras pistas que conducían al verdadero problema de las relaciones entre la madre y el hijo en los Estados Unidos fueron descubiertas por los sociólogos sin preocuparse en absoluto de la mística. Uno, llamado Arnold Green, descubrió, casi casualmente, otro aspecto de las relaciones entre el amor de la madre nutricia y las neurosis.

Parece ser que en la industrial ciudad de Massachusetts, donde Green se crió, toda una generación se formó bajo unas condiciones psicológicas que debían haber dado resultados traumáticos: una autoridad paternal irracional, vengativa, casi brutal o una falta de “amor” entre padres e hijos. Los padres, inmigrantes polacos, trataban de inculcar en sus hijos las reglas rígidas del viejo mundo que sus hijos, ya norteamericanos, no respetaban. La irrisión, la rabia y el desprecio de los hijos, hizo que los perplejos padres recurriesen a imponer su autoridad de una manera vengativa, arbitraria, que para nada se preocupaba de las futuras esperanzas y ambiciones de sus hijos.

Exasperados y temerosos de perder el dominio sobre sus americanizados vástagos, los padres utilizaron los puños y el látigo, con o sin motivo. El ruido de los golpes, gritos, alaridos, insultos, los gemidos de dolor y de odio eran tan corrientes a lo largo de las filas de las ruinosas viviendas de aquellos molineros, que los transeúntes apenas les prestaban atención¹³⁹.

Indudablemente, éstas eran las semillas de futuras neurosis, tal como todos los buenos padres postfreudianos lo entienden. Pero con gran extrañeza de Green, cuando volvió y fue a

139 Arnold W. Green, “The Middle-Class Male Child and Neurosis”, *American Sociological Review*, vol. II, n.º 1, 1946.

comprobar como sociólogo los casos de neurosis que, de acuerdo con la doctrina freudiana debían abundar, no encontró un solo caso de inutilidad para el servicio militar a causa de neurosis sicopática en aquella comunidad polaca y que en el comportamiento público de toda una generación de aquel pueblo “no se había presentado asimismo caso alguno de ansiedad, sentimiento de culpabilidad, falta de reacción, hostilidad reprimida, etc., es decir, los diferentes síntomas descritos como característicos del carácter neurótico básico”. Green no sabía qué pensar. ¿Por qué aquellos niños no se habían vuelto neuróticos? ¿Por qué no fueron anulados por aquella autoridad paterna brutal, irracional?

Carecían de ese amor materno constante y vigilante que se exige de las madres de la clase media por los especialistas de la psicología infantil; sus madres, como sus padres, trabajaban todo el día en la fábrica; se quedaban en casa al cuidado de sus hermanas o hermanos mayores; habían corrido libremente por los campos y por los bosques vecinos evitando a sus padres todo lo posible. En estas familias, se daba más importancia al trabajo que a los sentimientos personales: “el respeto y no el cariño es el lazo que une”. No faltaban del todo algunas demostraciones de afecto –decía Green– “pero no tenían nada que ver con la descripción del amor entre padres e hijos que se hace en las femeninas revistas destinadas a la clase media”.

Se les ocurrió pensar a los sociólogos que quizás la ausencia absoluta de este amor omnipresente de la madre nutricia podría explicar el porqué en estos niños no se encontraban los síntomas neuróticos tan frecuentes en los hijos de padres de la clase media. La autoridad de los polacos, aunque brutal y

arbitraria, era “exterior al meollo del yo”, según frase de Green. Los padres polacos no tenían la técnica ni la oportunidad de “absorber la personalidad del niño”. Quizás, sugería Green, la “falta de cariño” y la “autoridad arbitraria” no son por sí solas el origen de neurosis, sino solamente cuando forman parte de un cierto contexto de “absorción de la personalidad”, de una paralización del desarrollo físico y emocional del niño que produce esa esclavizada dependencia de los padres que se observa entre los hijos de los norteamericanos blancos nativos, residentes en ciudades y pertenecientes a la clase media que ha recibido educación universitaria.

¿Es la “falta de cariño” la causa de las neurosis, o la crianza paternal de la clase media que “absorbe” la independencia infantil y crea en el niño una excesiva “necesidad de cariño”? Los psicoanalistas han concentrado siempre sus esfuerzos en buscar las raíces de las neurosis; Green deseaba “descubrir qué es lo que hay en los modernos padres de la clase media que predispone a los hijos a la neurosis, sea cual sea la condición y el estado mental de cada niño en particular”.

Como siempre, la flecha apuntaba indefectiblemente hacia la madre. Pero a Green no le interesaba ayudar a la moderna madre norteamericana a adaptarse a su papel; por el contrario, descubrió que ésta carecía de todo auténtico “papel” como mujer en la sociedad moderna.

La mujer moderna entra en el matrimonio y tal vez engendra un hijo sin tener, como antiguamente, un papel definido y una serie de funciones concretas que desempeñar. Se siente inferior al hombre porque, comparativamente, su papel ha sido y sigue

siendo más restringido. Se ha exagerado, generalmente, la extensión y la importancia de la verdadera emancipación de la mujer.

Gracias a un “buen” matrimonio, la chica de la clase media consigue una posición social muy superior al que obtendría ejerciendo una carrera. Pero el período que ha dedicado a la hipotética preparación o a su estudio en serio, dejan a la mujer poco preparada la penosa tarea de la limpieza de la casa, cambiar los pañales a los niños, y preparación de las comidas... La madre tiene poco que hacer, tanto dentro como fuera de la casa: es la única compañera de su hijo. Los modernos “cuidados” científicos le obligan a una constante vigilancia y a preocuparse de una manera exagerada de la salud de sus hijos, de la conveniencia de que coman espinacas y ocupándose en su desarrollo más que en el desarrollo de su propio “ego”; esto se complica por el hecho de que se consume mucha energía en enseñarles precozmente a andar, a hacer ellos solos su aseo personal, a romper a hablar porque, viviendo en un ambiente intensamente competitivo, los padres de la clase media están constantemente comparando el desarrollo de sus hijos con el de los hijos de sus vecinos.

Green supone que tal vez las madres de la clase media... han hecho que el “amor” sea de suprema importancia en sus relaciones con el hijo –las de ellas para con él y las de él para con ellas– en parte a causa de que el “amor” es el principal complejo de nuestro tiempo, que en la clase media está particularmente ramificado, en parte como una compensación a los muchos sacrificios que ha hecho por él. La necesidad de amor que experimenta el niño, se debe a que se le ha preparado a sentir

esa necesidad... se le ha condicionado a una esclavizadora dependencia emocional.

No es la necesidad de cariño paternal, sino la constante amenaza de verse privado de él, una vez que el niño ha sido condicionado a experimentar esa necesidad, lo que se esconde entre las raíces de las neurosis modernas más típicas; “mamá” no te va a querer si no te comes tus espinacas o si sigues sin beber la leche, o si no te bajas de ese sofá... En la proporción en que haya sido absorbida su personalidad, el niño se verá dominado más o menos intensamente por el pánico que provoca esta especie de amenaza. En esta clase de niños, una mirada de desaprobación puede producir más terror que veinte minutos de latigazos en los hijos de los emigrantes polacos.

Green sólo estudiaba a las madres en lo que se refiere al efecto que ejercen sobre sus hijos. Pero se le ocurrió pensar que sólo la “absorción de la personalidad” no puede, después de todo, explicar las neurosis. Porque si fuera así –concluye– todas las mujeres de clase media de la generación anterior habrían sufrido tales neurosis... y nadie recuerda que fuese así. Ciertamente, la personalidad de una joven de esta clase del siglo XIX era “absorbida” por sus padres, por sus exigencias de “amor” y de obediencia ciega. Sin embargo, la proporción de neurosis en esas condiciones era probablemente “demasiado elevado” –según el sociólogo– porque aunque la personalidad de la mujer era “absorbida sin salirse de un papel que cambiaba relativamente poco de la niñez a la adolescencia, al noviazgo y, finalmente, al matrimonio”: nunca podía llegar a desarrollar su propia personalidad.

El moderno muchacho de la clase media, por otro lado, se ve forzado a competir con los otros para triunfar –lo que exige un cierto grado de independencia–, firmeza de propósito, iniciativa y dominio de sí mismo. De este modo la necesidad fomentada por la madre en el niño de que todos le quieran, su incapacidad para crear sus propios valores y propósitos, es neurótica; pero no lo es en la niña.

Esta teoría, formulada por un sociólogo en 1946, es interesante, pero jamás consiguió salir de los círculos de la teoría social, ni expugnar los baluartes de la mística de la feminidad a pesar de que el país se daba cada vez más cuenta de que había algo que no funcionaba bien en las madres norteamericanas. Incluso este sociólogo, que se las arregló para penetrar en la mística de la feminidad y ver a los niños bajo otro aspecto que el de su excesiva necesidad de cariño maternal, se preocupó solamente del problema de los hijos. Pero el verdadero problema ¿no consistía en que el papel de la esposa norteamericana de la clase media obliga a más de una madre a ahogar y absorber la personalidad tanto de sus hijos como la de sus hijas? Muchos se dieron cuenta del trágico derroche de hijos norteamericanos, a los que les hizo incapaces de luchar, de adquirir valores individuales y de actuar con independencia; pero no consideraron igualmente trágico el derroche de hijas, o el de las madres a las que les ocurrió lo mismo en las generaciones anteriores. Si una cultura no espera la madurez humana de sus mujeres, no considera esta falta de madurez como un derroche, o como una causa posible de neurosis o de complicaciones. Lo asombroso, lo que realmente retrata la poca importancia que nuestra civilización atribuye al papel de la mujer es que, como nación, no nos dimos cuenta de que algo

faltaba en las mujeres cuando empezamos a ver los efectos que este fallo tenía en sus hijos.

¿Es sorprendente que no entendiésemos qué era lo que fallaba? ¿Cómo podíamos entenderlo, basándonos en los datos anquilosados del funcionalismo y la adaptación? Los educadores y los sociólogos aplaudieron cuando la personalidad de la joven de la clase media fue intensamente absorbida desde la infancia hasta la edad adulta por su “papel de mujer”. Bendecido sea ese “papel” si favorece la adaptación... La pérdida de un “ego”, de una personalidad, no se consideraba como un fenómeno que mereciese ser estudiado en la mujer..., sólo se consideraba frustración causada en la mujer por “las inconsistencias culturales en la adaptación a su papel”, como decía la ilustre socióloga Ruth Benedict al hablar de la situación de las mujeres americanas. Incluso las mismas mujeres, que sentían el dolor, el desvalimiento de su carencia de “ego”, no comprendían lo que sentían; se convirtió en el problema que no tiene nombre. Avergonzadas y embargadas por un sentimiento de culpabilidad, se volvieron otra vez hacia sus hijos, para eludirlo. Así se cierra el círculo, de madres a hijos e hijas, generación tras generación.

El incesante ataque a las mujeres, que se ha convertido en una preocupación norteamericana en los últimos años, puede también tener su origen en la tendencia al escapismo que envió de nuevo, a hombres y mujeres, al seguro refugio del hogar. El amor a la madre es algo sagrado en los Estados Unidos, pero a pesar de todos los respetos y de todo el jarabe de pico que se le dedica, la “mamá” es un blanco contra el que se puede disparar sin peligro, sin importar que sus fallos sean interpretados

correcta o incorrectamente. Nadie ha sido jamás puesto en la lista negra o fusilado por meterse con la “Mujer Norteamericana”. Aparte de las presiones psicológicas de las madres o de las esposas, ha habido innumerables presiones no sexuales en los Estados Unidos la última década –la incesante competencia, el trabajo anónimo y a veces inútil en las grandes empresas– que también impedía al hombre sentirse hombre. Era más seguro echarle la culpa a la esposa o a la madre, que reconocer un fallo en uno mismo, en la sagrada organización social norteamericana. Los hombres no siempre bromeaban cuando decían que sus mujeres tenían la suerte de poder quedarse todo el día en casa. Era también consolador justificar la lucha despiadada por triunfar, diciéndose a sí mismos que lo hacían “por la mujer y por los hijos”. Y así los hombres recrearon su propia infancia en los nuevos barrios de las afueras, e hicieron que sus esposas fueran como sus segundas madres. Los hombres se dejaron seducir por la mística de la feminidad sin la menor protesta. Les prometía unas madres para el resto de la vida, tanto como una razón de vivir, como una excusa para sus fracasos. ¿Y es tan extraño que unos chicos que han crecido rodeados de un excesivo amor maternal se conviertan en hombres a los que les parece que nunca tienen bastante amor?

Pero, ¿por qué las mujeres permanecieron calladas ante esta barrera de oprobio? Cuando una cultura ha levantado barrera tras barrera contra las mujeres, considerándolas como individuos aparte; cuando una cultura ha levantado barreras legales, políticas, sociales, económicas y pedagógicas, que impiden a la mujer la aceptación de su propia razón –incluso después de que la mayoría de estas barreras han sido derribadas–, sigue siendo todavía más fácil para la mujer

refugiarse en el templo del hogar. Le es más fácil vivir a través de su marido y de sus hijos que crearse un camino propio en el mundo. Porque ella es hija de esa misma “mamá” que hizo tan difícil, tanto para ella como para su hermano, el desarrollarse normalmente. Y la libertad es una cosa que da miedo... Da miedo terminar de crecer y verse libre de la dependencia pasiva. ¿Por qué debería preocuparse una mujer de ser algo más que una esposa y madre, si todas las fuerzas de su época le dicen que no debe ser otra cosa, que le irá mejor no siendo otra cosa, alcanzando su pleno desarrollo?

Y así la mujer norteamericana hizo su elección equivocada. Volvió de nuevo al hogar para vivir sólo según su sexo, cambiando la individualidad por la seguridad. Su marido fue arrastrado tras ella, cerrando luego la puerta al mundo exterior. Y comenzaron a vivir la encantadora mentira de la mística de la feminidad; pero ¿podían creer en ella realmente ninguno de los dos? Ella era después de todo una mujer norteamericana, un producto inalterable de una cultura que no permite que se le dé una personalidad individualizada. Él era después de todo un norteamericano, cuyo respeto por la individualidad y por la libertad de elección constituye el orgullo de su nación. Fueron juntos a la escuela; él sabe quién es ella. ¿Acaso su dócil aceptación de dar cera al suelo o fregar la vajilla cuando llega a casa cansado a las 6,55, les oculta a los dos la conciencia de su culpabilidad por no querer ver la realidad que hay detrás de la encantadora mentira? ¿Qué es lo que les hace seguir creyendo en ella, a pesar de las señales inequívocas que han aflorado a su alrededor, en su barrio residencial de las afueras? ¿Qué es lo que mantiene a las mujeres en casa? ¿Cuál es el estamento de nuestra civilización que tiene la fuerza suficiente para escribir

“Profesión: Ama de casa”, en letras tan grandes que todas las demás posibilidades de las mujeres han sido casi anuladas?

Los más poderosos estamentos de los Estados Unidos deben de estar influidos por estos lindos cuadros que parecen mirarnos desde cualquier parte, prohibiendo que la mujer utilice sus diversas capacidades fuera del hogar. La perduración de la mística de la feminidad bajo este aspecto podría tener complicaciones que no serían ya solamente sexuales. Cuando uno se pone a pensar en todo esto, advierte que Norteamérica depende en gran parte de la pasiva sumisión de la mujer, de su feminidad. La feminidad, si realmente queremos seguir llamándola así, convierte a las mujeres norteamericanas en el blanco y en las víctimas de las técnicas de venta basadas en su sexualidad.

IX. LAS TÉCNICAS DE VENTA BASADAS EN LA SEXUALIDAD FEMENINA

Hace meses, mientras trataba de ordenar las piezas de este rompecabezas que es la vuelta de la mujer al hogar, tuve la impresión de que faltaba alguna. Podía descubrir los caminos por los que el pensamiento, valiéndose de sofismas, se mordía la cola para perpetuar una anticuada idea de la feminidad; podía ver cómo esta imagen se entretejía de prejuicios y mal interpretados complejos de frustración para ocultar a las propias mujeres la vaciedad de la fórmula *“Profesión: Ama de casa”*.

Pero, ¿qué es lo que da fuerza a esta fórmula? Si a pesar de la desesperación indecible de tantas amas de casa norteamericanas, a pesar de las oportunidades que se ofrecen hoy a las mujeres, son tan pocas las que tienen otra finalidad en la vida aparte de la de ser esposas y madres algo, alguien muy poderoso debe estar actuando. La energía que se ocultaba tras el movimiento feminista era demasiado dinámica para agotarse tan repentinamente; debe haber sido obstruida, desviada por algo más poderoso que esa menospreciada energía de las feministas.

Hay algunos hechos en la vida tan evidentes y vulgares, que uno nunca habla de ellos. Sólo los niños preguntan: “¿Por qué los personajes de los libros no van nunca al retrete?” ¿Por qué no se dice nunca que la función realmente trascendente que cumplen las mujeres como ama de casa, su papel más importante, es el de *comprar más cosas para el hogar*? En toda esta cuestión de la feminidad y del papel de la mujer, se echa en olvido que lo que realmente importa en Norteamérica son los negocios. Pero la perpetuación del concepto de ama de casa y la propagación de la mística de la feminidad, adquieren un sentido crematístico cuando nos damos cuenta de que las mujeres son las principales clientes del comercio norteamericano. De alguna manera, en alguna parte, alguien debe haberse dado cuenta de que las mujeres comprarían más cosas si se las mantenía en ese estado anticuado, de vaga nostalgia, lleno de anhelos refrenados, del ama de casa.

No tengo idea de cómo sucedió la cosa. La iniciativa, en la industria, no es tan simple, tan racional como piensan los que creen en las teorías de la intencionalidad histórica. Estoy segura de que los dirigentes de la *General Ford*, la *General Electric*, la *General Motors*, *Macys and Gimbels* y toda la serie de directores de las compañías que fabrican detergentes y batidoras eléctricas, cocinas esmaltadas en rojo, con los ángulos redondeados y pieles sintéticas, cera para los suelos, tintes para el cabello, patrones para hacer trajes y muebles en casa, lociones para manos ásperas y productos para dejar las toallas “blancas, blanquísimas”, nunca se reunieron en conferencia alrededor de una mesa de caoba en una sala de consejo de Madison Avenue o Wall Street, y votaron una moción por este tenor: “Caballeros, propongo, en el interés de todos nosotros,

que comencemos una campaña de 50 billones de dólares para contener el peligroso movimiento de la mujer norteamericana para salir del hogar. Tenemos que conseguir que sigan siendo amas de casa, no lo olvidemos.”

Un sesudo vicepresidente exclama: “Hay demasiadas mujeres en las universidades. No quieren quedarse en casa. Esto no es bueno. Si todas se hacen sabias o algo por el estilo, no van a tener tiempo para ir de compras. Pero ¿qué vamos a hacer para que se queden en casa? Todas se han empeñado en seguir una carrera.”

“Les permitiremos que sigan carreras en el hogar –sugiere un joven jefe de Sección, licenciado en Psicología–. Haremos que el llevar la casa sea una carrera.”

Naturalmente, las cosas no sucedieron exactamente así. No fue una conspiración económica dirigida contra las mujeres, sino un subproducto de nuestra confusión general sobre los medios y los fines; algo que aconteció a las mujeres cuando la cuestión de producir y vender, la inversión de capitales, los negocios (que es simplemente la forma en que nuestra economía está organizada para atender eficazmente las necesidades del hombre) comenzó a confundirse con los objetivos de la nación, con la verdadera finalidad de la vida. Subversión de la vida de las mujeres en beneficio del comercio, la subversión de las ciencias sociales para engañar a las mujeres sobre sus verdaderas necesidades.

Haría falta un inteligente economista para calcular lo que es preciso para mantener nuestra floreciente economía en marcha

si la clientela femenina empezase a flojear, de la misma manera que haría falta un economista para calcular lo que sucedería si desapareciera el peligro de la guerra.

Es fácil ver por qué sucedió esto. Supe realmente cómo sucedió; fui a ver un hombre al que se le paga aproximadamente un millón de dólares al año por sus servicios profesionales, consistentes en provocar las reacciones emocionales de la mujer norteamericana en beneficio del comercio. Este hombre comenzó en el modesto campo de la persuasión indirecta en 1945, y continuó ascendiendo.

La sede central de su instituto para la motivación condicionada es una mansión señorial en Westchester. Las paredes de un amplio salón que tiene la altura de dos pisos están recubiertas de estanterías metálicas que contienen mil y pico estudios realizados para la industria y el comercio, trescientas mil entrevistas de sondeo, la mayoría con las amas de casa norteamericanas¹⁴⁰.

Me dejó ver lo que quería, me dijo que podía utilizar todo lo que no fuera confidencial para una determinada empresa. Nada había allí que tuviera que esconder, nada de qué avergonzarse, sólo aparecía, página tras página en estos estudios de sondeo, una astuta y jubilosa consciencia de las vidas vacías, sin finalidad, faltas de toda inquietud creadora, e incluso carentes de goces sexuales que llevan la mayoría de las amas de casa norteamericanas. En sus propios y descarados términos, este

140 Los estudios sobre los que se basa este capítulo fueron hechos por los Miembros del Instituto de Investigación Motivacional, dirigido por el Dr. Ernest Dichter. Se pusieron a mi disposición por cortesía del Dr. Dichter y sus colegas, y están archivados en el Instituto, en Croton-on-Hudson, Nueva York.

amable “persuasor” indirecto me mostró el objeto que se perseguía haciendo que las mujeres norteamericanas siguieran siendo amas de casa –la reserva que crea su falta de personalidad, su carencia de intencionalidad y de fines concretos dispuesta para ser transformada en dólares, a punto para su inversión en la adquisición de géneros.

Convenientemente manipuladas (“Si a usted no le asusta esta palabra” –me dijo) se puede provocar en las amas de casa norteamericanas el sentido de la personalidad, de la intencionalidad, el espíritu de iniciativa, la sensación de sentirse cumplidoras de una misión, incluso el goce sexual de que carecen, haciéndoles que compren cosas. Repentinamente comprendí el significado de la jactanciosa afirmación de que las mujeres tienen en sus manos el 75% del poder adquisitivo en los Estados Unidos. Pronto vi a las mujeres americanas como víctimas de este horrible don, de este poder adquisitivo de que están dotadas. Los puntos de vista que aquel hombre me estaba comunicando tan espontáneamente me revelaban muchas cosas...

El dilema del comercio fue explicado detalladamente en un estudio hecho en 1945 por encargo de editores de una de las principales revistas femeninas, sobre las reacciones de las mujeres con relación a los aparatos eléctricos.

El estudio fue considerado de gran interés por todas las compañías que, a punto de acabar la guerra, iban a tener que reemplazar los contratos de material bélico por los de productos para el consumidor. Era un ensayo sobre la “psicología del ama de casa”. “La reacción de la mujer hacia los aparatos domésticos

no se puede separar de su reacción ante las faenas del hogar en general”, advertía.

Basándose en los datos obtenidos de 4.500 esposas (de clase media, con bachillerato o educación universitaria) las mujeres norteamericanas fueron divididas en tres categorías: “la verdadera ama de casa”, “la mujer de carrera” y “el ama de casa equilibrada”.

Mientras que el 51% de las mujeres encajaba en el tipo “verdaderas amas de casa” (“Desde el punto de vista psicológico, las faenas del hogar constituyen el interés primordial de este tipo de mujeres. Es para ellas motivo de orgullo y satisfacción mantener una casa cómoda y bien llevada para su familia. Consciente o inconscientemente, tienen la impresión de que son indispensables y de que nadie puede reemplazarlas. No tiene poco o ningún interés por ejercer una ocupación fuera del hogar y si tiene una es por la fuerza de las circunstancias o por necesidad”), se vio claramente que este grupo estaba disminuyendo y que probablemente continuaría así ahora que nuevos campos de actividad, nuevos intereses y nueva educación, se abrían ante la mujer.

Sin embargo, el mejor mercado de aparatos domésticos era éste de la “verdadera ama de casa” –aunque ella se mostraba, por lo general, un poco reacia a aceptar nuevos modelos que había que superar y eliminar–. (“Quizá hasta podía temer que los aparatos domésticos hiciesen innecesaria la vieja forma de hacer las cosas, que era como ella las hacía.”) Después de todo, el trabajo del hogar era la justificación de toda su existencia. (No creo que haya forma alguna de hacer que el trabajo me resulte

más fácil, escribió una verdadera ama de casa, porque no creo que una máquina pueda reemplazar la cantidad de trabajo que rinde una mujer.)

El segundo tipo, la “mujer de carrera” o la “supuesta mujer de carrera”, constituía una minoría, pero muy perjudicial desde el punto de vista de las ventas; los anunciantes de productos fueron advertidos de que sería conveniente para ellos que este grupo no aumentara. Ya que tales mujeres, aunque no tienen necesariamente un empleo, “no creen que el puesto de la mujer esté principalmente en el hogar”. (Muchas mujeres de este grupo, en realidad, no han trabajado nunca, pero su actitud es ésta: “Creo que el llevar la casa es una pérdida de tiempo terrible. Si mis hijos fueran mayores y yo dispusiera de tiempo para salir de casa, lo emplearía mejor. Si alguien se pudiera encargar de las comidas y de la ropa, me encantaría poder salir y conseguir un empleo.”) Lo que hay que tener en cuenta con respecto a las mujeres de carrera, decía el estudio, es que, aunque compran modernos aparatos domésticos, no son el tipo ideal de cliente... “Son demasiado exigentes”.

El tercer tipo, “el ama de casa equilibrada” es, “desde el punto de vista comercial, el tipo ideal”. Se interesan por las cosas del mundo o han tenido un empleo antes de dedicarse por completo a ser amas de casa; éstas “aceptan fácilmente la ayuda que les pueden prestar los modernos aparatos, pero no esperan de ellos lo imposible, pues necesitan usar su propia habilidad rectora en la dirección de un hogar bien llevado”.

La moraleja del estudio saltaba a la vista: “Ya que el ama de casa equilibrada” o mixta representa el mercado de mayor

potencial adquisitivo para el futuro, sería beneficioso para el fabricante de aparatos domésticos hacer ver cada vez a más mujeres la conveniencia de pertenecer a este grupo. Educarlas por medio de la publicidad y enseñarles que pueden tener intereses exteriores y ensanchar su formación intelectual (sin convertirse en mujeres de carrera). El arte de llevar bien la casa debería ser la meta de “toda mujer normal”.

El problema –el cual, sí fue reconocido por el en aquel tiempo “persuasor indirecto” de la industria de aparatos domésticos, fue también captado por otros especialistas de la venta de productos para el hogar– era que toda una nueva generación de mujeres está siendo educada para trabajar fuera de su casa. Además es evidente que existe un creciente deseo de emancipación. La solución consistía sencillamente, en animarlas a que fueran amas de casa “modernas”. La mujer de carrera o posible mujer de carrera, a la que no le gusta en absoluto limpiar, quitar el polvo, planchar, lavar la ropa, se interesa menos por una nueva cera, un nuevo jabón en polvo, contrariamente a “la verdadera ama de casa” y al “ama de casa mixta”, que prefieren tener los suficientes aparatos y hacer el trabajo de casa ellas mismas. “La mujer de carrera prefiere tener criados, ya que las faenas domésticas absorben demasiado tiempo y energía...” Sin embargo, compra aparatos, tenga o no criados; pero “suele quejarse del resultado de éstos”, y es más difícil hacerle comprar.

Era demasiado tarde o, mejor dicho, ya no era posible convertir de nuevo a estas mujeres de carrera o posibles mujeres de carrera en “verdaderas amas de casa”; pero el estudio destacaba, en 1945, las posibilidades de hacer que “las

mujeres equilibradas” considerasen el llevar la casa como una carrera. Dejadas que deseen hacer el pastel y comérselo..., dejadas ahorrar tiempo, tener más comodidades, evitar la suciedad y el desorden..., sin renunciar a la satisfacción y al orgullo que se siente de que la casa bien llevada sea obra suya personal. Como dijo una joven ama de casa: “Es estupendo ser moderna: es como dirigir una fábrica que tiene la maquinaria más moderna.”

Pero no era una tarea sencilla, ni para la publicidad ni para el comercio. Nuevos aparatos capaces de realizar casi todo el trabajo doméstico habían invadido el mercado; era necesaria una gran ingeniosidad para dar a la mujer norteamericana esa impresión de “plena realización” y al mismo tiempo conservar el trabajo doméstico como finalidad primordial de su vida.

La educación, la independencia, su creciente personalidad, todo lo que las predisponía a otros menesteres tenía que ser combatido, canalizado otra vez hacia el hogar.

Los servicios del “persuasor indirecto” se hicieron cada vez más valiosos. En sus posteriores encuestas, ya no entrevistaba mujeres de carrera, pues no estaban en casa durante el día. Las mujeres de sus encuestas eran, deliberadamente, verdaderas amas de casa o amas de casa mixtas. Los objetos para uso doméstico y los géneros de consumo están, en última instancia, destinados a las mujeres; el 75% de todos los presupuestos de publicidad de géneros de consumo se emplea en atraer la atención de las mujeres; es decir, a las amas de casa, a las mujeres a quienes se puede entrevistar durante el día, a las que tienen tiempo de ir de compras. Naturalmente, las entrevistas

para conocer sus gustos, los *tests*, los “laboratorios vivientes”, estaban ideados para impresionar a sus clientes, pero casi siempre se basaban en los astutos puntos de vista de un sociólogo especializado, puntos de vista que podían utilizarse con provecho.

Sus clientes fueron informados de que tenían que hacer algo basándose en esta creciente necesidad de la mujer norteamericana de hacer trabajo creativo, la principal necesidad insatisfecha del ama de casa moderna. Por ejemplo, en un informe se escribió:

Todos los esfuerzos que se hagan para vender la Harina X, deben tender a demostrar que es una base sobre la que la mujer puede desarrollar su esfuerzo creador. La propaganda debe resaltar el hecho de que la Harina X ayuda a la mujer a expresar su facultad creadora porque elimina tareas penosas. Al mismo tiempo, se debe insistir sobre las manipulaciones que necesita la repostería, la distracción que se encuentra en ella, lo que permite sentir que la repostería hecha con Harina X es una auténtica repostería.

Pero de nuevo el dilema: ¿Cómo hacerlas gastar dinero en la Harina X que elimina gran parte de las faenas penosas de la repostería, diciéndolas “que puede utilizar su energía en lo que realmente tiene importancia” y, sin embargo, evitar que se encuentre demasiado ocupada para hacer repostería? (“Yo no uso la harina porque no hago nada de repostería. Es demasiado trabajo. Vivo en un piso enorme y bastante tengo con conservarlo limpio, cuidar de mis hijos y hacer mi media jornada de trabajo en una oficina. No tengo tiempo para la repostería.”)

¿Qué hacer acerca de su “sensación de desilusión” cuando los bollos salen del horno y no son, en realidad, más que pan y no hay sensación alguna de trabajo creador? (¿Por qué voy a hacer yo misma los bollos cuando hay tantos productos en el mercado que sólo necesitan calentarse? No tiene sentido todo este trabajo de amasar, engrasar el molde y cocer los bollos.”) ¿Qué hacer cuando la mujer no siente lo que su madre sentía cuando el bollo *tenía* que hacerse desde el principio? (“La forma en que mi madre los hacía era cerniendo ella la harina y añadiéndole huevo, mantequilla... y una sabía que había hecho algo de lo que podía enorgullecerse.”)

El problema puede ser resuelto, asegura el informe:

Usando las Harinas X la mujer puede demostrar lo que vale como esposa y madre, no sólo con la repostería, sino también pasando más tiempo con su familia... Naturalmente debe demostrarse también que la repostería hecha en casa es preferible a la que se compra en las pastelerías...

Sobre todo, hay que dar a la Harina X “un valor terapéutico”, desacreditando las recetas fáciles, ensalzando en cambio “el esfuerzo estimulante de la repostería”. Desde un punto de vista publicitario, esto significa que hay que recalcar que “con Harina X en el hogar usted será una mujer diferente..., una mujer más feliz”.

Además, se dijo al anunciante que una de las frases en su anuncio “Y usted puede hacer sus bollos de la forma más fácil y más cómoda que existe” provocaría una “reacción negativa” en las amas de casa norteamericanas. Era un impacto demasiado

directo sobre su sentimiento *secreto de culpabilidad*. (“Ya que nunca sienten que están realizando realmente el esfuerzo debido, es ciertamente equivocado decirles que la repostería con la Harina X se hace de una forma cómoda.”) Esto da la sensación, decía, de que esta esposa y madre consagrada a su familia, cuando está ante su horno, preparando con entusiasmo unos bollos o una tarta para su esposo e hijos, “está simplemente dando satisfacción a su propio deseo de dulces”. El solo hecho de que la repostería sea un trabajo para el ama de casa, la ayuda a desechar cualquier duda que pudiera tener sobre sus verdaderos motivos.

Pero hay incluso varias formas de aprovechar ese sentimiento de culpabilidad de las amas de casa, decía el informe:

Se podría sugerir por medio de la publicidad que el no aprovechar los doce usos de la Harina X, es limitar los esfuerzos para dar gusto a la familia. Se puede conseguir una transferencia de culpabilidad. Más que sentirse culpable por usar Harina X para hacer postres, se conseguiría que la mujer se sintiese culpable por no aprovechar la oportunidad de regalar a su familia con doce diferentes y deliciosos postres. *No malgaste su talento; no ponga un límite a sus capacidades.*

A mediados de la década de 1950, las encuestas informaban con satisfacción que la “mujer de carrera” (la mujer que clamaba por la igualdad, por equipararse casi con el hombre en todas las esferas de la vida, la mujer que reaccionaba contra la esclavitud doméstica con indignación y vehemencia) había desaparecido, reemplazada por la “menos mundana y menos complicada”

mujer, cuya actividad en la Asociación de Padres y Profesores le da “amplios contactos con el mundo de fuera de su hogar”, pero que “encuentra a pesar de todo en las faenas domésticas una forma de expresión de su feminidad e individualidad”. No es como el ama de casa sacrificada y pasada de moda; al contrario, se considera igual al hombre. Pero aún se siente “perezosa, desatendida, perseguida por una sensación de culpabilidad” porque no tiene suficiente trabajo que hacer. El anunciante debe canalizar su necesidad de experimentar una “sensación creadora” hacia la compra del producto.

Tras una resistencia inicial, se inclina ahora a aceptar el café concentrado, los alimentos congelados o ya preparados y enlatados y otros artículos destinados a ahorrar el esfuerzo, como formando parte de su trabajo.

Pero necesita una justificación y la encuentra en el pensamiento de que “usando alimentos congelados ahorró tiempo para poder realizar otras tareas importantes como madre y esposa moderna”.

La iniciativa creadora es la respuesta dialéctica de la mujer moderna al problema de su cambio de posición en el hogar. Tesis: *soy una ama de casa*. Antítesis: *odio las faenas penosas*. Síntesis: *¡soy creadora!*

Esto quiere decir, esencialmente, que aunque el ama de casa puede comprar alimentos preparados y en conserva, por ejemplo, y de esta forma ahorrar tiempo y esfuerzo, no se conforma con eso.

Es muy importante para ella que le sea posible añadir

ingredientes a la conserva y demostrar así su participación personal y su preocupación por dar satisfacción a su familia.

La sensación de iniciativa creadora sirve también a otra finalidad: es una válvula de escape de los talentos en libertad; los gustos más refinados, la imaginación más variada, la mayor iniciativa de la mujer moderna. Le permite utilizar en el hogar *todas las facultades que hubiera empleado en el ejercicio de una carrera.*

El anhelo de tener oportunidades y tiempo para desplegar una actividad creadora es un aspecto importante de la incitación a comprar.

El único inconveniente –advertían los realizadores de la encuesta– es que “trata de utilizar su propia inteligencia y juicio. Cada vez juzga menos según normas colectivas o de la mayoría. Está desarrollando normas independientes”. (“No me importa lo que hagan los vecinos. No quiero vivir supeditada a ellos, ni compararme a ellos a cada momento.”) Ahora no siempre es atraída por el lema “no se quede atrás de los Pérez”; el anunciante debe apelar a su propia necesidad de hacer algo en la vida, de vivir.

Apelad a esta sed... decidle que estáis dando más interés, mayor gozo a su vida, que ahora está a su alcance ensayar nuevas experiencias y que tiene derecho a ensayarlas. Aún más positivamente, debéis darle la impresión de que le estáis dando “lecciones de vida”.

“Limpiar la casa debería ser un placer” –anunció el fabricante de un cierto producto para la limpieza. Aun cuando este

producto fuera quizás menos eficiente que las aspiradoras, permitía al ama de casa utilizar una mayor cantidad de su propia energía en el trabajo.

Además» le permitía hacerse la ilusión de que se había convertido en “una profesional, una experta en la elección de los productos de limpieza más convenientes para determinados trabajos”.

Esta profesionalización es una defensa psicológica del ama de casa para no sentirse una simple “mujer de limpieza”, una criada de su familia en una época de emancipación de los trabajos no especializados.

El papel de experta cumple dos distintas funciones emocionales: 1) ayuda al ama de casa a tener la sensación de que ejerce una verdadera profesión, y 2) la de que se mueve más allá de la órbita del hogar, en el mundo de la ciencia moderna al buscar nuevos y mejores métodos de hacer las cosas.

Como resultado, nunca ha existido un clima psicológico más favorable hacia los aparatos y los productos domésticos. El ama de casa moderna... busca con verdadera ansia esos productos domésticos que, en su experta opinión, satisfacen sus necesidades. Esta tendencia contribuye a la popularidad de distintas ceras y barnices para muchos de los muebles del hogar; al creciente uso de aparatos para sacar brillo a los suelos y la gran variedad de bayetas y otros utensilios para la limpieza de suelos y paredes.

La dificultad está en darle la “sensación de realizar algo importante”, de “satisfacción de su ego”, que se le ha persuadido a

buscar en su “profesión” de ama de casa, cuando en realidad las tareas que consumen su tiempo, el cuidado de la casa, no sólo son interminables, sino que constituyen trabajos para los cuales la sociedad contrata a los individuos más humildes y peor entrenados. Cualquiera que tenga unas espaldas bastante anchas (y en un cerebro bastante estrecho) puede hacer estos trabajos inferiores. Pero incluso este inconveniente puede ser utilizado para venderle más cosas:

Una de las formas por las que el ama de casa realiza su prestigio de limpiadora del hogar es por medio del uso de productos especializados para realizar trabajos especializados... Cuando usa un producto para lavar, uno distinto para fregar, un tercero para limpiar las paredes, un cuarto para los suelos, un quinto para las persianas, etc., en vez de usar el mismo producto para todos estos menesteres, tiene menos la sensación de ser una trabajadora no especializada y se siente más como un experto, casi como un ingeniero.

Una segunda forma de realzar su papel de ama de casa es inducirle a que haga las “cosas a su manera”, a que se convierta en una experta, inventando ella misma sus propios “trucos especiales”. Por ejemplo, se le puede sugerir que piense: “Pongo siempre un poquito de lejía en toda mi ropa, aun en la de color, para que se quede verdaderamente limpia.”

Ayudadla a “justificar su servil trabajo convirtiendo su papel en el de productora de la familia, la exterminadora de millones de microbios y gérmenes –decía este informe–. “Haced hincapié

en que su papel es el más importante de toda la familia... ayudadla a ser una experta en vez de continuar siendo una trabajadora servil... Haced que las faenas domésticas sean una cuestión de conocimiento y especializaron en vez de un esfuerzo agotador, aburrido y monótono.” Una forma efectiva de hacer esto es poner en venta un nuevo producto. Pues al parecer hay cada vez más amas de casa que esperan con impaciencia nuevos productos que no sólo aligeren sus tareas cotidianas, sino que además les interesen emocional e intelectualmente en el progreso científico del mundo.”

Una se queda con la boca abierta ante la ingenuidad de todo esto: el ama de casa puede participar en el progreso científico del mundo por el mero hecho de comprar algo nuevo, o algo viejo a lo que se le ha dado el aspecto de una cosa nueva. Además de aumentar la sensación de ejercer una profesión, un nuevo aparato o un nuevo producto doméstico aumenta la sensación de desahogo económico y de lujo en la mujer, como un nuevo automóvil la aumenta en el hombre. Esto fue lo que contestó el 28% de los interrogados, que estaban de acuerdo con este sentimiento particular. “Me gusta probar las cosas nuevas, he comenzado a utilizar un nuevo detergente líquido y me hace sentir como si fuera una reina.”

La cuestión de permitir que las mujeres usen su inteligencia y aun que participen en la ciencia por medio de las tareas domésticas tiene, sin embargo, sus inconvenientes. La ciencia no debería relevar a las amas de casa de demasiadas faenas; al contrario, debería concentrarse en crear la *ilusión* de esa sensación de realizar algo importante que las amas de casa parecen necesitar.

Para comprobar este punto, 250 amas de casa fueron objeto de un “test”; se les pidió que eligieran cuatro métodos imaginarios de limpieza. El primero era un sistema completamente automático para absorber el polvo y la suciedad, que funcionaría continuamente, lo mismo que la calefacción central. El segundo no comenzaba a funcionar hasta que el ama de casa no apretaba un botón. El tercero era portátil; el ama de casa tenía que llevarlo por la casa y dirigirlo hacia los sitios que se deseaba limpiar. El cuarto era un flamante utensilio moderno con el cual el ama de casa podía hacer la limpieza ella misma. Las amas de casa se inclinaron en favor de este último. Si es “nuevo y moderno”, el ama de casa prefiere el que le permite hacer el trabajo a ella, decía el informe. “Una de las razones principales es su deseo de tomar parte activa en el trabajo y no limitarse simplemente a apretar un botón.” Como decía un ama de casa “en cuanto a un aparato mágico, al que sólo hay que apretar un botón, ¿para qué lo quiero?, ¿qué ejercicio iba a hacer yo?, ¿qué sensación iba a tener de hacer algo útil y sobre todo, qué iba a hacer yo por las mañanas?”.

Este interesante estudio reveló, incidentalmente, que cierto aparato electrónico de limpieza, considerado con mucho como uno de los que más trabajo ahorran, hacía las faenas caseras más difíciles de lo que son en realidad. Según se deduce de las respuestas de un 80% de las amas de casa consultadas, parece ser que cada vez que una mujer hacía funcionar ese aparato, “se sentía impulsada a hacer una limpieza que en realidad no era necesaria”. O sea, que este aparato electrónico era el que en realidad decidía la cantidad y clase de limpieza.

¿Se debe, pues, animar a las amas de casa a volver a la sencilla

y barata escoba, que le permitía barrer sólo lo que ella consideraba necesario? No, decía el informe, naturalmente que no. Simplemente hay que dar a la vieja escoba la misma categoría que el utensilio electrónico, como un “ahorra trabajo” necesario para el ama de casa moderna y luego indicar “que un ama de casa moderna debería, naturalmente, poseer las dos cosas”.

Nadie, ni aun los investigadores de “tests”, negaban que las tareas domésticas son interminables y que su aburrida repetición no daba esa satisfacción necesaria, no precisaba ninguno de esos cacareados conocimientos especiales. Pero precisamente el que fueran interminables era una ventaja desde el punto de vista del vendedor. El problema consistía en mantener a raya aquel subconsciente, darse cuenta de lo que asomaba peligrosamente en “millares de tests” que hemos efectuado para gran cantidad de diferentes clases de productos de limpieza doméstica: el comprobar que, como decía un ama de casa: “¡Da asco!, tengo que hacerlo, por eso lo hago, es un mal inevitable y nada más.”

¿Qué hacer? Lo primero poner a la venta cada vez más productos, hacer las instrucciones más complicadas, hacer necesario, verdaderamente, que el ama de casa sea una “experta”. (“Lavar la ropa, decía el informe, debe ser más que una cuestión de echar sencillamente la ropa en una máquina y añadirle jabón. Las prendas deben ser cuidadosamente separadas, y a unas darles un tratamiento A, a las otras un tratamiento B, y las restantes lavarlas a mano. El ama de casa tendrá entonces el “gran orgullo” de saber exactamente qué producto de todo su arsenal debe usar en cada ocasión.”)

Dar una importancia capital, continuaba el informe, al hecho de que la culpa de que haya polvo bajo las alfombras la tiene el ama de casa, así levantará todo el hogar en una limpieza a fondo que le dará la sensación de estar cumpliendo algo importante, que le durará varias semanas.

Los días de limpieza a fondo son los que está más predispuesta a ensayar nuevos productos, y la publicidad de los productos para “la limpieza a fondo debe insistir sobre este sentimiento de cumplir una misión”.

El vendedor debe también recalcar la satisfacción de realizar cada una de esas tareas, recordando que “casi todas las amas de casa, aun aquellas que detestan su trabajo, encuentran, paradójicamente, una válvula de escape para la fatalidad de su sino, aceptándolo, “arrojándome de cabeza en él”, como suelen decir.

Embebida en su trabajo –rodeada por todos los utensilios, cremas, polvos, jabones–, se olvida momentáneamente de lo pronto que volverá a tener que hacer la misma faena. En otras palabras, el ama de casa logra olvidar con qué rapidez la pila se llenará otra vez de platos sucios, con qué rapidez el suelo se ensuciará de nuevo y convierte el momento de realizar su faena en un momento de satisfacción tan pura como si hubiera terminado una obra maestra de arte, que debiese quedar para siempre como un monumento que demostrase su talento.

Esta es la clase de experiencia creadora que el vendedor de utensilios domésticos puede hacer sentir al ama de casa. Dicho con las propias palabras de un ama de casa:

No me gustan nada las faenas domésticas, soy una calamidad como ama de casa. Pero, de vez en cuando, me animo y disfruto haciéndolas... Cuando tengo un nuevo producto de limpieza, por ejemplo, cuando salieron esos líquidos para limpiar espejos o esas pulidoras a base de silicona para los muebles, me sentí entusiasmada y recorría toda la casa sacando brillo a todo cuanto veía. Me gusta ver las cosas brillantes. Me entusiasma ver el baño reluciente.

Por tanto, el técnico en persuasión dirigida sugirió:

Identifiquen sus productos con las recompensas físicas y espirituales que ellas obtienen de la sensación casi religiosa de seguridad que le da su hogar. Hable de sus “sensaciones ligeras, felices, placenteras”; hablen de su “profunda sensación de realizar algo importante”... Pero recuerden que ella no quiere alabanzas, si no responden a un mérito real... Recuerden también que no está siempre alegre; a veces está cansada y un poco nostálgica. Los colores o los adjetivos superficialmente alegres no reflejan sus verdaderos sentimientos. Reaccionará mucho más favorablemente al mensaje sencillo, cordial y sincero.

En los años cincuenta se hizo el extraordinario descubrimiento de las posibilidades que para el mercado ofrecen las adolescentes. Las adolescentes y las esposas jóvenes comenzaron a figurar de manera preferente en las encuestas. Se descubrió que es más fácil vender a las jóvenes esposas que sólo habían estado en la Universidad y no habían trabajado nunca: eran más “inseguras”, menos independientes. A estas jóvenes se les podía decir que comprando las cosas adecuadas podrían

alcanzar la condición social de la clase media sin trabajo ni estudio. La técnica de ventas resumida en la frase “no se quede atrás de los Pérez” podía servir de nuevo; el espíritu individualista y la independencia que las mujeres norteamericanas habían alcanzado por medio de la educación y del trabajo fuera de sus casas, no eran tal problema en el caso de las esposas adolescentes. Las encuestas decían que si el sistema de “la felicidad por medio de las cosas” podía ser establecido cuando estas mujeres fueran lo suficientemente jóvenes, podrían ser animadas sin miedo a que salieran del hogar y encontraran un trabajo en las horas libres para ayudar a sus esposos a pagar todas las cosas que comprasen.

El punto principal, ahora, era convencer a las adolescentes de que “la felicidad por medio de las cosas” ha dejado de ser una prerrogativa de los ricos o los inteligentes; puede ser disfrutada por todos, si aprenden a hacerlo de “la forma adecuada”, tal como aquéllos lo hacen, si se tiene el valor de ser diferente de la masa.

En el texto de uno de esos informes se aseguraba:

El 49% de las nuevas esposas son adolescentes, y es mayor el número de muchachas que se casan a la edad de dieciocho años que a cualquier otra edad. Esta temprana formación de la familia afecta a un gran número de jóvenes que tienen que adoptar responsabilidades y decisiones en lo que a las compras respecta...

Pero el hecho más importante es de naturaleza psicológica: el

matrimonio, hoy día, no es solamente la culminación de una asociación romántica; más consciente y más sensato que el pasado, es también una decisión encaminada a crear una asociación para establecer un hogar confortable, equipado con un gran número de productos y utensilios convenientes.

Hablando con innumerables parejas de hombres jóvenes y futuras esposas, encontramos que, generalmente, las conversaciones y sueños se centraban sobre sus futuros hogares y sus muebles, sobre sus compras “para hacerse una idea”, sobre discusiones en torno a las ventajas y desventajas de determinados productos...

La esposa moderna está profundamente convencida del valor único del amor conyugal, de que las posibilidades de encontrar la verdadera felicidad están en el matrimonio y de que satisfará su destino personal en él y por medio de él.

Pero el período de noviazgo es hoy sólo hasta cierto punto un período romántico, soñador, embriagador. Probablemente es más seguro afirmar que el período de noviazgo tiende a ser un ensayo de los deberes y responsabilidades materiales del matrimonio. Mientras esperan el día de la boda, las parejas trabajan intensamente, ahorran dinero para comprar determinadas cosas y hasta comienzan ya a comprar a plazos.

¿Cuál es el verdadero significado de esta nueva combinación de, por un lado, una fe casi religiosa en la importancia y belleza de la vida matrimonial y, por otro, esa mentalidad que hace depender la felicidad de la posesión de cualquier aparato electrodoméstico?

La novia moderna considera como un objetivo libremente escogido aquello que en muchos casos su abuela consideraba como una ciega fatalidad y su madre como una esclavitud: el pertenecer a un hombre, el tener un hogar e hijos propios, el escoger entre todas las profesiones posibles la de esposa, madre y ama de casa.

El hecho de que la joven esposa busque ahora en su matrimonio la plena realización de un sueño, que espere “demostrar su valía” y encontrar los significados fundamentales de la vida en su hogar y participar a través de su hogar en “las interesantes ideas de la edad moderna y del futuro”, tiene enormes “aplicaciones prácticas” –se les dijo a los agentes de publicidad. Porque todos esos sentidos que busca a su matrimonio, aun sin miedo de quedarse atrás, pueden ser canalizados hacia la compra de artículos. Por ejemplo, a un fabricante de plata de ley, producto muy difícil de vender, se le dijo:

Convénzala de que sólo con plata de ley puede sentirse segura en su nuevo papel... simboliza su triunfo como mujer moderna; sobre todo destaquen lo que se entretendrá y el orgullo que sentirá mientras está limpiando la plata. Fomenten su orgullo de haber conseguido algo importante. ¡Cuánta satisfacción se obtiene en este breve y entretenido trabajo...!

Este informe decía también que era conveniente concentrarse en las adolescentes muy jóvenes. Las jovencitas querían aquello que “las otras” quieren, aunque sus madres no estén de acuerdo.

(“Como una de nuestras adolescentes decía: Toda la pandilla ha comenzado a comprar sus propios cubiertos de plata de ley. Somos muy cuidadosas acerca de esto –comparamos los diseños, miramos los anuncios entre todas; en mi familia nunca habíamos tenido plata y mis parientes creen que trato de presumir gastándome el dinero en ella; creen que un baño de plata es lo mismo. Pero nosotras opinamos que son unos anticuados.”) Hay que convencerlas en las escuelas, iglesias, residencias, clubs sociales; convencerlas por medio de profesores de economía del hogar, guías de grupo, programas de televisión y anuncios para adolescentes. “Este es el gran mercado del futuro y la publicidad hecha de palabra, de cliente a cliente, juntamente con la presión ejercida por ellas mismas en sus grupos, es no sólo la más potente influencia, sino también, dada la ausencia de tradición, la más necesaria.”

Por lo que respecta a las esposas mayores, más independientes, esa desgraciada tendencia a utilizar materiales que requieren poco cuidado –como acero inoxidable, vajillas de plástico, servilletas de papel– puede ser rebatida haciéndolas sentirse culpables del efecto que causa en los hijos. (“Como nos decía una joven esposa: Estoy fuera de casa todo el día, de modo que no puedo preparar y servir las comidas de la forma que me gustaría. Esto no me gusta, mi marido y mis hijos merecen algo mejor. Algunas veces pienso que sería preferible que tratáramos de arreglarnos con un solo sueldo y tener una verdadera vida de hogar; ¡pero necesitamos tantas cosas!”)

Esta sensación de culpabilidad –decía el informe– puede ser utilizada para hacerle ver el producto, la plata, como un medio para mantener a la familia unida, darle “un mayor valor

sicológico”. Y lo que es más importante, el artículo puede satisfacer el ansia de personalidad del ama de casa: “Sugieran que se convierte en una parte de *usted*, en un reflejo de *usted*. No tengan reparo en emplear un tono profético para sugerir que la plata se adaptará a cualquier hogar, a cualquier persona”.

En el informe de otra encuesta se decía que la industria peletera tropezaba con dificultades, pues las estudiantes y universitarias asociaban los abrigos de piel con la idea de “inutilidad” y de “mujeres entretenidas”. De nuevo, el consejo fue atraerse a las más jóvenes antes de que se incrustaran en ellas estas desgraciadas ideas. (“Haciendo que las jovencitas aprendan a entender en pieles, las probabilidades de que se acostumbren a comprarlas en su adolescencia aumentan.”) Hagan resaltar que “el llevar un abrigo de piel aumenta la feminidad y la sexualidad de la mujer”. (“Es el tipo de cosa que una joven desea con impaciencia. Tiene importancia para ella todo lo que es femenino: Estoy criando a mi hija adecuadamente. Siempre se quiere poner el abrigo de pieles de mamá. Lo querrá tener de mayor. Es una verdadera chica.”) Pero recuerden que “el visón ha contribuido a crear un simbolismo femenino negativo en todo el mercado peletero”; desgraciadamente, dos de cada tres mujeres opinaron que las que usaban visón eran “explotadoras... dependían de alguien... eran socialmente improductivas...”.

La feminidad hoy no puede ser tan a las claras explotadora, obligada a depender de alguien –decía el informe–, ni puede tener las aspiraciones pasadas de moda, como destacarse de la muchedumbre”, “con orgullo egoísta”. De modo que la orientación hacia la compra de pieles basada en los

sentimientos egoístas debe ser reemplazada por la nueva feminidad del ama de casa, para quien el egoísmo o exclusivismo debe ser convertido en compañerismo, orientación hacia la familia.

Hay que comenzar por crear la impresión de que las pieles son una necesidad deliciosa... dando de esta forma a la consumidora una autorización moral para comprar algo que opina que es “egoístico”... Dad a las prendas femeninas de piel un sentido más amplio, abarcando algunos de los siguientes estamentos sociales y símbolos de prestigio... la mujer que es serenamente feliz, la esposa y la madre que se gana el cariño y el respeto de su esposo e hijos por la clase de persona que es y la clase de papel que desempeña en sociedad... Sitúad las pieles dentro de un marco familiar; mostrad el placer y la admiración que experimentan los miembros de la familia, el marido y los hijos, ante un abrigo de pieles. Desarrollad la idea de convertir las prendas de piel en regalos “familiares”, lo que permite a toda la familia gozar de estas prendas en Navidades, disminuyendo así la sensación egoísta de sus poseedores y suprimiendo su complejo de culpabilidad por la idea de derroche superfluo que sugieren las pieles.

De esta forma, la única forma en que la joven ama de casa se suponía que debía manifestarse, sin sentirse culpable, era comprando artículos destinados a la casa y la familia. Cualquier apetencia creadora que pudiera tener debería ser también orientada hacia el hogar y la familia, según se afirmaba en otra encuesta realizada para la industria de patronos para coser en casa:

Actividades tales como la costura adquieren un nuevo significado y abarcan un nuevo nivel social. Ya no se asocia la idea de la costura con la de la necesidad absoluta... Además, en la elevación moral de las actividades orientadas hacia el hogar –la costura, al igual que la cocina, la jardinería y la decoración de interiores– es reconocida como un medio de expresión de la iniciativa y la personalidad y también como un medio de conseguir esa *calidad* que exige el nuevo nivel del gusto.

La encuesta puso de manifiesto que las mujeres que cosen son las amas de casa modernas, activas y enérgicas, las nuevas mujeres norteamericanas orientadas hacia el hogar que tienen una gran necesidad insatisfecha de crear, conseguir y realizar su propia personalidad, que debe ser llenada por alguna actividad del hogar. El gran problema de la industria de los patrones para coser en casa era que la idea que sugiere de la costura es que se trata de una actividad demasiado aburrida; que en cierto modo no daba la sensación de estar creando algo importante. En la venta de sus productos, esta industria debe insistir sobre la “duradera sensación creadora” de la costura.

Pero incluso la costura no puede ser demasiado creadora, demasiado personal, de acuerdo con el consejo dado a un fabricante de patrones de costura. Sus patrones exigían cierta inteligencia para seguirlos, dejaban bastante lugar a la expresión individual, y el fabricante tropezaba con dificultades por esta precisa razón; sus patrones daban por sentado que la compradora “sabía lo que le gustaba y que, probablemente, tendría sus propias y particulares ideas”. Se le aconsejó que ampliara ese “demasiado estrecho concepto de la moda

personal”, convirtiéndolo en uno que incluyera “el conformismo con la moda”, que atrajese “a la mujer de gustos indecisos”, que crease el elemento “conformidad” en la moda, expresado por el *slogan* “no es elegante vestirse de una manera demasiado distinta de las demás mujeres”. Naturalmente, el problema del fabricante no era satisfacer la necesidad de personalidad de la mujer por medio de la expresión de su iniciativa creadora, sino vender más patrones, lo que se consigue mejor creando en ella un espíritu conformista.

Una y otra vez, las encuestas revelaban astutamente las necesidades y aun las secretas frustraciones del ama de casa norteamericana y cada vez, si esas necesidades eran adecuadamente manipuladas, se lograba inducirla a comprar más “cosas”. En 1957, una encuesta informó a los grandes almacenes que su papel en este nuevo mundo era no sólo “vender” al ama de casa, sino también satisfacer su necesidad de “educación”, satisfacer la ansiedad que tiene, sola en su casa, de sentirse una parte de este mundo en evolución constante. Los grandes almacenes venderán más si comprenden que la verdadera necesidad que trata de satisfacer la mujer al ir de compras es de algo que no puede adquirir allí.

La mayoría de las mujeres no sólo tienen una necesidad material, sino también un impulso psicológico que las hace acudir a los grandes almacenes. Viven en un aislamiento relativo. Sus vistas y experiencias son limitadas. Saben que hay una vida más amplia más allá de su horizonte y temen que la vida pase de largo a su lado. Los grandes almacenes rompen este aislamiento. La mujer que entra en unos grandes almacenes, tiene repentinamente la sensación de que sabe lo que pasa por el mundo. Los grandes

almacenes, más que las revistas, la televisión o cualquier otro medio de comunicación para las masas, son la principal fuente de información de las mujeres sobre los diversos aspectos de la vida...

Hay muchas necesidades que debe satisfacer un gran almacén, continuaba el informe. En primer lugar, la necesidad del ama de casa de “instruirse y progresar en la vida.”

Demostremos nuestra posición social por medio de los objetos de que nos rodeamos. Una mujer cuyo marido ganaba 300.000 pesetas al año hasta hace poco y que ahora gana 600.000, tiene que aprender todo un nuevo simbolismo de las cosas. Los grandes almacenes son sus mejores maestros en esta asignatura.

En segundo lugar, existe la necesidad de realizar algo importante que para la moderna ama de casa se satisface, principalmente, comprando una “ganga”:

Hemos observado que, en nuestra próspera economía, la preocupación por los precios no es tanto una cuestión de finanzas como una necesidad psicológica para la mayoría de las mujeres... Cada vez con más frecuencia, quiere decir que “puedo comprar hoy algo que no podría haber adquirido si hubiera sido más caro”; significa principalmente “estoy haciendo una buena labor de ama de casa: estoy contribuyendo al bienestar de la familia tanto como lo hace mi marido al trabajar y traer el sueldo a casa.

El precio en sí apenas tiene importancia, aseguraba el informe:

Puesto que el comprar es sólo la culminación de un complicado proceso, basado principalmente en el ansia de la mujer por saber cómo podrá ser más atractiva, mejor ama de casa, mejor madre, etcétera, debéis aprovechar esta motivación en toda vuestra promoción y vuestra publicidad. Debéis aprovechar todas las oportunidades de explicarle que vuestros almacenes están en situación de ayudarla para cumplir satisfactoriamente los papeles que más anhela representar en la vida.

Si los grandes almacenes son la escuela de la vida de las mujeres, los anuncios son sus libros de texto. Tienen una inagotable avidez de esos anuncios que les dan la ilusión de que están en contacto con la última palabra del progreso y la moda en el mundo de los objetos, a través de los cuales ellas expresan una gran parte de sus tendencias.

De nuevo en 1957, una encuesta informaba muy concretamente que a pesar de los “muchos aspectos positivos” de la “nueva era centrada en la exaltación del hogar”, desgraciadamente, demasiadas necesidades que ahora se centran en el hogar, no pueden ser satisfechas por éste. ¿Un motivo de alarma? En absoluto; incluso estas necesidades son materia aprovechable con la debida manipulación:

La familia no es siempre esa olla repleta de oro escondida al final del arco iris, que simboliza las promesas de la vida moderna, como ha sido representada algunas veces. En realidad, se hacen hoy a la familia unas exigencias de tipo psicológico que ella no puede satisfacer...

Afortunadamente para los productores y anunciantes de Estados Unidos, y también para la familia y el bienestar psicológico de los norteamericanos, gran parte de este vacío puede ser llenado, y está siendo llenado, con la compra de bienes de consumo.

Cientos de productos satisfacen una serie completa de funciones psicológicas que los fabricantes y anunciantes deberían conocer y utilizar para el desarrollo de los sistemas de venta más efectivos. Así como en otro tiempo la producción pudo servir de válvula de escape a la tensión social, hoy día el consumo sirve a la misma finalidad.

La compra de cosas es la válvula de escape de algunas necesidades que no pueden ser satisfechas por el hogar y la familia: el anhelo de las amas de casa hacia “algo más allá de ellas mismas con lo que identificarse”, “una necesidad de avanzar con los demás hacia metas que dan significado y finalidad a la vida”, “una meta social incuestionable a la cual cada persona pueda dedicar sus esfuerzos”.

Profundamente asentada en la naturaleza humana, está la necesidad de tener un puesto significativo dentro de una comunidad que persigue significativos triunfos sociales. Cuando esto falta, el individuo se siente inquieto, insatisfecho. Esto explica el hecho de que cuando hablamos con gentes de todas las regiones de los Estados Unidos, oímos una y otra vez preguntas como éstas: ¿Qué significa todo esto?, ¿A dónde voy?, ¿Por qué las cosas no parecen tener más valor, ahora que trabajamos tanto y tenemos tantas malditas cosas en que ocuparnos?

La pregunta es: ¿Puede el artículo que usted fabrica llenar ese vacío?

La necesidad frustrada de soledad en la vida familiar, en esta era de “vida en común familiar⁹ fue otro secreto descubierto en una encuesta. Esta necesidad, sin embargo, podría ser utilizada para vender un segundo coche:

Como complemento del coche que disfruta en común toda la familia, el coche para el uso exclusivo del marido y la esposa. Sólo en el coche puede uno tener ese rato de descanso, ese respiro que tanto se necesita y se puede llegar a considerar el automóvil como su propio castillo o el instrumento de una reconquistada intimidad.

Lo mismo puede hacerse con respecto a un dentífrico, un jabón, un champú exclusivamente “personal”.

Otra encuesta decía que había una intrigadora desexualización de la vida matrimonial, a pesar de la gran importancia dada al matrimonio, a la familia y a la sexualidad. El problema se planteaba así: “¿Qué es lo que puede dar satisfacción a esto que el informe diagnosticaba como una carencia de incentivo sexual”? La solución dada era la siguiente: El informe aconseja a los vendedores “meter otra vez la libido en la publicidad”. A pesar de tener la impresión de que nuestros fabricantes están tratando de vender todo recurriendo a la sexualidad, la parte de sexualidad que se observa en los espacios publicitarios de la televisión y en los anuncios de las revistas es demasiado tímida, demasiado restringida, decía el informe.

El arte de incitar a la compra de artículos de consumo está

desexualizando la libido del país, porque “no ha sabido reflejar las poderosas fuerzas vitales que existen en cada individuo y que se extienden más allá de la mera relación entre los dos sexos. Los vendedores, al parecer, han desexualizado el sexo:

La publicidad más moderna refleja y exagera groseramente nuestra actual tendencia a simplificar y rebajar los aspectos apasionadamente turbulentos y cargados de tensión de los anhelos más fuertes de la vida... Nadie pretende que la publicidad puede o debería ser obscena o indecente. El problema reside en el hecho de que, a través de su timidez y falta de imaginación, la publicidad se enfrenta con el peligro de convertirse en una cosa asexuada, inhumana y aburrida.

¿Cómo restaurar la libido, devolver la espontaneidad, la atracción, el amor a la vida, la individualidad de que la vida sexual parece carecer en los Estados Unidos?

En un momento de distracción, el informe llega a la conclusión de que “el amor a la vida, así como la atracción sexual, deberían permanecer incontaminados por motivos ajenos a ellos mismos... hay que dejar a la esposa que sea algo más que un ama de casa: una mujer...”

Un día, cuando me hallaba enfrascada en el examen de los variados puntos de vista que estos informes y análisis habían aportado a los anunciantes americanos durante los últimos quince años, fui invitada a almorzar por el hombre que dirige este trabajo de investigación motivacional.

Me había ayudado tanto descubriéndome las fuerzas comerciales que se ocultan tras la mística de la feminidad, que también

yo me creía obligada a ayudarlo a él. Ingenuamente le pregunté por qué, puesto que encontraba tan difícil dar a las mujeres una verdadera sensación de iniciativa y éxito dedicándose a las faenas del hogar y mitigar su sentimiento de culpabilidad, su desilusión y sus frustraciones, haciéndoles comprar más “cosas”, no las animaba a comprar cosas que realmente valieran la pena, de manera que tuvieran tiempo para salir de casa y perseguir objetivos verdaderamente creativos en el mundo.

Respondió: “Nosotros hemos ayudado a la mujer a que vuelva a descubrir el hogar como expresión de su iniciativa creadora. La ayudamos a ver el hogar moderno como el estudio de un artista, el laboratorio de un sabio. Además, la mayoría de los fabricantes con los que tratamos fabrican cosas relacionadas con las faenas caseras.”

“En una economía libre –continuó– tenemos que aumentar la necesidad de nuevos artículos. Y para conseguir esto tenemos que hacer que la mujer sienta la necesidad de estos nuevos artículos. Las ayudamos a redescubrir que las faenas del hogar son más creativas que competir con los hombres. Esto puede conseguirse. Nosotros les vendemos lo que deberían necesitar, despertamos sus deseos subconscientes, los provocamos. El problema principal es hacer que la mujer no se asuste de lo que le podría pasar si no tuviera que pasar tanto tiempo cocinando y limpiando.”

“Eso es lo que yo quiero decir”, le dije. “¿Por qué el anuncio de harina para tartas no dice a la mujer que el tiempo que ahorra usando ese producto lo puede utilizar estudiando Astronomía?”

“No sería demasiado difícil –replicó–. Bastarían unos pocos *slogans*: la mujer astrónomo puede conseguir su hombre; la mujer astrónomo considerada como heroína; hágase atractiva y seductora dedicándose a la astronomía... pero no –se encogió de hombros otra vez–. Nuestros clientes se asustarían demasiado. Quieren vender la harina y la mujer tiene que desear permanecer en la cocina. El fabricante tiene que hacerla sentirse atraída por la cocina, y nosotros le enseñamos cómo conseguirlo. Si él le dice que lo único que ella puede ser es esposa y madre, ella le escupirá en la cara. Pero nosotros enseñamos al fabricante cómo debe decir a las mujeres que el quedarse en la cocina es una actividad creadora. Despertamos en ellas la necesidad de ser creadoras en la cocina. Si les decimos que estudien astronomía, a lo mejor se alejan demasiado de la cocina. Además, añadió, si usted quisiera iniciar una campaña para despertar en las mujeres el deseo de estudiar astronomía, tendría que buscar algo así como la Asociación Nacional para la Cultura para que la costeara.”

A los especialistas en motivación se les debe reconocer el mérito de sus puntos de vista sobre la realidad de la vida y las necesidades del ama de casa; una realidad que, a menudo, se les escapó a sus colegas en psicología y psicología terapéutica, que sólo vieron a las mujeres a través de la lente freudiano–funcional. Para su propio beneficio y para el de sus clientes, los técnicos en motivación descubrieron que millones de mujeres norteamericanas que se suponían felices tenían complejas aspiraciones que el hogar y la familia, el amor y los hijos no pueden satisfacer. Pero bajo un punto de vista moral más elevado que el dinero, los manipuladores de la voluntad son culpables de utilizar sus observaciones para vender a las mujeres

cosas que, por muy ingeniosas y útiles que sean, nunca satisfarán estas cada vez más angustiosas necesidades. Son culpables de persuadir a las amas de casa a quedarse en el hogar hipnotizadas frente a un aparato de televisión con sus necesidades no sexuales sofocadas, insatisfechas, canalizadas por las técnicas de venta hacia la compra de artículos y aparatos.

A los técnicos en motivación y sus clientes del comercio y la industria norteamericanos apenas se les puede acusar de ser los creadores de la mística de la feminidad. Pero son sus más poderosos perpetuadores; son sus millones los que cubren el país de imágenes persuasivas que halagan al ama de casa norteamericana, distrayendo su sensación de culpabilidad y disfrazando su creciente sensación de vacío. Han hecho esto con tanto éxito, valiéndose de las técnicas y los modernos conceptos de la sociología y trasponiéndolos en esos engañosamente sencillos, hábiles y ofensivos anuncios, que un observador de la vida norteamericana de hoy acepta como un hecho el que la gran mayoría de las mujeres norteamericanas no tienen otra ambición que la de ser amas de casa. Si no son los únicos responsables del retorno de la mujer al hogar, sí lo son de retenerla en él. Su arenga incesante es demasiado difícil de soslayar en esta época de medios masivos de difusión; han grabado al fuego la idea de la mística de la feminidad en la mente de la mujer, y en la del esposo, los hijos y los vecinos. La han convertido en parte de su vida cotidiana, zahiriéndole porque no es un ama de casa mejor, porque no ama bastante a su familia, porque se está haciendo vieja...

¿Puede sentirse una mujer a gusto guisando en una cocina sucia? Hasta hoy, ningún hornillo podía ser limpiado a fondo. Hoy

las nuevas cocinas X tienen puertas de hornos que se sacan, bandejas que pueden fregarse en la pila, rejillas fácilmente desmontables... La primera cocina que una mujer puede conservar completamente limpia con facilidad... y que hace que todo lo cocinado sepa mejor.

El amor se expresa de muchas maneras: dando y aceptando. Protegiendo y escogiendo... sabiendo lo que es mejor para los que usted ama. *Su* papel higiénico es siempre *el* papel higiénico; y ahora... ¡en blanco y en cuatro colores diferentes!

Con qué habilidad saben transformar sus ansias de realizar cosas importantes en fantasías sexuales que les prometen eterna juventud, embotando su sentido del paso del tiempo. Hasta le dicen que pueden detener el tiempo:

¿Lo ha logrado o no lo ha logrado? Tiene tanta vitalidad como sus hijos y la misma lozanía. Su naturalidad, la forma en que su cabello brilla y refleja la luz, dan la impresión que ha encontrado el secreto de detener el tiempo. Y en cierto modo lo ha logrado...

Cada vez con mayor habilidad, la publicidad glorifica su “papel” de ama de casa, sabiendo que precisamente su falta de personalidad en ese papel es lo que la hará caer en la tentación de comprar cualquier cosa que vendan:

¿Es usted esa mujer? ¿Proporciona usted a sus hijos toda la alegría y todas las ventajas que usted desea para ellos? ¿Les lleva a todas partes y les ayuda a hacer sus deberes? ¿Toma usted la parte que le corresponde en los asuntos de su parroquia y de su barrio? ¿Cultiva usted todos sus

talentos a fin de hacerse más atractiva? Usted puede llegar a ser esa mujer que usted anhela ser, si tiene su automóvil marca X... propio. Vaya adonde quiera, cuando quiera, en su precioso automóvil X... que es sólo y exclusivamente para usted y nadie más...

Pero una nueva cocina, o un papel higiénico más suave, no hacen de una mujer una esposa o una madre mejor, aun cuando piense que eso es lo que desea ser. Con teñirse el pelo, no detendrá el tiempo; comprando un automóvil marca X no conseguirá una nueva personalidad; fumando una determinada marca de cigarrillos no hará que su marido esté más cariñoso con ella por la noche, aunque ella crea que eso es lo que desea. Pero esas personas pueden mantener a la mujer eternamente hambrienta de cosas, impidiéndole saber jamás lo que realmente desea o necesita.

Un anuncio a toda plana en el *New York Times* del 10 de junio de 1962, estaba dedicado "A la mujer que dedica toda su vida a hacer las cosas que más le gustan y que mejor sabe hacer." Bajo la foto de una mujer muy bella en traje de noche, enjoyada y con dos preciosos niños, se leía: "El único tratamiento completo de belleza a base de crema nutritiva y cuidado de la piel, ideado para elevar hasta el máximo la belleza de la mujer. La mujer que usa "*Última*" experimenta una profunda sensación de plenitud. Una nueva clase de orgullo. Pues este maravilloso tratamiento de belleza es lo último... más allá, ya no hay nada.

¡Todo ello parece tan absurdo cuando se comprende lo que están tramando! Quizás el ama de casa no pueda culpar a nadie más que a ella misma, si permite que los especialistas en

publicidad la adulen o la amenacen para hacerle comprar cosas que nunca satisfarán sus necesidades o las de su familia. Pero si los anuncios y los programas comerciales son tan claros como un mandamiento judicial, la misma técnica publicitaria, metida de contrabando en el texto editorial de una revista, es a la vez menos risible y más insidiosa. Aquí, el ama de casa es, a menudo, una víctima inconsciente.

Yo he escrito para alguna de las revistas en las cuales la técnica publicitaria aplicada a la sexualidad de la mujer está intrincadamente unida al texto editorial. Consciente o inconscientemente, los editores saben lo que desea el anunciante.

La razón de ser de la revista X es servir, servir por completo a la mujer completa que es el ama de casa norteamericana; servir en todas las zonas de mayor interés para los anunciantes que son también hombres de negocios. Nuestra revista pone a disposición del anunciante una amplia masa de amas de casa, serias, conscientes, consagradas a su hogar. Mujeres que se interesan por el hogar y por los artículos para el hogar. Mujeres dispuestas a pagar y capaces de pagar...

Nunca debe quedar nada por escrito, ni debe trascender ninguna de las palabras pronunciadas en un consejo directivo de una revista; los hombres y mujeres que toman las decisiones editoriales, comprometen a menudo su prestigio moral en aras de los intereses financieros que supone la publicidad. A menudo, como un antiguo editor de la revista *McCalls* reveló recientemente¹⁴¹, la influencia del anunciante es descarada. El

141 Harrison Kinney, *Has Anybody Seen My Father?*, Nueva York, 1960.

tipo de hogar que se describe en las páginas de texto es impuesto de manera clara y sin rodeos por los que dirigen el departamento de publicidad.

Claro está que una empresa necesita obtener un beneficio de sus productos; una revista necesita una gran cantidad de páginas de publicidad para subsistir. Pero aun si los beneficios son el único motivo y la única medida del éxito, yo me pregunto si estos sistemas de propaganda no están cometiendo un error cuando dan al cliente lo que ellos creen que necesita. Me pregunto si el estímulo y las oportunidades para la economía norteamericana y para los negocios en general no consistirán, a largo plazo, en dejar que las mujeres evolucionen, en vez de deslumbrarlas con los sueros de juventud que impiden su desarrollo intelectual y provocan su ansia de comprar cosas.

El verdadero crimen, por muy beneficioso que ello sea para la economía del país, es la creciente y ciega aceptación del consejo dado por los técnicos en publicidad “de mantenerlas jóvenes”, esos anuncios de la televisión que los niños cantan o recitan aún antes de haber aprendido a leer, los enormes y atractivos anuncios casi tan fáciles de entender como las páginas ilustradas de las cartillas de primeras letras, las revistas destinadas deliberadamente a convertir a las adolescentes en amas de casa que compran productos aún antes de convertirse en mujeres:

Ella lee la revista X de la primera a la última página... Aprende a ir de compras, a cocinar, a coser y todo lo demás que una mujer debe saber. Hace sus vestidos con las telas que aconseja la revista X, sigue al pie de la letra los consejos de la revista X sobre productos de belleza... consulta la

revista X sobre las cosas que están de moda entre la juventud... y ¡cómo compra, guiada por los anuncios de la revista X! La costumbre de comprar comienza en la revista X. Es más fácil COMENZAR una costumbre que DETENERLA. Le informamos que la revista X es la única que hace una tirada especial para los colegios, lo que permite que su publicidad llegue a las escuelas de preparación para el hogar.

Como esas civilizaciones primitivas que sacrificaban niñas pequeñas a sus dioses, nosotros sacrificamos nuestras hijas a la mística de la feminidad, preparándolas cada vez más, por medio de las técnicas de venta que incluyen la sexualidad, para que se conviertan en compradoras de cosas, a cuyo beneficioso consumo está dedicada nuestra nación. Dos anuncios aparecieron recientemente en una revista de información, dirigidos no a las adolescentes, sino a los hombres de negocios que fabrican y venden cosas. Uno de ellos mostraba la foto de un muchacho:

“Yo voy a ir a la luna... y tú no puedes ir porque eres una niña. Los críos crecen hoy más rápidamente. Sus aspiraciones abarcan un campo más amplio, desde los patines de ruedas hasta los cohetes. La compañía X ha crecido también con una amplia producción de artículos electrónicos de aplicación mundial para el gobierno, la industria y el espacio.”

El otro mostraba el rostro de una niña:

“¿Debe convertirse una niña dotada de talento en ama de casa? Los expertos de la enseñanza calculan que, en nuestro

país, el don de una inteligencia superior lo posee uno de cada 50 niños. Cuando esta criatura superdotada es una niña, una pregunta se hace inevitable: «¿Se desperdiciará esta inteligencia si se hace de ella un ama de casa?» Dejad que las niñas superdotadas contesten por sí mismas a esta pregunta. Más del 90% de ellas se casan y la mayoría encuentran el trabajo de ser amas de casa lleno de suficiente atractivo y aliciente y con posibilidades para utilizar toda su inteligencia, tiempo y energía. Al desempeñar sus papeles diarios de niñera, educadora, administradora y ama de casa, está buscando constantemente formas de mejorar la vida de su familia... Millones de mujeres –que van de compras para la mitad de las familias norteamericanas– lo hacen coleccionando los cupones X.”

Si esa niña superdotada se convierte, al crecer, en ama de casa ¿puede el técnico en publicidad hacer que los cupones del supermercado acaparen toda su atención, toda su inteligencia, durante los 100 años que puede llegar a vivir, mientras que el niño va a la luna?

“Nunca subestime el poder de la mujer”, dice otro anuncio. Pero ese poder era y es subestimado en los Estados Unidos. O mejor dicho, sólo es estimado considerando la posibilidad de manipularlo y convertirlo en energía dedicada a la adquisición de productos.

La inteligencia y la energía de la mujer no cuentan en realidad. Y sin embargo, existen, para ser utilizadas con una finalidad más elevada que el trabajo doméstico o el ir de compras... o para ser desperdiciadas. Tal vez sólo el que no quiere enfrentarse con sus

propios problemas y es incapaz de concebir metas y finalidades a la altura de la capacidad y el conocimiento de sus miembros, puede atreverse a ignorar la fuerza y la capacidad de las mujeres.

Quizá sólo una sociedad enferma o insuficientemente madura puede decidirse a convertir a las mujeres en amas de casa, no en personas individualizadas. Quizá sean sólo los hombres y las mujeres enfermos o insuficientemente maduros, incapaces de enfrentarse con todo lo que la sociedad ofrece, los que pueden retirarse indefinidamente sin sentir una insoportable angustia a ese hogar y convertirlo en el objetivo de su vida.

X. LAS FAENAS CASERAS SE ALARGAN PARA LLENAR EL TIEMPO LIRRE Y LOS QUEHACERES DOMÉSTICOS

Bailando todavía en mi retina la imagen de la feliz ama de casa moderna tal como aparece descrita en las revistas y en la televisión, por los sociólogos y los pedagogos de la educación sexual dirigida, fui en busca de una de esas místicas criaturas. Como Diógenes con su lámpara, fui de barrio en barrio, en mi calidad de periodista, en busca de una mujer con inteligencia, talento y educación, que se sintiera plenamente satisfecha como ama de casa. Primeramente fui a los centros de salud mental de los barrios residenciales de las afueras y a las clínicas de orientación, hablé con sicoanalistas acreditados, y con los médicos más reputados de la localidad y exponiendo mi propósito, solicité de ellos que no me indicaran las amas de casa neuróticas frustradas, sino las cultivadas, inteligentes y capaces, que no tuvieran más ocupación que la de madres y amas de casa.

Un sicoanalista me dijo: “conozco muchas amas de casa de ese tipo que han encontrado plena satisfacción en su hogar”. Le pedí el nombre de cuatro de ellas para visitarlas.

Una, después de cinco años de tratamiento terapéutico, ya no podía ser considerada como una mujer nerviosa, pero tampoco era una mujer que dedicara todo su tiempo a su hogar: se había hecho técnica en calculadoras eléctricas. La segunda era una mujer llena de feliz exuberancia, con un simpático marido y tres niños inteligentes y sanos. Durante toda su vida matrimonial había sido sicoanalista profesional. La tercera, entre embarazo y embarazo, continuaba seriamente su trabajo como bailarina. Y la cuarta, después del tratamiento sicoterapéutico, desarrollaba una seria y creciente actividad política.

Volví a ver a mi informador y le dije que, aun cuando las cuatro parecían mujeres satisfechas, ninguna de ellas dedicaba todo su tiempo al hogar y una después de todo, se dedicaba totalmente a su profesión. Esto es una pura coincidencia, dijo. Pero yo me preguntaba si era *realmente* una coincidencia.

En otra localidad me aconsejaron que fuese a ver a una mujer que, según manifestaba el informante, se sentía verdaderamente satisfecha de ser ama de casa (“incluso cuece su propio pan”). Descubrí que, durante los años en que sus cuatro hijos eran menores de seis años y escribía en la columna del censo “ocupación: ama de casa”, había aprendido un idioma, con diploma que le autorizaba a enseñarlo y había utilizado sus anteriores conocimientos musicales primeramente como organista voluntaria en la iglesia y después como profesional retribuida. Al poco tiempo de mi conversación con ella, aceptó un empleo en un centro docente.

Sin embargo, en muchas ocasiones, las mujeres con quienes hablaba se ajustaban a la nueva idea de la plena realización

femenina: cuatro, cinco o seis hijos; cocían su pan, ayudaban con sus propias manos a construir la casa y cosían todas las ropas de sus hijos. Estas mujeres no habían soñado nunca con seguir una carrera, no tenían idea de que existiera un mundo mayor fuera del de su hogar; toda su energía se centraba en sus vidas como amas de casa y madres; su única ambición, su único sueño, ya estaba realizado. Pero ¿eran mujeres que se sentían plenamente realizadas?

En otro estudio, llevado a cabo en una zona de superior nivel económico, hablé con veintiocho mujeres. Algunas eran antiguas universitarias que ahora andaban entre los treinta y los cuarenta años; las más jóvenes habían abandonado generalmente la Universidad para casarse. Sus maridos se hallaban acaparados por un trabajo absorbente. Sólo una de estas mujeres tenía una actividad profesional; la mayor parte habían hecho de la maternidad su carrera, dedicando una pequeña parte de su tiempo a actividades de la comunidad. Diecinueve de las veintiocho habían tenido partos naturales hacía algunos años: cuando algunos matrimonios cenaban juntos, las mujeres y los maridos se tumbaban todos en el suelo para practicar los ejercicios preparatorios del parto natural o sin dolor. Veinte, de las veintiocho, habían amamantado a sus bebés. A los cuarenta años, o cerca de los cuarenta, muchas de ellas estaban embarazadas. La mística de la feminidad se seguía en esta localidad tan al pie de la letra, que si una niña decía: “cuando crezca seré doctor”, su madre le corregía: “No, querida, eres una niña. Serás esposa y madre como *mamaíta*.”

Pero, ¿qué es lo que era *mamaíta* en realidad? Dieciséis de las veintiocho se hallaban bajo observación sicoterapéutica;

dieciocho se emborrachaban tranquilamente; algunas habían intentado suicidarse; y otras habían sido hospitalizadas durante temporadas más o menos largas por depresión o estados sicopatológicos vagamente diagnosticados. (“Se sorprendería usted del número de estas esposas de barrios residenciales de las afueras que de pronto tienen un ataque frenético una noche y salen desnudas y dando gritos a la calle, me dijo el médico del barrio, que no era psicoanalista y que había sido llamado en tales casos.”) De las mujeres que amamantaban a sus hijos, una se había empeñado de tal manera en seguir haciéndolo que el doctor tuvo que intervenir a la fuerza, dado el estado de desnutrición del bebé. Doce tenían devaneos extraconyugales, reales o imaginarios.

Estas mujeres eran norteamericanas, atractivas e inteligentes; dignas de ser envidiadas por sus hogares, sus esposos, sus hijos y sus dotes personales de inteligencia y capacidad. ¿Por qué muchas de ellas eran mujeres nerviosas y excitadas? Más tarde, cuando vi que este mismo tipo de mujer se repetía una y otra vez en zonas residenciales similares, me di cuenta de que difícilmente podía ser una coincidencia. Estas mujeres eran semejantes principalmente en un aspecto: poseían dotes no comunes de inteligencia y capacidad, fomentados hasta por lo menos el comienzo de una educación universitaria y la vida que llevaban como amas de casa en barrios residenciales no les permitía el pleno uso o disfrute de sus dotes.

Fue en estas mujeres en las que primeramente comencé a observar los signos reveladores del problema que no tiene nombre; sus voces tenían un tono contristado y monótono, o eran nerviosas y excitadas; se mostraban indiferentes o

cansadas, o estaban furiosamente “ocupadas” en asuntos de la casa o de la comunidad. Hablaban acerca de la “satisfacción de cumplir una misión” con las palabras de la esposa y madre de la mística de la feminidad, pero ansiaban desesperadamente hablar acerca de este otro “problema” que parecía serles verdaderamente familiar.

Una mujer había iniciado la búsqueda de buenos profesores para mejorar el anticuado sistema docente de la escuela de su barrio, incluso había dedicado mucho tiempo a la junta de padres y profesores de dicha escuela.

Cuando sus hijos empezaron a ir a la escuela pensó seriamente, a los treinta y nueve años, acerca de su propio futuro. Debía volver a la Universidad, obtener, por ejemplo, una Licenciatura en Filosofía y Letras y dedicarse profesionalmente a la enseñanza. Entonces, de repente, decidió no proseguir y tener un último hijo, el quinto. Observé aquel tono apagado de su voz cuando me dijo que había renunciado a dirigir las actividades de la comunidad para dedicarse otra vez y completamente al hogar.

Observé el mismo tono apagado en la voz de una mujer, mayor que la anterior, cuando me dijo:

Busco algo que me satisfaga. Creo que sería la cosa más maravillosa del mundo trabajar, ser útil. Pero no sé hacer nada. A mi marido no le gusta que las mujeres casadas trabajen. Daría media vida porque mis hijos fueran otra vez pequeños y estuvieran otra vez en casa. Mi marido dice: “para estar ocupada busca algo que te divierta, ¿por qué has

de trabajar?”. Así que me dedico ahora a jugar al golf, casi todos los días, sola. Cuando uno pasea por lo menos tres o cuatro horas diarias, se puede dormir bien por la noche.

Me entrevisté con otra mujer en la enorme cocina de una casa que ella misma había ayudado a edificar. Estaba muy atareada amasando la harina de su famoso pan casero; un vestido que estaba haciendo para una hija, se hallaba a medio terminar sobre la máquina de coser; un telar de mano aparecía en un rincón. Los juguetes, lápices y cuadernos de los niños, se hallaban esparcidos por el suelo, desde la puerta de entrada hasta la cocina; en esta casa cara y moderna, como en muchas otras casas del mismo estilo, no existía puerta alguna entre la cocina y el salón. Tampoco se advertía en esta madre ningún sueño, idea o frustración que pareciese separarla de sus hijos. Se hallaba embarazada ahora del séptimo: su felicidad era completa –dijo– pasando los días con sus hijos. Tal vez me encontraba, por fin, ante una ama de casa feliz...

Pero, justamente antes de marcharme, se me ocurrió decirle que seguramente bromeaba cuando había dicho que envidiaba a su vecina, una dibujante profesional y al mismo tiempo madre de tres hijos. “No, no estaba bromeando”, replicó; y esta serena ama de casa que amasaba la harina para cocer el pan que hacía siempre para la familia, se echó a llorar. “La envidio terriblemente. Ella sabe lo que quiere; yo no. Nunca lo he sabido. Cuando estoy embarazada y mientras los niños son pequeños, soy «alguien», soy una madre. Pero luego los niños crecen... ¡yo no puedo seguir teniendo niños toda la vida!”

Aunque nunca encontré una mujer que realmente se ajustara

a la imagen de “una feliz ama de casa”, observé, no obstante, otra cosa en estas mujeres capacitadas que habían cobijado sus vidas bajo la sombra protectora de la mística de la feminidad. ¡Estaban tan ocupadas yendo de compras, conduciendo el automóvil, utilizando sus lavaplatos, sus secadoras, sus turmix, trabajando en el jardín, encerando, pulimentando, ayudando a sus hijos en sus deberes escolares, haciendo colectas en favor de los deficientes mentales y haciendo cientos de pequeñas tareas! En el transcurso de mis entrevistas con estas mujeres comencé a percibir que había algo extraño con respecto al *tiempo* que el manejo de una casa exige en la actualidad.

En una de las avenidas de un barrio suburbano había dos casas coloniales, cada una de ellas con un grande y comfortable cuarto de estar, una pequeña biblioteca, un comedor bien puesto, cocina grande y alegre, media hectárea de jardín y pradera y en cada familia un esposo que tenía que ir a trabajar a la ciudad con un abono para el ferrocarril y tres niños en edad escolar. Ambas casas se hallaban bien atendidas, con una mujer de la limpieza dos días a la semana; pero la cocina y las restantes labores domésticas eran realizadas por las esposas que, en ambos casos, se encontraban próximas a los cuarenta años; inteligentes, sanas, atractivas y bien educadas.

En la primera casa, la señora W se dedicaba exclusivamente a su hogar. Estaba ocupada la mayor parte del día guisando, limpiando, yendo de compras, llevando a su marido y a los niños en el auto y cuidando de los niños. En la casa de al lado, la señora D, microbióloga, dejaba la mayor parte de estas tareas hechas antes de salir para su laboratorio a las nueve, o las realizaba al volver a casa, a las cinco y media. En ninguna de las dos familias

estaban los niños desatendidos, aun cuando en los de la señora D se les dejaba un poco más que ellos mismos hicieran sus cosas. Ambas mujeres recibían y daban bastantes fiestas. La señora W, la que se dedicaba exclusivamente a la casa, realizaba algunos trabajos rutinarios de la comunidad, pero “no tenía tiempo” de encargarse de un puesto directivo que le había sido ofrecido con frecuencia, como mujer inteligente y capaz. Todo lo más, había dirigido un comité para preparar un baile o una fiesta en la Asociación de Padres y Maestros. La señora D, la investigadora, no realizaba trabajos corrientes para la comunidad; pero además de sus tareas en casa, tocaba en un magnífico quinteto de cuerda, era lo que más le interesaba aparte de la ciencia, y tenía un puesto directivo en la organización de asuntos internacionales por la que se había interesado desde sus tiempos de estudiante en la Universidad.

¿Cómo podían casas del mismo tamaño, con el mismo número familiar, con unos ingresos aproximadamente iguales, con el mismo tipo de servicio, idéntico estilo de vida, exigir mucho más tiempo a la señora W que a la señora D? Realmente, la señora W nunca se hallaba ociosa. Nunca tenía tiempo por la noche para “leer un poco”, como hacía con frecuencia la señora D.

En un grande y moderno edificio de apartamentos de una importante ciudad del Este había dos pisos de seis habitaciones cada uno; ambos un poco desaliñados, excepto cuando la mujer de la limpieza acababa de marcharse, o antes de una fiesta. Los dos matrimonios que los ocupaban, los señores G y los señores R, tenían tres niños menores de diez años; uno de ellos todavía en pañales. Los maridos se hallaban en los primeros años de la treintena y su trabajo profesional era muy absorbente. Pero al

señor G, cuya esposa no tenía más ocupación que llevar la casa, se le exigía y realizaba muchas más labores domésticas cuando llegaba a casa por la noche, que al señor R, cuya esposa era dibujante profesional y, que evidentemente, tenía que hacer la misma cantidad de trabajo en la casa, en las horas que la dejaba libre su tablero de dibujo. La señora G era incapaz de terminar sus faenas antes de que su marido volviera a casa por la noche, y entonces estaba tan cansada que su marido tenía que hacerlas. ¿Por qué la señora R, que no consideraba las faenas caseras como su principal trabajo, las atendía en mucho menos tiempo?

Observé este mismo hecho una y otra vez en mis entrevistas con mujeres que se definían a sí mismas como “amas de casa”, y las comparé con las que dedicaban a trabajos profesionales parte o la totalidad de su tiempo. Lo mismo sucedía incluso cuando tanto las amas de casa como las que ejercían una profesión tenían criadas, aun cuando las “amas de casa” preferían mucho más frecuentemente hacer todas las faenas caseras, incluso cuando podían permitirse dos criadas. Pero también descubrí que muchas de las señoras que eran “amas de casa” terriblemente ocupadas, se quedaban verdaderamente asombradas al descubrir que podían realizar en una hora el trabajo que antes les exigía seis, o que estaban por hacer a la hora de la cena, tan pronto como se ponían a estudiar, o a trabajar o tenían algo que les interesaba de verdad fuera de la casa.

Dándole vueltas a la cuestión de cómo puede una hora de faena casera alargarse hasta convertirse en seis (la misma casa, el mismo trabajo, la misma mujer) volví nuevamente a la paradoja básica de la mística de la feminidad: que surgió para

glorificar el papel de la mujer como ama de casa en el mismo momento en que desaparecían las barreras existentes para su plena participación en la sociedad; en el mismo instante en que la ciencia y la educación y su propio ingenio hicieron posible para una mujer ser a la vez esposa y madre y tomar parte activa en el mundo exterior al hogar. La glorificación del “papel de mujer”, pues, parece estar en relación con la resistencia que opone la sociedad a tratar a las mujeres como seres humanos completos. Porque cuanto menos realmente importante es la función de este papel, tanto más se le decora con detalles tontos para ocultar su vaciedad. Este fenómeno ha sido observado, en términos generales, en los anales de la ciencia social y en la historia –el ideal caballeresco de la Edad Media, por ejemplo, o el pedestal artificial de la mujer de la época victoriana–, pero puede producir un verdadero shock en la mujer norteamericana emancipada, al descubrir que se aplica concretamente y en el máximo grado a la situación actual del ama de casa en los Estados Unidos.

Acaso la nueva mística de la equiparación de la importancia del papel femenino con el masculino surgió porque la evolución de las mujeres en Norteamérica no podía ser frenada por la vieja mística de la inferioridad femenina. ¿Podía impedirse que las mujeres desarrollasen la totalidad de sus facultades, haciendo que su papel en el hogar fuese de igual importancia que el que representa el hombre en la sociedad? “El lugar de la mujer es el hogar”, es algo que ya no podía seguir diciéndose con tono despectivo. Los trabajos domésticos, el lavar la ropa, mudar los pañales a los niños, tenían que ser embellecidos por la nueva mística hasta hacerlos parecer tan importantes como la desintegración del átomo, la astronáutica, el arte creador que

ilumina los destinos humanos, los más avanzados estudios sociales. Tenían que convertirse en el verdadero fin de la vida misma, para ocultar el hecho evidente de que son meramente su principio.

Cuando se considera esto desde este ángulo, la doble decepción de la mística de la feminidad se hace perfectamente clara:

1. Cuanto más se priva a una mujer de ejercer una función en la sociedad a la altura de su propia capacidad, tanto más se dilata su trabajo doméstico, su trabajo maternal, su trabajo como esposa y tanto más se resiste ella a terminar sus trabajos caseros, o sus cuidados maternales y quedarse sin nada que hacer. (Evidentemente la naturaleza humana odia el vacío, incluso en las mujeres.)

2. El tiempo requerido para realizar el trabajo doméstico por parte de una determinada mujer varía en sentido inverso al interés que siente por algún otro trabajo a que pueda dedicarse. Sin ningún interés exterior, una mujer se encuentra virtualmente forzada a consagrar todo su tiempo a las trivialidades de “llevar la casa”.

El sencillo principio de que “el trabajo se dilata para llenar todo el tiempo disponible” fue formulado por primera vez por el inglés C. Northcote Parkinson, basándose en su experiencia con la burocracia administrativa durante la segunda guerra mundial. La ley de Parkinson puede fácilmente volverse a formular para el ama de casa norteamericana: los trabajos domésticos se alargan para llenar todo el tiempo disponible: o, los cuidados

maternales se alargan para llenar todo el tiempo disponible: o incluso, la sexualidad se dilata para llenar todo el tiempo disponible. Ésta es, sin disputa, la verdadera explicación del hecho de que, a pesar de todos los nuevos aparatos que ahorran o economizan tiempo, la moderna ama de casa norteamericana invierte probablemente más tiempo en sus labores domésticas que su abuela. Esto explica también en parte la preocupación general en Norteamérica por las cuestiones relacionadas con el amor y el sexo, y el continuo aumento de la natalidad.

Dejando aparte, por el momento, las explicaciones sexuales, que son muchas, consideremos algunas de las consecuencias de esa ley como una explicación de cómo se distribuye la energía femenina en Norteamérica. Retrocediendo a varias generaciones anteriores, he sugerido que la causa real, tanto del feminismo como de la frustración de las mujeres, era la variedad del papel de ama de casa. El trabajo más importante y las más importantes decisiones de la sociedad, se efectuaban fuera del hogar y las mujeres sintieron la necesidad o lucharon por el derecho de participar en estas tareas. Si las mujeres hubieran continuado utilizando su educación recién conquistada y hubieran encontrado una nueva satisfacción en estos trabajos de fuera de casa, los rutinarios trabajos domésticos hubieran alcanzado el mismo lugar secundario en sus vidas que el automóvil, el jardín y pequeño taller de carpintería o de mecánica en la vida del hombre. La maternidad, los deberes de esposa, el amor sexual, la responsabilidad familiar, hubieran adquirido sencillamente una nueva importancia emocional, como la tienen para el hombre (muchos observadores se han dado cuenta de la nueva satisfacción que los hombres norteamericanos han hallado en sus hijos –a medida que su

trabajo semanal se ha reducido –sin aquella sensación de angustia que parecen sufrir las mujeres, cuyos hijos constituyen *su verdadero trabajo*).

Pero cuando la mística de la feminidad envió nuevamente a las mujeres al hogar, el quehacer doméstico tuvo que dilatarse hasta convertirse en una carrera que ocupaba todo el día. El amor sexual y la maternidad tuvieron que constituir toda la vida, tuvieron que agotar, que disponer de todas las energías creadoras de las mujeres. La misma naturaleza de la responsabilidad familiar tuvo que dilatarse para ocupar el lugar de la responsabilidad social. A medida que esto empezaba a ocurrir, cada nuevo aparato economizador de trabajo llevaba aparejada una nueva complicación que exigía un aumento de trabajo casero. Cada nuevo invento que podía haber liberado a las mujeres de los penosos trabajos de la cocina, del lavado, de la limpieza, dejándoles más tiempo libre para otras actividades, les imponía en cambio nuevos trabajos latosos, hasta que el trabajo doméstico no solamente se extendió para llenar el tiempo disponible, sino que difícilmente puede realizarse en dicho tiempo. La secadora automática de ropa no economiza a una mujer las cuatro o cinco horas semanales que invertía en el tendero si, por ejemplo, hace funcionar la lavadora y la secadora todos los días. En efecto, tiene que cargar y descargar la máquina, clasificar las prendas, separarlas, etc.

Como decía una joven madre: “en la actualidad es posible lavar las sábanas dos veces por semana. La última semana, cuando se me estropeó la secadora y las sábanas no pudieron cambiarse en ocho días, todos se quejaban.

Todos nos sentíamos sucios. ¡Me sentía culpable! ¿No le parece esto algo tonto?”¹⁴²

La moderna ama de casa norteamericana consume mucho más tiempo lavando y planchando que su madre. Si posee una nevera o una batidora eléctricas, gasta más tiempo cocinando que una mujer que no posee estos elementos economizadores de trabajo. El frigorífico, por el simple hecho de existir, consume tiempo: las legumbres cultivadas en el jardín, deben ser preparadas para su congelación. Si se posee una batidora eléctrica, es preciso utilizarla; esas recetas de cocina a base de puré de castañas, berros y almendras exigen más tiempo que las chuletas de cordero a la parrilla.

De acuerdo con un estudio realizado por Bryn Mawr recién terminada la guerra, en una familia granjera típica de Estados Unidos, el trabajo doméstico consumía 60,55 horas semanales: 78,35 horas en ciudades de más de 100.000 habitantes: 80,57 en ciudades de más de 1.000.000.¹⁴³ Con todos sus aparatos domésticos, las amas de casa de las zonas residenciales de las afueras y las de la ciudad, consumen más tiempo en los trabajos domésticos que las atareadas mujeres de los granjeros. La mujer del granjero tiene, naturalmente, un montón de cosas más que hacer.

En los años cincuenta, los sociólogos y los economistas domésticos han hecho observaciones intrigantes y

142 Jhan y June Robbins, “Why Young Mothers Feel Trapped”, revista Redbook, septiembre 1960.

143 “Women During the War and After”, publicado en 1945 por la Facultad “Carola Woerishoffer”

desconcertantes en relación con el tiempo que la mujer norteamericana actual sigue dedicando a las faenas de la casa. Estudio tras estudio, demostraron que las amas de casa norteamericanas consumían tantas, o más horas diarias de trabajos domésticos, que las mujeres de hace treinta años, a pesar de que las viviendas son más pequeñas y fáciles de llevar y de que se invierte un capital siete veces mayor en aparatos electrodomésticos. Existían, sin embargo, algunas excepciones. Las mujeres que trabajan muchas horas a la semana fuera de casa, sean tareas retribuidas o actividades de la comunidad, hacían el mismo trabajo en que el ama de casa que se ocupa todo el día de ella consume sesenta horas semanales, en la mitad de este tiempo. Parece sin embargo que llevan a cabo todas las faenas domésticas –comidas, compras, limpieza y atención a los niños– incluso con una jornada exterior de treinta y cinco horas semanales y que su trabajo diario sólo es hora y media más largo que el de la mujer completamente dedicada al hogar. El que tan extraño fenómeno provoque tan escasos comentarios, se debe a la relativa escasez de tales mujeres. Porque el fenómeno todavía más extraño, cuya verdadera significación oculta la mística, fue el hecho de que, a pesar del aumento de la población en los Estados Unidos y del desplazamiento de población desde el campo a la ciudad, con el paralelo aumento de la industria y de las profesiones en los primeros cincuenta años del siglo veinte, las mujeres que trabajaban fuera de su hogar aumentaron muy poco, en tanto que la proporción de mujeres con profesión descendía realmente¹⁴⁴. Desde representar

144 Theodore Caplow observa en *The Sociology of Work*, p. 234, que en comparación con la rápida expansión económica iniciada en 1900, y la extremadamente rápida urbanización de los Estados Unidos, el incremento del trabajo femenino, del 20,4 % en 1900 al 28,5 % en 1950, fue muy modesto. Recientes estudios efectuados sobre el tiempo invertido por las amas de casa en el trabajo doméstico, que confirman mi descripción del efecto

aproximadamente la mitad de la actividad profesional nacional, ha descendido a un 35% en 1964, a pesar de que el número de mujeres graduadas en las universidades e institutos casi se ha triplicado. El fenómeno se debe al número cada vez mayor de mujeres cultivadas que escogen no ser nada más que amas de casa.

Y, sin embargo, para la mujer de hogar residente en la ciudad o en los distritos residenciales suburbanos, persiste el hecho de que cada vez un número mayor de faenas que ordinariamente se realizaban en casa van siendo suprimidas: preparar conservas; hacer pan; tejer y hacer prendas de vestir; educar a los pequeños; cuidar a los enfermos; atender a los ancianos. A las mujeres les es posible cambiar el curso de la historia –o hacerse la ilusión de que lo cambian– cocinando su propio pan; pero la ley no les permite enseñar a sus hijos en casa, y pocas amas de casa se atreverían a enfrentar sus conocimientos empíricos con la experiencia profesional de médicos y de hospitales, para cuidar a un niño que tiene una amigdalitis o una neumonía en casa.

Existe, pues, una base real para la queja que expresan tantas amas de casa: “Me siento en cierto modo tan vacía, tan inútil

Parkinson, están resumidos en el ensayo de Jean Warren, “Time: Resource or Utility”, publicado en *Journal of Home Economics*, vol. 49, enero, 1957, pp. 21 y ss. Alva Myrdal y Viola Klein en *Women*s Two Roles — Home and Work* citan un estudio francés que demostraba que las madres que trabajan reducían el tiempo que dedicaban a trabajos domésticos en 30 horas por semana, comparado con el tiempo que invierten las amas de casa que sólo se dedican a su hogar. El trabajo semanal de una madre de tres hijos que trabaja fuera de casa se repartía en 35,2 horas en su empleo y 48,3 en su casa. El ama de casa que sólo trabaja en su casa dedicaba 77,7 horas a los trabajos caseros. La madre con un empleo o profesión de jornada completa, y que también atiende al cuidado de la casa y de los hijos, trabajaba sólo una hora más por día que el ama de casa que no tiene otra ocupación que su hogar.

como si no existiera.” “A veces tengo la sensación de que el mundo pasa ante mi puerta y me limito a estar sentada en el umbral y verlo pasar.” Esta auténtica sensación de vaciedad, de inutilidad, esta negativa a regañadientes de reconocer la existencia del mundo exterior, conduce frecuentemente al ama de casa a realizar un esfuerzo incluso mayor, a un trabajo casero más exasperado, para no ver el futuro. Y las cosas que el ama de casa decide hacer para llenar este vacío –aun cuando ella crea que lo hace por razones lógicas y necesarias– la hacen caer aún más en la trampa de los rutinarios y triviales trabajos domésticos.

La mujer con dos hijos, por ejemplo, aburrida y disgustada en su céntrico apartamento ciudadano, se ve impulsada, a causa de su sensación de vacío e inutilidad, a mudarse “porque les conviene a los niños” a una espaciosa casa en los distritos residenciales de las afueras. La nueva casa requiere más tiempo para hacer la limpieza, las compras, el cuidado del jardín, el llevar a los niños al colegio en el auto y tantas otras cosas rutinarias consumen tanto tiempo que, eventualmente, la sensación de vacío parece haber desaparecido. Pero, cuando la casa está ya amueblada, los niños están en la escuela y el papel de la familia en la nueva comunidad queda determinado, “ya no queda nada que hacer” como me decía una mujer con quien conversé: “El sentimiento de vacío retoma y, por tanto, es preciso volver a decorar el cuarto de estar, o dar cera al suelo de la cocina con más frecuencia de lo preciso, o tener otro hijo. Los cuidados del recién nacido, así como el restante trabajo de la casa, pueden tenerla tan ocupada que necesite la ayuda de su marido, por la noche, en la cocina. Sin embargo, nada de esto es tan verdadero, tan indispensable como parece.

Uno de los grandes cambios realizados en los Estados Unidos desde la segunda guerra mundial, ha sido el éxodo masivo hacia los barrios residenciales de los suburbios, esas horribles y desparramadas urbanizaciones que comienzan a constituir un problema nacional. Los sociólogos hacen observar que un rasgo distintivo de estos distritos es el hecho de que las mujeres que viven en ellos están mejor educadas que las de la ciudad, y que la mayor parte de ellas son mujeres que dedican a los quehaceres domésticos la totalidad de su tiempo¹⁴⁵.

A primera vista podía sospecharse que el mismo crecimiento y existencia de tales distritos obliga a las modernas mujeres norteamericanas cultivadas a convertirse y seguir siendo amas de casa sin ninguna otra ocupación. ¿O es que el desarrollo que en la postguerra tuvieron estas urbanizaciones, se produjo, al menos en parte, como una consecuencia de que millones de mujeres norteamericanas coincidieron en buscar el cumplimiento de su misión en el hogar? Entre las mujeres a quienes consulté la decisión de desplazarse hacia estas urbanizaciones “a causa de los hijos” fue posterior a su decisión de abandonar su trabajo o su profesión y convertirse exclusivamente en amas de casa, generalmente después del nacimiento del primer hijo, o del segundo, dependiendo esto de la edad de la mujer cuando fue contagiada por la mística. En las esposas más jóvenes, naturalmente, la mística las contagió tan pronto que la elección de dedicarse al matrimonio y la maternidad como única y exclusiva ocupación, excluyó el estudio de cualquier otra profesión y el desplazamiento hacia las nuevas urbanizaciones se produjo al mismo tiempo que el

145 Robert Wood, *Suburbia, Its People and Their Politics*, Boston, 1959.

matrimonio, o tan pronto como la esposa no tuvo que trabajar para ayudar a su marido a terminar sus estudios en la Universidad.

Las familias en que la mujer aspira a alcanzar un objetivo profesional definido tienen menos tendencia a ese desplazamiento hacia los suburbios. En las ciudades, naturalmente, existen más y mejores ocupaciones para las mujeres educadas: universidades, algunas veces gratuitas; con cursos nocturnos, destinados a gentes que trabajan durante el día y a menudo más convenientes que los convencionales programas de los cursos diurnos, para una joven madre que desea terminar su carrera universitaria o graduarse en alguna especialidad. Existe también mayor número de niñeras, para todo el día o por horas, así como de mujeres para la limpieza, guarderías infantiles, escuelas de párvulos, programas de juego post-escolares. Pero todas estas consideraciones sólo tienen importancia para la mujer que tiene cosas que hacer fuera de su casa.

En la ciudad los trabajos caseros tienen menos ocasión de hacerse tan absorbentes que ocupen todo el tiempo disponible. Esa sensación de estar perdiendo el tiempo continuamente le viene pronto al ama de casa urbana, educada y capaz; a pesar de que cuando los hijos son pequeños, el tiempo está sobradamente ocupado con pequeñas actividades, tales como empujar el cochecito de un lado a otro del parque, sentarse en los bancos de la zona de juegos infantiles del parque público porque el niño no puede ir allí solo, etc. De todos modos, en un apartamento de la ciudad no hay sitio para un enorme frigorífico, ni jardín en el que plantar legumbres. Y todas las

organizaciones de la ciudad son tan grandes: las bibliotecas se hallan ya formadas, los profesionales dirigen los jardines de infancia y los programas recreativos.

No es, pues, sorprendente, que muchas jóvenes esposas opten por un desplazamiento hacia las nuevas urbanizaciones de las afueras lo antes posible. Como las desiertas llanuras de Kansas atraían a los inquietos emigrantes, las urbanizaciones de los suburbios, por su misma novedad y falta de servicios organizados, ofrecían, por lo menos al principio, una oportunidad ilimitada a la energía de las mujeres norteamericanas cultivadas. Las que eran lo bastante fuertes, lo bastante independientes, lo aprovecharon y fueron las conductoras e innovadoras de estas nuevas comunidades. Pero, en la mayor parte de los casos, se trataba de mujeres educadas antes de la época de la dedicación a la plena feminidad. La capacidad de la vida suburbana para llenar o gastar totalmente el potencial de energías de la mujer norteamericana cultivada, parece depender de su previa capacidad de autonomía o autorealización, es decir de su capacidad para resistir las presiones del conformismo, de su fuerza de voluntad para resistir a esas insulsas ocupaciones que absorben tanto tiempo en las casas de las urbanizaciones y trabajos de la comunidad y saber encontrar o crearse fuera del hogar la misma clase de ocupaciones importantes que hubiera encontrado en la ciudad. Esa clase de ocupaciones, por lo menos al principio, era naturalmente cuestión de iniciativa particular, pero era algo al mismo tiempo difícil y necesario.

Sin embargo, cuando la mística de la feminidad triunfó totalmente, una nueva generación de mujeres llegó a las

urbanizaciones de las afueras. Estaban buscando un templo para el nuevo culto, estaban dispuestas a aceptar la comunidad suburbana tal como la hallaban (su único problema era “cómo encajar”); estaban totalmente dispuestas a llenar sus días con las trivialidades del trabajo doméstico. Las mujeres de esta clase, y la mayor parte de las que interrogué, eran de la generación que había salido de las universidades después de 1950, rehusaban aceptar cargos directivos en las organizaciones de la comunidad: solamente se avenían a tomar parte en las cuestaciones para la Cruz Roja, para los pobres de la parroquia o para los boy-scouts, o ser madrinas de los boy-scouts u ocuparse en algunos trabajos sin importancia en la Asociación de Padres y Maestros. Su resistencia a aceptar una responsabilidad seria en la comunidad, la justifican con la frase “no puedo quitar ese tiempo a mi familia”. Pero mucho de su tiempo lo invierten en pequeñas actividades sin importancia. La clase de trabajo que eligen, dentro de la comunidad, no exige nada a su inteligencia, ni, en muchas ocasiones, llena una función real. Tampoco obtienen de él mucha satisfacción personal; pero les llena el tiempo.

Así, de manera creciente, en las grandes casas de las nuevas zonas residenciales, las tareas voluntarias realmente interesantes –como la dirección de las guarderías colectivas, las bibliotecas gratuitas, los puestos directivos de los colegios, y, en algunas urbanizaciones, incluso la presidencia de la Asociación de Padres y Profesores– son realizados por hombres¹⁴⁶. El ama

146 Ver “Papa’s Taking Over the P.T.A. Mama Started”, New York Herald Tribune, febrero 10, 1962. En el congreso nacional de Asociaciones de Padres y Profesores, de 1962, se declaró que el 32 % de los 46.457 presidentes de P.T.A. son actualmente hombres. En ciertos estados el porcentaje de presidentes masculinos de P.T.A. es aún más alto, incluyendo Nueva York (33 %), Connecticut (45%) y Delaware (80%).

de casa que no “tiene tiempo” para aceptar una responsabilidad importante en la comunidad, como la mujer que “no tiene tiempo” para dedicarse a una actividad profesional, eluden una obligación seria a través de la cual hubieran podido finalmente encontrarse a sí mismas: las eluden aumentando sus rutinarias labores domésticas, hasta que se encuentran verdaderamente atrapadas por ellas.

Las dimensiones de esta trampa parecen físicamente inalterables, lo mismo que las pequeñeces que ocupan el día del ama de casa parecen inevitablemente necesarias. Pero esta trampa doméstica ¿no será una ilusión, a pesar de su patente realidad: una ilusión creada por la mística de la feminidad? Tomemos, por ejemplo, el tipo de casa sin tabiques de un “rancho” actual de tipo “funcional”, con dos pisos, que cuestan entre 15.000 y 55.000 dólares, de los que han sido construidos a millones de una a otra costa del país. Producen la ilusión de más espacio por menos dinero.

Pero las mujeres a quienes han sido vendidos *tienen* casi inevitablemente que vivir según la mística de la feminidad. No hay verdaderas paredes ni puertas: la mujer, en su bella cocina electrónica, nunca se encuentra separada de sus hijos. Nunca puede sentirse sola, ni un minuto; nunca puede aislarse de los demás. Puede olvidar su propia personalidad en estas ruidosas casas sin tabiques. Las casas sin tabiques ayudan también a aumentar las faenas domésticas para llenar todas las horas disponibles. En esas casas, que consisten básicamente en una sola y desbordante habitación, en lugar de varias, separadas por tabiques y escaleras, hay un barullo de cosas que es necesario estar ordenando continuamente. El hombre, naturalmente, está

fuera de casa durante la mayor parte del día. Pero la mística de la feminidad se lo prohíbe a la mujer.

Una amiga mía, escritora inteligente convertida en ama de casa sin otra ocupación, construyó su propia casa suburbana tal como la había soñado, diseñada por un arquitecto siguiendo sus explicaciones, durante el período en que se transformó definitivamente en ama de casa, y no volvió a escribir. La casa, que costó aproximadamente 50.000 dólares (3.000.000 de pesetas), era casi literalmente una enorme cocina. Había un estudio separado para su esposo, que era fotógrafo, y unos cuchitriles para dormir; pero no había un solo lugar en que ella pudiera salir de la cocina, librarse de los niños, durante las horas de trabajo. Las lustrosas caobas y los aceros inoxidables de sus armarios de cocina hechos de encargo y los aparatos electrodomésticos eran realmente su sueño; pero cuando vi aquella casa me pregunté dónde se podría colocar la máquina de escribir, si su dueña decidiera volver de nuevo a esta actividad.

Es extraño el pequeño número de lugares que existen en esas espaciosas casas y esas extensas urbanizaciones, en los que uno pueda refugiarse para estar solo. En el estudio hecho por un sociólogo sobre las mujeres de elevado nivel económico que se casaron jóvenes y se dieron cuenta después de quince años de cuidar niños, manejar aparatos electrodomésticos, cuidar el jardín, guisar en la barbacoa, asistir a las reuniones de la P.T.A. (Asociación de Padres y Maestros), etc., de que deseaban realizar algún verdadero trabajo, se observó que las que

realmente lo hacían volvían a residir otra vez a la ciudad¹⁴⁷. Pero entre las mujeres con quienes yo hablé, ese momento de descubrir su auténtica personalidad se reducía a añadir una habitación con puerta a aquella casa sin puertas ni tabiques, o simplemente en la colocación de una puerta en cualquiera de las habitaciones, “de modo que pueda tener algún sitio para mí sola, una puerta que cerrar entre los niños y yo, cuando tenga ganas de meditar, trabajar, estudiar o estar sola”.

Sin embargo, la mayor parte de las amas de casa norteamericanas no cierran esa puerta. Tal vez teman, a fin de cuentas, quedarse a solas en aquella habitación. Como dijo otro sociólogo norteamericano, el dilema del ama de casa es que no tiene la posibilidad de aislarse para ocuparse de lo que personalmente le interesa; pero, incluso si tuviera más espacio y más tiempo para ella misma, no sabría qué hacer con ello¹⁴⁸. Si hace una profesión del matrimonio y la maternidad, como le dice la mística; si se convierte en la rectora del hogar –y tiene niños suficientes para que le dé bastante que hacer el gobernarlos–, si emplea toda la energía que la mística de la feminidad le prohíbe dedicar a otras actividades a llevar la casa a la perfección, a cuidar y vigilar a sus hijos y compartir la carrera de su esposo estando siempre en los menores detalles, de forma que apenas le quedan unos pocos minutos que dedicar a los trabajos de la comunidad, y no tiene tiempo que dedicar a asuntos serios de mayor interés, ¿quién se atreverá a decir que

147 Nanette E. Scofield, “Some Changing Roles of Women in Suburbia: A Social Anthropological Case Study”, actas de la Academia de Ciencias de Nueva York, vol. 22, n.º 6, abril, 1960.

148 Mervin B. Freedman, “Studies of College Alumni”, publicado en *The American College*, pp. 872 y ss.

esto no es tan importante, un modo de pasar la vida tan bueno como el dominar los secretos de los átomos o de las estrellas, componer sinfonías o propugnar un nuevo concepto del gobierno o de gobernar la sociedad?

Para la mujer con verdadera capacidad creadora, tanto cultural como biológica, la única excusa posible es convencerse a sí misma –como con tanto ahínco intenta convencerla la nueva mística– de que los pequeños detalles materiales referentes al cuidado de los niños son místicamente creadores; de que sus hijos se encontrarán trágicamente abandonados si ella no está a su lado constantemente; de que la comida que da a la esposa del jefe de su marido es tan importante para la carrera de su esposo como el pleito que éste defiende ante los tribunales, o la fórmula que descubre en su laboratorio. Y como el marido y los hijos pronto estarán fuera de casa la mayor parte del día, ella tiene que continuar teniendo hijos, o arreglándose para convertir las minucias del trabajo doméstico en algo lo bastante importante, lo bastante necesario, lo bastante arduo, lo bastante creador para que justifique y sea una razón suficiente de su mera existencia.

Si toda la vida de una mujer tiene que ser justificada de esta forma; si el trabajo doméstico es realmente tan importante, tan necesario, por qué han de fruncir algunos las cejas, si la esposa de un Einstein, por ejemplo, espera que su marido deje de lado su poco interesante teoría de la relatividad para ayudarla a hacer un trabajo, que se supone es la pura esencia de la vida: cambiarle los pañales al niño, y “no te olvides de enjuagar los pañales sucios en el lavabo antes de echarlos al cubo, y luego encérame el suelo de la cocina”.

La prueba más clara de que por muy complicada o detallista que sea la ocupación de ama de casa, no es el sucedáneo adecuado de un trabajo realmente interesante y suficientemente importante para la sociedad como para que ésta pague por él todo su valor, surgió de la comedia de la “colaboración”. A las mujeres que representan esta pequeña comedia con moraleja, se les aseguró que representaban los papeles más importantes, que sus papeles eran tan importantes, tal vez más importantes, que los que representaban sus maridos en el mundo, fuera del hogar. Pero ¿puede parecer absurdo que, puesto que estaban desempeñando un empleo de tan vital importancia, se empeñaran las mujeres en que sus maridos compartiesen con ellas los trabajos domésticos? Seguramente fue un tácito sentimiento de culpabilidad, una tácita comprensión de la trampa en que han caído sus esposas, lo que hizo que muchos maridos accediesen, con mayor o menor agrado, a la exigencia de sus esposas. Pero que sus maridos compartiesen sus trabajos domésticos, no compensaba realmente a las mujeres de verse excluidas del ancho mundo. Si para algo sirvió, fue para aumentar su sensación de vacío interior, al disminuir su trabajo. Sentían la necesidad de compartir, de participar cada vez más en las vidas de sus hijos y de sus maridos. La “colaboración” fue un pobre sucedáneo de la igualdad: la glorificación de la misión de la mujer fue un pobre sucedáneo sustitutivo de su libre e individual participación en el mundo.

La verdadera vaciedad que se oculta bajo la rutina del ama de casa norteamericana ha sido revelada de muchas maneras. En Mineápolis, recientemente, un maestro llamado Maurice K. Enghausen leyó un artículo en el periódico local, sobre la larga

semana de trabajo que tiene que realizar una ama de casa actual. En una carta al director manifestó que “la mujer que necesita tantas horas para hacerlo es terriblemente lenta, no sabe administrar su tiempo o es una perfecta nulidad”. Este soltero de treinta y seis años declaró que estaba dispuesto a tomar la dirección de cualquier casa y enseñar cómo había que hacer el trabajo.

Gran número de airadas señoras le desafiaron a probarlo. Se hizo cargo durante tres días del gobierno de la casa de los señores Robert Dalton, con cuatro niños entre los dos y los siete años de edad. En un solo día limpió el primer piso, lavó tres cargas de ropa y las colgó para secar; planchó toda la ropa blanca incluyendo la ropa interior y las sábanas; preparó un almuerzo de sopa y emparedados y una buena cena; cocinó dos tortas y preparó dos ensaladas para el día siguiente; vistió, desnudó y bañó a los niños; lavó las maderas y fregó el suelo de la cocina. La señora Dalton dijo que cocinaba incluso mejor que ella; y “en lo que respecta a la limpieza –añadió– yo soy más meticulosa, pero tal vez no sea necesario serlo tanto”.

Haciendo observar que él había llevado personalmente su casa durante siete años, y había ganado dinero en la Universidad realizando faenas domésticas, Enghausen dijo: “todavía sigo deseando que el enseñar a 115 estudiantes sea tan sencillo como cuidar de cuatro niños en casa... Todavía sostengo que el trabajo doméstico no es esa tarea interminable que las mujeres pretenden hacemos creer”¹⁴⁹.

149 Murray T. Pringle, “Women Are Wretched Housekeepers”, Science Digest, junio, 1960.

Esta afirmación, periódicamente expresada por los hombres privada y públicamente, ha sido confirmada en un reciente estudio sobre la economía de tiempo y movimiento. Registrando y analizando todos los movimientos realizados por un grupo de amas de casa, el estudio llegó a la conclusión de que la mayor parte de la energía consumida en los trabajos domésticos es superflua. Una serie de detalladas investigaciones patrocinadas por la Michigan Heart Association, dependiente de la Universidad de Wayne, descubrió que las mujeres “trabajaban más del doble de lo que debían, malgastando energía por costumbre y tradición, haciendo movimientos inútiles y dando pasos innecesarios”.

El intrigante problema de la “fatiga del ama de casa” arroja una luz adicional. Los médicos, en muchos recientes congresos, han confesado su incapacidad de curarla o de diagnosticar sus causas. En una reunión en la Universidad norteamericana de Obstetricia y Ginecología un doctor de Cleveland afirmó que las madres que no pueden vencer esta sensación de cansancio y se quejan de que sus médicos no aciertan con ellas, no se encuentran ni enfermas ni desequilibradas, sino verdaderamente cansadas. “No es preciso realizar sicoanálisis ni sondeos de ninguna clase”, dijo el doctor Leonard Lovshin, de la clínica de Cleveland.

“Tienen una jornada de trabajo de dieciséis horas diarias y siete días de trabajo a la semana... Si son concienzudas se ven obligadas a intervenir en las organizaciones infantiles de Scouts, en las Asociaciones de Padres y Maestros, en las cuestaciones para los enfermos de corazón, trabajos para la parroquia, en llevar niños a las clases de música y baile.”

Pero, cosa curiosa, observó, ni el exceso de trabajo casero ni su fatiga parecen tener relación con el número de hijos.

Muchas de esas pacientes tienen uno o dos hijos solamente. “Una mujer con un solo hijo, lo que hace es preocuparse por él cuatro veces más que lo haría una mujer con cuatro hijos, y todo resulta igual para las dos”, dijo el doctor Lovshin.

Algunos doctores, no hallando nada orgánicamente enfermo en estas madres crónicamente fatigadas, les dijeron que todo esto son imaginaciones suyas; otros les recetaron píldoras, vitaminas o inyecciones para la anemia, baja presión sanguínea, bajo metabolismo, o las pusieron a dieta (como promedio, las amas de casa suelen pesar seis o siete kilos de más), les prohibieron las bebidas (existe aproximadamente en Norteamérica un millón comprobado de amas de casa alcohólicas) o les dieron tranquilizantes.

Todos estos tratamientos fueron inútiles, explicó el doctor Lovshin, porque esas madres están realmente cansadas¹⁵⁰.

Otros doctores, considerando que tales madres duermen tanto o más de lo que necesitan, declararon que la causa fundamental no es la fatiga, sino el aburrimiento. Este problema se agravó tanto que las revistas femeninas se ocuparon de él hasta la saciedad, en el lenguaje repelentemente optimista de la mística de la feminidad. En una interminable serie de artículos que aparecieron a finales de 1950, las “curas” sugeridas eran generalmente a base de que el marido debía elogiar y apreciar más el trabajo de la mujer, a pesar de que los médicos que

150 Ver Time, abril 20, 1959.

habían intervenido en estos artículos señalaron con toda claridad que el origen del mal se hallaba en el papel de “ama de casa y madre”. Pero las revistas sacaron su conclusión habitual: “ésta es y será siempre la parte que le corresponde a la mujer y ella debe resignarse y procurar sacarle el mejor partido”. La revista *Redbook*, en un artículo titulado “Por qué las Madres Jóvenes siempre están cansadas”, publicado en septiembre de 1950, relata los resultados de la encuesta Baruch sobre los enfermos que padecen cansancio crónico:

...La fatiga de cualquier clase es un síntoma de que algo va mal. La fatiga física protege al organismo de cualquier actividad excesiva de algún miembro o parte del cuerpo. La fatiga nerviosa, por otra parte, es normalmente un aviso de que existe peligro para la salud mental o la personalidad. Esto aparece con toda claridad si la paciente es una mujer que se lamenta con amargura de que no es “más que una ama de casa”, de que está malgastando su talento y su educación en los aburridos trabajos caseros, perdiendo sus atractivos, su inteligencia e incluso su propia personalidad e individualidad. En la industria, los trabajos más fatigosos son aquellos que ocupan la atención del obrero solamente de una manera parcial, pero que al mismo tiempo le impiden pensar en cualquier otra cosa. Muchas jóvenes esposas dicen que este oscurecimiento de la mente, es lo que más les molesta mientras se ocupan de la casa y los niños. “Al cabo de un rato la mente queda en punto muerto”, dicen. “Una no consigue concentrarse en nada. Es como si una fuera sonámbula.”

La revista menciona también las manifestaciones de un

siquiatra del Hospital Johns Hopkins, según las cuales el principal factor causante de la fatiga crónica en sus pacientes era la “monotonía no interrumpida por algún éxito o algún desastre importantes”, haciendo notar que “los casos de muchas madres jóvenes se reducen en el fondo a éste”. Incluso cita el resultado del estudio de la Universidad de Michigan. En él se preguntó a 524 mujeres “cuáles eran las cosas que les hacían sentirse útiles e importantes”, y casi ninguna contestó “el trabajo doméstico”. Entre las mujeres que tenían empleos, “la inmensa mayoría, casadas o solteras, opinaron que el empleo les producía más satisfacciones que el trabajo doméstico. En este punto la revista intercala por su cuenta y riesgo: “Esto, desde luego, no significa que una carrera o una profesión sea el remedio a la fatiga para una joven madre. Si algún resultado puede tener, será que la joven madre que ejerza además una profesión tendrá más problemas que la que sólo se consagre a su hogar”. La feliz conclusión que saca la revista es: “Puesto que las exigencias del trabajo doméstico y del cuidado de los niños no permiten mucha variedad, no existe solución total para los problemas de la fatiga crónica. Sin embargo, muchas mujeres pueden reducir dicha fatiga si dejan de hacerse demasiadas preguntas. Esforzándose en comprender de una manera realista lo que puede y, aún más importante, lo que no puede hacer una mujer, logrará, a la larga, llegar a ser una mujer madre y esposa, aunque tenga que seguir siempre estando cansada.

Otro de estos artículos: “Is Boredom Bad for You?” (El aburrimiento ¿es malo para usted, señora?, *McCalls*, abril 1957), se preguntaba si “la fatiga crónica de la mujer es causada realmente por el aburrimiento” y contestaba: “sí, la fatiga crónica de muchas mujeres es producida por la repetición de sus

trabajos, la monotonía del ambiente que las rodea, el aislamiento y la falta de estímulo”. La dureza de las faenas domésticas no es suficiente para explicar la fatiga, según se ha demostrado... Cuanto más exceda la inteligencia de la que exige el trabajo realizado, mayor es el aburrimiento. Hasta tal punto esto es cierto, que los patronos experimentados nunca contratan personal con una inteligencia superior a la corriente para encargarles tareas rutinarias... Es este aburrimiento, unido a las frustraciones diarias, lo que hace que la generalidad de las tareas del ama de casa le produzcan más cansancio nervioso que su trabajo le produce al marido. El remedio: “Poner un especial interés en alguna de las obligaciones, como por ejemplo en la cocina, o un incentivo, como la perspectiva de dar una fiesta y, sobre todo, las alabanzas masculinas, son buenos antídotos para el tedio doméstico.”

Para las mujeres a quienes pregunté, el problema parecía consistir, no que se exigiera demasiado de ellas, sino demasiado poco. “Una especie de apatía me invade cuando vuelvo a casa después de hacer mis compras”, me dijo una mujer. “Es como si realmente no tuviera nada que hacer, aun cuando hay mucho que hacer en la casa. Por tanto, tengo siempre una botella de «Martini» en la nevera y hecho un trago para animarme a hacer algo, o simplemente para matar el tiempo hasta que regresa mi marido.”

Otras mujeres comen, mientras van estirando sus faenas domésticas, sólo para llenar el tiempo disponible. La obesidad y el alcoholismo, como neurosis, han sido relacionadas a menudo con tipos de personalidad ya formados desde la infancia. Pero ¿explica esto por qué tantas amas de casa norteamericanas,

alrededor de la cuarentena, tienen todas ellas el mismo aspecto aburrido y mortecino?, ¿explica esto su falta de vitalidad, la mortal monotonía de sus vidas, los furtivos tentempiés entre horas, los tragos, los tranquilizantes, los somníferos? Incluso teniendo en cuenta el diverso carácter de cada una de estas mujeres, algo debe haber en la naturaleza de su trabajo, en las vidas que llevan, que las arrastra hacia este tipo de evasiones.

Esto no es menos cierto en lo que respecta al trabajo del ama de casa norteamericana como en lo referente al trabajo del hombre norteamericano, tanto en el trabajo en cadena de las fábricas, como en el trabajo burocrático: el trabajo que no requiere por completo la capacidad de un hombre, deja en él el empleo de toda la capacidad de hombre, provoca en él una inempleada y vacía necesidad de evasión: televisión, tranquilizantes, alcohol, erotismo. Pero los maridos de las mujeres a quienes interrogué se encontraban frecuentemente ocupados en trabajos que exigían responsabilidad, capacidad e iniciativa. Observé que cuando se encargaba a estos hombres una faena casera, la despachaban en mucho menos tiempo del que, al parecer, necesitaban sus esposas. Pero, desde luego, para ellos este trabajo no era nunca el que daba una razón de ser a sus vidas. Sea que ellos pusieran más energía en el desempeño de tales tareas por esta razón para librarse pronto de ellas, sea que el trabajo doméstico no exigía tanto de su energía, lo cierto es que lo realizaban más rápidamente y algunas veces incluso parecía que disfrutaban más haciéndolo.

La crítica social, durante la era de la “colaboración conyugal”, se lamentó a menudo de que la carrera del hombre sufría a causa de estos trabajos domésticos. Pero la mayoría de los

maridos de las mujeres a quienes interrogué, no parecían permitir que el trabajo en casa se interfiriera en sus actividades profesionales: bien porque sus esposas hubieran convertido el trabajo doméstico en una profesión tan importante que no podían con él ellas solas, bien porque fueran demasiado pasivas, carentes de iniciativa y débiles para hacerlo, o incluso porque sus esposas dejasen el trabajo doméstico a sus maridos por venganza, las faenas domésticas no se alargaban innecesariamente.

Pero observé que el trabajo doméstico tendía a alargarse para llenar el tiempo disponible en el caso de algunos pocos maridos que parecían recurrir a tales tareas como una excusa para no enfrentarse con las exigencias de sus propias profesiones. “Yo querría que no se empeñara en pasar el aspirador por toda la casa los martes por la tarde. No hace falta y él podría trabajar en su libro”, me dijo la esposa de un catedrático. Ella también ejercía una carrera intelectual y había organizado su vida profesional de manera que pudiera llevar la casa y atender a sus hijos sin necesidad de sirvientes. Con la ayuda de su hija hacía la limpieza completa de su casa los sábados: no era necesario pasar el aspirador los martes.

Realizar el trabajo que se es capaz de hacer es señal de madurez. No son las exigencias de las faenas caseras y de los niños o la carencia de criados lo que impide a la mayor parte de las mujeres norteamericanas madurar para hacer el trabajo para el que están capacitadas. En épocas anteriores, cuando había abundancia de sirvientes, la mayor parte de las mujeres de la clase media que las contrataban no utilizaban su libertad para tomar una parte activa en la sociedad: se veían confinadas por

su propia “condición de mujeres” al ocio. En países como Israel y Rusia, donde se espera de las mujeres que sean algo más que “amas de casa”, las criadas casi no existen, y, sin embargo, es evidente que no quedan abandonados el hogar, los hijos ni el amor.

Es la mística de la misión femenina de la mujer y la falta de madurez que lleva consigo, la que impide a las mujeres realizar los trabajos para los que están capacitadas. No es extraño que las mujeres que hayan vivido durante diez o veinte años inmersas en tal mística, o que se han adaptado a ella tan jóvenes que jamás han experimentado lo que es individualidad, se asusten al enfrentarse con la prueba del verdadero trabajo en el mundo y se abracen a su personalidad de amas de casa, incluso si, con ello, se condenan a sentirse vacías, inútiles, como si no existieran. El que las faenas caseras puedan y deban alargarse para llenar todo el tiempo disponible cuando no existe ningún otro aliciente en la vida, parece totalmente evidente. Después de todo, sin más objetivos en su vida, si los trabajos domésticos se realizaran en una hora y los niños estuvieran en la escuela, la inteligente y activa ama de casa encontraría insoportable la vaciedad de sus días.

Una mujer despidió a la doncella y aun haciendo todo el trabajo doméstico de su casa y el trabajo usual de la comunidad, no podía consumir sus energías. “Hemos resuelto el problema –dijo, hablando de ella misma y de una amiga que había intentado suicidarse– yendo a jugar a los bolos por la mañana tres veces por semana. De otra manera nos habríamos vuelto locas. Así, al menos, podemos dormir por la noche.” “Siempre hay alguna manera de pasarla”, oí decir a una mujer hablando

con otra, mientras almorzaban en un restaurante y refiriéndose distraídamente a lo que se puede hacer con “esa tarde libre de trabajos caseros” que sus médicos les habían prescrito. La dieta alimenticia y las salas de gimnasia han sido un negocio lucrativo en esta fútil batalla contra la grasa excesiva que no puede ser transformada en energías por las amas de casa norteamericanas. Es algo que casi causa indignación pensar que las mujeres norteamericanas educadas e inteligentes se vean forzadas a “desembarazarse” de su energía humana creadora ingiriendo unos polvos gredosos y luchando con unos aparatos gimnásticos.

Pero nadie se asombra de comprobar que el eliminar la energía creadora de la mujer, en vez de utilizarla para más elevados fines sociales, constituye la verdadera esencia, la verdadera finalidad de ser ama de casa.

Vivir de acuerdo con la mística de la feminidad, significa hacer que la historia haga marcha atrás, una devaluación del progreso humano. Hacer retornar a las mujeres al hogar, no como lo hicieron los “nazis”, ordenándoselo, sino mediante una propaganda “con vistas a una restauración del sentido del prestigio y el orgullo de ser mujer, de ser madres o estar en situación de llegar a serlo, de ser mujeres que viven como tales mujeres”, significaba que las mujeres debían resistir la tentación de los empleos bien remunerados.

Las fábricas de conservas y los hornos no llegaron a cerrarse, pero incluso los iniciadores de la mística sintieron la necesidad de defenderse contra la pregunta: “¿Estaremos intentando volver atrás el reloj del progreso, cuando sugerimos que las

mujeres deberían, por su propia voluntad, volver a asumir algunas de sus funciones en el hogar, tales como guisar, hacer conservas y decorar la casa?”¹⁵¹

El progreso no es tal progreso, argumentaron: en teoría, la liberación de la mujer de los pesados trabajos caseros les permite el cultivo de fines más elevados, pero, “tal como estos fines son entendidos, muchos son los llamados, pero pocos los escogidos, tanto entre los hombres como entre las mujeres”. Así pues, dejad que todas las mujeres vuelvan a ese trabajo del hogar, que todas pueden realizar fácilmente; y dejad que la sociedad maneje los hilos de tal manera que el prestigio femenino sea atribuido categóricamente a aquellas a las que se les reconoce que sirven más plenamente a la sociedad actuando exclusivamente como mujeres.

Durante quince años y aún más, ha existido una campaña propagandística tan unánime en esta democrática nación como en la más enérgica de las dictaduras, para dar prestigio a las mujeres como amas de casa. Pero el sentido de su propia personalidad, que en otras épocas se basaba en el trabajo casero y en la creación del hogar como cosas indispensables, puede ser recreado ahora en las mujeres con un trabajo casero que ya no es verdaderamente necesario y que exige muy poca capacidad en un país y en una época en que las mujeres tienen libertad, finalmente, para dedicarse a otras cosas.

Es un error de la mujer, cualquiera que sea el motivo, consumir sus días en un trabajo que ya no se mueve al ritmo del mundo exterior; en un trabajo que no utiliza realmente su energía

151 Farnham y Lundberg. *Modern Women: The Lost Sex*, p. 369.

creadora. Las mujeres mismas están descubriendo que, aun cuando siempre existe “alguna manera de pasarla”, no podrán estar tranquilas hasta que no empiecen a utilizar sus capacidades.

Seguramente en la actualidad hay muchas mujeres norteamericanas que se sienten felices como “amas de casa” y algunas cuya capacidad se encuentra plenamente absorbida por el papel de esposa. Pero la felicidad no es lo mismo que la sensación vivificadora de que se utilizan todas nuestras capacidades. Ni la inteligencia, ni la capacidad humanas, son cosas estáticas. El trabajo doméstico, independientemente de que se prolongue para llenar todo el tiempo disponible, difícilmente puede emplear todas las capacidades de una mujer de inteligencia media o normal y mucho menos del cincuenta por ciento de la población femenina, cuya inteligencia, en su infancia, estaba por encima de la media.

Hace algunas décadas, ciertas instituciones que se ocupaban de los retrasados mentales, descubrieron que el trabajo doméstico era particularmente idóneo para la capacidad de las muchachas mentalmente débiles.

En muchas ciudades, las internadas en aquellas instituciones eran muy solicitadas para criadas y eso que el trabajo doméstico era entonces mucho más difícil que ahora.

Las decisiones principales del ama de casa, como la educación de los niños, la decoración interior, organización de los menús, el presupuesto, la educación y el recreo, exigen, desde luego, inteligencia. Pero, como fue expresado por uno de los pocos

expertos en hogar y familia que vio el absurdo auténtico de la mística de la feminidad, la mayor parte del trabajo doméstico, precisamente la parte que todavía consume más tiempo, “puede ser realizada eficazmente por una niña de ocho años”.

El papel del ama de casa es, por lo tanto, semejante al de el presidente de una empresa que no sólo determinase las actividades y preparase los planes generales, sino que gastase la mayor parte de su tiempo y de sus energías en actividades tales como barrer la fábrica y engrasar las máquinas. La industria, desde luego, es demasiado avara de las facultades de su personal para desperdiciarlas de esta manera.

La verdadera satisfacción de “crear un hogar”, la relación personal con el marido y los hijos, la atmósfera de hospitalidad, serenidad, cultura, calor o seguridad que una mujer comunica al hogar, vienen de su personalidad, no de su escoba, de su fogón o de su fregadero.

El que una mujer tenga una sensación de satisfacción y de creación total después de realizar las múltiples y monótonas tareas que son su diaria misión, sería tan absurdo como el que un obrero trabajando en cadena sintiera la alegría de haber creado un automóvil por el simple hecho de haber estado apretando tornillos. Es difícil comprender cómo el fregar tres veces al día después de cada comida, preparar la lista del mercado (tres limones, dos paquetes de jabón en polvo, una lata de sopa), sacar la pelusa de debajo de los radiadores con el dispositivo especial del aspirador, vaciar cubos de basuras y lavar el suelo del baño día tras día, semana tras semana, año tras año, pueda variar el resultado final de una suma de algo que no

sea esas minucias, que puestas una al lado de las otras no llegan a ningún sitio¹⁵².

Una gran cantidad de los fenómenos sexuales más desagradables de esta época, pueden verse ahora como el resultado inevitable de ese ridículo confinamiento de millones de mujeres obligadas a pasar sus días haciendo algo que puede realizar una niña de ocho años. No importa en qué medida la carrera de “ama de casa” se ha racionalizado para justificar esa aterradora manera de desperdiciar la energía y capacidad de la mujer; no importa cuán ingeniosamente acuñan nuevas palabras sonoramente científicas los técnicos en publicidad –como “lubrilator”– para crear la ilusión de que meter la ropa en la lavadora es un acto semejante a descifrar el código genético; ni importa en qué proporción se alarga el trabajo doméstico para ocupar las horas libres: todo ello exige poco de las mentes adultas.

Este vacío mental se ha visto inundado por una cantidad infinita de libros sobre cocina para *gourmets*, tratados científicos sobre el cuidado de los niños, y, sobre todo, consejos acerca de la técnica de las relaciones sexuales en el “amor conyugal”. Éstos también presentan muy escaso interés para una mente adulta. Los resultados de todo esto casi se podrían pronosticar: con gran consternación de los hombres, sus esposas se hicieron de pronto “expertas”, sabelotodo cuya inmovible superioridad en la casa, dominio ocupado por ambos, fue imposible de desafiar y muy difícil de conllevar.

Como dijo Russell Lynes, las esposas comenzaron a tratar a sus

152 Edith M. Stern, “Women Are Household Slaves”, *American Mercury*, enero, 1949.

maridos como a asistentas o como el último aparato electrodoméstico inventado¹⁵³. Con un rápido curso sobre economía o matrimonio y vida familiar apenas digerido y ejemplares de los libros del doctor Spock y del doctor Van de Velde en la estantería; con todo ese tiempo, esa energía y esa inteligencia aplicados al marido, los hijos y la casa, la joven esposa norteamericana, inevitablemente, desastrosamente, comenzó a dominar la familia incluso más completamente que su “mamá” lo había hecho antes.

153 Russell Lynes, “The New Servant Class”, en *A Surfeit of Honey*, Nueva York, 1957, pp. 49-64.

XI. LAS HAMBRIENTAS SEXUALES

No hice un estudio al estilo del de Kinsey. Pero cuando estaba en la pista del problema que no tiene nombre, las amas de casa de los barrios residenciales de las afueras que entrevisté me daban a menudo una respuesta explícitamente sexual a una pregunta que en modo alguno se refería a ello. Yo preguntaba acerca de sus intereses personales, sus ambiciones, lo que hacían o desearían hacer, no necesariamente como esposas o madres, sino cuando no estaban ocupadas con sus maridos, o sus hijos, o por su trabajo en la casa. La pregunta podía incluso referirse a lo que hacían con su educación escolar y universitaria. Pero algunas de estas mujeres suponían simplemente que yo les estaba preguntando por su problema sexual. ¿Sería que el problema que no tiene nombre es, después de todo, un problema sexual? Pude haberlo pensado así, a no ser porque cuando estas mujeres hablaban del sexo, había una nota falsa, un tono extrañamente irreal en sus palabras. Hacían veladas alusiones o lo mencionaban abiertamente; estaban ansiosas de que les preguntase sobre el aspecto sexual del problema; aunque no se lo pidiese, ellas a menudo se enorgullecían al contar detalles concretos de alguna aventura sexual. No las estaban

exagerando, deformando; estas aventuras eran absolutamente verídicas. ¿Pero qué era lo que las hacía sonar de una manera tan falsa?

Una madre de cuatro hijos, de treinta y ocho años, me decía que el sexo era la única cosa que la hacía “sentirse viva”. Pero algo fallaba; su marido ya no le producía esa sensación. Realizaban mecánicamente todos los ritos del acto sexual, pero su marido no ponía interés en ello. Empezó a sentir desprecio hacia él en la cama. “Necesito el acto sexual para sentirme vivir, pero a él nunca le siento realmente”, me dijo.

Con voz monótona e indiferente, que aumentaba la impresión de irrealidad, una mujer de treinta años, madre de cinco hijos, mientras hacía punto, tranquilamente afirmó que pensaba marcharse, quizá a Méjico, a vivir con un hombre con el que tenía un flirteo. Ella no le amaba, pero creía que si se entregaba a él “completamente” tal vez podría experimentar esa sensación que ahora sabía que era “la única cosa importante de la vida”. ¿Qué haría de los niños? Vagamente, supuso que podría llevárselos (a él no le importaría). ¿Cuál era el sentimiento que esperaba? Lo había encontrado primeramente con su marido. Por lo menos, recordaba que cuando se casó –tenía dieciocho años– “me había sentido tan feliz que quería morirme”. Pero él no “se había entregado completamente” a ella; se entregó demasiado a su trabajo. De esta forma, durante algún tiempo, ella suplió aquel sentimiento con la dedicación de sus hijos. Poco después de haber destetado a su quinto hijo, a los tres años, tuvo su primer “asunto”. Descubrió que “el entregar a otro toda mi personalidad me producía otra vez aquella maravillosa sensación”. Pero aquel “asunto” no podía durar; él tenía

demasiados hijos, lo mismo que ella. Él dijo, cuando rompieron: “me has hecho experimentar una sensación tan profunda de identidad”. Y ella se preguntó: “¿Y qué hay de mi propia identidad?” Así es que ella se fue sola durante un mes, aquel verano, dejando a los hijos con su marido. “Yo buscaba algo, no estoy segura qué, pero la única manera de experimentar aquel sentimiento consiste en estar enamorada de alguien.” Tuvo otro enredo, pero aquella vez el sentimiento no apareció. Por eso, al tener ahora uno nuevo, quería marcharse definitivamente. “Ahora que sé lo que hay que hacer para experimentar aquel sentimiento –dijo, haciendo punto tranquilamente– seguiré probando hasta que lo encuentre de nuevo.”

Se marchó a Méjico con aquel hombre, desdibujada y sombría, llevando a sus cinco hijos; pero seis meses más tarde ya estaba de vuelta con niños y todo. Evidentemente no encontró su fantasmal “sentimiento”. Y fuese lo que fuese lo que pasó, no debió ser lo bastante real para deshacer su matrimonio, que continuó como antes. ¿Qué era exactamente la sensación que esperaba experimentar en el acto sexual? ¿Y por qué estaba, en cierto modo, siempre fuera de su alcance? ¿Se torna el coito un acto irreal, una fantasía, cuando una persona lo necesita para sentirse “viva”, para sentir “su propia identidad”?

En otro barrio residencial hablé con una atractiva mujer de treinta y tantos años que tenía aficiones “intelectuales”, aunque más bien eran vagas e indeterminadas; comenzó cuadros que no terminó; ahorró dinero para asistir a conciertos que luego escuchaba distraídamente, afirmó que aún no “había encontrado su medio de expresión”. Descubrí que se había lanzado a una especie de vida basada en la búsqueda de la

sexualidad, que tenía las mismas vagas y confusas pretensiones que sus escauceos artísticos. Alababa las proezas intelectuales, la fama del hombre que daba a entender, deseaba acostarse con ella. “Te hace sentirte orgullosa, como cuando se ha realizado bien y totalmente algo. Una no quiere ocultarlo. Una quisiera que todo el mundo lo supiese, cuando se trata de un hombre de «talla»”, me dijo. Hasta qué punto deseaba ella, realmente, acostarse con este hombre, fuese o no de alto nivel intelectual, eso era otra cuestión. Más tarde me enteré por sus vecinos que era el hazmerreír de la comunidad. Todo el mundo lo “sabía”, indudablemente; pero sus ofrecimientos sexuales eran tan impersonales y previsibles que sólo un marido recién llegado a la comunidad los hubiera tomado lo suficientemente en serio como para corresponderlos.

Pero la evidentemente insaciable necesidad sexual de una madre de cuatro hijos, un poco más joven que la anterior, en aquel mismo barrio, no era realmente un tema de burla. Su hambre sexual, nunca satisfecha a pesar de tener “aventura” tras “aventura”, se mezclaba con mucho besuqueo extramarital, indiferenciado, como hubiera dicho Kinsey en su famoso informe, y tuvo reales y desastrosas consecuencias por lo menos con otros dos matrimonios.

Estas mujeres y otras como ellas, buscadoras del sexo en los barrios residenciales, vivían, literalmente, dentro de los estrechos confines de la mística de la feminidad. Eran inteligentes, pero extrañamente “incompletas”. Habían renunciado a todo esfuerzo para alargar las faenas caseras o los trabajos de la comunidad a fin de que les llenaran el tiempo disponible; en lugar de esto se habían vuelto hacia la sexualidad.

Pero a pesar de ello seguían sintiéndose incompletas. Sus maridos no las satisfacían, decían; los asuntos conyugales no eran mejores. Según lo establecido por la mística de la feminidad, si una mujer tiene un sentimiento de “vacío” personal, si se siente no realizada, incompleta, la causa debe ser sexual. Pero ¿por qué entonces el sexo no la satisface?

De la misma manera que las chicas universitarias utilizaban su imaginación sobre la vida sexual del matrimonio para librarse de los conflictos, las crecientes penalidades y los trabajos de una dedicación total a la ciencia, el arte o la sociedad, ¿no estarán poniendo estas mujeres casadas en su insaciable búsqueda sexual las activas energías que la mística de la feminidad les prohíbe destinar a más elevados propósitos? ¿Están utilizando el sexo o la fantasía sexual para colmar necesidades que no son sexuales? ¿Es esto la razón por la que su sexualidad, incluso cuando es real, parece imaginaria? ¿Es ésta la razón por la que incluso cuando llegan al orgasmo se sienten “insatisfechas”? ¿Se ven arrastradas a esta búsqueda sexual nunca satisfecha porque no han encontrado en sus matrimonios la satisfacción o la plenitud sexual que la mística de la feminidad les promete? ¿O es que ese sentimiento de identificación personal de plenitud que buscan en el sexo es algo que el sexo solo no puede dar?

El sexo es la única frontera abierta a la mujer que siempre ha vivido dentro de los confines de la mística de la feminidad. En los quince últimos años, la frontera de la sexualidad se ha visto obligada a extenderse quizá más allá de los límites posibles, para llenar el tiempo libre, para colmar el vacío creado por la negación de más elevados objetivos y metas. El creciente apetito sexual de las mujeres norteamericanas ha sido

demostrado documentalmente hasta la saciedad por el informe Kinsey, los sociólogos y novelistas de los barrios residenciales, por la publicidad destinada a las masas, anuncios en televisión, cine y las revistas femeninas que alcahuetean fomentando el voraz apetito femenino por todas las fantasías sexuales. No es una exageración decir que varias generaciones de inteligentes mujeres norteamericanas han sido reducidas con éxito a criaturas meramente sexuales, a buscadoras de la sexualidad. Pero evidentemente algo se ha torcido en esto.

En lugar de cumplir la promesa de una infinita felicidad lograda por medio del orgasmo, la vida sexual en la Norteamérica de la mística de la feminidad se está convirtiendo en una compulsión nacional extrañamente lúgubre, cuando no en una burla despectiva. Las novelas saturadas de sexualidad se han vuelto cada vez más detallistas y más aburridas; la provocación sexual de las revistas femeninas está impregnada de una tristeza enfermiza; la interminable avalancha de manuales describiendo nuevas técnicas sexuales demuestra una carencia cada vez mayor de atracción sexual. Este hastío sexual se revela por el creciente abultamiento de los pechos de las estrellas de cine, por la repentina aparición del miembro viril como un “truco” de la publicidad. El sexo se ha despersonalizado, considerándolo desde el punto de vista de estos exagerados símbolos sexuales. Pero de todos los extraños fenómenos sexuales que han aparecido en la era de la mística de la feminidad, los más irónicos son éstos: el frustrado apetito sexual de las mujeres norteamericanas ha aumentado, y los problemas de éstas para realizar su feminidad se han intensificado, ya que han pasado de ser una actividad independiente a convertirse en una aspiración a alcanzar su plenitud a

través de su papel sexual en el hogar. Y como la mayoría de las mujeres norteamericanas se ha dedicado a la persecución explícita, exclusiva y activa de su plena realización sexual, o a representar a lo vivo todas sus imaginaciones sexuales, el desinterés sexual de los hombres norteamericanos y su hostilidad hacia las mujeres han aumentado también.

Encontré pruebas de estos fenómenos en todas partes. Existe hoy día, como he dicho, un tono de exagerada irrealidad acerca de la sexualidad, bien cuando se describe en las páginas francamente lascivas de una novela popular, como en los extraños y casi asexuados cuerpos de las mujeres que posan para exhibir los modelos de las casas de modas. Según Kinsey, no ha habido aumento del “desahogo” sexual en las décadas recientes. Pero en la última década se ha observado un enorme aumento de la preocupación sobre el sexo y la fantasía sexual¹⁵⁴.

154 Varios historiadores sociales han comentado la preocupación sexual norteamericana desde el punto de vista masculino. “Norteamérica ha llegado a dar más importancia al sexo que cualquier otra civilización desde la Romana”, dice Max Lerner (*America as a Civilization*, p. 678). David Riesman en *The Lonely Crowd* (New Haven, 1950, p. 172 y ss.) llama al sexo “La Última Frontera”. Más que antes, a medida que disminuye la preocupación por el trabajo, la sexualidad impregna la mente durante las horas del día y durante los ratos de ocio. Se la considera como una mercancía de consumo no sólo para las antiguas clases ociosas sino para las masas modernas con mucho tiempo libre... Una de las razones del cambio consiste en que las mujeres ya no son objetos de consumo sino que han llegado a la paridad con el hombre... Hoy, millones de mujeres, liberadas por la técnica de muchas de sus tareas hogareñas, que ha puesto también a su disposición muchos medios de aumentar sus atractivos, se han convertido, lo mismo que los hombres, en pioneras de las fronteras del sexo. Como se han convertido a su vez en consumidoras enteradas, la ansiedad de los hombres ante el temor de fracasar en su intento de satisfacerlas crece también... Son principalmente los médicos los que han observado que los hombres son ahora a menudo menos ansiosos que sus esposas en el sentido de “consumidores” sexuales. El Dr Abraham Stone, a quien entrevisté poco antes de su muerte, me dijo que las esposas se quejaban más y más de tener maridos sexualmente “inadecuados”. El Dr. Karl Menninger declara que por cada esposa que se queja de la excesiva sexualidad de su marido, una docena de esposas se quejan de que sus maridos

En enero de 1950 y de nuevo en enero de 1960, un psicoanalista estudió todas las alusiones al sexo en los periódicos, revistas, programas de radio y televisión, obras teatrales, canciones populares, novelas más vendidas y libros de estudio de los Estados Unidos. Descubrió un enorme aumento de referencias explícitas a los deseos sexuales y expresiones verbales (tales como “desnudo”, “órganos sexuales”, “escafología”, “la obscenidad”, “lascivia” y “cópula carnal”). Éstas constituían un cincuenta por ciento de las alusiones a la sexualidad, viniendo en segundo lugar las referencias al coito extraconyugal (con expresiones como “fornicación”, “adulterio”, “promiscuidad sexual”, “prostitución” y “enfermedades venéreas”).

En la publicidad norteamericana había dos veces y media más de referencias al sexo en 1960 que en 1950, y un aumento de 509 a 1.341 alusiones “permisivas” al sexo en los 200 ejemplos de anuncios. Las llamadas “revistas sólo para hombres” no sólo llegaron a nuevos excesos en su preocupación por los órganos sexuales femeninos, sino que hubo un florecimiento de revistas francamente orientadas hacia la homosexualidad. No obstante, el más sorprendente y nuevo fenómeno sexual fue la creciente y evidentemente “insaciable” lascivia en las novelas de más éxito y en las revistas que publican novelas cortas y folletines cuyo público es principalmente femenino.

A pesar de su aprobación profesional de la actitud “permisiva” de la sexualidad, comparada con su anterior actitud de hipócrita

son apáticos o impotentes. Estos “problemas” son citados en todos los medios de difusión (prensa, radio, televisión, etc.), como una prueba adicional de que las mujeres norteamericanas están perdiendo su “feminidad” — y de este modo se facilita nuevas armas a la mística. Ver “The Male Sex” de John Kord Lagemann, Redbook, diciembre, 1956.

negación, el sicólogo se sintió inclinado a hacerse algunas reflexiones:

Las descripciones de los órganos sexuales... son tan frecuentes en las novelas modernas, que uno se pregunta si se han convertido en un requisito para poder incluirlas en las listas de los libros más vendidos. Como quiera que las antiguas y discretas descripciones del coito parece que han perdido su capacidad de excitar al lector, e incluso las desviaciones sexuales se han convertido ahora en lugares comunes de la novela moderna, el actual y lógico paso parece consistir en las descripciones detalladas de los órganos sexuales. Es difícil imaginar en qué consistirá el próximo paso que dé la salacidad¹⁵⁵.

Desde 1950 a 1960, el interés de los hombres por los detalles del coito palideció ante la avidez de las mujeres, tanto en lo que se refiere a su inscripción en las revistas, como en el número de lectores. Ya en 1950, los detalles lascivos del acto sexual que se encontraban en las revistas para hombres eran superados en número por aquellas novelas de éxito destinadas principalmente a las mujeres.

Durante este mismo período, las revistas femeninas mostraron mayor preocupación por el sexo bajo un disfraz mal disimulado¹⁵⁶. Artículos sobre higiene sexual, tales como los titulados “Para que el matrimonio funcione bien”, “Este matrimonio puede salvarse”, “Dígame, Doctor”, describían los

155 Albert Ellis, *The Folklore of Sex*, Nueva York, 1961, p. 123.

156 Véase la divertida parodia “The Pious Pornographers”, de Ray Russell, en *The Permanent Playboy*, Nueva York, 1959.

detalles sexuales más íntimos bajo el disfraz moralista, de “*problemas*”, y las mujeres lo leían con el mismo espíritu con que habían leído los casos clínicos en sus libros de texto de psicología. El cine y el teatro demostraron una creciente preocupación por la sexualidad enferma o pervertida y cada nueva película u obra de teatro era un poco más sensacional que la anterior, en su intento de escandalizar o cosquillar la curiosidad.

Al mismo tiempo se podía ver, casi en un grado paralelo, la sexualidad humana reducida a sus límites fisiológicos más estrechos en los innumerables estudios sociológicos sobre la sexualidad en los barrios residenciales y en las investigaciones de Kinsey.

Los dos informes de Kinsey de 1948 y 1953, trataron la sexualidad como un juego para subir en la consideración social, cuya finalidad era conseguir el mayor número de poluciones, conseguidas bien por masturbación, eyaculaciones nocturnas provocadas por sueños eróticos, cópulas con animales y, en varias posturas, con el otro sexo, antes, después o al margen del matrimonio. Los informes de los investigadores de Kinsey y la forma en que los dieron, no menos que las novelas pornográficas, revistas y obras de teatro, eran síntomas de la creciente despersonalización, la inmadurez y la insensibilidad espuria y triste de nuestra excesiva preocupación sexual.

El que este vórtice sexual de “lujuria, provocación y lascivia” no era lo que se dice un signo de sana exaltación del amor físico, resultó evidente cuando la idea de que el hombre codiciaba sexualmente a la mujer fue sustituida por la nueva idea de que

eran las mujeres las que deseaban y atacaban a los hombres. Las situaciones exageradas y pervertidas parecían indispensables para excitar al mismo tiempo al protagonista y al público.

Quizá el mejor ejemplo de esta perversa inversión de los papeles lo proporcionó la película italiana *La Dolce Vita*, que con todas sus pretensiones artísticas y simbólicas, fue un gran éxito en los Estados Unidos a causa de sus muy anunciadas provocaciones sexuales.

A pesar de tratarse de una crítica sobre la vida sexual y de la sociedad italiana, esta película estaba, en sus principales características de preocupación sexual, completamente en consonancia con el ambiente norteamericano.

Como sucede cada vez más en las novelas, comedias y películas norteamericanas, en esta película las buscadoras del sexo son principalmente mujeres, que son presentadas como criaturas despreocupadas, medio desnudas o vestidas con lujo exagerado (la estrella de Hollywood) o como parásitos histéricos (la amiga del periodista). Hay además, la muchacha rica y viciosa que necesita el perverso estimulante de la cama prestada por la prostituta, la mujer con un agresivo apetito sexual en la orgía del castillo, aquel “juego del escondite” a la luz de las velas y finalmente la divorciada que realiza su retorcido “strip-tease” ante un público solitario, aburrido e indiferente.

De hecho, todos los hombres están demasiado aburridos o demasiado ocupados para preocuparse. El protagonista indiferente y pasivo, arrastrado de una mujer que busca el sexo a otra –un Don Juan, que se supone homosexual–, es atraído

caprichosamente hacia la muchachita asexuada e inalcanzable del otro lado del agua. Los exagerados extremos de las situaciones sexuales terminan finalmente en una despersonalización que crea un abotagado hastío en el protagonista, así como en el público. (El mismo tedio del sexo despersonalizado puede explicar también la escasez de público en los teatros de Broadway, en las películas de Hollywood y en la novela norteamericana.) Mucho antes de las escenas finales de *La Dolce Vita* –cuando salen todos a contemplar el enorme e hinchado pez muerto– el mensaje de la película se hace evidente: “la dulce vida” es aburrida.

La imagen de la hembra que ataca sexualmente al hombre se presenta igualmente en novelas como *Peyton Place* y *The Chapman Report*, con las que conscientemente se suministra alimento al apetito femenino por las fantasías sexuales. Aparte de que esta imaginaria descripción de la hembra dominada por la lujuria signifique o no que las norteamericanas se han convertido en la vida real en hambrientas sexuales, demuestra por lo menos que tienen un insaciable apetito de libros en que se hable del acto sexual –apetito que ni en lecturas ni en la vida real parece ser compartido por los hombres. Esta discrepancia entre la preocupación sexual de los hombres y las mujeres norteamericanas –en las lecturas o en la práctica– puede tener una sencilla explicación. Las esposas de los barrios residenciales, en particular, son más frecuentemente hambrientas sexuales que saciadas sexuales, no sólo a causa de los peligros que supone la llegada de los hijos, volviendo del colegio, o el detenerse demasiado tiempo en el coche al borde de una carretera solitaria, o los chismorreos de las criadas, sino, simplemente, porque no todos los hombres están tan a mano.

Los hombres, por lo general, invierten la mayor parte de su tiempo en búsquedas y pasiones que no tienen nada de sexuales, y tienen menos necesidad de aumentar la importancia de lo sexual para llenar el tiempo libre.

Por eso, desde la pubertad hasta una madurez muy avanzada, las mujeres norteamericanas están predestinadas a pasar la mayor parte de su vida en plena obsesión sexual. Incluso cuando el adulterio –o el “besuqueo extramarital” que Kinsey observó ir en aumento– es real, nunca es tan real como la mística de la feminidad ha hecho creer a la mujer.

Como dice el autor de *The Exurbanites*:

Mientras su compañero puede estar, y probablemente está, comprometido en algo que le es completamente indiferente, aunque naturalmente, la engatuse con palabras cariñosas para convencerla justamente de lo contrario, ella a menudo se ve ingenuamente atrapada en lo que imagina ser el verdadero amor de su vida.

Decepcionada por las deficiencias de su matrimonio, confundida y desgraciada, furiosa, y a menudo humillada por la conducta de su marido, es, psicológicamente, una presa fácil para el hombre que pretende cazarla utilizando con habilidad y tacto las armas corrientes de la seducción. Por eso, en las excursiones a las playas, en las fiestas de los sábados por la noche, en los largos paseos en automóvil –ocasiones todas en que los matrimonios suelen ir cada uno por su lado– pueden susurrarse las primeras palabras, prepararse el terreno, conjurarse las primeras fantasías,

cruzarse las primeras miradas significativas, arrebatarse el primer beso apasionado.

Y, a menudo, más tarde, cuando la mujer se da cuenta de que lo que fue importante para ella fue indiferente para él, es posible que llore y es posible que luego seque sus lágrimas y vuelva a mirar a su alrededor¹⁵⁷.

Pero, ¿qué sucede cuando una mujer hace depender toda su personalidad de su papel sexual; cuando necesita imprescindiblemente de la sexualidad para “sentirse viva”? Para decirlo con toda claridad: exige cosas imposibles de su propio cuerpo, de su “feminidad”, así como de su marido y de su “virilidad”. Un asesor matrimonial me dijo que muchas de las jóvenes esposas de los barrios residenciales con las que había tratado “exigen mucho del amor y del matrimonio, pero que no hay ilusión, ni misterio, y que algunas veces, casi literalmente, no sucede nada”.

Esta educación y esta preocupación por lo sexual, este modelo claramente diseñado y que la incita a ser únicamente esposa y madre, es algo para lo que se la ha estado preparando desde niña. Para ella, por lo tanto, no tiene nada de extraño que dos desconocidos, un hombre y una mujer, dos seres aislados, se encuentren el uno al otro. Todo está previsto y jalonado de antemano, es un argumento que ha sido trazado sin las luchas, la belleza, el misterioso temblor de la vida. Y por eso ella le dice a él: “Haz algo, hazme sentir algo”. Pero en su interior no hay nada que pueda ser evocado, conjurado desde fuera.

157 A. C. Spector, *The Exurbanities*, Nueva York, 1955, p. 223.

Un siquiatra afirma que a menudo ha visto cómo la sexualidad “se iba marchitando y muriendo lentamente” cuando las mujeres, o los hombres, utilizaban la familia para suplir con la intimidad y el afecto el fracaso en la consecución de fines y satisfacciones en el mundo¹⁵⁸. “A veces –me dijo– hay tan poca vida real que, finalmente, la sexualidad se extingue poco a poco, y pasan meses sin ningún deseo, aunque sean jóvenes. El acto sexual tiende a mecanizarse y despersonalizarse, se convierte en un desahogo físico que deja a los consortes después del acto aún más solos que antes.

Se reduce cada vez más la expresión de los sentimientos afectuosos. El acto sexual se convierte en el campo de batalla donde se lucha por dominar y sojuzgar al adversario. O bien en un acto gris, vacío y rutinario que se efectúa con la regularidad de una obligación.”

Aun cuando no encuentran satisfacción en la sexualidad, estas mujeres continúan su interminable búsqueda. Para la mujer que vive según la mística de la feminidad, no existe otro camino para llegar a realizarse, a adquirir una situación social, o a desarrollar su personalidad, que el sexual: realizarse con su triunfo sexual, situarse como un objeto sexualmente apetecible, conseguir su personalidad como esposa sexualmente satisfecha y como madre. Y, sin embargo, como la sexualidad no satisface realmente estas necesidades, trata de suplir su vaciedad con cosas, hasta que con frecuencia la misma sexualidad, y el marido, y los hijos, todo lo que se apoya su identidad sexual, terminan por convertirse en objetos poseídos, en cosas. Una

158 Nathan Ackerman, *The Psychodynamics of Family Life*, Nueva York, 1958, pp. 112-127.

mujer que se limita a ser un objeto sexual, acaba por vivir finalmente en un mundo de objetos, sin poder palpar, hacer resonar en los demás la identidad, la personalidad de que ella misma carece.

¿Es la necesidad de sentirse vivir como individuo, de realizarse, lo que lleva a las amas de casa de las urbanizaciones residenciales a ofrecerse tan ávidamente a extraños y vecinos –y que hace que los maridos sean meros “muebles” en sus propios hogares? En una reciente novela sobre el adulterio en los barrios residenciales, el autor dice por boca de un carnicero que se aprovecha de la soledad de las amas de casa en la vecindad:

¿Sabe usted lo que es Norteamérica? Es un gran fregadero jabonoso lleno de hastío... y ningún marido puede comprender este jabonoso fregadero. Y una mujer no puede explicárselo a otra, porque todas han metido sus manos en ese mismo hastío jabonoso. Por eso lo único que el hombre tiene que hacer es ser comprensivo. “Sí, cariño, lo sé, lo sé, llevas una vida horrible, aquí te traigo unas flores, aquí tienes un perfume, aquí tienes un «te amo»; quítate los pantalones. Tú, yo, sólo somos muebles en nuestra propia casa. ¡Pero si me meto en la del vecino, ah? ¡En casa del vecino soy un héroe! Todas están esperando una aventura romántica porque lo han aprendido en los libros y en el cine. Y, ¿qué puede ser más romántico que un hombre que está dispuesto a correr el riesgo de que tu marido le pegue un tiro para poseerte...? Y la única cosa excitante que tiene ese tipo es que es un desconocido... ella no es su propietaria. Se dice a sí misma que está enamorada, que está dispuesta a arriesgar su casa, su felicidad, su orgullo, sólo por yacer con

ese desconocido que la satisface una vez por semana... En todos los sitios en que hay una ama de casa, hay también una querida en potencia “para cualquier desconocido”¹⁵⁹.

Kinsey, en los interrogatorios que hizo a 5.940 mujeres, se encontró con que las esposas norteamericanas, especialmente de la clase media, después de diez o quince años de matrimonio, declaraban tener un apetito sexual superior al que sus maridos parecían satisfacer. Una de cada cuatro, al llegar a los cuarenta, ya había tenido alguna aventura extraconyugal, por lo general de poca duración. Algunas parecían insaciablemente capaces de “múltiples orgasmos”.

Un número cada vez mayor de ellas se había lanzado al “besuqueo extraconyugal”, que es característico de la adolescencia. Kinsey observó también que el apetito sexual de sus maridos, especialmente en los grupos educados de la clase media, parecía disminuir en la medida que aumentaba el de sus esposas¹⁶⁰.

Pero aún más alarmante que los signos del creciente apetito sexual insatisfecho entre las amas de casa norteamericanas en esta era de la mística de la feminidad, son los signos de las también crecientes irregularidades en el funcionamiento de su propia feminidad.

Existen pruebas de que los síntomas de las irregularidades sexuales femeninas a las que se alude generalmente con el eufemismo de “molestias de la mujer”, se presentan antes que

159 Evan Hunter, *Strangers When We Meet*, Nueva York, 1958, pp. 231-235.

160 Kinsey y otros, *Sexual Behavior in the Human Female*, pp. 353 y ss., p. 426.

nunca y en forma más intensa en esta era en que las mujeres han intentado realizarse a sí mismas tan prematuramente y exclusivamente en el aspecto sexual.

El jefe del servicio ginecológico de un famoso hospital, me dijo que observa cada vez con más frecuencia en las madres jóvenes la misma agravación del ciclo ovárico –descarga vaginal, menstruación retrasada, irregularidades en la cantidad de flujo menstrual y en su duración, insomnio, síndromes de fatiga, impotencia física–, que la que acostumbraba a ver solamente en las mujeres durante la menopausia. Me dijo:

La cuestión es si estas jóvenes madres serán patológicamente anuladas cuando pierdan su función reproductiva. Veo muchas mujeres cuyos problemas de la menopausia son causados, estoy seguro, por la vacuidad de sus vidas, y por haberse limitado a pasar los últimos veintiocho años aferrándose al último recién nacido, hasta que ya no tienen a qué aferrarse. En cambio, las mujeres que han tenido hijos y relaciones sexuales pero que de un cierto modo han tenido, además, una personalidad mucho más amplia, más franca, sin tener que confirmarse continuamente en su feminidad teniendo un nuevo hijo y aferrándose a él, tienen mucho menos insomnios, nerviosismo o ansiedad.

Las que sufren de las “molestias de la mujer” son generalmente aquellas que no han realizado su misión fisiológica o con taras patológicas. Pero ahora encontramos estos síntomas en esposas cada vez más jóvenes, en esposas entre los veinte y los treinta años, en mujeres que están

dedicadas únicamente a sus hijos, que no conocen otras actividades que las de cuidar a sus hijos, y que padecen del mismo empeoramiento del ciclo ovárico, las mismas irregularidades de la menstruación, que caracterizan la menopausia. A una mujer de veintidós años, que había tenido tres hijos y que presentaba síntomas que se ven con más frecuencia en las menopausias... le dije: “Lo único que a usted le pasa es que ha tenido demasiados hijos, demasiado seguidos.” Y me reservé esta opinión: “su personalidad no se ha desarrollado lo suficiente”.

En este mismo hospital se han hecho estudios de mujeres que se restablecían de histerectomía, mujeres con dolores menstruales y mujeres o embarazos difíciles. Las que sufrían más dolor, náuseas, vómitos, angustias físicas y emocionales, depresión, apatía, ansiedad, eran aquellas cuyas vidas giraban casi exclusivamente alrededor de la función reproductiva y sus satisfacciones en la maternidad. El prototipo de esta actitud fue expresado por una mujer que afirmó: “Para ser mujer, debo ser capaz de tener hijos”¹⁶¹. Las que sufrían menos tenían “una personalidad bien definida”, habían cultivado su inteligencia y se interesaban por las cosas del mundo, incluso mientras estaban en el hospital, en vez de preocuparse de ellas mismas y sus sufrimientos.

Los tocólogos han visto esto también. Uno de ellos me dijo:

Es una cosa divertida. Las mujeres que tienen dolores de espalda, hemorragias, molestias en el embarazo y en el

161 Doctora Doris Menzer-Benaron y otros, “Patterns of Emotional Recovery from Hysterectomy”, *Psychosomatic Medicine*, XIX, núm. 5, septiembre, 1957, pp. 378-388.

parto, son las que piensan que todo su objeto en la vida es tener hijos. Las mujeres que se interesan por algo más que ser sólo máquinas reproductoras, tienen menos molestias en el embarazo y en el parto. No me pida que se lo explique. No soy siquiatra. Pero todos lo hemos observado.

Otro ginecólogo me habló de que hay muchas pacientes para las que, en esta era de la “realización femenina”, ni el tener hijos ni el acto sexual las hace “realizarse”. Eran, según dijo:

Mujeres que se sienten inseguras de su sexo y necesitan tener hijos una y otra vez para demostrarse a sí mismas su feminidad; mujeres que tienen el cuarto o quinto hijo porque no pueden pensar en hacer otra cosa; mujeres dominantes que encuentran así algo más que dominar; y luego, tengo centenares de pacientes que son muchachas universitarias que no saben lo que les pasa. Sus madres me las traen para que diagnostique. Como están inmaduras, recetar el matrimonio es inútil, sería como tomarse una medicina; no habría orgasmo, ni nada. Casarse es una evasión para ellas.

La elevada frecuencia de calambres en la menstruación, náuseas y vómitos en el embarazo, depresión después del parto y una intensa angustia fisiológica y psicológica en la menopausia, han llegado a aceptarse como una parte “normal” del proceso biológico femenino¹⁶². ¿Son estos estigmas los que marcan las

162 El hecho de que de un 75 a un 85 por ciento de las jóvenes madres en los Estados Unidos sienten hoy emociones negativas — rencor, quejas, desilusión, rechazo declarado — cuando quedan embarazadas por primera vez ha quedado registrado en muchos ensayos. De hecho, los responsables de la creación de la mística de la feminidad presentan ejemplos para tranquilizar a las jóvenes madres demostrándoles que son completamente “normales” al sentir esta extraña repulsión por el embarazo — y que el único problema

etapas del ciclo sexual de la hembra –menstruación, embarazo, menopausia, una parte de la naturaleza inmutable y eterna de la mujer–, como se supone vulgarmente, o están relacionados en cierto modo con esa innecesaria elección entre la “feminidad” y el desarrollo humano, entre el sexo y la individualidad? Cuando una mujer es una “criatura sexual”, ¿ve ella inconscientemente en cada etapa de su ciclo femenino una renuncia, una especie de muerte de la auténtica razón de su existencia? Estas mujeres que llenan las clínicas son personificaciones de la mística de la feminidad. La falta de orgasmo, el aumento de los “trastornos de la mujer”, la insaciable y promiscua hambre sexual, la depresión en el momento de dar a luz, la extraña ansiedad de las mujeres de que se les practique la ablación de sus órganos sexuales mediante histerectomías sin ningún motivo patológico, todo esto revela la

real es que se crean “culpables” por sentirlo. La revista Redbook, en su artículo “How Women Really Feel About Pregnancy” (noviembre 1958) declara que la “Harvard School of Public Health” observó que un 80 a un 85 por ciento de “mujeres normales sienten repugnancia por el embarazo cuando se quedan embarazadas”; la Universidad Clínica de Long Island observó que menos de una cuarta parte de las mujeres están “contentas” con su embarazo; un estudio de la Universidad de New Haven declara que sólo a un 17 por ciento de mujeres les “agrada” el hecho de tener un hijo. La autorizada voz directorial comenta: El peligro real que surge cuando un embarazo no es bien recibido es que una mujer puede sentirse culpable y agobiada por el pánico si cree que sus reacciones son antinaturales o anormales. Tanto las relaciones conyugales como las relaciones entre la madre y el hijo pueden resultar perjudicadas... A veces se necesita un especialista de higiene mental para aliviar los sentimientos de culpabilidad... No hay una vez en que una mujer normal no tenga sentimientos de depresión y duda cuando se entera de que está embarazada. Tales artículos nunca hacen referencia a los diferentes trabajos en los que se dice que las mujeres en otros países, tanto los más como los menos adelantados que los Estados Unidos, e incluso las mujeres “de carrera” norteamericanas, tienen menos tendencia a experimentar este rechazo emocional del embarazo. La depresión durante el embarazo podrá ser “normal” para el ama de casa en la era de la mística de la feminidad, pero no corresponde a la maternidad normal. Como dijo Ruth Benedict, no es una necesidad biológica, sino que es nuestra cultura lo que crea las depresiones, físicas y psicológicas, del ciclo femenino. Ver sus *Continuities and Discontinuities in Cultural Conditioning*.

gran mentira de la mística de la feminidad. Esta mística de la feminidad con sus gritos de protesta contra la pérdida de la feminidad, está haciendo cada vez más difícil para las mujeres la afirmación de su feminidad, y para los hombres el ser verdaderamente masculinos, y para ambos el gozar del amor físico. Aquel ambiente de irrealidad que se cernía sobre mis interrogatorios a las amas de casa hambrientas sexuales de las urbanizaciones residenciales, aquella irrealidad que invade las novelas, comedias y películas impregnadas de sexualidad –como invade las rituales charlas sobre el tema sexual en las fiestas de los barrios residenciales– me reveló de pronto su causa estando en una isla, muy lejos de las urbanizaciones residenciales, donde el hambre sexual es omnipresente, absorbe la imaginación.

Durante la semana, esta isla es como una exageración de la urbanización, pues está completamente aislada de todo estímulo exterior, del mundo del trabajo y de la política; los maridos ni siquiera vuelven a casa por la noche. Las mujeres que pasaban el verano allí eran jóvenes amas de casa muy atractivas. Se habían casado muy pronto; vivían para sus maridos y sus hijos; no les interesaba nada que no fuese su hogar. Aquí, en esta isla, a diferencia de lo que ocurría en la ciudad o en sus barrios, estas mujeres no tenían manera de organizar comités o alargar las faenas domésticas para llenar su tiempo libre. Pero encontraron una nueva diversión que les permitió matar dos pájaros de un tiro, una diversión que les daba la falsa sensación de satisfacer su apetencia de sensualidad, y les liberaba de la espantosa necesidad de llegar hasta las últimas consecuencias. En esta isla, había una colonia de “muchachos”, que parecían haber salido de una obra de Tennessee Williams; mientras sus maridos estaban trabajando en la ciudad, las jóvenes amas de

casa tenían orgías “salvajes”, fiestas que duraban toda la noche con estos muchachos asexuados.

Con una especie de intrigado humorismo, un marido que tomó el barco inesperadamente a media semana para consolar a su aburrida y solitaria esposa, se decía: “¿Por qué hacen esto? Tal vez esté relacionado con el hecho de que esta isla es un matriarcado.”

Quizá tuviera algo que ver con el hastío... no se podía hacer otra cosa. Pero aquello se parecía al acto sexual; esto era lo que lo hacía tan excitante, aun cuando no había, claro está, ningún contacto sexual. Quizás estas amas de casa y sus amigos se reconocieran a sí mismos en sus parejas. Porque igual que la prostituta de *Desayuno en Tiffany's*, de Truman Capote, que pasa una noche de forzosa castidad con el pasivo homosexual, ellas y ellos eran igualmente infantiles en su aislamiento de la vida. Y cada uno buscaba en el otro la misma tranquilización, sin intervención del sexo.

Pero en las urbanizaciones residenciales, donde la mayor parte de las horas del *día* virtualmente no hay hombres –para dar por lo menos una apariencia de sexualidad– las mujeres que no tienen otra identidad que la del sexo, tienen finalmente que buscar su seguridad mediante la posesión de “cosas”. Uno, de pronto, comprende por qué los técnicos en publicidad cuidan de que los artículos que intentan venderles, aunque no sean ni remotamente sexuales, satisfagan de alguna manera su hambre sexual. Mientras que la necesidad de la mujer para lograr su realización y su personalidad pueda canalizarse hacia esta búsqueda de su categoría sexual, siempre será presa fácil para

cualquier producto que le dé a entender que le proporcionará esa categoría, una categoría que la mujer no puede lograr por su solo esfuerzo. Y puesto que esta interminable búsqueda de llegar a una categoría de objeto sexual deseable, se ve raramente satisfecha en la mayoría de las amas de casa norteamericanas (que con mucha suerte pueden intentar *parecerse* a Elizabeth Taylor) puede ser convertida fácilmente en una búsqueda de la categoría sexual mediante la posesión de objetos.

Por eso las mujeres son activas y no pasivas en la búsqueda de su categoría dentro de la urbanización residencial y esta búsqueda tiene el mismo carácter falso e irreal que sus intentos de satisfacer su hambre sexual. La categoría, después de todo, es lo que el hombre busca y adquiere por medio de su trabajo en la sociedad. El trabajo de una mujer –trabajo casero– no puede darle categoría; ocupa la categoría más baja entre casi todos los trabajos. Una mujer tiene que adquirir su categoría pasivamente, a través del trabajo de su marido. El marido, e incluso los hijos, se convierten en símbolos de su categoría, ya que cuando una mujer se cataloga a sí misma como ama de casa, la casa y las cosas que hay en ella son, en cierto modo, su categoría; necesita estos atavíos externos para disimular su falta de personalidad, para sentirse alguien. Se convierte en un parásito, no sólo porque las cosas que necesita para lograr su categoría proceden a fin de cuentas del trabajo de su marido, sino porque debe dominarle, ser dueña de él, ya que carece de personalidad propia. Si su marido es incapaz de procurarle las cosas que ella necesita para su categoría, se convierte en un objeto digno de desprecio, de la misma forma que ella le desprecia si no puede satisfacer sus necesidades sexuales. El

propio descontento que siente hacia ella misma, lo siente como un descontento hacia su marido y sus relaciones sexuales. Como expuso un siquiatra: “Espera obtener demasiada satisfacción de sus relaciones conyugales. Su marido lo nota y se vuelve totalmente incapaz de responderle sexualmente.”

¿Podría ser éste el motivo de la creciente marea de resentimiento entre los maridos jóvenes y las chicas cuya única ambición era la de convertirse en sus esposas? La antigua hostilidad contra las dominantes mamás y las agresivas muchachas con carrera universitaria puede, a la larga, palidecer ante la nueva hostilidad masculina hacia las chicas, cuya activa persecución de la “carrera ama de casa” se ha convertido en una nueva clase de dominación y tiranía. Convertirse en la herramienta, el instrumento de la sexualidad, en el “hombrecito de su casa”, no es evidentemente el sueño dorado del hombre.

En marzo de 1962, un periodista observó en la revista *Redbook* un nuevo fenómeno en la escena de las urbanizaciones residenciales: que los jóvenes padres se sentían “pescados”:

Muchos maridos opinan que sus esposas, al citar enérgicamente textos autorizados sobre la forma de dirigir una casa, la manera de educar a los hijos y la administración de la actividad sexual conyugal, han organizado un programa de la vida familiar con un horario tan rígidamente calculado que apenas deja margen para que el marido ejerza su autoridad o exponga sus puntos de vista. (Un marido dijo: “desde que me he casado, creo que me he quedado sin agallas. Ya no me siento como un hombre. Aún soy joven; sin embargo, no le saco mucho gusto a la vida. No necesito

consejos, pero a veces siento como si algo se estuviese rompiendo dentro de mí”). Los maridos dijeron que sus esposas eran la causa principal de su frustración, superando a los hijos, jefes, problemas económicos, parientes, asuntos de la comunidad y amigos... El joven padre ya no es libre de cometer sus propias equivocaciones o de influir con su opinión personal en la resolución de una crisis familiar. Su esposa, que acaba de leer el capítulo VII, sabe exactamente lo que debe hacerse.

El artículo continúa citando la opinión de un sociólogo:

La insistencia de la moderna esposa en conseguir la satisfacción sexual para ella misma, puede plantear un problema grande para su marido. A un marido se le puede gastar una broma, halagarle y lisonjearle sobre su actuación como un experto amante. Pero si su esposa se burla y lo desprecia como si se hubiera mostrado incapaz de subir un baúl hasta el ático, ella se lo ha buscado... Es alarmante observar que cinco años después del matrimonio, un gran número de maridos han cometido adulterio y una proporción aún mayor están seriamente tentados de hacerlo. A menudo la infidelidad es menos una búsqueda del placer que un medio de autoafirmación.

Hace cuatro años, entrevisté a cierto número de esposas que vivían en una calle que imitaba un sendero rústico en una elegante urbanización. Tenían todo lo que deseaban: casa encantadora, los hijos suficientes, maridos atentos. Hoy, en aquel mismo sendero hay una gran cantidad de casas en las que, por varios y, a veces, inexplicables motivos, las esposas viven

solas con sus hijos, mientras que los maridos –médicos, abogados, jefes de publicidad– se han mudado a la ciudad. El divorcio, en los Estados Unidos, según los sociólogos, es deseado casi siempre por el marido, incluso si es la esposa la que lo solicita¹⁶³. Existen, desde luego, muchas razones para el divorcio, pero la principal de ellas parece ser la creciente aversión y hostilidad que los hombres sienten hacia las pesadas cadenas femeninas que cuelgan de sus cuellos, una hostilidad que no siempre va dirigida a sus esposas, sino a sus madres, a las mujeres con las que trabajan y, de hecho, a las mujeres en general.

Según Kinsey, la mayoría de los desahogos sexuales masculinos en la clase media norteamericana no se realizan con sus esposas al cabo de los quince años de matrimonio; a los cincuenta y cinco años, uno de cada dos norteamericanos tiene un “asunto” extraconyugal¹⁶⁴. Esta búsqueda sexual por parte del hombre –la aventura con la secretaria, la “liasion” indiferente o apasionada, incluso la aventura despersonalizada, la aventura por la aventura misma, satirizada en la reciente película *El apartamento*– es con más frecuencia de lo que se cree, motivada simplemente por la necesidad de librarse de la devoradora esposa. A veces el hombre busca la relación humana que se perdió cuando se quedó convertido en un mero engranaje de la dominante “ama de casa” que su esposa había elegido como única carrera. A veces la aversión hacia su esposa le hace buscar en la aventura sexual algo totalmente apartado de cualquier relación humana. A veces con la imaginación, más

163 Ver William J. Goode, *After Divorce*, Glencoe, 111., 1956.

164 A. C. Kinsey y otros, *Sexual Behavior in the Human Male*, Filadelfia y Londres, 1948, p. 259, pp. 585-588.

a menudo en la realidad, busca una muchacha –una niña, una “Lolita”, un objeto sexual– para olvidarse de aquella mujer ya crecida que dedica todas sus agresivas energías, así como sus energías sexuales, a vivir a través de él. No hay duda de que el desprecio masculino hacia la mujer (e inevitablemente hacia la relación sexual) ha aumentado enormemente en la era de la mística de la feminidad¹⁶⁵. Como un hombre escribió al *Village Voice*, el periódico de Greenwich Village, el barrio bohemio de Nueva York, en febrero de 1962: “Ya no se trata del problema de si el blanco es demasiado bueno para casarse con una negra, o viceversa; sino de si las mujeres son suficientemente buenas como para casarse con los hombres, ya que las mujeres cada vez les interesan menos.”

El símbolo visible de esta hostilidad masculina es el abandono por los dramaturgos y novelistas norteamericanos de los problemas mundiales, para mostrarnos obsesivamente los casos de la hembra “de rapiña”, el pasivo y martirizado protagonista masculino (a veces homo y a veces heterosexual), la heroína de carácter infantil y de promiscua sexualidad y los detalles fisiológicos de un desarrollo sexual atrofiado. Es un mundo especial, pero no tan especial como para que millones de

165 El desprecio masculino hacia la mujer norteamericana, tal como se ha moldeado a sí misma, de acuerdo con la mística de la feminidad, queda explicado de una manera deprimente en el número de julio de 1962 de *Esquire*, en el artículo titulado “The American Woman, A New Point of View”. Ver especialmente “The Word to Women — ‘No’ ” de Robert Alan Aurthur, p. 32. La asexualidad de las hambrientas sexuales norteamericanas ha sido elogiada por Malcolm Muggeridge. (“Bedding Down in the Colonies”, p. 84): ¡Cómo mortifican la carne para hacerla apetitosa! Su belleza es el resultado de un complicado proceso, su inmarcesible atractivo la consecuencia de una disciplina que las monjas o los atletas tal vez considerarían excesiva. Demasiado sexuales para ser sensuales y demasiado encantadoras para encantar, la edad no puede marchitarlas ni la costumbre enranciar su infinita monotonía”.

hombres y mujeres, de muchachos y muchachas, no puedan reconocerse en él. La obra de Tennessee Williams *De repente el último verano* es un flagrante ejemplo de este mundo.

El talludo protagonista homosexual, perteneciente a una vieja familia del Sur, obsesionado por los monstruosos pájaros que devoran a las crías de las tortugas de mar, ha gastado su vida en la persecución de su perdida juventud dorada. Él mismo ha sido “devorado” por su madre, seductoramente femenina; exactamente, al final, es literalmente devorado por una pandilla de jovencitos. Es significativo que el héroe de esta obra no aparezca nunca; no tiene rostro, ni cuerpo. El único personaje innegablemente “real” es la madre devoradora del hombre. Aparece una y otra vez en las obras de Williams, en las novelas de sus contemporáneos, junto con los hijos homosexuales, las hijas ninfomaníacas y los Don Juanes vengadores. Todas estas obras son como un grito torturado del obsesionante odio–amor hacia las mujeres. Es significativo que muchísimas de estas obras estén escritas por autores del Sur, donde la “feminidad” que la mística exalta permanece intacta.¹⁶⁶

Esta repugnancia del macho es el resultado, seguramente, de un odio implacable a las mujeres parásitas que impiden el

166 El desprecio masculino hacia la mujer norteamericana, tal como se ha moldeado a sí misma, de acuerdo con la mística de la feminidad, queda explicado de una manera deprimente en el número de julio de 1962 de *Esquire*, en el artículo titulado “The American Woman, A New Point of View”. Ver especialmente “The Word to Women — ‘No’ ” de Robert Alan Aurthur, p. 32. La asexualidad de las hambrientas sexuales norteamericanas ha sido elogiada por Malcolm Muggeridge. (“Bedding Down in the Colonies”, p. 84): ¡Cómo mortifican la carne para hacerla apetitosa! Su belleza es el resultado de un complicado proceso, su inmarcesible atractivo la consecuencia de una disciplina que las monjas o los atletas tal vez considerarían excesiva. Demasiado sexuales para ser sensuales y demasiado encantadoras para encantar, la edad no puede marchitarlas ni la costumbre enranciar su infinita monotonía”.

desarrollo de la personalidad de sus maridos e hijos, que los mantienen inmersos en ese nivel enfermizo de la fantasía sexual, porque el caso es que los hombres también están siendo ahora apartados del vasto mundo de la realidad y arrastrados hacia el mundo de la fantasía sexual en el que sus hijas, esposas y madres se han visto obligadas a buscar su “realización”.

Y para los hombres también, lo sexual está empezando a tomar un carácter irreal, de fantasía... despersonalizado, decepcionante y, finalmente, inhumano.

¿Hay, después de todo, una conexión entre lo que está sucediendo a las mujeres en los Estados Unidos y la cada vez más abiertamente declarada homosexualidad masculina?

Según la mística femenina, la “masculinización” de las mujeres norteamericanas, que fue causada por la emancipación, la educación, la igualdad de derechos, el ejercicio de carreras por las mujeres, está produciendo un tipo cada vez más abundante de hombres “femeninos”.

¿Pero es ésta la verdadera explicación? En realidad, las cifras de Kinsey no demostraron un aumento de la homosexualidad en las generaciones que presenciaron la emancipación de la mujer.

El informe de Kinsey reveló que el 37 por ciento de los hombres norteamericanos había tenido, por lo menos, alguna experiencia homosexual, que el 13 por ciento eran predominantes homosexuales (por lo menos durante tres años, entre los 16 y los 55) y el 4 por ciento exclusivamente homosexuales –unos 2.000.000 de hombres.

Pero no había “pruebas de que el grupo homosexual comprendiese más o menos hombres entonces que en anteriores generaciones”¹⁶⁷.

Haya o no haya habido un aumento de homosexualidad en los Estados Unidos, es indudable que, en los últimos años, los homosexuales han proclamado más abiertamente su condición¹⁶⁸. No creo que esto esté relacionado con el hecho de que la mística de la feminidad haya triunfado en todo el país, ya que esta mística ha glorificado y perpetuado en nombre de la feminidad una inmadurez pasiva e infantil, que es transmitida por las madres tanto a los hijos como a las hijas. Los homosexuales masculinos –y los Don Juanes, cuya tendencia a comprobar continuamente su virilidad es causada a menudo por una homosexualidad latente– son, no menos que las hambrientas sexuales, los eternos Peter Pan, toda la vida infantilizados, temiendo crecer, aferrándose a la juventud en su continua búsqueda de una magia sexual que les dé confianza en sí mismos.

La influencia de la madre en la homosexualidad fue señalada con gran exactitud por Freud y los psicoanalistas.

Pero la madre cuyo hijo se convierte en homosexual no es, generalmente, la mujer “emancipada”, que compite con el hombre en el mundo, sino el perfecto prototipo de la mística

167 Kinsey y otros, *Sexual Behavior in the Human Male*, p. 631.

168 Ver Donald Webster Cory, *The Homosexual in America*, Nueva York, 1960, prefacio a la segunda edición, pp. XXII y ss. También Albert Ellis, op. cit., pp. 186-190. También Seward Hiltner “Stability and Change in American Sexual Patterns”, en *Sexual Behavior in American Society*, Jerome Himelhoch y Sylvia Fiéis Fava, editores, Nueva York, 1955, p. 321.

femenina, una mujer que vive exclusivamente para su hijo, cuya feminidad es utilizada en una verdadera seducción de su hijo, que hace que su hijo dependa de tal manera de ella que nunca puede madurar para amar a una mujer, ni puede a menudo actuar como un adulto que vive su propia vida. Su amor hacia los hombres oculta su excesivo y prohibido amor hacia la madre; su odio y su repugnancia hacia todas las mujeres es una reacción contra la mujer que le impidió llegar a ser un hombre. Las causas de este excesivo amor filio-maternal son complejas. Freud escribió:

En todos los casos examinados hemos comprobado que los invertidos tardíos atraviesan en su niñez por una fase de fijación muy intensa, pero de corta duración, sobre la mujer (generalmente la Madre) y después de superarla se identifican con la mujer y se toman a sí mismos como objeto sexual; es decir, procediendo según las bases narcisistas, buscan jóvenes que se les parezcan a fin de amarlos como sus madres les amaban a ellos¹⁶⁹.

Partiendo de los puntos de vista de Freud, se puede decir que un exceso tal de amor-odio está casi implícito en toda relación entre madre e hijo –cuando el exclusivo papel de la mujer como esposa y madre, su relegación a la casa, la obligan a vivir por y para su hijo exclusivamente.

La homosexualidad masculina fue y es mucho más común que la homosexualidad femenina. El padre no se ve tentado tan a menudo, u obligado por la sociedad, a vivir para su hija o a seducirla. No muchos hombres se convierten en homosexuales

169 Sigmund Freud, *Three Contributions to the Theory of Sex*, Nueva York, 1948, p. 10.

declarados, pero sí son muchos los que han reprimido bastante de este odio–amor como para sentir no sólo una profunda repugnancia por la homosexualidad, sino también una sublimada repulsión hacia las mujeres. Hoy día, cuando no sólo una carrera, sino cualquier actividad seria fuera del hogar están fuera del alcance de las amas de casa–madres verdaderamente “femeninas”, la clase de amor filio–maternal, que puede producir la homosexualidad latente o declarada, tiene mucho sitio donde extenderse para llenar el tiempo libre. Al muchacho agobiado por el amor–parásito de la madre se le impide desarrollarse, no sólo sexualmente, sino en todos los aspectos.

Los homosexuales a menudo carecen de madurez para terminar sus estudios y tener actividades profesionales fijas. (Kinsey encontró que la homosexualidad era muy frecuente entre los hombres que no pasan de la segunda enseñanza, y mucho menos frecuente entre los universitarios graduados)¹⁷⁰.

La superficialidad, la inmadurez, la promiscuidad, la falta de afectos duraderos que caracterizan la vida sexual de los homosexuales caracteriza también, generalmente, toda su vida y sus gustos. Esta falta de interés personal por el trabajo, la educación, la vida no sexual es obsesionalmente “femenina”. Como las hijas de la mística de la feminidad, los hijos pasan la mayor parte de su vida en una obsesión de imaginaciones sexuales; esos tristemente “alegres” homosexuales pueden muy bien sentir una afinidad con las jóvenes amas de casa hambrientas sexuales.

170 Kinsey y otros, *Sexual Behavior in the Human Male*, pp. 610 y ss. Ver también Donald Webster Cory, *op. cit.*, pp. 97 y ss.

Pero la homosexualidad, que se está extendiendo como una espesa niebla sobre la escena norteamericana, no es menos fatal que la inquieta e inmadura hambre sexual de las mujeres jóvenes que son las que toman la iniciativa en los matrimonios precoces que, de ser la excepción, han pasado a convertirse en la regla general.

No es menos inquietante la pasividad de los jóvenes, que aceptan un prematuro matrimonio antes que enfrentarse ellos solos con el mundo. Estas víctimas de la mística de la feminidad comienzan su búsqueda del goce sexual a una edad cada vez más temprana. En años recientes, he interrogado un número de muchachas de familias acomodadas de las urbanizaciones residenciales que habían practicado el acto sexual, entre las que había un cierto número –y este número crece sin cesar¹⁷¹– de muchachas que se casaron jovencísimas porque estaban embarazadas. Hablando con estas muchachas y con los especialistas que están intentando ayudarlas, se ve rápidamente que la sexualidad tal como ellos la entienden, no tiene nada que ver con la sexualidad; ni siquiera han empezado a sentir un despertar de su sexualidad y mucho menos una plena capacidad de goce sexual.

Utilizan la sexualidad –su pseudo–sexualidad– para ocultar la falta de personalidad; raramente les importa quién es el chico; la muchacha, casi literalmente, no le “ve”, puesto que aún no tiene un sentido de su propio ego. Ni lo tendrá nunca si se vale de los cómodos subterfugios de la mística de la feminidad para

171 La natalidad extramatrimonial aumentó un 194 por ciento desde 1956 a 1962; las enfermedades venéreas entre la gente joven crecieron en un 132 por ciento. (Time, marzo 16, 1962.)

eludir los esfuerzos que conducen a la determinación de la personalidad, dedicándose a la búsqueda del placer Sexual.

La sexualidad precoz, el matrimonio precoz, han sido siempre una característica de las civilizaciones subdesarrolladas y, en los Estados Unidos, de los barrios pobres del campo y de la ciudad. Uno de los hallazgos más sorprendentes del informe Kinsey, sin embargo, fue que un retraso en la actividad sexual provenía menos de la condición social y económica del individuo que de la orientación especial de cada individuo, provocada, por ejemplo, por la educación. Un muchacho de un barrio pobre que conseguía ir a la Universidad y llegaba a ser un científico o un jurista, mostraba en su adolescencia el mismo tardío despertar sexual que los demás jóvenes que más tarde serían científicos o juristas y no que los jóvenes que vivían en el mismo ambiente de barrio pobre que él¹⁷². Sea lo que fuere lo que esto indica sobre la relación entre sexualidad e intelecto, lo cierto es que un más tardío despertar de la actividad sexual parece acompañar al desarrollo de la actividad mental, requerida y resultante de una educación y de la dedicación a profesiones y carreras de mayor interés para la sociedad.

Entre las chicas de la encuesta Kinsey, parecía incluso existir una relación entre el máximo desarrollo mental o intelectual alcanzado por la educación y el goce sexual. Las muchachas que se casaban mucho antes de los veinte años –que, en los casos estudiados en la encuesta Kinsey, generalmente interrumpieron sus estudios en la segunda enseñanza– empezaron a practicar el acto carnal cinco o seis años antes que las muchachas que

172 Kinsey y otros, *Sexual Behavior in the Human Male*, pp. 348 y ss., 427-433.

continuaron su educación hasta terminar sus estudios en la Universidad o en escuelas especiales. No obstante, esta precoz actividad sexual no llegaba hasta el orgasmo; estas muchachas seguían experimentando un goce sexual incompleto, en el aspecto fisiológico, cinco, diez y hasta quince años después de su matrimonio¹⁷³. Como en el caso de las jóvenes de los barrios residenciales con mucha libertad sexual, una preocupación sexual prematura parece demostrar un débil desarrollo de la personalidad que ni siquiera fortalece el matrimonio.

¿Es éste el verdadero motivo de esa especie de constante hambre sexual, prematura o tardía, heterosexual u homosexual, que vemos hoy día por todas partes? ¿Es una coincidencia el hecho de que los muchos fenómenos de la sexualidad despersonalizada –la sexualidad sin personalidad, la sexualidad como consecuencia de la falta de personalidad– se estén haciendo tan frecuentes en una era en que se dice a las mujeres norteamericanas que deben vivir por y para el sexo? ¿Es una coincidencia que sus hijos e hijas tengan personalidades tan débiles que recurran en una edad cada vez más temprana, a la búsqueda de la sexualidad deshumanizada e impersonal? Los siquiátras han explicado que la clave del problema, en la promiscuidad sexual, es generalmente “una propia estimación baja” que a menudo parece proceder de un excesivo amor filio–maternal; el tipo de sexualidad del hambriento sexual tiene relativamente poca importancia. Como dice Clara Thompson al hablar de la homosexualidad:

La homosexualidad declarada puede expresar temor

173 Kinsey y otros, *Sexual Behavior in the Human Female*, pp. 293, 378, 382.

hacia el sexo contrario, temor a la responsabilidad del adulto, puede representar una huida de la realidad para entregarse a la excitación carnal muy similar a las actividades autoeróticas del esquizofrénico; o pueden ser un síntoma de deseo de destrucción de sí mismo o de los otros... Los individuos que tienen una propia estimación deficiente, tienen tendencia a obsesionarse por su propio sexo porque les asusta menos que el sexo opuesto... No obstante, las anteriores consideraciones no son necesariamente causa de la homosexualidad declarada, puesto que el temor a la reprobación de la sociedad y la necesidad de someterse a sus reglas conduce a menudo a estos individuos al matrimonio. El hecho de estar casado no demuestra en absoluto que se sea una persona que ha llegado a su pleno desarrollo fisiológico... La promiscuidad es posiblemente más frecuente entre los homosexuales que en los heterosexuales, pero su importancia dentro de la estructura de la personalidad es muy similar en los dos casos. En ambos, el principal interés está en los órganos genitales del individuo y en su propia satisfacción sexual. La persona elegida para compartir el experimento carnal carece de importancia. Lo necesario y lo único que interesa es la consecución del orgasmo¹⁷⁴.

La necesidad de actividad sexual, homosexual o heterosexual, generalmente encubre una falta de capacidad en otras esferas de la vida.

174 Clara Thompson, "Changing Concepts of Homosexuality in Psychoanalysis", incluido en *A Study of Interpersonal Relations, New Contributions to Psychiatry*, Patrick Mullahy, ed., Nueva York, 1949, pp. 218 y s.

Contrariamente a lo que dice la mística de la feminidad, la satisfacción sexual no es necesariamente un signo de plena realización ni en la mujer ni en el hombre. Según dice Erich Fromm:

A menudo los psicoanalistas observaron pacientes que tienen atrofiada su capacidad de amar y comunicar así con los demás y que sin embargo actúan bien sexualmente, los cuales, naturalmente, convierten el acto sexual en sustitutivo del amor porque su energía sexual es la única fuerza en la que tienen confianza. Su incapacidad de producir en las otras esferas de la vida y la infelicidad resultante es compensada y encubierta por sus actividades sexuales¹⁷⁵.

Existe en las universidades algo parecido al hambre sexual, aunque la capacidad para ser “útil” en las otras esferas de la vida sea elevada.

Un psiquiatra asesor de la Universidad Harvard–Radcliffe comentó recientemente que las estudiantes buscan a menudo “seguridad” en estas intensas relaciones sexuales a causa de sus propios sentimientos de inadecuación cuando, posiblemente por primera vez en su vida, tienen que trabajar mucho, enfrentarse con una auténtica competencia, pensar activamente, en lugar de pasivamente –lo que es “no sólo una experiencia extraña, sino que casi equivale al dolor físico”.

Los síntomas más significativos son una propia estimación baja

175 Erich Fromm, “Sex and Character: The Kinsey Report Viewed from the Standpoint of Psychoanalysis”, incluido en *Sexual Behavior in American Society*, p. 307.

y una disminución del entusiasmo, la energía y la capacidad de actuar de una forma creadora.

La depresión parece ser una especie de reconocimiento de dependencia, de impotencia y, también, un grito apagado en demanda de ayuda. Y ocurre alguna vez y con una intensidad variable en prácticamente todas las muchachas durante su estancia en la Universidad¹⁷⁶. Todo esto puede simplemente representar “la primera reacción de un adolescente ingenuo y sensible ante un ambiente nuevo, terriblemente complicado y sofisticado”, manifestó un siquiatra.

Pero si se trata de una muchacha, no se debe esperar, evidentemente, como en el caso del adolescente, que se enfrente con el problema, se sobreponga al penoso trabajo, y acepte la dura competencia. El siquiatra considera “normal” que la muchacha busque su “seguridad” en el “amor”, aun cuando el muchacho que lo busca en él, sea “visiblemente inmaduro, adolescente y necesitado él mismo de protección”. La mística de la feminidad oculta el hecho de que esta precoz hambre sexual, bastante inofensiva para el muchacho o la muchacha que no buscan más que lo que ofrecen, no puede dar a esas jóvenes esa “más clara idea de ellas mismas”: la propia estimación que necesitan y “la energía para llevar una vida creadora y satisfactoria”. Pero la mística no siempre oculta al muchacho el hecho de que el depender la chica de él no es algo realmente sexual, y que puede anular su desarrollo. De aquí la hostilidad del muchacho, incluso cuando sucumbe irremisiblemente a la invitación sexual.

176 Carl Binger, “The Pressures on College Girls Today”, *Atlantic Monthly*, febrero 1961.

Un estudiante de la Universidad Radcliffe escribió recientemente un relato emotivo del creciente rencor que siente un muchacho hacia la joven que no puede estudiar sin él, un rencor que ni siquiera puede ser mitigado por el placer sexual con el cual olvidan ambos por la noche las fatigas del estudio:

Ella estaba doblando la punta de una página y él quería decirle que no lo hiciera; el pequeño acto mecánico le sacó de quicio y se preguntó si estaría tan irritado porque no habían hecho el amor desde hacía cuatro días... “Apuesto a que ella lo necesita ahora –pensó–, por eso está tan nerviosa, a punto de llorar y tal vez por eso es por lo que me catearon.” Pero él sabía que eso no era una excusa; sintió que su resentimiento aumentaba al preguntarse por qué razón no había repasado sus lecciones... El reloj nunca le permitiría olvidar la cantidad de tiempo que estaba perdiendo... él cerró de golpe sus libros y comenzó a apilarlos. Eleanor alzó la vista y él vio el terror en sus ojos... “Mira, tengo que marcharme ahora... –dijo él–. Tengo que hacer algo esta noche...” Recordó que tenía un largo camino de regreso, pero cuando se inclinó precipitadamente para besarla, ella pasó sus brazos alrededor de él y le costó trabajo que le soltara. Le soltó al fin, y ya sin sonreír, murmuró: “Hal, no te vayas.” Él dudó. ¡Por favor, no te vayas, por favor!... Ella se alzó para besarle y cuando abrió la boca él se sintió atrapado, porque si metía la lengua entre sus labios, ya no podría marcharse. Él la besó, y medio inconsciente, empezó a olvidar que tenía que irse... la apretó entre sus brazos y la oyó gemir de dolor y de deseo. Luego él se echó atrás y dijo con voz ya entrecortada: “¿No hay por aquí algún sitio donde podamos ir?...” Ella estaba mirando a

su alrededor ansiosa y esperanzadamente y él se preguntó de nuevo hasta qué punto su deseo era pasión y hasta qué punto era sólo una manera de sujetarle; él sabía que las muchachas se valían del acto sexual para sujetarlos; les era tan fácil a ellas aparentar el deseo...¹⁷⁷

Estos son, claro está, los primeros niños que crecieron bajo la mística de la feminidad, los jovencitos que usan la sexualidad como una diversión sospechosamente fácil cuando se enfrentan con las primeras vallas de la carrera. ¿Por qué es tan difícil para estos jóvenes soportar una contrariedad, hacer un esfuerzo, aplazar el placer presente para alcanzar futuros y lejanos objetivos? Sexualidad y matrimonio precoz son las escapatorias más fáciles; el jugar a ser amo de casa a los 19 años permite eludir la responsabilidad de crecer y formar la personalidad individualmente. Incluso si el padre trata de que su hijo sea “masculino”, independiente, activo y fuerte, ambos, el padre y la madre, alentarán a su hija en esta pasiva y débil dependencia, en esta necesidad de apoyo conocida por la “feminidad”, y esperarán, naturalmente, que ella encuentre su “seguridad” en un muchacho y sin esperar nunca de ella que viva su propia vida.

Y así el círculo se va cerrando. Lo sexual sin un “yo”, exaltado por la mística de la feminidad, arroja una sombra cada vez más oscura sobre la idea que el hombre tiene de la mujer y sobre la imagen que la mujer tiene de sí misma. Se hace más difícil para los dos, el hijo y la hija, el escapar, el encontrarse a sí mismos en el mundo, el amar a alguien normalmente. El millón de casados antes de los 19 años, en una parodia cada vez más precoz de la

177 Sallie Biagham, “Winter Term”, *Mademoiselle*, julio 1958.

búsqueda de la sexualidad, revela inmadurez creciente, dependencia emocional y pasividad por parte de las víctimas más recientes de la mística de la feminidad. Se puede conseguir que la sombra de la sexualidad indiferenciada se desvanezca momentáneamente en una soleada casa encantada de una urbanización suburbana. ¿Pero qué harán esas madres infantiles y estos padres inmaduros con sus hijos en este paraíso fantástico donde la búsqueda del placer y de las cosas oculta los relajados eslabones que sujetan la compleja realidad moderna? ¿Qué clase de hijos e hijas están siendo criados por unas muchachas que se convirtieron en madres antes de enfrentarse con esta realidad, o que rompieron sus lazos con ella al convertirse en madres?

Hay implicaciones espantosas para el futuro en este parasitario ablandamiento que está siendo transmitido a las nuevas generaciones como resultado de nuestra obstinada adhesión a la mística de la feminidad. La tragedia de los niños viviendo las fantasías sexuales de sus “madres-amas de casa” es solamente una señal de la progresiva deshumanización que se está produciendo y en esta *vivificación* realizada por los niños, puede ser observada al fin en todo su enfermizo y peligroso anacronismo la mística de la feminidad.

XII. LA DESHUMANIZACIÓN PROGRESIVA: LOS CONFORTABLES CAMPOS DE CONCENTRACIÓN

Las voces que ahora deploran que las mujeres norteamericanas se hayan recluido en el hogar nos tranquilizan indicándonos que el péndulo ha iniciado el movimiento contrario. ¿Pero lo ha iniciado realmente? Hay ya síntomas de que a las hijas de las capaces y enérgicas mujeres que se encerraron en sus hogares, para vivir según el ideal del ama de casa les es más difícil que a sus madres avanzar por el mundo. En los últimos quince años, un cambio sutil y devastador parece haberse producido en el carácter de los niños. Pruebas de algo similar al problema que no tiene nombre de las amas de casa, y en una forma más patológica, han sido observadas en sus hijos e hijas por muchos médicos, psicoanalistas y sociólogos. Éstos han observado, con creciente preocupación, una nueva e inquietante pasividad, blandura y aburrimiento en los niños. La señal de peligro no viene engendrada por la competencia de la “Little League”¹⁷⁸ o la prisa por entrar en la Universidad, sino por

178 Equipo de béisbol infantil. (N. del T.)

una especie de infantilismo que hace que las hijas de las amas de casa sean madres incapaces de realizar un esfuerzo, de soportar un dolor y una frustración, de someterse a la disciplina necesaria para competir en el deporte o para entrar en la Universidad. Existe también un nuevo tipo de muchacho abstraído, sonámbulo, solitario, que hace lo que parece natural en los chicos, lo que hacen los demás, pero que no parece estar vivo mientras lo está haciendo. En una urbanización residencial de la costa atlántica, en 1960, vi como un estudiante de segundo año de la escuela superior interrogaba a un siquiatra que acababa de dar una conferencia en la escuela y le preguntaba el nombre de esa píldora que uno toma para hipnotizarse, de forma que al despertarse uno se levanta sabiendo todo lo que necesita para aprobar sin tener que estudiar. Ese mismo invierno, dos chicas universitarias que conocí en el tren cuando iba a Nueva York, durante la semana de los exámenes semestrales, me dijeron que se proponían asistir a algunas fiestas “para aclarar sus mentes”, en vez de repasar sus lecciones. “La psicología ha demostrado que cuando uno está realmente interesado psicológicamente, aprende instantáneamente”, me explicó una de ellas. “Si el profesor no consigue que su explicación sea lo suficientemente interesante para que a uno se le quede sin necesidad de estudiar, es culpa suya y no nuestra”. Un muchacho inteligente que había renunciado a seguir estudiando en la Universidad, me dijo que aquello era una pérdida de tiempo, que lo que importaba era la “intuición”, y que en la Universidad no enseñaban esas cosas. Trabajó durante unas semanas en una gasolinera, y un mes en una librería. Después dejó el trabajo y pasaba el tiempo literalmente sin hacer nada: levantándose, comiendo y volviéndose a la cama; ni siquiera leía.

He observado este mismo aire vacío y sonámbulo en una muchacha de trece años a quien hice una entrevista en una urbanización residencial de Westchester, en una investigación sobre promiscuidad de los jóvenes de trece a diecinueve años. En la escuela, apenas salía del paso aunque era inteligente; le era imposible aplicarse, según me explicó el orientador vocacional del colegio. Parecía que siempre estaba aburrida, indiferente, como absorta en alguna visión. Parecía también que no estaba despierta del todo, como una marioneta a la que alguien tira de las cuerdas, cuando por las tardes se metía en un coche con un grupo de muchachos de más edad que ella, que habían dejado la escuela para buscar emociones y sensaciones nuevas.

El hecho de que estos muchachos de la nueva ola no se desarrollen intelectualmente de una manera “real” ha sido visto por muchos observadores. Un profesor de Tejas, que estaba preocupado porque los alumnos de la Universidad no se interesaban realmente por sus estudios, que hacían sólo para obtener una especie de pasaporte para la consecución de un empleo, descubrió que tampoco ponían el más mínimo interés en las cosas que hacían fuera de la Universidad. Un cuestionario demostró que no había literalmente nada por lo que estos muchachos sintiesen un interés lo suficientemente fuerte como para dar su vida por ello, como tampoco nada de lo que hacían les hacía sentirse realmente vivos. Las ideas, el pensamiento conceptual, que son cosas estrictamente humanas, estaban completamente ausentes de sus mentes o de sus vidas¹⁷⁹.

179 Marjorie K. McCorquodale, “What They Will Die for in Houston”, Harper’s, octubre 1961.

Un sociólogo y uno o dos psicoanalistas muy observadores, trataron de determinar con toda precisión este cambio de la joven generación, considerándolo como un cambio fundamental en el carácter norteamericano. Ya fuese para bien o para mal, ya fuese cuestión de enfermedad o de salud, observaron que la personalidad humana, reconocible por un fuerte y constante núcleo de “mismidad”, estaba siendo reemplazada por una personalidad vaga, amorfa y extrovertida¹⁸⁰. En los años cincuenta, David Riesman no pudo hallar un muchacho o una muchacha con ese naciente sentido de su mismidad que solía caracterizar a la adolescencia, “aunque busqué jóvenes con personalidad independiente en varias escuelas públicas y en colegios particulares”¹⁸¹.

En la Universidad Sarah Lawrence, donde los estudiantes tenían una gran responsabilidad sobre su propia educación y sobre la organización de sus propios asuntos, se descubrió que la nueva generación de estudiantes era débil, apática, e incapaz de utilizar esa libertad.

Si se les dejaba organizar sus propias actividades, nada se organizaba; si se preparaba un cuadro de actividades destinado a que los estudiantes lo aplicasen en beneficio de lo que más les interesaba, no servía de nada, porque nada les interesaba. Harold Taylor, que entonces era presidente de aquella Universidad, describía tal cambio como sigue:

180 Ver David Riesman, *The Lonely Crowd*; ver también Erich Fromm, *Escape From Freedom*, Nueva York y Toronto, 1941, pp. 185-206. Ver también Erik H. Erikson, *Childhood and Society*, p. 239.

181 Prólogo de David Riesman, a *The Vanishing Adolescent* de Edgard Friedenberg, Boston, 1959.

Mientras que en años anteriores había sido posible basarse en las fuertes motivaciones e iniciativas de los estudiantes para dirigir sus propios asuntos, para formar nuevas organizaciones, inventar nuevos proyectos bien en lo relacionado con las mejoras sociales o en el campo intelectual, se veía ahora claramente que para muchos estudiantes la responsabilidad del autogobierno era más frecuentemente una carga que un derecho a mantener. Estudiantes a los que se daba completa libertad para dirigir sus propias vidas y para decidir por sí mismos, no querían hacerlo... Los estudiantes de la Universidad parecen encontrar una dificultad cada vez mayor para divertirse por sí mismos, ya que se han acostumbrado a depender de las diversiones previamente preparadas, en las cuales su papel consiste en limitarse a participar en las cosas ya preparadas previamente... Los estudiantes eran incapaces de planear por sí mismos cualquier cosa que considerasen lo bastante interesante como para lanzarse a hacerla¹⁸².

Al principio, los educadores echaban la culpa de esto a la cautela y al espíritu conservador de la era McCarthy, a la sensación de desamparo creada por la bomba atómica; más tarde, al ver los progresos soviéticos en la carrera del espacio, los políticos y la opinión pública echaron la culpa a la general blandura de los pedagogos.

Pero fuese cual fuese su blandura, los mejores educadores sabían muy bien que la pasividad con la que tenían que enfrentarse la traían ya los niños de la escuela, era una

182 Harold Taylor, "Freedom and Authority on the Campus", en *The American College*, pp. 780 y ss.

inquietante “pasividad básica... que exige heroicos esfuerzos de aquellos que a diario tienen que habérselas con los niños, dentro o fuera de la escuela”¹⁸³.

La pasividad física de la joven generación se revelaba en una flojedad muscular, que, al fin, llegó a alarmar a la Casa Blanca. La pasividad emocional era evidente en aquella barbuda e indisciplinada “nueva ola existencialista”, una forma de rebelión juvenil, curiosamente desapasionada y sin objeto. Porcentajes de delincuencia juvenil tan altos como los existentes en los barrios pobres de las ciudades comenzaron a aparecer en los elegantes barrios residenciales, entre los hijos de las familias educadas, respetadas y que se respetaban, entre los muchachos de la clase media, que tenían todas las “ventajas” y todas las “oportunidades”. Una película titulada *Yo fui un joven Frankenstein* no debió hacer mucha gracia a los padres de Connecticut y Westchester, cuyos hogares fueron inspeccionados en 1960 por la brigada policíaca de estupefacientes, porque sus hijos se drogaban en fiestas que celebraban en sus cuartos de juegos. Tampoco debieron divertirse los padres del Condado de Bergen cuyos hijos fueron arrestados en 1962 por profanación en masa de las tumbas de un cementerio suburbano; a los padres de un barrio residencial de Long Island, cuyas hijas, a la edad de trece años, tenían organizada una verdadera agencia de prostitución. Detrás de este insensato vandalismo, de las orgías en Florida, en las vacaciones de primavera, de la promiscuidad, del aumento de enfermedades venéreas y de los embarazos entre la juventud, de las alarmantes bajas en los colegios y universidades, detrás

183 Prólogo de David Riesman, a *The Vanishing Adolescent*, de Edgard Friedenberg.

de todo este estado, la nueva pasividad. Para estos aburridos, vagos y consentidos muchachos, la excitación, la emoción producida por cualquier clase de excitantes, era la única manera de matar la monotonía del tiempo libre.

Que esto constituía una verdadera deformación del carácter; que esta pasividad era algo más que una simple cuestión de aburrimiento, fue comprendido por los que analizaron el comportamiento de los soldados norteamericanos que fueron hechos prisioneros en la guerra de Corea en los años cincuenta. Un médico militar, el comandante Clarence Anderson, al que se le permitió recorrer libremente los campos de concentración para cuidar a los prisioneros, observó:

En las marchas, tanto en los campos provisionales como en los permanentes, los más fuertes les quitaban generalmente la comida a los débiles. No había una disciplina que lo impidiese. Muchos prisioneros estaban enfermos, y estos hombres, en vez de ser alimentados y cuidados por los otros, eran desatendidos y a veces algo peor. La disentería era muy corriente y esto hacía que algunos se sintiesen demasiado débiles para caminar. Durante las noches de invierno, los hombres a los que la disentería había debilitado demasiado para que pudiesen caminar eran arrastrados fuera de las chozas y se les dejaba a la intemperie para que muriesen de frío¹⁸⁴.

184 Ver *In Every War But One*, de Eugene Kinkead, Nueva York, 1959. Ha habido un intento en los últimos años para desacreditar o atenuar estos descubrimientos. Pero una grabación de una charla dada en la Asociación Norteamericana de Siquiatría en 1958 por el Dr. William Mayer, que había formado parte de uno de los equipos de siquiatria y oficiales de información del Ejército que entrevistaron a los prisioneros que regresaron en 1953 y analizó los datos anotados, hizo que muchos pediatras y puericultores se

Un 38% de los presos murió; un porcentaje de mortalidad entre prisioneros más elevado que en cualquier otra guerra de los Estados Unidos, incluyendo la revolución. La mayoría de los prisioneros se volvían pasivos, inactivos, reclusos en las pequeñas conchas que habían construido para aislarse de la realidad. Nada hacían por procurarse alimentos, leña, por mantenerse limpios o por comunicarse con los demás. El comandante quedó impresionado por el hecho de que estos nuevos soldados norteamericanos carecían casi en su totalidad de “la vieja ingeniosidad yanqui”, esa capacidad para saber hacer frente a cualquier situación nueva lejos de los recursos de la civilización. El doctor terminaba diciendo: “Creo que esto era debido en parte –pero sólo en parte– al «shock» síquico producido al verse capturados. También creo que era el resultado de algún nuevo fallo en la educación de nuestros jóvenes desde su infancia y adolescencia; una nueva blandenguería.” Sin preocuparse por el prestigio del ejército, un

preguntasen haciéndose eco del Dr. Spock: “¿Son los padres demasiado tolerantes e indulgentes más numerosos hoy día y están debilitando el carácter de nuestros hijos?” (Benjamín Spock, “Are We Bringing Up Our Children Too «Soft» for the Stern Realities They Must Face?”, Ladies Home Journal, septiembre 1960). Aunque sea muy penoso y ofensivo para el orgullo norteamericano, debe existir alguna explicación del colapso de los soldados prisioneros norteamericanos en Corea, ya que difirió no solamente del comportamiento de los soldados norteamericanos en guerras anteriores, sino del comportamiento de soldados de otras naciones en Corea. Ningún soldado norteamericano logró escaparse de los campos de prisioneros enemigos, como ocurrió en todas las otras guerras. La horrorosa proporción de muertes, un 38 por ciento, no se pudo explicar, incluso por las autoridades militares, por razón del clima, la comida o los inadecuados suministros y servicios médicos en los campos, ni tampoco fue debida a malos tratos o torturas. “Abandonitis” es el nombre que un médico dio a la enfermedad de que morían los soldados norteamericanos; simplemente, pasaban el día envueltos en mantas, limitándose a una dieta de sólo agua, hasta que morían, generalmente al cabo de tres semanas. Esto pareció ser un fenómeno puramente norteamericano. Los prisioneros turcos que formaban también parte de las fuerzas de la ONU en Corea, no perdieron ningún hombre por enfermedad o hambre; permanecieron unidos, obedecieron a sus oficiales, se sometieron a las normas sanitarias, cooperaron en el cuidado de sus enfermos y se negaron a delatarse unos a otros.

psicólogo pedagogo comentaba: “Había indudablemente algo gravemente equivocado en estos jóvenes; no blandenguería, sino dureza, astucia y fragilidad. Yo lo llamaría un fallo del «ego», un derrumbamiento de la personalidad. El desarrollo de los adolescentes puede y debe conducir a una edad adulta perfectamente humana, que se podría describir como el desarrollo de un equilibrado sentido del «yo»”¹⁸⁵.

Los prisioneros de Corea, en este sentido, fueron el modelo de un nuevo tipo de norteamericano, criados evidentemente de una manera “contraria a la claridad y al desarrollo” por personas que estaban a su vez “insuficientemente individualizados” para desarrollar en ellos la clase de carácter y de mentalidad que hace que el individuo se comprenda a sí mismo con demasiada claridad para consentir su propia decadencia.

El escandalizado reconocimiento de que esta pasiva falta de personalidad era “algo nuevo en la historia”, sólo se produjo cuando empezó a observarse en la juventud masculina. Pero ese ser apático, necesitado de protección, infantil y sin propósito determinado, que parece tan repulsivamente antihumano cuando se le observa como la personalidad naciente del nuevo tipo de hombre norteamericano, no es más que una reminiscencia de la conocida personalidad “femenina” tal como fue definida por la mística de la feminidad –que Freud erróneamente relacionaba con la biología sexual– la pasividad: un “ego”, o sentido de la *mismidad* muy debilitado; un débil “superego” o conciencia; una renuncia a objetivos activos, ambiciones o intereses personales; incapacidad para el

185 Edgar Friedenberg, *The Vanishing Adolescent*, pp. 212 y ss.

pensamiento abstracto; renuncia a las actividades en el mundo fuera del hogar en beneficio de la actividad interna o fantasía.

¿Qué significa esta actual aparición en los muchachos y muchachas de una personalidad frenada en el nivel de la fantasía infantil y la pasividad? Los muchachos y muchachas en los que la advertí eran hijos de madres que vivían dentro de los límites de la mística de la feminidad. Éstas cumplían sus papeles de mujeres de la manera normal y generalmente aceptada. Algunas tenían una capacidad superior a la corriente, y otras tenían una educación superior a la normal, pero todas eran semejantes en la intensidad de sus preocupaciones por sus hijos, que parecían ser su principal y única preocupación.

Una madre que estaba sumamente preocupada de que su hijo no llegase a aprender a leer, me dijo que cuando su hijo vino por primera vez con las notas del colegio de párvulos, estaba tan nerviosa como si fuese una muchachita que espera que algún chico la invite a salir un sábado por la noche. Estaba convencida de que los profesores se equivocaban al decir que su hijo se paseaba por el aula como un sonámbulo, que no podía prestar atención el tiempo suficiente para poder pasar al examen de capacidad de lectura. Otra madre me dijo que no podía soportar que sus hijos sufriesen cualquier molestia o disgusto. Era como si ella misma los sufriese:

Yo les permitía poner los muebles del revés y construir casitas en la sala de estar, que a veces seguían allí días y días, de forma que yo no tenía sitio allí ni siquiera para sentarme a leer. Me era imposible obligarles a hacer lo que no querían, incluso a tomar una medicina cuando estaban enfermos. No

podía soportar verles descontentos, o pelearse o estar enfadados conmigo. En cierto modo, no podía separarme de ellos. Yo era siempre comprensiva y paciente. Me sentía culpable si los dejaba solos, aunque sólo fuese una tarde. Les ayudaba a hacer todos sus deberes. Hacía todo lo posible por ser una buena madre. Estaba orgullosa de que Steve no se peleara con los otros niños de la vecindad. Ni siquiera me di cuenta de que algo no marchaba bien hasta que el niño empezó a tener malas notas, a tener pesadillas sobre la muerte, y a no querer ir a la escuela porque tenía miedo de los otros muchachos.

Otra mujer me explicó:

Yo creía que debía estar en casa todas las tardes cuando ellos volvían de la escuela. Leía todos los libros que les daban en la escuela, a fin de poder ayudarles a hacer sus deberes. Hacía años que no me sentía tan feliz y nerviosa como las semanas en que ayudé a Mary a preparar sus ropas para ir al colegio. Pero me llevé un gran disgusto cuando vi que no quería estudiar arte, pues éste había sido mi sueño, hasta que me casé, naturalmente. Claro que quizá es mejor que cada uno viva sus propios sueños.

No creo que sea una mera coincidencia el que la pasividad progresiva –y la soñolienta irrealidad– de los niños de hoy se haya extendido tanto en los mismos años en que la mística indujo a la gran mayoría de las mujeres –incluyendo las más dotadas y un número creciente de las más educadas– a renunciar a sus propios sueños, e incluso a su propia educación, para vivir por y para sus hijos. La “absorción” de la personalidad del niño por las

madres de clase media, que era evidente a los ojos de un penetrante sociólogo de los años cuarenta, ha aumentado inevitablemente durante estos años. Sin sentirse interesadas por nada importante fuera del hogar, y con el trabajo de la casa simplificado por los aparatos electrodomésticos, las mujeres podían dedicarse casi exclusivamente al culto del hijo, desde la cuna hasta la escuela de párvulos. Incluso si los niños se iban a la escuela, sus madres podían seguir compartiendo sus vidas naturalmente y hasta literalmente algunas veces. Para muchas, las relaciones con sus hijos se convirtieron en un verdadero asunto de amor o en una especie de simbiosis.

“Simbiosis” es un término biológico que se refiere a un proceso por el cual, dicho muy simplemente, dos organismos viven como uno solo. Con los seres humanos, cuando el feto está todavía en las entrañas, la sangre de la madre sostiene su vida: el alimento que ella toma le hace desarrollarse, su oxígeno proviene del aire que ella respira, y ella expulsa sus residuos. En el principio hay una verdadera unidad biológica entre la madre y el niño en un proceso complejo y maravilloso. Pero esta intimidad finaliza con la rotura del cordón umbilical y la salida del niño al mundo como un ser humano independiente.

En este punto, los sicólogos de la infancia explican la existencia de una “simbiosis” sicológica o sentimental entre la madre y el hijo, en la cual el amor de madre reemplaza al fluido amniótico que continuamente baña y alimenta al feto en el claustro materno. Esta simbiosis sentimental alimenta la siquis del niño hasta que está preparado para nacer sicológicamente, como antes lo fue fisiológicamente. De este modo, los escritores de temas sicológicos, lo mismo que los panegiristas literarios o

religiosos del amor maternal, antes de la era de la psicología, describen un estado en el que la madre y el niño conservan todavía una mística unidad; ellos no son realmente seres separados. Esa simbiosis, tal como la describen los divulgadores de la psicología, implicaba rotundamente que los constantes y amorosos cuidados de la madre eran absolutamente necesarios para el desarrollo del niño durante un número indeterminado de años.

Pero en los años recientes, el concepto de la “simbiosis” se ha insinuado cautelosamente en los historiales clínicos de niños perturbados. Cada vez en mayor número, las deficiencias patológicas del niño parecen proceder de esta relación simbiótica con la madre, que en cierto modo ha impedido que los niños lleguen a ser seres independientes. Estos niños perturbados parecen estar “actualizando los deseos o conflictos subconscientes de la madre, sueños infantiles que ella todavía no había superado o a los que no había renunciado, sino que estaba tratando de ver realizados para ella –en la persona de su hijo”.

El término “actualizar” es usado en psicoterapia para describir la conducta de un paciente que no está de acuerdo con la realidad de una situación dada, sino que es la expresión de deseos infantiles inconscientes. Podrá parecer absurdo decir que los deseos infantiles inconscientes que el niño perturbado está “actualizando” no son los suyos propios, sino los de su madre. Pero los especialistas pueden localizar los verdaderos pasos por medio de los cuales la madre, que está utilizando al niño para satisfacer sus propios sueños infantiles, le incita inconscientemente a seguir una conducta que impide su

desarrollo. La esposa de un funcionario de Westchester había incitado a su hija de trece años a tener contactos sexuales: no sólo la había enseñado y preparado para el desarrollo de sus encantos sexuales –de una manera que hacía caso omiso del verdadero carácter de la niña– sino que incluso antes de que sus pechos empezasen a desarrollarse, había logrado, con consejos y con especiales y constantes preguntas, su esperanza de que la niña “actualizara” en la vida real los reprimidos sueños de prostitución de la madre.

Nunca ha sido considerado patológico por parte de los padres o las madres “actualizar” sus sueños en sus hijos, excepto cuando el sueño desconoce y deforma la realidad del niño. Muchas novelas, así como casos clínicos, se han escrito sobre el muchacho que se convirtió en un hombre de negocios mediocre porque su padre se empeñó en que se dedicara a los negocios, cuando pudo haber sido un buen violinista; o el muchacho que termina en un hospital psiquiátrico, frustrando el sueño de su madre de que llegase a ser un gran violinista. Si en los últimos años este proceso ha comenzado a parecer patológico, es porque los deseos de las madres que los hijos están “actualizando” se han vuelto cada vez más infantiles. Estas madres se han vuelto ellas mismas más infantiles, y como están forzadas a conseguir cada vez más realizaciones a través de sus hijos, se sienten incapaces de separarse de ellos. De esta forma es el hijo el que alimenta la vida de la madre en esta relación “simbiótica”, y así es el niño el que resulta prácticamente destruido en este proceso.

Esta simbiosis destructiva está literalmente basada en la mística de la feminidad. Y el proceso es progresivo. Comienza en

una generación y continúa en las que le suceden, poco más o menos de la manera siguiente:

1. – Al permitir que las muchachas se evadan de la realidad y de sus verdaderas obligaciones, tanto en la escuela como en el mundo, al prometerles que llegarán de una manera mágica a su plena realización por medio del matrimonio, la mística de la feminidad detiene su desarrollo en un nivel infantil, dejándolas privadas de personalidad, con un inevitablemente débil núcleo de mismidad.

2. – Cuanto más grande es su propio infantilismo, y cuanto más débil es su núcleo de mismidad, tanto más pronto buscará la muchacha el logro de su “realización” como esposa y madre, y más exclusivamente vivirá por y para sus hijos y su esposo. De esta suerte sus lazos de unión con el mundo real y su propio sentido de sí misma se harán cada vez más débiles.

3. – Puesto que el organismo humano siente una intrínseca necesidad de desarrollarse, toda mujer que elude su propio desarrollo amparándose en la protección de tipo infantil del papel de ama de casa –en tanto este papel no permite su propio desarrollo– sufrirá cada vez mayores trastornos patológicos, psicológicos y emotivos. Su maternidad será cada vez más patológica, tanto para ella como para sus hijos. Cuanto mayor es la infantilización de la madre, menor es la probabilidad de que el niño sea capaz de realizar su “mismidad” en el mundo real. Las madres “ego”–infantiles tendrán hijos aún más infantiles que ellas, que se refugiarán aún más pronto en la imaginación huyendo de las pruebas de la realidad.

4. – Las señales de retraimiento patológico serán más aparentes en los hijos varones, puesto que incluso en la infancia se espera de los niños que se enfrenten con la realidad, que la mística de la feminidad permite eludir a las muchachas dejando que se refugien en sus imaginaciones y fantasías sexuales. Pero esto mismo que se espera de ellos, hace que en los muchachos se desarrolle un “ego” cada vez más fuerte y hace de las muchachas las mayores víctimas, y las responsables de la progresiva deshumanización de sus propios hijos.

Me enteré, gracias a los siquiátras y los médicos de las urbanizaciones residenciales, de la forma en que desarrolla este proceso.

Un siquiátra, el doctor Andras Angyal, lo describe, aunque no exclusivamente aplicado a las mujeres, como “una forma neurótica de eludir el pleno desarrollo del individuo”. Hay dos métodos principales de eludirlo. Uno es “la no aceptación de la realidad”: un hombre vive su vida –la escuela, el trabajo, el matrimonio–, “haciéndolo todo mecánicamente, sin entregarse franca y totalmente a cualquiera de esas actividades. Tiene vagamente la impresión de que está representando un papel”. Aparentemente puede dar la impresión de que se desenvuelve normalmente en la vida, pero lo que está haciendo realmente es vivirla mecánicamente.

El otro método de evasión es el que Angyal llamaba “vivir la vida de otro”. Consiste en una negación y represión sistemática de la propia personalidad y en la tentativa de sustituirla por la personalidad de otro, “una concepción idealizada, un modelo de bondad absoluta según el cual uno trata de vivir, suprimiendo

todos esos impulsos genuinos que son incompatibles con el modelo exagerado e irreal, o simplemente adoptando la personalidad que esté de moda en la época”.

La más frecuente manifestación de esta manera de vivir la vida de otro consiste en depender de una manera total y absoluta de otra persona, lo que a menudo suele ser confundido con el amor. Tan intensos y tenaces lazos carecen, no obstante, de las principales características del verdadero amor: la devoción, la comprensión intuitiva y el placer de entregarse a otra persona adaptándose a su voluntad y a su manera de ser. Por el contrario, estos lazos son extremadamente posesivos y tienden a privar al compañero de su “vida propia”. Se necesita de la otra persona, no como de alguien con quien se va a convivir, sino de alguien que debe llenar nuestro vacío interior, nuestra inexistencia. Esta *inexistencia* en un principio sólo era una fantasía, pero con la continua autorrepresión está a punto de convertirse en algo real.

Todos estos intentos de conseguir otra personalidad viviendo la vida de otro no consiguen liberar a la persona de un vago sentimiento de vaciedad. “La represión de los impulsos espontáneos auténticos deja a la persona con una dolorosa vaciedad emocional, casi con una sensación de inexistencia...”

186

“La no aceptación de la realidad y el vivir la vida de otro”, concluye Angyal, “pueden considerarse como los intentos de

186 Doctor Andras Angyal, “Evasión of Growth”, *American Journal of Psychiatry*, vol. 110, núm. 5, noviembre 1953, pp. 358-361. Ver también Erich Fromm, *Escape From Freedom*, pp. 138-206.

resolver el conflicto entre el impulso natural del desarrollo y el temor a enfrentarse con situaciones nuevas”, pero aunque logren disminuir temporalmente su gravedad, no resuelven verdaderamente el problema; “su resultado, aunque éste no haya sido su propósito, es siempre una evasión para impedir el pleno desarrollo del individuo”.

La no aceptación de la realidad y el vivir la vida de otro están, sin embargo, en el propio centro de nuestra convencional definición de la feminidad. Esta es la manera que enseña la mística de la feminidad a las muchachas para buscar “su realización como mujeres”; ésta es la forma en que viven hoy día la mayoría de las norteamericanas. Pero si el organismo humano siente una tendencia innata hacia su total desarrollo, a extenderse para llegar a ser todo lo que puede ser, no es de extrañar que los cuerpos y las mentes de las mujeres sanas comiencen a rebelarse al tratar de adaptarse a un papel que no les permite tal desarrollo. Los síntomas que tanto intrigan a médicos y psicoanalistas son una señal que advierte que ellas no pueden renunciar al derecho a su propia existencia, eludir su propio desarrollo sin previa lucha.

He visto librar esta batalla a mujeres a las que yo he entrevistado, a mujeres de mi propia vecindad y desgraciadamente es generalmente una batalla perdida de antemano.

Una jovencita, primero en el instituto y más tarde en la Universidad, renunció a todo lo que realmente le interesaba y a todo lo que ambicionaba para tener éxito social. Casada joven, representó el papel típico del ama de casa, de la misma manera

que había representado el papel de chica universitaria que triunfa socialmente. No sé en qué momento se olvidó de lo que era real y de lo que era sólo aparente, pero cuando llegó a ser madre, a veces se tumbaba en el suelo y daba patadas, presa de unas rabietas semejantes a las que ella era incapaz de dominar en su hijita de tres años. A los treinta y ocho años se abrió las venas de las muñecas para suicidarse.

Otra mujer muy inteligente, que renuncia a la carrera que la apasionaba, de investigadora del cáncer para convertirse en ama de casa, sufrió una depresión poco antes de dar a luz a su primer hijo. Cuando se repuso, se sentía tan “cercana” del niño que tenía que permanecer con él todas las mañanas en la escuela de lactantes, durante cuatro meses. De lo contrario, el niño cogía unas perras y unas rabietas terribles. Cuando empezó la escuela primaria, el niño vomitaba frecuentemente por la mañana cuando tenía que dejar a su madre. Su comportamiento violento en el campo de deporte era peligroso para él y para los demás niños. Cuando un vecino le quitó un *bate de béisbol* con el que pretendía golpear a otro niño en la cabeza, su madre se quejó violentamente de que se había “frustrado” a su hijo. A ella misma le era difícil hacer que la obedeciera. Durante un período de diez años, aunque realizaba correctamente, pero como una autómatas, todo lo que debe hacer una ama de casa de una urbanización elegante de las afueras, excepto su incapacidad de comportarse con energía con sus hijos, iba poco a poco perdiendo vitalidad y mostrándose cada vez menos segura de su propio valer. El día antes de ahorcarse en el sótano de su immaculada casa de un solo piso, llevó a sus tres hijos al pediatra para que les hiciera un reconocimiento e hizo varios preparativos para la fiesta de cumpleaños de su hija.

Pocas amas de casa de zonas residenciales recurren al suicidio, y, no obstante, hay otras pruebas de que las mujeres pagan un elevado precio física y sentimentalmente por haber eludido su total desarrollo. Ellas no son, como sabemos ahora, la más débil de las especies biológicas. En las estadísticas de mortandad por generaciones, mueren siempre menos mujeres que hombres. Pero en los Estados Unidos, desde la época en que las mujeres asumieron su papel sexual de amas de casa, han dejado de vivir con ese entusiasmo, esa alegría, y esa sensación de tener un objetivo, que es la característica del verdadero estado de buena salud.

Durante los años cincuenta, los siquiátras, los psicoanalistas y los médicos de todas las especialidades observaron que el síndrome del ama de casa parecía hacerse cada vez más patológico. Los leves e indefinibles síntomas –las ampollas sangrantes, el malestar general, el nerviosismo y fatiga de las amas de casa jóvenes– se transformaron en ataques cardíacos, úlceras con hemorragias, hipertensión y bronconeumonía; la indeterminada angustia emocional se transformó en colapso sicopático.

Entre las nuevas madres–amas de casa, en ciertos barrios soleados de las afueras, esta sola década vio un fantástico aumento de sicosis maternas y otras depresiones que les llevaban hasta el suicidio, o alucinaciones sobre el parto. De acuerdo con los informes recogidos por el doctor Richard Gordon y su esposa Katherine, él siquiátra y ella sociólogo, en los barrios residenciales del condado de Bergen, en Nueva Jersey, durante los años cincuenta, aproximadamente una de cada tres madres sufría depresión o colapso sicopático en el

parto. Esto, comparado con las estadísticas médicas anteriores, que daban un colapso sicopático por cada 400 mujeres encintas y depresiones menos graves en un caso de cada 80.

En el condado de Bergen y durante los años 1953–1957, una décima parte de los 746 pacientes síquicos adultos eran jóvenes esposas que se derrumbaban ante el parto. De hecho las jóvenes esposas de 18 a 44 años que sufrían no sólo depresión de parto, sino también toda clase de desarreglos síquicos y sicosomáticos de una gravedad cada vez mayor, constituyeron durante los años cincuenta los grupos más numerosos de pacientes síquicos. El número de jóvenes esposas con trastornos síquicos era más de la mitad superior al número de jóvenes maridos, y tres veces superior al de cualquier otro grupo. (Otras encuestas en los barrios residenciales han dado cifras parecidas.) Desde el principio al fin de los años cincuenta, las esposas jóvenes desplazaron cada vez más a los hombres como principales víctimas de ataques coronarios, úlceras, hipertensión y neumonía bronquial. En el hospital de este condado suburbano, las mujeres constituyen hoy más del 40% de los enfermos de úlceras¹⁸⁷.

Fui a ver a los Gordon, que habían atribuido el número

187 Richard E. Gordon y Katherine K. Gordon, “Social Factors in the Prediction and Treatment of Emotional Disorders of Pregnancy”, *American Journal of Obstetrics and Gynecology*, 1959, 77:5, pp. 1074-1083; ver también Richard E. Gordon y Katherine K. Gordon, “Psychiatric Problems of a Rapidly Growing Suburb”, *American Medical Association Archives of Neurology and Psychiatry*, 1958, vol. 79; “Psychosomatic Problems of a Rapidly Growing Suburb”, *Journal of the American Medical Association*, 1959, 170:15, y “Social Psychiatry of a Mobile Suburb”, *International Journal of Social Psychiatry*, 1960, 6:1, 2, pp. 89-99. Algunas de estas observaciones fueron divulgadas en los novelescos casos clínicos de *The Split Level Trap*, escritos por los esposos Gordon en colaboración con Max Gunther (Nueva York, 1960).

creciente de casos patológicos en estas nuevas jóvenes amas de casa –no existentes en mujeres de zonas rurales, antiguos suburbios y en ciudades– a la “inestabilidad” de las nuevas poblaciones de los barrios residenciales de las afueras. Pero los inestables maridos no se derrumbaban como sus esposas y sus hijos.

Estudios previos sobre la depresión del parto habían demostrado que las mujeres con profesiones o carreras en las que habían triunfado sufrían a veces el “conflicto de adaptación” cuando se convertían en amas de casa–madres. Pero estas otras víctimas, cuyo coeficiente de depresiones previas al parto o de pérdida de salud era mucho más alto que en las estadísticas anteriores, no habían querido ser otra cosa que amas de casa–madres; esto era todo lo que se les pedía que fuesen. Los Gordon hicieron notar que sus investigaciones no indicaban que las jóvenes amas de casa estén forzosamente sujetas a una tensión más grande que la de sus esposos; por alguna razón, las mujeres mostraban simplemente una tendencia cada vez mayor a sucumbir a la tensión. ¿Quería decir esto que el papel de amas de casa–madres era excesivo para ellas, o que, por el contrario, no era suficiente?

Estas mujeres no tenían todas los mismos antecedentes de neurosis infantil; algunas, en efecto, no presentaban ninguno. Pero una sorprendente semejanza que surgía en todos sus historiales clínicos era el hecho de que todas ellas habían interrumpido su educación antes de alcanzar el nivel de su capacidad.

Las enfermas eran aquellas que habían dejado la escuela o la

Universidad; más a menudo que las otras mujeres de su edad, habían entrado en la Universidad y la habían dejado generalmente al cabo de un año¹⁸⁸.

Muchas también procedían de los “grupos étnicos más cerrados (italianos o judíos) o de pequeñas ciudades del Sur, donde las mujeres estaban más sometidas a la autoridad del varón y dependían económicamente de él.

La mayoría no había seguido estudios ni había tenido empleo, ni se las habían manejado ellas solas en ningún género de actividad.

Algunas de las que se derrumbaron habían tenido empleos no especializados, o habían empezado a interesarse por algo, cuando se convirtieron en amas de casa–madres de barrio residencial. Pero la mayoría no habían tenido otra ambición que la de casarse con un hombre emprendedor, con porvenir. Muchas vieron realizados, no sólo sus propios sueños, sino también los frustrados sueños de sus madres, de casarse con hombres emprendedores y capaces.

El doctor Gordon me las describía así: “No eran mujeres capacitadas. Nunca habían hecho nada, eran incluso incapaces de organizar los comités que se necesitan en esos barrios. Nunca se les había pedido que se aplicasen, que aprendiesen un empleo y que luego lo desempeñasen. Muchas de ellas habían dejado la escuela: es más fácil tener un niño que obtener la máxima calificación en un examen. Nunca aprendieron a realizar

188 Richard E. Gordon, “Sociodynamics and Psychotherapy”, *A.M.A. Archives of Neurology and Psychiatry*, abril 1959, vol. 81, pp. 486-503.

esfuerzos, a soportar el dolor o el trabajo duro. En cuanto las cosas se les ponían difíciles, se derrumbaban”.

Quizá porque estas muchachas eran más pasivas, dependían más de otros que las demás mujeres, una vez enclaustradas en sus barrios residenciales parecían volverse tan infantiles como sus hijos. Y sus hijos mostraban una pasividad y un infantilismo que parecía patológico y que era más precoz en los hijos varones. Se observa hoy día en las clínicas sicoterápicas de esos barrios residenciales que la inmensa mayoría de los niños tratados son varones, en una dramática e inexplicable inversión del hecho de que la mayoría de los pacientes adultos, en todas las clínicas y consultas, son hoy día mujeres; es decir, amas de casa. Eliminando los términos técnicos profesionales, un siquiatra de Boston cuyos pacientes son en su mayoría mujeres me dijo:

Es cierto, entre mis pacientes tengo muchas más mujeres que hombres. Se quejan de muchas cosas, pero si se mira al fondo, se encuentra este básico sentimiento de vacío. No es inferioridad. Es casi como inconsecuencia. El problema consiste en que no persiguen ningún objetivo propio.

Otro especialista de una clínica siquiátrica de un barrio residencial me habló del caso de la joven madre de una muchacha de 16 años que desde que se mudaron allí, hacía siete años, no se había preocupado de otra cosa que de sus hijos, a excepción de un poco de tiempo dedicado a las actividades benéficas de la comunidad.

A pesar de esta constante preocupación por su hija (“Pienso

en ella todo el tiempo... no tiene amigos. ¿Logrará entrar en la Universidad?”), se le *olvidó* qué día tenía que pasar su hija los exámenes de ingreso en la Universidad.

Su ansiedad por su hija y por lo que ésta hacía era ansiedad por sí misma, y por lo que no hacía. Cuando estas mujeres sufren y se preocupan por lo que no están haciendo ellas mismas, los hijos verdaderamente tienen muy poco contacto real con ellas. Me acuerdo del caso de otro niño de dos años de edad, con síntomas muy graves porque casi no tiene verdadero contacto con su madre. Ella pasa la mayor parte del tiempo en casa, todo el día y todos los días. He tenido que enseñarle a tener contacto, a tener contacto incluso físico, con él. Pero nada se resolverá hasta que la madre se enfrente con su propia necesidad de autorrealización. Estar en contacto con los propios hijos no tiene nada que ver con la cantidad de tiempo que se les dedica. El estar allí, para cada hijo, en los momentos necesarios, no supone estar con ellos continuamente. Una madre puede estar todo el tiempo junto al hijo y, sin embargo, no estar con él a causa de sus propias preocupaciones. Así puede coger rabietas que casi le ahoguen; se pone furioso contra ella; no quiere que ella le deje en la escuela de párvulos e incluso a los nueve años pretende que su madre le acompañe al retrete, o no se duerme si su madre no se acuesta con él. O bien se vuelve tan retraído que llega hasta la esquizofrenia. Y ella trata desesperadamente de atender a todas las necesidades y exigencias del hijo. Pero si ella fuese verdaderamente capaz de desarrollar totalmente su personalidad, podría estar allí *con* su hijo. Ella tiene que llegar a ser totalmente ella y *estar* allí, para ayudar al hijo a desarrollarse síquicamente, a enfrentarse con la realidad, incluso a saber cuáles son sus verdaderos sentimientos.

En otra clínica, un especialista me habló de una madre que estaba asustada porque su hijo no podía aprender a leer en la escuela, aunque su test de inteligencia era alto. La madre había dejado la Universidad, se había convertido en ama de casa y había vivido esperando el momento en que su hijo fuese a la escuela, y poder así realizarse ella en su propio hijo. Hasta que por medio de la sicoterapia no se consiguió “separar” a la madre del hijo, éste no tenía ninguna sensación de su “mismidad”, como criatura independiente. No quería ni podía hacer nada, ni siquiera en sus juegos, hasta que alguien le decía que lo hiciera. Incluso no podía aprender a leer, ya que para ello necesitaba tener su propio “ego”.

Lo extraño, me dijo el especialista, era que esta madre, como otras muchas mujeres de esta época de la mística de la feminidad, en su intento de ser “verdaderamente una mujer”, una buena esposa y madre, “estaba realmente desempeñando un papel muy masculino... avasallando a todo el mundo, dominando las vidas de sus hijos, gobernando la casa con puño de hierro, haciendo de carpintero, importunando a su marido para que hiciese chapuzas en su tiempo libre y que nunca acababa, dirigiendo las finanzas caseras, supervisando los estudios y los ocios de sus hijos... y su esposo se tenía que limitar a ser únicamente el hombre que paga las cuentas”.

En una localidad de Westchester cuya organización escolar es mundialmente famosa, se observó recientemente que los estudiantes que habían obtenido magníficas calificaciones en la segunda enseñanza eran medianías en la Universidad y luego no destacaban mucho en la vida. Una investigación descubrió una sencilla causa psicológica. Durante toda la segunda enseñanza, las

madres habían hecho prácticamente todos los deberes y trabajos escolares de sus hijos, habían estado impidiendo que sus hijos e hijas alcanzasen su completo desarrollo intelectual.

Otro psicoanalista explica cómo la delincuencia juvenil es consecuencia de la “actualización” por el hijo de los deseos de la madre, cuando el desarrollo de ésta ha sido reprimido.

Generalmente, el más importante de los dos progenitores –la madre más frecuentemente, aunque el padre siempre es en cierto modo responsable– ha fomentado inconscientemente la conducta moral o antisocial del hijo. Los deseos neuróticos del padre o de la madre se ven realizados en la conducta del hijo. Estos imperiosos deseos neuróticos del progenitor existen, bien a causa de cierta frecuente incapacidad de realizarlos en el mundo de los adultos, bien a causa de las experiencias reprimidas durante la infancia del progenitor, y más realmente por la combinación de ambos factores¹⁸⁹.

Los que han observado y han tratado de ayudar a corregirse a los jóvenes delincuentes, han observado el funcionamiento de este progresivo proceso de deshumanización y han descubierto que el amor no es suficiente para contrarrestarlo. El amor simbiótico o de mimo exagerado que ha sido la interpretación del amor maternal durante los años de la mística de la feminidad, no es suficiente para crear la conciencia social y la firmeza de carácter en el niño. Para ello se requiere una madre madura, con firme personalidad o “mismidad”, cuyas propias necesidades sexuales e instintivas forman parte de su conciencia

189 Adelaide M. Johnson y S. A. Szurels, “The Génesis of Antisocial Acting Out in Children and Adults”, *Psychoanalytic Quarterly*, 1952, 21:323-343.

social. “La firmeza en un niño supone un padre o una madre que ha aprendido... que sus principales objetivos pueden ser alcanzados por su propia actividad creadora”¹⁹⁰.

Un especialista me relató el caso de una niña de 9 años que robaba. Ella superará ese instinto, se decía su protectora madre, con una indulgencia nacida de la necesidad de satisfacer sus propios deseos o instintos a través de otra persona. En un momento dado, la niña de nueve años preguntó al sicoanalista: “¿Cuándo va a efectuar mi madre sus propios robos?”

Llevado a sus extremos límites, este modelo de deshumanización progresiva puede ser observado en los casos de niños esquizofrénicos: niños “autísticos” o “atípicos”, como se les llama algunas veces. Visité una clínica famosa, donde se ha estudiado este tipo de niños durante más de veinte años. Durante este período algunos han creído observar que los casos de estos niños cuyo desarrollo se había interrumpido en un nivel muy primitivo, subinfantil, habían aumentado. Las eminencias médicas difieren en cuanto a las causas de esta extraña situación y si realmente está en aumento o sólo lo parece, debido a que ahora se diagnostica con más frecuencia. Hasta hace bastante poco, se pensaba que la mayoría de estos niños eran retrasados mentales. Pero estos casos se ven ahora con más frecuencia, en hospitales y clínicas, por doctores y siquiatras. Y no son del mismo tipo irreversible y orgánico del retraso mental. Pueden ser tratados y a veces curados.

Esos niños frecuentemente se identifican con cosas, con objetos inanimados, automóviles, radios, etc., o con animales

190 Ibid.

–cerdos, perros, gatos–. El nudo del problema parece estar en que estos niños no han desarrollado un “yo” lo suficientemente fuerte como para enfrentarse incluso con la realidad infantil; no pueden imaginarse a sí mismos como algo separado del mundo exterior; viven al nivel de las cosas o de un impulso biológico instintivo que no ha sido organizado dentro de un marco humano. En cuanto a las causas, los especialistas más autorizados creen que se debe examinar la personalidad de la madre, que es el medio a través del cual el primitivo infante se transforma en un ser humano social¹⁹¹.

En la clínica que visité (el Centro Infantil James Jackson Putnan) de Boston, los investigadores eran muy cautos en sacar conclusiones respecto a estos niños profundamente trastornados.

Pero uno de los doctores me dijo con un poco de impaciencia, y refiriéndose al constante aumento de carencia de “ego”, de “ego” debilitado, de “ego” escasamente desarrollado que observaba: “Es exactamente lo que siempre hemos diagnosticado: si el padre o la madre tienen un “ego” frágil, el niño lo tendrá también.” Y seguía:

La mayoría de las madres de niños cuyo “ego” no se desarrolló nunca del todo, eran ellas mismas criaturas tremendamente inmaduras, aunque superficialmente daban la impresión de estar bien adaptadas. Dependían en gran manera de sus propias madres y se liberaron de esta

191 Beata Rank, “Adaptation of the Psychoanalytical Technique for the Treatment of Young Children with Atypical Development”, *American Journal of Orthopsychiatry*, XIX, 1, enero 1949.

independencia con un matrimonio temprano, y “han luchado heroicamente para comportarse siempre de acuerdo con el tipo que ellas se han forjado de la esposa y madre perfectas”.

“La necesidad de ser madre, la esperanza y la confianza de que a través de esta experiencia ella puede convertirse en una persona real, capaz de verdaderas emociones, es tan intensa que, por sí misma, puede producir un estado de ansiedad, ambivalencia y temor de fracaso. Como está tan falta de manifestaciones espontáneas de sentimientos maternales, estudia atentamente todos los nuevos métodos de educación y lee tratados sobre la higiene física y mental¹⁹². Su cuidado del niño que no delega en nadie, no es algo espontáneo, sino que se inspira en la descripción de lo que debe ser una buena madre con la esperanza de que a través de su identificación con el niño, su propia carne y sangre, ella puede experimentar los goces de la vida real, del auténtico sentimiento.”

Y de este modo, el niño pasa de “una inercia pasiva” a “llorar por la noche” por su falta de humanidad. El niño pasivo no es una amenaza tan grande, porque no tiene exigencias exageradas sobre la madre, la cual teme constantemente tener que revelar que emocionalmente no tiene nada o muy poco que ofrecer, que es un fraude, cuando descubre que no puede encontrar realmente su propia satisfacción a través del niño...

Lucha desesperadamente para dominar, tal vez no ya a sí misma, sino al niño. Sus luchas para acostumar al niño a no ensu-

192 Ibid.

ciarse en la cuna, o en los pañales, o para destetarlo son generalmente luchas en las que ella trata de redimirse a sí misma. El niño se convierte en la verdadera víctima: la víctima de la impotencia de la madre, lo que, a su vez, crea en ella un sentido de agresividad que llega hasta la destrucción. La única manera que tiene el niño de sobrevivir es retirándose, apartándose, no sólo de su peligrosa madre, sino también del mundo en general¹⁹³.

De este modo el niño se convierte en una cosa, o en un animal, o en un inquieto vagabundo que no busca a nada ni a nadie, vagando por la habitación, tambaleándose de aquí para allá, dando vueltas a la habitación, muy pegado a las paredes, como si fueran barrotes por entre los que se pudiese escapar.

En esta clínica, los médicos podían a veces seguir la pista a casos semejantes a través de varias generaciones anteriores. La deshumanización era, ciertamente, progresiva.

A la vista de estas observaciones clínicas, podemos dar por sentado que el conflicto que hemos descubierto en dos generaciones puede muy bien haber existido en otras anteriores y puede continuar en las venideras, a menos que la serie sea interrumpida por una intervención terapéutica, o que el niño se salve a sí mismo, cosa que nuestra experiencia no nos anima a esperar ¹⁹⁴.

Pero ni la terapéutica ni el amor eran suficientes para ayudar

193 Ibid.

194 Beata Rank, Marian C. Putnam y Gregory Rochlin, M. D., "The Significance of the «Emotional Climate» in Early Feeding Difficulties", *Psychosomatic Medicine*, X, 5, octubre 1948.

a estos niños, si la madre continuaba viviendo a través de ellos. Observé este mismo tipo de madre en muchas de las mujeres con las que me entrevisté, mujeres que dominaban a sus hijas o las criaban dentro de la dependencia pasiva y el conformismo, o las empujaban inconscientemente a ciertas actividades sexuales. Una de las mujeres más dramáticas que he entrevistado, fue la madre de aquella niña “sonámbula” de trece años. Era la mujer de un alto empleado, en buena posición, cuya vida estaba llena de todos los atractivos, viviendo exactamente según el modelo de “actividades del hogar compartidas” de los barrios residenciales; pero esto era sólo una apariencia. La verdadera vida de su marido estaba concentrada en sus negocios, una vida que no podía o no quería compartir con su esposa. Ella había tratado de volverle a dar un sentido a su vida empujando inconscientemente a su hijita de trece años al libertinaje. Ella vivía la vida sexual de su hija, que estaba tan desprovista de verdadero sentimiento que llegó a convertirse meramente en una “cosa”.

Varios especialistas estaban tratando de ayudar a la madre y al padre, pues –se decían supongo– que si las necesidades emotivas y sexuales de la madre eran satisfechas por su esposo, ella no tendría que hacerlo a través de su hija, y ésta podría desarrollarse saliendo de su estado de “cosa” para conseguir su personalidad. Incluso intentaron que la madre tuviese algún interés propio en su vida, pues el esposo tenía sus propios problemas y había pocas probabilidades de que la madre recibiese de él el amor y el afecto suficientes.

En otros casos que he conocido de mujeres que habían eludido su propio desarrollo viviendo sus propios deseos e instintos

traspuestos en otra persona y que carecían de objetivos personales en su vida, ni siquiera el más cariñoso y apasionado esposo había conseguido detener la destrucción de sus vidas y la de las vidas de sus hijos. He visto lo que ocurre cuando las mujeres, inconscientemente, empujan a sus hijas a una sensualidad precoz, porque la aventura sexual era la única aventura real, o el único medio de conseguir la realización de su personalidad en sus propias vidas. Hoy día esas hijas que actualizaron los sueños o las ambiciones frustradas de sus madres de la manera femenina “normal” y unieron sus vidas a las de hombres emprendedores y ambiciosos, se sienten, en la mayoría de los casos, tan frustradas e insatisfechas como sus madres. No todas ellas corren descalzas a la comisaría de policía, asustadas de poder llegar a asesinar a sus esposos y a sus niños, que ellas creen que las tienen encerradas en casa. Todos sus hijos no se convierten en un peligro para el vecindario ni para la escuela. Todas sus hijas no “actualizan” los caprichos sexuales de las madres y se quedan embarazadas a los catorce años. Tampoco todas estas amas de casa empiezan a beber a las once de la mañana para no oír el molesto zumbido de la máquina friegaplatos, de la lavadora, de la secadora, que son al fin y al cabo las únicas señales de vida en aquella casa vacía, cuando los niños, uno tras otro, se van a la escuela.

Pero en las zonas residenciales de las afueras, como, por ejemplo, en el Condado de Bergen, el número de “separaciones” aumentó en un terrible 100% durante los años cincuenta, mientras los esposos, capaces y ambiciosos, seguían alcanzando el desarrollo de su personalidad en la ciudad y las esposas eludían su propio desarrollo viviendo una vida parasitaria, carente de objetivos, desempeñando su papel femenino en el

hogar. Mientras los hijos no dejaban la casa y los esposos seguían volviendo a casa por la tarde, las esposas, aunque contraían cada vez con más frecuencia enfermedades graves, se restablecían. Pero en el Condado de Bergen, durante esta década, hubo un enorme incremento de suicidios de mujeres de 45 o más años, y de mujeres hospitalizadas por enfermedades síquicas, cuyos hijos habían crecido y habían dejado el hogar¹⁹⁵. Las amas de casa que hubieron de ser hospitalizadas y que tardaron mucho en restablecerse, eran principalmente aquellas que no habían desarrollado sus propias facultades en trabajos fuera del hogar.

El derrumbamiento masivo que puede producirse a medida que un número creciente de estas nuevas madres–amas de casa jóvenes, que son la consecuencia de la mística de la feminidad, alcancen los 40 años, es todavía algo que no se puede saber con exactitud. Pero la infantilización progresiva de sus hijos e hijas, como se refleja en la plaga de matrimonios jóvenes, se ha convertido en un hecho alarmante.

En marzo de 1962, en la conferencia nacional de la Asociación para el Estudio del Niño, los nuevos matrimonios precoces y la paternidad precoz que anteriormente se consideraban como una prueba de “mayor madurez emocional” en la joven generación, se reconocieron finalmente como indicios de una progresiva “infantilización”. Los especialistas en la relación niño–familia estaban de acuerdo en que los millones de jóvenes norteamericanos que en los años sesenta se casaban antes de los veinte años, denotaban una falta de madurez y una

195 Richard E. Gordon y Katherine K. Gordon, “Social Psychiatry of a Mobile Suburb”, op. cit., pp. 89-100.

necesidad de protección y buscaban en el matrimonio una especie de “atajo” para llegar a la condición de adulto, una solución milagrosa de los problemas con los que ellos solos no podían enfrentarse.

El diagnóstico de estos recién casados infantiles fue que eran “las víctimas de los enfermizos y tristes amores que toda una generación de madres había tenido con sus propios hijos”.

Muchas muchachas confiesan que quieren casarse porque no quieren seguir trabajando.

Abrigan el sueño de tener quien cuide de ellas durante el resto de sus días sin preocupaciones, con los muebles precisos para no tener mucho trabajo en la casa, con divertidas salidas de compras a la ciudad, con niños felices y vecinos simpáticos.

El tipo de marido con que sueñan parece ser ya menos importante, pero en las imaginaciones de una muchacha sobre el matrimonio, suele corresponder a un hombre que tiene la fuerza de un padre poderoso, imbatible y en el que se puede confiar, la dulzura, el desprendimiento y el sacrificado amor de una buena madre.

Los jóvenes dan frecuentemente como motivo de su deseo de casarse la necesidad de tener una mujer maternal en la casa, y la posibilidad de satisfacer sus necesidades sexuales sin molestias ni complicaciones.

En realidad, lo que se cree que asegura la madurez y la independización es en realidad una oculta esperanza de asegurarse una protección, prolongar la relación filio-paternal,

con todos los privilegios del niño y con la menor cantidad posible de limitaciones¹⁹⁶.

Y por todo el país, además, había otros indicios ominosos de una creciente e incontrolable violencia entre los padres jóvenes y sus hijos, prisioneros de esta dependencia pasiva. Un siquiatra declaró que algunas de estas esposas reaccionaban contra la hostilidad de sus maridos volviéndose aún más dependientes de ellos, hasta que algunas veces se convertían en seres incapaces de moverse, de dar un paso por iniciativa propia. Esto no hacía que sus esposos las trataran con más amor, sino con más rabia. ¿Y qué ocurría con la rabia que las esposas no se atrevían a emplear contra sus maridos? Veamos un artículo de la revista *Time*, en su número de 20 de julio de 1962, sobre el “Síndrome del niño golpeado”: “Para muchos médicos, este síndrome se está volviendo angustiosamente habitual. Un niño, generalmente menor de tres años, es llevado a consulta con varias fracturas, incluyendo a menudo fracturas de cráneo. Los padres demuestran la natural preocupación, dicen que el niño se cayó de la cama, que rodó por las escaleras, o fue herido por un compañero de juegos. Pero los rayos X y la experiencia llevan al médico a una conclusión diferente: el niño ha sido golpeado por sus padres.” Reuniendo informes de 71 hospitales, un equipo de la Universidad de Colorado encontró 302 casos de niños golpeados en un solo año; 33 murieron, 85 sufrieron lesiones permanentes en el cerebro.

Los padres, que habían llegado a “dar patadas y puñetazos a

196 Oscar Sternbach, “Sex Without Love and Marriage Without Responsibility”, discurso pronunciado en la 38 Conferencia Anual de la Asociación para el Estudio del Niño de Norteamérica, marzo 12, 1962, ciudad de Nueva York (copia al ciclostilo).

sus hijos, a retorcerles los brazos, a darles martillazos o azotarlos con las hebillas de sus cinturones y a producirles quemaduras con cigarrillos o con planchas eléctricas”, podían vivir tanto en casas lujosas de los barrios residenciales, como en modestas casas de vecindad.

La A.M.A (American Medical Association) predijo que cuando se hayan completado las estadísticas sobre el síndrome del niño golpeado, “es probable que se descubra que es causa más frecuente de muerte que esas enfermedades tan bien conocidas y concienzudamente estudiadas, como la leucemia, la fibrosis cística y la distrofia muscular”.

El progenitor que tiene más oportunidades de golpear al niño es, desde luego, la madre. Como decía una joven madre de cuatro hijos a su médico, al confesarle sus veleidades de suicidarse:

No parece que exista ninguna razón para que yo continúe viviendo. No hay nada que yo anhele o ansíe. Jim y yo apenas nos hablamos, salvo cuando se trata de cuentas o de cosas que se necesitan en la casa. Sé que le molesta sentirse tan viejo y con un porvenir tan limitado, cuando todavía es joven, y me echa a mí la culpa porque fui yo la que quiso que nos casáramos entonces. Pero lo peor de todo es la envidia que me inspiran mis propios hijos. Casi les odio porque tienen sus vidas por delante, mientras que la mía ya está terminada.

Puede que sólo sea una coincidencia simbólica, pero la misma semana, aunque los propagandistas de la dedicación absoluta a

los hijos y la familia reconocían la verdadera significación de los matrimonios prematuros, el *New York Times Book Review*, del 18 de marzo de 1962, destacaba la popularidad sin precedentes entre los norteamericanos adultos de los libros que trataban del “amor” entre personas y animales. En cincuenta años no ha habido tantos libros sobre animales en las listas de libros más vendidos en los Estados Unidos, como en los últimos tres años (1959–62). Los animales han predominado siempre en la literatura infantil, ya que con la madurez las personas se interesan más por sus semejantes. (Es solamente un símbolo, pero en el test de Rorschach, la preponderancia de las imágenes de animales sobre las imágenes humanas es un síntoma de infantilismo). Y de esta suerte, la deshumanización progresiva ha llevado a las mentes norteamericanas, en los últimos quince años, de una adoración de la juventud a este enfermizo amor hacia nuestros propios hijos; de la preocupación por los detalles físicos del sexo, en sí, sin conexión con ningún individuo determinado, al amor del ser humano por el animal. ¿Dónde se terminará todo esto? Yo creo que no terminará mientras la mística de la feminidad siga disimulando la vaciedad del papel de ama de casa, animando a las muchachas a eludir su propio desarrollo para obligar a otros a vivir sus propios deseos reprimidos, para vivir una vida sin finalidad propia. Hemos pasado demasiado tiempo criticando o compadeciendo a las madres que devoran a sus hijos, que siembran la semilla de la deshumanización progresiva, porque ellas mismas no han llegado nunca al total desarrollo de su personalidad. Si la culpa es de la madre, ¿por qué no ha llegado la hora de romper con el viejo molde e incitar a estas “Bellas Durmientes” a alcanzar su total desarrollo y a vivir sus propias vidas? Nunca habrá suficientes “Príncipes Encantados”, o suficientes especialidades

para romper este viejo molde. Es misión de la sociedad y, en el fondo, misión particular de cada mujer. No es la fuerza de las madres lo que falla sino esa debilidad, esa dependencia pasiva e infantil y esa falta de madurez, que se toman, equivocadamente por “feminidad”. Nuestra sociedad obliga a los muchachos, con toda la fuerza de que es capaz, a desarrollarse, a soportar los dolores del desarrollo, a aprender a trabajar y a avanzar en la vida. ¿Por qué no se obliga a las muchachas a que se desarrollen, a que lleguen a alcanzar su total personalidad, poniendo así un fin a ese innecesario dilema, a esa obligada y equivocada elección entre humanidad y feminidad que implica la mística de la feminidad?

Ya es hora de que se deje de exhortar a las madres a que amen más a sus hijos, y enfrentarse de una vez con la paradoja de que la mística de la feminidad exija que las mujeres se dediquen por completo a su hogar y a sus hijos, y el hecho de que en la mayoría de los casos que ahora se tratan en las clínicas de orientación infantil sólo se resuelven cuando se ayuda a las madres a que se interesen por cosas que les conciernen personalmente, sin tener que satisfacer sus necesidades emocionales a través de sus hijos. Ya es hora de que se deje de exhortar a las mujeres para que sean más “femeninas”, cuando esto crea en ellas una pasividad y una dependencia que despersonaliza el sexo, impone una carga insoportable a sus maridos y crea una creciente pasividad en sus hijos.

No es una exageración calificar de enfermedad al estado de estancamiento de millones de amas de casa norteamericanas, una enfermedad que adquiere la forma de una progresiva debilitación del “ego”, que está siendo transmitido a hijos e hijas

en una época en que los aspectos deshumanizados de la moderna cultura de las masas hacen necesario que los hombres y las mujeres tengan una fuerte conciencia de sí mismos, lo suficientemente fuerte para conservar la personalidad del individuo a través de las aterradoras e impredecibles presiones del variable ambiente que nos rodea. La fuerza de las mujeres no es la causa, sino el remedio de esta enfermedad. Sólo cuando se permita que las mujeres usen toda su fuerza, que desarrollen plenamente todas sus facultades, podrá ser destruida la mística de la feminidad y detenida la progresiva deshumanización de sus hijos. Y la mayoría de las mujeres ya no pueden utilizar toda su fuerza, alcanzar el total desarrollo de su personalidad, siendo amas de casa.

Es urgente comprender que la misma condición de ser ama de casa puede crear en las mujeres un sentido de vacío, de inexistencia y de nulidad. Hay facetas del papel de ama de casa que hacen casi imposible que una mujer de inteligencia plenamente desarrollada pueda conservar el sentido de su individualidad, el firme núcleo de su “ego” o de su “yo”, sin el cual cualquier ser humano, sea hombre o mujer, no está verdaderamente vivo. Para las mujeres capacitadas estoy convencida de que hay algo en ser ama de casa que es peligroso. En un sentido, que no es tan forzado como pudiera parecer, las mujeres que se “adaptan” al papel de amas de casa, que alcanzan su desarrollo queriendo ser “solamente amas de casa”, corren un peligro tan grande como los millones de seres que marchaban hacia la muerte en los campos de concentración, y los millones de personas que se negaban a creer en la existencia de los campos de concentración.

De hecho, existe una misteriosa y desagradable explicación de por qué una mujer puede perder tan fácilmente el sentido de su “ego”, en ciertas observaciones psicológicas hechas sobre el comportamiento de los prisioneros en los campos de concentración nazis. En estos lugares, inventados precisamente para la deshumanización del hombre, los prisioneros se convirtieron literalmente en “cadáveres andantes”. Aquellos que se “adaptaron” a las condiciones de los campos, abdicaron de su personalidad humana y fueron a la muerte casi con indiferencia. Pero lo extraño del caso es que las condiciones que destruían la personalidad de tantos prisioneros no eran ni las torturas ni las crueldades, sino unas condiciones similares a las que destruyen la personalidad y la individualidad de las amas de casa.

En los campos de concentración se obligaba a los prisioneros a comportarse de una manera infantil, a abdicar de su propia personalidad y a sumergirse en una masa amorfa. Su capacidad de autodeterminación y su posibilidad de prever el futuro y prepararse para lo que va a suceder, fue sistemáticamente destruida. Fue un proceso gradual, que fue desarrollándose en fases imperceptibles; pero al final, una vez anulado el autorrespeto, cuando el prisionero se encontró privado del marco de referencias de la conducta normal del adulto, el proceso de deshumanización se completó. Éste fue el proceso que observó Bruno Bettelheim, psicoanalista y psicólogo, cuando estuvo prisionero en Dachau y Büchenwald en 1939.¹⁹⁷

Cuando entraban en el campo de concentración, los

197 Bruno Bettelheim, *The Informed Heart-Autonomy in a Mass Age*, Glencoe, Bl., 1960.

prisioneros eran separados casi traumáticamente de las cosas que les interesaban como adultos. Sólo esto era ya un golpe a su personalidad más grave que el confinamiento físico. Unos pocos, sólo muy pocos, eran capaces de ocuparse aisladamente de algo que les hubiese interesado anteriormente. Pero el hacer esto uno sólo era muy difícil; incluso el hablar de estas cosas que interesan a los adultos o mostrar alguna iniciativa para conseguirlas, provocaba la gran hostilidad de los demás prisioneros. Los prisioneros recién llegados trataban de mantener vivo su antiguo interés por las cosas del pasado, pero los “prisioneros veteranos parecían interesados principalmente en el problema de cómo vivir lo mejor posible en el campo de concentración”.

Para los prisioneros veteranos, el campo de concentración era el único mundo real¹⁹⁸. Estaban reducidos a preocupaciones infantiles sobre la comida, la defecación, o la satisfacción de las primitivas necesidades corporales; no disfrutaban de intimidad y no recibían ningún estímulo del mundo exterior.

Pero, sobre todo, se les obligaba a pasar el día realizando trabajos que producían una gran fatiga, no porque fuesen físicamente agotadores, sino porque eran monótonos, interminables y no requerían concentración mental, no daban esperanza de mejoras o de ascensos, o de que se reconociera el esfuerzo realizado; eran a veces trabajos que carecían de sentido o cuyo sentido les era desconocido y cuyo ritmo era marcado por las máquinas.

Era un trabajo que no emanaba de la propia personalidad del prisionero, que no permitía una verdadera iniciativa ni la

198 *Ibid.*, pp. 162-169.

expresión de la propia personalidad, que ni siquiera permitían delimitar o calcular el tiempo.

Y cuanto más renunciaban los prisioneros a su personalidad adulta, más se preocupaban por el temor de que estaban perdiendo su potencia sexual, y más se preocupaban por la satisfacción de las más simples necesidades animales. Al principio, el renunciar a su propia personalidad, el perderse en el anonimato de la masa, el sentir que “todos estaban corriendo la misma suerte” les producía cierto alivio. Pero, aunque parezca extraño, la verdadera amistad no surgió en este ambiente¹⁹⁹. Incluso la conversación, que era el pasatiempo favorito de los prisioneros y que ayudó mucho a hacer soportable aquella vida, cesó pronto de tener un verdadero significado²⁰⁰. De esta suerte la rabia fue creciendo en ellos. Pero la rabia de estos millones de hombres, que podría haber derrumbado las alambradas y anulado las armas de los SS, se volvió contra ellos mismos y contra los prisioneros que eran aún más débiles que ellos. Entonces se sintieron más impotentes de lo que eran en realidad y consideraron a los SS y a las alambradas incluso mucho más inexpugnables de lo que eran en realidad.

Llegó a decirse, finalmente, que los enemigos de los prisioneros no eran los SS, sino los propios prisioneros. Porque no eran capaces de ver su situación tal y como realmente era, “porque negaban la realidad de su problema, y al final se adaptaban” al campo de concentración, como si éste fuese la única realidad –se hallaban encerrados en la prisión de sus propias mentes. Las armas de los SS no eran suficientes para

199 *Ibid.*, p. 231.

200 *Ibid.*, pp. 233 y ss.

mantener sometidos a todos aquellos prisioneros. Se les trató de forma que ellos mismos se encerraban, ellos mismos se aprisionaban, convirtiendo el campo de concentración en su mundo único y total, cerrando sus ojos al mundo más amplio del pasado, a sus responsabilidades para el futuro. Los que sobrevivieron, los que no murieron ni fueron exterminados, fueron aquellos que lograron conservar en un cierto grado esencial los valores y el interés adultos que habían constituido la esencia de su pasada personalidad.

Todo esto parece tremendamente alejado de la cómoda vida del ama de casa norteamericana de las urbanizaciones residenciales. ¿Pero no es su casa, en realidad, un comfortable campo de concentración? Las mujeres que viven de acuerdo con el modelo de la mística de la feminidad, ¿no han quedado aprisionadas dentro de las estrechas paredes de sus hogares? Han aprendido a “adaptarse” a su papel biológico. Se han vuelto pasivas, infantiles, dependiendo de los demás: han renunciado a su estructura adulta, para vivir en el más bajo nivel, basado únicamente en cosas y alimentos. El trabajo que realizan no requiere facultades propias de un adulto, es interminable, monótono, y sin compensaciones. Las norteamericanas no están siendo preparadas, desde luego, para una exterminación en masa, pero están sufriendo una muerte lenta de la mente y del espíritu, como ocurría con los prisioneros en los campos de concentración. Hay algunas mujeres que han resistido a esta muerte, que han conseguido defender su esencia, que no han perdido el contacto con el mundo exterior, y que emplean sus capacidades con algún objeto creador. Son mujeres dotadas de energía e inteligencia que se han negado a “adaptarse” al papel de ama de casa.

He dicho una y otra vez que la educación ha impedido que las mujeres norteamericanas se “adapten” a su papel de amas de casa. Pero si la educación, que ayuda al desarrollo del ser humano, que destila lo que la mente humana ha descubierto y creado en el pasado, y da al hombre la facultad de crear su propio futuro; si la educación ha hecho que un número cada vez mayor de mujeres norteamericanas se sientan apesadadas, frustradas, culpables como amas de casa, es indudable que esto debe ser considerado como una señal evidente de que las mujeres han rebasado ya el papel de amas de casa.

Es imposible conservar nuestra propia personalidad “adaptándonos” durante un determinado período de tiempo a un medio ambiente cultural que, en sí mismo, es destructor de la personalidad. Es verdaderamente muy duro para un ser humano sostener esa división “interna”; conformarse exteriormente a una realidad, mientras interiormente se trata de mantener intactos los valores que esa realidad niega.

El confortable campo de concentración en el que se han metido las mujeres norteamericanas o han sido inducidas a meterse por otros, es exactamente esa realidad, un medio ambiente que no reconoce la personalidad adulta de las mujeres. Al adaptarse a esa realidad, la mujer atrofia su inteligencia y se vuelve infantil, vuelve la espalda a su identidad individual, para convertirse en un robot biológico anónimo, en una masa dócil. Se convierte en algo menos que humano, devorada por presiones externas; mientras ella, a su vez, devora a su esposo y a sus hijos. Y cuanto más se conforma, menos siente como si realmente existiera. Busca su seguridad en las

cosas, oculta su temor de perder su potencia humana comprobando su capacidad sexual, vive una vida parasitaria alimentada por múltiples fantasías o a través de la vida de su esposo y la de sus hijos. No quiere que se le recuerde el mundo exterior; se llega a convencer de que nada de lo que ella pueda hacer con su propia vida o con el mundo vale la pena. Pero no importa con qué frecuencia se diga a sí misma que esta renuncia de su personalidad es un sacrificio necesario para sus hijos y esposo, ello no sirve a ningún objetivo real. Así, la energía activa que debería emplear en el mundo se convierte, por el contrario, en terrible cólera que no se atreve a volver contra su marido, se avergüenza de volver contra sus hijos y acaba finalmente por volver contra ella misma. Y sin embargo, en el confortable campo de concentración, como en los verdaderos campos de concentración, algo muy fuerte dentro de la mujer lucha para que ésta no muera.

Al relatar una inolvidable experiencia en un campo de concentración, Bettelheim habla de un grupo de prisioneros desnudos –que ya no eran seres humanos, sino simples y dóciles robots– que esperaban en fila para entrar en la cámara de gas. El comandante en jefe de los SS, enterado de que una de las prisioneras había sido bailarina, le ordenó que bailara. Así lo hizo y mientras bailaba se fue acercando al comandante, cogió su pistola y le mató. Inmediatamente ella cayó a su vez muerta de un balazo; pero Bettelheim se pregunta:

“¿No es probable que a pesar de lo grotesco del escenario en que bailaba, el baile la convirtiera otra vez en persona? Al bailar se individualizó, al serle pedido que actuara de acuerdo con lo que, en un tiempo, había sido su trabajo

vocacional. Ya no era un simple número, un prisionero sin nombre ni personalidad, sino la bailarina que anteriormente había sido. Transformada, aunque transitoriamente, reaccionaba con su antiguo ego, destruyendo al enemigo dedicado a su destrucción, aun cuando ella tuviera que morir al hacerlo.”

A pesar de los cientos de miles de muertos vivientes que avanzaban tranquilamente hacia sus tumbas, este ejemplo demuestra que en un instante puede recuperarse la antigua personalidad, su destrucción anulada, cuando decimos, en nuestro fuero interno, que deseamos dejar de ser números dentro de un sistema. Haciendo uso de la libertad perdida, que ni el campo de concentración podía quitarnos, recobramos la decisión de cómo deseamos pensar y sentir con respecto a las propias condiciones de nuestra propia vida. Esta bailarina logró escapar de su verdadera prisión. Pudo hacerlo porque estaba dispuesta a arriesgar su vida para recuperar su independencia una vez más²⁰¹.

La casa de la urbanización residencial no es un campo de concentración alemán, ni tampoco las amas de casa norteamericanas van camino de la cámara de gas. Pero han caído en una trampa, y para escapar de ella, como la bailarina, tienen que ejercer finalmente su libertad y recuperar el sentido de su mismidad. Deben negarse a carecer de nombre, de personalidad, a ser manejadas y vivir otra vez sus propias vidas de acuerdo con el objetivo escogido por ellas mismas. Deben comenzar a desarrollar su personalidad.

201 *Ibid.*, p. 265.

XIII. LA ANULACIÓN DEL EGO

Los científicos que estudian el comportamiento humano se interesan cada vez más por la necesidad básica humana de desarrollarse, de evolucionar, por la voluntad del hombre de desarrollar todas las posibilidades que existen latentes en él. Los pensadores en muchos campos –desde Bergson a Kurt Goldstein, Heinz Hartmann, Allport, Rogers, Jung, Adler, Rank, Homey, Angyal, Fromm, May, Maslow, Bettelheim, Riesman, Tillich, y los existencialistas– todos reconocen una evidente tendencia de evolución dentro del organismo, la cual, desde su interior, le impulsa a un mayor desarrollo, a su auto-realización. Esta “voluntad de acción”, “auto-afirmación”, “dominación” o “independencia”, como se denomina indistintamente, no supone ambición o lucha por el predominio en el sentido usual; es el individuo que afirma su derecho a la existencia y al ejercicio de su potencialidad; es “el valor de ser un individuo”²⁰². Sin embargo, muchos de estos pensadores han anticipado un nuevo

202 Rollo May, “The Origins and Significance of the Existential Movement in Psychology”, en *Existence, A New Dimensión in Psychiatry and Psychology*, Rollo May, Ernest Angel and Henri F. Ellenberger, eds., Nueva York, 1958, pp. 30 y s. (Ver también

concepto del hombre psicológicamente sano, y de lo que es normal y patológico. La normalidad está considerada como “la mayor perfección de que somos capaces”. La premisa consiste en que el hombre únicamente es feliz, se siente satisfecho de sí mismo, sano y sin culpabilidad cuando está realizándose a sí mismo y llegando a ser todo lo que puede ser. En este nuevo pensamiento psicológico que trata de comprender lo que hace humano al hombre, y define la neurosis como aquello que destruye la capacidad del hombre de llegar a la realización de su propia existencia, el tiempo significativo es el futuro. No le basta a un individuo con ser amado y aceptado por los demás, “co-adaptarse” a la cultura del tiempo en que vive. Debe tomar su existencia con la suficiente seriedad para realizar su propia misión en la vida y en el futuro; hace fracasar su vida cuando no consigue realizar todas las posibilidades de su ser.

Durante muchos años, los psiquiatras han intentado “curar” los conflictos de sus pacientes adaptándolos al ambiente de su época. Pero la adaptación a un ambiente que no permite la plena realización de todo nuestro ser, no es en modo alguno una cura, según los modernos psicólogos:

El paciente acepta entonces un mundo limitado y sin lucha, porque ahora su mundo se identifica con el ambiente que le rodea. Y dado que la ansiedad llega sólo con la libertad, el paciente olvida naturalmente su ansiedad: queda libre de sus síntomas patológicos porque renuncia a las posibilidades que causaron su ansiedad... Queda pendiente naturalmente la cuestión de hasta qué punto la liberación

del conflicto, por la renuncia al ser, puede conseguirse sin generar en los individuos o en los grupos sociales una desesperación oculta, un resentimiento reprimido que más tarde estallará en un deseo de autodestrucción, ya que la historia proclama una y otra vez que más tarde o más temprano surge la necesidad humana de ser libre²⁰³.

Puede que estos pensadores desconozcan cuán exactamente están describiendo la clase de adaptación que ha sido infligida a las amas de casa norteamericanas. Lo que están describiendo como una oculta autodestructividad en el hombre es, creo, no menos destructiva en las mujeres que se adaptan a la mística de la feminidad, que esperan vivir a través de sus maridos e hijos, que únicamente desean ser amadas y estar seguras, ser aceptadas por otros, que jamás aceptan una misión personal para con la sociedad o para con el futuro, que jamás desarrollan su potencialidad humana. Los adaptados o curados, que viven sin conflicto o ansiedad en el mundo limitado del hogar, han anulado su propio ser; los otros, los desgraciados, los frustrados, aún tienen alguna esperanza. Porque el problema que no tiene nombre, a causa del cual sufren hoy día tantas mujeres en los Estados Unidos, está causado por la adaptación a un modelo que no les permite llegar a ser lo que realmente pueden ser. Es la creciente desesperación de las mujeres que han anulado su propia existencia, aun cuando al hacerlo tal vez hayan eludido también esa sensación de temor y soledad que siempre acompaña a la libertad.

La ansiedad aparece en el momento en que alguna naciente

203 Rollo May, "Contributions of Existential Psychotherapy", en *Existence, A New Dimensión in Psychiatry and Psychology*, p. 87.

potencialidad o posibilidad se enfrenta con el individuo, alguna posibilidad de cumplir o realizar su existencia; pero esta misma posibilidad supone destrucción de la seguridad presente, lo que por consiguiente incrementa la tendencia a rechazar la nueva potencialidad²⁰⁴.

Las modernas corrientes de pensamiento, que no se limitan sólo al existencialismo, no pretenden disculpar la culpabilidad de una persona que se niega a aceptar las posibilidades intelectuales y espirituales de su existencia. No todos los sentimientos de culpabilidad humana son infundados; la culpabilidad por asesinato no puede ser atenuada, como tampoco la culpabilidad por el crimen cometido contra uno mismo. Como se dijo de un hombre: “El paciente era culpable porque había reprimido o encerrado en su interior algunas de sus potencialidades esenciales”²⁰⁵. El fracaso en la realización de las plenas posibilidades de su existencia no ha sido estudiado bajo el aspecto patológico en la mujer, porque la adaptación femenina está considerada como normal tanto en los Estados Unidos, como en casi todos los países del mundo.

Pero podríamos aplicar a millones de mujeres, adaptadas al papel de amas de casa, las observaciones de los neurólogos y psiquiatras que han examinado a pacientes varones, con parte de sus cerebros arrancados por un disparo, o esquizofrénicos que por otras causas han anulado su capacidad de relacionarse con el mundo real. Se ha comprobado que tales pacientes han perdido su única característica humana: la capacidad de trascender el presente y actuar de acuerdo con lo que puede

204 *Ibid.*, p. 52.

205 *Ibid.*, p. 53.

llegar a suceder, la misteriosa capacidad de actuar o de configurar el futuro²⁰⁶.

Es precisamente esta cualidad humana única de trascender el presente, de vivir la propia vida por razones que miran hacia el futuro –no vivir a merced del mundo, sino como constructor y diseñador de éste– lo que marca la diferencia entre el comportamiento humano y comportamiento animal, o entre el hombre y la máquina. En este estudio sobre soldados que habían sufrido heridas en el cerebro, el doctor Kurt Goldstein encontró que lo que habían perdido era, ni más ni menos, la capacidad del pensamiento abstracto humano: pensar en términos de “lo posible”, ordenar el caos de los detalles concretos por medio de una idea, actuar siguiendo un propósito. Estos hombres se hallaban ligados a la situación inmediata en que se había producido el shock; su sentido del tiempo y del espacio había sido drásticamente reducido, habían perdido su libertad²⁰⁷.

Una cotidianeidad similar es la que restringe el mundo de un esquizofrénico deprimido, para quien cada día es una isla sin pasado ni futuro. Cuando esta clase de pacientes tiene la terrible sensación de que su ejecución es inminente, ello es “el resultado, no la causa, de su falseada actitud hacia el futuro”.

206 Ibid., pp. 59 y s.

207 Véase Kurt Goldstein, *The Organism, A Holistic Approach to Biology Derived From Pathological Data on Man*, Nueva York y Cincinnati, 1939; ver también *Abstract and Concrete Behavior*, Evanston, 111., 1950; *Case of Idiot Savant* (en colaboración con Martin Scheerer), Evanston, 1945; *Human Nature in the Light of Psychopathology*, Cambridge, 1947, *After-Effects of Brain Injuries in War*, Nueva York, 1942.

No existía deseo ni acción que partiendo del presente se proyectara hacia el futuro, ligando los tediosos y monótonos días. En consecuencia, cada día tenía una independencia desacostumbrada; incapaz de sumergirse en la percepción de la continuidad de la vida, cada día la vida empezaba de nuevo, como una solitaria isla en el mar gris del tiempo... Parecía no existir un deseo de ir más allá; cada día era una exasperante monotonía de las mismas palabras, las mismas quejas, hasta que se tenía la sensación de que este ser había perdido toda noción de la necesaria continuidad... Su atención era fugaz y parecía incapaz de ir más allá de las cuestiones banales²⁰⁸.

Recientes experimentos efectuados por diversos sicólogos han revelado que la oveja es capaz de relacionar el pasado y el futuro con el presente durante unos quince minutos, y los perros por un espacio de media hora. Pero el hombre es capaz de traer al presente un pasado de más de miles de años como un guía de sus actos y puede proyectarse él mismo, por medio de la imaginación, hacia el futuro no sólo por media hora, sino por semanas e incluso años. Esta capacidad para “trascender los límites inmediatos del tiempo”, de actuar y reaccionar y considerar sus propias experiencias desde el pasado y el futuro, es lo único que distingue al ser humano²⁰⁹. Los soldados con heridas o lesiones cerebrales estaban así condenados al infierno inhumano de la eterna “cotidianeidad”.

Las amas de casa que sufren el terror del problema que no

208 Eugene Minkowski, “Findings in a Case of Schizophrenic Depression”, en *Existence, A New Dimensión in Psychiatry and Psychology*, pp. 132 y s.

209 O. Hobart Mowrer, “Time as a Determinant in Integrative Learning”, en *Learning Theory and Personality Dynamics*, Nueva York, 1950.

tiene nombre son víctimas de la misma fatal “cotidianeidad”. Como me lo explicó una de ellas: “No puedo decir que tenga verdaderos problemas, son los días interminables y aburridos, días inacabables, lo que me desespera.”

Las amas de casa que viven conforme a la mística de la feminidad no tienen un propósito personal que se proyecte hacia el futuro.

Pero sin este propósito que suscite todas sus capacidades, no pueden avanzar hacia su total realización. Sin este propósito, pierden la noción de quiénes son, pues el propósito es lo que da sentido humano a nuestro diario vivir²¹⁰.

Las amas de casa norteamericanas no han sido heridas en sus cerebros, y tampoco son esquizofrénicas en el sentido clínico. Pero si esta nueva manera de pensar es acertada y el impulso fundamentalmente humano no es el anhelo del placer o la satisfacción de las necesidades biológicas, sino la necesidad de desarrollarse y realizar el propio potencial, sus días, confortables, vacíos, sin objeto alguno, son, sin duda, la causa de un error indescriptible. En nombre de la feminidad, han

210 Eugene Minkowski, op. cit., pp. 133-138: Pensamos, actuamos y deseamos más allá de esa muerte, de la que incluso así, no podríamos escapar. La misma existencia de fenómenos tales como el deseo de hacer algo por las generaciones futuras indica claramente nuestra actitud a este respecto. En nuestro paciente, era ese impulso hacia el futuro, lo que parecía carecer totalmente... En este ímpetu personal existe un elemento de expansión; vamos más allá de los límites de nuestro propio ego y dejamos una huella personal en el mundo que nos rodea, creando obras, que se independizan de nosotros para vivir sus propias vidas. Esto va acompañado de un sentimiento específico y positivo que llamamos satisfacción: el placer que acompaña a toda acción acabada o decisión firme. Como sentimiento, es algo único... Nuestra total evolución individual consiste en intentar sobrepasar aquello que ya ha sido hecho. Cuando nuestra vida mental se enturbia, el futuro se cierra ante nosotros...

rechazado las oportunidades que les habrían dado un objetivo personal, un sentido de su existencia. Ya que, como dicen los existencialistas, los valores de la vida humana nunca cambian automáticamente. “El ser humano puede perder la existencia por propia elección, lo que no puede hacer un árbol ni una piedra”²¹¹.

Es seguramente cierto en lo que respecta a todo el potencial humano de la mujer lo que los primitivos sicólogos teóricos han considerado cierto con respecto a su capacidad sexual: que si se le impide realizar su verdadera función, enfermará. La frustración no sólo de necesidades tales como la sexual, sino de las capacidades individuales, podrían terminar en neurosis. Su ansiedad puede ser olvidada por la terapéutica, o tranquilizada por medio de píldoras o ahuyentada temporalmente por un trabajo absorbente. Pero su inquietud o desasosiego, su desesperación, no es ni más ni menos que un aviso de que su existencia como ser humano está en peligro, aun cuando haya encontrado una misión de acuerdo con los principios de la mística de la feminidad, actuando como esposa y como madre.

Sólo recientemente, y gracias al profesor A. H. Maslow, hemos llegado a aceptar el hecho de que existe una escala ascendente, una jerarquía de las necesidades del hombre (e igualmente de la mujer), que va desde las generalmente llamadas instintos, porque son compartidas con los animales, hasta las necesidades que surgen más adelante y son consecuencia del desarrollo del

211 Rollo May, “Contributions of Existential Psychotherapy”, pp. 31 y s. En la filosofía de Nietzsche, la individualidad y la dignidad nos “son dadas como un problema que nosotros mismos debemos resolver”; en la filosofía de Tillich, si no se tiene el “valor de ser” se pierde su propio ser; en la de Sartre, uno es sus propias elecciones.

hombre. Estas últimas, la necesidad de conocimiento, de auto-realización, son tan instintivas en el sentido humano como las necesidades del alimento, las sexuales o las de supervivencia, que compartimos con los animales. La libre aparición de las necesidades de conocimiento y auto-realización, parece depender de la previa satisfacción de las puramente fisiológicas. El hombre que está muy hambriento no siente otra preocupación que la del alimento. Las aptitudes que no sirvan para satisfacer el hambre son relegadas al último término. Pero, ¿qué ocurre con los deseos de un hombre, cuando hay suficiente pan y cuando su estómago está habitualmente lleno? Entonces aparecen otras necesidades de un nivel más superior y éstas dominan el organismo más que las tendencias fisiológicas²¹².

En cierto sentido, esta jerarquía evolutiva de las necesidades se aleja cada vez más del nivel fisiológico que depende del ambiente material que lo rodea, y tiende hacia un nivel relativamente independiente del medio ambiente, cada vez más autodeterminado. Pero un hombre puede ser fijado en un nivel de necesidades más bajo; las necesidades superiores pueden perderse o canalizarse hacia antiguos caminos y tal vez no emerger jamás.

El progreso, que conduce finalmente hacia el más alto nivel humano, es fácilmente bloqueado: por ejemplo, por la privación de una necesidad más baja, como la necesidad del alimento o la sexual; bloqueado también por la canalización de toda la existencia hacia esas necesidades inferiores, rehusando reconocer que existen otras superiores.

212 A. H. Maslow, *Motivation and Personality*, p. 83.

En nuestra civilización el desarrollo de la mujer ha quedado bloqueado al nivel fisiológico, y, en muchos casos, no se reconoce otra necesidad superior a la amorosa o de satisfacción sexual. Incluso la necesidad del auto-respeto, de la propia estimación y de la estimación hacia los demás –“el deseo de confianza en sí mismo, de realización, de suficiencia, de dominio y competencia, de confianza frente al mundo, y el de independencia y libertad”– no se le reconocen abiertamente a la mujer. Pero indudablemente la frustración de la necesidad de propia estimación, que produce sentimientos de inferioridad, debilidad y desamparo en el hombre, puede tener el mismo efecto en la mujer. La propia estimación, en la mujer como en el hombre, puede estar basada sólo en la capacidad real, en la competencia y en la realización; en el respeto (justamente merecido) antes que en la adulación injustificada. Pese a la glorificación del lema “ocupación: ama de casa”, si esta ocupación no exige, o permite, la plena realización de todas las capacidades de la mujer, no puede proveer la adecuada propia-estimación, y mucho menos cimentar el camino hacia un nivel más alto de auto-realización.

Vivimos en una época en que una gran mayoría de las necesidades humanas superiores están reducidas, o son consideradas como unas derivaciones simbólicas de la necesidad sexual. Algunos pensadores avanzados ponen seriamente en duda estas “explicaciones por reducción a un común denominador”. Aunque toda clase de simbolismos sexuales de patología emocional pueden ser encontrados por los que investigan, con este objeto, en las obras y en los años de juventud de un Shakespeare, de un Da Vinci, de un Lincoln, de un Einstein, de un Freud o de un Tolstoi, estas “reducciones” no explican la obra que existía más allá del hombre, la creación

única, que era suya y no de un hombre con una patología semejante. Pero el símbolo sexual es más fácil de reconocer que el sexo en sí, como símbolo. Si la necesidad que tiene la mujer de personalidad, de propia estimación, de realización y finalmente de expresión de su individualidad humana única, no son reconocidas por ella misma o por los demás en nuestra civilización, se verá obligada a buscar su personalidad y su propia estimación por los únicos canales que le están abiertos: la persecución de la satisfacción sexual, la maternidad y la posesión de objetos materiales. Y, encadenada a estos objetivos, queda reducida a un nivel de vida más bajo, privada de la realización de sus más elevadas necesidades.

Naturalmente se sabe muy poco de la patología o de la dinámica de estas necesidades humanas superiores –el deseo de conocer y entender, la búsqueda de la verdad, el conocimiento y la sabiduría, el estímulo para desentrañar los misterios cósmicos– porque carecen de importancia clínica, en la tradición médica de la cura de enfermedades.

Comparada con los síntomas de las neurosis clásicas, como las que descubrió Freud como originadas por la represión de las necesidades sexuales, esta clase de sicopatología resultaría descolorida, demasiado sutil y se la dejaría fácilmente de lado o se la clasificaría como normal.

Pero es un hecho probado por la historia, si no por la observación clínica o en los laboratorios, que el hombre siempre ha buscado el conocimiento y la verdad, incluso haciendo frente a los mayores peligros.

Además, recientes estudios sobre individuos psicológicamente sanos han demostrado que esta búsqueda, esta preocupación por cuestiones superiores, es una de las características definitorias de la salud.

Hay algo inferior a lo totalmente humano en aquellos que jamás han conocido una dedicación a una idea, que jamás han osado explorar lo desconocido, en los que jamás han intentado un tipo de creación de que tanto los hombres como las mujeres son capaces en potencia. Como dice A. H. Maslow:

Las aptitudes claman por ser utilizadas, y tan sólo dejan de clamar cuando son bien utilizadas. Es decir, las aptitudes son al mismo tiempo necesidades. No sólo causa placer el utilizarlas, sino que es también una necesidad.

El órgano o la aptitud no utilizados, pueden convertirse en un núcleo de enfermedad o también en una atrofia, rebajando así al individuo²¹³.

Pero las mujeres en los Estados Unidos no son estimuladas, ni se espera de ellas que empleen todas sus aptitudes. En nombre de la feminidad, se las alienta a eludir su desarrollo humano.

El desarrollo no produce únicamente satisfacciones y placer, sino también muchos dolores intrínsecos y siempre los producirá. Cada paso hacia adelante es un paso hacia lo desconocido y es considerado como probablemente peligroso. A menudo significa la renuncia a algo familiar, bueno y

213 A. H. Maslow, "Some Basic Propositions of Holistic-Dynamic Psychology", documento inédito, Universidad de Brandéis.

satisfactorio. Con frecuencia significa una ausencia y una separación con la consiguiente nostalgia, soledad y aflicción. A menudo significa también la renuncia a una vida más simple y sencilla, una vida con menos esfuerzo, a cambio de otra más exigente, más difícil. El desarrollo se consigue pese a estas dificultades, por lo que exige valor y fortaleza en el individuo, así como la protección, la autorización y el estímulo del medio ambiente, especialmente en el caso del niño.

¿Qué ocurre cuando el medio ambiente contempla con desagrado este valor y fortaleza, a veces prohibiendo virtualmente y rara vez alentando realmente el desarrollo de la criatura, cuando se trata de una niña? ¿Qué ocurre si el desarrollo del ser humano se considera como algo antagónico con la feminidad, con la realización de la mujer como tal mujer, con la sexualidad de la mujer? La mística de la feminidad implica la elección entre “ser una mujer” y arriesgarse a sufrir los dolores del desarrollo completo. Miles de mujeres, reducidas a la vida biológica por el medio ambiente, adormecidas en una falsa sensación de seguridad anónima en sus confortables campos de concentración, han hecho una elección equivocada. La ironía de esta elección errónea es la siguiente: la mística persiste en ofrecer “la plena realización femenina” como premio por limitarse a ser tan sólo esposa y madre. Pero no es casual que miles de amas de casa de las urbanizaciones residenciales no hayan obtenido ese premio. La simple verdad parece consistir en que la mujer jamás alcanzará su total realización sexual ni el máximo disfrute del amor humano, en tanto no se la permita y se la aliente a desarrollar toda su capacidad de ser humano. Ya que de acuerdo con los modernos sicólogos teóricos, la auto-realización, lejos de impedir la más elevada

realización sexual, va unida inseparablemente a ella. Y existe algo más que una razón teórica para creer que esto es tan cierto para el hombre como para la mujer.

A finales de los años treinta, el profesor Maslow comenzó a estudiar la relación entre la sexualidad y lo que él llama “sensación de dominio”, “propia estimación” o “nivel del ego” en 130 mujeres, con educación universitaria y grado de inteligencia similar, con edades entre los veinte y veintiocho años, la mayoría de ellas casadas, viviendo en ciudades y pertenecientes a la clase media protestante²¹⁴. Encontró que, contrariamente a lo que cabría esperar de acuerdo con las teorías sicoanalíticas y la idea convencional de la feminidad, cuanto más “dominante” es la mujer, mayor es su placer sexual y mayor su capacidad de “sumisión” en el sentido psicológico, de entregarse libremente en el amor y de gozar sexualmente. No quería decir esto que estas mujeres con alto grado de “dominación” fueran más “sexuadas”, sino que, sobre todo, eran más completamente ellas mismas, más libres de ser ellas mismas y esto parecía estar estrechamente vinculado con una mayor libertad para entregarse en el amor. En sentido corriente, diríamos que estas mujeres no eran “femeninas”, pero disfrutaban de su plena realización sexual en más alto grado que las mujeres convencionalmente femeninas del mismo grupo estudiado.

No he visto nunca que se hayan discutido estas conclusiones en los libros de vulgarización psicológica sobre la feminidad o la

214 A. H. Maslow, “Dominance, Personality and Social Behavior in Women”, *Journal of Social Psychology*, 1939, vol. 10, pp. 3-39; y “Self-Esteem (Dominance Feeling) and Sexuality in Women”, *Journal of Social Psychology*, 1942, vol. 16, pp. 259-294.

sexualidad de las mujeres. Quizás no fuera considerado, incluso por los teóricos, como característica importante. Pero sus resultados dan mucho que pensar a las mujeres norteamericanas de hoy día, que rigen sus vidas conforme a los dictados de la mística de la feminidad.

Recuérdese que este estudio fue realizado a finales de los años treinta, antes de que la mística se convirtiera en algo dominante. Para estas mujeres recias, decididas y educadas, evidentemente no existía conflicto entre la fuerza que las impulsaba a su plena realización y la que las impulsaba hacia el amor. He aquí la forma en que el profesor Maslow comparó a estas mujeres con sus hermanas más “femeninas”, en relación con ellas mismas y en relación con su sexualidad:

La fuerte sensación de dominio trae consigo una gran confianza en sí mismo, auto-confianza, auto-suficiencia, un elevado concepto del yo, sentimientos de capacidad o de superioridad en general y ausencia de reserva y timidez, de escrúpulos excesivos o de turbación. La sensación debilitada de dominio encierra falta de confianza o de seguridad en sí mismo, y una falta de propia-estimación; en vez de esos sentimientos se presentan sensaciones intensas de inferioridad específica y general, timidez y temor, desconfianza en uno mismo.

La persona que se reconoce como totalmente carente de lo que ella misma podría llamar “confianza en sí misma”, en general, pretenderá que su confianza se basa en su hogar, en su capacidad de guisar, de coser, de actuar como madre..., pero casi siempre subestima en mayor o menor grado sus facultades

y capacidades específicas; la persona con una fuerte sensación de dominio generalmente valora sus capacidades de forma realista y justa²¹⁵.

Estas mujeres con fuerte sentido de dominio no eran “femeninas” en el sentido convencional, en parte porque se sentían libres de escoger, en lugar de verse limitadas por los convencionalismos y en parte porque eran más enérgicas, en tanto que individuos:

Tales mujeres prefieren ser tratadas “como una persona y no como una mujer”. Prefieren ser independientes, vivir en la realidad y generalmente no quieren que se les hagan concesiones que suponen de una manera implícita que son inferiores, débiles o que precisan de una atención especial y no que pueden arreglárselas ellas mismas. Esto no significa que no puedan comportarse de un modo convencional. Lo hacen cuando es necesario o conveniente por cualquier razón, pero no toman en serio los convencionalismos corrientes. Una frase común es: “puedo ser tan gentil, dulce y lánguida como cualquier otra mujer, pero en guasa”...

Las reglas o las normas sociales, como tales, no significan nada para esas mujeres. Únicamente cuando ellas mismas dan su beneplácito a estas normas y pueden ver y aprobar la intención que las ha motivado, es cuando las acatan..., son mujeres fuertes, con un objetivo y que rigen sus vidas por normas, pero normas autónomas que han establecido ellas mismas...

215 A. H. Maslow, “Dominance, Personality and Social Behavior in Women”, op, cit., pp. 3-11.

Las mujeres con una sensación debilitada de dominio son muy distintas. Generalmente no se atreven a quebrantar las reglas, incluso cuando (muy raramente) las desaprueban. Su moralidad y su conducta son, por regla general, totalmente convencionales. Es decir, hacen lo que les han enseñado a hacer sus padres, sus profesores o su religión. El dictado de la autoridad generalmente no es discutido abiertamente, y están más dispuestas a aceptar o dar el beneplácito al “statu quo” en todos los terrenos de la vida: religioso, económico, pedagógico y político²¹⁶.

El profesor Maslow estableció que cuanto mayor es el dominio, o fuerza del yo, en la mujer, tanto menos egocéntrica es ésta y está más orientada hacia las otras personas y los problemas del mundo exterior.

Por el contrario, la preocupación principal de las mujeres con una feminidad más convencional, con dominio debilitado, eran ellas mismas y sus propias inferioridades. Desde el punto de vista psicológico, una mujer con fuerte sensación de dominio se parece más al hombre con fuerte sensación de dominio, que a la mujer con sensación de dominio debilitada. Por eso el profesor Maslow sugirió que, o bien deben describirse como “masculinos” tanto al hombre como a la mujer con fuerte sensación de dominio, o bien deben abandonarse ambos términos “masculino” y “femenino”, ya que provocan confusionismos.

Nuestras mujeres con fuerte sentimiento de dominio se sienten más afines a los hombres que a las mujeres en gustos, prejuicios, aptitudes, actitud ante la vida y, en general, en toda

216 Ibid., pp. 13 y s.

su personalidad íntima... Muchas de las cualidades consideradas en nuestra cultura como varoniles se observan en ellas en grado elevado, como, por ejemplo, condiciones de mando, energía, fines sociales elevados, desprecio de la banalidad, carencia de temor, de timidez, etc. De ordinario no les interesa ser solamente amas de casa o cocineras, sino que desean combinar el matrimonio con una carrera... Su sueldo puede que no llegue a ser más elevado que el de un ama de llaves, pero piensan que cualquier otro trabajo es más importante que la costura, cocina, etc.

Sobre todo, la mujer con alto sentido del dominio era psicológicamente más libre, más independiente. La mujer con sentido del dominio debilitado no era libre de ser ella misma, era una mujer influida por los demás.

Cuanto mayor era su propia desestimación, su desconfianza en sí misma, tanto mayor era su predisposición a considerar más válida la opinión ajena que la propia, y a desear parecerse a otra persona cualquiera. Tales mujeres generalmente admiran y respetan más a otras personas que a sí mismas y junto con este “tremendo respeto a la autoridad”, con la deificación e imitación de los demás, con la “completa subordinación voluntaria a los demás” y el gran respeto hacia los demás, van “el odio, el resentimiento, la envidia, los celos, la desconfianza y la suspicacia”.

Así como las mujeres con fuerte sentido de dominio se enfadaban sin disimulos, las que tenían ese sentido debilitado no tenían temple suficiente para expresar su opinión, ni valor suficiente para demostrar su enojo cuando es necesario.

De esta forma, su femenina tranquilidad era un conglomerado de timidez, sentimientos de inferioridad y una sensación de que en general cualquier cosa que pudieran decir resultaría estúpida y sería motivo de burla. Una mujer así no desea dominar sino a su propia imaginación, ya que le asusta encontrarse en vanguardia, le asusta la responsabilidad y tiene la sensación de que no está capacitada para mandar.

Nuevamente el profesor Maslow observó un vínculo evidente entre la fortaleza del yo y la sexualidad, la libertad de ser uno mismo y la entrega voluntaria.

Observó que las mujeres que eran tímidas, vergonzosas, reservadas, más femeninas, más preocupadas del qué dirán, eran incapaces de gozar de esa clase de plenitud sexual de que gozaban libremente las mujeres con fuerte sentido de dominio y seguridad en sí mismas.

Se diría como si cualquier impulso sexual o cualquier deseo de los que nunca se ha hablado, pudieran emerger libremente y sin ninguna inhibición en estas mujeres... Generalmente el acto sexual es considerado por ellas no como un rito importante lleno de aspectos pavorosos y distinto en su aspecto fundamental de todos los demás actos, sino como un juego, una diversión, un acto fisiológico sumamente agradable²¹⁷.

217 A. H. Maslow, "Self-Esteem (Dominance Feeling) and Sexuality in Women", pp. 288. Sin embargo, Maslow observa que las mujeres con "un ego inseguro" se atribuían a sí mismas una "propia estimación" que realmente no tenían. Tales mujeres tenían que "dominar", en el sentido corriente de la palabra, en sus relaciones sexuales, para compensar la "inseguridad de su ego"; en consecuencia eran castradoras o masoquistas. Según he indicado, tales mujeres han debido ser muy corrientes en una sociedad que da pocas oportunidades a las mujeres para una verdadera propia estimación; esto fue

Maslow observó, además, que incluso en sus sueños e imaginaciones las mujeres con un sentido de dominio superior al término medio gozaban de la sexualidad, en tanto que en las mujeres con un sentido de dominio debilitado, los sueños relacionados con la sexualidad son siempre “del tipo romántico o bien angustiados, deformadores de la realidad, enigmáticos o crípticos”.

¿Omitieron los creadores de la mística de la feminidad tomar en consideración a estas mujeres fuerte y gozosamente sexuales, cuando clasificaron la pasividad y la renuncia a la plena realización y las actividades en el mundo como el precio de la plena realización sexual femenina? Quizá Freud y sus seguidores no vieron a tales mujeres en sus clínicas cuando crearon este modelo de la feminidad pasiva. Quizá la fuerza del yo que Maslow observó en los casos que él estudió constituía un fenómeno nuevo en las mujeres.

La mística impidió incluso a los behavioristas explorar la relación existente entre el sexo y el yo en las mujeres de la siguiente generación. Pero, completamente aparte de la cuestión de la mujer, en los últimos años los behavioristas se han mostrado cada vez menos inclinados a basar su definición de la naturaleza humana en estudios realizados sobre individuos enfermos o atrofiados, en los casos clínicos. En este sentido el profesor Maslow se puso después a estudiar personalidades actuales e históricas, que no presentaban síntomas de neurosis, sicosis de personalidad sicopática; individuos que, desde su punto de vista, ofrecían pruebas evidentes de auto-realización,

indudablemente la base del mito devorador de hombres, y de la equiparación hecha por Freud de la feminidad con el ansia de castración fálica y/o la pasividad masoquista.

o que él definió como en plena posesión y disfrute de talentos, capacidades y potencialidades. Esos individuos presentan el aspecto de plena realización, de estar realizando lo mejor de todo lo que son capaces de hacer... Son individuos que han desarrollado o están desarrollando al máximo sus capacidades²¹⁸.

Hay muchas cosas que surgieron de este estudio y que atañen directamente al problema de las mujeres en los Estados Unidos de hoy día. Por ejemplo, entre las figuras incluidas en su estudio, el profesor Maslow tan sólo pudo encontrar dos mujeres que se hubiesen realizado plenamente: Eleanor Roosevelt y Jane Addams. (Entre los hombres incluía a Lincoln, Jefferson, Einstein, Freud, G. W. Carver, Debs, Schweitzer, Kreisler, Goethe, Thoreau, William James, Spinoza, Whitman, Franklin Roosevelt, Beethoven.) Aparte de las personalidades públicas e históricas, investigó muy de cerca un pequeño grupo de individuos corrientes, todos ellos entre cincuenta y sesenta años, los cuales confirmaron su criterio y pasó por un tamiz los casos de 3.000 estudiantes, encontrando tan sólo veinte que parecían estar desarrollándose de acuerdo con la auto-realización; aquí también había muy pocas mujeres. En realidad sus observaciones demostraban que la auto-realización, o la plena realización de la capacidad humana, era casi imposible en las mujeres de nuestra sociedad.

El profesor Maslow observó en su estudio que los individuos capaces de auto-realización tienen invariablemente una tendencia a realizar algo importante, un sentido misional de la vida, que les hace vivir un mundo más complejo en un ambiente

218 A. H. Maslow, *Motivation and Personality*, pp. 200 y s.

alejado de particularismos y de las pequeñas preocupaciones y nimiedades de la vida cotidiana.

Estos individuos suelen tener alguna misión en la vida, alguna tarea que cumplimentar, algún problema exterior a ellos que consume muchas de sus energías. En general estas tareas no son personales o egoístas, sino relacionadas con el bien de la humanidad, en general, de una nación con pocas excepciones, podemos decir que nuestros sujetos, están ocupados, ordinariamente en cuestiones del tipo que hemos dado en llamar filosóficas o éticas. Corrientemente viven en el almacén de referencia más amplio. Trabajan dentro de un almacén de valores que son amplios y no insignificantes, universales y no locales y en términos de un siglo, más que un momento.

El profesor Maslow observó además que los individuos capaces de auto-realización viven en un mundo más rico, y tal vez por eso no embotan su goce de la vida cotidiana, de esas pequeñas cosas que pueden convertirse en algo irritante e insoportable para aquellos que no saben ver más allá del mundo material... “Las personas auto-actualizantes tienen la maravillosa capacidad de apreciar de nuevo, fresca e ingenuamente, los bienes básicos de la vida, con terror, placer, maravilla, e incluso éxtasis, por rancias que hayan llegado a ser estas experiencias para los otros.”

También dijo que “la fuerte impresión que produce el goce sexual encuentra su más intensa perfección, que puede llegar hasta el éxtasis, en los individuos capaces de auto-realización”. Se diría que la plena realización de las capacidades del individuo en este mundo más amplio, abre nuevos horizontes al éxtasis

sexual. Sin embargo, ni el sexo, ni el amor, son el impulso motor de sus vidas.

En la persona auto-actualizada, el orgasmo es, simultáneamente, más importante y menos importante que en la persona media. Frecuentemente es una experiencia profunda y casi mística, y las ausencias de sexualidad son más fácilmente toleradas. Amar a un nivel de necesidad superior hace que las necesidades inferiores y sus frustraciones y satisfacciones sean menos importantes, menos centrales, más fácilmente prescindibles. Pero también las hace más sinceramente alegres cuando son satisfechas... La comida se disfruta simultáneamente y aun se considera como (relativamente) poco importante en el esquema total de la vida de las personas auto-actualizadas... Parece ser igualmente cierto para el sexo. Como dije, el sexo puede ser sinceramente disfrutado, más allá de la posibilidad de la persona media, incluso al mismo tiempo que no juega ningún papel central en la filosofía de la vida. Es algo para ser disfrutado, algo para ser tomado como impuesto, algo para construir sobre ello, algo que es básicamente muy importante, como el agua o el alimento, y que puede ser disfrutado tanto como éstos; pero la gratificación debe tomarse por admitida²¹⁹.

En estos individuos, el orgasmo sexual no es siempre una “experiencia mística”; puede ser considerado también como algo ligero que proporciona “diversión, regocijo, satisfacción, sensación que trae alegría, júbilo, bienestar... Es placentero, gracioso, juguetón; y como brota espontáneo y sin esfuerzo,

219 Ibid., pp. 242 y s.

constituye fundamentalmente un placer y un deleite”. Observo también que en contra de la opinión generalizada y la de los rebuscados teorizantes de la sexualidad, en los individuos con capacidad de auto-realización, la calidad, tanto del amor como de la satisfacción del instinto sexual, mejora con la edad. (“Es una observación que hacen con frecuencia estos individuos, la de que la sexualidad es mejor de lo que era al principio y que parece ir mejorando siempre.”) Pues como esos individuos, a medida que pasan los años, se individualizan cada vez más y se hacen más auténticamente ellos mismos, parecen tener al mismo tiempo un tipo de relaciones más profundas con los demás; son capaces de una fusión más intensa, de un amor más grande, de una identificación más perfecta con los demás, de una más amplia superación de los límites del yo, sin renunciar por ello a su propia personalidad.

Lo que hemos visto en la relación amorosa es la fusión de una gran capacidad para amar, y al mismo tiempo, un gran respeto hacia el otro y uno mismo... A través de los más intensos y extáticos asuntos amorosos permanecen ellos mismos y permanecen en último término dueños de sí mismos, viviendo según sus propias normas aun cuando disfruten intensamente una de la otra²²⁰.

En nuestra sociedad, el amor ha sido habitualmente definido, al menos en lo que se refiere a las mujeres, como una total fusión de ambos “egos”, y una pérdida de la “individualidad”, es

220 Ibid., pp. 257 y s. Maslow observó que las personas autorrealizadoras estudiadas por él “tienen en una medida inusitada la rara habilidad de sentirse más bien complacidas que amenazadas por los triunfos del cónyuge... Un impresionante ejemplo a este respecto es el sentimiento de orgullo sin rencor de un hombre de este tipo por triunfos de su esposa, incluso cuando hacen sombra a los suyos”. (Ibid., p. 252.)

decir, una “juntedad” que es más bien una renuncia que un fortalecimiento de la individualidad. Pero Maslow observó que en el amor de individuos auto-realizados la individualidad es reforzada, que si en un sentido los “ego” se fusionan, en otro permanecen separados y tan fuertes como siempre. Las dos tendencias, la de trascender la personalidad y la de fortalecerla y aguzarla, deben ser consideradas como complementarias y no como contradictorias.

También observó en el amor de los individuos auto-realizados una tendencia hacia una espontaneidad cada vez mayor y más completa, al derrumbamiento de prohibiciones, una intimidad, una honradez y una personalidad crecientes. A estos individuos les parecía posible ser ellos mismos, vivir con naturalidad; podrían encontrarse psicológicamente (y también físicamente) desnudos y no obstante saberse amados, deseados y seguros; podían dejar que se vieran libremente sus faltas y debilidades, sus errores físicos y psicológicos.

No siempre tenían que presentarse lo mejor posible, ocultar sus dientes postizos, sus canas y los achaques de la edad; no tenían que estar “cultivando” sus relaciones; había en ellos menos misterio y seducción, mucha menos reserva, disimulo y secreto. En estos individuos no parecía existir hostilidad entre los sexos. Observó que, de hecho, estos individuos no establecían realmente ninguna división profunda entre los papeles y las personalidades de ambos sexos.

Es decir, que no suponen que la hembra sea pasiva y el macho activo, bien sea en cuestiones de sexo o en cualquiera otras. Todas estas personas estaban tan ciertas de su masculinidad o

femineidad, que no tuvieron inconveniente en encargarse de algunos de los aspectos culturales pertenecientes al sexo opuesto. Fue especialmente notable que ellas pudieran ser amantes tanto activos como pasivos; esto fue lo más claro en el acto sexual y en la práctica física del amor. Besar y ser besado, estar arriba o debajo en el acto sexual, tomar la iniciativa, estar quieto y recibir amor, atormentar y ser atormentado. Todas estas cosas fueron observadas en ambos sexos indiferentemente.

Y así, mientras que desde el punto de vista convencional e incluso refinado, el amor masculino y el amor femenino activo y pasivo parecen ser polos opuestos, en los individuos auto-realizados se resuelven las dicotomías y el individuo se vuelve simultáneamente activo y pasivo, egoísta y generoso, masculino y femenino, vanidoso y modesto. El amor en los individuos auto-realizados difería todavía en algo más de la definición convencional del amor: no estaba motivado por ninguna necesidad, para disimular una deficiencia del yo: era más bien un “amor-regalo”, una especie de admiración espontánea.

Este amor y esta admiración desinteresados solían ser considerados no como una aptitud humana, sino sobrehumana. Pero como dice Maslow, “los seres humanos en su pleno y perfecto desarrollo presentan múltiples características, que en eras anteriores se creyó que eran prerrogativas sobrenaturales”.

Y ahí, en las palabras “pleno desarrollo”, se encuentra la clave del misterio del problema sin nombre. La trascendencia del yo, tanto en el orgasmo sexual como en la experiencia creadora,

sólo puede ser lograda por quien es él mismo o ella misma plenamente, por alguien que ha realizado su propia personalidad. Los teóricos saben que esto es cierto en cuanto al hombre, aunque nunca han pensado a fondo en las implicaciones que puede tener para la mujer.

Los doctores de los barrios residenciales, ginecólogos, tocólogos, puericultores, pediatras y los consejeros matrimoniales y sacerdotes que se ocupan en los problemas de las mujeres, todos lo han observado sin darle un nombre, ni siquiera considerarlo como un fenómeno. Lo que han observado confirma que para la mujer, lo mismo que para el hombre, la necesidad de plena realización del yo: independencia, auto-realización, autonomía, individualidad, auto-actualización, es tan importante como la necesidad sexual, con consecuencias igualmente graves en caso de frustración. Los problemas sexuales de la mujer son, en este sentido, sub-productos de la supresión de sus necesidades fundamentales de desarrollarse y satisfacer sus potencialidades como ser humano, potencialidades que la mística de la feminidad ignora.

Los psicoanalistas han sospechado hace ya mucho tiempo que la inteligencia no alcanza su pleno desarrollo en la mujer cuando su naturaleza sexual es reprimida; pero siguiendo el mismo razonamiento, ¿puede alcanzar su pleno desarrollo su naturaleza sexual cuando la mujer tiene que renunciar a su inteligencia, a su más alto potencial humano? Todo cuanto se ha escrito criticando a la mujer norteamericana por la castración síquica de sus esposos e hijos, por dominar a sus hijos, por su avaricia materialista, por su frigidez sexual o renuncia a la feminidad, puede ocultar simplemente este hecho

fundamental: que la mujer, como el hombre, no puede vivir sólo para la sexualidad; que su esfuerzo para conseguir su identidad y su autonomía –“esa orientación individualmente productiva, basada en la necesidad humana de una participación activa en la labor creadora”– está íntimamente ligada al pleno ejercicio de su función sexual como condición necesaria para alcanzar la madurez. Cuando intenta vivir apoyada únicamente en lo sexual de acuerdo con la mística de la feminidad, tiene finalmente que “castrar” a su marido y a sus hijos, quienes jamás pueden darle el goce suficiente para compensar su falta del yo y transferir a sus hijas su indecible contrariedad, su descontento, su auto-denigración.

El profesor Maslow me dijo que pensaba que la auto-realización, actualmente, sólo es posible para las mujeres en los Estados Unidos si un individuo puede desarrollarse a través de otro, es decir, si la mujer puede desarrollar su propio potencial a través de su esposo e hijos. “No sabemos si esto es posible o no”, añadió.

Los nuevos teorizantes del “yo”, que son hombres, han soslayado generalmente la cuestión de la auto-realización en la mujer. Confundidos ellos mismos por la mística de la feminidad, suponen que debe existir una extraña “diferencia” que permita a la mujer alcanzar la auto-realización a través de su esposo e hijos, en tanto que el hombre debe desarrollarse por sí mismo. Sigue siendo muy difícil, incluso para los sicólogos más avanzados, el imaginar a la mujer como un yo separado, un ser humano que, en este aspecto, no es diferente del hombre en su necesidad de desarrollo.

La mayoría de las teorías convencionales sobre la mujer, así como la mística de la feminidad, están basadas en esta “diferencia”. Pero la base actual de esta “diferencia” consiste en el hecho de que la posibilidad de una verdadera auto-realización no ha existido hasta ahora para la mujer.

Muchos sicólogos, incluyendo a Freud, han cometido el error de suponer por las observaciones hechas en mujeres que no poseían ni educación, ni libertad para desempeñar plenamente su papel en la vida, que está dentro de la naturaleza esencial femenina el ser pasiva, conformista, necesitada de apoyo, tímida e infantil (lo mismo que Aristóteles, al basar su definición de la naturaleza humana en su propia cultura y en la época en que vivió, cometió el error de suponer que por el mero hecho de que un hombre fuera esclavo, era ésta su condición esencial y por tanto “era bueno para él ser esclavo”).

Ahora que la educación, la libertad, el derecho a trabajar en las más amplias actividades humanas –todos los caminos por los que los hombres han llegado a su plena realización– están abiertos para la mujer, únicamente la sombra del pasado, conservada religiosamente por la mística de la feminidad, impide a la mujer encontrar su camino. La mística promete a la mujer el pleno cumplimiento de su misión sexual por medio de la abdicación de su personalidad. Pero existen pruebas estadísticas masivas de que desde el mismo momento en que se abrieron todos esos caminos a las mujeres norteamericanas para alcanzar su personalidad en la sociedad, se produjo un verdadero y espectacular aumento de la capacidad de la mujer para la plena satisfacción sexual: el orgasmo. Durante los años transcurridos entre la “emancipación” de las mujeres, lograda

por las feministas, y la contrarrevolución sexual debida a la mística de la feminidad, las mujeres norteamericanas consiguieron década tras década, un incremento del orgasmo sexual. Y las mujeres que lo disfrutaron más plenamente fueron sobre todo las que más habían avanzado por el camino de la auto-realización, las mujeres que habían sido educadas para tomar parte en las actividades del mundo, para actuar activamente fuera del hogar.

Esta prueba se encuentra en dos famosos estudios que generalmente no se citan con este objeto.

El primero de ellos, el informe Kinsey, estaba basado en las entrevistas hechas a 5.940 mujeres que se habían desarrollado en las varias décadas del siglo XX durante las cuales se consiguió la emancipación de la mujer y antes de la era de la mística de la feminidad. Incluso ateniéndose a la medida establecida por Kinsey para determinar la satisfacción sexual, el orgasmo (que muchos sicólogos, sociólogos y psicoanalistas han criticado por su estrechez, materialismo, excesiva importancia dada al aspecto puramente fisiológico, y desprecio de básicos matices psicológicos), su informe acusa un extraordinario incremento de la satisfacción sexual durante esas décadas.

Este incremento se inició con la generación nacida entre 1900 y 1909, que empezó a madurar y a contraer matrimonio en los años veinte: la era del feminismo, de la conquista del voto para la mujer y del impulso dado a todos los derechos de la mujer: libertad, independencia, estudio de todas las carreras y plena igualdad con el hombre, incluso en el derecho a la plena satisfacción de su sexualidad.

El aumento de mujeres casadas que gozaban plenamente en el acto sexual y la disminución de mujeres frías prosiguió en cada una de las generaciones sucesivas hasta la última generación estudiada por Kinsey, la que empezó a contraer matrimonio en los años cuarenta²²¹.

Y las mujeres más “emancipadas”, las mujeres cuya educación rebasó la Universidad y se prepararon para ejercer diferentes carreras, demostraban una capacidad mucho mayor para un

221 A. C. Kinsey y otros, *Sexual Behavior in the Human Female*, pp. 356 y ss.;

Tabla 97, p. 397; Tabla 104, p. 403.

Estudio agrupado por decenios del porcentaje de coitos conyugales que llegaron al orgasmo:

<i>Durante el primer año de matrimonio, tanto por ciento de mujeres</i>				
<i>Decenios en que nacieron las mujeres estudiadas</i>				
<i>% de coitos maritales con orgasmo</i>	<i>Antes de 1900</i>	<i>Entre 1900 y 1909</i>	<i>Entre 1910 y 1919</i>	<i>Entre 1920 y 1929</i>
Ninguno.	33	27	23	22
1-29	9	13	12	8
30-59	10	22	15	12
60-89	11	11	12	15
90-100	37	37	38	43
Número de casos . . .	331	589	834	484

<i>En el quinto año de matrimonio, tanto por ciento de mujeres</i>				
<i>Decenios en que nacieron las mujeres estudiadas</i>				
<i>% de coitos maritales con orgasmo</i>	<i>Antes de 1900</i>	<i>Entre 1900 y 1909</i>	<i>Entre 1910 y 1919</i>	<i>Entre 1920 y 1929</i>
Ninguno.	23	17	12	12
1-29	14	15	13	14
30-59	14	13	16	19
60-89	12	13	17	19
90-100	37	42	42	36
Número de casos . . .	302	489	528	130

completo goce sexual, para llegar hasta el orgasmo completo, que las otras mujeres. Contrariamente a la mística de la feminidad, las cifras de Kinsey mostraban que cuanto más educada es la mujer, más capaz es de disfrutar plenamente del orgasmo sexual y con mayor frecuencia y hay menos probabilidades de que sea frígida. La mayor intimidad del goce sexual en las mujeres que habían terminado sus estudios universitarios, comparada con aquellas que no habían pasado de la segunda enseñanza y el preuniversitario, y el goce aún mayor de aquellas mujeres que habían continuado sus estudios más allá de la Universidad, dedicándose a estudios superiores y a carreras, se observaba desde el primer año de matrimonio y continuaba aumentando a los cinco, diez y quince años de vida conyugal.

Aunque Kinsey sólo encontró que una de cada diez mujeres norteamericanas jamás había alcanzado el orgasmo sexual, la mayoría de las mujeres que interrogó no lo habían alcanzado totalmente o por lo menos no todas las veces, excepto en los casos de aquellas que habían rebasado su educación universitaria.

Las cifras de Kinsey demostraban también que las mujeres que se habían casado antes de los veinte años, eran menos propensas a experimentar el orgasmo sexual y gozaban sexualmente con menor frecuencia dentro o fuera del matrimonio, aunque hubieran empezado a practicar el acto sexual cinco o seis años antes que aquellas mujeres que terminaban sus estudios universitarios.

Aunque los datos de Kinsey indicaban que con el tiempo “una

mayor proporción de mujeres con más elevada educación universitaria, en contraste con las que sólo habían llegado a la segunda enseñanza o al preuniversitario, había alcanzado de hecho el orgasmo en un mayor porcentaje de sus coitos conyugales”, este aumento de la calidad de los coitos no había significado, para la mayoría de ellas, un aumento en la cantidad.

En conjunto existía, por el contrario, un ligero descenso. Y en los casos de incremento de la sexualidad extraconyugal, ésta era menos marcada en las mujeres con instrucción universitaria y postuniversitaria²²². Tal vez algo existente en esa supuesta fortaleza o auto-realización “poco femenina” lograda por las mujeres que habían seguido una carrera, las capacitaba para una mayor realización sexual en su vida conyugal que a las otras mujeres –utilizando como medida el orgasmo– y en consecuencia hacía que aquéllas la buscaran con menos frecuencia fuera del matrimonio. O tal vez, simplemente, tenían menos necesidad de basar su estado, su realización, su identidad, en el sexo. La relación entre la realización sexual de la mujer y la auto-realización, mostrada por las observaciones de Kinsey, está subrayada por el hecho, como lo han destacado muchos críticos, de que entre los sujetos estudiados por Kinsey había una representación excesiva de mujeres con profesiones y carreras liberales, universitarias graduadas y mujeres con un “sentido de dominio” o fortaleza de su “ego”.

El “muestreo” estudiado por Kinsey no representa suficientemente a la “típica” ama de casa norteamericana, que consagra su vida a su esposo, a su hogar y a sus hijos; no

222 Ibid., p. 355.

representa lo bastante a la mujer poco cultivada; a causa de haberse hecho el estudio con personas que se presentaron a ello voluntariamente, no representa el tipo de mujeres pasivas, sumisas, conformistas, a las que Maslow encontró incapaces del goce sexual²²³.

El incremento en la realización sexual y la disminución de la frigidez que Kinsey encontró en las décadas posteriores a la emancipación de la mujer, pueden no haber sido notadas por el ama de casa norteamericana media en igual grado que por esta minoría de mujeres que experimentaron directamente la emancipación a través de la educación y su participación en las actividades profesionales.

No obstante, la disminución de la frigidez fue tan notoria en este amplio, si bien poco representativo estudio de cerca de seiscientas mujeres, que incluso los que lo criticaron consideraron que era muy significativo. Difícilmente se podría considerar como casual el que este incremento en la capacidad de realización sexual de la mujer fuere acompañado de un igual aumento de su participación en los derechos, en la educación, en el trabajo y en las decisiones de la sociedad.

La coincidente emancipación sexual de los hombres norteamericanos –el levantamiento del velo de menosprecio y de degradación echado sobre el acto sexual– fue relacionado seguramente con el nuevo punto de vista del hombre norteamericano sobre la mujer, al considerarla como una igual,

223 Véase Judson T. Landis, “The Women Kinsey Studied”; George Simpson, “Nonsense about Women”, y A. H. Maslow y James M. Sakoda, “Volunteer Error in the Kinsey Study”, en *Sexual Behavior in American Society*.

como una persona igual a él y no únicamente como un objeto sexual.

Evidentemente, cuanto más progresaban las mujeres en este sentido, más se convertía el acto sexual en una relación humana, en lugar de una triste comedia representada para los hombres; y tanto más capaces eran las mujeres de amar a los hombres, en lugar de someterse con pasivo hastío a sus exigencias sexuales. De hecho, la propia mística de la feminidad, con su reconocimiento de la mujer como sujeto y no sólo como objeto del acto sexual y su afirmación de que su participación activa voluntaria era esencial para el placer del hombre, no podía haber llegado a producirse sin la emancipación de las mujeres hasta alcanzar la igualdad humana.

Como previeron las primeras feministas, los derechos de la mujer condujeron a una mayor realización sexual en el hombre y en la mujer. Otros estudios mostraron también que la educación y la independencia incrementaban la capacidad de la mujer a gozar en su relación sexual con el hombre, y afirmar así más plenamente su propia naturaleza sexual de mujer. Reiterados informes, anteriores y posteriores al de Kinsey, revelaron que la mujer con educación universitaria presentaba un porcentaje de divorcios muy inferior al promedio general.

Un extenso y famoso estudio sociológico realizado por Ernest W. Burgess y Leonard S. Cottrell indica más concretamente que las probabilidades de la mujer para la felicidad en el matrimonio aumentaban a medida que era mayor su preparación, o superiores sus estudios: mostrando en las mujeres dedicadas a la enseñanza, en las enfermeras profesionales, en las mujeres

médicos y abogados, un menor número de matrimonios desgraciados que en cualquier otro tipo de mujeres.

Estas mujeres eran más capaces de gozar de la felicidad en el matrimonio que aquellas otras que se dedicaban a trabajos burocráticos especializados, las cuales a su vez eran más felices en sus matrimonios que las que no habían trabajado antes de su matrimonio, o que no tenían ninguna vocación determinada, que trabajaban en algo que no estaba en concordancia con sus propias aspiraciones, o aquellas cuya única preparación o práctica era doméstica y sin especialización. En realidad, cuanto mayores eran los sueldos o ganancias de las mujeres en el momento de su matrimonio, más probable era que fuese feliz su vida matrimonial. Como dijeron los sociólogos:

Aparentemente, en el caso de las esposas, las condiciones que contribuyen a su éxito en el mundo de los negocios, medido por sus ingresos mensuales, son las condiciones que contribuyen al éxito de su matrimonio. La razón debe ser, desde luego, que los ingresos miden indirectamente la educación, ya que el grado de preparación y cultura influye en el importe de los salarios²²⁴.

De 526 matrimonios, menos del 10% demostraron una escasa adaptación a la vida conyugal cuando la esposa había estado trabajando en algún empleo durante siete o más años, había cursado estudios universitarios o de preparación profesional y no se había casado antes de cumplir los veintidós años. En los casos en que la esposa había hecho estudios *postuniversitarios*,

224 Ernest W. Burgess y Leonard S. Cottrell, Jr., *Predicting Success or Failure in Marriage*, Nueva York, 1939, p. 271.

menos del 5% de los matrimonios presentó un índice bajo de felicidad conyugal.

El cuadro siguiente muestra la relación existente entre el matrimonio y la preparación cultural de la mujer.

ÍNDICE DE ADAPTACIÓN MATRIMONIAL SEGÚN LOS DISTINTOS NIVELES EDUCATIVOS

<i>Nivel educativo de la esposa</i>	<i>Adaptación matrimonial</i>			
	<i>Muy baja</i>	<i>Baja</i>	<i>Alta</i>	<i>Muy alta</i>
Estudios postuniversitarios . .	0,0	4,6	38,7	56,5
Universidad	9,2	18,9	22,9	48,9
Enseñanza superior	14,4	16,3	32,2	37,1
Únicamente bachillerato . . .	33,3	25,9	25,9	14,8

Partiendo de esta demostración se podría haber predicho que existían unas relativamente pequeñas probabilidades de felicidad matrimonial o de relación sexual para aquellas mujeres a las que la mística de la feminidad animaba a contraer matrimonio antes de los veintidós años y a renunciar a una educación superior, a ejercer alguna carrera, a la independencia y a la igualdad con los hombres en beneficio de la feminidad.

Y como es natural, el más joven grupo de esposas estudiado por Kinsey –la generación nacida entre 1920 y 1929, que se enfrentaron con la mística femenina en los años cuarenta, cuando empezaba la tendencia del retorno al hogar– mostraba al cabo de cinco años de matrimonio una pronunciada inversión de esa tendencia hacia un aumento de la realización sexual en el matrimonio, que se había observado en cada década a partir de la emancipación de la mujer en los años veinte.

El porcentaje de mujeres que gozaban del orgasmo en toda o casi toda su vida sexual dentro del matrimonio, a los cinco años de matrimonio, había aumentado del 37% en la generación nacida antes de 1900, al 42% en las generaciones nacidas en las dos décadas siguientes. El grupo más joven, cuyo quinto año de matrimonio correspondía al final de los años cuarenta, disfrutaba el orgasmo total en una proporción menor (36%) que las mujeres nacidas antes de 1900.²²⁵

¿Acaso un nuevo estudio Kinsey observaría que las jóvenes esposas que son un resultado de la mística de la feminidad disfrutaban de una realización sexual aún inferior a la de sus antecesoras más emancipadas, más independientes, más educadas y más maduras en el momento del matrimonio? Únicamente el 14% de las mujeres estudiadas por Kinsey estaban ya casadas a los veinte años; una neta mayoría –53%– estaba casada a los veinticinco años. Esto muestra una gran diferencia con la norteamericana de los años sesenta, cuando el 50% de las mujeres se casa bastante antes de cumplir los veinte.

Recientemente, Helene Deutsch, la eminente psicoanalista que fue incluso más allá que Freud en equiparar a la feminidad con la pasividad masoquista y en advertir a la mujer que la “actividad dirigida hacia el exterior” y la intelectualidad “masculinizante” podía dificultar el pleno goce sexual femenino, provocó un tumulto en una conferencia sobre psiquiatría, al decir que quizá se había dado demasiada importancia al orgasmo de la mujer. En los años sesenta, de pronto, ya no se sintió tan segura de que la mujer debía tener o podía tener un verdadero orgasmo. Quizá

225 A. C. Kinsey y otros, *Sexual Behavior in the Human Female*, p. 403.

una realización sexual más “difusa” fuera todo lo que se podía esperar. Después de todo, ella había tenido entre sus pacientes casos de mujeres evidentemente sicópatas que parecían tener orgasmos; pero la mayoría de las mujeres que veía actualmente no parecían tenerlos en absoluto.

¿Qué significaba esto? ¿Acaso las mujeres no podían tener orgasmos entonces? ¿O acaso había ocurrido algo durante este tiempo en el que tanta importancia se había dado a la realización sexual, que impidiera que las mujeres experimentaran el orgasmo? No todos los especialistas estuvieron de acuerdo. Pero en otros aspectos no inherentes a la mujer, los psicoanalistas que informaron que las personas pasivas que “psicológicamente se sienten vacías” –las personas que no consiguen “desarrollar los egos adecuados”, que tienen muy poco sentido de su propia personalidad– no pueden someterse a la experiencia del orgasmo sexual por temor a su propia inexistencia²²⁶. Lanzadas finalmente a una agotadora búsqueda de la sexualidad por los divulgadores de la “feminidad” freudiana, muchas mujeres habían renunciado, en

226 Sylvan Keiser, “Body Ego During Orgasm”, *Psychoanalytic Quarterly*, 1952, vol. XXI, pp. 153-166: Los individuos de este grupo se caracterizan por su fracaso en el desarrollo de egos adecuados... La ansiosa devoción por su cuerpo y los prodigios cuidados que le dedican disfrazan sus sentimientos internos de vaciedad e inadaptación... Estos pacientes tienen muy poco sentido de su propia personalidad y están siempre dispuestos a apropiarse de la personalidad de otro. Tienen pocas convicciones propias y se someten fácilmente a las opiniones de los demás... Es principalmente entre esta clase de pacientes en que el goce del coito sólo llega al borde del orgasmo... No se atreven a permitirse a ellos mismos una progresión no reprimida hacia el orgasmo con sus consecuentes pérdidas de control, de consciencia de nuestro propio cuerpo o de muerte... En los casos de incertidumbre acerca de la estructura y límites de nuestra idea de nuestro cuerpo, podríamos decir que nuestra piel no nos sirve como una envoltura que determina exactamente la transición entre nuestro ego y lo que le rodea; un cuerpo invade gradualmente al otro; no existe seguridad de ser una individualidad distinta dotada de la fuerza suficiente para dar algo de sí misma, sin poner en peligro nuestra propia integridad.

efecto, a todo para conseguir el orgasmo sexual que se les prometía como recompensa final. Para decirlo en pocas palabras, orientaban una gran parte de su energía emocional y de sus necesidades hacia el acto sexual. Como dijo alguien de una mujer realmente bella, “su imagen ha sido exhibida de una manera tan abusiva en los anuncios, carteles, en la televisión y en el cine, que cuando uno la ve en carne y hueso, queda defraudado”. Incluso sin ahondar en las sombrías profundidades del subconsciente, se podía suponer que estaban exigiendo mucho del cacareado orgasmo; no sólo el cumplimiento de sus archianunciadas promesas, sino que se convirtiera en un sobresaliente en la asignatura “Sexualidad”, en la equivalencia a un aumento de sueldo, a una buena crítica en un estreno teatral, a un ascenso a redactor jefe o catedrático titular, en lugar de constituir la experiencia básica de la mismidad, del sentido de la personalidad²²⁷.

Como dijo un psicoanalista:

Paradójicamente, una de las causas principales de que muchas mujeres no logren su pleno florecimiento sexual hoy día, es el hecho de que estén demasiado decididas a conseguirlo. Se avergüenzan tanto cuando no alcanzan la cumbre de la sexualidad exteriorizada, que, trágicamente,

227 Lawrence Kubie, “Psychiatric Implications of the Kinsey Report”, en *Sexual Behavior in American Society*, pp. 270 y ss. Este simple objetivo biológico está entremezclado con otros muchos astutos objetivos de los cuales el propio individuo no está generalmente enterado. Algunos de éstos son alcanzables; otros, no. En los casos en que la mayoría de ellos son alcanzables, el resultado final de la actividad sexual es como un largo y luminoso crepúsculo de serena plenitud y satisfacción. Pero en los casos en que los objetivos inconscientemente perseguidos son inalcanzables, entonces, se haya llegado o no al orgasmo, queda un estado post-coital de necesidad no saciada y algunas veces de miedo, ira o depresión.

sabotean sus propios deseos. Es decir, en lugar de enfocar claramente el verdadero problema, estas mujeres enfocan un problema totalmente distinto, al preguntarse principalmente: “¡Qué persona tan estúpida e incompetente soy, al no ser capaz de conseguir la satisfacción sexual sin dificultades!” Las mujeres, hoy día, están a menudo obsesionadas por la noción de “cómo” deben hacerlo, en lugar de lo “que” están haciendo cuando realizan el acto conyugal. Esto es fatal.

Si el mismo sexo, como sugirió otro psicoanalista, está empezando a tener una calidad “depresiva” en Norteamérica, es quizá porque demasiados norteamericanos –especialmente las hambrientas sexuales– esperan de la búsqueda sexual la satisfacción de todas sus necesidades frustradas de auto–realización. Las mujeres norteamericanas están sufriendo, simplemente, una especie de epidemia de sexualidad sin “ego”. Nadie les ha advertido que la sexualidad jamás puede ser un sucedáneo de la personalidad; que el sexo en sí mismo no puede proveer de personalidad a la mujer ni al hombre; que no puede haber realización sexual en absoluto para la mujer que busca su ego en la sexualidad.

La cuestión de cómo una persona puede desarrollar más plenamente sus propias capacidades y alcanzar así su mismidad, se ha convertido en una importante preocupación de los filósofos, sociólogos y psicólogos de nuestro tiempo y ello por una buena razón. Los pensadores de otras épocas lanzaron la idea de que la gente, en su gran mayoría, estaba definida por el trabajo que realizaba. El trabajo que un hombre tenía que realizar para poder comer, para sobrevivir, para satisfacer las

necesidades de su familia, determinaba o definía su personalidad. Y en este sentido, cuando el trabajo es considerado simplemente como un medio de sobre vivir, la personalidad humana era impuesta por la biología.

Pero en la actualidad, el problema de la personalidad ha cambiado, ya que el trabajo que determinaba el lugar del hombre en la sociedad y el sentido de su mismidad, también ha cambiado su mundo. El trabajo y los progresos de la ciencia han disminuido la dependencia del hombre de lo que le rodea; su biología y el trabajo que ha de realizar para su supervivencia biológica ya no son suficientes para definir su personalidad. Esto puede ser visto de la manera más clara en nuestra próspera sociedad; los hombres ya no necesitan trabajar todo el día para poder comer. Gozan de una libertad sin precedentes para escoger la clase de trabajo que más les gusta; también gozan de una cantidad sin precedentes de tiempo libre, conquistado a las horas y días que deben dedicar actualmente a ganarse la vida y de repente nos damos cuenta del significado de la actual crisis de la personalidad para la mujer y cada vez más para el hombre. Vemos la significación humana del trabajo: no simplemente como un medio para lograr la supervivencia biológica, sino como un proveedor del ego y trascendedor del ego, como un creador de la personalidad y de la evolución humanas.

La “auto-realización”, o el “auto-cumplimiento”, la “mismidad”, no provienen de mirarse en un espejo, en una estática contemplación de nuestra propia imagen. Los que más completamente se han realizado a sí mismos, en un sentido que puede ser comprendido por la mentalidad humana (aun cuando no sea posible definirlo claramente) lo han conseguido

poniéndose al servicio de un propósito más amplio y elevado que ellos mismos. Hombres de distintas ramas del pensamiento han empleado palabras diferentes para explicar este misterioso proceso del que proviene la noción del yo.

Los místicos religiosos, los filósofos, Marx, Freud, todos ellos tenían distintos nombres para la misma idea: el hombre se encuentra perdiéndose; se define al hombre en relación con los medios de producción; el ego, el yo, se desarrolla por medio de la comprensión y el dominio de la realidad, por medio del amor y del trabajo. La crisis de la personalidad en el hombre norteamericano, señalada recientemente por Erik Erikson y otros, parece ser que se produce por la omisión y es curada por el hallazgo del trabajo, la causa o el propósito que provoca su propia creatividad²²⁸. Algunos jamás la encuentran, ya que no se obtiene de una actividad indeterminada y excesiva, ni marcando la hora de entrada al trabajo en un reloj de control. No se logra limitándose a ganarse la vida, haciendo un trabajo rutinario, consiguiendo un empleo seguro en alguna empresa sólida. La verdadera razón, según Riesman y otros pensadores, de que el hombre ya no encuentre su personalidad en el trabajo considerado como un empleo seguro, con nómina y escalafón, se debe a que la personalidad del hombre se obtiene gracias a su propio trabajo creador, que contribuya al bienestar de la humanidad: el núcleo del yo se hace consciente, se hace real, y se desarrolla a través de un trabajo que impulsa hacia adelante a la sociedad.

228 Erik H. Erikson, *Childhood and Society*, pp. 239-283, 367-380. Ver también Erich Fromm, *Escape from Freedom y Man for Himself*; y también David Riesman, *The Lonely Crowd*.

El trabajo, el desgastado tópico de los economistas, se ha convertido en la nueva frontera de la sicología. Los siquiátras han empleado desde hace mucho tiempo la “terapéutica del trabajo” con sus pacientes en los hospitales para enfermedades mentales; pero sólo recientemente han descubierto que para que tenga un valor psicológico efectivo, no basta con que sea una “terapia”, sino auténtico trabajo, que sirva realmente a la comunidad. Y el trabajo puede ser considerado actualmente como la clave del problema que no tiene nombre.

La crisis de la personalidad de la mujer norteamericana se inició hace un siglo, a medida que se les iba desposeyendo de un volumen cada vez mayor del trabajo importante para el mundo, de una cantidad cada vez mayor del trabajo que requería toda su inteligencia y su capacidad y mediante el cual eran capaces de conseguir su auto-realización.

Hasta el siglo pasado, incluso durante el mismo, hacían falta mujeres vigorosas o fuertes, mujeres capaces de ser las pioneras de nuestras tierras nuevas; junto con sus esposos, regían las granjas, los ranchos, las plantaciones y los caseríos del Oeste. Estas mujeres eran miembros respetados y respetables de una sociedad cuyo objetivo principal estaba centrado en el hogar. La fortaleza y la independencia, el sentido de la responsabilidad y la confianza en sí mismo, la auto-disciplina y el valor, la libertad y la equidad, formaban parte del carácter norteamericano tanto del hombre como de la mujer, en las primeras generaciones.

Las mujeres que venían en los sollados de los barcos desde Irlanda, Italia, Rusia y Polonia, trabajaban junto a sus maridos por un mísero salario en talleres y lavaderos, aprendían el nuevo

idioma y ahorran para mandar a sus hijos e hijas a la Universidad. Las mujeres nunca fueron tan “femeninas”, ni consideradas con tanto desprecio en los Estados Unidos como en Europa.

Las mujeres norteamericanas parecían a los viajeros europeos que nos visitaban mucho antes de nuestra época, menos pasivas, menos infantiles y femeninas que sus propias esposas en Francia, Alemania o Inglaterra.

Por circunstancias de la historia, las mujeres norteamericanas participaron más tiempo en la labor de la sociedad y crecieron con los hombres. La primera y la segunda enseñanza geminadas, idéntica para los chicos y las chicas, era casi siempre la regla, y en el Oeste, donde las mujeres compartieron la labor pionera durante más tiempo, incluso las universidades fueron geminadas desde un principio.

La crisis de personalidad de la mujer no se inició en Norteamérica hasta que el ímpetu de la fortaleza y la capacidad de las mujeres pioneras no fueron ya necesarios ni utilizados en los hogares de la clase media de las ciudades del Este y del próximo Oeste, cuando la labor pionera estaba terminada y los hombres comenzaban a erigir una nueva sociedad con profesiones e industrias fuera del hogar. Pero las hijas de las mujeres pioneras habían crecido también habituadas a la libertad y al trabajo y no podían contentarse con el ocio y la pasiva feminidad²²⁹.

229 Ver Alva Myrdal y Viola Klein (Women's Two Roles), las cuales hacen observar que el número de mujeres norteamericanas que trabajan en la actualidad fuera del hogar parece mayor de lo que es porque la base sobre la cual se hace generalmente la comparación era

No fue una estadounidense, sino una sudafricana, la señora Olive Schreiner, la que advirtió a finales de siglo que la calidad y cantidad de las funciones de la mujer en la sociedad estaban disminuyendo a la misma velocidad con que avanzaba la civilización; que si las mujeres no recuperaban su derecho a una parte completa de trabajo honrado y útil, tanto su mentalidad como sus músculos se debilitarían hasta quedar reducidos a un estado parasitario.

Sus descendientes, tanto hombres como mujeres, se

inusitadamente pequeña: hace un siglo la proporción de mujeres norteamericanas que trabajaban fuera de su hogar era muchísimo más pequeña que en los países europeos. En otras palabras, el problema de la mujer en los Estados Unidos era, probablemente, desacostumbradamente grave porque el desplazamiento de las mujeres norteamericanas del trabajo esencial y de su identidad en la sociedad era mucho más drástico, principalmente a causa del extraordinario ritmo de crecimiento e industrialización de la economía norteamericana. Las mujeres que se habían desarrollado junto con los hombres en los días de la conquista del oeste fueron desterradas casi de la noche a la mañana a la anomia —que es una denominación sociológica muy expresiva para esta sensación de no-existencia o de impersonalidad que experimenta aquel que no ocupa un lugar real en la sociedad— cuando el trabajo importante ya no estuvo en el hogar, en el que ellas permanecieron. En cambio, en Francia, donde la industrialización fue más lenta, y en donde las granjas y las pequeñas tiendas familiares tienen todavía bastante importancia en la economía, las mujeres de hace un siglo aún trabajaban en gran número — en el campo y en las tiendas — y hoy la mayoría de las mujeres francesas no son únicamente amas de casa en el sentido norteamericano de la mística, ya que una gran cantidad de ellas aún trabaja en el campo, además de que una de cada tres, como en Norteamérica, están empleadas en la industria, en el comercio, en las oficinas y en profesiones diversas. La evolución de la mujer en Francia ha avanzado casi paralelamente a la evolución de la sociedad, puesto que la proporción de mujeres francesas con actividades profesionales se ha duplicado en cincuenta años. Es interesante observar que la mística de la feminidad no prevalece en Francia en la proporción en que lo hace en los Estados Unidos; existe en Francia un concepto serio de la mujer de carrera femenina y de la mujer intelectual femenina y los franceses parecen reaccionar sexualmente ante esas mujeres, sin equiparar la feminidad ni con la exaltación de su vacuidad ni con ese tipo de castradora y devoradora de hombres. Tampoco se ha debilitado la familia — material o espiritualmente — por culpa del trabajo de las mujeres en la industria o en las profesiones. Myrdal y Klein demuestran que la mujer de carrera francesa continúa teniendo hijos, pero no en la proporción en que los tienen las amas de casa norteamericanas que han recibido la nueva educación.

debilitarían de forma progresiva y la propia civilización se resquebrajaría²³⁰.

Las feministas vieron claramente que la educación y el derecho a participar en los trabajos más importantes de la sociedad eran una de las grandes necesidades de la mujer. Lucharon por ello y conquistaron el derecho a una nueva y total personalidad para las mujeres. Pero, ¿cuáles son las pocas de sus hijas y nietas que han escogido utilizar su educación y sus capacidades con propósito creador, para realizar un trabajo de responsabilidad en la sociedad? Cuántas de ellas han sido decepcionadas o se han decepcionado a sí mismas aferrándose a la difundida e infantil feminidad que se ampara bajo la clasificación de: “Profesión, ama de casa”.

No fue cuestión de poca importancia esa equivocada elección. Sabemos ahora que existe en potencia el mismo grado de capacidad en el hombre que en la mujer. Las mujeres, lo mismo que los hombres, únicamente pueden encontrar su personalidad en el trabajo que exige todas sus facultades. La mujer no puede encontrarlo a través de los demás (su marido, sus hijos). No la puede encontrar en los trabajos caseros, aburridos y rutinarios. Como han dicho los pensadores de todas las épocas, solamente cuando un ser humano se atreve a enfrentarse honradamente con el hecho de que puede anular o destruir toda su vida, es cuando realmente se da cuenta de sí mismo y empieza a tomar en serio su propia existencia.

A veces esta percepción se produce a causa de un sutil

230 Sydney Ditzion, *Marriage, Morals and Sex in America, A History of Ideas*, Nueva York, 1953, p. 277.

enfrentamiento con la muerte: La muerte del ego en un pasivo conformismo, en un trabajo sin significación. La mística de la feminidad prescribe precisamente esa especie de muerte en vida para la mujer. Al enfrentarse con esta lenta agonía del ego, la mujer norteamericana debe comenzar a tomar en serio su vida.

“Nos medimos a nosotros mismos por muchos patrones”, dijo el gran sicólogo norteamericano William James hace cerca de un siglo. “Nuestro vigor y nuestra inteligencia, nuestra salud e incluso nuestra buena suerte, son cosas que reconfortan nuestro corazón y nos hacen sentirnos capaces de vivir.

Pero mucha más profunda que todas estas cosas y capaz de bastarse a sí misma sin necesidad de ellas, está la noción de la cantidad de esfuerzo que somos capaces de poner en actividad”²³¹.

Si las mujeres no ponen en marcha, finalmente, ese esfuerzo para llegar a ser todo aquello que está latente en su interior, anularán su propia humanidad. La mujer que hoy día no tiene un propósito, un objetivo, la ambición de proyectar sus días hacia el futuro, que la haga extenderse e ir más allá de esos pocos años en que su cuerpo cumple la función biológica, comete una especie de suicidio. Pues este futuro, que se extiende a unos cincuenta años después de pasada la edad de engendrar hijos, es un hecho que ninguna mujer norteamericana puede negar.

Como tampoco puede negar que, como ama de casa, el mundo está pasando ante su puerta mientras ella se limita a

231 William James, *Psychology*, Nueva York, 1892, p. 458.

sentarse y verlo pasar. El terror que siente es verdadero, si no tiene un sitio en ese mundo. La mística de la feminidad ha logrado enterrar en vida a millones de mujeres norteamericanas.

No hay otra forma, para esas mujeres, de evadirse de su confortable campo de concentración, si no es poniendo en acción un esfuerzo: ese esfuerzo humano que alcanza más allá de la biología, más allá de las estrechas paredes del hogar, para ayudar a modelar el futuro. Solamente por medio de esa dedicación al futuro las mujeres podrán evadirse de la ratonera del ama de casa y encontrar su verdadera realización como esposas y madres, cumpliendo sus propias y exclusivas posibilidades como seres humanos individualizados e independientes.

XIV. UN NUEVO PLAN DE VIDA PARA LAS MUJERES

“Es fácil decirlo”, observa la mujer que se encuentra dentro de la ratonera del ama de casa, “pero, ¿qué puedo hacer yo, sola en casa, con los chiquillos chillando, teniendo que recoger la colada y sin una abuela que los vigile?”. Es más fácil vivir a través de alguien que realizarse plenamente uno mismo. La libertad de regir y planear nuestra propia vida es aterradora si uno no se ha enfrentado antes con esos problemas. Es aterrador cuando una mujer se da cuenta finalmente de que no hay más respuesta a la pregunta “¿quién soy yo?” que la de su voz interior. Una puede pasar años y años tendida en el diván de un psicoanalista, intentando el “acoplamiento como esposa y como madre”, y sin embargo su conciencia puede seguir repitiéndole: “no es eso”. Incluso el mejor psicoanalista podrá apenas hacer otra cosa que darle el valor necesario para escuchar su propia voz.

Cuando la sociedad exige tan poco de las mujeres, toda mujer debe escuchar su propia voz interior, para encontrar su personalidad en este mundo sublumínico. Debe crear, basándose en sus propias necesidades y facultades, un nuevo plan de vida, compaginando en él el amor, los hijos y el hogar, que han

definido la feminidad en el pasado, con una labor hacia un fin más importante, que defina la feminidad futura.

Enfrentarse con el problema no es resolverlo. Pero una vez que una mujer se enfrenta con él, como están haciendo hoy las mujeres en toda Norteamérica sin gran ayuda por parte de los especialistas, una vez que se pregunta a sí misma “¿qué es lo que quiero hacer?”, empieza a encontrar sus propias respuestas. Una vez que empieza a ver a través de los engaños de la mística de la feminidad y se da cuenta de que ni su esposo, ni sus hijos, ni las labores de su hogar, ni la sexualidad, ni el hecho de ser como las demás mujeres, pueden darle una personalidad... encuentra a menudo que la solución es mucho más fácil de lo que creyó en un principio.

De las muchas mujeres con las que hablé, en los cascos urbanos como en sus zonas residenciales, algunas estaban comenzando a enfrentarse con el problema, otras estaban en camino de solucionarlo y para las demás, ya no existía ese problema. En una tranquila tarde de abril, una mujer, cuyos hijos se encontraban en la escuela, me dijo lo siguiente:

He empleado todas mis energías en los niños, sacándolos de paseo, preocupándome por ellos, enseñándoles cosas. De pronto me encontraba con esa terrible sensación de vacío. Todo el trabajo voluntario que había hecho hasta entonces –el club de exploradores, la Asociación de Padres y Profesores, la Liga Femenina– me parecían de repente que no habían valido la pena. Cuando yo era niña había querido ser actriz. Pero ya era demasiado tarde para pensar en eso. Me quedaba en casa todo el día limpiando cosas que no

había limpiado hacía años. Me pasaba mucho tiempo sin hacer más que llorar. Mi marido y yo nos decíamos que mi estado de ánimo era el problema de las mujeres norteamericanas, que renuncian a su carrera por los hijos y después llega el momento en que ya no se puede volver atrás. Envidiaba a las pocas mujeres que conocía que poseían una determinada habilidad y la practicaban. Mi sueño de ser actriz no era sincero, puesto que no hice nada para convertirlo en realidad. ¿Tenía acaso que entregarme enteramente a los chiquillos? Me he pasado toda la vida entregada a otras personas y ni siquiera supe nunca qué clase de persona era yo. Ahora creo que ni siquiera otro hijo solucionaría durante mucho tiempo este vacío. No se puede volver hacia atrás, hay que continuar siempre hacia delante. Tiene que haber alguna forma efectiva para que yo pueda seguir avanzando.

Esta mujer estaba empezando apenas la búsqueda de su personalidad. Otra mujer había recorrido ya todo el camino y ahora podía mirar hacia atrás y ver el problema claramente. Su casa era pintoresca y sencilla, pero técnicamente hablando ya no era “sólo un ama de casa”. Su trabajo como pintora profesional le era retribuido. Me contó que cuando dejó de someterse al tipo convencional de la feminidad, fue cuando finalmente empezó a disfrutar de ser mujer. Me dijo:

¡Luchaba tanto para sostener esa hermosa imagen de mí misma como esposa y madre! Todos mis hijos nacieron de parto natural y a todos los crié yo misma. Una vez, en una fiesta, me puse furiosa con una señora ya mayor, porque cuando yo dije que el parto es la cosa más importante de la

vida, la función animal básica, me contestó: “¿Pero es que no quiere usted ser nada más que un animal?” Una aspira realmente a algo más, sólo que una no sabe lo que es. Por consiguiente, una se vuelca en las faenas caseras. Como el planchar los trajecitos de las niñas no es algo como para entusiasmar a nadie, una compra trajecitos con volantes y fruncidos que requieren más tiempo de plancha, y una amasa su propio pan y se niega a comprar una máquina friegaplatos. Una piensa que si se toma mucho interés en todas estas cosas, entonces, de alguna manera, llegarán a satisfacernos. Pero vemos que no es así.

Estuve a punto de tener un amante. Me solía sentir tan descontenta de mi marido... Me sentía ofendida si no me ayudaba en los quehaceres domésticos. Me empeñaba en que lavase los platos, fregase los suelos y todo lo demás. No nos peleábamos; pero una no puede mentirse a sí misma cuando reflexiona, desvelada, a medianoche.

Me parecía que no era capaz de controlar aquella sensación de que necesitaba obtener algo más de la vida. Fui a ver a un siquiatra. Estuvo tratando hacer que me sintiese feliz de ser femenina, pero de nada sirvió. Entonces fui a ver a otro que trató de hacerme descubrir mi propia personalidad y no preocuparme más de aquel bonito modelo de la feminidad. Me di cuenta de que estaba furiosa contra mí misma y contra mi marido, porque había dejado mis estudios sin terminar.

Con frecuencia solía meter a los niños en el auto y me dedicaba a hacer kilómetros, sin ningún objetivo, sólo

porque no soportaba la idea de quedarme sola en casa. Seguía deseando hacer algo, pero no me atrevía a probar. Un día, yendo por un camino apartado, vi un artista pintando; y una voz dentro de mí, que yo no pude contener, preguntó: “¿Da usted clases de pintura?”

Me ocupaba de la casa y de los niños durante todo el día y, después de fregar los platos de la cena, pintaba. Entonces habilité el dormitorio que pensábamos utilizar si teníamos otro hijo –tener cinco hijos formaba parte de mi bella idea de la feminidad– para mi estudio. Me acuerdo de una noche en la que estuve trabajando, y trabajando sin cesar y de repente a las dos de la madrugada, me di cuenta de que lo había terminado. Miré el cuadro y fue como encontrarme a mí misma.

No puedo imaginar ahora lo que intentaba hacer antes con mi vida tratando de ajustarme a la imagen de una antigua pionera. No tengo por qué confeccionar mis propios vestidos para demostrarme que soy una mujer. Soy una mujer y soy yo misma y compro mis vestidos y me gustan. Ya no soy aquella pobre madre de familia paciente, cariñosa y perfecta. Ya no mudo a los niños de pies a cabeza todos los días y he prescindido de los volantes en los trajecitos. Pero me parece que ahora dispongo de más tiempo para disfrutar de ellos. Ya no me paso tantas horas haciendo mis labores domésticas; sin embargo, todo está listo antes de que llegue mi marido a casa. Hemos comprado una máquina lavaplatos.

Cuanto más tiempo se está una lavando platos, menos tiempo tiene para otras cosas. El hacer la misma cosa una y

otra vez, no es trabajo creador. ¿Por qué habría de sentirse culpable una mujer al tratar de librarse de todo ese trabajo monótono? No existe ninguna virtud en lavar los platos, ni en fregar los suelos. Las telas inarrugables, los lavaplatos, las secadoras... esto es lo bueno, ésta es la dirección que debe tomar la vida material.

No tenemos más que una vida, sólo viviremos un tiempo determinado en la tierra. No podemos tirarlo por la ventana. Mi tiempo es todo cuanto poseo y esto es lo que quiero hacer con él. Ya no necesito poner tanto énfasis en mi matrimonio, porque ahora es algo real. En cierto modo, desde que empecé a sentirme existir, empecé a comprender a mi marido. Antes era como si él fuese una parte de mí misma, no un ser humano individualizado. Creo que hasta renuncié a tratar de ser femenina no empecé a disfrutar de ser mujer.

Y luego también había otras mujeres que oscilaban de una a otra dirección conscientes del problema, pero todavía sin saber a ciencia cierta lo que debían hacer. La presidenta de una organización destinada a recaudar fondos para fines benéficos, en un barrio residencial, me dijo:

Envidio a Jane porque se queda en casa y hace el trabajo que le gusta. Yo no he podido montar mi caballete hace dos meses. ¡Estoy tan ocupada con esos comités que nada me interesan! Es la clase de cosas que hay que hacer aquí para congraciarse con la gente. Pero no es el trabajo que hace que me sienta a mí misma, como me ocurre cuando pinto. Una artista de la capital me dijo: “Debe tomarse usted más

en serio. Puede ser una artista, y al mismo tiempo una ama de casa y una madre: las tres cosas a la vez.” Creo que lo único que me detiene es la idea de que tendría que trabajar mucho.

Una joven de Ohio me dijo:

Últimamente he sentido esa inquietud. Creí que bastaría con tener una casa mayor, o bien ampliar la actual, o irme a vivir a un barrio mejor. Me lancé a dar fiestas y a recibir incesantemente, pero eso es como vivir sólo para momentos aislados de la vida.

Mi marido es de los que cree que la carrera más importante es la de ser una buena madre. Yo creo que es más importante incluso ejercer una carrera. Disfruto con mis hijos, pero no me gusta pasar todo el día con ellos. No tengo ni su edad ni su mentalidad. Podría hacer que mis labores domésticas me ocupasen mayor tiempo, pero los suelos no necesitan que se les pase la aspiradora más de dos veces por semana. Mi madre los barría todos los días. Siempre deseé tocar el violín. Cuando iba a la Universidad se miraba como a bichos raros a las chicas que tomaban en serio la música. De pronto fue como si una voz interior me dijese: “éste es el momento, no volverás a tener otra oportunidad”. Me daba vergüenza ponerme a estudiar a los cuarenta años. El violín me agota y me hace daño en el hombro. Pero me produce la sensación de que me enfrento con algo más grande que yo. De pronto el universo se vuelve real y una forma parte de él. Se tiene la impresión de existir realmente.

No estaría bien que yo ofreciese a ninguna mujer fórmulas fáciles para resolver este problema. No existen soluciones fáciles actualmente en Norteamérica; es difícil, trabajoso y exige tal vez mucho tiempo a cada mujer el encontrar su propia solución. Primero, debe decir “NO”, claramente, al tipo de ama de casa. Esto no quiere decir, naturalmente, que deba divorciarse de su marido, abandonar a sus hijos y dejar el hogar. No tiene por qué escoger entre el matrimonio y el ejercicio de una profesión: ésta fue la equivocada elección que proponía la mística de la feminidad. En la práctica no es tan difícil como pretende la mística de la feminidad el combinar matrimonio, maternidad e incluso esa vocación personal para toda la vida y que en un tiempo se llamó “carrera”. Sólo exige organizar un nuevo plan de vida, que abarque toda nuestra vida como mujeres.

El primer paso para este nuevo plan consiste en considerar las labores domésticas como lo que son, no como una carrera, sino algo que debe hacerse tan rápida y eficientemente como sea posible. Una vez que la mujer ya no intente hacer que la cocina, la limpieza, el lavado y la plancha sean “algo cada vez más importante”, entonces puede decir “no”: no quiero una cocina con ángulos redondeados, no quiero cuatro clases diferentes de jabón. Puede decir “no” a las múltiples fantasías de las revistas femeninas, de la televisión, “no” a los especialistas en publicidad y provocar la necesidad de adquirir objetos que pretenden regir sus vidas. Entonces podrán utilizar la aspiradora, la lavadora de platos y todos los aparatos electrodomésticos que precisen e incluso el pasa-purés automático, para lo que realmente sirven: para ahorrar un tiempo que puede ser utilizado de una manera más creativa.

El segundo paso y tal vez el más difícil para las víctimas de la educación sexual dirigida, es ver el matrimonio como es realmente de verdad, despojándolo del velo de super-idealización con que lo ha cubierto la mística de la feminidad. Muchas de las mujeres con quienes conversé se sentían extrañamente descontentas de sus maridos y continuamente irritadas con sus hijos, cuando consideraban el matrimonio y la maternidad como el único fin de su vida. Pero una vez empezaron a utilizar sus capacidades para algo propiamente suyo, hablaban ya no solamente de una nueva sensación de “vivificación” y “plenitud” interiores, sino también de una nueva diferencia difícil de explicar en sus sentimientos hacia sus maridos e hijos. Muchas hacían suyas las palabras de aquella mujer:

Lo gracioso es que ahora que dispongo de más tiempo para mí, disfruto más de mis hijos. Antes, cuando ponía todo mi ego en los niños, parecía como si siempre estuviese buscando algo a través de ellos. No me era posible disfrutar de mis hijos como lo hago ahora; como si fuesen una puesta de sol, algo exterior a mí, algo independiente. Antes me sentía tan encadenada a ellos que intentaba huir de ellos mentalmente. Tal vez sea preciso que una mujer sea *ella misma* para que pueda estar verdaderamente *con* sus hijos.

La esposa de un abogado de Nueva Inglaterra me dijo:

Yo creía que todo había terminado. Había llegado al término de la adolescencia, me había casado, había tenido un hijo y me sentía feliz en mi matrimonio. Pero, en cierto sentido, estaba desconsolada, porque suponía que esto era

el final. Me dedicaba a tapizar una semana y a hacer pintura de aficionado la siguiente. Mi casa estaba inmaculadamente limpia. Empleaba demasiado tiempo en hacer compañía a mi hijo, que por su parte no precisaba de la compañía constante de un adulto. Una mujer que se pasa todo el día jugando con un niño, que se ocupa de mil cosas distintas para matar el tiempo, haciendo complicados platos que a nadie le apetecen y que luego se pone furiosa al ver que nadie los come, termina perdiendo su sentido común y la sensación de ser una criatura humana.

Ahora estoy estudiando historia, un curso cada año. Supone un esfuerzo, pero no he dejado de estudiar una sola noche desde hace dos años y medio. Pronto me dedicaré a la enseñanza. Me encanta ser esposa y madre, pero ahora sé que cuando el matrimonio es la única meta de la vida, porque no se tiene ninguna otra misión, se convierte en una cosa triste y vulgar. ¿Quién dijo que a las mujeres, para que sean felices, hay que divertir las, distraer las? Las mujeres tienen que trabajar. No es necesario que tengan una profesión. Pero sí es preciso que emprendan ellas mismas algo y lo vean realizado, para sentirse vivas.

La solución al problema que no tiene nombre no está en conceder un descanso de una hora a los deberes maternos, ni un fin de semana, ni siquiera toda una semana. Esa “hora de descanso”²³² para la madre, tal como se aconseja por los expertos en cuestiones familiares por médicos desorientados, como el remedio contra “la fatiga del ama de casa”, o contra la

232 Véase “Mother’s Choice: Manager or Martyr” y “For a Mother’s Hour”, New York Times Magazine, enero 14, 1962 y marzo 18, 1962.

sensación de estar aprisionada, da por sentado automáticamente que una mujer sólo es “un ama de casa”, ahora y para siempre, una madre. Una persona totalmente absorbida por su trabajo puede disfrutar de un “descanso”; pero las madres que entrevisté no encontraban ningún alivio mágico en “una hora libre”; de hecho renunciaban con frecuencia a ella, con el menor pretexto, por una sensación de culpabilidad o de aburrimiento. La mujer que no tiene su propio objeto en la sociedad, la mujer que no puede permitirse pensar en el futuro porque no está haciendo nada para crearse una verdadera personalidad en él, continuará sintiéndose desesperada en el presente, por muchas “horas libres” que se tome. Incluso la mujer muy joven debe pensar hoy día en sí misma primeramente como en un ser humano, no como en una madre con tiempo disponible, y forjarse un plan de vida de acuerdo con sus propias facultades; una dedicación personal a la sociedad en la que puede integrarse su función de esposa y madre.

Una mujer con la que me entrevisté, especialista en psicología aplicada durante muchos años, había sido “sólo ama de casa” en su barrio residencial y lo resume así: “Recuerdo mi propia sensación de que la vida no era lo suficientemente completa para mí. No me empleaba de acuerdo con mis facultades. No era suficiente formar un hogar, no se puede volver a meter el genio dentro de la botella. Una no puede limitarse a negar la existencia de su inteligencia: desea formar parte del esquema social.”

Y contemplando, entre los árboles de su jardín, la calle tranquila y solitaria del barrio residencial añadió:

Si llama usted a cualquiera de esas puertas, ¿cuántas

mujeres encontraría haciendo uso de sus facultades? Con seguridad las hallaría bebiendo o sentadas conversando con otras mujeres y viendo cómo juegan los niños –porque no pueden soportar el estar solas–, o viendo la televisión, o leyendo un libro. La sociedad aún no ha encontrado la forma de utilizar las facultades y energías de las mujeres fuera de la maternidad. Durante los últimos quince años, creo que las mujeres han estado huyendo de sí mismas. La razón por la que las jóvenes se han tragado toda esa historia de la feminidad, es que creen que si vuelven al hogar y buscan en él su satisfacción, será mucho más fácil para ellas. Pero no es así. En algún momento de su vida, si la mujer quiere llegar a estar de acuerdo consigo misma, tendrá que encontrarse a sí misma como persona.

La única manera para una mujer, como para un hombre, de encontrarse a sí mismos, de conocerse a sí mismos como individuos, es por medio de su propio trabajo creador. No hay ninguna otra forma de hacerlo. Pero una colocación cualquiera no es la solución; en realidad puede formar parte también de la “ratonera”. Las mujeres que no buscan ocupaciones de acuerdo con su capacidad real, que no permiten que se desarrollen en ellas los intereses y los objetivos vitales que requiere un estudio y un entrenamiento en serio, que aceptan un empleo a los veinte o a los cuarenta años sólo con el fin de “ayudar económicamente en casa”, o para matar el tiempo, se encaminan hacia un futuro vacío, casi tan seguramente como las amas de casa que se quedan dentro de la “ratonera”. Si se quiere que un empleo sea la salida de la “ratonera” para la mujer, debe ser un empleo que pueda tomar en serio, como parte de un plan de vida, un trabajo por el cual pueda convertirse en parte de la

sociedad. Las urbanizaciones suburbanas, en particular las más nuevas, donde los patrones sociales, culturales, docentes, políticos y recreativos no están aún firmemente establecidos, ofrecen numerosas oportunidades para la mujer capacitada e inteligente. Pero ese trabajo no es necesariamente un “empleo”. En Westchester, en Long Island, en las urbanizaciones de las afueras de Filadelfia, las mujeres han fundado clínicas de psicología aplicada, centros artísticos, campamentos donde los niños pueden pasar el día. En las ciudades y pueblos, las mujeres, desde Nueva Inglaterra hasta California, han iniciado nuevos movimientos políticos y docentes. Aunque este trabajo no fue pensado por ellas como “un empleo” o “una carrera”, era frecuentemente considerado tan importante para las comunidades, que actualmente se buscan profesionales retribuidos para realizarlo.

En algunos barrios residenciales de las afueras y en muchas comunidades queda ya poco trabajo que precise de inteligencia para el no profesional –salvo algunos puestos directivos para los que la mayoría de las mujeres hoy día no carecen de la independencia, la fortaleza y la seguridad necesarias. Si la comunidad tiene una gran mayoría de mujeres cultas, nos encontramos con que no hay suficientes puestos para su capacidad intelectual. Como resultado, el trabajo de comunidad generalmente se diluye en una serie de comités innecesarios y de formulismos, en el sentido más neto de la ley de Parkinson, hasta que su verdadero objetivo parece no ser otro que el de tenerlas ocupadas.

Esa huera actividad no satisface a las mujeres maduras, ni ayuda a madurar a las que no lo están. Esto no quiere decir que

el ser madrina de “boy-scouts”, trabajar para el comité de la Asociación de Padres y Profesores, o el organizar cenas benéficas no sea trabajo útil; pero para una mujer con inteligencia y facultades, no es suficiente.

Una mujer a la que entrevisté se hallaba metida de lleno en una interminable serie de respetables actividades de su comunidad. Pero éstas no la encaminaban de manera alguna hacia su propio futuro, ni tampoco utilizaban su inteligencia excepcional. Es más, parecía que su inteligencia se iba embotando. Sufría cada vez más de los efectos del problema que no tiene nombre, hasta que dio el primer paso hacia una dedicación importante. Hoy esta mujer es maestra y además esposa y madre feliz:

Al principio, me consagué al comité de recaudación de fondos para el hospital, y al comité para reclutar trabajadores voluntarios administrativos en la clínica. Vigilaba de los niños de la escuela cuando iban de excursión. Tomaba clases de piano, que me costaban 30 dólares semanales y pagaba a niñeras por horas para poder tocar el piano para mi propio recreo. Hice el fichero por el sistema decimal Dewey de la biblioteca que habíamos empezado a formar, fui madrina de los boy-scouts y miembro de la Asociación de Padres y Profesores. Los gastos que precisaba hacer para todas estas cosas que sólo tenían por objeto distraerme se llevaba una buena parte de los ingresos de mi marido. Así y todo esto no llenaba mi vida. Estaba malhumorada y tristoná. Me echaba a llorar por cualquier causa. Ni siquiera conseguía concentrarme lo suficiente para acabar de leer una novela detectivesca.

Estaba ocupada yendo de un lado a otro de la mañana a la noche, y sin embargo nunca tenía una verdadera sensación de satisfacción. Una cría a sus hijos, es natural, pero ¿cómo puede eso justificar su vida? Es necesario tener un último objetivo en la vida, una finalidad a largo plazo que la haga a una seguir viviendo. Las actividades de la comunidad son metas a corto plazo; se hace un proyecto, se realiza; entonces se precisa buscar otro. Se dice que no se debe molestar con los trabajos de la comunidad a las madres jóvenes con hijos pequeños. Éste es un trabajo para las madres de cierta edad, con hijos ya crecidos. Pero son precisamente las que se encuentran atadas por sus hijos pequeños las que necesitan hacer este trabajo. Cuando una ya no está atada por los hijos, deje este tipo de ocupación: lo que usted necesitará entonces será un trabajo de verdad.

Por culpa de la mística de la feminidad (y tal vez debido simplemente al temor humano de fracasar cuando se entra en competencia sin que sirvan los privilegios del sexo o cualquier otra excusa) es el salto del aficionado al profesional lo que casi siempre resulta más difícil para la mujer que trata de evadirse de la “ratonera”. Pero incluso si una mujer no necesita trabajar para comer, sólo puede encontrarse identificada en un trabajo que sea de verdadera utilidad para la sociedad²³³ –trabajo por el

233 La idea de que el trabajo tiene que ser “real” y no únicamente “terapia” o “ajetreo” para que ofrezca una base a la personalidad está haciéndose cada vez más patente en las teorías de la personalidad, incluso cuando no se refieren específicamente a la mujer. Así, al definir los comienzos de la “personalidad” en el niño, Erikson dice en *Childhood and Society* (p. 208): El niño que crece debe, a cada paso, obtener un sentido vitalizador de la realidad al darse cuenta de que su forma individual de dominarla (la síntesis de su yo) es una variante afortunada de una personalidad de grupo y está de acuerdo con su idea de tiempo y espacio y con el planeamiento de su vida. Estos niños no pueden ser engañados con alabanzas huecas y animándolos con tono condescendiente. Puede que tengan que

que, generalmente, nuestra sociedad paga. Ser pagado es, naturalmente, más que una recompensa: implica una neta dedicación. Por temor a esa dedicación, cientos de amas de casa de barrios residenciales capacitadas y bien educadas, se engañan hoy a sí mismas, pensando en la escritora o en la actriz que podrían haber llegado a ser, o bien se dedican de forma superficial al arte o a la música y viven en el limbo del aficionado que pretende “aumentar sus conocimientos” o buscar colocaciones como recepcionistas, vendedoras, empleos todos ellos por debajo de sus verdaderas facultades. Éstas son también formas de eludir su pleno desarrollo.

El hastío creciente de las mujeres norteamericanas hacia el trabajo voluntario y su preferencia por los trabajos remunerados, sin importarles que sean de clase más inferior, se atribuye al hecho de que los profesionales han ocupado la mayoría de los puestos que requieren talento en las comunidades. Pero el hecho de que las mujeres no se hayan convertido en profesionales, y la aversión que han sentido en los últimos veinte años por los trabajos, remunerados o no, que precisen iniciativa, condiciones de mando y responsabilidad, es debido a la mística de la feminidad. Esta actitud, de no querer aceptar obligaciones entre las esposas jóvenes, fue confirmada por un estudio reciente efectuado en el condado de

contentarse con estímulo artificial de su propia-estimación en lugar de algo mejor, pero la identidad de su yo gana fuerza real solamente con el reconocimiento franco y total de las cosas importantes que realmente ha hecho... por ejemplo de algo realizado por él y que tiene importancia en su vida.

Westchester²³⁴. En un barrio residencial cuyos habitantes disfrutaban de ingresos elevados, más del 50% de un grupo de amas de casa entre los 25 y 35 años, cuyos maridos tenían ingresos superiores a los 25.000 dólares anuales, querían dedicarse a trabajar; el 13% quería hacerlo inmediatamente y el resto dentro de 5 a 15 años. Tres de cada cuatro mujeres que pensaban dedicarse a trabajar, se consideraban poco preparadas. (Todas estas mujeres habían recibido una educación universitaria, pero solamente una se había graduado; una tercera parte se había casado a los veinte años, o antes.) Estas mujeres no se sentían impulsadas a trabajar por necesitar el dinero, sino por lo que el antropólogo que hizo la encuesta llamaban “la necesidad psicológica de ser económicamente productiva”. Evidentemente el trabajo voluntario y no retribuido no satisfacía esta necesidad; aunque el 62% de estas mujeres se ocupaban en trabajos voluntarios, éstos eran de los que sólo requerían un día o menos de atención a la semana. Y aunque querían emplearse y se encontraban mal preparadas, del 45% que estaban siguiendo cursos, muy pocas pretendían obtener un título. La parte de fantasía que regía sus planes de trabajo estaba testimoniada por la común apetencia de la tiendecita que se abre y cierra con aburrida regularidad todos los días. Cuando una asociación escolar patrocinó una conferencia en aquel barrio, dividida en dos sesiones sobre “Cómo pueden volver a trabajar las mujeres de mediana edad”, asistieron 25 mujeres. Como primera medida se pidió a cada una de ellas que presentasen un resumen de la primera conferencia en la segunda reunión. El resumen requería alguna reflexión y,

234 Nanette E. Scofield, “Some Changing Roles of Women in Suburbia: A Social Anthropological Case Study”, actas de la Academia de Ciencias de Nueva York, vol. 22, 6 abril 1960.

como dijo el investigador, “cierta sinceridad de propósito”. Solamente una mujer fue lo suficientemente seria para redactar el resumen.

En otro barrio residencial existe un centro de orientación que durante los primeros años del movimiento de la “salud mental” ofreció verdaderas oportunidades a la inteligencia de las mujeres de la comunidad con educación universitaria. Nunca se dedicaron a la terapéutica, naturalmente, pero en los primeros años administraron el centro y dirigieron los grupos de discusión para padres. Ahora que la “educación para la convivencia familiar” se ha profesionalizado, el centro es administrado por profesionales y los grupos de discusión son igualmente regidos por profesionales traídos, con frecuencia, de la ciudad y que tienen algún título universitario, o están doctorados en la materia. Sólo en muy contados casos las mujeres “que se habían encontrado a sí mismas” realizando un trabajo en el centro de orientación continuaron ejerciendo la nueva profesión y obtuvieron sus licenciaturas académicas. La mayoría se volvieron atrás, cuando continuar hubiera significado tener que interrumpir su papel de amas de casa y ejercer en serio una profesión.

Paradójicamente, la única clase de trabajo que permite a una mujer preparada desarrollar plenamente sus facultades y alcanzar una personalidad en la sociedad dentro de un plan de vida que permite abarcar el matrimonio y la maternidad, es el que prohibía la mística de la feminidad: la dedicación durante toda la vida a un arte o a una ciencia, a la política o al ejercicio de una carrera. Este cometido no exige aceptar un empleo determinado o residir en una determinada localidad. Permite

variaciones de año en año: un trabajo de jornada completa en una comunidad; otro de media jornada en otra; el ejercicio de los conocimientos profesionales en un trabajo voluntario serio, o bien un período de estudio durante la época del embarazo o al comienzo de la maternidad, cuando no es posible desempeñar un trabajo que ocupe la jornada completa. Es un hilo ininterrumpido que se mantiene tenso por medio del trabajo, el estudio y los intercambios sobre la materia, en cualquier parte del país.

Las mujeres que encontré y que habían hecho y conservado vivas aquellas actividades a largo plazo, no sufrían del problema que no tiene nombre. Tampoco vivían de acuerdo con el modelo establecido del ama de casa. Pero ni la música, ni el arte, ni la política, ofrecían ninguna solución mágica a las mujeres que no se empleaban o no podían emplearse seriamente en un cometido. A primera vista las “artes” eran la solución ideal para una mujer. Después de todo pueden practicarse en el hogar. No implican necesariamente ese tímido profesionalismo, son convenientemente femeninas y parecen ofrecer ilimitadas posibilidades para el desarrollo de la personalidad sin necesidad de competir con la sociedad para obtener una remuneración. Pero he observado que cuando las mujeres no se dedican con suficiente asiduidad a la pintura o a la cerámica como para convertirse en profesionales –para poder cobrar por su trabajo, o dar clases a los demás y ser reconocidas como sus iguales por los otros profesionales– más tarde o más temprano dejan de dedicarse a ello; la pintura de aficionado, la cerámica hecha a ratos, no aportan ese necesario sentido del “ego” cuando no son apreciadas por nadie. El aficionado o el diletante, cuyo trabajo no es lo suficientemente bueno para que alguien esté dispuesto

a pagar por escucharlo, verlo o leerlo, no crea una verdadera situación social, o una verdadera personalidad. Esto está reservado a aquellos que han hecho el esfuerzo y adquirido la instrucción y destreza necesarias para convertirse en profesionales.

Existe, naturalmente, un cierto número de problemas prácticos vinculados a una seria dedicación profesional. Pero esos problemas sólo parecen insuperables cuando una mujer se encuentra todavía medio sumergida en los falsos dilemas y en el sentido de culpabilidad creados por la mística de la feminidad; o cuando su deseo de ser “algo más” es solamente una fantasía y no está dispuesta a hacer el esfuerzo necesario. Repetidas veces me han dicho las mujeres que el paso crítico para ellas fue la primera visita a la agencia de empleos o enviar una solicitud para conseguir el título de maestra, o solicitar alguna cita con antiguos compañeros de trabajo en la ciudad. Son increíbles los obstáculos y pretextos que la mística de la feminidad puede idear para impedir que una mujer realice esa visita, o escriba esa carta.

Cierta ama de casa que habita una zona residencial suburbana había sido periodista, pero estaba segura de no poder volver a conseguir esa clase de trabajo; había estado apartada de él demasiado tiempo. Y, claro está, tampoco podía dejar solos a sus hijos (que por entonces se pasaban todo el día en el colegio). Resulta, a fin de cuentas, que cuando por fin se decidió a dar los primeros pasos, consiguió un excelente empleo en su antigua actividad, después de hacer solamente dos viajes a la ciudad.

Otra mujer que se dedicaba a trabajos sociales de siquiatria,

dijo que no podía aceptar un trabajo serio permanente, sino solamente trabajos voluntarios sin plazos fijos y que pudiese dejar cuando quisiera, puesto que no podía contar con una mujer para la limpieza. La verdad es que si hubiese tomado una mujer para la limpieza, cosa que hacían muchas de sus vecinas con menos razón, hubiese tenido que emplearse seriamente en algún trabajo que hubiese puesto a prueba sus facultades. Es evidente que temía verse sometida a esa prueba.

Una gran cantidad de las amas de casa de los barrios residenciales renuncian o abandonan las actividades voluntarias, el arte o cualquier otro empleo, en el preciso momento de llegar al punto en que todo lo que se les exige es una mayor dedicación. La presidenta de la Asociación de Padres y Profesores no presenta su candidatura para la junta de la escuela. La presidenta de la Liga de las Mujeres Electoras teme meterse en la violenta lucha de su partido político. “Las mujeres no pueden conseguir un papel importante en los programas políticos”, alegará. “No voy a dedicarme a pegar los sellos”. Naturalmente, requeriría un mayor esfuerzo de su parte conseguir un puesto importante en su partido político, luchando contra los prejuicios y la competencia del hombre.

Algunas mujeres aceptan los empleos, pero no hacen el nuevo plan de vida necesario. Yo entrevisté a dos mujeres capacitadas, ambas aburridas de ser amas de casa y que consiguieron un empleo en el mismo Instituto de Investigación. Estaban ambas satisfechas con su trabajo, que cada vez exigía mayor esfuerzo por su parte, y pronto fueron ascendidas. Pero como estaban en la treintena y habían sido amas de casa durante diez años, ganaban muy poco dinero. La primera se dio cuenta claramente

del porvenir que este trabajo le reservaba y se gastaba virtualmente todo su salario en una asistenta, tres días a la semana; la segunda, que consideraba que su trabajo sólo estaba justificado si “servía como complemento de los gastos familiares”, no gastaba un céntimo en asistentes. Tampoco consideraba conveniente pedir a su marido y a sus hijos que la ayudasen en sus quehaceres domésticos; ni sabía ahorrar tiempo haciendo la compra por teléfono, ni haciendo lavar la ropa fuera de casa. Tuvo que dejar su trabajo al cabo de un año, por encontrarse agotada. La primera mujer, que efectuó los necesarios acoplamientos y sacrificios en su hogar, hoy día, a los treinta y ocho años, ocupa uno de los principales puestos del Instituto y contribuye de manera importante a los ingresos familiares, además y muy por encima de lo que paga a la mujer de la limpieza. La segunda, después de un “descanso” de dos semanas, volvió a sufrir la antigua desesperación; pero se convenció a sí misma de que “defraudaría menos a su marido e hijos buscando un trabajo que pudiese hacer en casa”.

La imagen del ama de casa feliz haciendo trabajos de tipo creador en el hogar –pintando, escribiendo, esculpiendo– es uno de los grandes engaños de la mística de feminidad. Hay hombres y mujeres que lo pueden hacer; pero cuando un hombre trabaja en casa, su mujer tiene que mantener a los niños alejados. La cosa no es tan fácil para la mujer; porque si toma en serio su trabajo, generalmente tiene que buscar algún sitio fuera del hogar en que pueda desempeñarlo; o correr el riesgo de convertirse en un ogro para sus hijos, el exigir constantemente que la dejen tranquila. Su atención está dispersa y *no* es capaz de concentrarse en su actividad profesional, ni en la maternal.

Un trabajo regular de nueve a cinco, que permita una clara separación del trabajo doméstico, requiere mucha menos disciplina y es menos absorbente. La mujer que intenta encerrar su profesión dentro de los límites materiales de su vida doméstica puede perder algunos estímulos y nuevas amistades que provienen de formar parte del mundo profesional.

La mujer debe decir “no” de manera rotunda a la mística de la feminidad para poder soportar la disciplina y el esfuerzo que requiere cualquier cometido profesional. Porque la mística no es una mera construcción intelectual. Mucha gente tiene, o cree tener, intereses creados en que la mujer siga siendo una “ama de casa”.

Por mucho tiempo que tarden las revistas femeninas, los sociólogos, los educadores y los psicoanalistas, en corregir las equivocaciones que perpetúan la mística, la mujer debe enfrentarse con ellas, desde ahora, con los prejuicios, los temores infundados, los dilemas innecesarios proclamados por su marido, sus amigos y vecinos, tal vez por su pastor, su párroco o su rabino; por la profesora del jardín de Infancia de su hijo, por el bien intencionado sociólogo de la clínica de orientación o por sus propios e inocentes hijitos. Pues la resistencia, proceda de donde proceda, más vale conocerla, saber en qué consiste exactamente.

Incluso la resistencia tradicional de la ortodoxia religiosa aparece disfrazada hoy con las técnicas de la psicoterapia. Las mujeres de origen ortodoxo o judío, no rompen fácilmente con la imagen que se han forjado del ama de casa; ésta es conceptuada como sagrada por los cánones de su religión, por

la formación que ella y su marido han recibido en su infancia, y por las definiciones tradicionales del matrimonio y la maternidad. La facilidad con que el dogma puede verse involucrado con las tesis psicológicas de la mística de la feminidad puede verse en estas instrucciones para las “Controversias sobre Temas Matrimoniales”, de la Oficina de la Vida en Familia de la Archidiócesis de Nueva York. A un equipo de tres o cuatro matrimonios, después de haber sido convenientemente aleccionados por un “sacerdote-moderador” se le dan instrucciones para que planteen el problema siguiente: “¿Puede representar la mujer que trabaja una amenaza para la autoridad de su marido?”

La mayoría de los futuros matrimonios están convencidos de que no hay nada malo ni extraño en que la esposa trabaje... No los contradigan. Sean más sugestivos que dogmáticos. El equipo de matrimonios debe hacer observar que la mujer casada que está contenta con su empleo de 9 de la mañana a 5 de la tarde, debe reflexionar sobre esto:

a) Puede estar minando insensiblemente el sentido de la vocación de su marido, como sostenedor de la casa y cabeza de familia. El mundo de los negocios, con su sentido de la competencia, puede inculcar en la esposa que trabaja actitudes y hábitos que dificulten su adaptación a la autoridad del marido...

b) Al finalizar la jornada de trabajo, ofrece a su marido una mente y un cuerpo cansados, cuando él espera recibir de su esposa un alegre estímulo y un sano entusiasmo...

c) Para algunas recién casadas, la tensión que supone el ser a la vez mujer de negocios y ama de casa, puede ser uno de los factores que contribuyan a su esterilidad...

Una mujer que entrevisté, abandonó la junta directiva de la Liga de Mujeres Votantes cuando, además del descontento expresado por su párroco y por su propio marido, el sicólogo de la escuela afirmó que las dificultades con que tropezaba su hija en la escuela eran debidas a las actividades políticas de la madre. “Es muy difícil para una mujer como yo permanecer emancipada”, me dijo. “Me he retirado. Será mucho mejor para todos que yo me limite a ser ama de casa.” En este momento sonó el teléfono y pude escuchar a través de la puerta y con gran interés una conversación sobre alta estrategia política que duró media hora; evidentemente, la llamada no provenía de la Liga, sino del partido demócrata de la localidad. Aquella mujer que se las daba de “político retirado” volvió a la cocina para terminar de preparar la cena y me confesó que ahora ocultaba su actividad política en casa “como si se tratase de una inclinación al alcohol o a las drogas; pero, por lo visto, no puedo dejarla”.

Una mujer de religión judía dejó su profesión de médico al convertirse en la esposa de un colega, para dedicarse a criar a los cuatro hijos que tuvieron. Su esposo no se sintió particularmente feliz cuando ella empezó a repasar las asignaturas, para volver a pasar sus exámenes de medicina en el momento en que su hijo menor estuviese en edad de ir a la escuela. Mujer tranquila y pasiva, tuvo que realizar un esfuerzo casi increíble para conseguir su licencia después de quince años de inactividad. Me dijo, disculpándose: “No puede uno dejar de sentir interés por algo; yo hice lo posible por acostumbrarme,

pero no pude.” Y me confesó que cuando la llamaban por la noche, se escabullía de su casa con la misma sensación de culpabilidad que si fuese a verse con un amante.

Incluso para una mujer de una tradición religiosa menos intensa, el arma más poderosa de la mística de la feminidad es el argumento de que ella abandona a su marido e hijos por el hecho de trabajar fuera de casa. Si, por cualquier causa, su hijo enferma o su marido tiene sus propios problemas, la mística de la feminidad, los comentarios insidiosos de la vecindad y hasta su propia conciencia criticarán el “abandono” de su papel de amas de casa.

Esta es la causa de que la mayor parte de las actividades de la mujer para consigo misma o para con la sociedad, mueren en flor o sufren cambios importantes.

Una mujer me contó que había renunciado a su trabajo en la televisión para convertirse en “nada más que en ama de casa”, debido a que su marido se puso a decir de pronto que los problemas que tenía en su propia profesión eran debidos a que ella no sabía desempeñar su papel de mujer; estaba intentando “competir” con él; quería llevar “los pantalones”. Ella, como la mayoría de las mujeres de hoy, era vulnerable a tales acusaciones. Un siquiatra llama a este sentimiento “el síndrome de culpabilidad de la mujer de carrera”. Por consiguiente empezó a aplicar todas las energías que antes había dedicado a su trabajo, a gobernar el hogar... y a preocuparse de una manera crítica en la carrera de su marido.

En sus ratos libres y casi sin pretenderlo obtuvo un gran éxito

como directora de una pequeña agrupación teatral en su barrio. Esto, añadido a su manera crítica de interesarse por las actividades profesionales de su marido, era más destructivo de la personalidad de éste y un mayor motivo de la constante irritación de él y de sus hijos, que el trabajo profesional de ella en el cual había competido con otros compañeros de profesión de una manera impersonal y en un mundo alejado del hogar. Un día, cuando dirigía el ensayo de la pequeña agrupación teatral, su hijo fue atropellado por un automóvil; ella se consideró culpable y, por consiguiente, renunció a dirigir la pequeña agrupación teatral, resolviendo, esta vez bajo juramento, que en lo sucesivo sería sólo “ama de casa”.

Casi en seguida empezó a sufrir gravemente el problema que no tiene nombre; su depresión y su sometimiento hicieron de la vida de su marido un auténtico infierno. Buscó ayuda en el psicoanálisis, y su psiquiatra, apartándose del método que siguen los analistas ortodoxos de no dar órdenes a los pacientes, casi la obligó a que volviese a trabajar. Empezó a escribir una novela, al fin, con toda la dedicación que siempre había eludido incluso cuando había tenido una ocupación. Absorbida por su tarea, dejó de preocuparse por las actividades profesionales de su marido; imperceptiblemente, dejó de obsesionarse por la posibilidad de otro accidente cada vez que no tenía a su hijo delante de los ojos. E incluso, aunque ya muy metida en harina para dar marcha atrás, pensaba algunas veces si no estaría sacrificando su matrimonio.

En contra de lo que la mística de feminidad predice para estos casos, su marido, al reaccionar, bien debido al ejemplo contagioso de la nueva dedicación de su mujer o al respiro que

le proporcionó la terminación de la histórica preocupación de su esposa por él, o por razones suyas particulares independientes de todo esto, lo cierto es que se dedicó con el mismo empeño que ella a su novela a su profesión. Todavía existían problemas, naturalmente, pero ya no eran los antiguos; cuando los dos lograron salir de sus propias “ratoneras”, su mutuo afecto empezó otra vez a crecer.

Sin embargo, en toda clase de desarrollos existen peligros. En una de mis entrevistas, encontré una mujer cuyo marido se divorció de ella poco después de que ella se puso a trabajar: su matrimonio se había convertido en algo terriblemente negativo. El sentido de identidad e independencia que adquirió la mujer en su trabajo, tal vez contribuyese a hacerla más reacia a aceptar aquella negatividad y tal vez contribuyó a precipitar el divorcio; pero también la hizo más capaz de reorganizar su vida después.

En otros casos, sin embargo, algunas personas me dijeron que las objeciones violentas de sus maridos cesaron cuando ellas se decidieron firmemente a ponerse a trabajar. ¿Habían exagerado tal vez las objeciones de sus maridos para evitar tener que tomar ellas una decisión? Los maridos que entrevisté sobre el mismo asunto a veces se mostraban sorprendidos de hallar “un alivio”, en no ser ya “la luna y el sol” en el mundo de sus mujeres; eran objeto de menos chinchorrerías y de menos cantidad de exigencias insaciables y ya no se sentían responsables del descontento de sus mujeres. Como afirmó uno de ellos: “no solamente se hace más llevadera la carga económica –y, francamente, eso ya es en sí un alivio– sino que toda nuestra vida se ha hecho soportable desde que Margaret comenzó a trabajar”.

Hay maridos, sin embargo, cuya oposición no es tan fácil de vencer: el marido que no puede soportar que su mujer diga “no” a la mística de la feminidad, frecuentemente ha sido seducido por la fantasía infantil de tener una madre siempre cerca, o bien está tratando de revivir esa fantasía a través de sus hijos. Es difícil para una mujer decir a un marido de ese estilo que ella no es su madre y que sus hijos estarán mucho mejor sin su atención constante. Tal vez si se decide a mostrarse tal como es en realidad y se niega a seguir actualizando su fantasía, él se despertará bruscamente y volverá a verla a “ella” y entonces tal vez vuelva a buscarse otra “madre”.

Otro de los riesgos que corre una mujer al liberarse de la “ratonera” es la hostilidad de las demás amas de casa. De la misma forma que el hombre que se resiste a evolucionar en su propio trabajo y “competencia”, la mayoría de ellas confesaron que experimentaban un “sentimiento de culpabilidad” por ser ambiciosas²³⁵. “Pretendían –explica la señorita Weaver– presentarla como algo edificante y no como algo terrenal y egoísta, como el comer.” Nos extrañó... ver la cantidad de mujeres que trabajan de la mañana a la noche para su comunidad o su parroquia, por ejemplo, pero que no quieren percibir ni un céntimo por ello. No quieren dinero, posición social, poder, influencia, ni gratitud... ¿Se están engañando estas mujeres a sí mismas? La mística hace a las mujeres renunciar a toda ambición personal. El matrimonio y la maternidad es el único fin para ellas; después de eso, las mujeres deben ser ambiciosas sólo para sus maridos e hijos. Muchas mujeres que se engañan a sí mismas empujan a sus maridos e hijos a que

235 Polly Weaver, “What’s Wrong with Ambition?”, *Mademoiselle*, septiembre, 1956.

satisfagan esa ambición que no admiten para ellas mismas. Había, sin embargo, muchas mujeres francamente ambiciosas entre las que contestaron a la encuesta de *Mademoiselle* y no parecían sufrir de serlo:

Las mujeres ambiciosas que respondieron a nuestro cuestionario lamentaban poco el haber sacrificado a los viejos y encantadores amigos, el haber renunciado a las giras familiares, y al tiempo libre que dedicaban a leer libros de los que nadie habla. Han obtenido más de lo que han perdido, dijeron, y mencionaron sus nuevas amistades, el mundo más amplio en que se desenvuelven, el gran incentivo que les proporciona trabajar con gente brillante e inteligente, y sobre todo la satisfacción de trabajar “a todo vapor”, como una olla a presión. En realidad, algunas mujeres con ambición hacen felices a las personas que están a su lado; maridos, hijos, colegas... Una mujer muy ambiciosa tampoco está contenta con que su prestigio social dependa enteramente del éxito de su marido... Para la mujer activa y ambiciosa, la ambición es el hilo que atraviesa su vida desde el principio hasta el fin, dándole unidad y haciéndole posible considerar su existencia como una obra de arte acabada, y no como una colección de fragmentos aislados.

Para las mujeres que habían sufrido y habían resuelto el problema que no tiene nombre y que yo entrevisté, el realizar una aspiración personal, bien fuese una aspiración hacía largo tiempo enterrada o una completamente nueva, el trabajar al máximo de su capacidad, el tener la sensación de realizarse plenamente, era como encontrar la pieza que faltaba en el

rompecabezas de su vida. El dinero que ganaban, frecuentemente hacía la vida más agradable para su familia, pero ninguna de ellas pretendía que ésta fuese la única razón por la cual trabajaban, o la única satisfacción que obtenían de ese trabajo. La sensación de ser una parte netamente determinada del mundo, “ya no una isla, sino una parte del continente”, había vuelto a ellas. Sabían que esa sensación no provenía sólo de su trabajo, sino de la totalidad de sus vidas: su matrimonio, el hogar, los hijos, el trabajo, el cambio efectuado en ellas, sus relaciones cada vez mayores con la comunidad. Eran otra vez seres humanos, no sólo “amas de casa”. Esta clase de mujeres son las afortunadas. Algunas pueden haber sido impulsadas a alcanzar esa ambición bien por haberse sentido rechazadas en su infancia, por una adolescencia triste de patito feo, por un matrimonio desgraciado, por el divorcio o la viudedad. Es a la vez una paradoja de la mística de la feminidad y una de las acusaciones que se le pueden hacer el que generalmente obliga a las jóvenes desgraciadas, a los “patitos feos” a buscar su propia personalidad, mientras que aquellas que coincidían con el modelo propuesto por la mística y se convirtieron en “amas de casa felices” y adaptadas, nunca llegaron a descubrir su mismidad. Pero afirmar que la “frustración” puede ser una buena cosa para una chica, sería no haber entendido el problema; dicha frustración no puede ser el precio que tiene que pagar una mujer por encontrarse a sí misma, ni en ella está la clave para lograrlo. La mística de la feminidad ha impedido que muchas jóvenes, guapas o feas, que podían haber escrito poemas como Edith Sitwell, descubriesen sus propias dotes; ha impedido que muchas esposas, felices, desgraciadas, que podrían haberse encontrado a sí mismas, como le ocurrió a Ruth Benedict al estudiar antropología, descubrieran siquiera lo que

realmente les interesaba. Y de repente nos encontramos con que la última pieza del rompecabezas encaja en su sitio exacto.

Había una cosa sin la cual incluso las mujeres más frustradas rara vez encontraban la salida de la “ratonera”. Y a pesar de las experiencias de la infancia, a pesar de la felicidad del matrimonio, había algo que producía la “frustración” en todas las mujeres de esta época que intentaban adaptarse al tipo de “ama de casa”. Era algo común a todas las mujeres que encontré y que habían hallado, finalmente, su propio camino.

La llave que abre la “ratonera” es, sin duda alguna, la instrucción. La mística de la feminidad ha hecho aparecer la instrucción superior de la mujer como algo sospechoso, innecesario, incluso peligroso. Pero yo creo que la instrucción y sólo la instrucción ha salvado y puede seguir salvando a las mujeres de los peligros mayores de la mística de la feminidad.

En 1957, cuando se me pidió que hiciese un cuestionario para mis condiscípulas de la Universidad Smith, quince años después de habernos graduado en dicho centro, aproveché la ocasión que se me brindaba, pensando que podría desmentir la creencia creciente de que la instrucción hacía a las mujeres “masculinas”, impedía su plena realización sexual y causaba conflictos y frustraciones innecesarios. Me di cuenta de que los críticos tenían razón sólo a medias; la instrucción es peligrosa y provoca frustraciones..., pero únicamente cuando las mujeres no la utilizan.

De las 200 mujeres que contestaron el cuestionario en 1957, el 89% eran amas de casa.

Habían pasado por todas las posibles frustraciones que la instrucción pueda causar a las amas de casa. Pero cuando se les preguntó: ¿qué dificultades ha encontrado para realizar su papel de mujer?... ¿Cuáles son hoy día las principales satisfacciones y frustraciones de su vida?... ¿De qué forma ha cambiado usted interiormente?... ¿Cómo acepta usted el hecho de envejecer?... ¿Qué es lo que usted hubiera deseado hacer diferentemente?... se llegó a la conclusión de que los verdaderos problemas que tenían como mujeres no eran ocasionados por su instrucción. Por regla general, se arrepentían sólo de una cosa: de que no habían tomado su instrucción lo suficientemente en serio, de que no habían hecho el propósito de utilizarla seriamente.

Del 97% de estas mujeres que se casaron, generalmente unos tres años después de salir de la Universidad, sólo se divorció un 3%; del 20% que se habían sentido atraídas por otro hombre después de casadas, la mayoría de ellas “no hicieron nada”. Como madres, el 86% planeó el nacimiento de sus hijos y disfrutaron de su embarazo; el 70% crió a sus hijos a pecho, desde un mes a nueve meses. Tuvieron más hijos que sus madres (un promedio de 2,94), pero sólo un 10% había considerado el hecho de ser madres como un “martirio”. Aunque el 99% afirmó que la cuestión sexual era en su vida “sólo un factor entre otros muchos”, ni se sintieron libres de la sexualidad, ni tampoco empezaban a sentirse sexualmente satisfechas de ser mujeres. Un 85% confesó que las relaciones sexuales “mejoraban con los años”, pero también lo encontraban menos importante de lo que solía ser antes. Compartían la vida con sus maridos, “tan completamente como es posible hacerlo con otro ser humano”; pero el 75% admitió francamente que no podían compartir la totalidad de su vida.

La mayoría de ellas (el 60%) no podían decir con franqueza, al referirse a su papel principal como amas de casa, que “llenase totalmente sus vidas”. Sólo dedicaban cuatro horas diarias a sus quehaceres domésticos y no les gustaba. Tal vez fuese verdad que su instrucción les hacía sentirse frustradas en su papel de amas de casa. Educadas antes de la época de la mística de la feminidad, la mayor parte de ellas observaron una brusca interrupción de su nascente personalidad, al asumir su papel de amas de casa y, sin embargo, la mayoría de estas mujeres continuaba su evolución dentro del marco del ama de casa de barrio residencial, tal vez debido a la independencia, al sentimiento de iniciativa, al impulso hacia valores más elevados que su educación les había dado.

Un 79% había encontrado alguna manera de perseverar en los objetivos que les había dado la instrucción, en la mayoría de los casos dentro de los límites de su comunidad. A pesar de las viejas caricaturas de Helen Hokinson, la arrogación por su parte de las responsabilidades comunales era, en general, un acto que denotaba madurez, una dedicación que utilizaba y renovaba la fortaleza de su ego. Para estas mujeres, las actividades de la comunidad tenían casi siempre más bien el sello de la innovación y de la individualidad que el del conformismo, la búsqueda de categoría social, o de la evasión. Fundaron guarderías infantiles en los barrios donde no existían, pusieron en marcha bibliotecas para adolescentes en los colegios donde no se leía nada por la sencilla razón de que no había libros interesantes. Hicieron innovaciones en los nuevos programas educativos, que después se convirtieron en parte del plan de estudios. Una de ellas recogió personalmente 13.000 firmas para un referéndum popular pidiendo que la política fuese excluida

de las escuelas. Otra habló públicamente contra la segregación en las escuelas del Sur. Otra consiguió que asistiesen niños de ambas razas a una escuela del Norte en que la segregación se aplicaba “de facto”. Otra obtuvo del cuerpo legislativo de un Estado del Oeste que se destinase parte de su presupuesto para la creación de clínicas de psicología aplicada. Otra organizó programas de visitas a los museos para los niños de las escuelas de las tres ciudades en que había vivido desde que contrajo matrimonio. Algunas otras se dedicaron a organizar o dirigir agrupaciones corales, teatros de aficionados y grupos que se interesaban en el estudio de la política exterior. El 30% se ocupaba activamente en el partido político local, desempeñando puestos que abarcaban desde los del comité, hasta los de la Asamblea del Estado. Más de un 90% leía los periódicos detenidamente todos los días y votaba con regularidad. No veían los programas diurnos de la televisión y muy rara vez jugaban al bridge, o leían revistas femeninas. De los quince a trescientos libros que habían leído cada una durante aquel año, la mitad de ellos no eran *best-sellers*.

Frisando los cuarenta años, la mayoría de estas mujeres admitía con franqueza que sus cabellos estaban volviéndose blancos y su piel había perdido lozanía y, a pesar de ello, decían sin parecer muy preocupadas por su juventud perdida: “Tengo una sensación cada vez mayor de auto-realización, de serenidad interior y de fortaleza. Mi auténtico yo, se ha desarrollado cada vez más”.

“¿Qué hará usted de su vida cuando sus hijos hayan crecido?”, se les preguntaba en el cuestionario. La mayor parte de ellas (60%) tenían hechos planes concretos para trabajar o estudiar.

Habían planeado acabar sus estudios, puesto que la mayoría de las que no deseaban seguir una carrera cuando estaban en la Universidad, tenía ahora esa ambición. Unas cuantas habían llegado “al fondo de la amargura” y “al límite de la desilusión y la desesperación”, al intentar vivir sólo como amas de casa. Algunas pocas confesaron con nostalgia que “el gobernar mi casa y criar a mis cuatro hijos no exige realmente ni la instrucción, ni las facultades que antaño parecía poseer. ¡Si fuese posible combinar la maternidad y el ejercicio de una carrera!” Las más amargadas eran las que decían: “Nunca he podido llegar a saber qué clase de persona soy. Desperdicié la Universidad, intentando encontrar mi personalidad en la vida de sociedad. Lamento no haberme empleado en algo lo suficientemente a fondo como para tener ahora una vida creadora propia.” Pero la mayoría se habían ya encontrado a sí mismas y sabían lo que deseaban hacer; y el 80% lamentaba no haberse propuesto seriamente *utilizar* su instrucción para dedicarse a alguna profesión. La aceptación pasiva, y ni siquiera la participación activa en los asuntos de la comunidad les resultarían ya suficientes cuando sus hijos fuesen algo mayores. Muchas mujeres confesaron que pensaban dedicarse a la enseñanza; afortunadamente para ellas, la gran escasez de profesores les permitía llevar a cabo su propósito. Otras creían necesarios varios años de estudios antes de tener la preparación suficiente para el desempeño de las profesiones que habían elegido.

Estas 200 graduadas de la Universidad Smith, tienen su prolongación en mujeres de todo el país, mujeres inteligentes y capacitadas, que luchan por salir de la “ratonera” del ama de casa. Pero estas graduadas de 1942 figuran entre las últimas

mujeres que recibieron educación antes del triunfo de la mística de la feminidad.

En otro cuestionario que fue contestado por casi 10.000 graduadas de la Universidad de Mount Holyoke, también mostraron un elevado porcentaje de matrimonios y un bajo porcentaje de divorcios (un 2% de la totalidad). Pero con anterioridad a 1942, la mayoría se casaban con 25 o más años; después de 1942 la edad de contraer matrimonio bajó de una manera espectacular y el porcentaje de los matrimonios que tenían cuatro o más hijos subió de la misma manera. Antes de 1942, dos terceras partes, o más, de las graduadas, seguían estudiando; esa proporción ha descendido regularmente; son muy contadas las que en los últimos cursos han conseguido la licenciatura o el doctorado en artes, ciencias, leyes, medicina o educación, comparadas con el 40% que lo obtuvo en 1937. También parece decrecer sensiblemente el número de personas interesadas en cuestiones nacionales o internacionales; la participación en los clubs políticos locales también había decrecido gradualmente, hasta representar sólo un 2% en el curso del año 1952. A partir de 1942, pocas graduadas tenían alguna actividad profesional. La mitad de las alumnas graduadas de Mount Holyoke habían trabajado en alguna ocasión, pero ya no trabajaban debido, principalmente, al hecho de que habían elegido “el papel de amas de casa”. Algunas habían vuelto al trabajo tanto con el fin de aumentar los ingresos familiares, como porque les gustaba trabajar. Pero casi la mitad de las que pertenecieron a los cursos de 1942 y posteriores –la mayoría de las cuales eran ahora amas de casa– no pensaba volver a trabajar.

La renuncia cada vez mayor de las actividades fuera del hogar desde el año 1942, es una clara indicación de la influencia de la mística de la feminidad en las mujeres con educación escolar. Por haber observado el vacío desesperado y la sensación de sentirse en una trampa que experimentan muchas de las mujeres jóvenes que fueron educadas bajo el predominio de la mística para ser sólo “amas de casa”, comprendo el significado de la experiencia hecha con mis discípulas. Debido a su instrucción, muchas de ellas pudieron simultanear ocupaciones serias con el matrimonio y la familia. Pudieron participar en las actividades comunales que requerían inteligencia y sentido de la responsabilidad y, con unos pocos años de preparación, se pudieron dedicar profesionalmente al servicio social o a la enseñanza. Pudieron emplearse como maestras sustitutas, o dedicarse a actividades de servicio social en las horas libres, para financiar los cursos que necesitaban para obtener el título apetecido. La mayoría de ellas había llegado a un punto en que ya no querían volver a las actividades que habían desempeñado al graduarse e incluso podían dedicarse a otras actividades gracias a la autonomía que les había dado la instrucción recibida. Pero ¿qué sucede con las jóvenes de hoy, que no han conocido ni por el forro la instrucción superior, que dejan la Universidad para casarse o se limitan a matar el tiempo en las clases, en espera de encontrar el “hombre que les conviene”? ¿Qué serán cuando tengan cuarenta años? Las amas de casa de todas las urbanizaciones residenciales y de todas las ciudades, están tratando hoy día de conseguir un mayor grado de instrucción, como si un curso, cualquier clase de curso, les fuera a dar la personalidad que están buscando a tientas. Pero los cursos que siguen y los que se les ofrecen, rara vez tienen verdadera utilidad en la sociedad. La instrucción que puede conseguir una

mujer a los cuarenta años, está mucho más impregnada, contaminada y diluida por la mística de la feminidad que la que ella rechazó a los dieciocho años, arrastrada por las fantasías sexuales.

Supongo que los cursillos de golf, bridge, tejido de alfombras, cocina gastronómica, costura, etc., estarán más bien destinados a las mujeres que se quedan en la “ratonera”. Los cursillos pseudo-intelectuales ofrecidos en los centros culturales para adultos –interpretación del arte, cerámica, redacción de novelas cortas, conversación en francés, cultura general, astronomía en la época del espacio– tiene sólo como fin dar un barniz de cultura. El estudio, el esfuerzo tenaz, incluso el seguir estudiando en casa, que suponen una dedicación vocacional a largo plazo, no son cosas que se esperan del ama de casa.

Realmente, muchas de las mujeres que siguen estos cursillos ansiosamente, necesitan una instrucción seria; pero si nunca han tenido afición a estudiar, no saben cómo ni dónde hallarla, ni comprenden tampoco que la mayor parte de los cursillos que les son ofrecidos son ineficaces debido simplemente al hecho de que no son serios. La dimensión de autenticidad, que es tan esencial incluso para conseguir una cultura general, es excluida casi por definición de los cursillos destinados a las “amas de casa”. Esto sucede incluso cuando la institución que organiza esos cursillos sigue la más elevada clasificación cultural. Recientemente, la Universidad Radcliffe anunció la apertura de un “seminario para esposas de científicos, de artistas o de profesores de Universidad”. A la esposa del empleado directivo o a la del científico, a los treinta y cinco o cuarenta años, cuyos hijos van al colegio, difícilmente se la ayudará a encontrar la

nueva personalidad que trata de conseguir enseñándole a participar de una manera más detallada y parasitaria en la vida de su marido. Lo que hace falta es que se la capacite para una labor creativa personal.

Entre las mujeres que entrevisté, la instrucción era la clave del problema que no tiene nombre únicamente cuando dicha instrucción formaba parte de un nuevo plan de vida, e iba a ser utilizada seriamente en algún cometido social –desinteresado o profesional. Ese tipo de instrucción sólo puede lograrse en las diferentes universidades. A pesar del optimismo exagerado inculcado por la mística de la feminidad a las jóvenes y a sus profesores, una cultura que se interrumpió a los dieciocho o veintiún años es mucho más difícil de adquirir a los treinta y uno, los treinta y ocho o los cuarenta y uno por una mujer que tiene un marido, tres o cuatro hijos y un hogar que gobernar. Se enfrenta en la Universidad o en la escuela especial con los prejuicios creados por la mística de la feminidad. Por breve que haya sido su ausencia del ambiente escolar, tendrá que demostrar una y otra vez la firmeza de sus propósitos para ser readmitida. Tendrá entonces que competir con las hordas de chiquillos que ella y otras como ella han producido con tal abundancia en esta era. No es fácil para una mujer ya mayor asistir a los cursos destinados a los adolescentes y ser tratada como una adolescente otra vez y tener que demostrar que debe ser tomada tan en serio como una adolescente. Una mujer tiene que tener gran ingenio, aguantar muchos desaires y decepciones, para hallar una instrucción que se adapte a lo que necesita y a sus restantes deberes de esposa y madre.

Una mujer que entrevisté, que nunca había ido a la

Universidad, decidió, después de someterse a la sicoterapia, estudiar dos asignaturas al año en una Universidad cercana que afortunadamente tenía clases nocturnas. Al principio no sabía hacia donde le llevaría esto, pero después de dos años decidió especializarse en historia y prepararse para dar clases en la escuela superior. Consiguió una buena puntuación en sus estudios, aunque a veces se impacientaba con su lento ritmo y los pesados deberes escolares. Pero, por lo menos, el estudiar con algún fin la hacía sentirse más feliz que cuando se dedicaba a leer novelas policíacas y revistas en sus ocios. Sobre todo, esto la estaba llevando hacia algo verdadero para el futuro. Pero con un promedio de dos asignaturas al año (que costaba entonces 420 dólares, con dos clases nocturnas semanales), hubiese tardado diez años en conseguir licenciarse en artes. Durante el segundo año, anduvo mal de dinero y sólo pudo matricularse para una asignatura. No podía solicitar un préstamo escolar a menos que estudiase la jornada completa y no podía hacerlo hasta que su hijo menor empezase la segunda enseñanza. A pesar de todo, siguió así durante cuatro años –notando que cada vez se iban retirando de su clase mayor número de amas de casa, bien debido a la falta de dinero, o porque “todo aquello iba a resultar demasiado largo”.

Entonces, una vez que su hijo menor empezó la segunda enseñanza, pudo inscribirse para seguir los cursos normales en la Universidad, donde el ritmo de las clases era aún más lento, debido a que los estudiantes eran “menos serios”. Se ponía de mal humor sólo pensando en los años que le quedaban para obtener el doctorado en artes (que precisaría para dar clase de Historia en la escuela superior de aquel Estado), y decidió dejarlo y estudiar pedagogía. No hubiese continuado esos costosos

y tortuosos estudios si para entonces no tuviese ya previsto un plan de vida para el que eran necesarios. Como se había dedicado ya a la enseñanza elemental, podía solicitar un préstamo del Gobierno para costear una parte de sus estudios (que ahora excedían de los 1.000 dólares anuales) y dentro de dos años más habría conseguido el título.

Incluso teniendo que luchar con tan enormes obstáculos, cada vez un mayor número de mujeres, casi sin ayuda virtual de la sociedad y con tardíos estímulos dados de mala gana por los propios profesores, vuelven a las escuelas con el fin de adquirir la instrucción que necesitan. Su determinación indica la gran desestimada tenacidad de las mujeres, así como su urgente necesidad de emplearla. Pero solamente las más fuertes, después de casi veinte años de mística de la feminidad, pueden progresar sin ayuda de nadie. Porque éste no es únicamente el problema particular de cada mujer. Hay implicaciones de la mística de la feminidad que deben ser considerados a escala nacional.

El problema que no tiene nombre –y que se reduce simplemente al hecho de no permitir que la mujer norteamericana desarrolle plenamente sus capacidades– está causando más víctimas en el campo de la salud mental y física que cualquier otra enfermedad conocida. Considérese el elevado porcentaje de derrumbamientos síquicos, en las “crisis” sobre el papel que les corresponde en la vida y que se producen en la mujer entre los veinte y los treinta años; el alcoholismo y los suicidios de los cuarenta a los cincuenta, la cantidad de amas de casa que abarrotan las consultas de los médicos. Considérese la abundancia de matrimonios entre los jóvenes menores de

veinte años, la proporción cada vez mayor de solteras embarazadas y lo que aún es más grave, los casos patológicos de la simbiosis madre-hijo. Considérese la pasividad alarmante de las adolescentes norteamericanas. Si seguimos produciendo millones de jóvenes madres que interrumpen su desarrollo mental y su instrucción falta de personalidad, desprovistas de fuertes valores humanos que puedan transmitir a sus hijos, estamos simplemente cometiendo un genocidio, que empieza sepultando en forma masiva a las mujeres y terminará con la progresiva deshumanización de sus hijos e hijas.

Estos problemas no pueden solucionarse por medio de la medicina, ni siquiera por la sicoterapia. Necesitamos modificar drásticamente el prototipo cultural de la feminidad, que permita a las mujeres conseguir la madurez, la personalidad, la plenitud de su ego, sin que ello suponga oposición a su satisfacción sexual. Debe llevarse a cabo un esfuerzo intensivo por parte de los padres, profesores, párrocos, directores de revistas y asesores publicitarios, orientadores, etc., para poner coto a esta ola de matrimonios prematuros, impedir que las muchachas crezcan deseando únicamente llegar a ser amas de casa, detener esta tendencia insistiendo, con el mismo cuidado con que los padres y los profesores lo hacen para los muchachos desde la infancia, en que las muchachas deben también desarrollar todas las posibilidades de su ego, con objetivos que les permitan descubrir su propia personalidad.

Es tan difícil para los educadores decir “no” a la mística de la feminidad, como lo es para una joven o una mujer determinadas. Aun los educadores más avanzados –que se encuentran seriamente preocupados por la angustiada situación

de tantas amas de casa que no saben en qué emplear sus vidas vacías— no se atreven a ir en contra de la creciente marea de matrimonios prematuros. Han sido intimidados por los diagnósticos de los oráculos del psicoanálisis vulgarizado, todavía tiemblan como culpables ante la idea de ingerirse en el problema de la satisfacción sexual de la mujer. El argumento básico presentado por esos oráculos que a veces se encuentran en los propios recintos universitarios consiste en que, puesto que el camino principal para el desarrollo de la personalidad de la mujer es el matrimonio y la maternidad, cualquier interés o dedicación serios a su instrucción que pudieran interferirse en su papel de esposa y madre, deberían ser aplazados hasta que haya pasado la época de sus embarazos. Este consejo fue dado en 1962 por un consultor de psiquiatría a los directivos de la Universidad de Yale, que habían estado considerando la posibilidad de que las mujeres que habían terminado la segunda enseñanza, fuesen admitidas para recibir la misma enseñanza superior que se daba en ella a los varones.

Muchas mujeres jóvenes, por no decir la mayoría de ellas, parecen incapaces de emplearse en disciplinas intelectuales a largo plazo hasta que no han superado las fases más básicas de su propio desarrollo fisiológico como mujeres. Para que esté bien realizada, la tarea de una madre al educar bien a sus hijos y modelar la vida de su familia debe apoyarse en todos los recursos emocionales e intelectuales, así como en todas sus facultades.

Cuanto mejor preparada esté, más probabilidades habrá de que haga bien su tarea, con tal de que no se le pongan obstáculos en su camino; es decir, con tal de que haya creado

una base sólida para el desarrollo de su feminidad adulta y de que durante el curso de su educación superior no haya sido objeto de presiones que hayan afectado de forma adversa ese desarrollo... El empujarla hacia objetivos contradictorios, el insistir en que una carrera y el ejercicio de una profesión en el mundo del hombre, lo que debería ser su primera preocupación al planear su vida, pueden afectar de forma negativa al pleno desarrollo de su personalidad. De cuantas libertades sociales ganaron sus abuelas, la que más valora es la libertad de poder ser una mujer sana y plenamente realizada y quiere estar libre de cualquier sentimiento de culpabilidad y de contradicción sobre esto... Lo cual quiere decir que, aunque los empleos son a menudo compatibles con el matrimonio, las “carreras” rara vez lo son...²³⁶

Subsiste el hecho de que la chica que desperdicia sus años escolares sin interesarse seriamente en sus estudios y que desaprovecha los primeros años de empleo matando el tiempo hasta que encuentra un hombre, está jugándose la posibilidad de encontrar su propia personalidad, así como la de conseguir su plena satisfacción sexual y una maternidad firme y ampliamente sentida. Los educadores que animan a las mujeres a no preocuparse por temas más importantes hasta que sus hijos sean mayores, hacen casi imposible que lleguen a interesarse por ellos alguna vez. No resulta tan fácil para una mujer que se ha definido plenamente durante diez, quince o veinte años como ama de casa, encontrar una nueva personalidad a los treinta y cinco, cuarenta o cincuenta años. Las que lo pueden conseguir son, digámoslo con franqueza, las que

236 Edna G. Rostow, “The Best of Both Worlds”, Yale Review, marzo 1962.

habían dedicado una seria atención a sus estudios, las que querían seguir una carrera e incluso la ejercieron algún tiempo; las que trajeron al matrimonio y a la maternidad un sentido de su propia personalidad y no aquellas que esperan poder adquirirlo más tarde. Un estudio reciente de cincuenta mujeres licenciadas en la Universidad de una ciudad y un barrio residencial del este del país, efectuado un año después de que sus primogénitos dejaban el hogar, demostró que, con raras excepciones, las únicas mujeres que tenían interés en ocuparse en alguna actividad –trabajando en cuestiones de su comunidad, en artes– habían adquirido este interés en la Universidad.

Las que ya no tenían ese interés no parecía que lo fuesen a adquirir ahora; dormían hasta muy tarde en sus nidos vacíos y se limitaban a esperar la hora de la muerte²³⁷.

237 Ida Fisher Davidoff y May Elish Markewich, “The Postparental Phase in the Lyfe Cycle of Fifty College-Educated Women”, tesis doctoral inédita, Teachers College, Universidad de Columbia, 1961. Estas cincuenta mujeres educadas en la Universidad habían sido amas de casa y madres sin ninguna otra ocupación durante todos los años que sus hijos fueron al colegio. Cuando se marchó el último hijo, entre las mujeres que sufrían una intensa angustia porque no tenían ningún interés profundo fuera de la casa, había algunas cuyas verdaderas capacidades y preparación eran de una cierta importancia; estas mujeres habían sido líderes en las tareas de la comunidad, pero se sentían “unas farsantes”, “unas timadoras” al ser respetadas por efectuar un “trabajo que podía hacer una niña de diez años”. La propia tendencia de las autoras en la escuela de adaptación funcional las hace deplorar el hecho de que la educación hacía que estas mujeres aspirasen a objetivos “irreales” (un número sorprendente de mujeres actualmente entre los cincuenta y los sesenta años, aún deseaban haber sido médicos). No obstante, aquellas mujeres que habían seguido interesándose por cosas importantes — cuyo interés siempre había empezado en la Universidad — y que ahora trabajaban en oficinas o se ocupaban de política o de arte no se sentían “unas farsantes” o ni siquiera sufrían la angustia que suele producirse con la llegada de la menopausia. A pesar de la angustia que experimentaban las que no se interesaban por esas cosas, ninguna de ellas, cuando se terminaron los años en que podían tener hijos, deseó volver a la Universidad; pensaban que les quedaban pocos años de vida y que por lo tanto no estaba justificado ese esfuerzo. Por lo tanto siguieron en su “papel de mujeres” comportándose como madres con sus ancianos padres o buscando algún

Los profesores de todas las universidades femeninas, colegios de segunda enseñanza y escuelas comunales deben procurar que las mujeres tengan un interés que dure toda la vida (llámesele “plan de vida”, “vocación”, “propósito en la vida”, si es que la nefanda palabra “carrera” tiene demasiadas afinidades con “soltería”) bien en el campo intelectual, o bien en un trabajo de importancia para la sociedad. Deben esperar que la joven, al igual que el muchacho, se interese lo suficiente en algún ramo

animal, alguna planta que cuidar o simplemente “ocupándose de la gente”, para encontrar un sustitutivo a sus hijos. La interpretación dada por las dos educadoras de la vida familiar — que al llegar a cierta edad se hicieron consejeras matrimoniales — es interesante: Para las mujeres de nuestro grupo que tenían grandes aspiraciones o grandes dotes intelectuales o ambas cosas la discrepancia entre algunos de los valores a los que se da importancia en nuestra sociedad orientada hacia el éxito y la realización y las verdaderas oportunidades que se ofrecían a las mujeres de cierta edad, sin preparación especial era algo especialmente perturbador. ...La puerta que se le abría a la mujer capacitada se le cerraba a la que no tenía preparación, incluso si estaba dispuesta a buscarse un puesto entre las empleadas retribuidas. Los verdaderos riesgos que implica el trabajo parecían ser reconocidos por casi todas ellas, sin embargo. No se sentían ni preparadas para la clase de empleo que podía interesarles ni estaban dispuestas a dedicar el tiempo y gastar la energía que se necesita para el aprendizaje, teniendo en cuenta el limitado número de años de actividad que les quedaban... La falta de tensión resultante de la reducción de sus responsabilidades tenía que ser resuelta... Al terminarse la tarea primordial de la maternidad, las satisfacciones que produce el dedicarse a actividades voluntarias que antes eran una segunda válvula de escape, parecían ir disminuyendo... Las actividades culturales de los barrios residenciales eran limitadas... Incluso en la ciudad, los cursos para adultos... parecía ser “un trabajo inútil y fastidioso” que no conducía a ninguna parte... En vista de todo esto algunas mujeres manifestaban una cierta nostalgia: “Es demasiado tarde para cultivar una nueva capacidad que nos permita estudiar y terminar una carrera”. “Si hubiese persistido siempre en la misma dirección, habría utilizado mis capacidades al máximo.” Pero las autoras hacen constar con su aprobación que “la mayoría se habían adaptado a su puesto en la sociedad”. A causa de que nuestra civilización exige de las mujeres ciertas renunciaciones a la actividad y limita la extensión de su participación en la corriente de la vida, se podría decir hasta cierto punto que ser una mujer parece una ventaja más que un inconveniente. Toda su vida, en cuanto mujer, se la ha inducido a ser sensible a los sentimientos y necesidades de los demás. Su vida, en ciertos momentos cruciales, le había exigido que hiciese la renuncia de su ego. Había tenido amplias oportunidades “para un ensayo con todo” de esta renuncia... de una larga serie de renunciaciones que comenzaron muy temprano en su vida. Su vida como mujer le había estado dando una capacidad que ahora estaba en libertad de utilizar al máximo sin una nueva preparación...

de la instrucción, como para querer seguir ocupándose de él toda la vida.

Esto no significa que las mujeres deban abandonar el estudio de las artes liberales en favor de cursos netamente especializados, abreviados. La enseñanza de las artes liberales²³⁸ tal como se practica en las universidades mejores, no sólo forma la mente, sino que también proporciona un núcleo indestructible de valores humanos. Pero el estudio de las artes liberales debe tener por objeto su utilización en serio, no sólo un mero diletantismo o por “adorno”. Al igual que los jóvenes estudiantes de las universidades de Harvard, Yale, Columbia o Chicago pasan del estudio de las artes liberales a seguir la carrera de arquitectura, medicina, leyes o ciencias, también debe de animarse a las jóvenes a proseguir sus estudios, a formarse un plan de vida. Se ha demostrado que las chicas con esta clase de dedicaciones, están menos predispuestas a casarse a una edad temprana, tienen menos temor de no llegar a encontrar un hombre, y tienen un mayor sentido de la responsabilidad de su comportamiento sexual²³⁹. La mayoría de ellas se casan, naturalmente, pero ya sobre la base de una mayor madurez. Sus matrimonios no son entonces una evasión, sino una dedicación compartida por dos personas y que se convierte, a su vez, en parte de sus deberes hacia sí mismas y hacia la sociedad. Si de hecho se educa a las jóvenes para cumplir esos cometidos, la cuestión sexual y la del matrimonio perderán su abrumadora

238 Parecido a nuestra licenciatura en filosofía y letras. (N. del T.)

239 Nevitt Sanford, “Personality Development During the College Years”, *Journal of Social Issues*, 1956, vol. 12, núm. 4, p. 36.

importancia²⁴⁰. Es el hecho de que las mujeres no tienen personalidad propia, lo que hace que la sexualidad, el amor, el matrimonio y los hijos parezcan ser las únicas y esenciales realidades en sus vidas.

Frente a la mística de la feminidad, con sus poderosos y secretos poderes persuasivos, los educadores deben comprender que no les será posible convencer a las mujeres a que se interesen seriamente en su instrucción si no han tomado antes medidas extraordinarias. Las pocas que se han intentado hasta ahora, no han ido hasta el fondo del problema. El nuevo Instituto de Mary Bunting para Estudios Independientes en la Universidad de Radcliffe, es excelente para las mujeres que ya saben lo que quieren hacer, que han proseguido sus estudios hasta obtener la licenciatura en filosofía o están ya trabajando en alguna actividad intelectual y solamente necesitan una tregua en su maternidad para volver a ponerse al corriente. Es aún más importante el hecho de que la presencia de estas mujeres en los recintos universitarios, mujeres con hijos y esposos y que todavía siguen seriamente interesadas en su propio trabajo, ayudará, sin duda, a hacer que se desvanezca el fantasma de la mujer de carrera solterona y sacará a muchas de esas estudiantes de segundo curso de la Universidad de Radcliffe de ese “clima de indiferencia” que les permite alcanzar

240 La agitación pública que se produjo en la primavera de 1962 acerca de la virginidad de las muchachas de la Universidad de Vassar es un ejemplo. La verdadera cuestión, para el educador, me parecía a mí que era saber si estas muchachas estaban obteniendo con su educación los objetivos importantes para toda la vida que sólo la educación puede darles. Si los están consiguiendo, se puede confiar que ellas saben lo que hacen en cuanto a su comportamiento sexual. El Presidente de la Universidad, Blanding, desafió en realidad a la mística al decir audazmente que si las muchachas no iban a la Universidad para instruirse, era preferible que dejaran de ir totalmente. El que su manifestación produjera tal alboroto es prueba de la extensión que había adquirido la educación sexual dirigida.

los más elevados “standards” educacionales de la nación para usarlos más tarde únicamente en el matrimonio y la maternidad. Esto es lo que Mary Bunting se propuso. Y puede hacerse en todas partes, e incluso de forma más sencilla.

Las universidades que deseen alentar a las mujeres a que tomen en serio su educación, deberían reclutar para sus facultades cuantas mujeres pudiesen encontrar que hubiesen combinado satisfactoriamente el matrimonio, la maternidad y la vida de la mente, incluso cuando esto, a veces, signifique tener que conceder permisos durante los embarazos o a romper la vieja regla de que no se debe contratar a la mujer de un profesor aunque tenga títulos universitarios perfectamente respetables. En cuanto a las profesoras solteras, deben dejar de ser tratadas como leprosos. La verdad es que han tomado en serio su existencia y han satisfecho su potencialidad humana. Puede muy bien ser que sean envidiadas y de hecho lo son muchas veces por las mujeres que viven de acuerdo con la magnífica idea de la “conyugalidad”, pero que se han anulado a sí mismas. Las mujeres, lo mismo que los hombres, que se hallan firmemente enraizadas en un trabajo humano, están también firmemente enraizadas en la vida.

Es esencial, ante todo, que los propios educadores digan “no” a la mística de la feminidad y que se enfrenten con el hecho de que lo único que importa al educar a las mujeres es hacerlo hasta el límite de su capacidad. Las mujeres no necesitan seguir cursos prematrimoniales para casarse y criar a sus hijos, ni cursos sobre ciencia del hogar para formar el suyo. Pero tienen que estudiar ciencias para hacer descubrimientos científicos; estudiar la historia de las ideas, para crear nuevas ideas; estudiar

ciencia social, para hacer progresar a la sociedad. Los educadores también deben prescindir del tipo de esa instrucción que abarca solamente “una cosa cada vez”. Esas capas separadas de “educación”, “sexo”, “matrimonio”, “maternidad” u “ocupaciones para el último tercio de la vida”, no solucionarán la crisis del papel de la mujer en el mundo. Las mujeres deben ser educadas para una nueva integración en sus papeles. Cuanto más se les anime a hacer ese nuevo plan de vida –integrando una seria y duradera dedicación a la sociedad con el matrimonio y la maternidad– menores conflictos y frustraciones innecesarias sufrirán como esposas y madres y sus hijas harán menos elecciones equivocadas por carecer de un modelo completo de lo que debe ser la personalidad de la mujer.

Pude comprobar esto cuando investigué los casos de aquellas jóvenes universitarias que se lanzaban apresuradamente a matrimonios prematuros. Las pocas que no tenían esa angustiosa prisa de “pescar un hombre” y tomaban en serio sus estudios con objetivos a largo plazo –sin preocuparse de que por eso pudieran perder su “feminidad”–, tenían madres con un objetivo serio en su vida, o bien se inspiraban en la conducta de alguna otra mujer relacionada con ellas y que tenía igualmente un objetivo. (“Mi madre es profesora”, “La madre de mi mejor amiga es médico; siempre está tan ocupada y parece ser tan feliz”.)

Porque esta batalla, la última y la más importante, puede librarse en la mente y en el espíritu de la mujer. Incluso sin tener un modelo directo en el que inspirarse, a muchas jóvenes norteamericanas que han recibido una educación les fue inculcado un sentido de sus posibilidades humanas lo

suficientemente fuerte para hacerles superar el viejo concepto de la feminidad, para hacerles superar aquella búsqueda de la seguridad en el amor de un hombre, para encontrar su nuevo ego. Una graduada de la Universidad de Swarthmore me dijo, al empezar su internado, que al principio, a medida que se iba volviendo más y más independiente en la Universidad, se preocupaba muchísimo de salir con chicos y de pescar un marido y pensaba en dejarlo todo por un chico. Traté de obligarme a mí misma a ser femenina. Luego empecé a interesarme por lo que estaba estudiando y dejé de preocuparme por todo aquello:

Es como si se hubiese producido un cambio dentro de una misma, empieza una a sentirse capaz de hacer cosas. Como un niño que está aprendiendo a andar. La mente de una empieza a ensancharse. Una encuentra su propio terreno. Y eso es algo maravilloso. La satisfacción de estar haciendo “algo” y la sensación de que una puede confiar en su “algo”. La cosa compensa el ser desgraciada en otros aspectos. Dicen que el hombre tiene que sufrir para alcanzar su desarrollo y tal vez algo parecido nos tiene también que ocurrir a las mujeres. Una empieza a no estar asustada de ser realmente un individuo, un ser aislado.

Hay que tomar medidas drásticas para reeducar a las mujeres que han sido engañadas o defraudadas por la mística de la feminidad. Muchas de las mujeres entrevistadas por mí, que como amas de casa se sentían atrapadas en la “ratonera”, han conseguido en estos últimos años liberarse de esa “ratonera”. Pero hay otras muchas que están volviendo a caer en ella, bien porque no encontraron a tiempo lo que necesitaban, bien porque no supieron encontrar la forma de hacerlo. En casi todos

los casos se precisó mucho tiempo y mucho dinero para utilizar los recursos educativos existentes. Muy pocas amas de casa disponen de tiempo para seguir cursos completos diurnos. Incluso aunque las universidades las admitiesen para seguir cursos parciales –y muchas de ellas no lo harían– muy pocas mujeres pueden soportar el ritmo lento habitual de los cursos académicos, que se alargan diez o más años. Algunas instituciones se encuentran ahora dispuestas a aceptar a las amas de casa, pero ¿se hallarán en igual disposición cuando tengan el cupo completo de alumnos adolescentes? Los programas–piloto que han comenzado en las universidades de Sarah Lawrence y Minnesota empiezan a enseñar el camino a seguir, pero no resuelven los problemas de tiempo y de dinero, que para muchas mujeres son insuperables.

Lo que se precisa ahora es un programa educativo nacional, similar al establecido en favor del ejército, para las mujeres que han decidido firmemente continuar sus estudios o reanudarlos y que estén dispuestas a ejercer después una profesión en la que utilicen lo aprendido. Esta ley deberá facilitar, a las mujeres debidamente calificadas, asignaciones para el pago de las matrículas y asignaciones adicionales para otros gastos: libros, viajes, y en caso necesario, para poder pagar a alguien que ayude en los trabajos del hogar. Esta ley supondría muchos menos gastos que la que se ha promulgado en favor de los combatientes. Permitiría a las madres utilizar los medios educativos existentes en medias jornadas de estudio y estudiar e investigar en casa en los años en que no les fuera posible asistir regularmente a las clases. Todo el sistema educativo de las mujeres debería extenderse desde una asistencia de cuatro años a la Universidad hasta la formación de un plan indefinido de

estudios, bajo el cual la mujer podría seguir estudiando sin que fuera obstáculo para ello el matrimonio y el atender a su marido y a sus hijos.

Los soldados, licenciados, madurados por la guerra, necesitaban recibir instrucción escolar para encontrar su puesto en la sociedad. Como no estaban dispuestos a perder el tiempo, dejaron asombrados a sus profesores, e incluso se asombraron ellos mismos de sus progresos escolares. Se puede esperar un rendimiento parecido de las mujeres que han madurado durante la época regresiva del ama de casa. Su angustiosa necesidad de instrucción y la necesidad no menos angustiosa que tiene el país de las inexploradas reservas de inteligencia femenina, para su aplicación en todas las profesiones, justifican esas medidas de emergencia²⁴¹.

Para aquellas mujeres que no fueron a la Universidad, que salieron de ella demasiado pronto, para aquellas que ya no se interesan por lo que aprendieron, o que nunca tomaron en serio su instrucción, yo propondría antes de todo un intenso y concentrado estudio –una reinmersión en, simplemente, las humanidades. No unos resúmenes abreviados como suele hacerse para los estudiantes del primero y segundo año de facultad, sino un estudio intensivo, como los experimentos educativos llevados a cabo por la Bell Telephone Company o por

241 La imposibilidad del estudio en horas de la medicina, ciencias y leyes y de todos los estudios de licenciatura y doctorado en las principales universidades ha hecho que a muchas mujeres bien dotadas no hayan podido dedicarse a estos estudios. Pero en 1962, la Escuela para Graduados de la Universidad de Harvard derribó esta barrera a fin de estimular a amas de casa capacitadas a que se hiciesen profesoras. Se anunció también un plan en Nueva York para que las mujeres médicas pudiesen hacer sus internados de siquiatría y ampliación de estudios en horas extras o cursos de media jornada, teniendo en cuenta sus obligaciones maternas.

la Fundación Ford para los jóvenes empleados directivos que se habían conformado de tal forma con su papel burocrático que ya no eran capaces de la iniciativa ni la visión necesaria en los altos cargos directivos. Esto podría hacerse con las mujeres por medio de un programa nacional parecido al que adoptaron los daneses en favor de la difusión de la instrucción superior para adultos, y que empezaría por aficionar otra vez al ama de casa al cultivo de su inteligencia por medio de un curso intensivo de verano, que duraría seis semanas y que sería una especie de “shock” intelectual. Percibirían una subvención que les permitiese dejar el hogar y asistir como internas a una Universidad que se destinaría exclusivamente a ese fin durante el verano. O bien podrían ir a algún centro cultural en la capital con un programa igualmente intensivo, de cinco días a la semana durante seis u ocho semanas, durante el verano, y con una guardería infantil diurna para los hijos de las alumnas.

Supongamos que este “shock” educacional suscita en las mujeres capacitadas proyectos que requieran estudios equivalentes a un programa de cuatro cursos de Universidad para obtener los conocimientos profesionales necesarios. Este programa universitario podría llevarse a cabo en cuatro años e incluso en menos tiempo, sin necesidad de asistir a clase en jornada completa por medio de la combinación de esos cursos de verano con lecturas dirigidas, temas y proyectos que pudieran hacerse en casa durante el invierno. Los cursos dados por televisión o en los centros educativos de la localidad, podrían combinarse con conferencias ambulantes que fuesen a las distintas localidades semestral o mensualmente. Los cursos serían válidos a los efectos oficiales y se darían los correspondientes títulos. Habría que idear algún sistema de

“equivalencias” a fin de no dar a una mujer un título por unos estudios hechos superficialmente, sino cuando haya hecho unos estudios serios y concienzudos, incluso realizados en momentos, sitios y de manera contrarios a las convencionales normas académicas.

Muchas universidades excluyen automáticamente a las amas de casa, al no permitir que se efectúen estudios en jornadas limitadas o reducidas. Tal vez se hayan cansado ya de los que se inscriben por diletantismo. Pero los estudios en jornadas reducidas o en medias jornadas, tomados en serio, son la única forma de que una mujer con marido e hijos pueda obtener o continuar su educación. También sería lo más práctico, bajo el punto de vista de las conveniencias de la Universidad. Teniendo agotada su capacidad por los agobios del aumento demográfico, tanto las universidades como las mujeres se beneficiarían de un programa de estudios que no precisase la asistencia regular a las clases. Aunque es excelente la idea de la Universidad de Minnesota de desarrollar su “plan” para la continuación de la instrucción de la mujer²⁴², teniendo en cuenta los medios de que dispone esa Universidad, dicho plan no podrá ayudar a la mujer que tenga que volver a empezar su educación desde el principio para saber lo que quiere hacer. Pero los medios actualmente existentes en cualquier institución, pueden utilizarse para suplir esa falta cuando la mujer está orientada ya sobre cuál ha de ser su plan de estudios.

Las universidades necesitan formar también un nuevo plan de

242 Virginia L. Senders, “The Minnesota Plan for Women’s Continuing Education” en “Unfinished Business — Continuing Education for Women”, *The Educational Record*, American Council on Education, octubre 1961, pp. 10 y ss.

estudios permanente, para poder convertirse en las instituciones permanentes de sus alumnos: ofrecerles consejo, ocuparse de sus expedientes académicos, no perder de vista sus trabajos avanzados o cursos de repaso aunque los hayan hecho en otros centros. ¡Cuánto mejor esta fidelidad y esta ayuda financiera de sus antiguas alumnas, en vez de los tés para recaudar fondos y de las reuniones sentimentales cada cinco años, si una mujer pudiese encontrar en su Universidad una guía y una posibilidad de proseguir su educación! Las ex-alumnas de la Universidad Barnard pueden volver –y lo hacen– a la Universidad para asistir gratuitamente a cualquier curso y en cualquier momento, siempre que reúnan las condiciones exigidas. Todas las universidades deberían tener cursos nocturnos para que las antiguas alumnas pudieran ponerse al corriente de todos los adelantos que se hayan producido en sus carreras durante sus primeros años de maternidad. Deberían aceptar estudiantes de jornada restringida y ofrecer cursos complementarios para las amas de casa que no pudiesen asistir regularmente a las clases. Podrían aconsejarlas respecto a las lecturas, apuntes o planes de estudios que pudieran seguirse en casa. También se podría idear un sistema por medio del cual los estudios hechos por sus ex-alumnas sobre pedagogía, sicología aplicada, sociología, ciencia política en el lugar de su residencia, les fuesen convalidados como los estudios equivalentes hechos en la Universidad para la obtención de un título. En vez de dedicarse a hacer colectas, podría permitirse a las mujeres que lo deseen seguir cursos controlados de enseñanza profesional y aprobar las asignaturas que pueda convalidar, por ejemplo, un año de internado en un hospital. Igualmente cuando una mujer ha asistido a cursos en distintos institutos, tal vez debido a los traslados de su marido, y ha aprobado asignaturas en escuelas

especiales, hospitales, bibliotecas o laboratorios, entonces la Universidad en que hizo sus estudios primeros o algún centro nacional establecido por varias universidades, podrían someterla a exámenes orales y escritos para la obtención del título universitario correspondiente. El concepto de “instrucción de duración indefinida” es ya una realidad para los hombres en muchas ramas del saber. ¿Por qué no lo va a ser para las mujeres?

“Pero, ¿cuántas mujeres norteamericanas desean realmente hacer algo más de sus vidas?”, preguntará el cínico. Un número enorme de amas de casa de Nueva Jersey contestaron afirmativamente a una oferta de capacitación intensiva en matemáticas para antiguas alumnas de universidades que desearan llegar a ser profesoras de matemáticas. En enero de 1962, un breve artículo del *New York Times* informaba que la señora Esther Raushenbusch, de la Universidad Sarah Lawrence, había obtenido una subvención para ayudar a las mujeres maduras a completar su educación, o a obtener títulos universitarios estudiando en jornadas reducidas que no entorpecieran sus obligaciones de madres de familia. La respuesta a este artículo fue tan abrumadora que descompuso la pequeña centralilla de la Universidad. En el curso de veinticuatro horas, la señora Raushenbush recibió más de cien llamadas telefónicas; la telefonista me decía: “Parecía como si todas temiesen perder esa gran oportunidad si no se las anotaba en seguida.” Al hablar con las mujeres que querían inscribirse, la señora Raushenbush, lo mismo que Virginia Sinders en la Universidad de Minnesota, se convenció de la autenticidad de sus deseos. No “rechazaban neuróticamente” a sus maridos e hijos; no necesitaban ningún tratamiento sicoterápico, pero era

evidente que deseaban –y rápidamente– más instrucción y de una forma que no las obligase a descuidar a sus maridos e hijos.

La educación y la reeducación de las mujeres norteamericanas para un fin serio no puede llevarse a cabo sólo por una o dos instituciones con visión del futuro. Debe efectuarse a una escala mucho mayor. Y no sirve a este fin el que repita –aunque sea por conveniencia propia o por diplomacia– los tópicos de la mística de la feminidad. Es equivocado decir, como algunos de los que van a la cabeza en pedagogía dicen hoy día, que las mujeres deben utilizar su instrucción, pero no –¡Dios no lo permita!– en carreras en que compitan con los hombres²⁴³. Cuando las mujeres toman en serio su instrucción y sus capacidades y las utilizan, acaban forzosamente compitiendo con los hombres. Es

243 Mary Bunting, “The Radcliffe Institute for Independent Study”, *Ibid.*, pp. 19 y ss. La Presidenta del Instituto Radcliffe se hace eco de la mística de la feminidad al deplorar “el uso que hicieron las primeras mujeres con títulos universitarios de su educación superior. Demasiado a menudo y comprensiblemente, se convirtieron en pioneras y reformadoras, apasionadas, valerosas, diciendo las cosas con claridad, pero también, a veces, chillonas. Un tipo estereotipado de la mujer instruida se formó en la mente popular que resultó en prejuicio del tipo estereotipado y de la instrucción de la mujer”. La Presidenta sigue afirmando: El que no hayamos hecho ningún intento serio para resolver las necesidades especiales de la mujer en el pasado es la demostración más clara posible del hecho de que nuestros objetivos pedagógicos han sido exclusivamente previstos para las vocaciones de los hombres. No obstante, al cambiar esta actitud nuestro objetivo no debe consistir en facilitarles los medios y estimular a las mujeres para que compitan con los hombres... Las mujeres, como generalmente no son las que deben ganar totalmente el sustento familiar, pueden quizá ser más útiles como abridoras de nuevas sendas, trabajando en sectores laterales, dedicándose a esas actividades poco usuales a las que los hombres no pueden permitirse el lujo de consagrar su tiempo. Siempre hay sitio en las orillas incluso cuando la competencia para los puestos en el mercado intelectual es intensa. El que las mujeres utilicen hoy su preparación intelectual “en las orillas” es uno de los resultados de la mística de la feminidad y de sus disimulados prejuicios contra las mujeres: es poco probable que estas barreras que aún quedan sean alguna vez derribadas si incluso los propios pedagogos van a dedicarse a desanimar a las mujeres dotadas a ser “pioneras y reformadoras, apasionadas, valerosas, diciendo las cosas con claridad”... y lo suficientemente chillonas para ser oídas.

mejor para una mujer competir impersonalmente en la sociedad como lo hacen los hombres, que competir con su marido para obtener el dominio en el hogar, con sus vecinos por un prestigio vacío de sentido y acabar ahogando en su hijo todo deseo de competencia. Considérese esta noticia aparecida recientemente en un periódico acerca de la terapéutica para la reprimida necesidad que tienen las mujeres norteamericanas de competir:

Es un típico día laborable en Dallas. Papá se ha ido a su trabajo. El bebé está durmiendo su siesta matinal. En una habitación contigua, su hermano (tres años) está viendo los dibujos animados en la televisión. ¿Y mamá? Mamá está a unos pocos pasos, inclinada sobre el carril de la bolera, con la cadera izquierda muy tensa para lanzar la bola pintada de blanco y azul, apuntando justo entre los bolos primero y tercero. Mamá juega a los bolos. Ya sea en Dallas o en Cleveland, en Albuquerque o en Spokane, las activas amas de casa abandonan sus bayetas y sus aspiradoras y llevan a sus hijos a las nuevas boleras, donde niñeras en servicio permanente están siempre dispuestas a ocuparse de los niños, en las guarderías equipadas con todos los adelantos.

El gerente de la bolera de Albuquerque me dijo: “¿En qué otro sitio puede competir una mujer una vez casada? Las mujeres necesitan el estímulo de la competencia lo mismo que los hombres... y esto es preferible a volver a casa a fregar los platos”²⁴⁴.

²⁴⁴ *Time*, noviembre 1961. Ver también: “Housewives at the Window”, *New York Times Magazine*, abril 1, 1962 en el que se informa que los servicios de niñera por horas y los “coloquios” para las amas de casa de los barrios residenciales se les ofrecen ahora también en las carreras de caballos.

Tal vez no venga al caso observar que las boleras y los supermercados tienen guarderías, mientras que las escuelas y las universidades, los laboratorios y las oficinas del estado carecen de ellas. Pero sí viene al caso decir que si una mujer con capacidades no utiliza su energía y sus facultades en alguna actividad seria (que necesariamente significa competencia, ya que siempre hay competencia en toda actividad seria en nuestra sociedad) desparramará sus energías en actividades inútiles, en síntomas neuróticos o en un amor “destrutivo” y egoísta.

También hay que salir al paso a ese bulo de que las mujeres ya no tienen ninguna batalla que ganar en los Estados Unidos, ya que han conquistado todos sus derechos. Es ridículo decir a las jóvenes que se estén muy calladitas cuanto entran en un nuevo o en un antiguo campo de actividad para que los hombres no se den cuenta de que se han metido en él. En casi todas las ramas de la actividad humana, en los negocios, en las artes y ciencias, se trata a las mujeres como ciudadanos de segunda categoría. Sería hacerles un gran favor decir a las jóvenes que se proponen trabajar fuera del hogar, que deben esperar esta sutil e incómoda discriminación, aconsejarlas que no se estén calladas esperando que se desvanezca por sí sola, sino que se enfrenten con ella. Una joven no debe esperar un trato privilegiado a causa de su sexo, pero tampoco debe “adaptarse” al prejuicio y a la discriminación.

Debe aprender, por consiguiente, a competir no como mujer, sino como individuo. Hasta que la mayoría de las mujeres dejen de estar al margen y se metan de lleno en la corriente, la sociedad no tomará las disposiciones necesarias para su nuevo plan de vida. Pero cada muchacha que logra mantener la cabeza

fuera del agua en esa corriente gracias a su licenciatura en Derecho o a su doctorado en Medicina, que obtiene su licenciatura o su doctorado en Filosofía y Letras y ejerce la carrera correspondiente, ayuda a las demás a abrirse camino. Cada mujer que se esfuerza en derribar las barreras que aún se oponen a la completa igualdad y que están confiadas por la mística de la feminidad, se lo hace más fácil a la siguiente. La propia existencia de la Comisión Presidencial para el Estudio de la Condición Social de la Mujer, dirigida por Eleanor Roosevelt, crea un clima en el que es posible enterarse de esa discriminación antifemenina y hacer algo por remediarla, no solamente en lo que se refiere a los salarios, sino también en esas sutiles barreras que limitan las oportunidades que se brindan a la mujer. Incluso en la política deben actuar las mujeres, no como “amas de casa”, sino como ciudadanos. Tal vez es un paso dado en la buena dirección la protesta femenina contra las pruebas nucleares, bajo el estandarte “Huelga de las mujeres en favor de la paz”. Pero, ¿por qué dice la ilustradora de revistas que dirige el movimiento que es “sólo una ama de casa” y sus seguidoras afirman que una vez que cesen las pruebas permanecerán tranquilamente en sus hogares, con sus hijos? Incluso en los fuertes reductos urbanos de los grandes partidos políticos las mujeres pueden cambiar –y están empezando a cambiar– las insidiosas reglas tácitas que les relegan a los pequeños trabajos políticos, mientras que son sólo los hombres los que toman todas las decisiones²⁴⁵.

245 Véase las observaciones de la asambleísta republicana por el distrito de Manhattan, Dorothy Bell Lawrence, publicadas en el *New York Times*, mayo 8, 1962. La primera mujer elegida para representar al partido republicano en un distrito de la ciudad de Nueva York dijo: “Como yo estaba haciendo todo el trabajo, le dije al presidente del condado que yo también deseaba ser presidente. Me dijo que esto iba contra los reglamentos, pero luego

Cuando un número suficiente de mujeres haya enfocado su plan de vida hacia sus verdaderas capacidades y se hayan atrevido a hablar en favor de los permisos por embarazo y parto, e incluso de temporadas de descanso a las madres que trabajan, guarderías con personal técnico especializado y de otros cambios que pueden ser necesarios, entonces ya no se verán precisadas a renunciar al derecho a competir y a aportar su contribución sin renunciar por eso al matrimonio o a la maternidad. Es una equivocación seguir detallando tantas innecesarias alternativas que hacen que las mujeres, inconscientemente, se opongan, bien a consagrarse a un cometido importante²⁴⁶, bien a la maternidad, lo que al mismo tiempo entorpece esas necesarias reformas sociales. La mujer tiene la gran desventaja de su sexo, y al mismo tiempo perjudica también a la sociedad, bien sometiéndose servilmente a la actitud del hombre en el campo profesional, o negándose rotundamente a competir con él... Pero al tener ante ella un nuevo plan de vida ideado especialmente para ella, la mujer puede dedicarse a actividades profesionales y políticas, y al matrimonio y a la maternidad, con la misma seriedad.

Las mujeres que lo han hecho así, a pesar de los terribles pronósticos de la mística de la feminidad son, en cierto sentido,

cambió los reglamentos.” En el movimiento democrático de “reforma” en Nueva York, las mujeres están también empezando a ocupar puestos directivos de acuerdo con la clase de trabajo que hacen y las antiguas “damas auxiliares” y los “comités femeninos” a los que encomendaban labores secundarias, están empezando a desaparecer.

246 Entre muchas de las mujeres que he entrevistado y que, según aconseja la mística, habían renunciado completamente a sus auténticas aspiraciones para convertirse sólo en madres y esposas observé que se repetían los casos de abortos involuntarios. En varios casos, sólo después de que la mujer volvía al trabajo al que había renunciado, o volvió a la Universidad, era capaz de llevar a feliz término el embarazo de un segundo o tercer hijo, deseado durante largo tiempo.

las “mutaciones” del tipo hacia el que deben tender. Cuando no podían trabajar la jornada completa en una profesión, dedicaban horas sueltas al trabajo que realmente les gustaba. Como el tiempo era factor esencial descuidaban a veces los detalles minuciosos y que exigían una gran pérdida de tiempo, tanto en sus trabajos profesionales como en sus obligaciones de amas de casa.

De manera consciente e inconsciente, estaban siguiendo un plan de vida. Daban a luz antes o después de hacer su intervalo en alguna facultad, o entre una y otra beca. Si no podían conseguir ayuda completa para los trabajos caseros durante la infancia de sus hijos, renunciaban a sus empleos y aceptaban otros por horas o por media jornada que, aunque estuviesen muy bien pagados, les permitían seguir al día en su profesión. Las que eran profesoras hacían innovaciones en la Asociación de Padres y Profesores y reemplazaban a sus colegas en algunas clases; las que eran médicos se empleaban en trabajos clínicos o de investigación cerca de su casa; las directoras y redactoras de periódicos y revistas se convertían en escritoras independientes. Aunque el dinero que ganaban no fuera preciso para la compra, para ayudar al sostenimiento de la casa, generalmente lo conseguían como una prueba tangible de que eran capaces de contribuir. No se consideraban “afortunadas” por ser amas de casa; participaban en la competencia social. Sabían que el matrimonio y la maternidad son una parte esencial de la vida, pero no toda ella. Estas “mutaciones” soportaron y superaron la “incompleta preparación cultural de la mujer”, “la crisis de adaptación” y “la crisis de personalidad”. Seguían teniendo problemas, como es natural; algunos difíciles: combinar sus embarazos, encontrar niñeras y criadas, tener que

renunciar a buenos empleos cuando sus maridos eran trasladados a otra población. También tenían que soportar la hostilidad de las demás mujeres y muchas de ellas incluso la de sus propios maridos. Y a causa de la mística de la feminidad, muchas sufrían un injustificado complejo de culpabilidad. Se necesitaba entonces y se sigue precisando una fuerza de voluntad extraordinaria en las mujeres para desarrollar su propio plan de vida, cuando la sociedad no lo espera de ellas.

Sin embargo, al contrario de las amas de casa “atrapadas”, cuyas dificultades se multiplican con los años, estas mujeres solucionaban sus problemas y seguían. Resistieron las interminables persuasiones y manipulaciones y no renunciaron a sus propios, aunque a veces dolorosos propósitos, por las comodidades del conformismo. No se recluyeron en sus hogares, sino que se enfrentaron con el reto del mundo real y ahora saben con toda seguridad lo que son y lo que valen.

Estaban haciendo, tal vez sin verlo claramente, lo que todo hombre y toda mujer debe hacer actualmente para poder seguir el paso cada vez más rápido de la historia y encontrar o conservar su individualidad en nuestra sociedad de masas. La crisis de la personalidad en el hombre o en la mujer no puede dejársela resuelta de una generación a la siguiente; en nuestra sociedad en rápida evolución, debe ser afrontada continuamente, y resuelta sólo para enfrentarse de nuevo con ella en el curso de una sola vida. Un plan de vida debe estar abierto a nuevos cambios, a nuevas posibilidades, tanto en la sociedad como en uno mismo. Ninguna mujer que hoy en los Estados Unidos comienza la búsqueda de su personalidad, sabe con certeza hasta dónde le puede llevar. Ninguna mujer empieza

hoy esa búsqueda sin lucha, sin conflicto y si no se ha armado previamente de todo su valor. Pero las mujeres que conocí, que avanzaban por ese camino desconocido, no lamentaban sus esfuerzos, sus sufrimientos, ni los riesgos que habían corrido.

A la luz de la larga batalla librada por las mujeres para conseguir su emancipación, la reciente contrarrevolución sexual en Norteamérica, ha sido, tal vez, una crisis final, un extraño y sorprendente intervalo antes de que la larva rompa la crisálida y salga en plena madurez; una demora durante la cual millones de mujeres se metieron ellas mismas en hielo y paralizaron su evolución. Se dice que la ciencia conseguirá algún día hacer que el cuerpo humano viva más tiempo, deteniendo su crecimiento por medio de la hibernación. Últimamente las mujeres norteamericanas han vivido mucho más que los hombres, avanzando a lo largo de sus vidas inútiles lo mismo que cadáveres vivientes. Tal vez los hombres lleguen a vivir más tiempo en los Estados Unidos, cuando las mujeres soporten una parte de la carga de la batalla de la vida, en vez de ser ellas mismas una carga. Creo que su desperdiciada energía seguirá siendo nociva para su marido y sus hijos e incluso para ella misma, mientras no sea empleada en la propia batalla de la mujer con el mundo. Pero cuando las mujeres, lo mismo que los hombres, emerjan de su vida biológica para realizar sus propios egos, esas inútiles partes de sus vidas pueden llegar a convertirse en sus años de mayores y más completas realizaciones²⁴⁷.

247 El promedio de vida de la mujer norteamericana — 75 años — es superior al de la mujer de cualquier parte del mundo. Pero como observan Myrdal y Klein en *Women's Two Roles*, cada vez se reconoce más que, en los seres humanos, la edad cronológica difiere de la biológica: “en la edad cronológica de 70 años, las diferencias con la edad biológica pueden ser tan amplias como las que hay entre las edades cronológicas de 50 y 90 años”.

Entonces se cicatrizará la herida que divide en dos el modelo de la feminidad y las hijas no tendrán que enfrentarse con esa encrucijada de los veintiún años o de los cuarenta y uno. Cuando la plena realización de sus madres haga que las muchachas estén seguras de que quieren ser mujeres, entonces no tendrán que “rebajarse” para ser femeninas. Tendrán que esforzarse más y más hasta que sus propios esfuerzos les digan lo que son. No necesitarán que un muchacho o un hombre les mire para sentirse vivas. Y cuando las mujeres no necesitan vivir una vida

Los nuevos estudios de gerontología indican que aquellos individuos que poseen una mayor instrucción y que viven unas vidas más complejas y activas, interesándose profundamente por las cosas y estando dispuestos a nuevos estudios y experiencias, no se hacen “viejos” en el mismo sentido en que otros envejecen. Un detallado estudio de 300 biografías (ver Charlotte Buhler, “The Curve of Life as Studied in Biographies”, *Journal of Applied Psychology*, XIX, agosto 1935, pp. 405 y ss.), demuestra que en la segunda mitad de la vida, la productividad del individuo se independiza de su estado biológico y, de hecho, a menudo está a un nivel más alto que su capacidad biológica, es decir, que esto ocurre cuando el individuo ha vivido una vida no exclusivamente biológica. Cuando predominaron los “factores espirituales” el punto más alto de la productividad se produce en la segunda parte de la vida; cuando los “factores físicos” fueron los decisivos en la vida del individuo, el punto más alto se alcanza antes y la curva psicológica sigue más de cerca a la curva biológica. El estudio sobre las mujeres instruidas que citamos más arriba demostró que la llegada de la menopausia les causaba muchos menos sufrimientos de lo que se considera “normal” actualmente en los Estados Unidos. La mayoría de estas mujeres cuyos horizontes no se habían limitado al trabajo físico de la casa y a su papel biológico no se sentían, a sus cuarenta o cincuenta años, “viejas”. Muchas declararon, sorprendidas, que sufrían muchas menos molestias en la menopausia de lo que la experiencia de sus madres les hacía esperar. Therese Benedek sugiere (en “Climacterium: A Developmental Phase”, *Psychoanalytical Quarterly*, XIX, 1950, p. 1) que la disminución de molestias y el aumento de energía creadora que muchas mujeres experimentan actualmente en la menopausia es debido, en parte, a la “emancipación” de la mujer. Las cifras de Kinsey parecen indicar que las mujeres que gracias a la instrucción se han emancipado de una vida puramente biológica llegan a la cúspide de su plena realización sexual mucho más tarde de lo que esperaban y, de hecho, continúan disfrutando de esta plenitud a los cuarenta años y pico y pasada la menopausia. Quizás el mejor ejemplo de este fenómeno sea Colette, aquella francesa verdaderamente humana y emancipada que vivió, amó y escribió con tan poca preocupación de su edad cronológica que dijo, al cumplir los ochenta años: “Ojalá sólo tuviera 58 años, porque a esa edad aún se es deseada y se está llena de esperanzas para el futuro.”

parasitaria a través de las de sus esposos e hijos, los hombres no temerán el amor y la fortaleza de las mujeres, ni precisarán de la debilidad de ellas para demostrarse a sí mismos su masculinidad. Podrán finalmente verse los unos a las otras tal como son. Éste pudiera ser el paso próximo en la evolución de la humanidad.

¿Quién sabe lo que las mujeres podrán llegar a ser cuando, finalmente, sean libres de ser ellas mismas? ¿Quién sabe cuál será la aportación de la inteligencia femenina cuando pueda ser formada sin tener que someterse a un amor negativo? ¿Quién sabe cuáles pueden ser las posibilidades del amor cuando los hombres y las mujeres compartan no sólo los hijos, el hogar, el jardín; no sólo la plena realización de su papel biológico, sino las responsabilidades y el apasionamiento por el trabajo que crea el futuro de la humanidad y el pleno conocimiento de quienes son? La búsqueda de su propia personalidad, hecha por las mujeres, ha empezado apenas. Pero está cercano el momento en que las voces de la mística de la feminidad ya no podrán ahogar la voz interior que impulsa a la mujer a individualizarse, a convertirse en un ser humano completo.